



# *Balzac*

LA COMEDIA HUMANA

*Úrsula Mirouet*

*Eugenia Grandet*



TOMO VIII

**Lectulandia**

*«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».*

Balzac

**Lectulandia**

Honoré de Balzac

# **Úrsula Mirouet & Eugenia Grandet**

**La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - VIII**

ePub r1.0

mandius 17.08.15

Título original: *Ursule Mirouet & Eugénie Grandet*  
Honoré de Balzac, 1842  
Traducción: Juan Godó Costa  
Edición: Augusto Escarpizo  
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: mandius  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

TOMO VIII

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

Úrsula Mirouet

Eugenia Grandet



# ÚRSULA MIROUET



## ÚRSULA MIROUET

*A la señorita Sofía Surville*

Es un verdadero placer, sobrina querida, el dedicarte un libro cuyo tema y detalles han recibido la aprobación, tan difícil de obtener, de una joven que aún desconoce el mundo, que no transige con ninguno de los nobles principios de una santa educación. Vosotras, las jóvenes, constituís un público temible; porque no se os deja leer más que los libros que son puros como vuestra alma, y se os prohíben ciertas lecturas, de la misma manera que se os impide ver la sociedad tal como es. ¿No es, entonces, un motivo de orgullo para un autor el hecho de haber agradado? ¡Quiera Dios que no te haya engañado el afecto que me profesas! ¿Quién nos lo dirá? El porvenir, que tú lograrás ver, pero que quizá ya no verá

Tu tío,  
BALZAC.

Al entrar en Nemours por el lado de París, se pasa por el canal del Loings, cuyos ribazos forman a la vez muros campestres y pintorescos paseos que adornan aquella linda ciudad. Desde el año 1830, por desgracia, se han construido varias casas del lado de acá del puente. Si sigue aumentando esta especie de arrabal, la ciudad perderá su graciosa originalidad. Pero, en 1829, estando expéditos los márgenes de la carretera, el jefe de posta, hombre alto y gordo, de unos sesenta años de edad, sentado en el punto culminante de aquel puente, podía, cuando el día era claro, abarcar perfectamente aquello que en términos de su oficio recibe el nombre de cinta de cola.

El mes de septiembre desplegaba sus tesoros, la atmósfera llameaba por encima de las hierbas y de los guijarros, ninguna nube alteraba el azul del éter, cuya pureza, viva por doquier, e incluso en el horizonte, indicaba el excesivo enrarecimiento del aire. Así, Minoret-Levrault que tal era el nombre del jefe de posta veíase obligado a formar con la mano una pantalla para no quedar deslumbrado. Impacientado por la larga espera, miraba ora los encantadores prados que se extienden a la derecha de la carretera y donde volvía a crecer la hierba después de haber sido segada, ora la colina cubierta de árboles, que, a la izquierda, se extiende de Nemours a Bouron. Oía en el valle del Loing, donde resonaban los ruidos del camino rechazados por la colina, el galope de sus propios caballos y el restallar de látigo de sus postillones.

¿Acaso no es preciso ser jefe de posta para impacientarse ante un prado en que se veían animales como los que pinta Paul Potter, bajo un cielo de Rafael, junto a un canal, a la sombra de unos árboles, a la manera de Hobbema? Quien conoce Nemours sabe que la naturaleza es allí tan bella como el arte, cuya misión consiste en espiritualizarla: allí el paisaje contiene ideas, e induce a pensar. Mas, frente a la fisonomía de Minoret-Levrault, cualquier artista había abandonado en seguida el paisaje para trazar un croquis de aquel burgués; tan original a fuer de común. Reunidas las condiciones todas del burto y obtendréis un Calibán, gran cosa, por supuesto. Allí donde domina la forma, el sentimiento desaparece.

El jefe de posta, demostración viviente de este axioma, presentaba una de aquellas fisonomías en las que el pensador difícilmente advierte vestigios de espiritualidad bajo el crudo materialismo producido por un brutal desarrollo de la carne. Su gorra de tela azul, de pequeña visera y alzado de melón, como moldeaban una cabeza cuyas dimensiones enormes, demostraban que la ciencia de Gall no ha abordado todavía el capítulo de las excepciones. Los cabellos grises y lustrosos, que desbordaban la gorra, os habrían demostrado qué la cabellera encanece por causas distintas a las fatigas del alma o de las penas. A ambos lados de la cabeza lucían grandes orejas casi cicatrizadas en sus puntas por las erosiones de una sangre en exceso abundante que parecía a punto de brotar al menor esfuerzo. El color de la piel

ofrecía tonos violáceos, bajo una capa morena, debida a la costumbre de desafiar el sol. Los ojos grises, vivaces, hundidos, ocultos bajo espesas cejas negras, parecían los ojos de aquellos calmuco llegados en 1815 si brillaban de vez en cuando, era no más que por efecto del esfuerzo por cualquier pensamiento concupiscente. La nariz, deprimida desde la raíz, se erguía bruscamente en forma de pie de marmita. Labios gruesos, en armonía con un doble mentón casi repulsivo, cuya barba, afeitada apenas dos veces por semana, ocultaba una mala corbata, reducida al estado de cuerda gastada; cuello por demás grasiento, aunque muy corto; y abotargadas mejillas, completaban el tipo de poder estúpido que los escultores imprimen a sus cariátides. Minoret-Levrault se parecía a esas estatuas; con la diferencia de que ellas soportan un edificio, mientras que él tenía harto trabajo en sostenerse a sí mismo. (Encontraréis muchos de esos atlantes sin globo terráqueo.)

Busto de un solo bloque: le habríais dicho un toro, alzado sobre sus dos patas traseras. Los vigorosos brazos terminaban en manos duras y espesas, anchas y fuertes: que podían y sabían manejar el látigo, las riendas, la horca; y de las que ningún postillón osaba burlarse. El enorme vientre de aquel gigante era sostenido por muslos gruesos como el cuerpo de un adulto, y pies de elefante.

La cólera debía ser rara en aquel hombre; pero terrible, apopléctica, cuando estallaba. Aunque violento e incapaz de reflexión, aquel hombre no había hecho nada que justificase las siniestras promesas de su fisonomía. Al que temblaba delante de aquel gigante, decíanle sus postillones:

—¡Oh! ¡no es mala persona!

El jefe de Nemours —para serviros de la brevedad usada en muchos países— vestía cazadora de pana verde botella, pantalón de dril a rayas verdes y ancho chaleco amarillo de pelo de cabra, en el bolsillo del cual se distinguía una petaca monstruosa, bordeado de un círculo negro. «A nariz chata, gran petaca», es una ley que casi no tiene excepción.

Hijo de la Revolución y espectador del Imperio, Minoret-Levrault no se había metido nunca en política; en cuanto a sus opiniones religiosas, no había puesto el pie en la Iglesia más que para casarse; en cuanto a sus principios en la vida privada, los contenidos en el Código Civil: todo lo que la ley no prohibía o no podía alcanzar, él lo consideraba factible. No había leído más que el periódico del departamento de Sena y Oise, o algunas instrucciones relativas a su profesión. Pasaba por ser hábil cultivador, pero su ciencia era puramente práctica. Así, en Minoret-Levrault, lo moral no desmentía lo físico. Así, hablaba raras veces; y antes de tomar la palabra, tomaba siempre una pulgada de rapé, para tener tiempo de buscar, no las ideas, sino los términos con que expresarlas. Si hubiera sido muy hablador, habríais creído que esto no estaba en consonancia con su modo de ser. ¿Al pensar que aquella especie de elefante sin trompa y sin inteligencia se llama *Minoret-Levrault*, no hay que reconocer con Sterne el oculto poder de los hombres, que, ora burlan, ora predicen los caracteres? A pesar de tan notorias ineptitudes, en treinta y seis años, con ayuda de la

Revolución, había ganado treinta mil libras de renta en prados, tierras cultivables y bosques. Si Minoret, interesado en las mensajerías de Nemours y en las del Gâtinais de París, trabajaba aún, se dedicaba a ello menos por costumbre que a causa de un hijo único al que quería preparar un buen futuro. Este hijo, convertido —según la expresión de la gente del campo— «en un señor», acababa de terminar la carrera de derecho e iba a prestar juramento a su ingreso como pasante de abogado. El señor y la señora Minoret-Levrault (ya que, a través de este coloso todo el mundo adivina a una mujer, sin la cual sería imposible tan bella fortuna), dejaban a su hijo en libertad para escoger una carrera: notario en París, procurador del rey en alguna parte, recaudador general no importa dónde, agente de cambio o jefe de posta. ¿Qué capricho había de negarse a sí mismo, a qué condición no había de aspirar el hijo de un hombre de quien se decía, desde Montargis hasta Essonne: «El tío Minoret no sabe el dinero que tiene»? Estas palabras, cuatro años antes, merecieron nueva sanción, cuando, después de haber vendido su posada, Minoret construyó unas cuadras y una casa magníficas, transportando la posta de la Calle Mayor al puerto. Este último establecimiento había costado doscientos mil francos, que los comadreo doblaban a treinta leguas a la redonda. La posta de Nemours requiere un gran número de caballos, va hasta Fontainebleau pasando por París y sirve, más allá, las carreteras de Montargis y de Montereau; por todos lados el relevo es largo, y las arenas de la carretera de Montargis autorizan aquel fantástico tercer caballo, que siempre se paga y nunca se ve. Un hombre de las condiciones de Minoret, rico como Minoret, y al frente de semejante establecimiento, podía, pues, sin hipérbole, ser llamado el jefe de Nemours.

Aunque no hubiera pensado nunca en Dios ni en el diablo, aunque fuese materialista práctico de la misma manera que era agricultor práctico, egoísta práctico, avaro práctico, Minoret había gozado hasta entonces de una felicidad sin mezcla, si puede considerarse como felicidad una vida puramente materialista. Al ver aquel collar de carne pelada que rodeaba la última vértebra y comprimía el cerebelo de aquel hombre, al oír sobre todo su voz áspera y chillona, que contrastaba ridiculamente con su aspecto, un fisiólogo habría comprendido perfectamente la razón por la que aquel agricultor alto, gordo, espeso, adoraba a su hijo único, y por qué quizá le había esperado tanto tiempo, como lo expresaba con harta elocuencia el nombre de Deseado que le había sido impuesto al nacer. En fin, si el amor, al revelar una buena organización, es en el hombre promesa de las cosas más grandes, los filósofos comprenderán las causas de la incapacidad de Minoret. La madre, a la que muy afortunadamente se parecía el hijo, rivalizaba en mimos con el padre. Ningún carácter infantil habría podido resistir esta idolatría. Así, Deseado, sabía ordeñar el bolsillo de su madre y también el del padre haciendo creer a cada uno de los autores de sus días que no se dirigía más que a él exclusivamente. Deseado, que desempeñaba en Nemours un papel infinitamente más importante que el que desempeña un príncipe real en la capital de su padre, había querido satisfacer en París

todos sus caprichos como los satisfacía en su pequeña ciudad, y todos los años gastó allí más de doce mil francos. Pero también por esta suma había adquirido ideas que jamás se le habrían ocurrido en Nemours; habíase desdojado del pelo de la dehesa, había comprendido el poder del dinero y visto en la magistratura un medio para ascender. Durante aquel último año había gastado diez mil francos más, trabando relación con artistas, con periodistas y con las amantes de éstos.

Una carta confidencial bastante inquietante habría explicado, de precisarlo, la peculiar fisonomía del jefe de posta, en ella su hijo pedía su apoyo para contraer matrimonio; pero la señora Minoret-Levrault ocupada en preparar una opípara comida para celebrar el triunfo y el regreso del licenciado en derecho había enviado a su esposo a la carretera diciéndole que montase a caballo si no veía llegar la diligencia. La diligencia que había de traer al hijo único, llega generalmente a Nemours hacia las cinco de la mañana, y acababan de dar las nueve. ¿Qué podía ocasionar tal retraso? ¿Había volcado el coche? ¿Viviría todavía Deseado? ¿Se abría roto una pierna solamente?

¡Tres bagerías de latigazos resuenan en aquel momento y cruzan el aire como una descarga de mosquetones, aparecen los chalecos rojos de los postillones, óyese el relinchar de diez caballos! El jefe se quita la gorra, la agita en el aire; su presencia es advertida. El postillón mejor montado, que guiaba dos caballos tordillos de calesa, adelanta cinco gruesos caballos de diligencia (los Minoret de la cuadra), tres caballos de berlina, y llega ante el jefe.

—¿Has visto *la Ducler*?

En las carreteras principales, se da a las diligencias nombres fantásticos: se dice la Caillard, la Ducler (el coche que va de Nemours a París), la Gran Oficina. Toda empresa nueva es ¡*la Competencia*! En la época de la empresa de los Lecompte, sus coches se llamaban *la Condesa*. Caillard no ha atrapado a la Condesa, pero la Gran Oficina le ha quemado lindamente... su vestido. La Caillard y la Gran Oficina han hundido a *las Francesas* (las Mensajerías francesas). Si veis al postillón muy preocupado, rehusando tomar un vaso de vino, interrogad al conductor: os responderá, cabeza en alto, la mirada perdida: «¡*La Competencia* va adelante de nosotros!» «¡Ni se la ve siquiera!» Corta el postillón: «¡Igual *se ha comido a los viajeros*!» ¿Es que los tiene? —responde el conductor—. ¡Fustiga, pues, a «Polignac»! De tal género son las bromas y el fondo de la conversación entre postillones y conductores en lo alto de los coches. Tantas profesiones en Francia, otros tantos argots.

—¿Has visto en *la Ducler*...?

—¿Al señor Deseado? —respondió el postillón interrumpiendo a su jefe—. ¡Oh! debisteis oírnos: harto lo anunciaban los latigazos; imaginábamos que saldríais a la carretera.

—¿Por qué, entonces, la diligencia lleva un retraso de cuatro horas?

—La llanta de una de las ruedas traseras se ha desprendido entre Essonne y

Ponthierry. Pero no ha habido accidente; a la subida, Cabirolle se ha dado cuenta afortunadamente de lo que ocurría.

En aquel momento, una mujer endomingada porque las campanas lanzadas al vuelo de la campana de Nemours llamaban a los habitantes a la Misa del Domingo, una mujer de unos treinta y seis años de edad, abordó al jefe de posta.

—Bien, primo —le dijo—; ¡no queríais creerme! Nuestro tío está con Úrsula en la Calle Mayor, y van a Misa Solemne.

A pesar de las leyes de la poética moderna sobre la descripción del llamado *color local*, es imposible llevar la verdad hasta el extremo de repetir la horrible injuria mezcla; da con juramentos e imprecaciones que esta noticia, en apariencia tan poco dramática, hizo salir de la enorme boca de Minoret-Levrault; su voz estridente se hizo sibilante y su rostro presentó aquel aspecto que el pueblo denomina ingeniosamente. *Un coup de soleil*.

—¿Estáis segura? —dijo, después de su primera explosión de cólera.

Los postillones pasaron con sus caballos saludando a su jefe, que pareció no haberles visto ni oído. En lugar de esperar a su hijo, Minoret-Levrault regresó a la calle Mayor con su prima.

—¿No os lo he dicho siempre? —repuso—. Cuando el doctor Minoret ya no sepa lo que se está haciendo, esa mosquita muerta lo arrojará a las prácticas devotas; y como el que tiene el alma tiene la bolsa, tendrá también la herencia que nos corresponde a nosotros.

—¡Pero, señora Massin...! —dijo el jefe de posta estupefacto.

—¡Ah! vos también —repuso la señora Massin, interrumpiendo a su primo—, vais a decirme como Massin: ¿Puede una niña de quince años concebir tales proyectos y ponerlos por obra?, ¿quién puede hacer cambiar de opinión a un hombre de ochenta y tres años, quien jamás puso el pie en una Iglesia, más que para casarse, que tiene tanto horror a los curas, que ni siquiera acompañó a esa niña a la parroquia el día de su primera comunión? ¡Bien!, entonces, si el doctor Minoret tiene tanto miedo a los curas, ¿por qué, desde hace quince años, pasa casi todas las veladas de la semana con el padre Chaperon? El viejo hipócrita no ha dejado nunca de dar a Úrsula veinte francos como limosna para la iglesia cuando va a comulgar. ¿Es que no os acordáis del regalo hecho por Úrsula a la iglesia, para dar las gracias al cura por haberla preparado para su primera comunión? Había empleado en este regalo todo el dinero que tenía, y su padrino se lo devolvió, pero doblado. ¡Vosotros, los hombres, no os fijáis en nada! Al enterarme de estos detalles, he dicho: un tío a heredar no se conduce así, sin alguna intención, con una pequeña mocosa recogida en la calle.

—Vamos, prima —repuso el jefe de posta—, quizás el buen hombre acompaña a Úrsula a la iglesia por casualidad. Hace muy buen día, nuestro tío salió a pasear.

—Primo, nuestro tío lleva en la mano un libro de oraciones, y rostro severo. En fin, id a verle.

—Estaban ocultando muy bien el juego —respondió el jefe de posta—, porque la

Bougival me ha dicho que nunca se hablaba de religión entre el doctor y el padre Chaperon. Por otra parte, el cura de Nemours es la persona más honrada del mundo, daría su última camisa a un pobre; es incapaz de una mala acción; y escamotear una herencia es...

—Es robar —dijo la señora Massin.

—¡Peor! —gritó Minoret-Levrault, exasperado.

—Ya sé —respondió la señora Massin— que el padre Chaperon, aunque sacerdote, es un hombre honrado, ¡pero es capaz de todo por los pobres! Habrá estado minando, minando, minando, a nuestro tío, y el doctor habrá caído en la santurronería. Estábamos tranquilos, y he aquí que nos lo han pervertido. ¡Un hombre que no creía en nada y que tenía principios! ¡Oh!, todo ha concluido para nosotros. Mi marido está trastornado.

La señora Massin, cuyas frases eran otras tantas flechas que pinchaban a su grueso primo, le hacía caminar, a pesar de su gordura, tan de prisa como ella, con gran asombro por parte de las personas que se dirigían a la iglesia. La señora Massin quería ir al encuentro de aquel tío Minoret, y mostrárselo al jefe de posta.

Por el lado del Gâtinais, Nemours está dominado por una colina a lo largo de la cual se extiende la carretera de Montargis a el Loing. La iglesia, en cuyas piedras el tiempo ha dejado su negro manto, porque sin duda fue reconstruida en el siglo XIV por los Guisa, para los cuales Nemours fue erigido en ducado, se yergue al extremo de la pequeña ciudad, junto a una gran arcada que le sirve de marco. Tanto para los monumentos como para las personas, su posición lo es todo: Sombreada por algunos árboles, y puesta de relieve por una plazuela muy limpia, aquella iglesia solitaria produce un efecto grandioso. Al desembocar en la plaza, el jefe de Nemours pudo ver a su tío dando el brazo a la joven llamada Úrsula, con sendos devocionarios cada cual y entrando en la iglesia. El anciano se quitó el sombrero al entrar en ella, y su cabeza, completamente blanca, como una cima coronada de nieve, brilló en las suaves tinieblas de la fachada.

—Bien, Minoret, ¿qué decís de la conversión de vuestro tío? —exclamó el recaudador de contribuciones de Nemours, llamado Crémère.

—¿Qué queréis que os diga? —respondióle el jefe de posta ofreciéndole una pulgarada de rapé.

—¡Bien contestado, señor Levrault!: vos no podéis decir más que lo que pensáis, si dio en lo cierto un ilustre autor al escribir que el hombre está obligado a pensar sus palabras antes de manifestar sus pensamientos —exclamó maliciosamente un joven que se acercó en aquel momento y que en Nemours representaba el personaje de Mefistófeles de *Fausto*.

Ese joven malicioso, llamado Goupil, era el primer pasante del señor Crémère-Dionis, el notario de Nemours. A pesar de los antecedentes de una vida casi libertina, Dionis había tomado a Goupil en su despacho, cuando su estancia en París, donde el pasante había disipado la herencia de su padre, granjero acomodado que le destinaba

al notariado, lo que le resultó vedado a causa de la más completa indigencia. Al ver a Goupil, en seguida habríais comprendido su premura en gozar de la vida; puesto que para obtener placeres, tenía que pagarlos caros.

A pesar de su baja estatura, el pasante tenía, a los veintisiete años de edad, el pecho desarrollado como podría tenerlo un hombre de cuarenta años. Piernas delgadas y cortas, cara ancha y sombría como el cielo antes de la tempestad y la frente calva, hacían resaltar aún más aquella extraña configuración. Así, su mirada parecía pertenecer a un jorobado cuyo joroba fuera interna. Cierta singularidad de aquel rostro agrio y pálido confirmaba la existencia de esta invisible gibosidad. Curva y torcida como la de muchos jorobados, la nariz se configuraba de derecha a izquierda, en lugar de dividir por partes iguales la cara. La boca, contraída en sus comisuras, como la de los sardos, era siempre el centinela de la ironía. Los cabellos, ralos y rojizos, caían en mechones y permitían vislumbrar el cráneo en algunos lugares. Las manos, grandes y mal unidas al extremo de unos brazos excesivamente largos, eran como zarpas, y raras veces estaban limpias. Goupil llevaba unos zapatos dignos de ser arrojados al rincón de una buhardilla, y unas medias de filosedas de un negro rojizo; su pantalón y su traje negros, raídos y mugrientos; sus chalecos lamentables, algunos de cuyos botones brillaban por su ausencia, el viejo pañuelo que hacía las veces de corbata: todo su aspecto anunciaba la cínica miseria a la que sus pasiones le condenaban.

Aquel conjunto de cosas siniestras estaba dominado por dos ojos de cobra, una pupila con un cerco amarillo: a la vez lascivos y cobardes. Nadie había en Nemours que fuera más temido y respetado que Goupil. Armado de las pretensiones que comportaba su fealdad, poseía aquella detestable inteligencia peculiar en aquellos que todo se lo permiten, y la utilizaba para vengarse de las esperanzas frustradas. Rimaba los pareados satíricos que se cantan por carnaval, organizaba las cencerradas, él sólo redactaba el pequeño diario de la ciudad. Dionis, hombre inteligente y falso y por lo mismo bastante temeroso conservaba a su lado a Goupil tanto por miedo como a causa de su extraordinaria inteligencia, y de su profundo conocimiento sobre los intereses de la región. Pero el patrón desconfiaba tanto del pasante, que él mismo administraba su caja, no le alojaba en su propia casa y no le confiaba ningún asunto secreto o delicado. Así, el pasante adulaba a su patrón ocultando el resentimiento que le producía semejante conducta, vigilando a la señora Dionis con la idea de venganza. Dotado de comprensión rápida, el trabajo le resultaba fácil.

—¡Hola!, ya te estás riendo de nuestra desgracia —le dijo el jefe de posta al pasante, al ver que se frotaba las manos.

Como Goupil halagaba vilmente todas las pasiones de Deseado, el cual, desde hacía cinco años, le había convertido en su compañero, el jefe de posta le trataba con bastante benevolencia, sin sospechar el horrible tesoro de mala voluntad que se acumulaba en el fondo del corazón de Goupil a cada nueva herida. Después de haber comprendido que el dinero le era más necesario que a nadie, el pasante, que se sabía

superior a toda la burguesía de Nemours, quería hacer fortuna y contaba con la amistad de Deseado para comprar uno de los tres cargos de la ciudad: la escribanía del Juez de Paz, el despacho de uno de los escribanos o el de Dionis. Por ello soportaba con paciencia las algaradas del jefe de posta, los desprecios de la señora Minoret-Levrault y desempeñaba un papel infame cerca de Deseado, el cual, desde hacía dos años, le permitía que consolara a las Arianas víctimas del fin de vacaciones. De este modo devoraba Goupil las migajas caídas de la mesa que él mismo había preparado para su amigo.

—Si yo hubiera sido el sobrino del buen hombre, no me habría dado a Dios como coheredero —repuso el pasante, mostrando, con una horrible sonrisa, unos dientes raros, negros y amenazadores.

En aquel momento, Massin-Levrault junior, el escribano del Juez de Paz, fue a reunirse con su mujer, acompañado de la señora Crémère, esposa del recaudador de Nemours. Este personaje uno de los burgueses más antipáticos de la pequeña ciudad tenía la cara de un tártaro: ojos pequeños y redondos como bayas de acebo bajo una frente deprimida, cabello crespo, color oleoso, grandes orejas sin rebordes, una boca casi sin labios y rara la barba. Sus maneras poseían la despiadada dulzura de los usureros, cuya conducta se basa en principios fijos. Hablaba como quien tiene la voz apagada. En fin, para describirle bastará decir que empleaba a su hija mayor y a su mujer para realizar las compulsas de sus juicios.

La señora Crémère era mujer gruesa, con cabellos de un rubio dudoso, llena la cara de pecas, con los vestidos apretados algo excesivamente, muy amiga de la señora Dionis, y que pasaba por instruida porque leía novelas. Esta financiera de última categoría, llena de pretensiones de elegancia e inteligencia, esperaba la herencia de su tío para *adquirir cierta categoría*, decorar su salón y recibir en él a la burguesía: porque su marido le negaba las lámparas Carcel, las litografías y las fruslerías que ella veía en casa de la mujer del notario. Temía extraordinariamente a Goupil, el cual espía y hacía circular sus *capsulingüetas* (así es como ella traducía la expresión latina *lapsus linguae*). Un día, la señora Dionis le dijo que no sabía qué agua debía de tomar para sus dientes.

—Tomad opiata —respondióle ella.

Casi todos los parisienses colaterales del anciano doctor Minoret se encontraban entonces reunidos en la plaza, y la importancia del acontecimiento que les amotinaba fue observado de un modo tan universal, que los grupos de campesinos y de campesinas armados de sus sombrillas rojas, todos ellos vestidos con aquellos colores chillones que les hacen tan pintorescos los días de fiesta a través de los caminos, clavaron los ojos en los herederos Minoret. En las villas que ocupan el lugar intermedio entre las grandes aldeas y las ciudades, los que no van a misa se quedan en la plaza. Allí hablan de negocios. En Nemours, la hora de la misa es la hora de una bolsa semanal a la que acudían a menudo los cabezas de familia de casas esparcidas en un radio de una media legua. Así se explica que los campesinos estuvieran tan

bien avenidos entre sí contra los burgueses en lo que atañe al precio de los productos del campo y al de la mano de obra.

—¿Y qué habrías hecho tú? —dijo el jefe de Nemours a Goupil.

—Habría procurado convertirme en algo tan necesario para su vida como el aire que respiraba. Pero, antes todo, vos no habéis sabido conquistarle. Una herencia quiere que se la cuide tanto como a una mujer hermosa, y si faltan los cuidados, las dos escapan. Si mi patrona estuviese ahí —añadió—, ella os diría cuán exacta es esta comparación.

—El señor Bongrand acaba de decirme que no nos preocupemos —respondió el escribano del Juez de Paz.

—¡Oh!, hay muchas maneras de decir eso —dijo riendo Goupil—, me habría gustado oír la forma en que lo dijo el ladino del Juez de Paz. ¡Si no tuviera nada que hacer!, ¡si, como él que vive en casa de vuestro tío supiera que todo estaba perdido!, yo también os diría: ¡Nada os preocupe!

Al pronunciar esta última frase, Goupil esbozó una sonrisa tan cómica y le dio un significado tan claro, que los herederos sospecharon que el escribano se había dejado coger en las redes de la astucia del Juez de Paz. El recaudador, hombre gordo y bajito, tan insignificante como debe ser un recaudador, y tan nulo como podría desear una mujer inteligente, fulminó a su coheredero Massin con un: ¡Ya os lo decía yo!

Como las personas falsas prestan a los demás su propia doblez, Massin miró de reojo al Juez de Paz, que estaba charlando en aquel momento cerca de la iglesia con el marqués de Rouvre, uno de sus antiguos clientes.

—¡Si yo supiera eso! —dijo.

—Paralizarías la protección que él concede al marqués de Rouvre, contra quien acusa cierta aprehensión, y al que en estos momentos favorece con sus consejos —dijo Goupil insinuando en la mente del escribano una idea de venganza—. Pero andad con cuidado con vuestro jefe: el buen hombre es muy listo, debe gozar de ascendiente ante vuestro tío, y puede aún impedirle que lo legue todo a la Iglesia.

—¡Bah!, no nos moriremos por ello —dijo Minoret-Levrault abriendo su inmensa petaca.

—Tampoco viviréis de ello —respondió Goupil, haciendo que las dos mujeres se estremeciesen, las cuales, más rápidamente que sus maridos, traducían en privaciones la pérdida de aquella herencia—. Pero anegaremos en las oleadas de vino de Champaña esa pequeña pena celebrando el regreso de Deseado, ¿verdad, gordo compadre? —añadió dando un golpecito en el vientre del coloso, e invitándose a sí mismo, temiendo que se olvidaran de hacerlo.

## II UN TÍO A HEREDAR

Antes de ir más adelante, quizás a las personas que aman la precisión les agrada encontrar aquí de antemano un como a título de inventario, harto necesario, por otra parte, para conocer los grados de parentesco que unían con el anciano, de tan súbita conversión, a aquellos tres padres de familia o a sus mujeres. Estos entrecruzamientos de razas en el seno de las provincias pueden constituir tema para más de una reflexión instructiva.

En Nemours sólo se encuentran tres o cuatro casas de escasa y oscura nobleza entre las cuales brillaba en aquel entonces la de los Portenduère. Estas familias exclusivas frecuentan a los nobles que poseen tierras o castillos en los alrededores, y entre las cuales se distingue los de Aiglemont, propietarios de la hermosa finca de Saint-Lange, y el marqués de Rouvre, cuyos bienes, acribillados de hipotecas, veíanse acechados por los burgueses. Los nobles de la ciudad carecen de fortuna. Como único bien, la señora de Portenduère poseía una granja de cuatro mil setecientos francos de renta y su casa en la ciudad. Alrededor de este Faubourg Saint-Germain en miniatura, se agrupan una docena de ricachos, antiguos molineros, negociantes retirados, en fin: una burguesía en tono menor bajo la cual se agitan los pequeños detallistas, los proletarios y los campesinos. Esta burguesía ofrece, como en los cantones suizos y en varios otros países pequeños, el curioso espectáculo de la irradiación de algunas familias autóctonas, galas quizá, que reinan sobre un territorio, lo invaden y dan en lograr que, casi todos los habitantes, sean primos. Bajo Luis XI época en la que el tercer estado terminó por convertir estos sobrenombres en verdaderos apellidos, algunos de los cuales se mezclaron con los del feudalismo, la burguesía de Nemours se componía de Minoret, de Massin, de Levrault y de Crémière. Bajo Luis XIII, estas cuatro familias producían ya Massin-Crémières, Levrault-Massins, Massin-Minorets, Minoret-Minorets, Crémière-Levraults, Levralut-Minoret-Massins, Massin-Levraults, Minoret-Massins, Massins-Massins, Crémière-Massins, todo ello mezclado con junior, hijo mayor, Crémière-Francisco, Levrault-Jaime, Juan-Minoret, como para volver loco al padre Anselmo del pueblo, si es que alguna vez tuvo el pueblo necesidad de genealogista. Las variaciones de este calidoscopio doméstico de cuatro elementos se complicaba de tal modo por los nacimientos y los matrimonios, que el árbol genealógico de los burgueses de Nemours hubiera puesto en un aprieto a los propios benedictinos del Almanaque Gotha, a pesar de la ciencia atomística con que disponen los zigzags de las alianzas alemanas. Durante mucho tiempo, los Minoret ocuparon las curtidurías, los Crémière tuvieron los molinos, los Massin se dedicaron al comercio, los Levrault continuaron siendo agricultores. Afortunadamente para el país, estos cuatro troncos echaban vástagos en vez de hundir sus raíces verticalmente en el suelo, o se reproducían por esqueje al expatriar hijos que buscaban fortuna fuera

de la región; hay Minorets cuchilleros en Melun, Levraults en Montargis, Massins en Orleáns, y Crémières que han llegado a ser importantes en París. Varios son los destinos de estas abejas salidas de la colmena madre. Algunos Massins ricos dan empleo necesariamente a Massins obreros, de la misma manera que hay príncipes alemanes al servicio de Austria o de Prusia. El mismo departamento ve a un Minoret millonario custodiado por un Minoret soldado. Llenas de la misma sangre y llamadas por el mismo apellido para toda similitud aquellas cuatro lanzaderas habían tejido sin descanso una tela humana de la que cada pedazo devenía vestido o toalla, batista fina o forro basto. La misma sangre estaba en la cabeza, en los pies o en el corazón, en manos industriosas, en un pulmón enfermo o en una frente amplia y talentosa. Los jefes de clan habitaban fielmente en la pequeña ciudad, en la que los vínculos de parentesco se relajaban, se estrechaban de nuevo a merced de los acontecimientos representados por este extraño *apellidismo*. En cualquier país al que vayáis, sólo cambiados los apellidos, hallaréis de nuevo el mismo hecho, bien que sin la poesía que el feudalismo le había impreso y que Walter Scott ha reproducido con tanto talento.

Dirijamos nuestras miradas un poco más arriba, examinemos a la Humanidad en la Historia. Todas las familias nobles del siglo XI, hoy casi todas ellas extinguidas, salvo el linaje regio de los Capetos, todas, necesariamente, han cooperado en el nacimiento de un Rohan, de un Montmorency, de un Bauffremont, de un Mortemart del día de hoy; en fin, todas se encontrarían en la sangre del último aristócrata realmente aristócrata. Dicho de otro modo, todo burgués es primo de un burgués, todo noble primo de un noble. Como dice la sublime página de las genealogías bíblicas, en mil años, tres familias, Sem, Cam y Jafet pueden cubrir el globo con sus hijos. Una familia puede convertirse en una nación, y desgraciadamente, una nación puede a su vez volver a convertirse en una sola y simple familia. Para demostrarlo, basta aplicar a la búsqueda de nuestros antepasados y su número que el tiempo acrecienta en retrógrada progresión geométrica, multiplicada por sí misma, el cálculo de aquel sabio que, al pedir a un rey de Persia, como recompensa por haber inventado el juego de ajedrez, una espiga de trigo por la primera casilla del tablero, doblando cada vez, demostró que el reino no tendría suficiente trigo con que pagarle. La red de la nobleza, abrazada por la red de la burguesía, este antagonismo de dos sangres, protegidas una por instituciones estables, otra por el paciente ejercicio del trabajo y la astucia del comercio, produjeron ambas la revolución de 1789. Las dos sangres casi reunidas se encuentran actualmente frente a frente con colaterales sin herencia. ¿Qué harán? Nuestro futuro político nos dará la respuesta.

La familia de aquel que, bajo Luis XV, se llamaba Minoret a secas, era tan numerosa, que uno de los cinco hijos —el Minoret cuya entrada en la iglesia representaba un acontecimiento—, fue a hacer fortuna a París, y no se dejó ver más que de tarde en tarde en su villa natal, a la que acudió sin duda a buscar su parte en la herencia a la muerte de sus abuelos. Tras haber sufrido mucho, como todos los

jóvenes dotados de firme voluntad y quieren labrarse una posición en el brillante mundo de París, el hijo de los Minoret se creó un destino más hermoso quizá de lo que al principio había soñado; porque se dedicó desde el principio a la medicina, una de las profesiones que requieren talento y suerte, pero aún más suerte que talento. Apoyado por Dupont (de Nemours), unido con lazos de amistad por un feliz azar con el padre Morellet, al que Voltaire llamaba *Mords-les*, protegido por los enciclopedistas, el doctor Minoret se unió como un otro yo al gran médico Bordeau, el amigo de Diderot. D'Alembert, Helvetius, el barón de Holbach, Grimm, ante los cuales fue como un personaje de segunda categoría, terminaron sin duda, como Bordeau, por interesarse por Minoret, el cual, hacia 1777, tuvo una clientela bastante buena de deístas, enciclopedistas, sensualistas, materialistas, como queráis llamar a los ricos filósofos de aquella época. Aunque fuera muy poco charlatán, inventó el famoso bálsamo de Lelièvre, tan alabado por el *Mercur de France*, y cuyo anuncio era permanente en este periódico, semanario de los enciclopedistas. El farmacéutico Lelièvre, hombre hábil, vio un negocio allí donde Minoret no había visto más que un preparado para insertar en la Farmacopea, y compartió lealmente sus beneficios con el doctor, discípulo de Rouelle en química, como él lo había sido de Bordeau en medicina. Con menos motivo tornárase uno materialista. El doctor se casó por amor, en 1778, época en que reinaba *La Nueva Eloísa*, y en que aún se casaba la gente algunas veces por amor, con la hija del famoso clavecinista Valentín Mirouet, célebre música, débil y delicada, a la que la Revolución asesinó. Minoret conocía íntimamente a Robespierre, para quien en otro tiempo consiguió una medalla de oro por una tesis sobre este tema: *¿Cuál es el origen de la opinión que extiende sobre una misma familia una parte de la ignominia unida a las penas infamantes que sufre un culpable? ¿Es esta opinión más perjudicial que útil? Y en el caso afirmativo, ¿cuáles serían los medios de evitar los inconvenientes de que ello resultan?* La academia real de ciencias y artes de Metz, a la que pertenecía Minoret, debe conservar el original de esta disertación. Aunque, gracias a esta amistad, la mujer del doctor podía no temer nada, tuvo tanto miedo de ir al cadalso, que este terror invencible empeoró el aneurisma que ya debía a una excesiva sensibilidad. A pesar de todas las precauciones que adoptaba un hombre que idolatraba a su mujer, Úrsula hubo de ver la carreta llena de condenados en la que se hallaba precisamente la señora Roland, y este espectáculo ocasionó su muerte. Minoret, lleno de debilidad para con su Úrsula, a la que nada negaba, y que había llevado la vida de una petimetra, se encontró como pobre, tras haberla perdido, Robespierre hizo que fuera nombrado médico jefe de un hospital.

Aunque el apellido Minoret hubiera adquirido, durante los animados debates a que dio lugar el mesmerismo, celebridad que de vez en cuando evocó el recuerdo de sus padres, la Revolución fue un disolvente tan grande, y rompió hasta tal punto los vínculos de familia, que en 1813 se ignoraba completamente en Nemours la existencia del doctor Minoret, a quien un encuentro inesperado hizo concebir el

proyecto de volver, como las liebres, a morir a su madriguera.

Al atravesar Francia, donde los ojos se cansan tan pronto de la monotonía de las llanuras, ¿quién no ha tenido la agradable sensación de percibir en lo alto de una cuesta, en su pendiente, o en el recodo, cuando prometía un paisaje árido, un fresco valle regado por un río y una pequeña villa resguardada por la roca como una colmena en el hueco de un viejo sauce? Al oír el grito del postillón que camina a la vera de sus caballos, uno deja de dormir, admira como en un sueño un hermoso paisaje que se convierte para el viajero en lo que es para un lector el pasaje notable de un libro, una brillante reflexión sobre la naturaleza. Tal es la sensación que produce la vista repentina de Nemours cuando se viene de la Borgoña. Se la ve, desde allí, rodeada de rocas peladas, grises, blancas, negras, de formas extrañas, como hay muchas en el bosque de Fontainebleau, y desde donde se yerguen unos árboles diseminados que destacan netamente sobre el cielo y dan a esta especie de muralla en ruinas una agreste fisonomía. Allí finaliza la larga colina forestal que se alza de Nemours a Bouron bordeando la carretera. En la parte baja de este circo informe se extiende una pradera en la que discurre el Loing, formando cascadas. Este delicioso paisaje, que bordea la carretera de Montargis, parece un decorado de ópera, tan estudiados se ofrecen sus efectos.

Una mañana, el médico, a quien un enfermo rico de Borgoña había mandado llamar, y que a toda prisa regresaba a París, sin haber dicho a la posta anterior qué ruta quería tomar fue, conducido sin saberlo a Nemours, y volvió a ver, entre dos sueños, el paisaje en medio del cual había discurrido su infancia. El doctor había perdido entonces a varios de sus viejos amigos. El sectario de la Enciclopedia había sido testigo de la conversación de La Harpe, había enterrado a Lebrun-Pindare, y a María-José de Chénier, y a Morellet, y a la señora Helvetius. Asistió a la semi-caída de Voltaire, atacado por Geoffroy, el continuador de Fréron. Pensaba, pues, en el retiro. Así, cuando su silla de posta se detuvo en la calle Mayor de Nemours, quiso preguntar por su familia. Minoret-Levrault fue personalmente a ver al doctor, el cual reconoció en el jefe de posta al propio hijo de su hermano mayor. Este sobrino le mostró en la persona de su esposa a la hija única del tío Levrault-Crémière, quien, desde hacía doce años le había dejado la posta y la más hermosa posada de Nemours.

—Bien, sobrino mío —dijo el doctor—, ¿tengo otros herederos?

—Mi tía Minoret, vuestra hermana, se casó con un Massin-Massin.

—Sí, el administrador de Saint-Lange.

—Murió viuda, dejando una única hija, que acaba de casarse con un Crémière-Crémière, un muchacho muy simpático aún sin situar.

—Bien, es mi sobrina directa. Ahora bien, como mi hermano el marino murió soltero, el capitán Minoret fue muerto en Monte-Legino, y yo estoy aquí, la línea paterna se ha agotado. ¿Tengo parientes por la línea materna? Mi madre era una Juan Massin-Levrault.

—De los Juan Massin-Levrault —respondió Minoret-Levrault— no ha quedado

más que una Juan Massin que se casó con el señor Crémère-Levrault-Dionis, un suministrador de piensos que murió en el cadalso. Su mujer murió de desesperación y arruinada, dejando una hija casada con un Levrault-Minoret, colono en Montereau, que prospera; y su hija acaba de casarse con un Massin-Levrault, pasante de notario en Montargis, donde el padre es cerrajero.

—De modo que no me faltan herederos —dijo jovialmente el doctor, que quiso darse una vuelta por Nemours en compañía de su sobrino.

El Loing atraviesa sinuosamente la ciudad, bordeado de jardines con bancales y casas muy limpias, cuyo aspecto hace creer que la felicidad debe morar allí más que en ninguna otra parte. Cuando el doctor volvió de la calle Mayor a la calle de los Burgueses, Minoret-Levrault le mostró la propiedad del señor Levrault, rico comerciante en hierros, de París, quien, le dijo, acababa de dejarse morir.

—He ahí, tío, una linda casa para vender, tiene un hermoso jardín sobre el río.

—Entremos —dijo el médico, viendo, al extremo de un pequeño patio empedrado, una casa encerrada entre los muros de dos casas vecinas ocultas por macizos de árboles y plantas trepadoras.

—Está construida sobre cuevas —dijo el médico entrando por una escalinata muy alta, adornada con jarrones de mayólica blanca y azul donde, entonces florecían unos geranios.

Cortada, como la mayor parte de las casas de provincias, por un pasillo que lleva del patio al jardín, la casa no tenía a la derecha más que un salón iluminado por cuatro ventanas, dos de las cuales daban al patio y otras dos al jardín; pero Levrault-Levrault había consagrado una de aquellas ventanas como entrada de un largo invernadero construido de ladrillo, que iba del salón al río, donde terminaba en un horrible pabellón chino.

—Bien, mandando cubrir este invernadero y construyendo un piso entarimado —dijo el viejo Minoret—, podría emplazar aquí mi biblioteca y convertir en un lindo gabinete esta singular pieza de arquitectura.

Al otro lado del corredor se encontraba, junto al jardín, un comedor, imitación de laca negra con flores verde y oro, separado de la cocina por la caja de la escalera. Se comunicaba, por una pequeña pieza practicada tras de esta escalera, con la cocina, cuyas ventanas con barrotes de hierro se abrían al patio. Había dos apartamentos en el primer piso; y encima, unas buhardillas aún bastante habitables. Tras haber examinado rápidamente aquella casa, provista de enrejados verdes de arriba abajo, tanto de la parte del patio como de la del jardín, y que junto al río, remataba en una terraza cargada de jarrones de mayólica, dijo el médico:

—¡Levrault-Levrault debió gastar mucho dinero aquí!

—¡Oh!, muchísimo —respondió Minoret-Levrault—. Le gustaban las flores, una tontería. ¿Qué importan las flores?, dice mi mujer. Como veis, un pintor vino para pintar flores *al fresco* en su corredor. Por todos sitios puso espejos. Los techos lucen cornisas de a seis francos el pie. En el comedor, los entarimados son de marquetería,

¡verdaderas locuras! La casa no gana con ello ni en un sueldo más.

—Bien, sobrino, realiza esta adquisición, avísame, aquí tienes mis señas; de lo demás se encargará mi notario. ¿Quién vive enfrente? —preguntó al salir.

—Unos emigrados —respondió el jefe de posta—, un caballero de Portenduère.

Una vez comprada la casa, el ilustre doctor, en lugar de vivir en ella, escribió a su sobrino diciéndole que la alquilase. La casa fue habitada por el notario de Nemours, quien vendió entonces su cargo a Dionis, su primer pasante, y que murió dos años después, dejando sobre los hombros del médico una casa por alquilar, en el momento en que la suerte de Napoleón se estaba decidiendo. Los herederos del médico, ilusionados con la herencia, habían interpretado su deseo de regresar como un capricho de ricacho, y desesperaban, suponiéndole en París otros afectos que allí le retendrían y les privarían de la herencia. Sin embargo, la mujer de Minoret-Levrault aprovechó esta ocasión para escribir al médico. El anciano respondió que, tan pronto como se hubiera firmado la paz, las carreteras estuvieran libres de soldados y se hubieran restablecido las comunicaciones, vendría a vivir a Nemours. Efectuó allí una aparición con dos de sus clientes, el arquitecto de los hospicios y un tapicero, quienes se encargaron de las reparaciones, los arreglos interiores y del transporte de los muebles. La señora Minoret-Levrault ofreció, como guardiana, a la cocinera del viejo notario fallecido, que fue aceptada.

Cuando los herederos supieron que su tío o tío-abuelo Minoret iba positivamente a residir en Nemours, sus familias, a pesar de los sucesos políticos que entonces precisamente gravitaban sobre el Gâtinais y el Brie, fueron presa de una curiosidad devoradora, pero casi legítima. ¿Sería rico el tío? ¿Era ahorrador o le gustaba gastar el dinero? ¿Dejaría una buena fortuna o no dejaría nada? ¿Tenía rentas vitalicias? He aquí lo que se logró averiguar, pero con trabajos infinitos y a base de espionajes subterráneos.

Después de la muerte de Úrsula Mirouet, su mujer, de 1789 a 1813, el doctor, nombrado médico del emperador en 1805, debió de ganar mucho dinero, pero nadie conocía su fortuna; vivía con sencillez, sin otros gastos que los de un coche al año y un suntuoso apartamento; jamás recibía a nadie, y comía casi a diario fuera de casa. Su ama de llaves, furiosa de no poder acompañarle a Nemours, dijo a Celia Levrault, la mujer del jefe de posta, que sabía que el doctor tenía catorce mil francos de renta en el Libro de la deuda pública. Ahora bien, ¿después de veinte años de ejercer una profesión que los títulos de médico director de un hospital, médico del emperador y miembro del Instituto hacían tan lucrativa, aquellas catorce mil libras de renta, fruto de inversiones sucesivas, revelaban a lo sumo ciento sesenta mil francos de economías! Pero no haber ahorrado más que ocho mil francos al año, el doctor debía de tener muchos vicios o muchas virtudes que satisfacer; pero ni el ama de llaves, ni Celia, nadie pudo penetrar en la razón de tan precaria fortuna: Minoret, muy echado de menos por la gente de su barrio, era uno de los hombres más caritativos de París, y como Larrey, guardaba un profundo secreto sobre sus actos de beneficencia.

Los herederos vieron, pues, llegar, con viva satisfacción, el suntuoso mobiliario y la rica biblioteca de su tío, ya oficial de la Legión de Honor y nombrado por el rey caballero de la orden de San Miguel, a causa quizá de su retiro, que dejó sitio libre para algún favorito. Pero, cuando el arquitecto, los pintores, los tapiceros, lo hubieron arreglado todo de la manera más acogedora, el doctor no llegó. La señora Minoret-Levrault, que vigilaba al tapicero y al arquitecto como si se tratase de su propia fortuna, enteróse, por una indiscreción de un joven enviado para arreglar la biblioteca, que el doctor se preocupaba de una huérfana llamada Úrsula. Esta nueva causó extraños estragos en la ciudad de Nemours. En fin, el anciano llegó a su casa a mediados del mes de enero de 1815, y se instaló en ella socarronamente con una niña de diez meses de edad, acompañada de una nodriza.

—¡Úrsula no puede ser su hija, porque él tiene setenta y un años! —dijeron alarmados los herederos.

—Sea lo que fuere —dijo la señora Massin—, el caso es que esta niña ocasionará mucha zozobra.

El doctor recibió con bastante frialdad a su sobrina por línea materna, cuyo marido acababa de comprar la escribanía del juez de paz, y que fueron los primeros en aventurarse a hablarle de lo precario de su posición: Massin y su mujer no eran ricos. El padre de Massin, cerrajero en Montargis, obligado a un buen arreglo con sus acreedores, trabajaba a sus sesenta y siete años como un joven, y no dejaría nada. El padre de la señora Massin, Levrault-Minoret, acababa de morir en Montereau, como consecuencia de la batalla, viendo su granja incendiada, sus campos arruinados y su ganado devorado.

—No recibiremos nada de tu tío —dijo Massin a su mujer, ya encinta de su segundo hijo.

El doctor les dio secretamente diez mil francos, con los cuales el escribano del Juez de Paz, amigo del notario y del alguacil de Nemours, empezó a dedicarse a la usura y supo explotar de tal modo a los campesinos de los alrededores, que en aquellos momentos, Goupil le conocía unos ochenta mil francos de capitales inéditos.

En cuanto a su otra sobrina, el doctor, por medio de sus relaciones en París, hizo que Crémère percibiera la recaudación de Nemours, y suministró la fianza. Aunque Minoret-Levrault no tuviera necesidad de nada, Celia, celosa de las liberalidades del tío para con sus dos sobrinas, le presentó su hijo, a la sazón de diez años de edad, al que iba a enviar a un colegio de París, donde, dijo, la educación costaba mucho dinero. Médico de Fontanes, el doctor obtuvo una media beca en el colegio de Luis el Grande para su sobrino, que fue puesto en el cuarto grado.

Crémère, Massin y Minoret-Levrault, gente extraordinariamente vulgar, fueron juzgados sin apelación por el doctor en los dos primeros meses, durante los cuales trataron de rodear menos al tío que a la herencia. Las personas guiadas por el instinto tienen esta desventaja sobre las personas de ideas: la de que sus intenciones quedan pronto al descubierto. Los dictados del instinto son demasiado naturales, y se

manifiestan demasiado en los ojos para no ser advertidos inmediatamente; mientras que, para ser penetrados, las concepciones del espíritu requieren una inteligencia igual por una y otra parte. Después de haber comprado el agradecimiento de sus herederos y de haberles tapado en cierto modo la boca, el astuto doctor tomó como pretexto sus ocupaciones, sus costumbres y los cuidados que exigía la pequeña Úrsula para no recibirles, aun cuando, sin embargo, no les cerraba las puertas de su casa. Le gustaba comer solo, se acostaba y se levantaba tarde, había ido a su región natal para encontrar en ella el reposo y la soledad. Estos caprichos de anciano parecieron muy naturales, y sus herederos se contentaron con hacerle, el domingo, entre la una y las cuatro, visitas semanales a las que trató de poner fin diciéndoles:

—No vengáis a verme en tanto no tengáis necesidad de mí.

El doctor, sin rehusar la consulta en casos graves, sobre todo a los indigentes, no quiso ser médico del pequeño hospicio de Nemours, y declaró que ya no ejercía su profesión.

—Ya he matado a bastante gente —dijo riendo al padre Chaperon, el cual, sabiendo que era caritativo, abogaba por los pobres.

—¡Es un hombre muy original!

Esta expresión dicha acerca del doctor Minoret, fue la inocente venganza por los amores propios frustrados: porque el médico se organizó una camarilla de personajes que merecen destacarse frente a los herederos. Ahora bien, aquellos burgueses que se creían dignos de engrosar la corte de un hombre de cordón negro, conservaron contra el doctor y sus privilegios un fermento de celos que desgraciadamente no dejó de tener sus efectos.

### III LOS AMIGOS DEL DOCTOR

Por una extraña causa que explicaría el proverbio de que los extremos se tocan, el médico materialista y el cura de Nemours, se hicieron en seguida amigos. El anciano gustaba mucho de jugar al chaquete, juego favorito de la gente de iglesia, y el padre Chaperon era tan hábil en este juego como el médico. Así, pues, el juego fue el primer lazo que los unió. Además, Minoret era caritativo, y el cura de Nemours era el Fénelon del Gâtinais. Los dos poseían una instrucción compleja; el hombre de Dios era, pues, el único que en todo Nemours podía comprender al ateo. Para poder discutir dos hombres, es preciso que antes se comprendan. ¿Qué placer puede hallarse en dirigir palabras mordaces al que no las siente? El médico y el sacerdote tenían demasiado buen gusto, habían disfrutado demasiado de la buena compañía para no practicar los preceptos de la misma; pudieron entonces hacerse aquella pequeña guerra tan necesaria para la conversación. Odiaban recíprocamente sus opiniones, pero apreciaban mutuamente sus caracteres. ¿Si semejantes contrastes, si tales simpatías no constituyen elementos básicos de la vida íntima, no habría entonces que desesperar de una sociedad que, sobre todo en Francia, exige siempre cierto antagonismo? Es del choque entre caracteres que no de la discusión de donde nacen las antipatías. El padre Chaperon fue, pues, el primer amigo del doctor en Nemours.

Este clérigo, a la sazón de sesenta años de edad, era párroco de Nemours desde que había sido restablecido el culto católico. Por amor a su rey, había rehusado el vicariato de la diócesis. Si los indiferentes en materia religiosa le estaban agradecidos por ello, los fieles se lo agradecieron aún más. Venerado así por sus ovejas, apreciado por la población, el cura hacía el bien sin investigar sobre las creencias religiosas de los desgraciados. Su casa parroquial, apenas dotada del mobiliario necesario para los más estrictos requisitos de la vida, mostrábase fría y desnuda como la vivienda de un avaro. La avaricia y la caridad se traducen en efectos parecidos: ¿acaso la caridad no labra en el cielo el tesoro que el avaro se procura en la tierra?

El padre Chaperon discutía con su criada acerca de los gastos con mayor rigor que Gobseck disputaba con la suya, si es que alguna vez tuvo criada aquel famoso judío. El buen sacerdote vendía a menudo las hebillas de plata de sus zapatos y de sus pantalones para dar el producto de la venta a los pobres que le sorprendían sin un ochavo. Al verle salir de la iglesia, con un cordel en el pantalón, en substitución de las hebillas, las devotas de la ciudad iban entonces a buscar las hebillas de plata a la casa del relojero-joyero de Nemours y regañaban a su pastor al devolvérselas. Nunca compraba ropa blanca ni otras prendas y conservaba sus vestidos hasta que no se podían ni poner. Su ropa interior, acartonada de tanto zurcido, le hería la piel como con un cilicio. La señora de Portenduère u otras almas buenas se ponían entonces de acuerdo con el ama para substituirle, mientras dormía, la ropa interior o la exterior

por otras nuevas, y el cura no siempre se daba cuenta inmediatamente del cambio efectuado. Comía en su casa con plato de estaño y cubiertos de hierro colado. Cuando recibía a sus ecónomos y a los curas en los días de solemnidad, que son una carga para los curas de cantón, pedía prestada la vajilla de plata y la mantelería a su amigo el ateo.

—Mi vajilla está trabajando por su salvación eterna —decía entonces el médico.

Estas bellas acciones, tarde o temprano descubiertas, y siempre acompañadas de alientos espirituales, realizábanse con sublime ingenuidad. Esta vida resultaba tanto más meritoria cuanto que el padre Chaperon poseía una erudición tan vasta como variada y brillantes facultades. En él, la agudeza y la gracia, inseparables compañeras de la sencillez, realzaban una elocución digna de un prelado. Sus maneras, su carácter y sus costumbres conferían a su trato el sabor exquisito de todo lo que en la inteligencia es a la vez ingenio y candor. Amigo de las chanzas, no era nunca sacerdote en un salón. Hasta la llegada del doctor, el buen hombre dejó sus luces bajo el calemín, sin lamentarlo; pero quizá le gustaba utilizarlas. Dueño de una biblioteca considerable y de dos mil libras de renta cuando llegó a Nemours, el cura no poseía en 1829 más que los ingresos de su cargo, casi enteramente distribuidas cada año. De excelente consejo en los asuntos delicados o en las desgracias, más de una persona que no iba nunca a la iglesia en busca de consuelo, iba a la casa parroquial en busca de consejos.

Para poner fin a este retrato moral, bastará una pequeña anécdota. Algunos campesinos, gente malvada, decían que eran perseguidos o se hacían perseguir en forma simulada para estimular la caridad del padre Chaperon. Engañaban a sus mujeres, las cuales, al ver la casa amenazada de expropiación y sus vacas incautadas, engañaban con sus lágrimas inocentes al pobre cura, el cual les encontraba entonces los siete u ochocientos francos pedidos, con los cuales el campesino compraba un pedazo de tierra. Cuando unas personas piadosas, fabricantes, mostraron el fraude al padre Chaperon, rogándole que les consultase para no ser víctima de la codicia ajena, él les respondió:

—Quizás esas personas habrían cometido algo censurable para lograr su arapende de tierra, y ¿no es también hacer bien el impedir el mal?

Quizá podría encontrarse el bosquejo de esta figura en el hecho notable de que las ciencias y las letras habían pasado por aquel corazón y por aquella cabeza sin que en ellos la corrupción hubiera causado el menor estrago.

A los sesenta años de edad, el padre Chaperon tenía completamente blancos los cabellos: hasta tal extremo sentía vivamente las desgracias ajenas, tanto habían influido también en él los acontecimientos de la Revolución. Dos veces encarcelado por haberse negado dos veces a prestar juramento, dos veces, según él decía, había pronunciado su *In manus*. Era de mediana estatura, ni gordo ni flaco. Su rostro, muy arrugado, muy hundido, sin color, atraía ante todo las miradas por la profunda tranquilidad de las líneas y la pureza de los contornos, que parecían orlados de luz. El

semblante de un hombre casto posee un no sé qué de radiante. Ojos pardos, de vivas pupilas, animaban aquel rostro irregular de amplia frente. Su mirada ejercía un imperio que se explicaba por una dulzura no excluyente de fortaleza. Las arcadas de sus ojos formaban como dos bóvedas, sombreadas por grandes cejas grisáceas que no infundían temor alguno. Como había perdido muchos de sus dientes, su boca estaba deformada y sumidas sus mejillas; pero esta destrucción no carecía de gracia, y aquellas arrugas llenas de encanto parecían como si os sonrieran. Sin ser gotoso, tenía los pies tan sensibles, andaba con tanta dificultad, que en todas las estaciones del año, llevaba zapatos de piel de Orleáns. Consideraba poco conveniente la moda de los pantalones para un sacerdote, y aparecía siempre vestido con gruesas medias de lana negra hechas de punto por su ama y unas calzas de paño. No salía nunca con sotana, sino con una levita marrón, y conservaba el tricornio, valientemente llevado en los días más malos. Aquel noble y bien parecido anciano, cuyo rostro aparecía siempre embellecido por la serenidad de un alma sin tacha, debía ejercer sobre las cosas y sobre los hombres de esta historia una influencia tan grande, que era preciso ante todo remontar a la fuente de su autoridad.

Minoret recibía tres periódicos: uno liberal, otro ministerial, otro extremista, algunas selecciones periódicas y revistas científicas, cuyas colecciones engrosaban su biblioteca. Los periódicos, el enciclopedista y los libros fueron un aliciente para un ex capitán del regimiento de Royal-Suédois, llamado señor de Jordy, aristócrata voltairiano y solterón que vivía de mil seiscientos francos de pensión y renta vitalicia. Después de haber leído durante algunos días las *gacetas* por mediación del cura, el señor de Jordy juzgó conveniente ir a dar las gracias al doctor. Desde la primera visita, el ex capitán, antiguo profesor de la Escuela militar, conquistóse la simpatía del anciano médico, que se apresuró a devolverle la visita.

El señor de Jordy, hombre bajito, delgado y enjuto, pero atormentado por la sangre, aunque tuviera la cara muy pálida, llamaba ante todo la atención por su hermosa frente a lo Carlos XII, sobre la cual mantenía sus cabellos cortados muy cortos como los de aquel rey-soldado. Sus ojos azules, que fácilmente indujeran a decir: Por ahí pasó el amor, pero profundamente tristes, interesaban a la primera mirada, en la que se vislumbraban recuerdos sobre los cuales, por otra parte, guardaba un silencio tan profundo, que jamás sus viejos amigos sorprendieron una alusión sobre su vida pasada ni una de aquellas exclamaciones arrancadas ante una contingencia semejante infortunio. Ocultaba el doloroso misterio de su pasado bajo una jovialidad filosófica; pero cuando se creía solo, sus movimientos, entorpecidos por una lentitud menos senil que calculada, daban fe de un pensamiento penoso y constante: por ello el padre Chaperon, sin que él lo supiera, le había dado el apodo de «el cristiano». Iba siempre vestido de paño azul, y este hecho, junto con su actitud algo rígida, traicionaba las antiguas costumbres de la disciplina militar. Su voz dulce y armoniosa, llegaba al fondo del alma. Sus hermosas manos, el perfil de su rostro, que recordaba el del conde de Artois, mostrando cuán agradable debió de ser en su

juventud, hacían aún más impenetrable el misterio de su vida. Uno se preguntaba involuntariamente qué desgracia podía haber afectado la belleza, el valor, la gracia, la instrucción y las más preciosas cualidades del corazón que en otro tiempo se hallaron reunidas en su persona. El señor de Jordy seguía estremeciéndose cada vez que oía pronunciar el nombre de Robespierre. Tomaba mucho tabaco, y cosa extraña, se deshabituó de ello a causa de la pequeña Úrsula, que le manifestaba repugnancia hacia él, debido a este hábito. Tan pronto como pudo ver a aquella criatura, el capitán le dirigió largas miradas casi apasionadas. Amaba con tanta locura los juegos de la niña, se interesaba tanto por ella, que este afecto hizo aún más estrechos los lazos de amistad que le unían con el médico, el cual jamás se atrevió a preguntarle al solterón:

—Y vos, ¿perdisteis acaso algún hijo?

Hay algunas personas, buenas y pacientes como él, que pasan por la vida, con un pensamiento amargo en el corazón y una sonrisa a la vez tierna y dolorosa en los labios, llevándose consigo las palabras del enigma sin dejarlas adivinar, por orgullo, por desdén, por venganza quizá, no teniendo más que a Dios como confidente y consolador. En Nemours, a donde, como el médico, había ido a morir en paz, el señor de Jordy apenas veía más que al cura, siempre a las órdenes de los feligreses, y a la señora de Portenduère, que se acostaba a las nueve. Así, pues, no habiendo otro remedio, había terminado por acostarse temprano, a pesar de las espinas que llenaban su almohada. Fue, por lo tanto, motivo de buena suerte para el médico como para el capitán el encontrar a un hombre que había visto el mismo mundo que ellos, que hablaba la misma lengua, con el cual se podía efectuar un intercambio de ideas, y que se acostaba tarde. Una vez que el señor de Jordy, el padre Chaperon y Minoret hubieron pasado juntos una primera velada, experimentaron tanto placer, que el sacerdote y el militar volvieron todas las noches a las nueve, momento en el que la pequeña Úrsula estaba ya acostada, y el anciano médico estaba libre. Y los tres velaban hasta las doce o la una de la noche.

Pronto este trío se convirtió en un cuarteto. Otro hombre, que conocía la vida y que debía a la práctica de los asuntos judiciales aquella indulgencia, aquel saber, aquel cúmulo de observaciones, aquella ironía, aquel talento para la conversación que el militar, el médico, el cura, debían a la práctica de las almas, de las enfermedades y de la enseñanza, respectivamente, el Juez de Paz olió los placeres de aquellas veladas y buscó la compañía del doctor. Antes de ser Juez de Paz en Nemours, el señor Bongrand había sido por espacio de diez años procurador en Melun, donde dictaba sentencia él mismo, según la costumbre de las poblaciones en que no hay estrado. Viudo a la edad de cuarenta y cinco años, sentíase aún demasiado activo para pasar la vida en la ociosidad; solicitó, pues, el cargo de Juez de Paz de Nemours, vacante unos meses antes de que el doctor fuera a instalarse en la ciudad. El guardasellos se siente siempre feliz de encontrar clientes, y sobre todo gente acomodada, para ejercer tan importante magistratura. El señor Bongrand vivía modestamente en Nemours de los mil quinientos francos de su cargo, y podía así consagrar sus ingresos a su hijo, que

estaba estudiando Leyes en París, mientras estudiaba al propio tiempo procedimiento con el famoso abogado Derville. El señor Bongrand se parecía bastante a un viejo jefe de división retirado: poseía aquel rostro melancólico en el que los asuntos judiciales, las contrariedades, el hastío, han dejado sus huellas, arrugado por la reflexión y también por las continuas contracciones peculiares de las personas que están obligadas a no decirlo todo; pero aquel rostro aparecía a menudo iluminado por sonrisas características de aquellos hombres que sucesivamente lo creen todo y no creen nada, acostumbrados a verlo todo y a oírlo todo sin sorprenderse, a penetrar en los abismos que el interés descubre en lo profundo de los corazones. Bajo sus cabellos, menos blancos que descoloridos, recogidos en ondas sobre su cabeza, ofrecía una frente sagaz cuyo color amarillento armonizaba con los filamentos de su rala cabellera. Su rostro de facciones pequeñas se parecía tanto más al de un zorro, por cuanto que su nariz era corta y puntiaguda. De su boca hendida como la de los grandes conversadores, saltaban chispas blancas que hacían tan lluviosa su conversación, que Goupil decía maliciosamente: para escucharle, hace falta un paraguas. O bien: del Juez de Paz llueven los juicios. Sus ojos parecían inteligentes detrás de las gafas, pero cuando se las quitaba, su mirada embotada parecía estúpida. Aunque fuera alegre, incluso casi jovial, dábese aires de hombre muy serio e importante. Casi siempre llevaba las manos en los bolsillos del pantalón, y no las sacaba de ellos más que para asegurarse las gafas sobre la nariz con un movimiento casi burlón que anunciaba una fina observación o un victorioso argumento. Sus gestos, su locuacidad, sus inocentes pretensiones revelaban el antiguo procurador de provincia. Pero estos ligeros defectos no existían más que en la superficie; los resarcía con una bondad adquirida que un moralista calificaría de indulgencia natural, hija de la superioridad. Si tenía un poco el aspecto de una zorra, pasaba también por ser muy astuto, aunque no ímprobo. Su astucia era el juego de su perspicacia. Pero, ¿acaso no llaman astutas a las personas que prevén un resultado y se preservan de las trampas que les han sido tendidas? Al Juez de Paz le gusta el *whist*, juego que el capitán y el médico conocían, y que el cura aprendió en poco tiempo.

La pequeña sociedad se convirtió en un oasis en el salón de Minoret. El médico de Nemours, que no carecía de instrucción ni de mundología, y que honraba en la persona de Minoret una de las lumbreras de la medicina, tuvo también acceso allí, pero sus ocupaciones, sus fatigas, que le obligaban a acostarse pronto para levantarse temprano, le impidieron ser tan asiduo como los tres amigos del doctor. La reunión de aquellas cinco personas, las únicas que en Nemours poseían conocimientos lo suficientemente universales para comprenderse, explica la aversión del viejo Minoret hacia sus herederos: aunque debía dejarles su fortuna, apenas podía admitirles en su sociedad. Sea que el jefe de posta, el escribano y el recaudador hubieran comprendido este matiz, sea que quedaran tranquilizados por los favores que les había hecho su tío, el caso es que, con gran satisfacción por parte de éste, cesaron de ir a verle. Así, los cuatro viejos jugadores de *whist* y de *chaquete*, siete u ocho meses después de

haberse instalado el médico en Nemours, formaron una sociedad compacta, exclusiva, y que fue para cada uno de ellos como una fraternidad otoñal, inesperada, y cuyas dulzuras no por ello fueron menos saboreadas. Aquella familia de espíritus selectos tuvo en Úrsula una niña adoptada por cada uno de ellos según sus gustos: el cura pensaba en el alma, el Juez de Paz se constituía en curador, el militar prometíase llegar a ser su preceptor; y en cuanto a Minoret, era a la vez el padre, la madre y el médico.

Después de haberse aclimatado, el anciano adquirió sus costumbres y arregló su vida como suele arreglarse en el seno de todas las provincias. A causa de Úrsula, no recibía a nadie por la mañana, nunca invitaba a comer; sus amigos podían llegar a su casa hacia las seis y permanecer en ella hasta medianoche. Los primeros en llegar encontraban los periódicos encima de la mesa del salón y los leían en espera de los otros, o a veces iban en busca del doctor si había salido de paseo. Estas tranquilas costumbres no fueron solamente necesidad de la vejez, fueron también en el hombre de mundo un cálculo sabio y profundo para no dejar turbar su felicidad por la inquieta curiosidad de sus herederos ni por el chismorreo de las pequeñas ciudades. No quería conceder nada a aquella voluble diosa, la opinión pública, cuya tiranía, una de las desgracias de Francia, iba a establecerse en nuestro país y hacer de él una mismísima provincia. Así, recién destetada la niña y comenzó a caminar, despidió a la cocinera que su sobrina le había recomendado, al descubrir que ella informaba a la jefa de posta de cuanto ocurría en su casa.

La nodriza de la pequeña Úrsula, viuda de un pobre obrero sin otro nombre más que el nombre de pila y que procedía de Bougival, había perdido a su último hijo a la edad de seis meses, en el momento en que el doctor, que la conocía como una persona buena y honrada, la tomó como nodriza, conmovido por su desgracia. Sin fortuna, venida de Bresse, donde su familia vivía en la miseria, Antoñita Patris, viuda de Pedro, llamado el de Bougival, se encariñó naturalmente con Úrsula como se encariñan las nodrizas con las criaturas a las que dan el pecho. Este ciego afecto maternal fue incrementado con la abnegación doméstica. Prevenida de las intenciones del médico, la Bougival aprendió astutamente a cocinar, volvióse limpia, hábil y se adaptó a las costumbres del anciano. Tuvo cuidados minuciosos por los muebles y las habitaciones, fue, en fin, infatigable. No solamente quería el doctor que su vida privada quedara a salvo de las indiscreciones, sino que también tenía sus razones para substraer a sus herederos, el conocimiento de sus asuntos. A partir del segundo año de su establecimiento, no tuvo, pues, en su casa, más que a la Bougival, con cuya discreción podía contar completamente, y disimuló los verdaderos motivos bajo la todopoderosa razón de la economía. Con gran satisfacción por parte de sus herederos, volvióse avaro. Sin hipocresía y por la sola influencia de su solicitud y de su abnegación, la Bougival, de cuarenta y tres años de edad en el momento en que se inicia este drama, era el ama del médico y su protegida, el eje sobre el cual giraba todo en la casa, en fin, la mujer de confianza. La llamaban la Bougival por la

imposibilidad reconocida de aplicar a su persona su nombre de Antoñita, porque los nombres y las caras obedecen a las leyes de la armonía.

La avaricia del doctor no fue una palabra vana, pero tuvo una finalidad. A partir de 1817, suprimió dos diarios y diose de baja en la suscripción de sus selecciones periódicas. Sus gastos anuales, que todo Nemours pudo estimar, no pasaron de mil ochocientos francos al año. Como todos los ancianos, sus necesidades en cuanto a camisa blanca, zapatos o vestidos eran casi nulas. Cada seis meses, hacía un viaje a París, sin duda para cobrar e invertir él mismo sus intereses. En quince años no dijo ni una sola palabra referente a sus negocios. Su confianza en Bongrand vino muy tarde; no se franqueó a él sobre de sus proyectos hasta después de la revolución de 1830. Tales eran en la vida del doctor las únicas cosas que entonces conocía la burguesía y sus herederos. En cuanto a sus opiniones políticas, como su casa no pagaba más que cien francos de impuestos, no se mezclaba en nada, y rechazaba tanto las suscripciones monárquicas como las suscripciones liberales. Su conocido horror a la *clerigalla*, y su deísmo gustaban tan poco de manifestaciones, que puso de patitas en la calle a un viajante enviado por su sobrino Deseado Minoret-Levrault para proponerle un *Padre Meslier* y los *Discursos* del general Foy. Una tolerancia así entendida pareció inexplicable a los liberales de Nemours.

Los tres herederos colaterales del doctor, Minoret-Levrault y su mujer, el señor y la señora Massin-Levrault, júnior, el señor y la señora Crémère-Crémère —que nosotros llamaremos simplemente Crémère, Massin y Minoret, porque estas distinciones entre homónimos sólo son necesarias en el Gâtinais—, estas tres familias, demasiado ocupadas para crear otro centro, veíanse como se ve la gente en las pequeñas ciudades. El jefe de posta daba un gran banquete el aniversario del nacimiento de su hijo, un baile por carnaval, otro en el día del aniversario de su boda, e invitaba entonces a toda la burguesía de Nemours. El recaudador reunía asimismo dos veces por año a sus pariente y amigos. El escribano del Juez de Paz, demasiado pobre, decía, para meterse en tales derroches, vivía modestamente en una casa situada en la calle Mayor, y una parte de la cual, la planta baja, tenía alquilada a su hermana, directora de correos, otra de las buenas obras del doctor. Sin embargo, durante el año, los tres herederos o sus mujeres se encontraban unos con otros en las calles, en el paseo, en el mercado, por la mañana, junto a la puerta de sus casas, o bien, el domingo después de misa, en la plaza, como en aquel momento; de suerte que se veían todos los días. Ahora bien, desde hacía tres años sobre todo, la edad del doctor, su avaricia y su fortuna permitían alusiones y declaraciones directas concernientes a la herencia, que terminaron por hacer tan célebres al médico como a sus herederos. Desde hacía seis meses, no transcurría día de la semana en que los amigos o los vecinos de los herederos Minoret no les hablasen, con sorda envidia, *del día en que, al cerrarse los dos ojos del buen hombre, se abrirían sus cofres*.

—Por más que el doctor Minoret sea médico y se entienda con la muerte, sólo Dios es eterno —decía uno.

—¡Bah!, nos enterrará a todos; está mejor de salud que nosotros —respondía hipócritamente el heredero.

—En fin, si no sois vosotros, vuestros hijos serán quienes heredarán, a menos de que esa pequeña Úrsula...

—No irá a dejárselo todo a ella.

Úrsula, según las predicciones de la señora Massin, era como la espada de Demócles para los herederos, y estas palabras: «¡Bah!, ¡vivir para ver!», conclusión favorita de la señora Crémière, decía con bastante elocuencia que le deseaban más mal que bien.

El recaudador y el escribano, pobres en comparación con el jefe de posta, habían calculado a menudo, como de paso, la herencia del doctor. Al pasearse a lo largo del canal o por la carretera, si veían acercarse a su tío, mirábanse uno a otro con aire contristado.

—Sin duda ha guardado para sí algún elixir de larga vida —decía uno.

—Ha hecho un pacto con el diablo —respondía el otro.

—Debería favorecernos a nosotros dos, porque ese gordinflón de Minoret no tiene necesidad de nada.

—¡Ah!, Minoret tiene un hijo que le devorará mucho dinero.

—¿A cuánto calculáis que asciende la fortuna del doctor? —decía el escribano al financiero.

—Al cabo de doce años, doce mil francos economizados cada año dan ciento cuarenta y cuatro mil francos, y los intereses compuestos producen por lo menos cien mil francos; pero, como ha debido, aconsejado por su notario de París, hacer algunos buenos negocios, y hasta 1822, ha debido colocar a ocho y a siete por ciento en valores del Estado, el buen hombre maneja ahora aproximadamente cien mil francos, sin contar sus catorce mil libras de renta al cinco por ciento, hoy a ciento dieciséis. Si muriese mañana sin estimar a Úrsula, nos dejaría, pues, de siete a ochocientos mil francos, además de la casa y los muebles.

—Bien, cien mil a Minoret, cien mil a la pequeña, y a cada uno de nosotros trescientos: esto sería lo justo.

—¡Ah!, ¡bien que nos iría!

—Si él hiciera eso —exclamaba Massin—, yo vendería mi escribanía, compraría una hermosa finca, procuraría llegar a ser juez en Fontainebleau, y sería diputado.

—Pues yo compraría un puesto de agente de cambio —decía el recaudador.

—Desgraciadamente, esa niña que protege y el cura lo tienen tan conquistado, que nada podemos influir en él.

—Después de todo, seguimos estando seguros de que no dejará nada a la Iglesia.

Ahora puede fácilmente imaginar el lector cuál no sería la zozobra de los herederos al ver a su tío ir a misa. Fácil es ver en todo ello una lesión a sus intereses. El interés constituye la inteligencia tanto del campesino como del diplomático, y en este terreno, el más necio en apariencia sería quizás el más fuerte. Así, este terrible

razonamiento: «Si la pequeña Úrsula tiene el poder de arrojar a su protector al seno de la Iglesia, también tendría, el de hacer que le sea dada la herencia», estallaba en letras de fuego en la mente del más obtuso de los herederos. El jefe de posta había olvidado el enigma contenido en la carta de su hijo para correr a la plaza; porque, si el doctor estaba en la iglesia para leer el ordinario de la misa, se trataba de doscientos cincuenta mil francos de pérdidas. Confesémoslo, el temor de los herederos participaba de uno de los más fuertes y legítimos sentimientos sociales, el interés de familia.

IV  
CELIA

—Bien, señor Minoret —dijo el alcalde (antiguo molinero convertido en monárquico, un Levrault-Crémière)—, cuando el diablo se vuelve viejo, se hace ermitaño. Vuestro tío, dicen, es de los nuestros.

—Más vale tarde que nunca, primo —respondió el jefe de posta tratando de disimular su contrariedad.

—¡Cómo se reiría aquél, si quedáramos burlados! Sería capaz de casar a su hijo con esa condenada niña, a la que el diablo lleve con su cola —exclamó Crémière apretando los puños y señalando al alcalde bajo el pórtico.

—¿Por quién está el tío Crémière? —dijo el carnicero de Nemours, un Levrault-Levrault hijo mayor—. ¿No está contento de ver que su tío emprende el camino del cielo?

—¿Quién habría creído nunca tal cosa? —dijo el escribano.

—¡Ah!, nunca se puede decir «de esa agua no beberé» —respondió el notario, el cual, al ver de lejos el grupo, se separó de su mujer, dejándola que fuese sola a la iglesia.

—Veamos, señor Dionis —dijo Crémière, cogiendo al notario por el brazo—, ¿qué nos aconsejáis que hagamos en esta circunstancia?

—Os aconsejo —dijo el notario dirigiéndose a los herederos—, que os acostéis y os levantéis a las horas habituales, comáis la sopa sin dejar que se enfríe, que metáis los pies en los zapatos, los sombreros en la cabeza, en fin, que continuéis viviendo como ahora, absolutamente como si nada ocurriera.

—Mal consolador resultáis —le dijo Massin, lanzándole una mirada de cómplice.

A pesar de su baja estatura y de su gordura, a pesar del aspecto obtuso de su rostro, Crémière-Dionis era listo como el azogue. Para hacer fortuna, habíase asociado secretamente con Massin, al que sin duda indicaba los campesinos que estaban en apuros y las parcelas de tierra aptas para ser devoradas. Estos dos hombres escogían así sus negocios, no dejaban escapar ninguno que valiera la pena, y se repartían los beneficios de esta usura hipotecaria que retrasa, sin impedirla, la acción de los campesinos sobre el suelo. Así, menos para Minoret, el jefe de posta, y, para Crémière el recaudador, que para su amigo el escribano, Dionis tenía un vivo interés por la herencia del doctor. La parte de Massin, tarde o temprano, había de engrosar los capitales con los que las dos sociedades operarían en el cantón.

—Trataremos de averiguar por medio del señor Bongrand de dónde ha partido ese golpe —respondió el notario en voz baja, advirtiendo a Massin para que se mantuviera alerta.

—Pero, ¿qué estás haciendo ahí, Minoret? —gritó dé pronto una mujer bajita que se lanzó hacia el grupo en medio del cual el jefe de posta sobresalía como una torre

— ¡No sabes de Deseado, y permaneces ahí, plantado sobre tus dos piernas, charlando, cuando yo te creía a caballo! Buenos días, señoras y señores.

Esta mujer pequeña, delgada, pálida y rubia, con un vestido de indiana blanca con grandes flores de color de chocolate, con un gorro bordado, guarnecido de encaje, y llevando un pequeño chal verde sobre sus anchos hombros, era la jefa de posta, que hacía temblar a los más rudos postillones, a los criados, a los carreteros; que llevaba la caja, los libros y gobernaba la casa con la máxima escrupulosidad. Como las verdaderas amas de casa, no llevaba ninguna joya. No estaba para perifollos ni chucherías, según decía; a ella le gustaba lo práctico y lo positivo, y a pesar de que era fiesta, llevaba su delantal negro, en cuyos bolsillos resonaba un manojito de llaves. Su voz estridente desgarraba los tímpanos del oído. A pesar del color azul claro de sus ojos, su rígida mirada ofrecía una visible armonía con los labios delgados de una boca apretada; frente alta, abombada, muy imperiosa. Vivo era el modo de mirar y aún más vivos el gesto y la palabra. Celia, obligada a tener voluntad para dos, «la había tenido siempre para tres», decía Goupil que hizo observar los reinados sucesivos de tres jóvenes postillones de aspecto muy bien cuidado, establecidos por Celia, cada uno de ellos después de siete años de servicio. Así, el malicioso pasante los llamara: Postillón I, Postillón II y Postillón III. Pero la escasa influencia de aquellos jóvenes en la casa y su completa obediencia demostraban que Celia se había interesado pura y sencillamente por buenos sujetos.

—¡Y bien!, Celia es amante, del cielo —respondía el pasante a los que le hacían estas observaciones.

Esta maledicencia era poco verosímil. Desde el nacimiento de su hijo criado por ella sin que pudiera advertirse por dónde la jefe de posta no pensó más que en aumentar su fortuna, y se entregó sin tregua a la dirección de su inmenso establecimiento. Robarle a Celia algo de paja o de avena, sorprender a Celia en enrevesadas cuentas, era algo imposible, amén de que ella escribía como un gato y conocía sólo de la aritmética la suma y la resta. No sabía más que para ir a calcular su heno y su avena; enviaba a su marido a la cosecha y a sus postillones a agavillar, diciéndoles, con cien libras de aproximación, la cantidad que tal o cual prado había de producir. Aunque ella fuera el alma de aquella humanidad llamada Minoret-Levrault, y le llevase por la punta de aquella estúpida nariz, experimentaba los accesos que más o menos agitan siempre a los domadores de bestias feroces. Así, se encolerizaba constantemente con él, y sabían los postillones de estas querellas por las que a su vez tenían con Minoret, ya que luego la cólera recaía sobre ellos. Por otra parte, la Minoret era tan hábil como interesada. En más de un hogar de la ciudad se decían estas palabras: «¿Adonde habría ido Minoret sin esta mujer?»

—Cuando sepas lo que ocurre —respondió el jefe de Nemours—, tú misma te saldrás de quicio.

—¿Qué es, pues, lo que ocurre?

—Úrsula ha llevado al doctor Minoret a misa.

Las pupilas de Celia Levrault se dilataron, permaneció un instante amarilla de cólera, y dijo:

—¡He de verlo para creerlo! —y se precipitó en dirección a la iglesia.

Era el momento de la elevación. Favorecida por el general recogimiento: la Minoret pudo, pues, mirar a cada hilera de sillas y bancos, adelantando por la nave de las capillas, hasta el lugar donde se encontraba Úrsula, junto a la cual vio al anciano con la cabeza descubierta.

Al recordar los rostros de Barbé-Marbois, de Boissy d'Anglas, de Morellet, de Helvetius, de Federico el Grande, en seguida tendréis una imagen exacta de la cabeza del doctor Minoret, cuya lozana ancianidad se parecía a la de aquellos personajes célebres. Aquellas cabezas, como acuñadas en troquel —ya que se imprimen, ofrecen un duro perfil, y casi puritano, una coloración fría, una razón matemática, cierta estrechez en el rostro —casi apretado—, ojos vivos, bocas serias, algo de aristocrático, menos en el sentimiento que en el hábito, más en las ideas que en el carácter. Todos presentan frentes altas, pero deprimidas en la parte superior, lo cual revela cierta tendencia al materialismo. Volveréis a encontrar estos rasgos fundamentales de cabeza y estos rasgos fisonómicos en los retratos de todos los enciclopedistas, de los oradores de la Gironda, y de los hombres de aquella época, cuyas creencias religiosas fueron casi nulas, que se decían deístas y eran ateos. El deísta es un ateo bajo beneficio de inventario. El viejo Minoret presentaba, pues, una de estas frentes, aunque surcada de arrugas, que expresaba cierta ingenuidad por la forma como sus cabellos de plata, echados hacia atrás, formaban ligeros bucles sobre su traje negro porque iba obstinadamente vestido, como en su juventud, con medias de seda negra, zapatos de hebillas de oro, pantalón de piel de seda, chaleco blanco atravesado por el cordón negro, y vestido negro adornado con la roseta roja.

Cabeza tan caracterizada, cuya fría blancura estaba mitigada por los tonos amarillentos debidos a la vejez, recibía de lleno la luz que entraba por una ventana. En el momento en que llegó la jefa de posta, el doctor tenía sus ojos azules, de rosados párpados, suave rasgo, alzados hacia el altar: una nueva convicción les confería una expresión nueva. Sus gafas señalaban en su devocionario el lugar donde había interrumpido sus oraciones. Con los brazos cruzados sobre el pecho, aquel anciano alto y delgado, de pie, en una actitud que revelaba la completa integridad de sus facultades y algo inmovible en su fe, no cesó de contemplar el altar con mirada humilde que rejuvenecía su esperanza, sin querer mirar a la mujer de su sobrino, erguida casi frente a él, como para reprocharle aquella vuelta a Dios.

Al ver que todas las cabezas se volvían hacia ella, Celia se apresuró a salir, y volvió a la plaza menos precipitadamente que cuando había ido a la iglesia; contaba con aquella herencia, y la herencia se hacía problemática. Encontró al escribano, al recaudador y a sus mujeres aún más consternados que antes: Goupil se había recreado en atormentarles.

—En la plaza, delante de toda la ciudad, no podemos hablar de nuestros asuntos

—dijo la jefa de posta—; venid a mi casa. Vos no estaréis de más, señor Dionis —dijo al notario.

Así, el probable desheredamiento de los Massin, de los Crémère y del jefe de posta iba a convertirse en la noticia de la región.

En el momento en que los herederos y el notario iban a atravesar la plaza para dirigirse a la posta, el ruido de la diligencia que llegaba a toda velocidad a la oficina —que se encuentra a unos pasos de la iglesia en la parte alta de la calle Mayor—, produjo un enorme estrépito.

—¡Toma!, soy como tú, Minoret, me olvido de Deseado —dijo Celia—. Vamos, es casi abogado, y hay que ocuparse un poco de sus asuntos.

La llegada de una diligencia es siempre una distracción; pero cuando llega con retraso, siempre se esperan acontecimientos: así, la multitud se dirigió hacia *la Ducler*.

—¡Ahí está Deseado! —fue un grito general.

A la vez tirano y bromista de Nemours, Deseado ponía siempre en vilo a la ciudad con sus apariciones. Amado por la juventud, con la que se mostraba generoso, la estimulaba con su presencia; pero sus bromas eran tan temidas, que más de una familia se alegró mucho de que hiciera sus estudios en París. Deseado Minoret, joven esbelto y rubio como su madre, de la que había heredado los ojos azules y la tez pálida, sonrió por la portezuela a la multitud, y descendió ágilmente para besar a su madre. Un ligero bosquejo de este muchacho demostrará cuán halagada se sintió Celia al verle.

El estudiante llevaba botas finas, pantalón blanco de tela inglesa con trabillas de cuero acharolado, hermosa corbata bien puesta, un lindo chaleco de fantasía, un reloj plano con la cadena colgando, finalmente una levita corta de paño azul y un sombrero gris; pero el recién llegado se traicionaba por los botones de oro de su chaleco y en la sortija que llevaba encima de los guantes de cabritilla de un color violáceo. Llevaba un bastón con puño de oro cincelado.

—Vas a perder el reloj —le dijo la madre al besarle.

—Está hecho adrede —respondió el joven, dejándose besar por su padre.

—Bueno, primo, ¿de modo que pronto vais a ser abogado? —le dijo Massin.

—Prestaré juramento cuando vuelvan a empezar las clases —dijo respondiendo a los saludos amistosos que provenían de la multitud.

—Entonces vamos a reír —dijo Goupil cogiéndole la mano.

—¡Ah!, estabas ahí, viejo mono —respondió Deseado.

—Aún tienes por tesis tales licencias después de tantas tesis por la licenciatura —replicó el pasante, humillado de verse tratado con tanta familiaridad delante de tantas personas.

—¡Cómo!, ¿le está diciendo que se calle? —preguntó la señora Crémère a su marido.

—¡Ya sabéis todo lo que traigo, Cabirolle! —gritó Deseado al viejo conductor de

cara violácea y llena de granos—. Haréis que lo lleven todo a casa.

—Tus caballos están bañados de sudor —dijo la ruda Celia a Cabirolle—; ¿es así cómo has de conducirlos? ¡Eres más animal que ellos!

—Es que el señor Deseado quería llegar cuanto antes, para que no estuvierais intranquilos...

—Pero si no hubo ningún accidente, ¿por qué habías de arriesgarte a perder los caballos? —dijo Celia.

Debido a los cambios de impresiones con los amigos, los saludos, las muestras de simpatía de los jóvenes que rodeaban a Deseado, todos los incidentes de aquella llegada y los relatos del accidente que había sido la causa del retraso, el rebaño de los herederos, aumentado por el de sus amigos, tardó mucho rato en llegar a la plaza a la hora de salir de la iglesia. Por un efecto del azar, que todo se lo permite, Deseado vio a Úrsula bajo el pórtico de la parroquia en el momento de pasar, y quedó estupefacto ante su belleza. El gesto del joven abogado detuvo necesariamente la marcha de sus parientes.

Obligada a prestar el brazo a su padrino, a sostener con la mano derecha su devocionario, y con la otra su sombrilla, Úrsula desplegaba entonces la gracia que las mujeres graciosos ponen en cumplir con las cosas difíciles de su hermoso oficio de mujer. Si es cierto que el espíritu se traduce en todos nuestros actos, conviene decir que aquella actitud expresaba una divina sencillez. Úrsula llevaba un vestido de muselina blanca adornado con lazos azules. La esclavina, orillada por una cinta del mismo color, pasaba a través de un ancho dobladillo y atada por lazos parecidos a los del vestido, dejaba entrever la belleza de su cuerpo. El cuello, de blancura mate, era de un tono encantador que aún resaltaba más por efecto de todo aquel azul, que es el carmín de las rubias. Su cinturón azul dibujaba un talle que parecía flexible, una de las gracias más seductoras de la mujer. Llevaba un sombrero de paja de arroz, modestamente guarnecido de cintas iguales a las del vestido, y cuyos extremos estaban enlazados bajo la barbilla, lo cual, aunque hacía resaltar la blancura del sombrero, no perjudicaba a la de su hermosa tez de joven rubia. A cada lado del rostro de Úrsula, que se peinaba ella misma, sus cabellos finos y rubios formaban hermosas trenzas que cautivaban por su dorado fulgor. Sus grises ojos, a la vez dulces y altivos, armonizaban con una frente bien modelada. Un suave rubor difundido por sus mejillas como una nube animaba su rostro regular sin insipidez, porque la naturaleza le había dado a la vez, por raro privilegio, la pureza de las líneas junto con unas facciones expresivas. La nobleza de su vida traducíase en una admirable consonancia entre sus rasgos, sus movimientos y la expresión general de su persona, que podía servir de modelo a la confianza o a la modestia. Su salud, aunque brillante, no se manifestaba de un modo brusco, de suerte que tenía un aire lleno de distinción. Bajo sus guantes, de color claro, adivinábanse lindas manos. Sus pies pequeños y bien arqueados, calzaban con borceguíes de piel bronceada guarnecidos con una franja de seda marrón. Su cinturón azul, con un pequeño reloj plano y una bolsa azul

de bellotas de oro, atrajo las miradas de todas las mujeres.

—¡Le ha regalado otro reloj! —dijo la señora Crémière estrechando el brazo de su marido.

—¡Cómo! ¡Ésa es Úrsula! —exclamó Deseado—. No la reconocía.

—Bueno, querido tío, constituís un acontecimiento —dijo el jefe de posta señalándole toda la ciudad dividida en dos para dejar pasar al anciano—, todo el mundo quiere veros.

—¿Quién os ha convertido, el padre Chaperon o la señorita Ursula, tío? —dijo Massin con obsequiosidad jesuítica saludando al médico y a su protegida.

—Ha sido Úrsula —dijo secamente el anciano, sin dejar de andar, como un hombre al que están importunando.

Aun cuando el día antes, al terminar su partida de *whist* con Úrsula, con el médico de Nemours y Bongrand, a estas palabras: «¡Mañana iré a misa!», dichas por el anciano, no hubiera contestado el Juez de Paz: «¡Vuestros herederos ya podrán dormir!», debía bastarle al sagaz y perspicaz doctor una sola ojeada para penetrar la disposición de sus herederos ante la expresión de sus caras. La irrupción de Celia en la iglesia, la mirada que dirigió al doctor y que éste había captado, aquella reunión de todos los interesados en la plaza y la expresión de sus ojos al ver a Úrsula, todo revelaba un odio recién reavivado y temores sórdidos.

—¡Ha sido cosa vuestra, señorita! —repuso la señora Crémière, interviniendo también con una humilde reverencia—. Un milagro no os resulta difícil.

—Es cosa de Dios, señora —respondió Úrsula.

—¡Oh!, Dios —exclamó Minoret-Levrault—, mi suegro decía que servía de gualdrapa para muchos caballos.

—Tenía opiniones de chalán —dijo severamente el doctor.

—Bueno —dijo Minoret a su mujer y a su hijo—, ¿no venís a saludar a mi tío?

—No podría contenerme, delante de esa mosquita muerta —exclamó Celia llevándose de allí a su hijo.

—Haríais bien, tío —decía la señora Massin— en no ir a la iglesia sin tener un gorrito de terciopelo negro, porque en la parroquia hay mucha humedad.

—¡Bah!, sobrina —dijo el doctor mirando a los que le acompañaban— cuanto antes esté yo acostado, más pronto bailaréis vosotros.

Y seguía caminando arrastrando a Úrsula, y mostraba tanta prisa, que les dejaron solos.

—¿Por qué les decís palabras tan duras? No está bien —le dijo Úrsula, sacudiéndole el brazo con aire travieso.

—Tanto antes como después de mi entrada en religión, mi odio será el mismo contra los hipócritas. Yo les he hecho bien a todos, no les he pedido que me agradecieran nada; pero ninguna de esas personas te ha enviado una flor el día de tu aniversario, la única que celebro.

A una distancia bastante grande del doctor y de Úrsula, la señora de Portenduère

caminaba como arrastrándose, y parecía abrumada por el dolor. Pertenecía a esa clase de ancianas en cuya indumentaria se encuentra de nuevo el espíritu del pasado siglo, que lucen vestidos de color malva, con un corte cuyo modelo no se ve más que en los retratos de la señora Lebrun; llevan manteletas de encaje negro, y sombreros pasados de moda, en consonancia con su caminar lento y solemne: diríase que siguen caminando con sus miriñaques, y que los sienten todavía alrededor de su cuerpo, como aquellos a los que han cortado un brazo, a veces agitan la mano que ya no tienen; su cara larga, pálida, con grandes ojos mortecinos, frente marchita, no carecen de cierta gracia triste; rodean su rostro de viejos encajes, pero todas estas ruinas aparecen dominadas por una increíble dignidad en las maneras y en la mirada. Los ojos enrojecidos de aquella anciana señora decían bien a las claras que había llorado durante la misa. Caminaba como una persona profundamente trastornada, y parecía esperar a alguien, porque se volvió. Ahora bien, el que la señora Portenduère se volviera, era un hecho tan grave como el de la conversión del doctor Minoret.

—¿Contra quién estará la señora de Portenduère? —dijo la señora Massin, yendo a reunirse con los herederos, petrificados por las respuestas del anciano.

—Está buscando al cura —dijo el notario Dionis, quien se dio un golpe en la frente como un hombre que de pronto recuerda algo o se le ocurre una idea que había olvidado—. ¡Tengo vuestro asunto en mis manos, y vuestra herencia está salvada! Vamos a comer alegremente a casa de la señora Minoret.

El lector puede ya imaginar la prisa con que los herederos siguieron al notario hacia la posta. Goupil acompañó a su camarada, cogidos del brazo, diciéndole con una horrible sonrisa:

—Hay camarón.

—¿Y a mí que me importa? —respondióle el hijo de familia encogiéndose de hombros—. Yo estoy enamorado de Florina, la criatura más celestial del mundo.

—¿Qué es eso de Florina a secas? —preguntó Goupil—. Te quiero demasiado para permitir que te pierdas por una criatura cualquiera.

—Florina es la pasión del famoso Natán, y mi locura es vana, porque esa mujer se ha negado categóricamente a casarse conmigo.

—Las chicas locas en cuanto al cuerpo, son a veces prudentes en cuanto a la cabeza —dijo Goupil.

—Si la vieras, aunque no fuera más que una vez, no te servirías de tales expresiones —dijo Deseado con aire lánguido.

—Si te viera frustrar tu porvenir por algo que no debe ser más que un capricho —repuso con un calor que quizás hubiera engañado incluso a Bongrand—, yo mismo iría a romper a esa muñeca, como Varney rompe a Amy Robsart en *Kenilworth*. Tu mujer debe ser una Aiglemont, una señorita de Rouvre, y hacer que llegues a diputado. Mi porvenir está hipotecado sobre el tuyo, y no dejaré que hagas tonterías.

—Soy lo suficientemente rico para contentarme con la felicidad —respondió Deseado.

—Bueno, ¿qué es lo que estáis tramando ahí? —dijo Celia a Goupil, llamando a los dos amigos, que se habían quedado en medio de su espacioso patio.

El doctor desapareció por la calle de los Burgueses y llegó con la agilidad de un joven a la casa en la que se había producido, durante la semana, el extraño acontecimiento que en aquel entonces preocupaba a toda la ciudad de Nemours y que requiere algunas explicaciones para que resulten completamente claras esta historia y las palabras que el notario les dijo a los herederos.

## V ÚRSULA

El suegro del doctor, el famoso clavecinista y constructor de instrumentos de música, Valentín Mirouet, uno de nuestros más célebres organistas, había fallecido en 1785, dejando un hijo natural, el hijo de su ancianidad, reconocido, que llevaba su apellido, pero muy mala persona. En su lecho de muerte, no tuvo el consuelo de poder ver a aquel hijo mimado. Cantante y compositor, José Mirouet, después de haber debutado en los Italianos con nombre supuesto, había huido con una joven a Alemania. El anciano constructor de instrumentos recomendó este muchacho, realmente muy bien dotado, a su yerno, haciéndole observar que él había rehusado casarse con su madre para no perjudicar a la señora Minoret. El doctor prometió dar a aquel desdichado la mitad de la herencia del constructor de instrumentos, cuyo fondo había sido comprobado por Érard. Mandó buscar por vía diplomática a su cuñado natural, José Mirouet; pero Grimm le dijo una noche que el artista, después de haberse alistado en un regimiento prusiano, había desertado, con nombre supuesto, y burlaba todas las pesquisas.

José Mirouet, dotado por la naturaleza de una voz seductora, de una figura atractiva, de rostro bien parecido, y por encima de todo compositor de muy buen gusto e inspiración, llevó durante quince años aquella vida bohemia que el berlinés Hoffmann ha descrito de forma tan excelente. Así, hacia la edad de cuarenta años, habían sido tantas sus calamidades, que en 1806 aprovechó la oportunidad de volver a convertirse en francés. Establecióse entonces en Hamburgo, donde contrajo matrimonio con la hija de un buen burgués, loca por la música, la cual se enamoró del artista, cuya gloria seguía en perspectiva y que quiso consagrarse a ella. Pero al cabo de quince años de desgracias, José Mirouet no supo sostener el peso de la gloria; su natural derrochador reapareció; y aunque hizo feliz a su mujer, gastó su fortuna en pocos años. Volvió la miseria. El matrimonio debió de haber arrastrado la más horrible existencia para que José Mirouet llegase al extremo de contratarse como músico en un regimiento francés. En 1813, por el mayor de los azares, el cirujano mayor de aquel regimiento, sorprendido por aquel apellido de Mirouet, escribió al doctor Minoret, al cual debía favores. La respuesta no se hizo esperar. En 1814, antes de la capitulación de París. José Mirouet tuvo en París un asilo, donde su mujer murió al dar a luz a una niña a la que el doctor quiso llamar Úrsula, el nombre de su esposa. El capitán de música no sobrevivió a la madre, agotado como ella por tantas miserias y fatigas. Al morir, el desdichado músico confió su hija al doctor, quien le sirvió de padrino, a pesar de su repugnancia por lo que él llamaba las mojjingangas de la Iglesia.

Después de haber visto sucesivamente a sus hijos a través de abortos, partos laboriosos o durante su primer año de vida, el doctor había esperado el resultado de una última experiencia. Cuando una mujer nerviosa, delicada, empieza con un mal

parto, no es raro verla comportarse en sus embarazos y en sus alumbramientos como se había comportado Úrsula Minoret, a pesar de los cuidados, de las observaciones y de la ciencia de su marido. El pobre hombre se había reprochado a menudo la persistencia que ambos habían tenido en querer tener hijos. El último, concebido después de un período de reposo de dos años, había muerto durante el año 1792, víctima del estado nervioso de la madre, si hay que dar la razón a los fisiólogos que creen que en el fenómeno inexplicable de la generación, el hijo se parece al padre por la sangre y a la madre por su sistema nervioso. Obligado a renunciar a los goces del sentimiento más poderoso, la beneficencia fue sin duda para el doctor un desquite de su paternidad frustrada. Durante su vida conyugal, tan cruelmente agitada, el doctor había deseado por encima de todo una niña rubia, una de esas flores que constituyen la alegría de un hogar; aceptó, pues, con satisfacción el legado que le hizo José Mirouet y puso en la huerfanita las esperanzas de sus sueños desvanecidos.

Durante dos años, asistió, como hizo en otro tiempo Catón por Pompeya, a los más minuciosos detalles de la vida de Úrsula; no quería que la nodriza le diera el pecho, que la levantara o la acostara sin él. Su experiencia, su ciencia, todo estuvo al servicio de aquella niña. Después de haber experimentado los dolores, las alternativas de temor y esperanza, los trabajos y las alegrías de una madre, tuvo la dicha de ver en aquella hija de la rubia alemana y del artista francés una vigorosa vida, una sensibilidad profunda. El afortunado anciano siguió con los sentimientos de una madre los progresos de aquella cabellera rubia, primero plumón, después seda, después cabellos ligeros y finos, tan acariciadores a los dedos que los acarician. Besó a menudo aquellos piecillos desnudos cuyos dedos, cubiertos de una película bajo la cual se percibe la sangre, semejan capullos de rosa. Estaba loco por aquella niña. Cuando ésta intentaba hablar o cuando fijaba sus hermosos ojos azules, tan dulces, en todas las cosas, proyectando en ellas aquella mirada soñadora que parece ser la aurora del pensamiento y que ella terminaba por una sonrisa, permanecía ante ella por espacio de horas enteras, buscando con Jordy las razones, que muchos otros llaman caprichos, ocultas bajo los menores fenómenos de aquella deliciosa fase de la vida en la que el niño es a la vez una flor y un fruto, una inteligencia confusa, un movimiento perpetuo, un deseo violento. La belleza de Úrsula, su dulzura, la hacían tan querida para el doctor, que éste habría querido cambiar para ella las leyes de la naturaleza: dijo varias veces al viejo Jordy que le dolían los dientes cuando a Úrsula le salían los suyos. Cuando los ancianos aman a los niños, no ponen límites a su pasión, los adoran. Para esos pequeños seres, imponen silencio a sus manías, y por ellos recuerdan todo su pasado. Su experiencia, su indulgencia, su paciencia, todos los tesoros de la vida, aquel tesoro tan penosamente acumulado, lo entregan a aquella joven vida por medio de la cual se rejuvenecen, y entonces suplen la maternidad por medio de la inteligencia. Su sabiduría, continuamente despierta, equivale a la intuición de la madre; recuerdan las delicadezas que en ésta constituyen una intuición, y las prodigan en el ejercicio de una compasión cuya fuerza se desarrolla

sin duda en razón de aquella inmensa debilidad. La lentitud de sus movimientos substituye la dulzura maternal. En fin, en ellos como en los niños, la vida queda reducida a lo más sencillo y si el sentimiento hace esclava a la madre, el despego de toda pasión y la ausencia de todo interés permiten al anciano entregarse por entero. Por ello no es raro ver como los niños se avienen de modo tan excelente con las personas ancianas. El viejo militar, el viejo cura, el viejo doctor, felices con las caricias y las coqueterías de Úrsula, no se cansaban jamás de responder a sus preguntas o de jugar con ella. Lejos de impacientarse por ello, la turbulencia de la niña les encantaba, y satisfacían todos sus deseos, haciendo un tema de instrucción de todas sus cosas. Así, aquella niña creció rodeada de personas ancianas que le sonreían y eran como varias madres a su alrededor, igualmente atentas y previsoras. Gracias a esta sabia educación, el alma de Úrsula se desarrolló en la esfera que le convenía. Aquella planta rara encontró su terreno especial, aspiró los elementos de su verdadera vida y se asimiló los raudales de luz de su sol.

—¿En qué religión educaréis a esa pequeña? —le preguntó el padre Chaperon a Minoret cuando Úrsula tuvo seis años.

—En la vuestra —respondióle el médico.

Ateo al modo del señor de Wolmar en *La Nueva Eloísa*, no se reconoció el derecho de privar a Úrsula de los beneficios ofrecidos por la religión católica. El médico, sentado en un banco debajo de la ventana del gabinete chino, sintió entonces que la mano del cura estrechaba la suya.

—Señor cura, cada vez que ella me hable de Dios, la remitiré a su amigo *Sapron* —dijo, imitando el hablar infantil de Úrsula—. Quiero ver si el sentimiento religioso es innato. Por lo tanto, yo no habré hecho nada ni en pro ni en contra de las tendencias de esa alma joven; pero en mi corazón ya os he nombrado el padre espiritual de ella.

—Espero que Dios os lo tendrá en cuenta —dijo el padre Chaperon, golpeando suavemente una mano con otra y levantándolas hacia el cielo como si hiciera una breve oración mental.

Así, desde la edad de seis años, la huerfanita cayó bajo el poder religioso del cura, como había caído ya bajo el de su viejo amigo Jordy.

El capitán, en otro tiempo había sido profesor en una de las antiguas escuelas militares, ocupado por afición en la gramática y en las diferencias entre las lenguas europeas, había estudiado el problema de un lenguaje universal. Aquel hombre sabio, paciente como todos los ancianos maestros, halló una gran dicha en enseñar a leer y escribir a Úrsula, enseñándole la lengua francesa y aquello que debía saber de cálculo. La numerosa biblioteca del doctor permitió escoger entre los libros aquellos que podían ser leídos por una niña, y que habían de deleitarla al propio tiempo que la instruían. El militar y el cura dejaban que aquella inteligencia se enriqueciera con la holgura y la libertad que el médico concedía al cuerpo. Úrsula aprendía entreteniéndose. La religión contenía reflexión. Abandonada al cultivo divino de un

natural llevado hacia unas regiones puras por aquellos tres prudentes instructores, Úrsula tendió más hacia el sentimiento que hacia el deber, y tomó como regla de conducta la voz de la conciencia antes que la ley social. En ella, lo bello de los sentimientos y de las acciones debía ser espontáneo: el juicio confirmaría el impulso del corazón. Estaba destinada a hacer el bien como un placer antes de hacerlo como una obligación. Este matiz es propio de la educación cristiana. Estos principios, completamente distintos a los que hay que dar a los hombres, convenían a una mujer, que es el genio y la conciencia de la familia, la elegancia secreta de la vida doméstica, en fin, casi una reina en el seno del hogar. Los tres ancianos procedieron de la misma forma con aquella niña. Lejos de retroceder ante las audacias de la inocencia, explicaban a Úrsula el fin de las cosas y los medios conocidos, no formulándole nunca más que ideas justas. Cuando, a propósito de una hierba, de una flor, de una estrella, ella iba directamente a Dios, el profesor y el médico le decían que sólo el sacerdote podía contestarle. Ninguno de ellos se inmiscuyó en el terreno de los otros dos. El padrino se encargaba de todo el bienestar material y de las cosas de la vida; la instrucción incumbía a Jordy; lo moral, la metafísica y las cuestiones elevadas correspondían al cura.

Esta hermosa educación no fue, como ocurre a menudo en las casas más ricas, contrariada por imprudentes servidores. La Bougival, sermoneaba sobre este punto, y por otra parte, demasiado simple de espíritu y de carácter para intervenir, no perturbó en modo alguno la obra de aquellas grandes inteligencias, Úrsula, criatura privilegiada, tuvo, pues a su alrededor a tres genios buenos a los que su buen natural hizo suave y fácil toda tarea. Aquella ternura, aquella gravedad atemperada por las sonrisas, aquella libertad sin peligro, aquel perpetuo cuidado del alma y del cuerpo, hicieron de ella, a los nueve años, una niña cabal y encantadora. Desgraciadamente, aquella trinidad paternal se rompió. Al año siguiente, el viejo capitán falleció, dejando al doctor y al cura la continuación de su obra, después de haber realizado de ella la parte más difícil. Las flores habían de brotar por sí mismas en un terreno tan bien preparado. El gentilhomme, durante nueve años, había ahorrado mil francos anuales, para legar mil francos a su pequeña Úrsula, con objeto de que ésta conservara de él un recuerdo toda la vida. En un testamento cuyos motivos eran conmovedores, invitaba a su legataria a servirse únicamente para su arreglo personal de los cuatrocientos o quinientos francos de renta que reportaría aquel pequeño capital. Cuando el Juez de Paz selló la casa de su viejo amigo, se encontró en un gabinete en que él no había dejado nunca entrar a nadie una gran cantidad de juguetes, muchos de los cuales estaban rotos y qué habían servido todos ellos, juguetes del tiempo pasado, piadosamente conservados, y que el señor Bongrand debía quemar él mismo, cumpliendo el ruego del pobre capitán.

Hacia esa época, Úrsula debió hacer su primera comunión. El padre Chaperon empleó todo un año en la instrucción de aquella joven, cuyo corazón e inteligencia, tan desarrollados, pero prudentemente mantenidos el uno por el otro, exigían un

alimento espiritual especial. Tal fue aquella iniciación en el conocimiento de las cosas divinas que, después de aquella época en la que el alma asume su forma religiosa, Úrsula se convirtió en la joven piadosa y mística cuyo carácter estuvo siempre por encima de los acontecimientos y cuyo corazón dominó toda adversidad. Fue entonces también cuando comenzó secretamente entre aquella ancianidad incrédula y aquella infancia llena de fe una lucha durante mucho tiempo desconocida para aquella que la provocó, pero cuyo desenlace ocupaba a toda la ciudad, y había de tener tanta influencia en el porvenir de Úrsula, desencadenando contra ella a los parientes colaterales del doctor.

Durante los seis primeros meses del año 1824, Úrsula pasó casi todas las mañanas en la casa parroquial. El viejo médico adivinó las intenciones del cura. El sacerdote quería hacer de Úrsula un argumento incontrovertible. El incrédulo, amado por su ahijada como lo habría sido por su propia hija, creería en aquella ingenuidad, sería seducido por los conmovedores efectos de la religión en el alma de una niña cuyo amor se parecía a aquellos árboles de los climas indios siempre cargados de flores y de frutos, siempre verdes y embalsamados. Una hermosa vida es más poderosa que el más vigoroso de los razonamientos. Una persona no resiste a los encantos de ciertas imágenes. Así, el doctor sintió que los ojos se le humedecían por las lágrimas, sin saber por qué, cuando vio a la hija de su corazón saliendo hacia la iglesia, con un vestido blanco cendal, con zapatos de raso blanco, con cintas blancas, la cabeza ceñida por una diadema atada al lado con un gran lazo, los mil bucles de su cabellera ceñida por una diadema atada al lado con un gran lazo, los mil bucles de su cabellera resplandeciendo sobre sus hermosos hombros blancos, el cuerpo con una ruche adornada con estrellas, con los ojos brillantes en una primera esperanza, volando dichosa a una primera unión, amando más a su padrino tras haberse elevado hasta Dios. Cuando advirtió la idea de eternidad que daba alimento a aquel alma hasta entonces sumida en el limbo de la infancia, como después de la noche el sol da la vida a la tierra, el doctor, siempre sin saber por qué, lamentó tener que quedarse solo en la casa. Sentado en los peldaños de su escalinata, tuvo por largo rato fijos los ojos en la verja, por la que su pupila había desaparecido diciéndole: «Padrino, ¿por qué no vienes? ¿Es que podré ser feliz sin ti?» Aunque sacudido hasta las raíces, el orgullo del enciclopedista aún no cedió. Sin embargo, se paseó de forma que pudiera ver la procesión de los comulgantes, y distinguió a su pequeña Úrsula radiante de exaltación bajo el velo. A la que dirigió una inspirada mirada que removió, en la parte rocosa de su corazón, el rincón que estaba cerrado a Dios. Pero el deísta se mantuvo firme, y se dijo: «¡Mojigangas! ¡Imaginar que, si existe un obrero de los mundos, ese organizador del infinito se ocupa de tales bobadas!...»

Echóse a reír y continuó su paseo por la parte alta que domina la carretera del Gâtinais, donde las campanas echadas al vuelo esparcían a lo lejos la alegría de las familias.

El ruido del *chaquete* es insoportable a las personas que desconocen este juego,

uno de los más difíciles que existen. Para no aburrir a su pupila, a quien la extraordinaria delicadeza de su organismo y de sus nervios no permitía oír impunemente aquellos movimientos y el lenguaje cuya razón es desconocida, el cura, el viejo Jordy, cuando vivía, y el doctor, aguardaban siempre a que su niña estuviera acostada o de paseo. Con bastante frecuencia ocurría que aún estaban los hombres jugando cuando Úrsula regresaba: entonces la niña se resignaba con gracia infinita y se ponía a trabajar junto a la ventana. Sentía aversión hacia aquel juego, cuyos comienzos son efectivamente duros e inaccesibles para muchas inteligencias, y tan difíciles de superar, que si uno no coge el hábito de este juego durante la infancia, es casi imposible aprenderlo más tarde. Ahora bien, la tarde de su Primera Comunión, cuando Úrsula regresó a la casa de su tutor, que aquella vez se encontraba solo, puso el juego de *chaquete* delante del anciano.

—Veamos —le dijo—, ¿quién tiene los dados?

—Úrsula —repuso el doctor—, ¿no es un pecado burlarte de tu padrino el día de tu Primera Comunión?

—Yo no me burlo —dijo la niña sentándose—; yo me debo a vuestros gustos, puesto que vos veláis por los míos. Cuando el padre Chaperon estaba contento, me daba una lección de *chaquete*, y me ha dado tantas lecciones, que estoy en condiciones de ganaros... Ya no tendréis que preocuparos por mí. Para no entorpecer vuestros gustos, he vencido todas las dificultades, y el ruido del *chaquete* me agrada.

Úrsula ganó. El cura fue a sorprender a los jugadores y a gozar de su triunfo. Al día siguiente, Minoret, que hasta entonces se había negado a que su pupila estudiara música, fue a París, compró un piano, llegó en Fontainebleau a un acuerdo con una profesora, y sometióse al fastidio que habían de causarle los perpetuos estudios de su ahijada. Una de las predicciones del malogrado Jordy, el frenólogo, se realizó: la niña llegó a ser una excelente intérprete de música. El tutor, orgulloso de su ahijada, hacía en aquel momento venir de París, una vez a la semana a un anciano alemán llamado Schmucke, sabio profesor de música, y subvenía a los gastos de este arte, al principio considerado por él como completamente inútil en el hogar. A los incrédulos no les gusta la música, lenguaje celestial desarrollado por el catolicismo, que han tomado los nombres de las siete notas de uno de sus himnos: cada nota es la primera sílaba de los siete primeros versos del himno de San Juan. Aunque intensa, la impresión producida en el anciano por la Primera Comunión de Úrsula fue pasajera. La serenidad, la satisfacción que las obras de la región y la oración difundían en aquella joven alma fueron asimismo ejemplos sin fuerza para él. Sin ningún motivo de remordimiento o de arrepentimiento, Minoret gozaba de una perfecta serenidad. Al cumplir sus obras de beneficencia sin la esperanza de una cosecha celestial, se consideraba más grande que el católico, al que reprochaba el estar siempre en tratos de usura con Dios.

—Pero —decíale el padre Chaperon—, si los hombres quisieran entregarse todos a este comercio, confesad que la sociedad sería perfecta. Ya no habría gente

desgraciada. Para ser caritativo a vuestro modo, es preciso ser un gran filósofo; vos os eleváis a vuestra doctrina por el razonamiento, sois una excepción social; mientras que es preciso ser cristiano para ser caritativo a nuestro modo. En vos, es un esfuerzo; en nosotros, es natural.

—Ello quiere decir, señor cura, que yo pienso y que vosotros sentís, eso es todo.

Sin embargo, a la edad de doce años, Úrsula, cuya inteligencia natural en la mujer era ejercitada por una educación superior, y cuyo buen sentido, en toda su lozanía, estaba iluminado por el espíritu religioso, de todas las clases de espíritu el más delicado, terminó por comprender que su padrino no creía ni en un futuro ni en la inmortalidad del alma, ni en una providencia, ni en Dios. Acorralado a preguntas por la inocente criatura, resultóle imposible al doctor ocultar por más tiempo aquel fatal secreto. La ingenua consternación de Úrsula al principio le hacía sonreír; pero, al verla triste algunas veces, comprendió todo el afecto que aquella tristeza revelaba. Los cariños absolutos tienen horror a toda clase de desacuerdo, incluso en las ideas que les son extrañas. A veces, el doctor se prestó como a una especie de caricias, a las razones de su hija adoptiva, expresadas con voz tierna y dulce, exhaladas por el sentimiento más ardiente y más puro. Los creyentes y los incrédulos hablan lenguas diferentes y no pueden comprenderse. La ahijada, al abogar por la causa de Dios, maltrataba a su padrino, como un niño mimado maltrata a veces a su madre. El cura censuró suavemente a Úrsula y le dijo que Dios se reservaba el humillar a aquellos espíritus soberbios. La joven respondió al padre Chaperon que David había abatido a Goliat. Esta disidencia religiosa, este empeño de la niña que quería llevar a su tutor hacia Dios, fueron los únicos pesares de aquella vida interior, tan dulce y tan llena, substraída a las miradas de la pequeña ciudad curiosa, Úrsula iba creciendo, iba desarrollándose, iba convirtiéndose en la joven modesta e cristianamente instruida que Deseado había admirado al salir de la iglesia. El cultivo de las flores en el jardín, la música, las aficiones de su tutor, y todos los pequeños cuidados que Úrsula le prodigaba, porque había aliviado a la Bouginal de ocuparse de él, llenaban las horas, los días, los meses de aquella tranquila existencia. Sin embargo, desde hacía un año, ciertos trastornos de Úrsula habían inquietado al doctor; pero la causa estaba tan prevista, que sólo se inquietó por ella para vigilar la salud de la niña. No obstante, aquel observador sagaz creyó advertir que los trastornos habían repercutido en cierto modo en la parte moral. Espió maternalmente a su pupila, no vio alrededor de ella a nadie digno de inspirarle amor, y su inquietud se disipó.

## VI UNAS PALABRAS SOBRE EL MAGNETISMO

En tales coyunturas, un mes antes del día en que comienza este drama, ocurrió en la vida intelectual del doctor uno de esos hechos que penetran hasta lo más profundo en el terreno de las convicciones y lo remueven totalmente; pero este hecho exige el sucinto relato de algunos sucesos de su carrera de médico, que por otra parte, conferirá nuevo interés a la presente historia.

A fines del siglo XVIII, la Ciencia quedó tan profundamente dividida por la aparición de Mesmer como lo fue el Arte por la aparición de Gluck. Después de haber descubierto el magnetismo, Mesmer vino a Francia, adonde desde tiempo inmemorial acuden los inventores para legitimar sus descubrimientos. Francia, gracias a la claridad de su lenguaje, es en cierto modo la trompeta del mundo.

—Si la homeopatía arriba a París, está salvada —decía recientemente Hahnemann.

—Id a Francia —decía el señor de Metternich a Gall—, y si allí se burlan de vuestras protuberancias, seréis ilustre.

Mesmer tuvo, pues, adeptos y antagonistas tan ardientes como los piccinistas contra los gluckistas. La Francia intelectual se conmovió, se iniciaba un solemne debate. Antes de la sentencia, la Facultad de Medicina proscribió en masa el pretendido charlatanismo de Mesmer, su balde, sus hilos conductores y sus teorías. Pero, reconozcámoslo, aquel alemán comprometió lamentablemente su magnífico descubrimiento con sus enormes pretensiones pecuniarias. Mesmer sucumbió por la incertidumbre de los hechos, por la ignorancia del papel que en la naturaleza desempeñan los fluidos imponderables entonces inobservados, por su ineptitud para investigar los aspectos de una ciencia de triple faceta. El magnetismo tiene más aplicaciones; en manos de Mesmer, fue, con relación a su futuro, lo que la causa a los efectos. Pero si el descubridor careció de genialidad, es triste para la razón humana y para Francia el tener que constatar que una ciencia contemporánea de las culturas, tanto en Egipto como en Caldea, por Grecia como por la India, experimentó en París, en pleno siglo XVIII, la suerte que había experimentado la verdad en la persona de Galileo en el siglo XVI, y que el magnetismo fue rechazado por el doble ataque de las personas religiosas y de los filósofos materialistas, igualmente alarmados. El magnetismo, la ciencia favorita de Jesús y uno de los poderes divinos concebidos a los apóstoles, no parecía más previsto por la iglesia que por los discípulos de Juan Jacobo y de Voltaire, de Locke y de Condillac. La Enciclopedia y el Clero no querían reconocer aquel viejo poder humano que entonces pareció nuevo. Los milagros de los convulsionarios sofocados por la Iglesia y por la indiferencia de los sabios, a pesar de los preciosos escritos del consejero Carré de Montgeron, fueron una primera invitación a efectuar experimentos con los fluidos humanos que confieren el poder de

oponer un número suficientemente grandes fuerzas internas como para anular los dolores causados por agentes exteriores. Pero habría sido preciso reconocer la existencia de fluidos intangibles, invisibles, imponderables, tres negaciones en las que la ciencia de aquel entonces quería ver una definición del vacío. En la filosofía moderna, el vacío no existe. ¡Diez pies de vacío, y el mundo se derrumbaría! Sobre todo para los materialistas, el mundo está lleno, todo como engranado y todo es inexplicable. «El mundo —decía Diderot— como efecto del azar, resulta más explicable que Dios. La multiplicidad de las causas y el número inconmesurable de posibles que supone el azar explican la creación. Dados la *Eneida* y todas las letras necesarias para su composición, si me ofrecéis el tiempo y el espacio, a fuerza de arrojar las letras, alcanzaré la combinación de la *Eneida*». Estos desgraciados, que todo lo desafiaban antes que admitir la existencia de un Dios, retrocedían también ante la divisibilidad infinita de la materia que comporta la naturaleza de las fuerzas imponderables. Locke y Condillac retrasaron así en cincuenta años el inmenso progreso que están realizando en estos momentos las ciencias naturales bajo el criterio de unidad debido al gran Geoffroy Saint-Hilaire. Algunas personas honradas, sin sistema, convencidas por hechos estudiados de un modo concienzudo, perseveraron en la doctrina de Mesmer, que reconocía en el hombre la existencia de una influencia penetrante, dominadora de hombre a hombre, puesta en acción por la voluntad, curativa por la abundancia del fluido, y cuyo juego constituye un duelo entre dos voluntades, entre un mal a curar y el deseo de curar. Los fenómenos del sonambulismo, apenas explorados por Mesmer, se debieron a los señores de Puységur y Deleuze; pero la Revolución paralizó por un tiempo estos descubrimientos, lo cual dio una ventaja a los sabios y a los burlones. Entre el pequeño número de creyentes se hallaron algunos médicos. Estos disidentes fueron, hasta su muerte, perseguidos por sus colegas. El respetable colegio de médicos de París desplegó contra los mesmeristas los rigores de las guerras religiosas, y fue tan cruel en su odio contra ellos como era posible serlo en aquel tiempo de tolerancia voltairiana. Los doctores ortodoxos se negaban a consultar con los doctores partidarios de la herejía mesmeriana. En 1820, aquellos pretendidos heresiarcas eran todavía objeto de esta sorda proscripción. Las desgracias, las tormentas de la Revolución no extinguieron aquel odio científico. Sólo los sacerdotes, los magistrados y los médicos son capaces de odiar de tal modo. El hábito es siempre terrible. Pero las ideas, ¿no serían también más implacables que las cosas? El doctor Bouvard, amigo de Minoret, fue a dar en la fe nueva, y perseveró hasta su muerte en la ciencia a la que había sacrificado el reposo de su vida, porque fue una de las *ovejas negras* de la Facultad de París. Minoret, uno de los más valientes defensores de los enciclopedistas, el más temible adversario de Desion, el preboste de Mesmer, y cuya pluma pesó enormemente en aquella querrela, se indispuso irreconciliablemente con su camarada; pero aún hizo más, le persiguió. Su conducta con Bouvard había de ocasionarle el único arrepentimiento que podía turbar la serenidad de su ancianidad. Desde que Minoret se

había retirado a Nemours, la ciencia de los fluidos imponderables, único nombre que conviene al magnetismo, tan estrechamente vinculado, por la naturaleza de sus fenómenos, a la luz y a la electricidad, efectuaba inmensos progresos, a pesar de las continuas burlas de la ciencia parisiense. La frenología y la fisiognomía, la ciencia de Gall y la de Lavater, que son ciencias gemelas, de las cuales la una es a la otra lo que la causa al efecto, demostraban a los ojos de más de un fisiólogo trazas de aquel fluido inapresable, base de los fenómenos de la voluntad humana, y del que resultan las pasiones, los hábitos, los rasgos del rostro y contexturas del cráneo. En fin, los hechos magnéticos, los milagros del sonambulismo, los de la adivinación y el éxtasis, que permiten penetrar en el mundo espiritual, iban acumulándose. La extraña historia de las apariciones del granjero Martin, tan bien comprobadas, y la entrevista de este labrador con Luis XVIII; el conocimiento de las relaciones de Swedenborg con los muertos, tan rigurosamente establecido en Alemania, los relatos de Walter Scott sobre los efectos de la *segunda vista*, el ejercicio de las prodigiosas facultades de algunos *decidores de la buena ventura*, que confunden en una sola ciencia la quiromancia, la cartomancia y la horoscopia; los hechos de la catalepsia y los de la puesta en acción de las propiedades del diafragma por ciertas afecciones mórbidas; estos fenómenos por lo menos curiosos, emanados todos ellos de un mismo principio, socavaban buen número de dudas, hacían que los más indiferentes entraran en el terreno de la experimentación. Minoret ignoraba aquella corriente intelectual, tan en alza en el norte de Europa, tan débil aún en Francia, donde, sin embargo, se producían algunos de aquellos hechos calificados de maravillosos por los observadores superficiales y que caen, como piedras al fondo del mar, en el torbellino de los acontecimientos parisienses.

A principios de aquel año, el reposo del antimesmeriano fue turbado por la carta siguiente:

«Mi viejo camarada,

»Toda amistad, aun cuando haya sido quebrantada, tiene derechos que difícilmente prescriben. Sé que aún vivís, y me acuerdo menos de nuestra enemistad que de nuestros hermosos días pasados en el cuchitril de Saint-Julien-le-Pauvre. Momentos antes de irme de este mundo, quiero demostraros que el magnetismo va a constituir una de las ciencias más importantes, si es que la ciencia en realidad no ha de ser *una*. Puedo fulminar vuestra incredulidad con pruebas positivas. Quizá deberé a vuestra curiosidad la dicha de estrecharos otra vez la mano, como nos la estrechábamos antes de Mesmer.

»Vuestro amigo que nunca os olvida,

»BOUVARD.»

Picado como un león por un tábano, el antimesmeriano corrió en seguida a París y dejó su tarjeta en casa del viejo Bouvard, que vivía en la calle Férou, cerca de Saint-

Sulpice. Bouvard le envió una tarjeta a su hotel, en la que le escribía: «Mañana, a las nueve, en la calle Saint-Honoré, frente a la iglesia de la Asunción». Minoret, que había rejuvenecido, no pudo conciliar el sueño. Fue a ver a los médicos que conocía, y les preguntó si el mundo estaba trastornado, si la medicina tenía una Escuela, si las cuatro Facultades vivían aún. Los médicos le tranquilizaron diciéndole que el viejo espíritu de resistencia existía todavía; únicamente que, en lugar de perseguir, la Academia de Medicina y la Academia de Ciencias se desternillaban de risa clasificando los hechos magnéticos entre las sorpresas de Comus, de Comte, de Bosco, entre las prestidigitaciones y lo que llaman la física recreativa. Estas palabras no impidieron al viejo Minoret acudir a la cita que le daba el anciano Bouvard.

Al cabo de cuarenta y cuatro años de enemistad, los dos antagonistas volvieron a verse bajo una puerta cochera de la calle Saint-Honoré. Los franceses son demasiado inconstantes para poder odiarse por mucho tiempo. En París sobre todo, los hechos amplían grandemente el espacio, y vuelven en política, en literatura y en ciencia la vida demasiado ancha para que los hombres no encuentren en ella regiones a conquistar en las que sus pretensiones pueden reinar cómodamente. El odio exige tan gran esfuerzo, tan de continuo en armas, que han de juntarse varios cuando se quiere odiar durante mucho tiempo. Así, sólo las escuelas pueden retener tal memoria. Al cabo de cuarenta y cuatro años, Robespierre y Danton se abrazarían. Sin embargo, cada uno de los dos doctores guardó su mano sin ofrecerla. Bouvard fue el primero en hablar, y dijo a Minoret:

—Tienes un aspecto magnífico.

—Sí, me encuentro bien, ¿y tú? —dijo Minoret, una vez roto el hielo.

—Ya lo ves.

—¿Es que el magnetismo te impide morir? —preguntó Minoret en tono jocoso, pero sin acritud.

—No, pero ha estado a punto de impedirme vivir.

—Entonces, ¿no eres rico? —dijo Minoret.

—¡Bah! —dijo Bouvard.

—Bueno, yo sí soy rico —exclamó Minoret.

—No es tu fortuna lo que me interesa, sino tu convicción. Ven —respondió Bouvard.

—¡Oh!, ¡qué obstinado! —exclamó Minoret.

El mesmeriano arrastró al incrédulo a una escalera bastante oscura, y le hizo subir con precaución hasta el cuarto piso.

En aquellos momentos vivía en París un hombre extraordinario, dotado por la fe de un incalculable poder, y disponiendo de los poderes magnéticos en todas sus aplicaciones. No solamente aquel gran desconocido, que vive aún, curaba por sí mismo a distancia las enfermedades más crueles, las más inveteradas, súbita y radicalmente, como en otro tiempo el Salvador de los hombres; sino que también producía instantáneamente los fenómenos más curiosos del sonambulismo

domeñando las voluntades más rebeldes. La fisionomía de aquel desconocido, que dice proceder de Dios y comunicar con los ángeles, como Swedenborg, es la del león; resplandece en ella una energía concentrada, irresistible. Sus rasgos, singularmente perfilados, tienen un aspecto terrible y aterrador; su voz, que viene de las profundidades del ser, está como cargada del fluido magnético, entra en el oyente por todos los poros. Hastiado de la ingratitude pública después de las millares de curaciones que ha efectuado, se ha sumido en una impenetrable soledad, en un anonadamiento voluntario. Su mano todopoderosa, que devolvió hijas moribundas a sus madres, padres a sus desconsolados hijos, idolatradas queridas a amantes ebrios de amor; que ha curado los enfermos desahuciados de los médicos; que hacía cantar himnos en las sinagogas, en los templos y en las iglesias por sacerdotes de diferentes cultos llevados todos al mismo Dios por el mismo milagro; que mitigaba las agonías de los moribundos en quienes la vida era imposible; aquella mano soberana, sol de vida que deslumbraba los ojos cerrados de los sonámbulos, no se levantaría para devolver a una reina un presunto heredero. Envuelto en el recuerdo de sus buenas obras como en un sudario luminoso, se niega al mundo y vive en el cielo.

Pero en los albores de su reinado, sorprendido casi de su poder, aquel hombre, cuyo desinterés igualaba a su poder, permitía a algunos curiosos ser testigos de sus milagros. El rumor de aquella fama, que fue inmensa y que podría renacer mañana, despertó al doctor Bouvard cuando éste se hallaba al borde de la tumba. El mesmeriano, perseguido, pudo al fin ver los fenómenos más radiantes de esta ciencia, guardada en su corazón como un tesoro. Los infortunios de aquel anciano habían conmovido al gran desconocido, que le dio algunos privilegios. Así Bouvard, al subir la escalera, aguantaba las chanzas de su viejo antagonista con una alegría maliciosa. No le respondió más que con «¡Ya lo verás, ya lo verás!», y esos gestos con la cabeza que se permiten las personas que están seguras de lo que van a demostrar.

Los dos doctores entraron en un apartamento más que modesto. Bouvard fue a hablar durante un momento a un dormitorio contiguo al salón donde aguardaba Minoret, cuya desconfianza se despertó; pero Bouvard fue en seguida a recogerle y le introdujo en aquella habitación, en la que se encontraban el misterioso swedenborgista y una mujer sentada en una butaca. Aquella mujer no se levantó y no pareció darse cuenta de la entrada de los dos ancianos.

—¿Cómo?, ¿ya no hay aquí ninguna probeta? —dijo Minoret sonriendo.

—Sólo el poder de Dios —respondió gravemente el swedenborgista, que a Minoret le pareció como de cincuenta años de edad.

Los tres hombres se sentaron y el desconocido comenzó a hablar. Hablaron de la lluvia y del buen tiempo, con gran sorpresa de parte de Minoret, que se creyó objeto de un engaño. El swedenborgista interrogó al visitante sobre sus opiniones científicas, y era evidente que le estaba estudiando.

—Vos venís aquí, como simple curioso, caballero —le dijo al fin—. No tengo la costumbre de prostituir un poder que, en mi convicción, emana de Dios; si hiciera de

ella un uso frívolo o malo, podría serme retirada. Sin embargo, según me ha dicho el señor Bouvard, se trata de cambiar una convicción contraria a la nuestra, y de ilustrar a un sabio de buena fe: voy, pues, a complacerlos. Esta mujer que aquí veis —dijo señalando a la desconocida—, se halla en sueño somnambúlico. Según las confesiones y las declaraciones de todos los sonámbulos, este estado constituye una vida deliciosa durante la cual el ser interior, desligado de todas las trabas que acarrea al ejercicio de sus facultades por la naturaleza visible, se pasea en el mundo que equivocadamente llamamos invisible. La vista y el oído se ejercen entonces de una manera más perfecta que en el estado llamado *de vigilia*, y quizá sin el concurso de los órganos que son la vaina de esas espadas luminosas llamadas la vista y el oído. Para el hombre puesto en tal estado, las distancias y los obstáculos materiales no existen, o bien son atravesados por una vida que se halla en nosotros, y para la cual nuestro cuerpo es un depósito, un punto de apoyo necesario, una envoltura. Carecemos de términos para describir los efectos recientemente descubiertos; porque hoy en día las palabras *imponderable*, *intangible*, *invisible* no tienen ningún sentido en relación con el fluido cuya acción viene demostrada por el magnetismo. La luz es ponderable por su valor, que al penetrar los cuerpos, aumenta su volumen, y ciertamente la electricidad es muy tangible. Hemos condenado las cosas, en lugar de acusar la imperfección de nuestros instrumentos.

—Está durmiendo —dijo Minoret examinando a la mujer, que le pareció pertenecer a la clase inferior.

—Su cuerpo está en cierto modo anulado —respondió el swedenborgista—. Los ignorantes toman este estado por el sueño. Pero ella va a demostraros que existe un universo espiritual y que el espíritu no reconoce en él las leyes del universo material. La enviaré a la región a la que queráis que vaya, a veinte leguas de aquí o a la China: ella os dirá lo que allí sucede.

—Enviadla solamente a mi casa, a Nemours —dijo Minoret.

—Dadme la mano —respondió el hombre misterioso—, seréis a la vez actor y espectador, efecto y causa.

Cogió la mano de Minoret, que Minoret se dejó coger; la tuvo un momento, como si se concentrara, y con la otra mano cogió la de la mujer sentada en la butaca; luego puso la mano del doctor en la de la mujer, haciendo al viejo incrédula seña de que se sentara al lado de aquella pitonisa sin trípode. Minoret observó en los rasgos extraordinariamente serenos de aquella mujer un estremecimiento ligero cuando quedaron unidos por el swedenborgista; pero aquel movimiento, aunque maravilloso en sus efectos, fue de una gran simplicidad.

—Obedeced al caballero —le dijo aquel personaje extendiendo la mano sobre la cabeza de la mujer, que pareció aspirar de él la luz y la vida—, y pensad que todo lo que hagáis por él me agrada.

—Ahora podéis hablarle —añadió, dirigiéndose a Minoret.

—Id a Nemours, a la calle de los Burgueses, a mi casa —dijo el doctor.

—Dadle tiempo, dejad vuestra mano en la suya hasta que ella os demuestre por lo que os diga que ha llegado allá —dijo Bouvard a su viejo amigo.

—Veo un río —respondió la mujer con voz débil, pareciendo mirar dentro de sí misma con profunda atención, a pesar de tener cerrados los párpados. Veo un lindo jardín...

—¿Por qué entráis por el río y por el jardín? —dijo Minoret.

—Porque ellas están allí.

—¿Quiénes?

—La joven y la nodriza en las que vos estáis pensando.

—¿Cómo es el jardín? —preguntó Minoret.

—Al entrar por la pequeña escalera que baja hacia el río, se encuentra a la derecha una larga galería de ladrillo en la que veo libros. A la izquierda, la pared está revestida de un macizo de plantas trepadoras, vid silvestre, jazmín de Virginia. Vuestra pupila examina sus flores, las muestra a su nodriza, hace hoyos en un almocafre y pone semillas dentro de ellos... La nodriza está rastrillando los caminos... Aunque la pureza de esa joven sea la de un ángel, hay en ella un inicio de amor, débil como un crepúsculo matutino.

—¿Por quién? —preguntó el doctor, que hasta entonces no oía nada que alguien no pudiera decirle sin ser sonámbulo. Seguía creyendo que se trataba de un fraude.

—Vos no sabéis nada de ello, aunque últimamente estuvisteis bastante intranquilo cuando se hizo mujer —dijo sonriendo—. El movimiento de su corazón ha obedecido a la naturaleza...

—¿Y es una mujer del pueblo la que así se expresa? —exclamó el anciano doctor.

—En ese estado, todas se expresan con una particular nitidez —respondió Bouvard.

—Pero, ¿a quién ama Úrsula de tal modo?

—Úrsula no sabe que esté amando —respondió con un leve movimiento de cabeza la mujer—; es demasiado angelical para conocer el deseo o cualquier cosa del amor; pero piensa en él, quiere evitarlo, vuelve a él a pesar de su voluntad de abstenerse... Ahora está sentada al piano...

—Pero, ¿quién es?

—El hijo de una señora que vive en frente...

—¿La señora de Portenduère?

—¿Portenduère, decís? —dijo la sonámbula— creo que sí. Pero no hay peligro, no se encuentra en la región.

—¿Se han hablado? —inquirió el doctor.

—Jamás. Se han mirado uno a otro. A ella le parece encantador. Él es en efecto un guapo mozo, tiene buen corazón. Ella le ha visto a la ventana, se han visto en la iglesia; pero el joven ya no piensa en ella.

—¿Su nombre?

—¡Ah!, para decíroslo, es preciso, que yo lo lea o que lo oiga. Se llama

Sabiniano, la joven acaba de pronunciarlo; encuentra dulce el pronunciarlo; ya ha mirado en el calendario el día de su santo; lo ha marcado con un puntito rojo... cosas de criaturas. ¡Oh!, amaré mucho, pero con tanta pureza como fuerza; no es muchacha para amar dos veces, y el amor se adueñará de su alma y la penetrará de tal suerte, que ella rechazaría otro sentimiento.

—¿Dónde veis eso?

—En ella. Sabrá sufrir; también su padre y su madre sufrieron mucho.

Estas últimas palabras dejaron perplejo al doctor. No está de más hacer observar que entre frase y frase de la mujer transcurrían de diez a quince minutos, durante los cuales su atención iba concentrándose más y más. ¡Veíasela ver! Su frente ofrecía aspectos singulares: en ella se reflejaban internos esfuerzos, se aclaraba o se contraía por un poder cuyos efectos sólo habían sido observados por Minoret en los moribundos en los instantes en que están dotados del don de profecía. Hizo varias veces unos gestos que parecían los de Úrsula.

—¡Oh!, interrogadla —dijo el misterioso personaje dirigiéndose a Minoret—, ella os dirá los secretos que sólo vos podéis conocer.

—¿Me ama Úrsula? —preguntó Minoret.

—Casi tanto como a Dios —dijo la mujer con una sonrisa—. Por ello es muy desdichada de vuestra incredulidad. ¡Vos no creéis en Dios, como si pudierais impedir que exista! ¡Su palabra llena los mundos! Por ello vos causáis los únicos tormentos de esa pobre criatura. ¡Mira!, ahora hace escalas; quisiera ser aún mejor música de lo que es, y se enoja. He aquí lo que piensa: si yo cantase bien, si tuviera hermosa voz, cuando él esté en casa de su madre, mi voz llegaría a sus oídos.

El doctor Minoret cogió su cartera y anotó la hora exacta.

—¿Podéis decirme de qué son las semillas qué ha sembrado?

—Reseda, guisante de olor, balsamina...

—¿Y lo último?

—Espuelas de caballero.

—¿Dónde tengo mi dinero?

—En casa de vuestro notario, pero lo colocáis con medida, sin perder un solo día de interés.

—Sí; pero ¿dónde está el dinero que yo guardo en Nemours para mis gastos del semestre?

—Lo ponéis dentro de un gran libro encuadernado en rojo, titulado «Pandecta de Justiniano», tomo II, entre las dos penúltimas hojas; el libro está encima del bufete, en el estante de los libros en folio. Tenéis toda una hilera de ellos. Vuestro dinero está en el último volumen, por el lado del salón. ¡Mira!, el tomo III está antes que el tomo II. Pero no tenéis el dinero en plata, lo tenéis...

—¿Billetes de mil francos?... —preguntó el doctor.

—No lo veo bien, están doblados. No, hay dos billetes de quinientos francos cada uno.

—¿Los veis?

—Sí.

—¿Cómo son?

—Uno es muy viejo y amarillo, el otro es blanco y casi nuevo...

Esta última parte del interrogatorio dejó fulminado al doctor Minoret. Miró a Bouvard con aire estupefacto; pero Bouvard y el swedenborgista, familiarizados con el asombro de los incrédulos, conversaban en voz baja sin parecer sorprendidos ni asombrados; Minoret les rogó que le permitiera volver después de comer. El antimesmeriano quería concentrarse, recobrase de su profundo terror, para experimentar de nuevo aquel poder inmenso, someterlo a pruebas decisivas, formularle problemas cuya solución eliminara toda especie de duda.

—Estad aquí a las nueve de esta noche —dijo el desconocido—, volveré por vos.

El doctor Minoret se hallaba en un estado tan violento, que salió sin saludar, seguido por Bouvard, que le gritaba de lejos:

—Bueno, ¿qué os ha parecido?

—Creo que estoy loco, Bouvard —respondió Minoret, dirigiéndose hacia la puerta cochera—. Si la mujer ha dicho verdad al referirse a Úrsula, como no hay en el mundo más que Úrsula que sepa lo que esa bruja me ha revelado, *tendrás razón*. Quisiera tener alas para volar a Nemours y comprobar esas declaraciones. Pero alquilaré un coche y partiré esta noche a las diez. ¡Ah!, se me va la cabeza.

—¿Qué harías, pues, si conociendo desde muchos años a un enfermo incurable, le vieras curado en cinco segundos! ¿Si vieras como ese magnetizador hace sudar a mares a un herpético, si le vieras como hace caminar a una mujer tullida?

—Comamos juntos, Bouvard, y no nos separemos hasta las nueve. Voy a buscar una experiencia decisiva, irrecusable.

—Sea, mi viejo camarada —respondió el doctor mesmeriano.

## VII LA DOBLE CONVERSIÓN

Los dos enemigos, reconciliados, fueron a comer al Palais-Royal. Tras una animada conversación, con ayuda de la cual engañó Minoret la fiebre de ideas que causaba estragos en su cerebro, Bouvard le dijo:

—Si reconoces en esa mujer la facultad de anular o de atravesar el espacio, si adquieres la certeza de que, desde la Asunción, ella oye y ve lo que se dice y se hace en Nemours, hay que admitir todos los demás efectos magnéticos, que son para un incrédulo tan imposibles como éstos. Pídele, pues, una sola prueba que te satisfaga; porque tú puedes creer que nosotros nos hemos procurado esos informes, pero no podemos saber, por ejemplo, lo que va a ocurrir, a las nueve, en tu casa, en la habitación de tu pupila: retén en la memoria o escribe lo que la sonámbula va a ver o oír, y corre a tu casa. ¡Esa pequeña Úrsula, a quien no conozco, no es cómplice nuestra; y si ella ha dicho o hecho lo que tú hayas escrito, baja la cabeza, orgulloso sicambro!

Los dos amigos volvieron a la habitación, y encontraron en ella a la sonámbula, la cual no reconoció al doctor Minoret. Los ojos de aquella mujer se cerraron suavemente bajo la mano que el swedenborgista extendió hacia ella a distancia, y asumió de nuevo la actitud en que Minoret la había visto antes de comer. Cuando la mano de la mujer y la del doctor estuvieron puestas en contacto, él le rogó que le dijese todo lo que sucedía en su casa, en Nemours, en aquel momento.

—¿Qué hace Úrsula? —dijo.

—Se ha desnudado, acaba de ponerse sus papillotes en el pelo, está de rodillas en su reclinatorio, delante de un crucifijo de marfil clavado sobre un cuadro de terciopelo rojo.

—¿Qué dice?

—Reza sus oraciones de la noche, se encomienda a Dios, le suplica que aparte de su alma los malos pensamientos; examina su conciencia y repasa lo que ha hecho durante el día, para saber si ha faltado a sus propósitos o a los de la Iglesia. ¡En fin, está desnudando su alma, pobrecilla! (La sonámbula tenía los ojos humedecidos por las lágrimas.) No ha cometido ningún pecado, pero se reprocha el haber pensado demasiado en M. Sabiniano —añadió—. Se interrumpe preguntándose qué hará usted en París, y pide a Dios se lo devuelva felizmente. Termina pensando en vos y reza en voz alta una oración.

—¿Podéis repetirla?

—Sí.

Minoret cogió el lápiz y escribió, mientras la sonámbula le dictaba, la siguiente oración, evidentemente compuesta por el padre Chaperon:

«Dios mío, si estáis contento de vuestra sierva, que os adora y os ruega con tanto

amor como fervor, que procura no apartarse de vuestros santos mandamientos, que moriría con gozo como vuestro Hijo para glorificar vuestro nombre, que querría vivir a vuestra sombra, vos, en fin, que leéis en los corazones, concededme la gracia de abrir los ojos a mi padrino, de conducirlo a la senda de la salvación e infundirle vuestra divina gracia, para que viva en vos sus últimos días; guardadle de todo mal y hacer que sea yo quien sufra en vez de él. Santa Úrsula, mi querida patrona, y vos, divina Madre de Dios, reina del Cielo, arcángeles y santos del paraíso, escuchadme, unid vuestras intercesiones a las mías y apiadaos de nosotros.»

La sonámbula imitó tan perfectamente los gestos candorosos y las santas inspiraciones de la niña, que el doctor Minoret tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Dice aún algo más? —inquirió.

—Sí.

—Repetidlo.

—*¡Pobre padrino!, ¿con quién estará jugando al chaquete en París?* Ahora apaga soplando su bujía, inclina la cabeza, y se queda dormida. ¡Qué linda está con su gorrito de dormir!

Minoret saludó al gran desconocido, estrechó la mano a Bouvard, bajó presuroso la escalera, corrió a una parada de cabriolés burgueses que existía entonces bajo la puerta de un hotel posteriormente demolido para hacer sitio a la calle de Argel; encontró allí un cochero y le preguntó si podía llevarle inmediatamente a Fontainebleau. Una vez se hubieron puesto de acuerdo sobre el precio, el anciano, que se había vuelto joven, partió al instante. Según lo convenido, dejó descansar el caballo en Essone, alcanzó la diligencia de Nemours, encontró sitio en ella y despidió al cochero. Una vez hubo llegado a su casa a las cinco de la mañana, se acostó en las ruinas de todas sus ideas anteriores sobre la fisiología, sobre la naturaleza, sobre la metafísica, y durmió hasta las nueve, tan fatigado se encontraba del viaje.

Al despertar, convencido de que, desde su regreso, nadie había franqueado el umbral de su casa, procedió, no sin un invencible terror, a comprobar los hechos. Él mismo ignoraba la diferencia de los dos billetes de banco y el lugar trocado de los dos volúmenes de las «Pandectas». La sonámbula vio bien. Tiró de la campanilla llamando a la Bougival.

—Decidle a Úrsula que venga a hablar conmigo —dijo sentándose en medio de su biblioteca.

Llegó la niña, corrió hacia él, le besó; el doctor la sentó sobre sus rodillas, y los cabellos rubios de Úrsula se mezclaron con las canas de su viejo amigo.

—¿Tenéis algo que decirme, padrino?

—Sí, pero prométeme, por la salvación de tu alma, que me responderás con franqueza, sin rodeos.

Úrsula se sonrojó como una amapola.

—¡Oh!, no te preguntaré nada que no puedas decirme —dijo el doctor, viendo como el pudor del primer amor turbaba la pureza hasta entonces infantil de aquellos

hermosos ojos.

—Hablad, padrino.

—¿Con qué pensamiento terminaste tus oraciones de la noche, ayer, y a qué hora las rezaste?

—Eran las nueve y cuarto, nueve y media.

—Bien, repíteme tu última oración.

La joven esperó que su voz comunicaría su fe al incrédulo; abandonó su sitio, se puso de rodillas, juntó las manos con fervor; un resplandor radiante iluminó su cara, miró al anciano y le dijo:

—Lo que ayer le pedía a Dios, lo he pedido esta mañana, lo pediré hasta que me haya escuchado.

Luego repitió su oración con nueva y más pujante expresión; pero con gran asombro de su parte, su padrino la interrumpió concluyendo la oración.

—Bien, Úrsula —dijo el doctor, volviendo a sentar a su ahijada sobre sus rodillas—. Cuando te dormiste, con la cabeza sobre la almohada, no dijiste para ti misma: «¡Pobre padrino!, ¿con quién estará jugando al *chaquete* en París?»

Úrsula se levantó cual si la trompeta del juicio final hubiera sonado en sus oídos: profirió un grito de terror; sus ojos desorbitados miraban al anciano con horrible fijeza.

—¿Quién sois, padrino? ¿De quién habéis recibido semejante poder? —le preguntó, imaginando que, por no creer en Dios, debía haber hecho un pacto con el diablo.

—¿Qué fue lo que sembraste ayer en el jardín?

—Reseda, guisantes de olor, balsaminas.

—¿Y finalmente espuelas de caballero?

La niña cayó de rodillas.

—No me asustéis, padrino mío, ¿estabais aquí, verdad?

—¿No estoy siempre contigo? —respondió el doctor, en tono de chanza, para respetar el razonamiento de aquella inocente criatura—. Vamos a tu habitación.

Le dio el brazo y subió la escalera.

—Tiemblan vuestras piernas, mi buen padrino —le dijo.

—Sí, parece como si me hubiera fulminado un rayo.

—¿Es que al fin creéis en Dios? —exclamó Úrsula, con ingenua alegría, con los ojos llenos de lágrimas.

El anciano miró la habitación, sencilla y coquetona, que él había arreglado para Úrsula. En el suelo, una alfombra verde, poco costosa, que la joven mantenía en exquisita limpieza; en las paredes un papel gris de lino sembrado de rosas, con sus hojas verdes; en las ventanas, que se abrían al patio, unos visillos de calicó adornados con una franja de tela rosa; entre las dos ventanas, bajo un alto espejo de forma alargada, una consola de madera dorada cubierta con un mármol, sobre la cual había un jarrón azul de Sèvres en el que Úrsula ponía ramos de flores; y frente a la

chimenea, una pequeña cómoda de encantadora marquetería. La cama, de vieja zaraza y cortinas de lo mismo con forro de color de rosa, era una de esas «camas a la duquesa» comunes en el siglo XVIII, y que tenía como adornos un penacho de plumas esculpidas encima de las cuatro columnillas estriadas en cada lado. Un viejo reloj de pared, encerrado en una especie de monumento de concha incrustada de arabescos de marfil, decoraba la chimenea, cuya guarnición y el espejo y su entrepaño pintado en grisalla ofrecían un notable conjunto en tono, color y estilo. Un gran armario, cuyos batientes ofrecían paisajes hechos con diferentes maderas, algunas de las cuales tenían unos matices verdes que ya no se encuentran en el comercio, contenía sin duda su ropa blanca y sus vestidos. En aquella habitación se respiraba un perfume de cielo. La exacta disposición de las cosas atestiguaba un espíritu de orden, un sentido de la armonía, que ciertamente habría cautivado a todo el mundo, incluso a un Minoret-Levrault. Observábase sobre todo cuánto le gustaba a Úrsula estar en una habitación que se relacionaba tanto, por así decirlo, con toda su vida de niña y de muchacha. Al pasar revista a la habitación, el tutor se cercioraba de que desde ella podía verse la casa de la señora de Portenduère. Durante la noche, había meditado sobre la forma en que había de comportarse con respecto a Úrsula en lo concerniente ante su pupila. O aprobaba o desaprobaba aquel amor: en ambos casos, su posición se convertía en una posición falsa. Había decidido, pues, examinar la situación respectiva del joven Portenduère y de Úrsula para saber si había de combatir aquella inclinación antes de que llegara a ser irresistible. Sólo un anciano podía desplegar tanta sabiduría. Todavía bajo la impresión abrumadora de la verdad de los fenómenos magnéticos, miraba ansioso los menores detalles de aquella habitación, quería echar una ojeada al almanaque colgado en el rincón de la chimenea.

—Esos candelabros tan feos son demasiado pesados para tus lindas manos —dijo cogiendo los candelabros de mármol guarnecidos de cobre.

Los sopesó, miró el almanaque, lo cogió y dijo:

—También esto me parece muy feo. ¿Por qué guardas esta birria en una habitación tan bonita?

—¡Oh!, dejadlo, padrino.

—No, mañana tendrás otro.

Descendió la escalera llevándose aquella pieza de convicción, encerróse en su gabinete, buscó San Sabiniano, y encontró, como le había dicho la sonámbula, un puntito rojo delante del 19 de octubre; vio también otros puntitos rojos, uno frente al día de San Dionisio, su santo patrono, y delante de San Juan, el del cura. Este punto, del tamaño de la cabeza de un alfiler, la mujer lo había visto a pesar de la distancia y los impedimentos. El anciano meditó hasta la noche aquellos acontecimientos, más importantes para él que para cualquier otra persona. Era preciso rendirse a la evidencia. Una fuerte muralla se derrumbó, por así decirlo, dentro de sí propio, porque vivía apoyado sobre dos bases: su indiferencia en materia religiosa y su negación del magnetismo. Al demostrar que los sentidos, organización puramente

física, órganos cuyos efectos se explicaban todos ellos, venían completados por algunos de los atributos del infinito, el magnetismo rebatía o por lo menos le parecía rebatir el poderoso argumento de Spinoza: el infinito y lo finito, dos elementos, incompatibles según aquel gran hombre, se encontraban contenidos el uno en el otro. Por muy grande que fuese el poder que él concediera a la divisibilidad, a la movilidad de la materia, no podía reconocerle cualidades casi divinas. En fin, era demasiado viejo ya para relacionar aquellos fenómenos con un sistema, para compararlos con los del sueño, de las visiones de la luz. Toda su ciencia, basada en los asertos de la escuela de Locke y de Condillac, veníase abajo. Al ver destrozados sus ídolos vacíos, necesariamente había de tambalearse su incredulidad. Así, la ventaja en el combate de aquella niña católica contra aquella ancianidad voltairiana, iba a ser para Úrsula. En aquella fortaleza desmantelada, en aquellas ruinas nacía un rayo de luz. Desde el fondo de aquellos escombros surgía el clamor de la oración. Sin embargo, el obstinado anciano hizo frente a sus dudas. Aun que se viera atacado en el corazón, no se decidía, seguía luchando contra Dios. Sin embargo, su inteligencia vacilaba, dejó ya de ser el mismo. Habiéndose vuelto soñador en exceso, leía ahora los Pensamientos de Pascal, la sublime Historia de las Variaciones de Bossuet, la Bonald, a San Agustín; quiso también recorrer las obras de Swebendorg y del malogrado Louis-Claude de Saint-Martin, de quienes había hablado el hombre misterioso. El edificio construido en la mente de aquel hombre por el materialismo crujía por todas partes, no le hacía falta más que un empujón; y cuando su corazón estuvo maduro para Dios, cayó en la viña celestial como caen los frutos. Varias veces ya, por la noche, jugando con el cura, con la ahijada junto a sí, había formulado algunas preguntas que, en relación con sus convicciones, resultarían extrañas al padre Chaperon, que aún ignoraba la labor interior por medio del cual enderezaba Dios aquella hermosa conciencia.

—¿Creéis en las apariciones? —preguntó el incrédulo a su pastor, interrumpiendo la partida.

—Cardan, un gran filósofo del siglo XVI, ha dicho que tuvo algunas —respondió el cura.

—Conozco todas aquellas de que se han ocupado los sabios, acabo de leer a Plotino. Os interrogo en este momento como católico y os pregunto si pensáis que el hombre muerto puede volver para ver a los vivos.

—Jesús se apareció a los apóstoles después de muerto —repuso el cura—. La Iglesia debe tener fe en las apariciones de nuestro Salvador. En cuanto a los milagros, no nos faltan —dijo el padre Chaperon sonriendo—. ¿Queréis conocer el más reciente? Tuvo lugar durante el siglo XVIII.

—¡Bah!

—Sí, el bienaventurado Alfonso María de Ligorio, estando muy lejos de Roma, conoció con claridad la muerte del Papa, en el momento en que el Padre Santo expiaba, y hubo numerosos testigos de este milagro. El santo obispo, en *éxtasis*, oyó

las últimas palabras del soberano pontífice, y las repitió delante de varias personas. El correo encargado de anunciar el suceso, no llegó hasta treinta horas más tarde...

—¡Jesuita! —respondió el viejo Minoret en tono de chanza—, yo no os pido pruebas, os pregunto si vos creéis en ello.

—Yo creo que la aparición depende mucho del que la ve —dijo el cura, dispuesto a hacer rabiar al incrédulo.

—Amigo mío, no trato de tenderos ninguna trampa; decidme, ¿qué creéis vos de todo ello?

—Creo que el poder de Dios es infinito —dijo el sacerdote.

—Cuando yo esté muerto, si me reconcilio con Dios, le pediré que me deje aparecerme a vos —dijo riendo el doctor.

—Es precisamente lo que acordaron Cardan y su amigo —respondió el cura.

—Úrsula —dijo Minoret—, si alguna vez te amenazase un peligro, invócame, y yo acudiré.

—En pocas palabras acabáis de decir la conmovedora elegía titulada *Néère*, de Andrea Chénier —respondió él cura—. Pero los poetas sólo son grandes porque saben revestir los hechos o los sentimientos de imágenes eternamente vivas.

—¿Por qué habláis de vuestra muerte, querido padrino? —dijo en tono dolorido la joven— nosotros, los cristianos, no morimos, nuestra tumba es la cuna de nuestra alma.

—En fin —dijo sonriendo el doctor—, es preciso irse de este mundo, y cuando yo ya no esté en él, quedarás asombrada de tu fortuna.

—Cuando no estéis aquí, mi viejo amigo, mi único consuelo será consagraros mi vida.

—¿A mí, estando muerto?

—Sí. Todas las buenas obras que yo pueda hacer, serán hechas en nombre vuestro para reparar vuestras faltas. Rezaré a Dios todos los días, para alcanzar de su clemencia infinita que no castigue eternamente los errores de un día, y que ponga cerca de él, entre las almas de los bienaventurados, a un alma tan hermosa, tan pura como la vuestra.

Esta respuesta, dicha con un candor angelical, pronunciada con un acento lleno de profunda convicción, confundió el error y convirtió a Dionisio Minoret al modo de San Pablo. Un rayo de luz interior le deslumbró, de la misma manera que aquel cariño, que miraba a su vida futura, hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Aquella súbita acción de la gracia tuvo algo de eléctrico. El cura juntó las manos y se levantó turbado. La niña, sorprendida de su triunfo, lloró. El anciano se irguió, como si alguien le hubiera llamado, miró en el espacio como si viera el fulgor de una aurora; luego dobló la rodilla sobre su butaca, juntó las manos y bajó los ojos al suelo como un hombre profundamente humillado.

—¡Dios mío! —dijo con voz emocionada, levantando de nuevo la frente—, si alguien puede obtener mi perdón y conducirme hacia ti, ¿no ha de ser esta criatura sin

tacha? Perdona mi ancianidad arrepentida que te presenta esta criatura inocente y gloriosa.

Elevó mentalmente su alma a Dios, rogándole que acabara de iluminarle con su ciencia después de haberle fulminado con su gracia; volvióse hacia el cura, y tendiéndole la mano:

—Querido pastor —le dijo—, vuelvo a ser un niño pequeño, os pertenezco y os entrego mi alma.

Úrsula cubrió de lágrimas las manos de su padrino, besándoselas. El anciano sentó sobre sus rodillas aquella niña y la llamó alegremente madrina suya. El cura, conmovido, recitó el *Veni, Creator*, en una especie de efusión religiosa. Aquel himno sirvió de oración de la noche a aquellos tres cristianos arrodillados.

—¿Qué ocurre? —preguntó la Bougival, asombrada.

—¡Al fin!, mi padrino cree en Dios —respondió Úrsula.

—¡Ah, tanto mejor!, no le faltaba más que eso para ser perfecto —exclamó el ama, santiguándose con grave ingenuidad.

—Querido doctor —dijo el buen sacerdote—, pronto habréis comprendido las grandezas de la religión y la necesidad de sus prácticas; encontraréis su filosofía, en lo que tiene de humano, mucho más elevada que la de los espíritus más audaces.

El cura, que manifestaba una alegría casi infantil, convino entonces en catequizar a aquel anciano conferenciando con él dos veces por semana. Así, la conversión atribuida a Úrsula y a un espíritu de cálculo sórdido, fue espontánea. El cura, que durante catorce años se había abstenido de tocar las llagas de aquel corazón, aunque deplorándolas, había sido solicitado como cuando uno va en busca del cirujano al sentirse herido. Después de aquella escena, todas las noches, las oraciones pronunciadas por Úrsula habían sido hechas en común. Cada vez con mayor intensidad, el anciano había ido experimentando cómo en sí mismo la paz iba sucediendo a las agitaciones. Al tener, como él decía, a Dios por autor responsable de todo lo inexplicable, su espíritu estaba sosegado. Su querida ahijada le decía que en esto se veía que él iba progresando en el camino del reino de Dios. Durante la misa, acababa de leer las oraciones, aplicando a ellas su entendimiento, porque en una primera conferencia habíase elevado a la divina idea de la comunión entre los fieles. Aquel anciano neófito había comprendido el símbolo eterno que comporta aquel alimento, y que la fe hace necesario cuando ha sido penetrado en su sentido íntimo, profundo, radiante. Si había parecido que tenía prisa por volver a la casa, era para dar gracias a su querida ahijada por haberle hecho entrar en religión, según la hermosa expresión de tiempos pasados. Así, la tenía sentada sobre sus rodillas, en el salón, y la besaba santamente en la frente, en el momento en que, profanando con sus temores innobles tan santa influencia, sus herederos colaterales prodigaban a Úrsula los ultrajes más groseros. Las prisas del buen hombre por regresar a su casa, su pretendido desdén para sus parientes, sus mordaces respuestas al salir de la iglesia, eran naturalmente atribuidos por cada uno de sus herederos al odio que Úrsula le

inspiraba contra ellos.

## VIII DOBLE CONSULTA

Mientras la ahijada interpretaba al piano para su padrino variaciones sobre el *Último Pensamiento*, de Weber, en el comedor de la casa de Minoret-Levrault se estaba tramando un complot que había de tener como resultado el hacer salir a escena a uno de los principales personajes de este drama. El banquete, bullicioso como todos los banquetes de provincias, y animado por excelentes vinos que llegan a Nemours por el canal, sean de la Borgoña, sean de la Turena, duró más de dos horas. Celia había mandado traer mariscos, pescado de mar y algunas rarezas gastronómicas, con objeto de celebrar el regreso de Deseado.

El comedor, en medio del cual la mesa redonda ofrecía animado espectáculo, tenía el aspecto de un comedor de fonda. Satisfecha de las grandes dimensiones de las dependencias de su casa, Celia se había construido un pabellón entre su vasto patio y su huerto en el que tenía plantadas legumbres, y lleno de árboles frutales. Todo en su casa era limpio y sólido, y nada más. El ejemplo de Levrault-Levrault había sido terrible. Así, prohibió a su arquitecto que la arrojara a semejantes tonterías. Aquel comedor estaba, pues, tapizado con un papel barnizado, provisto de sillas de nogal, bufetes de nogal, adornado con una estufa de mayólica, un reloj de pared y un barómetro. Si la vajilla era de porcelana blanca corriente, la mesa brillaba por la mantelería y por abundantes objetos de plata. Una vez servido el café por Celia, que iba y venía como una bala dentro de una botella de vino de Champaña, porque se contentaba con una sola cocinera; cuando Deseado, el futuro abogado, fue puesto al corriente del gran acontecimiento de aquella mañana y de sus consecuencias, Celia cerró la puerta, y se concedió la palabra al notario Dionis. Por el silencio que se hizo y por las miradas que cada uno de los herederos dirigió a aquel rostro cargado de autoridad, era fácil reconocer el imperio que tal género de hombre ejercen sobre las familias.

—Hijos míos —dijo—, vuestro tío, habiendo nacido en 1746, tiene actualmente sus ochenta y tres años; ahora bien, los ancianos están expuestos a cometer locuras, y esa pequeña...

—¡Víbora! —exclamó la señora Massin.

—¡Miserable! —dijo Celia.

—No la llamemos más que por su nombre —repuso Dionis.

—Bueno, es una ladrona —dijo la señora Crémière.

—Una linda ladrona —replicó Deseado Minoret.

—Esa pequeña Úrsula —continuó diciendo Dionis—, le ha robado el corazón. No he aguardado, visto el interés de todos vosotros, que sois mis clientes, a esta mañana para tomar informes, y he aquí lo que he averiguado acerca de esa joven...

—¡Expoliadora! —exclamó el recaudador.

—¡Ladrona de herencias! —dijo el escribano.

—Silencio, amigos míos —dijo el notario—, de lo contrario, cojo el sombrero, me largo, y buenas noches a todos.

—Vamos papá —exclamó Minoret llenándole un vasito de ron—, ¡tomad!... es de la propia Roma.

—Úrsula, en verdad, es la hija legítima de José Mirouet; pero su padre es el hijo natural de Valentín Mirouet, suegro de vuestro tío. Por lo tanto, Úrsula es la sobrina natural del doctor Dionisio Minoret. Como sobrina natural, el testamento que hiciera el doctor en favor de ella acaso fuera impugnable; y si le deja así su fortuna, vosotros intentaríais contra Úrsula un proceso bastante malo para vosotros, porque no se puede sostener que no exista ningún vínculo de parentesco entre Úrsula y el doctor; pero este proceso asustaría ciertamente a una joven indefensa y daría pie a alguna transacción.

—El rigor de la ley es tan grande sobre los derechos de los hijos naturales —dijo el licenciado de nuevo cuño, ansioso de lucir su saber—, que en términos de una sentencia del tribunal de casación del 7 de julio de 1817, el hijo natural no puede reclamar nada de su *abuelo natural*, ni siquiera alimentos. Como veis, se ha ampliado el *parentesco* del hijo natural. La ley persigue al hijo natural hasta en su legítima descendencia, porque supone que las liberalidades tenidas con los nietos se dirigen al hijo natural por *interposición* de persona. Esto resulta de los artículos 757, 908 y 911 del Código civil. Así, el Tribunal de París, el 26 de diciembre del pasado ha reducido un legado hecho al hijo legítimo del hijo natural por el abuelo, el cual ciertamente, en calidad de abuelo, era tan extraño al nieto natural como el doctor, en calidad de tío, pueda serlo con relación a Úrsula.

—Todo eso —dijo Goupil— no creo que se refiera más que a la cuestión de las donaciones hechas por los abuelos a la descendencia natural; no se trata en modo alguno de los tíos, que no me parece que tengan ningún lazo de parentesco con los hijos legítimos de sus cuñados naturales. Úrsula es una extraña para el doctor Minoret. Me acuerdo de una sentencia del Tribunal de Colmar, dada en 1825 mientras yo estaba terminando mis estudios de derecho y en virtud de la cual se declaró que el hijo natural, una vez fallecido, su descendencia ya no podía ser objeto de una *interposición*. Ahora bien, el padre de Úrsula está muerto.

La argumentación de Goupil produjo lo que, en las reseñas de las sesiones legislativas, los periodistas designan con estas palabras: (*profunda sensación*).

—¿Qué significa eso? —exclamó Dionis—. Que el caso de liberalidades tenidas por el tío de un hijo natural aún no se ha presentado ante los tribunales; pero, que se presente, y el rigor de la ley francesa para con los hijos naturales será tanto mejor aplicada cuanto que nos encontramos en una época en que la religión es honorada. Así, puedo responder de que, en ese proceso, habría transacción, sobre todo cuando se supiera que estáis decididos a llevar a Úrsula hasta el tribunal de casación.

La alegría de unos herederos que descubrían montañas de oro estalló, expresada

en sonrisas, en gestos en derredor de la mesa, que no permitieron advertir un gesto negativo de Goupil. Luego, a este impulso, el profundo silencio y la inquietud sucedieron a la primera palabra del notario, palabra terrible:

—Pero...

Como si hubiera tirado del hilo de uno de aquellos pequeños teatros cuyos personajes caminan todos por sacudidas por medio de un mecanismo, todos los rostros se contrajeron un una única expresión.

—Pero no hay ninguna ley que pueda impedir a vuestro tío el adoptar o casarse con Úrsula —repuso—. En cuanto a la adopción, sería discutida y vosotros tendríais, según creo, probabilidad de ganar: los Tribunales Reales se conducen con gran exigencia en materia de adopción, y seríais escuchados en la investigación. Por más que el doctor lleve el cordón de San Miguel, sea oficial de la Legión de Honor y ex médico del ex emperador, sucumbiría. Pero advertidos en caso de adopción, ¿cómo sabríais el casamiento? El buen hombre es lo suficientemente astuto para ir a casarse a París después de un año de domicilio, y reconocer a su heredera, por contrato, un millón de dote. El único acto, pues, que pone en peligro vuestra sucesión es el casamiento de la pequeña con su tío.

Aquí el notario hizo una pausa.

—Hay aún otro peligro —dijo Goupil con aire de suficiencia—, el de un testamento hecho a un tercero, el señor Bongrad, por ejemplo, que tendría un fideicomiso relativo a la señorita Úrsula Mirouet.

—Si hacéis enfadar a vuestro tío —dijo Dionis cortando la palabra a su primer pasante—, si no sois todos excelentes para con Úrsula, vosotros le empujaréis, sea al matrimonio, sea al fideicomiso de que os habla Goupil; pero no le creo capaz de recurrir al fideicomiso, medio peligroso. En cuanto al matrimonio, es fácil impedirselo. Deseado sólo tiene que cortejar a la pequeña y ésta preferirá siempre un joven simpático, el gallo de Nemours, a un viejo.

—Madre —dijo al oído de Celia el hijo del jefe de posta, engolosinado tanto por el dinero como por la belleza de Úrsula—, si yo me casara con ella, lo tendríamos todo.

—¿Estás loco?, ¿tú que un día tendrás cincuenta mil libras de renta y que has de llegar a ser diputado? Mientras yo viva, no te romperás la crisma con un casamiento estúpido. ¿Setecientos mil francos?... ¡Vaya cosa! La hija única del señor alcalde tendrá cincuenta mil francos de renta y ya me ha sido propuesta...

Esta respuesta, en la que por primera vez en su vida su madre le hablaba con rudeza, apagó en Deseado toda esperanza de casarse con Úrsula, porque su padre y él jamás triunfarían sobre la decisión escrita en los terribles ojos azules de Celia.

—Pero, decidnos, señor Dionis —exclamó Crémère, a quien su mujer había tocado con el codo—, si el buen hombre tomaba en serio la cosa y casase a su sobrina con Deseado, dándole la nuda propiedad de toda la fortuna, adiós la sucesión. Y si vive aún cinco años, nuestro tío tendrá pronto un millón.

—¡Jamás —exclamó Celia—, mientras yo viva, se casará Deseado con la hija de un bastardo, una muchacha recogida por caridad! ¡Os lo digo yo!, mi hijo debe representar a los Minoret a la muerte de su tío, y los Minoret tienen quinientos años de burguesía. Esto es como nobleza. Descuidad: Deseado se casará cuando nosotros sepamos lo que él pueda llegar a ser en la Cámara de los Diputados.

Esta altiva declaración fue apoyada por Goupil, que dijo:

—Deseado, con una dote de veinticuatro mil libras de renta, llegará a ser o presidente del Tribunal Real o procurador general, lo cual conduce a la dignidad de par de Francia; y un casamiento estúpido le hundiría.

Los herederos hablaron todos unos con otros en voz baja; pero se callaron ante el puñetazo que Minoret dio sobre la mesa, para que el notario pudiera seguir hablando.

—Vuestro tío es un hombre digno y honrado —repuso Dionis—. Se cree inmortal; y, como todas las personas inteligentes, se dejará sorprender por la muerte sin haber hecho testamento. Mi opinión es, pues, por el momento, inducirle a invertir sus capitales de forma que vuestra desposesión se haga difícil, si la ocasión se presentase. El pequeño Portenduère se encuentra encerrado en Santa Plegaria por algunos cientos de miles de francos en deuda. Su anciana madre sabe que está en la cárcel, llora como una Magdalena y espera al padre Chaperon a comer, sin duda para hablar con él de este desastre. Bien, yo iré esta noche a invitar a vuestro tío a vender sus rentas al cinco por ciento consolidadas, que están a ciento dieciocho, y prestar a la señora de Portenduère, sobre su granja de Bordières y sobre su casa, la suma necesaria para rescatar al hijo pródigo. Ejercito mi profesión de notario al hablarle en favor de ese tonto de Portenduère, es muy natural que quiera hacerle desplazar sus rentas: gano en ello actas, ventas, asuntos. Si lo consigo, le propondré otras inversiones en tierras para los excedentes de capital, tengo algunas excelentes en mi despacho. Una vez esté invertida en bienes raíces o en créditos hipotecarios en la región, su fortuna no se desvanecerá fácilmente. Siempre se pueden crear obstáculos entre la voluntad de realizar y la propia realización.

Los herederos, sorprendidos por lo preciso de esta argumentación, mucho más hábil que la del señor Josse, dejaron oír murmullos de aprobación.

—Componéoslas bien —dijo el notario, terminando—, para que vuestro tío no salga de Nemours, donde tiene sus costumbres, donde podéis vigilarle. Si prometéis a la niña, impedís el casamiento...

—Pero, ¿y si el casamiento se realizase? —dijo Goupil, con un súbito pensamiento ambicioso.

—No estaría del todo mal, porque la pérdida quedaría cifrada, se sabría lo que el buen hombre quiere darle —respondió el notario—. Pero si le soltáis a Deseado, puede muy bien remolonear a la pequeña hasta la muerte del viejo. Los matrimonios se hacen y se deshacen.

—Lo más expedito —dijo Goupil—, si es que, el doctor ha de vivir aún mucho tiempo, sería casarla con un buen mozo que os desembarazase de ella llevándosela a

vivir a Sens, a Montargis, a Orleás, con cien mil francos.

Dionis, Massin, Celia y Goupil, las únicas cabezas fuertes de la asamblea, cambiaron cuatro miradas cargadas de ideas.

—Eso sería como el gusano de la manzana —dijo Celia al oído de Massin.

—¿Por que se le ha dejado venir? —dijo el escribano.

—¡Eso te iría bien a ti! —exclamó Deseado a Goupil—, pero ¿serías capaz de presentarte lo suficientemente aseado como para agradar al viejo y su pupila?

—Si, lo que es tú, no te frotas la barriga con un estropajo, que digamos —dijo el jefe de posta, que terminó por comprender la idea de Goupil.

Esta broma grosera tuvo un éxito extraordinario. El primer pasante examinó a los que se reían con una mirada circular tan terrible, que en seguida se restableció el silencio.

—Hoy —dijo Celia al oído de Massin— los notarios no conocen más que sus intereses; ¿y si Dionis, para hacer actas, se pusiera de parte de Úrsula?

—Estoy seguro de él —respondió el escribano lanzando a su prima una mirada con sus ojillos maliciosos.

Iba a añadir: «¡Sé como puedo perderle!», pero se contuvo.

—Yo opino exactamente igual como Dionis —dijo en voz alta.

—Y yo también —exclamó Celia, que, sin embargo, sospechaba ya que el notario pudiera tener intereses opuestos a los del escribano.

—¡Mi mujer ha votado! —dijo el jefe de posta tomándose un vasito, aunque su cara estuviera ya violácea por la digestión de la comida y por una notable absorción de líquidos.

—Está muy bien —dijo el recaudador.

—Entonces, ¿iré después de comer? —dijo Dionis.

—Si el señor Dionis tiene razón —dijo la señora Crémère a la señora Massin—, es preciso ir a la casa de nuestro tío como en otro tiempo, de velada, todos los domingos y hacer todo lo que acaba de decimos el señor Dionis.

—¡Sí, para que se nos reciba como se nos recibía! —exclamó Celia—. Después de todo, tenemos más de cuarenta mil libras de renta, y él ha rehusado todas nuestras invitaciones; yo tampoco voy a su casa.

—Como yo estoy muy lejos de tener cuarenta mil libras de renta —dijo la señora Massin algo picada—, no me preocupa perder diez mil.

—Nosotras somos sus sobrinas, le cuidaremos —dijo la señora Crémère—, ya veréis, prima, como algún día nos lo agradeceréis.

—¡Arreglaos bien con Úrsula, porque el viejo Jordy le ha dejado sus ahorros! —dijo el notario levantando su índice a la altura de sus labios.

—Voy a ponerme bien elegante —exclamó Deseado.

—Habéis estado tan elocuente como Desroches, el mejor de los procuradores de París —dijo Goupil a su patrón, al salir de la posta.

—¡Y aún discuten nuestros honorarios! —respondió el notario con amarga

sonrisa.

Los herederos, que acompañaban a Dionis y a su primer pasante, se encontraron, con el rostro bastante encendido por el banquete, con la gente que salía de vísperas. Según las previsiones del notario, el padre Chaperon daba el brazo a la anciana señora de Portenduère.

—Lo ha arrastrado a vísperas —exclamó la señora Massin mostrando a la señora Crémière a Úrsula y a su padrino que salían de la iglesia.

—Vamos a hablarle —dijo la señora Crémière, adelantándose hacia el anciano.

El cambio que la conferencia había operado en todas aquellas caras sorprendió al doctor Minoret. Preguntóse la causa de aquella amistad artificiosa, y por curiosidad favoreció el encuentro de Úrsula y de las dos mujeres, que se apresuraron a saludarla con afecto exagerado y sonrisas forzadas.

—Tío, ¿nos dais permiso para ir a veros esta noche? —dijo la señora Crémière—. A veces hemos creído que os molestábamos; pero hace mucho tiempo que nuestros hijos no han ido a ofrecer os sus respetos, y he aquí que nuestras hijas están ya en edad de trabar conocimiento con nuestra querida Úrsula.

—Úrsula es digna de su nombre —repuso el doctor—, es muy salvaje.

—Dejádnosla domar —dijo la señora Massin—, y además, querido tío —añadió tratando de ocultar sus proyectos bajo un cálculo de economía— nos han dicho que vuestra querida ahijada toca tan bien el piano, que nos gustaría mucho oírla. La señora Crémière y yo estamos dispuestas a tomar a su maestro para nuestras pequeñas; porque si tuviera siete u ocho alumnos, podría poner sus lecciones a nivel de nuestros ingresos...

—Con mucho gusto —dijo el anciano—, tanto más, cuanto que quiero dar también a Úrsula un profesor de canto.

—Bien, tío, entonces hasta la noche; vendremos con nuestro sobrino Deseado, que ya es abogado.

—Hasta la noche —respondió Minoret, que quiso penetrar aquellas almas mezquinas.

Las dos sobrinas estrecharon la mano de Úrsula diciéndole con gracia afectada:

—Hasta la vista.

—¡Oh!, padrino, ¿es que leéis en mi corazón? —exclamó Úrsula, dirigiendo a su padrino una mirada llena de gratitud.

—Tienes buena voz —le dijo—. Y quiero darte también profesores de dibujo y de italiano. Una mujer —añadió el doctor mientras abría la verja de la casa, mirando a Úrsula— debe ser educada de forma que se encuentre a la altura de todas las situaciones en que pueda colocarla su matrimonio.

Úrsula se puso colorada como una amapola: su tutor parecía estar pensando en la persona en la que ella misma pensaba. Sintiéndose próxima a confesar al doctor la inclinación involuntaria que la inducía a pensar en Sabiniano, y a referir a él todos sus deseos de perfección, la joven fue a sentarse bajo el macizo de plantas trepadoras,

donde, de lejos, destacaba como una flor blanca y azul.

—Ya veis, padrino, que vuestras sobrinas son buenas conmigo; han sido muy amables —dijo al ver que se acercaba.

—¡Pobre pequeña! —exclamó el anciano.

Extendió sobre su brazo la mano de Úrsula, dándole cariñosos golpecitos, y la llevó a lo largo de la terraza, a la orilla del río, donde nadie pudiera oírles.

—¿Por qué decís: «Pobre pequeña»?

—¿No ves que te temen?

—¿Y por qué?

—Mis herederos están todos ellos preocupados en estos momentos por mi conversión; sin duda la han atribuido al imperio que tú ejerces sobre mí, y se imaginan que yo les excluiré de mi sucesión para enriquecerte a ti.

—Pero no lo haréis, ¿verdad? —dijo ingenuamente Úrsula mirando a su padrino.

—¡Oh!, divino consuelo de mi vejez —dijo el anciano, que levantó del suelo a su pupila y la besó en ambas mejillas—. Por ella y no por mí, Dios mío, os he rogado constantemente que me permitierais vivir hasta el día en que la hubiera confiado a alguien digno de ella. Ya verás, ángel mío, la de comedias que van a venir a presentar aquí las Minoret, las Crémière y las Massin. Tú embellecerás y prolongarás mi vida. Ellos sólo piensan en mi muerte...

—Dios nos prohíbe odiar; pero si esto fuera tal como decís... ¡oh, los desprecio! —dijo Úrsula.

—¡La comida! —gritó la Bougival desde lo alto de la escalinata, que, por el lado del jardín, se encontraba en el extremo del pasillo.

Úrsula y su tutor se hallaban tomando los postres, en el lindo comedor decorado con pinturas chinas, la ruina de Levrault-Levrault, cuando se presentó el Juez de Paz; el doctor le ofreció, tal era su intimidad, una taza de café Moka mezclado con café Borbón y café Martinica, tostado, molido, preparado por él mismo, en una cafetera de plata «a la Chaptal».

—Bien —dijo Bongrand ajustándose las gafas y mirando al anciano con aire irónico—, ¡la ciudad está en vilo! Vuestra aparición en la iglesia ha revolucionado a vuestros parientes. ¡Dejáis vuestra fortuna a los curas, a los pobres! Les habéis puesto en movimiento. ¡Ah!, he visto su primera reunión en la plaza: se les veía ajetreados como hormigas a las que les han sido robados los huevos.

—¿Qué te decía, Úrsula? —exclamó el anciano—. Aún a riesgo de entristecerte, ¿no tengo acaso la obligación de enseñarte a conocer el mundo y ponerte en guardia contra enemistades inmerecidas?

—Quisiera deciros unas palabras acerca de eso —dijo Bongrand, aprovechando la ocasión para hablar a su viejo amigo del porvenir de Úrsula.

El doctor se cubrió la cabeza con un gorro de terciopelo negro, el Juez de Paz dejó sobre la suya su sombrero, para resguardarse del frescor del aire, y los dos se pasearon a lo largo de la terraza, discutiendo los medios de asegurar para Úrsula lo

que su padrino quisiera darle. El Juez de Paz conocía la opinión de Dionis sobre la invalidez de un testamento hecho por el doctor en favor de Úrsula, porque Nemours se preocupaba demasiado de la herencia Minoret para que esta cuestión no hubiera sido debatida entre los jurisconsultos de la ciudad. Bongrand había decidido que Úrsula Mirouet era una extraña con respecto al doctor Minoret, pero comprendía que el espíritu de la legislación rechazaba de la familia las superabundancias ilegítimas. Los redactores del Código no habían previsto más que la debilidad de los padres y de las madres para con los hijos naturales, sin imaginar que habría tíos o tías que intentarían granjearse el cariño del hijo natural en favor de su descendencia. Evidentemente, había una laguna en la ley.

—En cualquier otro país —dijo al doctor, acabando de exponerle el estado de la jurisprudencia que Goupil, Dionis y Deseado acababan de explicar a los herederos—, Úrsula no tendría nada que temer; es hija legítima, y la incapacidad de su padre no debería afectar más que con relación a la herencia de Valentín Mirouet, vuestro suegro; pero en Francia, la magistratura es por desgracia muy sutil y consecuente, atiende al espíritu de la ley. Habrá abogados que hablarán de moral y demostrarán que la laguna del Código proviene de la benevolencia de los legisladores, que no han previsto el caso, pero que no por ello han dejado de establecer un principio. El proceso será largo y costoso. Con Celia, se irá hasta el tribunal de casación, y no estoy seguro de estar todavía vivo cuando se efectúe ese proceso.

—El mejor de los procesos aún es nada —exclamó el doctor—. Me imagino las rúbricas del debate: *¿Hasta qué grado debe hacerse extensiva la incapacidad que, en materia de sucesión, afecta a los hijos naturales?* El prestigio de un buen abogado reside en ganar casos difíciles.

—A fe mía —dijo Bongrand—, que yo no me atrevería a afirmar que los magistrados no hubieran de extender la intención de la ley en el sentido de extender la protección que se concede al matrimonio, base perpetua de las sociedades. Sin pronunciarse sus intenciones, el anciano rechazó el fideicomiso. Pero en cuanto a la solución de un casamiento que Bongrand le propuso para asegurar su fortuna a Úrsula:

—¡Pobrecilla! —exclamó el doctor—. Soy capaz de vivir todavía quince años, ¿qué sería de ella?

—Bien, ¿qué pensáis hacer, entonces?... —dijo Bongrand.

—Ya lo pensaremos... Ya veré —respondió el anciano doctor, sin saber qué contestar.

En aquel momento, Úrsula fue a decirles a los dos amigos que Dionis solicitaba hablar con el doctor.

—¡Ya está aquí Dionis! —exclamó Minoret mirando al Juez de Paz—. Sí —respondió a Úrsula—, que entre.

—Apostaría mis lentes contra una cerilla, a que ese hombre es pantalla de vuestros herederos; todos ellos han comido en la posta con Dionis, y allí algo se ha

tramado.

El notario, conducido por Úrsula, llegó hasta el fondo del jardín. Después de los saludos de rigor y de algunas frases sin importancia, Dionis obtuvo un instante de audiencia privada. Úrsula y Bongrand se retiraron al salón.

—¡Lo pensaremos!, ¡ya veré! —decía para sí Bongrand, repitiendo las últimas palabras del doctor—. Eso es lo que dicen las personas inteligentes; la muerte les sorprende, y dejan en apuros a los seres que les son queridos.

Es notable la desconfianza que los hombres de espíritu selecto inspiran en la gente de negocios: no les conceden el *menos* al reconocerles el *más*. Pero quizá esta desconfianza es un elogio. Al verles morar en la cima de las cosas humanas, los hombres de negocios no creen que los hombres superiores sean capaces de descender a los detalles infinitamente pequeños los que, de la misma manera que los intereses en finanzas y los microscópicos en ciencias naturales, vienen a unir sus capitales y conformar mundos. ¡Error! El hombre de corazón y el hombre de talento todo lo ven. Bongrand, picado por el silencio que el doctor había guardado, pero movido sin duda por el interés de Úrsula y creyéndolo comprometido, decidió defenderla contra los herederos. Estaba desesperado de no saber nada de aquella conversación del anciano con Dionis.

—Por muy pura que sea —pensó examinando a la joven—, hay un punto en el que las jóvenes tienen por costumbre decidir por sí mismas la jurisprudencia y la moral. ¡Vamos a ver! Los Minoret-Levrault —dijo a Úrsula, poniéndose bien las gafas— son capaces de pedir vuestra mano para su hijo.

La pobre niña palideció: era demasiado bien educada, tenía una delicadeza excesiva para osar escuchar lo que se trataba entre Dionis y su tío; pero, después de una breve deliberación íntima, creyó poder entrar, pensando que si estaba de más, su padrino se lo daría a entender. El pabellón chino en el que se encontraba el gabinete del doctor tenía abiertas las persianas de su puerta-ventana. Úrsula tomó el pretexto de ir a cerrarlas. Disculpóse ante el Juez de Paz por dejarle solo en el salón, pero él le dijo sonriendo:

—Haced, haced.

IX  
LA PRIMERA CONFIDENCIA

Úrsula llegó a los peldaños de la escalinata por la que se bajaba del pabellón chino al jardín, y permaneció allí unos minutos, entreabriendo las persianas con lentitud y mirando la puesta del sol. Oyó entonces esta respuesta dada por el doctor, el cual se acercaba al pabellón chino:

—Mis herederos estarían encantados de verme con bienes raíces, hipotecas; se imaginan que mi fortuna estaría mucho más segura: adivino todo lo que dicen, y quizá vos venís de parte de ellos... Debéis saber, caballero, que mis disposiciones son irrevocables. Mis herederos tendrán el capital que traje aquí, que se tengan por advertidos y me dejen tranquilo. ¡Si uno de ellos se entrometiera en lo que yo creo un deber hacer por esa criatura (diciendo esto, señaló a la niña), volvería del otro mundo para atormentarles! Así, que el señor Sabiniano de Portenduère se quede en la cárcel, si es que cuentan conmigo para sacarle de ella —añadió el doctor—. No pienso vender mis rentas.

Al oír este último fragmento de frase, Úrsula experimentó el primer dolor, el único dolor de su vida; apoyó la frente en la persiana, agarrándose a ésta para poder tenerse en pie.

—¡Dios mío!, ¿qué le sucede? —exclamó el anciano— se ha quedado sin color. Semejante emoción, después de comer, podría causarle la muerte.

Extendió el brazo para coger a Úrsula, que caía casi desvanecida.

—Adiós, caballero, dajadnos —dijo al notario.

Transportó a su ahijada a una inmensa poltrona Luis XV, que se hallaba en su gabinete, cogió un frasco de éter de su botiquín y se lo dio a aspirar.

—Sustituidme, amigo mío —dijo a Bongrand asustado—, quiero quedarme a solas con ella.

El Juez de Paz acompañó al notario hasta la verja, preguntándole sin demostrar excesivo interés y emoción:

—¿Qué le ha ocurrido a Úrsula?

—No lo sé —respondió el señor Dionis—. Se encontraba en la escalinata, escuchando lo que decíamos; y cuando *su tío* se ha negado a prestarme la suma necesaria para el joven Portenduère, que está en prisión por deudas, porque no ha tenido, como el señor de Rouvre, a un señor Bongrand que le defendiera, ha palidecido, se ha tambaleado... ¿Es que estará enamorada de él? Habría entre los dos...

—¿A los quince años de edad? —repuso el señor Bongrand interrumpiendo a Dionis.

—Nació en febrero de 1814, cumplirá los dieciséis dentro de cuatro meses.

—Nunca ha visto al vecino —respondió el Juez de Paz—. No, se trata de una

crisis.

—Crisis de corazón —respondió el notario.

El notario estaba bastante satisfecho de este descubrimiento, que habría de impedir el temido casamiento *in extremis* con el cual el doctor podía frustrar a sus herederos, mientras que Bongrand veía demolidos los castillos de las ilusiones que había levantado: desde hacía mucho tiempo, pensaba casar a su hijo con Úrsula.

—Si la pobre niña amase a ese muchacho, sería una desgracia para ella: la señora de Portenduère es una bretona, muy imbuida de nobleza —repuso el Juez de Paz tras una pausa.

—Afortunadamente... para el honor de los Portenduère —repuso el notario, que estuvo a punto de traicionarse.

Hagamos justicia al honrado Juez de Paz diciendo que cuando fue de la verja al salón abandonó, no sin dolor para su hijo, la esperanza que había acariciado de poder llamar un día hija suya a Úrsula. Pensaba dar seis mil libras de renta a su hijo el día en que fuera nombrado sustituto; y si el doctor hubiera querido dotar a Úrsula con cien mil francos, aquellos dos jóvenes debían constituir la perla de los matrimonios; su Eugenio era un joven bueno y simpático. Quizás él había alabado un poco con exceso a aquel Eugenio, y tal vez la desconfianza del viejo Minoret provenía de ello.

—Pensaremos en la hija del alcalde —pensó Bongrand—. Pero Úrsula sin dote vale más que la señorita Levrault-Crémière con su millón. Ahora hay que maniobrar para hacer que Úrsula se case con ese pequeño Portenduère, si es que lo ama.

‘Después de haber cerrado la puerta del lado de la biblioteca y la del jardín, el doctor había llevado a su pupila a la ventana que daba al borde del agua.

—¿Qué te sucede, niña cruel? —le dijo—. Tu vida es mi vida. Sin tu sonrisa, ¿qué sería de mí?

—¡Sabiniano está en la cárcel! —respondió la joven.

Tras estas palabras, un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y rompió en sollozos.

—¡Está salvada! —pensó el anciano— que le tomaba el pulso con ansiedad de padre—. ¡Ah!, tiene toda la sensibilidad de mi pobre mujer —díjose, mientras iba a buscar un estetoscopio, que puso sobre el corazón de Úrsula, aplicando en él el oído—. Vamos, todo va bien —se dijo—. Yo no sabía, cariño, que tú le amases tanto —repuso mirándola—. Pero piensa que al hablar conmigo es como si hablastes contigo misma, cuéntame lo que ha ocurrido entre vosotros dos.

—Yo no le amo, padrino, nunca nos hemos dicho nada —respondió la niña sollozando—. ¡Pero saber que ese pobre joven está en la cárcel, y saber que vos, que sois tan bueno, os negáis duramente a sacarle de ella!

—Úrsula, ángel mío, si no le amas, ¿por qué marcas con un punto rojo el día de San Sabiniano, como haces con el día de San Dionisio? Vamos, cuéntame los más insignificantes sucesos de este asunto del corazón.

Úrsula se ruborizó, contuvo las lágrimas, y hubo entre ella y su tío un momento

de silencio.

—¿Tienes miedo a tu padre, de tu amigo, de tu madre, de tu médico, de tu padrino, cuyo corazón ha sido desde hace unos días más tierno aún de lo que era antes?...

—Bien, querido padrino —dijo la joven—, voy a abrir mi alma. En el mes de mayo, M. Sabiniano vino a ver a su madre. Hasta ese viaje, yo no me había fijado nunca en él. Cuando partió para ir a vivir a París, yo era una niña, y no veía, os lo juro, ninguna diferencia entre un joven y vosotros, a no ser que yo os amaba a vos, sin imaginar que nunca pudiera amar más, a quienquiera que fuese. M. Sabiniano llegó la víspera del santo de su madre, sin que lo supiésemos. A las siete de la mañana, después de haber rezado mis oraciones, al abrir la ventana para ventilar mi habitación, veo las ventanas de la habitación de M. Sabiniano abiertas, y a M. Sabiniano en bata, afeitándose, y poniendo en sus movimientos una gracia... en fin, lo encontré muy agradable. Peinó su bigote negro; y vi su cuello blanco, bien torneado... ¿Debo decíroslo todo?... me di cuenta de que aquel cuello tan fresco, aquella cara y aquellos hermosos cabellos negros eran muy diferentes de los vuestros cuando yo os miraba, mientras os afeitabais. Me subió no sé de dónde, como un calor, a oleadas, el corazón, a la garganta, a la cabeza, y con tanta violencia, que tuve que sentarme. No podía tenerme en pie, estaba temblando. Pero tenía tantos deseos de verle, que me puse de puntillas; entonces él me vio, y en broma, me mandó un besó con la punta de los dedos, y...

—¿Y...?

—Y —repuso la joven— yo me escondí, tan avergonzada como dichosa, sin explicarme por qué sentía vergüenza, de aquella felicidad. Aquel movimiento, que deslumbraba mi alma al imprimirle no sé qué poder, se ha renovado en mí cada vez que volvía a ver aquel joven rostro. En fin, yo me complacía en volver a experimentar aquella emoción, por violenta que ella fuese. Al ir a misa, una fuerza invencible me impulsó a mirar a M. Sabiniano dando el brazo a su madre: su paso, sus vestidos, todo, hasta el ruido de sus botas sobre el empedrado, me parecía bonito. La menor cosa de él, su mano, tan bellamente enguantada, ejercía en mí una especie de fascinación. Sin embargo, tuve la fuerza suficiente para no pensar en él durante la misa. A la salida, permanecí en la iglesia de suerte que dejara partir primero a la señora de Portenduère y así poder caminar yo detrás de él. No podría explicaros cómo me interesaban todas estas pequeñas combinaciones. Al volver, cuando me volví para cerrar la verja...

—¿Y la Bougival? —dijo el doctor.

—¡Oh!, había dejado que fuese a la cocina —dijo ingenuamente Úrsula—. He podido ver naturalmente a M. Sabiniano, plantado sobre sus piernas contemplándome. ¡Oh!, padrino, me sentí tan orgullosa al creer observar en sus ojos una especie de sorpresa y admiración, que no sé lo que habría hecho para darle la ocasión de que me mirase. Me pareció como si desde aquel momento, mi única

obligación hubiera de ser la de agradecerle. Su mirada es ahora la más dulce recompensa de mis buenas acciones. A partir de aquel momento, he seguido pensando en él, y a pesar mío. M. Sabiniano volvió a partir aquella noche, no he vuelto a verle, la calle de los Burgueses me ha parecido vacía, y es como si se hubiera llevado con él mi corazón, sin saberlo.

—¿Eso es todo? —dijo el doctor.

—Todo, padrino —dijo la joven, con un suspiro en el que la pena de no tener nada más que decir quedaba sofocada bajo el dolor del momento.

—Pobrecilla mía —dijo el doctor sentando a Úrsula sobre sus rodillas—, pronto vas a cumplir tus dieciséis años, y va a comenzar tu vida de mujer. Te encuentras entre tu infancia bendita, que está terminando, y las agitaciones del amor, que te ladrarán una existencia tempestuosa, porque tienes el sistema nervioso de una exquisita sensibilidad. Eso es amor, hija mía —dijo el anciano con una expresión de profunda tristeza—, amor en su santa ingenuidad, el amor tal cual debe ser: involuntario, rápido, que llega como un ladrón que todo lo arrebatara... sí, todo. Y yo lo esperaba. He observado muy bien a las mujeres, y sé que, si bien en la mayoría de ellas el amor no aparece más que después de bastantes experiencias, de milagrosos sentimientos, ellas si no rompen su silencio y no ceden más que cuando se sienten vencidas, hay otras sin embargo, que a impulsos de una simpatía que hoy explican los fluidos magnéticos, son invadidas por él en un instante. Hoy puedo decírtelo: tan pronto como vi a la mujer encantadora que llevaba tu nombre, comprendí que la amaría de un modo exclusivo y fielmente, sin saber si nuestros caracteres, si nuestras personas armonizarían entre sí. ¿Hay en amor una segunda vista? ¿Qué responder a esto, tras haber visto tantas uniones celebradas bajo los auspicios de un contrato casi celestial, más tarde rotas, engendrando odios casi eternos, aversiones poco menos que absolutas? Puede ocurrir, por así decirlo, que los sentidos armonicen, mas las ideas estén en desacuerdo: y quizá ciertas personas vivan más por las ideas que por el cuerpo. Por el contrario, a menudo los caracteres armonizan y las personas se desagradan mutuamente. Estos dos fenómenos tan diferentes, que explicarían tantas desgracias, demuestran la sabiduría de las leyes que dejan a los padres la autoridad acerca del casamiento de sus hijos; porque una joven es a menudo víctima de una de estas dos alucinaciones. Así, no te censuro. Las sensaciones que tú experimentas, ese movimiento de tu sensibilidad que se precipita desde su centro aún desconocido sobre tu corazón y sobre tu inteligencia, esa felicidad con la cual piensas en Sabiniano, todo ello es natural. Pero, querida y adorada hija, como te ha dicho el padre Chaperon, la sociedad exige el sacrificio de muchas inclinaciones naturales. Los destinos del hombre son unos, los de la mujer son otros. Yo pude escoger a Úrsula Mirouet como esposa, y dirigirme a ella diciéndole cuánto la amaba; mientras que una joven miente sus virtudes al solicitar el amor de aquel que ama: la mujer no tiene, como nosotros, facultad de perseguir a pleno día el cumplimiento de sus deseos. Así, el pudor es en vosotras, y sobre todo en ti, la barrera infranqueable que guarda los secretos de

vuestro corazón. Tu vacilación ante el hecho de confiarme tus primeras emociones me ha dicho con suficiente claridad que sufrirías los más atroces tormentos antes que confesar a Sabiniano...

—¡Oh, sí! —dijo la joven.

—Pero, hija mía, tú debes hacer más: debes reprimir los movimientos de tu corazón, debes olvidarlos.

—¿Por qué?

—Porque, ángel mío, no debes amar más que al hombre que será tu marido; y aun cuando el señor Sabiniano de Portenduère te amase...

—Todavía no había pensado yo en eso.

—Escúchame... Aun cuando él te amase, aun cuando su madre me pidiese tu mano para él, yo no consentiría en esa boda hasta después de haber sometido a Sabiniano a un largo y maduro examen. Su conducta acaba de hacerle sospechoso a todas las familias, y levantar entre las herederas y él barreras que es muy difícil que caigan.

Una sonrisa divina secó las lágrimas de Úrsula, quien dijo:

—No hay mal que por bien no venga.

El doctor quedó sin respuesta ante esta ingenuidad.

—¿Qué ha hecho, padrino? —dijo luego la joven.

—En dos años, ángel mío, ha contraído en París deudas por valor de cien mil francos. Ha cometido la tontería de dejarse encerrar en Santa Pelagia, torpeza que en los tiempos que corremos desacredita para siempre a un joven. Un disipador capaz de sumir a una pobre madre en el dolor y la miseria, hace, como tu pobre padre, morir a su esposa de desesperación.

—¿Creéis que pueda corregirse? —inquirió Úrsula.

—Si su madre paga por él, será puesto en libertad, y no conozco mayor corrección para un noble que encontrarse sin dinero.

Esta respuesta volvió pensativa a Úrsula: enjugó sus lágrimas y dijo a su padrino:

—Si podéis salvarle, salvadle, padrino; ese favor os permitirá el derecho de aconsejarle: le reconvendréis...

—Y —dijo el doctor, imitando el modo de hablar de Úrsula—, podrá venir aquí, también vendrá la anciana señora, les veremos y...

—En estos momentos sólo estoy pensando en él —dijo Úrsula ruborizándose.

—¡No pienses más en él, pobrecilla; es una locura! —dijo gravemente el doctor—. Jamás la señora de Portenduère, aunque no tuviera más que trescientas libras al año para vivir, consentiría en la boda del vizconde de Portenduère, sobrino del difunto conde de Portenduère, capitán de navio, ¿con quién? con Úrsula Mirouet, hija de un músico de regimiento, sin fortuna, y cuya padre, ¡ay!, ha llegado el momento de decírtelo, era bastardo de un organista, de mi suegro.

—¡Oh!, padrino, tenéis razón: sólo somos iguales ante Dios. ¡No pensaré en él más que en mis oraciones! —dijo la joven en medio de los sollozos por tal revelación

—. Dadle todo lo que me tenéis destinado. ¿De qué puede tener necesidad una pobre joven como yo?... ¡Él, en la cárcel!

—Ofrece a Dios todas tus mortificaciones, y quizás acuda en nuestra ayuda.

Reinó el silencio durante unos instantes. Cuando Úrsula, que no se atrevía a mirar a su padrino, levantó los ojos hacia él, sintió profundamente conmovido su corazón al ver que por sus marchitas mejillas corrían las lágrimas. Las lágrimas de los ancianos son tan terribles como naturales son las de los niños.

—¿Qué os ocurre, Dios mío? —dijo la joven arrodillándose a sus pies y besándole las manos—. ¿Acaso no estáis seguro de mí?

—Yo quisiera satisfacer todos tus deseos, me veo obligado a causarte el primer gran dolor de tu vida. Yo sufro tanto como tú. No he llorado más que a la muerte de mis hijos y de Úrsula... Mira, ¡haré lo que tú quieras! —dijo.

A través de sus lágrimas, Úrsula dirigió a su padrino una mirada que fue como un destello de luz: sonrió dulcemente.

—Vamos al salón, y procurar guardar para ti misma el secreto de todo esto, pequeña —dijo el doctor dejando a su ahijada sola en su gabinete.

Aquel padre se sintió tan débil contra aquella divina sonrisa, que iba a decir unas palabras de esperanza y así engañar a su ahijada.

## X

### LOS PORTENDUÈRE

En aquellos momento, la señora de Portenduère, a solas con el cura en su fría salita de la planta baja, acababa de confiar sus cuitas al buen sacerdote, el único amigo que tenía. En la mano unas cartas que el padre Chaperon acababa de devolverle después de haberlas leído, y que habían llevado al colmo sus calamidades. Sentada en su poltrona al lado de la mesa cuadrada, en la que se veían los restos del postre, la anciana señora miraba al cura, el cual, al otro lado, acomodado en su butaca, se acariciaba la barbilla con aquel gesto que es común a los criados de teatro, a los matemáticos, a los sacerdotes, y que revela cierta meditación sobre un problema de difícil solución.

La salita, iluminada por dos ventanas que daban a la calle y guarnecida en madera, pintada de gris, era tan húmeda, que los paneles del zócalo dejaban ver las grietas geométricas que conforma la madera podrida cuando tan sólo la pintura la sostiene. Las bastas baldosas, rojas, fregadas por la única sirvienta de la anciana señora, justificaban aquellas pequeñas alfombras redondas, de esparto, colocadas delante de cada asiento y sobre una de las cuales el sacerdote tenía puestos los pies. Las cortinas, de antiguo damasco verde claro con flores verdes, estaban corridas, y las persianas habían sido cerradas. Dos bujías alumbraban la mesa, dejando la habitación sumida en la penumbra. ¿Precisa decir que entre ambas ventanas un hermoso retrato al pastel, de Latour, mostraba al famoso almirante de Portenduère, el rival de los Suffren, de los Kergarouet, de los Guichen y de los Simeuse? Sobre la madera, frente a la chimenea, veíase al vizconde de Portenduère y a la madre de la anciana señora, una Kergarouet Ploegat.

Sabiniano tenía, pues, como tío-abuelo al vicealmirante de Kergarouet, y como primo al conde de Portenduère, nieto del almirante, muy ricos tanto el uno como el otro. El vicealmirante de Kergarouet vivía en París, y el conde de Portenduère en el castillo de este nombre en el Delfinado. Su primo el conde representaba la rama mayor, y Sabiniano era el único vástago del menor de Portenduère. El conde, de más de cuarenta años de edad, casado con una mujer rica, tenía tres hijos. Su fortuna acrecentaba por varias herencias, ascendía, según decían, a sesenta mil libras de renta. Diputado por el departamento del Isère, pasaba los inviernos en París, donde había rescatado el hotel de Portenduère con las indemnizaciones que le valió la ley Villèle. El vicealmirante de Kergarouet se había casado recientemente con su sobrina, la señorita de Fontaine, únicamente para asegurarle su fortuna. Las faltas del vizconde habían de hacerle perder, pues, dos poderosas protecciones.

Joven y apuesto mozo, si Sabiniano hubiera ingresado en la Marina, con su apellido y el apoyo de un almirante, de un diputado, quizás a los veintitrés años de edad habría sido ya teniente de navio; pero su madre, opuesta a que su hijo único

fuera destinado a la carrera militar, lo había hecho educar en Nemours por un vicario del padre Chaperon, y sentíase halagada por la idea de poder conservar a su hijo junto a sí, hasta su muerte. Quería casarlo, astutamente, con una de las señoritas de Aiglemont, rica en doce mil libras de renta, a cuya mano le permitían aspirar el apellido de Portenduère y la granja de Bordières. Este plan modesto pero prudente, y que podía devolver a la familia el esplendor de la segunda generación, vendría a ser frustrado por los acontecimientos. Los Aiglemont se habían arruinado, y una de sus hijas, la mayor, Elena, había desaparecido sin que la familia hubiera dado explicaciones sobre aquel misterio.

El tedio de una vida sin aire, sin salida y sin acción, sin otro alimento que el amor de un hijo para con su madre, fatigó de tal modo a Sabiniano, que rompió sus cadenas, por muy suaves que ellas fuesen, y juró que jamás viviría en provincias, comprendiendo, algo tarde, que su porvenir no estaba en la calle de los Burgueses. Así pues a los veintiún años, había abandonado a su madre para darse a conocer a sus parientes y ver de hacer fortuna en París.

Debía constituir un funesto contraste la vida de Nemours comparada a la vida de París, para un joven de veintiún años, libre, sin nadie que le contradijera, necesariamente sediento de placeres, y a quien el nombre de Portenduère y su parentesco con gente tan rica le abrían los salones. Convencido de que su madre guardaba las economías de veinte años en algún escondrijo, Sabiniano pronto hubo gastado los seis mil francos que ella le dio para que pudiera ver París. Esta suma no alcanzó para sus primeros seis meses, y tuvo entonces que quedar a deber el doble de esta suma a su hotel, al sastre, a su zapatero, el alquiler de coches y caballos, a un joyero, a todos los comerciantes que contribuyen al lujo de los jóvenes. Apenas había conseguido darse a conocer, apenas sabía hablar, presentarse, lucir sus chalecos y escogerlos, encargar sus trajes y ponerse la corbata, cuando se encontraba ya frente a treinta mil francos de deudas y tras sólo iniciar la búsqueda de una delicada forma en que declarar su amor a la hermana del marqués de Ronquerolles, la señora de Sérizy, mujer elegante, pero cuya belleza había brillado en la época del imperio.

—¿Cómo os las habéis arreglado vosotros? —dijo un día, después de comer, Sabiniano a algunos elegantes con los cuales había trabado amistad, como traban hoy día los jóvenes cuyas pretensiones en todo se refieren a un mismo objetivo, reclamando una igualdad imposible—. ¡No erais más ricos que yo, vosotros andáis sin preocupaciones, podéis manteneros, y yo tengo ya deudas!

—Todos comenzamos así —le dijeron riendo Rastignac, Luciano de Rubempré, Máximo de Trailles, Emilio Blondet, que eran los dandys de aquel entonces.

—Si De Marsay se ha hallado rico al principio de su vida, es por casualidad —dijo el anfitrión, un advenedizo llamado Finot, que trataba de alternar con aquellos jóvenes—. Y si no hubiera sido como es —añadió saludándole—, su fortuna hubiera podido arruinarle.

—La frase es muy buena —dijo Máximo de Trailles.

—Y la idea también —repuso Rastignac.

—Amigo mío —dijo gravemente De Marsay a Sabiniano—, las deudas son comandita de la experiencia. Una buena educación universitaria con maestros en diversiones y contrariedades, que nada enseña, cuesta sesenta mil francos. Si la educación que da el mundo cuesta el doble, ella empero os enseña a vivir, los negocios, la política, a conocer a los hombres y algunas veces a las mujeres.

Blondet acabó esta lección con esta paráfrasis de un verso de La Fontaine:

—*El mundo vende muy caro lo que parece que regala.*

En vez de reflexionar en cuenta de sensato le decían los más hábiles pilotos del archipiélago parisiense, Sabiniano no vio en ello más que chanzas intrascendentes.

—Tener cuidado, amigo mío —le dijo De Marsay—, tenéis un buen apellido, y si no conseguís la fortuna que exige vuestro nombre, podéis ir a acabar vuestros días bajo un uniforme de sargento en un regimiento de caballería...

*Cabezas más ilustres hemos visto caer.*

—añadió, declamando este verso de Corneille, mientras cogía del brazo a Sabiniano —. Pronto hará seis años —añadió— ¡que tuvimos entre nosotros un joven conde de Esgrignon, que no vivió más de dos en el paraíso del gran mundo! ¡Ah! Ha vivido lo que vive un cohete. Se elevó hasta la duquesa de Maufrigneuse, y fue a caer a su ciudad natal, donde expía sus faifas entre un anciano padre catarroso y una partida *de whist* de dos ochavos el tanto. Declarad vuestra situación a la señora de Sérizy con toda ingenuidad, sin ningún género de vergüenza, esa mujer os será muy útil; mientras que si jugáis con ella a la charada del primer amor, adoptará aires de Madona de Rafael, jugará a los juegos inocentes y os hará viajar con gran gasto por vuestra parte por el país de las Ilusiones.

Sabiniano, demasiado joven aún, con todo el pundonor de gentilhombre, no se atrevió a confesar su posición a la señora de Sérizy. La señora de Portenduère, en un momento en que su hijo se encontraba en terribles apuros, envió veinte mil francos, todo cuanto poseía, cómo contestación a una carta en la que Sabiniano, instruido por sus amigos en la balística de los ardidés dirigidos por los hijos contra las cajas de caudales de los padres, hablaba de letras que tenía que pagar y el deshonor de permitir el protesto de su firma. Con esta ayuda pudo esperar al fin del primer año.

Durante el segundo, uncido al carro de la señora de Sérizy, seriamente enamorada de él y que, por otra parte, le estaba formando, el joven echó mano del peligroso recurso de los usureros. Un amigo diputado, amigo de su primo De Portenduère, Des Lupeaulx, le dirigió, en un día de apuro, a Boseck, a Gigonnet, y a Palma, los cuales, debidamente informados del valor de los bienes de su madre, gustosamente le prestaron dinero. La usura y el engañoso transcurso de los acontecimientos le permitieron llevar una vida feliz durante dieciocho meses. Sin atreverse a abandonar a la señora de Sérizy, la pobre criatura se enamoró de la bella condesa de Kergarouet,

gazmoña como todas las jóvenes que aguardan la muerte de un viejo marido y que especulan hábilmente con su virtud con vistas a un segundo matrimonio. Incapaz de comprender que la virtud razonada es invencible, Sabiniano hacía la corte a Emilia de Kergarouet, dándoselas de hombre acaudalado. No faltaba a un baile ni a un espectáculo al que ella pudiera asistir.

—Amigo mío —le dijo una noche De Marsay—, no tienes suficiente pólvora para hacer volar esa roca.

Por más que aquel rey de la moda parisiense se esforzara, por lástima, en explicar a aquel niño quién era Emilia de Fontine, fueron necesarias las sombrías claridades de la desgracia y las tinieblas de la prisión para que Sabiniano al fin comprendiera. Una letra de cambio, imprudentemente firmada a un joyero, de acuerdo con los usureros, que no querían verse en lo odioso de un arresto judicial, hizo que, por ciento diecisiete mil francos, fuera Sabiniano de Portenduère a dar con sus huesos en la cárcel de Santa Pelagia, sin que sus amigos lo supiesen. Tan pronto como se enteraron de ello Rastignac, De Marsay y Luciano de Rubempré, los tres fueron a ver a Sabiniano y le ofrecieron cada cual un billete de mil francos, al hallarle desprovisto de todo. El ayuda de cámara, comprado por dos acreedores, había indicado el apartamento secreto en donde se alojaba Sabiniano, y todo fue expoliado, menos los trajes y las pocas joyas que llevaba. Los tres jóvenes, confortados por una excelente comida, regada con vino de Jerez, traído por De Marsay, se informaron sobre la situación de Sabiniano, en apariencia con el fin de organizar su futuro, pero en realidad para poder juzgarle.

—Cuando uno se llama Sabiniano de Portenduère —había exclamado Rastignac—, cuando se tiene por sobrino a un futuro par de Francia y por tío-abuelo al almirante de Kergarouet, si comete la enorme falta de dejarse encarcelar en Santa Pelagia, conviene que salga cuanto antes, amigo.

—¿Por qué no me dijisteis nada? —exclamó De Marsay— tuvierais a vuestras órdenes mi coche de viaje, diez mil francos y cartas para Alemania. Conocemos a Gobseck, a Gigonnet y a otros cocodrilos, les habríamos hecho capitular. Y ante todo, ¿qué asno os ha hecho beber de esa fuente mortal? —preguntó De Marsay.

—Des Lupeaulx.

Los tres jóvenes se miraron, comunicándose así igual pensamiento, una sospecha, pero sin expresarlo.

—Decidme vuestros recursos, mostradme vuestro juego —pidió De Marsay.

Cuando Sabiniano hubo descrito a su madre, su casita de tres ventanas de la calle de los Burgueses, sin otro jardín más que un patio con un pozo y un cobertizo para guardar la leña; cuando les hubo indicado el valor de aquella casa, construida en gres, revocada de argamasa rojiza, y calculado el precio de la finca de Bordières, los tres dandys se miraron uno a otro y dijeron con aire profundo la expresión del abate en *Las castañas del fuego*, de Alfredo de Musset, de quien acababan de publicarse los Cuentos de España:

—¡Triste!

—Vuestra madre pagará, si recibe una carta hábilmente escrita —dijo Rastignac.

—Sí, pero ¿y después?... —exclamó De Marsay.

—Si no hubierais estado más que en el fiacre —dijo Luciano—, el gobierno del rey os introduciría en la diplomacia; pero Santa Pelagia no es la antesala de una embajada.

—No estáis bastante enterado de la vida de París —dijo Rastignac.

—Veamos —dijo De Marsay, mirando a Sabiniano de arriba abajo, tal como un chalán examina un caballo—. Tenéis hermosos ojos azules, muy rasgados, una frente blanca de bellas líneas, magníficos cabellos negros, un bigotito que siente muy bien a vuestro semblante pálido, y esbelta figura, vuestro pie denuncia estirpe, hombros y pecho no excesivamente desarrollados, pero sólidos. Sois lo que yo llamo un moreno elegante. Vuestro aspecto es parecido al de un Luis XIII, semblante pálido, nariz de linda forma; y tenéis además aquello que gusta a las mujeres, un no sé qué que no saben advertir los hombres, y proviene del aire, el modo de andar, el tono de voz, la forma de mirar, el gesto, una multitud de pequeños detalles que las mujeres observan y a las que confieren cierto sentido que a nosotros nos pasa inadvertido. Vos mismo ignoráis lo que valéis, querido. Con un poco de esfuerzo, dentro de seis meses, podréis enamorar a una inglesa de cien mil libras, tomando sobre todo el título de vizconde de Portenduère, al que tenéis derecho. Mi encantadora suegra lady Dudley, que no tiene rival en ensartar dos corazones, os la descubrirá en algunos de los terrenos de aluvión de la Gran Bretaña. Pero haría falta poder y saber revocar vuestras deudas a noventa días mediante una hábil maniobra de alta banca. ¿Por qué no me dijisteis nada? En Bade, los usureros os habrían respetado, quizá servido; pero después de haberos encarcelado, os desprecian. El usurero es como la sociedad, como el pueblo, de rodillas delante del hombre lo suficientemente fuerte para burlarse de él, y sin piedad para con los corderos. A los ojos de ciertas personas, Santa Pelagia es una diablesa quien quema ávidamente el alma de los jóvenes. ¿Queréis saber mi opinión, muchacho? Os diré como al pequeño de Esgrignon: Pagad vuestras deudas con mesura, conservando de qué vivir durante tres años, y casaos con la primera chica que tenga treinta mil libras de renta. Dentro de tres años, habréis encontrado alguna prudente heredera que querrá llamarse la señora de Portenduère. En esto estriba la sabiduría. Bebamos, pues. Os ofrezco este brindis: ¡A la salud de la rica heredera!

Los jóvenes no se separaron de su ex amigo hasta el momento oficial de la despedida, y cuando estuvieron fuera, se dijeron:

—No es fuerte. Está muy abatido. ¿Se recobrará?

Al día siguiente, Sabiniano escribió a su madre una confesión general en veintidós páginas. Después de haber llorado durante todo el día, la señora de Portenduère escribió ante todo a su hijo, prometiéndole que le sacaría de la cárcel; luego escribió a los condes de Portenduère y de Kergarouet.

Las cartas que el cura acababa de leer y que la pobre viuda tenía en la mano, humedecidas con sus lágrimas, habían llegado aquella misma mañana y le habían destrozado el corazón.

### A LA SEÑORA DE PORTENDUÈRE

»París, septiembre de 1829.

»Señora:

»No podéis dudar del interés que, el almirante y yo, tomamos por vuestras penas. Lo que comunicáis al señor de Kergarouet me aflige tanto más cuanto que mi casa era la de vuestro hijo: estábamos orgullosos de él. Si Sabiniano hubiera tenido más confianza en el almirante, lo habríamos tomado entre nosotros, ya estaría colocado convenientemente; pero ¡pobrecillo! nada nos dijo. El propio almirante no podría pagar cien mil francos; él también tiene deudas, que ha contraído por mi causa, porque yo nada sabía de su situación pecuniaria. Lo que precisamente le tiene desesperado es que Sabiniano, al dejarse encarcelar, nos ha atado las manos de momento. Si mi guapo sobrino no hubiera concebido por mí no sé qué tonta pasión, que ahogaba en él la voz del pariente por el orgullo del enamorado, habríamos hecho que emprendiese un viaje a Alemania, mientras aquí se le arreglaban sus asuntos. El señor de Kergarouet habría podido solicitar una plaza para su sobrino en las oficinas de la Marina; pero un encarcelamiento por deudas va a paralizar sin duda los pasos del almirante. Pagaba las deudas de Sabiniano, que sirve en la Marina, hará su camino como un verdadero Portenduère, tiene fuego en sus hermosos ojos azules y todos nosotros le ayudaremos.

»No desesperéis, señora: os quedan amigos, en el número de los cuales quiero ser comprendida yo misma como uno de las más sinceras, y os envío mis votos con todo el respeto de

»Vuestra afectuosa servidora,

»EMILIA DE KERGAOUET.»

### A LA SEÑORA DE PORTENDUÈRE

»Portenduère, agosto de 1829.

»Querida tía, me siento tan contrariado como afligido por las andanzas de Sabiniano. Casado, padre de dos hijos y de una hija, mi fortuna, ya bastante mediocre con relación a mi posición y a mis esperanzas, no me permite mermarla con una suma de cien mil francos para pagar el rescate de un Portenduère capturado por los lombardos. Vended vuestra granja, pagad las deudas de vuestro hijo y venid a Portenduère, encontraréis aquí la acogida de que os somos deudores, aun cuando nuestros corazones no pudieran perteneceros por entero. Viviréis dichosa, y terminaremos por casar a Sabiniano, al que mi mujer encuentra simpático. Todo eso

no es nada, no os desesperéis, nunca se sabrá en nuestra provincia, donde conocemos a varias ricas herederas, que estarán encantadas de entrar en nuestra familia.

»Mi mujer se une a mí para deciros toda la alegría que nos daréis, y os ruega que aceptéis sus votos para la realización de este proyecto y nuestros respetuosos saludos.

»LUCAS SABINIANO, CONDE DE PORTENDUÈRE.»

—¡Qué cartas para una Kergarouet! —exclamó la anciana bretona, enjugándose los ojos.

—El almirante ignora que su sobrino esté en la cárcel —dijo finalmente el padre Chaperon—; sólo la condesa leyó vuestra carta, y sólo ella ha contestado. Pero hay que tomar una decisión —prosiguió después de una pausa—, y he aquí lo que tengo el honor de aconsejaros. No vendáis vuestra finca. El arrendamiento está tocando a su fin, y hace ya veinticuatro años que dura; dentro de unos meses, podréis subir su precio a seis mil francos, y hacer que os den una gratificación equivalente a dos años. Pedid dinero prestado a un hombre honrado, y no a las personas de la ciudad que comercian con hipotecas. Vuestro vecino es hombre digno, hombre honrado, que ha conocido la buena sociedad de antes de la Revolución, y que de ateo se ha hecho católico. No sintáis aversión por ir a verle esta noche, compadecerá vuestra desgracia; olvidad por un momento que sois una Kergarouet.

—¡Jamás! —dijo la anciana madre en tono estridente.

—¡Convertios de una vez en una Kergarouet amable!; id cuando esté solo; os prestará sólo al tres y medio, tal vez al tres por ciento, y os hará favor con delicadeza, quedaréis contenta de él; irá él mismo a libertar a Sabiniano, porque se verá obligado a vender rentas, y os lo traerá.

—¿Habláis, pues, de ese pequeño Minoret?

—Ese pequeño tiene ochenta y tres años —repuso el padre Chaperon sonriendo—. Señora mía, tened un poco de caridad cristiana, no le ofendáis, puede seros útil de más de una forma.

—¿Y cómo?

—Tiene a su lado un ángel, la criatura más celestial...

—Sí, la pequeña Úrsula... ¡Bien!, ¿y después?

El pobre cura no se atrevió a continuar, al oír este: ¡Bien!, ¿y después?, cuya sequedad y aspereza impedían de antemano la proposición que pensaba hacerle.

—Creo que el doctor Minoret es inmensamente rico...

—Mejor para él.

—Vos habéis sido ya causa indirecta de la desgracia de vuestro hijo al no darle carrera, pensad en su porvenir —dijo severamente el cura—. ¿Debo anunciar la visita a vuestro vecino?

—Pero, sabiendo que lo necesito, ¿por qué no puede venir él a mi casa?

—¡Ah!, señora, al ir vos a su casa, pagaréis el tres por ciento, pero si viene él a la vuestra, pagaréis el cinco —dijo el cura, que encontró esta buena razón para decidir a

la anciana—. Y si os vieseis obligada a vender vuestra finca de Bardières por medio de Dionis el notario, por el escribano Massin, que os negarían fondos esperando aprovecharse de vuestra desgracia, perderíais la mitad del valor de Bardières. No tengo la menor influencia sobre los Dionis, los Massin, los Levrault, las personas ricas de la región que codician vuestra finca y saben que vuestro hijo está en la cárcel.

—Lo saben, lo saben —exclamó la anciana levantando los brazos—. ¡Oh!, ¡pobre señor cura!, habéis dejado enfriar vuestro café... ¡Tiennette, Tiennette!

Tiennette, una anciana bretona, que vestía media bata y gorro bretones, de sesenta años de edad, entró rápidamente y cogió, para recalentarlo, el café del cura.

—No os preocupéis, señor rector —dijo la mujer viendo que el cura quería tomarse el café—, lo pondré al baño maría y estará mejor.

—Bien —repuso el cura con su voz insinuante—, iré a avisar al doctor de vuestra visita, y vos iréis a verle.

La anciana madre no cedió hasta después de una hora de discusión, durante la cual el cura viose obligado a repetir cien veces sus argumentos. Y finalmente la altiva Kergarouet tuvo que ser vencida por estas últimas palabras:

—¡Sabiniano iría!

—Entonces, es mejor que vaya yo.

XI  
SABINIANO

Daban las nueve cuando la puertecilla practicada en la puerta grande se cerraba tras el cura, el cual tiró enérgicamente de la campanilla de la verja del doctor. El padre Chaperon fue de Tiennette a Bougival, porque la anciana nodriza le dijo:

—Venís muy tarde, señor cura —de la misma manera que la otra le había dicho: ¿Por qué dejáis tan pronto a la señora, cuando se encuentra tan afligida?

El cura encontró numerosa compañía en el salón verde y marrón del doctor, porque Dionis había ido a tranquilizar a los herederos, pasando por la casa de Massin para repetirle las palabras de su tío.

—Creo que Úrsula —dijo— guarda en su corazón un amor que no le dará más que disgustos y preocupaciones; parece una muchacha muy romántica (así es como se califica entre los notarios la excesiva sensibilidad), y la veremos soltera mucho tiempo. Por lo tanto, nada de desconfianzas: procurad mimarla mucho, y sed los servidores de vuestro tío, porque es más listo que cien Goupils —añadió el notario, sin saber que Goupil es corrupción de la palabra latina *vulpes*, que significa «zorro».

Así, pues, las señoras Massin y Crémière, sus maridos, el jefe de posta y Deseado formaban con el médico de Nemours y Bongrand, una asamblea insólita en casa del doctor. Al entrar, el padre Chaperon oyó los sonidos del piano. La pobre Úrsula acababa de interpretar la *Sinfonía en la*, de Beethoven. Con la astucia permitida a la inocencia, la niña, a la que su padrino había ilustrado de lo que hacía al caso, y a la que desagradaban los herederos, escogió aquella música grandiosa que es preciso estudiar para llegar a comprenderla, con objeto de que aquellas mujeres envidiosas se aburriesen. Cuantos más hermosa es la música, menos gusta a los ignorantes. Así, cuando la puerta se abrió y el padre Chaperon mostró su cabeza venerable: ¡Ah!, ¡ahí está el señor cura!, exclamaron los herederos, contentos de poder levantarse y poner fin a su suplicio.

La exclamación halló eco en la mesa de juego, donde Bongrand, el médico de Nemours y el anciano eran víctimas de la impertinencia con la que el recaudador, para hacerse simpático a su tío, había propuesto hacer la cuarta al *whist*. Úrsula abandonó el piano. El doctor se levantó de su asiento como para ir a saludar al sacerdote, pero en realidad para poner fin a la partida. Después de grandes cumplidos dirigidos a su tío sobre el talento de su ahijada, los herederos se despidieron del anciano.

—Buenas noches, amigos —exclamó el doctor cuando se oyó el ruido de la verja.

—¡Ah!, ¿eso es lo que cuesta tan caro? —dijo la señora Crémière a la señora Massin cuando estuvieron a unos pasos lejos de la casa.

—¡Dios me guarde de gastar mi dinero para que mi pequeña Alina arme tal alboroto en la casa! —respondió la señora Massin.

—Dice que es de *Bethovan*, que, sin embargo, pasa por ser un gran músico —dijo el recaudador—, tiene bastante reputación.

—A fe mía, eso no será en Nemours —repuso la señora Crémère—, tienen mucha razón en llamarle *Bête á vent*.

—Creo que nuestro tío lo ha hecho adrede para que no volviéramos más —dijo Massin—, porque ha guiñado el ojo al mostrar el volumen verde a su ahijada.

—Si es con ese carillón con lo que se entretienen, hacen bien en quedarse solos en casa —dijo el jefe de posta.

—Le ha de gustar ‘mucho la música al Juez de Paz, para aguantar estas charangas —dijo la señora Crémère.

\* \* \*

—Nunca podría interpretar delante de las personas que no comprenden la música —dijo Úrsula, yendo a sentarse junto a la mesa de juego.

—Los sentimientos, en las personas bien organizadas, no podrían desarrollarse más que en un ambiente favorable —dijo el cura de Nemours—. De la misma manera que un sacerdote no podría bendecir en presencia del Espíritu Maligno, y un castaño muere en tierra fértil, un músico genial experimenta una derrota interior cuando se halla rodeado de ignorantes. En las artes, hemos de recibir de las almas que forman el ambiente de nuestra alma, tanta fuerza como la que nosotros comunicamos. Este axioma que rige los afectos humanos es el que ha dictado el proverbio de: Dios los cría y ellos se juntan. Pero el sufrimiento que debéis haber experimentado no aflige más que a las naturalezas tiernas y delicadas.

—Así, amigos míos —dijo el doctor—, algo que no causara más que pena a una mujer, podría causar la muerte a mi pequeña Úrsula. ¡Ah!, cuando yo ya no exista, levantad entre esa hermosa flor y el mundo aquel seto protector del que hablan los versos de Cátulo: *Ut flos*, etcétera.

—Sin embargo, esas señoras han sido muy amables con vos, Úrsula —dijo sonriendo el Juez de Paz.

—Groseramente amables —comentó el médico de Nemours.

—Yo he observado siempre cierta grosería en la amabilidad fingida —respondió el viejo Minoret—; ¿y por qué?

—Un pensamiento verdadero lleva consigo su propia fineza —dijo el cura.

—¿Habéis comido en casa de la señora de Portenduère? —dijo entonces Úrsula, que interrogó al padre Chaperon, dirigiéndole una mirada llena de inquieta curiosidad.

—Sí; la pobre señora está muy afligida, no sería imposible que viniera a veros esta noche, señor Minoret.

—Si está triste y tiene necesidad de mí, yo iré a su casa —exclamó el doctor—. Acabemos este último *rubber*.

Por debajo de la mesa, Úrsula apretó la mano del anciano.

—Su tío —dijo el Juez de Paz— era demasiado simple para vivir en París sin un mentor. Cuando supe que aquí, cerca del notario, se tomaban informes acerca de la finca de la anciana madre, he adivinado que especulaba con la muerte de su madre.

—¿Le creéis capaz de ello? —dijo Úrsula, lanzando una mirada terrible al señor Bongrand, que se dijo a sí mismo: ¡Ay!, sí, lo ama.

—Sí y no —dijo el médico de Nemours—. Sabiniano tiene algo de bueno, y la razón de ello es que está en la cárcel: los bribones no van nunca a la cárcel.

—Amigos míos —exclamó el anciano Minoret—, basta para esta noche; no hay que dejar llorar un minuto más a una pobre madre, cuando es posible secar sus lágrimas.

Los cuatro amigos se levantaron y salieron. Úrsula les acompañó hasta la verja, miró a su padrino y al cura mientras éstos llamaban a la puerta de la casa de enfrente; y cuando Tiennette les hizo pasar, ella se sentó en uno de los guardacantones exteriores de la casa, teniendo a su lado a la Bougival.

—Señora vizcondesa —dijo el cura, que fue el primero en entrar en la salita—, el doctor Minoret no ha querido que vos os tomaseis la molestia de ir a su casa...

—Pertenezco demasiado a la antigua época, señora —repuso el doctor—, para no saber todo lo que un hombre debe a una persona de vuestra calidad, y me considero muy dichoso, conforme a lo que me ha dicho el señor cura, de poder servirlos en algo.

La señora de Portenduère, a quien la diligencia convenida pesaba tanto, que, después de haberse ido de su casa el padre Chaperon, quería dirigirse al notario de Nemours, quedóse tan sorprendida de la delicadeza de Minoret, que se levantó de su asiento para responder a su saludo y le indicó una butaca.

—Sentaos, caballero —le dijo con aire de reina—. Nuestro querido señor rector ya os habrá dicho que el vizconde se encuentra en la cárcel a causa de algunas deudas propias de los jóvenes, cien mil libras... Si vos pudieseis, os ofrecería en garantía mi finca de Bordières.

—Ya hablaremos de ello, señora vizcondesa, cuando os haya devuelto vuestro señor hijo, si me permitís ser vuestro administrador en esta circunstancia.

—Muy bien, señor doctor —respondió la anciana inclinando la cabeza y mirando al cura como si quisiera decirle: Tenéis razón, es buena persona.

—Mi amigo el doctor es, como veis señora —dijo entonces el cura—, alguien que siente un gran interés por vuestra familia.

—Os lo agradecemos, caballero —dijo la señora de Portenduère, haciendo visiblemente un esfuerzo; porque a vuestra edad, aventurarse en París tras la pista de las malas andanzas de un joven atolondrado...

—Señora, en el año sesenta y cinco, tuve el honor de ver al ilustre almirante de Portenduère en casa de aquel excelente señor de Malesherbes y en casa del señor conde de Buffon, que deseaba interrogarle sobre ciertos hechos curiosos de sus viajes. No es imposible que el señor de Portenduère, vuestro señor esposo, que en paz

descanse, se encontrase allí. La marina francesa era entonces gloriosa, hacía frente a Inglaterra, y el capitán aportaba su parte de valor a aquella empresa. ¡Con qué impaciencia, en los años ochenta y tres y ochenta y cuatro se esperaban noticias del campamento de Saint-Roch! Yo estuve a punto de partir en calidad de médico de los ejércitos del rey. Vuestro tío-abuelo, que aún vive, el almirante Kergarouet, sostuvo en aquella época su famoso combate, porque se hallaba a bordo de *la belle Poule*.

—¡Ah!, ¡si supiera que su sobrino está en la cárcel!

—El señor vizconde ya no estará en ella dentro de dos días —dijo el anciano Minoret poniéndose en pie.

Tendió la mano para coger la de la anciana, que se la dejó coger, y depositó un respetuoso beso en ella, saludándola profundamente y salió; pero volvió a entrar para decirle al cura:

—¿Queréis, señor rector, reservarme una plaza en la diligencia para mañana por la mañana?

El cura permaneció por espacio de una media hora cantando las alabanzas del doctor Minoret, que había querido conquistar a la anciana señora y la había conquistado.

—Es asombroso, a su edad —dijo ésta—; habla de ir a París y de arreglar los asuntos de mi hijo como si no tuviera más de veinticinco años. Se conoce que ha tratado a la buena sociedad.

—A la mejor sociedad, señora; y actualmente más de un hijo de un par de Francia se tendría por dichoso de poder casarse con su pupila con un millón de dote. ¡Ah!, si esta idea pasara por el corazón de Sabiniano, los tiempos han cambiado tanto, que no sería de vuestra parte de dónde procedieran las mayores dificultades, después de la conducta de vuestro hijo.

El profundo asombro que suscitó en la señora esta última frase del cura, permitió a éste terminar de decir lo que pensaba.

—Habéis perdido el buen sentido, querido padre Chaperon.

—Debéis pensar en todo ello, señora, y quiera Dios que en lo sucesivo se comporte vuestro hijo de modo que pueda conquistar el aprecio de ese anciano.

—Si no fuerais vos, señor cura —dijo la señora de Portenduère—, si fuera otra persona quien así me hablara...

—No querríais volver a verla —dijo sonriendo el padre Chaperon—. Esperemos que vuestro querido hijo os explique cómo andan las cosas en París en lo referente a alianzas matrimoniales. Pensaréis en la felicidad de Sabiniano, y después de haber comprometido ya su porvenir, no le impediréis que se labre una posición en la vida.

—¡Y sois vos quién me dice esas cosas!

—Si no os las dijera, yo, ¿quién os las diría? —exclamó el sacerdote, levantándose de su asiento y efectuando una rápida retirada.

El cura vio a Úrsula y a su padrino paseando en el patio de su casa. El débil doctor había sido tan atormentado por su ahijada, que acababa de ceder: la joven

quería ir a París y le daba mil pretextos. Llamó al cura, que acudió, y le rogó que reservase todo el cupé para aquella misma noche, si la oficina de la diligencia estaba aún abierta.

Al día siguiente, a las seis y media de la tarde, el anciano y la joven llegaron a París, donde, aquella misma noche el doctor fue a consultar a su notario. Los acontecimientos políticos eran amenazadores. El Juez de Paz de Nemours había dicho varias veces al doctor el día antes, durante su conversación, que había que estar loco para conservar un céntimo de renta en los fondos en tanto no se hubiera dirimido la contienda suscitada entre la Prensa y la Corte. El notario de Minoret aprobó el consejo dado indirectamente por el Juez de Paz. El doctor aprovechó, pues, su viaje para realizar sus acciones industriales y sus rentas, todas las cuales se encontraban en alza, y depositar sus capitales en la Banca. El notario invitó a su viejo cliente a vender también los fondos que el señor de Jordy había legado a Úrsula, y que él había invertido como buen padre de familia. Prometió comprometer en el asunto a un agente de negocios sumamente astuto para tratar con los acreedores de Sabiniano; pero era preciso, para triunfar, que el joven tuviera el valor de permanecer aún unos cuantos días en la cárcel.

—La precipitación en estos asuntos cuesta por lo menos el quince por ciento —dijo el notario al doctor—. Y, después de todo, vos no tendréis vuestro fondos antes de siete u ocho días.

Cuando Úrsula se enteró de que Sabiniano estaría aún por lo menos una semana en la prisión, rogó a su tío que le dejara ir con él allá por una sola vez. El anciano Minoret rehusó. El tío y la sobrina se alojaban en un hotel de la calle Croix-des-Petits-Champs, donde el doctor había tomado todo un apartamento conveniente; y conociendo la buena fe de su pupila, le hizo prometer que no saldría de casa cuando él estuviera fuera, dedicado a sus asuntos. El anciano llevaba a pasear a Úrsula por París, le hacía ver las callés, las tiendas, los bulevares; pero nada lograba interesarla.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntaba el anciano.

—Ver Santa Pelagia —respondía obstinadamente la joven.

Minoret tomó entonces un fiacre y la llevó hasta la calle de la Clef, donde el coche se detuvo delante de la innoble fachada de aquel antiguo convento transformado en prisión. El espectáculo de las otras murallas, grisáceas, cuyas ventanas aparecen todas ellas enrejadas, de aquella puerta, que sólo se puede franquear agachándose (¡horrible lección!), aquel bloque sombrío en medio de un barrio cargado de miserias, en el que se yergue, rodeado de calles desiertas como suprema miseria: tal conjunto de cosas tristes se apoderó del ánimo de Úrsula y le hizo derramar algunas lágrimas.

—¿Cómo es posible —dijo— que se encierre en la cárcel a los jóvenes por cuestiones de dinero?, ¿cómo una deuda puede dar a un usurero un poder del que el propio rey carece? Entonces, ¡él está ahí! —exclamó la joven—. ¿Y dónde, padrino? —añadió, mirando de ventana en ventana.

—Úrsula —dijo el anciano—, me haces cometer tonterías. Lo que hacemos, no significa que nos olvidemos de él.

—Pero —repuso la joven— si hay que renunciar a él, ¿es preciso también que no le profese interés alguno? Puedo amarle sin casarme.

—¡Ah! —exclamó el anciano— hay tanta razón en tu sinrazón, que me arrepiento de haberte llevado conmigo.

Tres días más tarde, el anciano tenía los recibos en regla, los títulos y todos los elementos que concedían la libertad a Sabiniano. Esta liquidación, incluidos los honorarios del hombre de negocios, había sido realizada por una suma de ochenta mil francos. Le quedaban al doctor ochocientos mil francos, que su notario le hizo invertir en bonos del Tesoro, a fin de no perder más intereses. Reservó para Sabiniano mil francos en billetes de banco. El doctor procedió él mismo a la excarcelación el sábado, a las doce, y el joven vizconde, avisado ya por una carta de su madre, dio las gracias con sincera efusión a su liberador.

—No debéis tardar en ir a ver a vuestra madre —le dijo el anciano Minoret.

Sabiniano, con cierta confusión, respondió que en su prisión había contraído una especie de deuda de honor, y refirió la visita de sus amigos.

—Ya os suponía alguna deuda privilegiada —exclamó el doctor sonriendo—. Vuestra madre me pide prestados cien mil francos, pero yo no he pagado más que ochenta mil: ahí tenéis el resto, administradlo bien, caballero, y considerad que lo que guardéis de él es lo que jugáis sobre el tapete verde de la fortuna.

Durante los pasados ocho días, Sabiniano había reflexionado sobre la época actual. La competencia en todas las cosas requiere mucho trabajo por parte de quien persigue una posición. Los medios ilegales exigen mayor talento y más prácticas subterráneas que una búsqueda a la intemperie. Los éxitos en el mundo, lejos de labrar una posición, devoran tiempo y requieren una enorme cantidad de dinero. El nombre de Portenduère, que su madre le aseguraba que era todopoderoso, no significaba nada en París. Su primo el diputado, el conde de Portenduère, hacía un triste papel en la Cámara de electores en presencia de los pares, la magistratura, y no merecía excesivo crédito por lo que en sí mismo representaba. El almirante de Kergarouet sólo existía por medio de su mujer. Había visto como oradores, gente procedente del medio social inferior a la aristocracia o pequeños hidalgos convertirse en personajes influyentes. En fin, el dinero era el eje, el único medio, el único móvil de una Sociedad que Luis XVIII había querido crear siguiendo el modelo de la de Inglaterra. De la calle de la Clef a la calle Croix-des-Petits-Champs, el hidalgo desarrollo ante el anciano médico, el resumen de sus meditaciones, por otra parte, en armonía con el consejo dado por De Marsay.

—Debo —le dijo— hacerme olvidar durante tres o cuatro años, y buscar una carrera. Quizá me haría un nombre por medio de un libro de alta política o de estadística moral, por algún tratado sobre una de las grandes cuestiones actuales. En fin, tratando de casarme con una joven que me permita esta elección, trabajaré en la

sombra y el silencio.

Examinando detenidamente el semblante del joven, el doctor reconoció en él la seriedad del hombre herido que quiere un desquite. Aprobó mucho este plan.

—Querido vecino —le dijo finalmente—, si os habéis desprendido de la piel de la vieja aristocracia, que ya no está de moda actualmente, después de tres o cuatro años de vida prudente y aplicada, me encargo de encontraros una joven superior, hermosa, amable, religiosa, y rica en setecientos u ochocientos mil francos, que os hará feliz y de la cual os sentiréis orgulloso, pero que sólo será noble en cuanto al corazón.

—¡Ah!, doctor —exclamó el joven— actualmente ya no hay nobleza, no hay más que una aristocracia.

—Id a pagar vuestras deudas de honor y volved; voy a reservar el cupé de la diligencia, porque mi pupila vino conmigo —dijo el anciano.

Por la tarde, a las seis, los tres viajeros partieron con *la Ducler* de la calle Dauphine. Úrsula, que se había cubierto con un velo, no dijo una palabra. Después de haber enviado, con un movimiento de galantería superficial, aquel beso que causó en Úrsula tantos estragos como habría causado un libro de amor, Sabiniano había olvidado por completo a la pupila del doctor en el infierno de sus deudas en París, y por otra parte, su amor sin esperanza por Emilia de Kergarouet no le permitía conceder un recuerdo a algunas miradas cambiadas con una niña de Nemours; así, pues, no la reconoció cuando el anciano hizo que la joven subiera antes que ellos en el coche y él se sentó al lado de Úrsula para separarla del joven vizconde.

—Tendré que pasar cuentas con vos —dijo el doctor dirigiéndose al joven—, os traigo todos vuestros papeles.

—He estado a punto de no poder partir —dijo Sabiniano— porque he tenido que encargarme vestidos y ropa blanca; los filisteos se lo llevaron todo, y vuelvo a casa como el hijo pródigo.

Por muy interesantes que fueran los temas de conversación entre el joven y el anciano, por muy ingeniosas que fueran algunas de las respuestas dadas por Sabiniano, la joven permaneció silenciosa hasta el crepúsculo, bajado el velo verde, las manos cruzadas sobre su chal.

—Parece que a la señorita no le ha gustado mucho París —dijo al fin Sabiniano, picado.

—Vuelvo muy gustosa a Nemours —respondió la joven con voz emocionada, levantando el velo que cubría su rostro.

A pesar de la oscuridad, Sabiniano la reconoció entonces por sus gruesas trenzas y por sus ojos azules, muy brillantes.

—Y yo abandono París sin sentirlo, para volver a enterrarme en Nemours, puesto que allí encuentro a mi hermosa vecina —dijo—. Espero, señor doctor, que me recibiréis en vuestra casa; me gusta la música, y recuerdo haber oído el piano de la señorita Úrsula.

—Ignoro, caballero —dijo gravemente el doctor— si vuestra madre os vería con

agrado en casa de un anciano que debe tener para con esta niña toda la solicitud de una madre.

Esta respuesta tan comedida dio mucho que pensar a Sabiniano, que entonces se acordó del beso tan ligeramente por él enviado. Había cerrado la noche, el calor era intenso, Sabiniano y el doctor fueron los primeros en quedarse dormidos. Úrsula, que estuvo mucho rato despierta, forjando proyectos, también sucumbió al suelo hacia la medianoche. Se había quitado el sombrero de paja trenzada. Su cabeza, cubierta con un gorro bordado, pronto se apoyó en el hombro de su padrino. Al despuntar la aurora, en Bouron, Sabiniano fue el primero en despertarse. Vio entonces a Úrsula en el desorden en que las sacudidas del coche habían puesto su cabeza: el gorro se había arrugado; las trenzas, deshechas, caían por cada lado de aquel rostro animado por el calor que reinaba en el vehículo; pero en aquella situación, horrible para las mujeres que necesitan arreglarse, la juventud y la belleza triunfan. La inocencia tiene siempre un sueño hermoso. Los labios entreabiertos dejaban ver unos hermosos dientes, el chal, desarreglado permitía observar, sin ofender a Úrsula, bajo los pliegues de un vestido de muselina estampada, los encantos del busto de la joven. En fin, la pureza de aquella alma virginal brillaba en aquel rostro y destacaba aún más por el hecho de que ninguna otra expresión lo turbaba. El anciano Minoret, que se despertó, colocó la cabeza de su hija en el rincón del coche, para que estuviera más cómoda; la joven le dejó hacer sin darse cuenta de nada, tan profundo era el sueño en que se hallaba sumida, después de tantas noches pasadas en pensar en la desgracia de Sabiniano.

—¡Pobrecilla! —dijo el doctor a su vecino—. Duerme como niña que es.

—Debéis estar orgulloso de ella —repuso Sabiniano—, porque parece tan buena como hermosa.

—¡Ah!, es la alegría de la casa. Si fuera mi hija, no por ello la querría más de lo que la quiero. El 5 de febrero próximo cumplirá dieciséis años. ¡Dios quiera que viva yo lo suficiente para casarla con un hombre que la haga dichosa! He querido llevarla a los espectáculos en París, adonde iba por primera vez; pero no ha querido, porque el cura de Nemours se lo había prohibido. Pero yo le he dicho, cuando estés casada, ¿qué harás si tu marido quiere llevarte? Haré todo lo que mi marido desee, me ha contestado. Si me pide algo malo y yo soy demasiado débil para obedecerle, él será responsable por estas cosas delante de Dios; sin embargo, procuraré tener fuerzas para resistir, en el propio interés de él mismo.

Al llegar a Nemours, a las cinco de la mañana, Úrsula se despertó avergonzada de su desorden y de encontrarse con la mirada, llena de admiración, de Sabiniano. Durante la hora que la diligencia tardó en llegar desde Bouron, donde se detuvo unos minutos, el joven se había enamorado de Úrsula. Había estudiado el candor de aquel alma, la belleza del cuerpo, la blancura de la tez, la delicadeza de los rasgos, el encanto de la voz que había pronunciado la frase tan breve y tan expresiva en la que la niña lo decía todo no queriendo decir nada. En fin, no sé qué pensamiento le había hecho ver en Úrsula la mujer que el doctor le había descrito, encuadrándola en el

marco de oro de estas mágicas palabras: de ¡siete a ochocientos mil francos!

—Dentro de tres o cuatro años, tendrá veinte años, yo tendré veintisiete; el buen hombre ha hablado de pruebas, de trabajo, ¡de buena conducta! Por muy astuto que parezca, terminará por confesarme su secreto.

Los tres vecinos se separaron frente a sus casas respectivas, y Sabiniano puso coquetería en su despedida, dirigiendo a Úrsula una mirada llena de solicitudes. La señora de Portenduère dejó que su hijo durmiera hasta el mediodía. A pesar de la fatiga del viaje, el doctor y Úrsula fueron a misa mayor. La liberación de Sabiniano y su regreso en compañía del doctor habían explicado la finalidad de la ausencia de éste a los políticos de la ciudad y a los herederos reunidos en la plaza en un conciliábulo parecido al que habían celebrado quince días atrás. Con gran estupor de las grupos habituales, a la salida de misa, la señora de Portenduère paró al viejo Minoret, el cual le ofreció el brazo y la acompañó hasta su casa. La anciana señora quería invitarle a comer, lo mismo que a su pupila, aquel mismo día, diciéndole que el otro invitado sería el señor cura.

—Habría querido enseñar París a Úrsula —dijo Minoret-Levrault.

—¡Demonio!, ese hombre no da un paso sin llevarse a la chiquilla —exclamó Crémère.

—Para que la Portenduère le haya dado el brazo, tiene que ocurrir cosas muy íntimas entre ellos —dijo Massin.

—¿Y no habéis adivinado que vuestro tío ha vendido sus rentas y ha sacado de la cárcel al pequeño Portenduère? —exclamó Goupil—. Había dicho que no a mi patrón, pero no ha dicho que no a su patrona... ¡Ah! estáis fritos. El vizconde propondrá extender un contrato en lugar de una obligación, y el doctor hará reconocer del marido para su alhaja de hija cuánto sea necesario ofrecer para concluir semejante alianza.

—No sería mala idea la de casar a Úrsula con el señor Sabiniano —dijo el carnicero—. La anciana invita hoy a comer al señor Minoret. Tiennette ha venido a las cinco a decirme que le reservara un filete de buey.

—Bueno, Dionis, ¿qué es lo que sucede? —dijo Massin corriendo al encuentro del notario, que se acercaba a la plaza.

—Todo va bien —respondió el notario—. Vuestro tío ha vendido sus rentas, y la señora de Portenduère me ha pedido que pasara por su casa para firmar una obligación de cien mil francos hipotecados sobre sus bienes y que le había prestado vuestro tío.

—Sí; pero, ¿y si los jóvenes se casasen?

—Sería como si vos me dijeseis que Goupil es mi sucesor —respondió el notario.

—Ninguna de las dos cosas es imposible —dijo Goupil.

Al volver de misa, la anciana señora mandó que Tiennette dijera a su hijo que pasara a verla.

Aquella casita tenía tres habitaciones en el primer piso. La de la señora de

Portenduère y la que fue de su difunto marido se encontraban en el mismo lado, separadas por un gran tocador alumbrado por una luz de medianería y reunidas por una pequeña antesala que daba a la escalera.

La ventana de la habitación, habitada siempre por Sabiniano, daba, como la de su padre, a la calle. La escalera se encontraba detrás, de forma que dejaba para esta habitación un pequeño gabinete alumbrado por un ojo de buey que daba al patio.

La habitación de la señora de Portenduère, la más triste de toda la casa, daba al patio; pero la viuda se pasaba la vida en la sala de la planta baja, que comunicaba por medio de un pasillo con la cocina, construida al fondo del patio; de suerte que esta sala servía a la vez de salón y de comedor. Aquella habitación del difunto señor de Portenduère permanecía en el estado en que se encontraba el día de su muerte: no faltaba en ella más que el difunto. La señora de Portenduère había hecho ella misma la cama, y puso encima el traje de capitán de navio, la espada, el cordón rojo, las condecoraciones y el sombrero de su marido. La petaca de oro de la cual el vizconde tomó su última pulgarada de rapé se encontraba encima de la mesilla de noche, con su libro de oraciones, con su reloj y la taza en la que había bebido. Sus cabellos blancos, enmarcados y dispuestos en un solo mechón, estaban suspendidos encima del crucifijo con pila de agua bendita colocado en la alcoba. En fin, las chucherías de que se servía, sus periódicos, sus muebles, su escupidera holandesa, sus prismáticos de campaña colgados de la chimenea, no faltaba nada. La viudad había parado el viejo reloj en la hora de la muerte, e indicaba esta hora para siempre. Todavía se percibía en la habitación el olor de la pólvora y del tabaco del difunto. El hogar de la lumbre estaba tal como él lo había dejado. Entrar allí equivalía a volver a verle, encontrando de nuevo todas las cosas que evocaban sus costumbres. Su gran bastón con puño de oro permanecía en el sitio en que lo había dejado, así como sus gruesos guantes de piel de gamo, cerca del bastón. Encima de la consola brillaba un jarrón de oro groseramente cincelado, pero valorable en mil escudos, ofrecido por La Habana, que, cuando la guerra de la independencia americana, había sido preservada por él de un ataque de los ingleses, ya que el señor de Portenduère se batió contra fuerzas superiores, después de haber hecho entrar a buen puerto el convoy que se hallaba bajo su protección. Para recompensarle, el rey de España le nombró caballero de sus órdenes. Ascendido por este hecho en la primera promoción al grado de jefe de escuadra, obtuvo el cordón rojo. Seguro entonces de la primera vacante, se casó con su mujer, rica en doscientos mil francos. Pero la Revolución impidió su ascenso, y el señor de Portenduère emigró.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Sabiniano a Tiennette.

—Os aguarda en la habitación de vuestro padre, que en paz descanse —respondió la vieja sirvienta bretona.

Sabiniano no pudo reprimir un estremecimiento. Conocía la rigidez de los principios de su madre, su culto al honor, su lealtad, su fe en la nobleza, y previó una escena. Por ello iba como dispuesto a un asalto, con el corazón agitado, casi pálido.

En la penumbra de la estancia, por la media luz que penetraba por las persianas, vio a su madre, vestida de negro, y que había asumido un aire solemne en armonía con aquella habitación mortuoria.

—Señor vizconde —le dijo al verle, levantándose y cogiéndole la mano para llevarle ante el lecho paterno—, ahí expiró vuestro padre, hombre de honor, muerto sin haber tenido que reprocharse nada. Su espíritu está ahí. Ciertamente, debe haber llorado allá arriba al ver a su hijo mancillado por un encarcelamiento por deudas. Bajo la antigua monarquía, os habrían ahorrado esa mancha de fango encerrándoos en una prisión del Estado. Pero, en fin, ya estáis ante vuestro padre, que os oye. Vos que sabéis todo lo que habéis hecho antes de ir a esa innoble cárcel, ¿podéis jurarme delante de esa sombra y delante de Dios, que lo ve todo, que no habéis cometido ninguna acción deshonrosa, que vuestras deudas han sido consecuencia de la impetuosidad juvenil, y que, en fin, el honor está a salvo? Si vuestro irreprochable padre estuviera ahí, vivo, sentado en esa butaca, si os pidiera cuentas de vuestra conducta, después de haberos oído, ¿podría abrazaros?

—Sí, madre —dijo el joven con gravedad llena de respeto.

Entonces la señora de Portenduère abrió los brazos y estrechó entre ellos a su hijo, derramando algunas lágrimas.

—Olvidemos todo esto, entonces —dijo—, por lo menos, sólo se trata de dinero; rogaré a Dios para que haga que lo recuperemos, y puesto que sigues siendo digno de tu apellido, ¡bésame, porque he sufrido mucho!

—Te juro, querida madre —dijo extendiendo la mano sobre aquel lecho—, que jamás volveré a ocasionarte disgustos de esta clase, y que haré cuanto esté en mi mano para reparar mis primeras faltas.

—Ven a almorzar, hijo mío —dijo la señora de Portenduère saliendo de la habitación.

Si es preciso aplicar al relato las leyes de la escena, al introducir en Nemours al único personaje que aún faltaba entre aquellos que deben hallarse presentes en este pequeño drama, aquí termina la exposición.

## XII OBSTÁCULOS ENTRE LOS AMANTES

La acción se inició con el funcionamiento de un resorte tan usado en la literatura antigua y en la literatura nueva, que nadie podría creer en sus efectos en 1829, de no haberse tratado de una anciana bretona, de una Kergarouet, de una emigrada. Pero, apresurémonos a reconocerlo, la nobleza había reconquistado en las costumbres un poco del terreno perdido en la política. Por otra parte, el sentimiento que gobierna a los padres cuando se trata de las conveniencias matrimoniales es un sentimiento imperecedero, ligado muy estrechamente a la existencia de las sociedades civilizadas y extraído del espíritu de la familia. Este sentimiento reina en Ginebra como en Viena, como en Nemours, donde Celia Levrault rehusaba poco tiempo antes a su hijo acceder a que se casara con la hija de un bastardo. Sin embargo, toda ley social tiene sus excepciones. Sabiniano pensaba, pues, lograr que el orgullo de su madre se doblegara ante la nobleza innata de Úrsula. El compromiso se efectuó inmediatamente. Tan pronto como Sabiniano se hubo sentado a la mesa, su madre le habló de las horribles cartas que, a su modo de ver, los Kergarouet y los Portenduère le habían escrito.

—Actualmente ya no hay familias, madre —respondióle Sabiniano—, no hay más que individuos. Los nobles ya no son solidarios entre sí. Actualmente ya no os preguntan si sois un Portenduère, si sois valiente, si sois hombre de Estado; todo el mundo os dice: «¿Cuándo pagáis en contribuciones?»

—¿Y el rey? —inquirió la anciana.

—El rey se encuentra cogido entre las dos Cámaras como un hombre entre su esposa legítima y su querida. Así, yo debo casarme con una joven rica, sea cual fuere la familia a la que pertenezca, con la hija de un campesino, si tiene un millón de dote y si es suficientemente educada, es decir, si sale de un pensionado.

—Eso es otra cosa —dijo la anciana señora.

Sabiniano frunció el entrecejo al oír estas palabras. Conocía aquella voluntad granítica, llamada la testarudez bretona, que distinguía a su madre, y quiso saber inmediatamente su opinión sobre tan delicado punto.

—De modo que —dijo— si yo amase a una joven, como, por ejemplo, a la pupila de nuestro vecino, la pequeña Úrsula, ¿vos os opondrías a esta boda?

—Mientras yo viviese —respondió la madre—. Después de mi muerte, serás el único responsable del honor y de la sangre de los Portenduère y de los Kergarouet.

—¿De modo que me dejarías morir de hambre y desesperación por una quimera que actualmente sólo se convierte en realidad por medio del brillo de la fortuna?

—¡Serviríais a Francia y confiarías en Dios!

—¿Aplazaríais mi felicidad hasta el día siguiente de vuestra muerte?

—Eso sería horrible por tu parte, esto es todo.

—Luis XIV estuvo a puntó de casarse con la sobrina de Mazarino, un advenedizo.

—El propio Mazarino se opuso a ello.

—¿Y la viuda de Socarrón?

—¡Era una d'Aubigne! Por lo demás, la boda fue secreta. Pero yo ya soy muy vieja, hijo mío —dijo meneando la cabeza—. Cuando yo haya dejado de existir, casaos con quien se os antoje.

Sabiniano amaba y respetaba a la vez a su madre; opuso en seguida, pero en silencio, a la testarudez de la anciana Kergarouet una testarudez igual, y decidió no casarse nunca con nadie que no fuera Úrsula, a quien como ocurre siempre en tales circunstancias, revistió del aliciente de lo prohibido.

Cuando, después de vísperas, el doctor y Úrsula, vestida de blanco y rosa, entraron en aquella sala fría, la niña viose sobrecogida de un temblor nervioso como si se encontrara en presencia de la reina de Francia y fuera a ella para solicitarle una gracia. Después de su conversación con el doctor, aquella casita había adquirido las proporciones de un palacio, y la anciana señora todo el valor social que una duquesa debía de tener en la edad media a los ojos de la hija de un villano. Jamás midió Úrsula más desesperadamente que en aquellos momentos la distancia que separaba a un vizconde de Portenduère de la hija de un capitán de música, antiguo cantante de los Italianos, hijo natural de un organista, y cuya existencia dependía de la bondad de un médico.

—¿Qué os ocurre, hija mía? —preguntóle la anciana haciendo que se sentara junto a ella.

—Señora, estoy confusa a causa del honor que os dignáis dispensarme...

—Vamos, pequeña —respondió la señora de Portenduère con el tono más agrio de su voz—, sé cuanto os ama vuestro tutor y quiero resultarle agradable, porque me ha devuelto a mi hijo pródigo.

—Pero, querida madre —dijo Sabiniano, conmovido por el vivo rubor que tiñó las mejillas de Úrsula y al ver la horrible contracción con que reprimió las lágrimas—, aun cuando no estuvierais en modo alguno obligada con el caballero Minoret, me parece que, no obstante, podríamos tener por dichosos a causa del placer que la señorita quiere concedernos al aceptar nuestra invitación.

Y el joven hidalgo estrechó la mano del doctor de un modo significativo, añadiendo:

—Vos ostentáis, caballero, la orden de San Miguel, la más antigua condecoración de Francia y que siempre confiere nobleza.

La extraordinaria belleza de Úrsula, a quien su amor casi sin esperanza había prestado desde hacía algunos días aquella profundidad que los grandes pintores han impreso en aquellos de sus retratos en los que el alma es puesta enérgicamente de manifiesto, habían sorprendido de pronto a la señora de Portenduère, haciéndole sospechar un cálculo de ambición bajo la generosidad del doctor. Así, la frase a la que entonces respondía Sabiniano, fue dicha con una intención que hirió al anciano en lo

que éste más quería; pero no pudo reprimir una sonrisa al oír que Sabiniano le llamaba caballero, y reconoció en esta exageración la audacia de los enamorados que no retroceden ante ningún ridículo.

—La orden de San Miguel, que antaño hizo cometer tantas locuras para obtenerla, ha caído, señor vizconde —respondió el antiguo médico del rey— como han caído tantos privilegios. Actualmente sólo se concede a médicos, a pobres artistas. Así los reyes han hecho bien en reunir esta condecoración a la de San Lázaro, santo que, si no me equivoco, era un pobre diablo que fue devuelto a la vida por un milagro. En esta relación, la orden de San Miguel y San Lázaro sería, para nosotros, un símbolo.

Después de esta pregunta a la vez llena de ironía y de dignidad, reinó un silencio que nadie quiso romper, y que se había hecho molesto, cuando alguien llamó a la puerta.

—Ahí está nuestro querido señor rector —dijo la anciana, que se puso en pie, dejando sola a Úrsula y dirigiéndose al encuentro del padre Chaperon, honor que no había hecho ni a Úrsula ni al doctor.

El anciano sonrió mirando sucesivamente a su pupila y a Sabiniano. Quejarse de las maneras de la señora de Portenduère o sentirse ofendido por ellas sería un escollo contra el que se habría estrellado un hombre de poco carácter; pero Minoret era demasiado hábil para no saber sortearlo: se puso a conversar con el vizconde acerca del peligro que corría a la sazón Carlos X, después de haber confiado la dirección de sus asuntos al príncipe de Polignac. Cuando hubo transcurrido hablando de negocios el tiempo suficiente para que no pareciera una venganza, el doctor presentó, bromeando, a la anciana, los expedientes de demandas judiciales y las memorias pagadas que apoyaban una cuenta presentada por su notario.

—¿Lo ha reconocido mi hijo? —dijo lanzando a Sabiniano una mirada a la que éste respondió inclinando la cabeza—. Bien, esto es asunto de Dionis —añadió rechazando los papeles y tratando este asunto con el desdén que a sus ojos le merecía el dinero.

Rebajar la riqueza era, en la mentalidad de la señora de Portenduère, elevar la nobleza y restar toda su importancia a la burguesía.

Unos momentos más tarde, vino Goupil de parte de su patrón a pedir las cuentas entre Sabiniano y el señor Minoret.

—¿Y por qué? —dijo la anciana.

—Para extender la base de la obligación: no hay entrega de especies —respondió el primer pasante lanzando a su alrededor miradas descaradas.

Úrsula y Sabiniano, que por vez primera cambiaron una mirada con aquel horrible personaje, experimentaron la sensación que causa un sapo, pero agravada por un siniestro presentimiento. Los dos tuvieron aquella visión indefinible y confusa del porvenir, sin nombre en el lenguaje, pero que sería explicable por una acción del ser interior de que había hablado al doctor Minoret el sweenborgista. La certidumbre de que aquel venenoso Goupil les sería fatal hizo temblar a Úrsula; pero se recobró de su

turbación al sentir un placer indecible al ver que Sabiniano compartía con ella su misma emoción.

—¡No tiene nada de guapo el pasante del señor Dionis! —dijo Sabiniano cuando Goupil hubo cerrado la puerta.

—¿Y qué importa que esas personas sean guapas o feas? —dijo la señora de Portenduère.

—Yo no le recrimino por su fealdad —repuso el cura—, pero sí por su mezquindad que rebasa los límites: en ella pone maldad.

A pesar de su deseo de ser amable, el doctor se comportó de una manera digna y fría. Los dos enamorados estaban cohibidos. Sin la campechanía del padre Chaperon, cuya alegría suave animó la comida, la situación del doctor y de su pupila habría sido casi intolerable. En el momento de los postres, al ver que Úrsula palidecía, le dijo:

—Si no te encuentras bien, hija mía, no tienes más que cruzar la calle.

—¿Qué tenéis, querida? —preguntó la anciana a la joven.

—¡Ay!, señora —repuso severamente el doctor—, su alma tiene frío, acostumbrada como está a no encontrar más que sonrisas.

—Una educación muy mala, señor doctor —dijo la señora de Portenduère—. ¿No es cierto, señor cura?

—Sí, señora —respondió Minoret lanzando una mirada al cura, que no supo qué decir—. Comprendo que he hecho imposible la vida a esta naturaleza angelical, si es que tenía que ir al mundo; pero no moriré sin haberla puesto al abrigo de la frialdad, de la indiferencia y del odio.

—Padrino, os lo ruego... basta... Aquí no me ocurre nada —dijo afrontando la mirada de la señora de Portenduère antes de dar un excesivo significado a sus palabras mirando a Sabiniano.

—Yo no sé, señora —dijo entonces Sabiniano a su madre—, si Úrsula sufre o no, pero lo que sé es que me sometéis a mí a suplicio.

Al oír estas palabras arrancadas a este generoso joven por el comportamiento de su madre, Úrsula palideció y rogó a la señora de Portenduère que la disculpase; se levantó, cogió el brazo de su tutor y salió, llegó a su casa, entró precipitadamente en el salón de su padrino, donde fue a sentarse cerca de su piano, escondió la cabeza entre sus manos y rompió a llorar.

—¿Por qué no dejas que tus sentimientos sean guiados por mi vieja experiencia, niña cruel?... —exclamó desesperado el doctor—. Los nobles no se creen nunca obligados para con nosotros, los burgueses. Al servirles, no hacemos más que cumplir con nuestro deber, esto es todo. Por otra parte, la anciana ha visto que Sabiniano te miraba con agrado, y tiene miedo de que te ame.

—¡Después de todo, él está salvado! Pero tratar de humillar a un hombre como vos...

—Aguárdame un instante, pequeña.

Cuando el doctor volvió a casa de la señora de Portenduère, encontró en ella a

Dionis, acompañado de los señores Bongrand y Levrault, el alcalde, testigos exigidos por la ley para la validez de los actos realizados en un municipio en los que no hay más que un notario. Minoret llevó aparte al señor Dionis y le dijo unas palabras al oído, después de lo cual el notario efectuó la lectura de la obligación: la señora de Portenduère concedía en ella una hipoteca sobre todos sus bienes hasta el reembolso de los cien mil francos prestados por el doctor al vizconde, y los intereses estaban estipulados al cinco por ciento. A la lectura de esta cláusula, el cura miró a Minoret, quien respondió al cura con un ligero movimiento de cabeza aprobativo. El pobre cura fue a decir a su penitente algunas palabras al oído, a lo que ella respondió a media voz:

—No quiero deber nada a esa clase de personas.

—Mi madre, caballero —dijo Sabiniano al doctor—, me confiere a mí el mejor papel; ella os devolverá todo el dinero y me encarga el agradecimiento.

—Pero tendréis que encontrar once mil francos en el primer año, a causa de los gastos del contrato —repuso el cura.

—Caballero —dijo Minoret a Dionis—, como el señor y la señora de Portenduère no están en condiciones de pagar el registro, unid los gastos del acta al capital, y yo os los pagaré.

Dionis hizo unas notas marginales, y el capital fue fijado entonces en ciento siete mil francos. Cuando todo estuvo firmado, Minoret pretextó que estaba cansado para retirarse al mismo tiempo que el notario y los testigos.

—Señora —dijo el cura, que se quedó sólo con el vizconde—, ¿por qué ofender a ese excelente señor Minoret, que, sin embargo, os ha salvado veinticinco mil francos en París, y ha tenido la delicadeza de dejar veinte mil a vuestro hijo para sus deudas de honor?...

—Vuestro Minoret es un astuto —dijo la dama tomando un poco de tabaco—, sabe bien lo que hace.

—Mi madre cree que quiere obligarme a casarme con su pupila, apoderándose de nuestra finca, como si a un Portenduère, hijo de una Kergarouet, se le pudiera obligar a casarse contra su voluntad.

Una hora más tarde, Sabiniano se presentó en casa del doctor, donde se encontraban los herederos, que habían acudido a ella impulsados por la curiosidad. La aparición del joven vizconde produjo una sensación tanto más intensa cuanto que en cada uno de los asistentes suscitó diferentes emociones. Las señoritas Crémère y Massin cuchichearon mirando a Úrsula, que se sonrojó. Las madres dijeron a Deseado que Golpil podía tener razón al referirse a aquella boda. Los ojos de todas las personas allí presentes se volvieron entonces hacia el doctor, el cual no se levantó para recibir al hidalgo y contentóse con saludarle con una inclinación de cabeza, sin dejar el cubilete, pues estaba jugando una partida de *chaquete* con el señor Bongrand. La actitud fría del doctor sorprendió a todo el mundo.

—Úrsula, hija mía —dijo—, tócanos algo.

Al ver que la joven —contenta de poder hacer algo para disimular su turbación— se dirigía apresuradamente hacia el instrumento y buscaba en los volúmenes encuadernados en verde, los herederos aceptaron con muestras de placer el suplicio y el silencio a que iba a condenárseles, tanto les interesaba saber lo que se trataba entre su tío y los Portenduère.

Ocurre a menudo que una pieza pobre en sí misma, pero ejecutada por una joven bajo el imperio de un sentimiento profundo, cause más impresión que una gran obertura interpretada pomposamente por una hábil orquesta. Hay en toda música, además del pensamiento del compositor, el alma del intérprete, quien por un privilegio que sólo este arte posee, puede dar sentido y poesía a frases sin gran valor. Chopin demuestra hoy para el ingrato piano la verdad de este hecho, ya demostrado por Paganini para el violín. Tan hermoso genio es menos músico que un alma que se tomase sensible y que se comunicaría a través de cualquier género de música, incluso por simples acordes. Por su sublime y peligrosa constitución, Úrsula pertenecía a esta escuela de genios tan raros; pero el viejo Schmucke, el profesor que venía todos los sábados y que, durante la estancia de Úrsula en París, la vio todos los días, había elevado la disposición de su alumna a los límites de la perfección. Por otra parte, el sueño de Rousseau, pieza escogida por Úrsula, una de las composiciones de la juventud de Hérold, no carece, de cierta profundidad, que puede desarrollarse en la ejecución; la joven proyectó en ella los sentimientos que la agitaban y justificó completamente el título de *Capricho* que ostenta este fragmento. Por medio de una interpretación a la vez suave y soñadora, su alma hablaba con el alma del joven y la envolvía como en una nube de ideas casi visibles. Sentado al extremo del piano, con el codo sobre la tapa y la cabeza apoyada en su mano izquierda, Sabiniano admiraba a Úrsula, cuyos ojos parecían interrogar un mundo misterioso. Por menos de esto se habría enamorado uno. Los sentimientos verdaderos poseen su magnetismo, y Úrsula quería en cierto modo exhibir su alma, como una coqueta se arregla para agradar. Sabiniano penetró, pues, en aquel delicioso reino, subyugado por aquel corazón que, para interpretarse a sí mismo, recurría al único arte que habla al pensamiento por el pensamiento mismo, sin ayudarse de la palabra, los colores o la forma. El candor ejerce sobre el hombre el mismo poder que la infancia, posee sus atractivos y sus irresistibles seducciones; ahora bien, jamás fue Úrsula más cándida que en aquel momento en el que nacía a una nueva vida.

El cura vino a despertar al hidalgo de su sueño, pidiéndole que fuera a jugar con ellos al *whist*. Úrsula continuó tocando, los herederos se marcharon, con excepción de Deseado, que intentaba penetrar las intenciones de su tío, del vizconde y de Úrsula.

—Poseéis tanto talento como alma, señorita —dijo Sabiniano, cuando la joven cerró el piano para ir a sentarse al lado de su padrino—. ¿Y quién, vuestro maestro?

—Un alemán que vive justamente al lado de la calle Dauphine, en el muelle Conti —dijo el doctor—. Si no hubiera dado todos los días una lección a Úrsula, durante nuestra estancia en París, habría venido esta mañana.

—No sólo es un gran músico —dijo Úrsula—, sino un hombre adorable por su ingenuidad.

—¡Esas lecciones costarán mucho dinero! —exclamó Deseado.

Los jugadores cambiaron una sonrisa irónica. Cuando finalizó la partida el doctor, preocupado hasta entonces, tomó, mirando a Sabiniano, la actitud de un hombre afligido por tener que cumplir con una obligación.

—Caballero —le dijo—, os estoy muy agradecido por el sentimiento que os ha impulsado a visitarme tan pronto; pero vuestra señora madre supone en mí segundas intenciones muy poco nobles, y le daría pie para creerlas verdaderas, si no os rogase que no vinierais más a verme, a pesar del honor que me hacen vuestras visitas y del placer que hallo en frecuentar vuestra compañía. Mi honor y mi tranquilidad exigen que suspendamos toda relación de vecindad. Decidle a vuestra señora madre que si no voy a suplicarle que nos conceda el honor, a mi pupila y a mí, de aceptar nuestra invitación para comer con nosotros el próximo domingo es porque estoy seguro de que ese día se sentiría indispuesta.

El anciano tendió la mano al joven vizconde, quien se la estrechó respetuosamente, diciéndole:

—Tenéis razón, caballero.

Y se retiró, no sin dirigir a Úrsula un saludo que revelaba más melancolía que contrariedad.

Deseado salió al mismo tiempo que el aristócrata; pero le fue imposible cambiar con él unas palabras, porque Sabiniano entró precipitadamente en su casa.

La desavenencia entre los Portenduère y el doctor Minoret ocupó, durante dos días, la conversación de los herederos, quienes rindieron homenaje al talento de Dionis, y consideraron entonces su herencia a salvo. Así, en un siglo en el que las categorías se nivelan, en que la manía de la igualdad coloca en un mismo plano a todos los individuos y todo lo amenaza, incluso la subordinación militar, último baluarte del poder en Francia; en que, por consiguiente, las pasiones no tienen otros obstáculos que vencer más que las antipatías personales o la falta de equilibrio entre fortunas, la obstinación de una anciana bretona y la dignidad del doctor Minoret levantaban entre aquellos dos amantes unas barreras destinadas, como antaño, menos a destruir que a fortalecer el amor. Para un hombre apasionado, toda mujer vale lo que le cuesta; ahora bien, Sabiniano veía una lucha, unos esfuerzos, unas incertidumbres, que hacían ya muy cara a sus ojos aquella joven: quería conquistarla. ¡Quizá nuestros sentimientos obedezcan a las leyes que la naturaleza cumple en la duración de sus creaciones: a larga vida, larga infancia!

### XIII LOS ESPONSALES DEL CORAZÓN

A la mañana siguiente, al levantarse, Úrsula y Sabiniano tuvieron el mismo pensamiento. Aquella armonía haría nacer el amor, si no fuera ya la más deliciosa prueba del mismo. Cuando la joven apartó ligeramente los visillos para conceder a sus ojos el espacio estrictamente necesario para ver la casa de Sabiniano, vio el rostro de su amante sobre la españoleta de enfrente. Cuando se piensa en los inmensos servicios que las ventanas prestan a los enamorados, parece muy natural que se las haga objeto de contribución. Después de haber protestado así contra la dureza de su padrino, Úrsula dejó caer de nuevo los visillos, y abrió las ventanas para cerrar las persianas, a través de las cuales podía ver ahora sin ser vista. Subió siete u ocho veces a su habitación durante el día, y encontró siempre al joven vizconde escribiendo, rasgando papeles y comenzando de nuevo a escribir, a ella sin duda.

Al día siguiente, por la mañana, cuando Úrsula se despertó, la Bougival le subió la siguiente carta:

«A la señorita Úrsula.

»Señorita:

»No me hago ilusión alguna en cuanto a la desconfianza que debe de inspirar un joven que se ha colocado en la situación, de la que sólo he salido por la intervención de vuestro tutor: en adelante, me es preciso ofrecer más garantías que cualquier otro; así, señorita, con una profunda humildad me pongo a vuestros pies para confesaros mi amor. Esta declaración no obedece a una pasión; procede de una certeza que abarca la vida entera. Una loca pasión por mi joven tía, la señora de Kergarouet, me llevó a la cárcel; ¿no encontraréis la señal de un sincero amor en la completa desaparición de mis recuerdos y de esa imagen borrada de mi corazón por vuestra imagen? Desde que os vi dormida y tan graciosa en vuestro sueño de niña, en Bouron, habéis ocupado mi alma como soberana que toma posesión de su imperio. No quiero casarme con otra mujer que no seáis vos. Vos poseéis todas las cualidades que deseo para aquella que ha de llevar mi apellido. La educación que habéis recibido y la dignidad de vuestro corazón os colocan a la altura de las situaciones más elevadas. Pero dudo demasiado de mí mismo para tratar de describiros, sólo os puedo amar. Después de haberos oído ayer, me acordé de aquellas frases que parecen escritas para vos:

«“Hecha para atraer los corazones y subyugar los ojos, a la vez dulce e inteligente, ingeniosa y razonable, distinguida como si hubiera pasado su vida en la corte, sencilla como el solitario que jamás ha conocido el mundo, el fuego de su alma está atemperado en sus ojos por una divina modestia.”

»He apreciado el valor de vuestra hermosa alma que se manifiesta en vos hasta en las cosas más pequeñas. He aquí lo que me da ánimos para pedirlos que si no amáis aún a nadie permitáis probar con mi solicitud y mi conducta que soy digno de vos. Se trata de mi vida, no podéis dudar de que todas mis fuerzas son empleadas, no solamente en agradaros, sino aún en merecer vuestro aprecio. Con esta esperanza, Úrsula, y si me permitís que en mi corazón os tenga como un ídolo adorado, Nemours será para mí el paraíso, y las más difíciles empresas sólo me ofrecerán satisfacciones que os serán ofrecidas como se ofrece todo a Dios. Decidme, pues, que puedo considerarme como

Vuestro SABINIANO.»

Úrsula besó esta carta; y después de leerla otra vez con indecible emoción, vistióse para ir a mostrársela a su padrino.

—¡Dios mío!, he estado a punto de salir sin rezar mis oraciones —dijo, volviendo a entrar en su aposento para arrodillarse en su reclinatorio.

Unos instantes más tarde, bajó al jardín y encontró allí a su tutor, a quien hizo leer la carta de Sabiniano. Los dos se sentaron en el banco, bajo el macizo de plantas trepadoras, frente al pabellón chino: Úrsula esperaba una palabra del anciano, y el anciano reflexionaba demasiado para una niña impaciente. Finalmente, de su coloquio secreto resultó la siguiente carta, que sin duda el doctor había en parte dictado:

«Caballero:

»No puedo sentirme más que muy honrada por la carta en la que me ofrecéis vuestra mano; pero, a mi edad, y conforme a las leyes de mi educación, he debido ponerla en conocimiento de mi tutor, quien constituye toda mi familia, y a quien amo a la vez como a padre y como amigo. He aquí, pues, las crueles objeciones que me ha hecho y que deben servirme de respuesta:

»Soy, señor vizconde, una pobre joven cuya próxima fortuna depende enteramente de la buena voluntad de mi padrino, pero también de las medidas eventuales que habrá de tomar para poder eludir la mala voluntad de sus herederos en lo que a mí concierne. Aunque soy hija legítima de José Mirouet, capitán de música del 45 Regimiento de Infantería, como él es el cuñado natural de mi tutor, podría suceder, aun injustificadamente, que se incoara proceso a una joven indefensa. Como veis, caballero, la escasez de mi fortuna no constituye mi mayor desgracia. Tengo muchas otras razones por las cuales debo ser humilde. A vos y no a mí someto tales observaciones, que a menudo resultan livianas para los corazones amantes y abnegados. Pero considerad también, caballero, que si no os las expusiera, podría sospecharse que quiero hacer pasar vuestro cariño por encima de los obstáculos que el mundo y sobre todo vuestra madre hallarían insuperables. Cumpliré dieciséis años

dentro de cuatro meses. Quizá reconoceréis que tanto vos como yo somos demasiado jóvenes y demasiado inexpertos para combatir las miserias de una vida iniciada sin otra fortuna más que la recibida de la bondad del señor Jordy. Mi tutor, por otra parte, desea que yo no me case hasta que haya cumplido los veinte años. ¿Quién sabe lo que os reserva el porvenir en esos cuatro años, los mejores de vuestra vida? No los echéis, pues, a perder a causa de una pobre joven.

»Después de haberos expuesto, caballero, las razones de mi querido tutor, el cual, lejos de oponerse a mi felicidad, quiere contribuir a ella con todas sus fuerzas y desea ver su protección, pronto débil, sustituida por un cariño igual al suyo, sólo me queda decir os cuán emocionada estoy, tanto por vuestro ofrecimiento como por los afectuosos cumplidos que lo acompañan. La prudencia que dicta esta respuesta es de un anciano que conoce la vida; pero el reconocimiento que yo os expreso es el de una joven en cuya alma no ha entrado ningún otro sentimiento.

»Por ello, señor, puedo llamarme, con toda verdad,

»Vuestra servidora, ÚRSULA MIROUET.»

Sabiniano no respondió. ¿No haría tentativas cerca de su madre? ¿Acaso esta carta había extinguido su amor? Mil preguntas semejantes, todas ellas insolubles, atormentaban horriblemente a Úrsula, y de rechazo al doctor, quien sufría por las menores agitaciones de su querida ahijada. Úrsula subía a menudo a su habitación y miraba hacia la casa de Sabiniano, al que veía pensativo, sentado ante su mesa y volviendo con frecuencia los ojos hacia sus ventanas. Hasta el final de la semana no recibió la siguiente carta de Sabiniano, cuyo retraso se explicaba por un *exceso* de amor:

«A la señorita Úrsula Mirouet.

»Querida Úrsula, yo soy un poco bretón; y una vez tomada una decisión, nada puede hacerme volver atrás. Vuestro tutor, cuya vida guarde Dios muchos años aún, tiene razón; pero, ¿hago mal en amaros? Por lo tanto, sólo quisiera saber de vos si es que me amáis. Decídmelo, aunque no sea más que con una seña, y entonces esos cuatro años se convertirán en los más bellos de mi vida.

»Uno de mis amigos ha entregado a mi tío-abuelo, el vicealmirante de Kergarouet, una carta en la que le pido su protección para ingresar en la Marina. Ese buen anciano, conmovido por mis desgracias, me ha contestado que la buena voluntad del rey sería contrarrestada por los reglamentos, en el caso en que yo quisiera alcanzar un grado. Sin embargo, después de tres meses de estudios en Toulon, el ministro me hará partir en calidad de timonel; luego, después de una expedición contra los argelinos, con quienes nos hallamos en guerra, puedo sufrir un examen y convertirme en aspirante. En fin, si me distingo en la expedición que se prepara contra Argel, seré alférez de navio; pero ¿cuándo?... Nadie puede decirlo. Únicamente que harán las ordenanzas tan elásticas como sea posible para poder

reintegrar el apellido de Portenduère a la Marina. Ya sé que sólo puedo obteneros de manos de vuestro padrino; y vuestro respeto hacia él todavía os hace más cara a mi corazón. Antes de responder, voy a tener, pues, una entrevista con él: de su respuesta dependerá todo mi futuro. Suceda lo que suceda, sabed que, rica o pobre, hija de un capitán de música o hija de un rey, vos sois para mí aquella que la voz de mi corazón ha designado. Querida Úrsula, nos hallamos en una época en la que los prejuicios que antaño nos habrían separado, carecen de fuerza para impedir nuestro matrimonio. A vos, pues, todos los sentimientos de mi corazón y a vuestro tío las garantías que le respondan de vuestra felicidad. Él ignora que yo en unos instantes os he amado más de lo que él os ama desde hace quince años... Hasta la tarde.»

—Tened, padrino —dijo Úrsula tendiéndole la carta con un movimiento de orgullo.

—¡Ah!, hija mía —exclamó el doctor después de haberla leído—. Estoy más contento que tú. Con esta resolución ese joven ha reparado todas sus faltas.

Después de comer, Sabiniano se presentó en casa del doctor, que se hallaba paseando con Úrsula a lo largo de la balaustrada de la terraza junto al río. El vizconde había recibido su ropa de París, y el enamorado no había dejado de realzar sus dotes naturales con un atuendo tan esmerado, tan elegante como si se hubiera tratado de agradar a la bella y orgullosa condesa de Kergarouet. Al ver que se acercaba desde la escalinata hacia ellos, la pobre niña apretó el brazo de su tío como si tuviera que sostenerse para no caer en un precipicio, y el doctor oyó profundas y sordas palpitaciones que le hicieron estremecer.

—Déjanos, hija —le dijo a su pupila, la cual se sentó en los peldaños del pabellón chino, después de permitir que Sabiniano le cogiera la mano y depositara en ella un beso respetuoso.

—Caballero, ¿entregaríais esa linda persona a un capitán de navio? —dijo el joven al doctor en voz baja.

—No —dijo Minoret sonriendo—; quizá tendríamos que aguardar mucho tiempo; pero... sí a un teniente de navio.

Unas lágrimas de alegría asomaron a los ojos del joven, que estrechó muy afectuosamente la mano del anciano.

—Entonces voy a partir —dijo—, voy a estudiar y tratar de aprender en seis meses lo que los alumnos de la Escuela de Marina han aprendido en seis años.

—¿Partir? —dijo Úrsula, yendo desde la escalinata hacia ellos.

—Sí, señorita, por mereceros. Así, cuanto mayor sea mi empeño, tanto mayor será el afecto de que os daré testimonio.

—Hoy es día 3 de octubre —dijo la joven mirándole con ternura infinita—, partid después del día 19.

—Sí —dijo el anciano—, celebraremos la fiesta de San Sabiniano.

—Adiós, entonces —exclamó el joven—. Debo ir a pasar esta semana en París,

hacer allí los trámites necesarios, mis preparativos, la compra de libros, instrumentos de matemáticas, ganar el favor del ministro y obtener las mejores condiciones posibles.

Úrsula y su padrino acompañaron a Sabiniano hasta la verja. Después de haberle visto entrar en la casa de su madre, viéronle salir acompañado de Tiennette, que llevaba una pequeña maleta.

—¿Por qué, si vos sois rico, le obligáis a que sirva en la Marina? —dijo Úrsula a su padrino.

—Yo no le obligo —dijo sonriendo el doctor—; pero el uniforme, querida mía, y la cruz de la Legión de Honor, ganada en un combate, borrarán muchas faltas. Dentro de cuatro años puede llegar a mandar un navío, y eso es todo lo que le pido.

—Pero puede morir —dijo la joven mostrando al doctor su pálido semblante.

—Los enamorados, como los borrachos —respondió bromeando el doctor—, tienen su propio dios que vela por ellos.

Sin que su padrino lo supiera, la pobre niña, ayudada por la Bougival, cortó durante la noche una cantidad suficiente de sus largos y hermosos cabellos rubios para hacer una cadena; luego, a los dos días, conquistó a su profesor de música, el viejo Schmucke, quien le prometió que velaría por que los cabellos no fueran cambiados y la cadena estuviera terminada para el domingo siguiente.

A su regreso, Sabiniano dijo al doctor y a su pupila que había firmado ya su alistamiento. Debía encontrarse en Brest el día 25. Invitado por el doctor a comer en su casa el 18, pasó dos días casi enteros en casa de éste; y a pesar de las más prudentes recomendaciones, los dos enamorados no pudieron impedir el traicionar su buena inteligencia a los ojos del cura, del juez de paz, del médico de Nemours y de la Bougival.

—Hijos míos —les dijo el anciano—, os estáis jugando vuestra felicidad al no guardar el secreto para vosotros mismos.

Finalmente, el día de su santo, después de la misa, durante la cual se cambiaron algunas miradas, Sabiniano, espiado por Úrsula, cruzó la calle y fue a aquel pequeño jardín en el que los dos se encontraron casi solos. Por indulgencia, el anciano leía sus diarios en el pabellón chino.

—Querida Úrsula —dijo Sabiniano—, ¿queréis hacerme un favor más grande que el que me podría hacer mi madre al darme por segunda vez la vida?...

—Ya sé lo que queréis pedirme —dijo, interrumpiéndole, Úrsula—. Tomad, ahí tenéis mi respuesta —añadió sacando del bolsillo de su delantal la cadena hecha con sus cabellos y ofreciéndosela con un temblor nervioso que revelaba una alegría ilimitada—. Llevad esto —le dijo— por amor a mí. Ojalá este presente pudiera apartar de vos todos los peligros, recordándoos que mi vida está ligada a la vuestra.

«¡Ah, la picaruela, le está dando una cadena de sus cabellos! —decíase el doctor—. ¿Cómo lo habrá hecho? ¡Cortar sus hermosas trenzas rubias!... ¿Entonces es que sería capaz de darle incluso mi sangre?»

—¿No tomaréis a mal que os pida, antes de partir, una promesa formal de no tener nunca otro marido más que yo? —dijo Sabiniano, besando aquella cadena y mirando a Úrsula sin poder contener una lágrima.

—Si no os lo he dicho ya demasiado, yo, que fui a contemplar los muros de Santa Pelagia cuando os hallabais encarcelado en ella —respondió la joven ruborizándose —, os lo repito, Sabiniano: jamás amaré a nadie más que a vos, y a nadie más que a vos perteneceré.

Al ver a Úrsula medio escondida en el macizo, el joven no pudo resistir a la tentación de estrecharla contra su pecho y besarla en la frente; pero ella emitió un débil grito, dejóse caer sobre el banco, y cuando Sabiniano estuvo a su lado pidiéndole perdón, vio al doctor de pie delante de ellos.

—Amigo mío —le dijo éste—, Úrsula es una auténtica sensitiva, a quien una palabra amarga causaría la muerte. Con ella deberíais moderar los impulsos de vuestro amor. ¡Ah!, si la amaseis desde hace dieciséis años, os habríais contentado con su palabra —añadió para vengarse de las últimas palabras con que Sabiniano puso fin a su última carta.

Dos días más tarde, Sabiniano partió. A pesar de las cartas que él escribía regularmente a Úrsula, la joven fue presa de una enfermedad sin causa aparente. Semejante a esos hermosos frutos atacados por un gusano, un pensamiento le roía el corazón. Perdió el apetito y su buen color. Cuando su padrino le preguntó por primera vez lo que le sucedió, respondió:

—Quisiera ver el mar.

—Es difícil llevarte en diciembre a ver un puerto de mar —le dijo él anciano.

—Entonces, ¿iré? —dijo ella.

Cuando se levantaban fuertes vientos, Úrsula experimentaba sobresaltos al creer, pese a las sabias explicaciones de su padrino, del cura y del juez de paz, que le mostraban la diferencia entre los vientos de mar y los de tierra, que Sabiniano se encontraba luchando con un huracán. El juez de paz la hizo feliz unos días con un grabado que representaba a un guardia marina de uniforme. Úrsula leía los periódicos imaginando que darían noticias acerca de la expedición para la cual Sabiniano había partido. Devoró las novelas marítimas de Cooper, y quiso aprender los términos náuticos. Estas pruebas de la fijeza del pensamiento, frecuentemente fingidas en las otras mujeres, fueron tan naturales en Úrsula, que ésta vio en sueños cada una de las cartas de Sabiniano y jamás dejó de anunciarlas el día mismo por la mañana, contando el sueño precursor.

—Ahora —dijo al doctor, la cuarta vez en que tuvo efecto este hecho, sin que el cura ni el médico estuvieran sorprendidos por ello— estoy tranquila: sea cual fuere la distancia a que se encontrase Sabiniano, si está herido, yo lo percibiré en aquel mismo instante.

El anciano médico permaneció sumido en una profunda meditación que el juez de paz y el cura consideraron dolorosa, al ver la expresión de su semblante.

—¿Qué tenéis? —le preguntaron cuando Úrsula los hubo dejado solos.

—¿Vivirá esa niña? —respondió el anciano médico—. Flor tan tierna y delicada, ¿podrá resistir las penas del corazón?

Sin embargo, *la pequeña soñadora*, como la llamaba el cura, trabajaba con ardor; comprendía la importancia de una buena instrucción para una mujer de mundo, y todo el tiempo que no dedicaba al canto, al estudio de la Armonía y de Composición, lo pasaba leyendo libros que para ella escogía el padre Chaperon en la rica biblioteca de su padrino. Aunque llevaba una vida tan ocupada, sufría, pero sin quejarse. A veces permanecía horas enteras contemplando la ventana de Sabiniano. El domingo, al salir de misa, seguía a la señora de Portenduère, mirándola con ternura, porque, a pesar de su dureza, amaba en ella a la madre de Sabiniano. Su piedad iba en aumento, iba a misa todas las mañanas, porque creía firmemente que sus sueños eran un favor de Dios.

Asustado por los estragos producidos por esta nostalgia del amor, el día del aniversario de Úrsula su padrino le prometió llevarla a Toulon para ver cómo partía la expedición de Argel, sin que Sabiniano, que formaba parte de ella, lo supiera. El juez de paz y el cura guardaron el secreto al doctor acerca de la finalidad de este viaje, que parecía motivado por la salud de Úrsula y que intrigó grandemente a los herederos Minoret. Después de haber visto de nuevo a Sabiniano en uniforme de guardia marina, después de haber subido al hermoso barco del almirante, a quien el ministro había recomendado al joven Portenduère, a ruegos de su amigo, fue a respirar los aires de Niza, y recorrió la costa del Mediterráneo hasta Génova, donde se enteró de la llegada de la flota ante Argel y las felices noticias del desembarco.

El doctor hubiera querido continuar aquel viaje a través de Italia, tanto para distraer a Úrsula como para completar en cierto modo su educación, ampliando sus conocimientos comparando costumbres y países con los encantos de la nación donde se hallan las obras maestras del arte, y en la que tantas civilizaciones han dejado brillantes vestigios; pero la noticia de la resistencia opuesta por el trono a los electores de la famosa Cámara de 1830 fue causa de que el doctor regresara a Francia, adonde llevó a su ahijada en un estado de floreciente salud, y enriquecida con un lindo modelo en miniatura de la nave en que Sabiniano prestaba sus servicios.

XIV  
LA NUEVA ORFANDAD DE ÚRSULA

Las elecciones de 1830 fortalecieron a los herederos, quienes, por diligencias de Deseado Minoret y de Goupil, dieron en formar en Nemours un comité cuyos esfuerzos consiguieron el nombramiento del candidato liberal en Fontainebleau. Massin ejercía enorme influencia en los electores del campo. Cinco de los colonos del jefe de posta eran electores. Dionis representaba más de once votos. Al reunirse en casa del notario, Crémère, Massin, el jefe de posta y sus partidarios terminaron por adquirir el hábito de verse siempre allí. Así, pues, cuando el doctor regresó de su viaje, el salón de Dionis habíase convertido en el campamento de los herederos. El juez de paz y el alcalde, que entonces se aliaron para resistir a los liberales de Nemours, derrotados por la oposición a pesar de los esfuerzos de los castillos situados en los alrededores, fueron estrechamente unidos por la derrota. Cuando Bongrand y el padre Chaperon pusieron al doctor al corriente de este antagonismo que, por primera vez, trazó los contornos de dos partidos en Nemours, y dio importancia a los herederos Minoret, Carlos X partía de Rambouillet para Cherburgo. Deseado Minoret, que compartía las opiniones del estrado de París, había hecho venir a Nemours a quince de sus amigos acaudillados por Goupil, a quien el jefe de posta dio caballos para correr a París, donde llegaron a casa de Deseado en la noche del 28. Goupil y Deseado cooperaron con estas fuerzas en la toma de las Casas Consistoriales. Deseado Minoret fue condecorado con la Legión de Honor y nombrado sustituto del procurador del rey en Fontainebleau. Goupil obtuvo la cruz de Julio. Dionis fue elegido alcalde de Nemours en sustitución de Levrault, y el consejo municipal estuvo compuesto por Minoret-Levrault, adjunto; por Massin, Crémère y todos los adeptos del salón de Dionis. Bongrand no conservó su puesto más que por la influencia de su hijo, nombrado procurador del rey en Melun, y cuya boda con la señorita Levrault pareció entonces probable.

Al ver el tres por ciento a cuarenta y cinco, el doctor partió con la posta para París, e invirtió quinientos cuarenta mil francos en suscripciones al portador. El resto de su fortuna, que ascendía aproximadamente a doscientos setenta mil francos, le dio, puesto a su nombre en este mismo fondo, quince mil francos de renta. Empleó en igual forma el capital legado a Úrsula por el anciano profesor, así como los ocho mil francos producidos en nueve años por los intereses, lo cual arrojó, para su pupila, la suma de mil cuatrocientos francos de renta, mediante una pequeña cantidad que añadió para redondear tan pequeños intereses. Siguiendo los consejos de su amo, la anciana Bougival había obtenido trescientos cincuenta francos de renta invirtiendo en igual forma cinco mil y algunos cientos de francos de sus ahorros. Tan prudentes operaciones, meditadas entre el doctor y el juez de paz, fueron realizadas en el más profundo secreto, al amparo de los desórdenes políticos.

Cuando la calma se hubo restablecido más o menos, el doctor compró una casita contigua a la suya, y la demolió, así como el muro de su patio, para mandar construir en su lugar una cochera y una cuadra. Emplear el capital de mil francos de renta para construir unas dependencias, pareció una locura a todos los herederos Minoret. Esta pretendida locura fue el comienzo de una nueva era en la vida del doctor, quien, en una época en la que los caballos y los coches apenas existían, trajo de París tres soberbios caballos y una calesa.

Cuando, a principios del mes de noviembre de 1830, el anciano fue por primera vez, en un día de lluvia, en calesa a la iglesia para oír la misa, y descendió para dar la mano a Úrsula, todos los habitantes corrieron a la plaza, tanto para ver el coche del doctor e interrogar al cochero como para hacer Comentarios sobre su pupila, a cuya desmesurada ambición atribuían Massin, Crémière, el jefe de posta y sus mujeres las locuras de su tío.

—¡Qué calesa! ¡Massin! —gritó Goupil—. Vuestra herencia va por buen camino, ¿verdad?

—Habrás pedido un buen sueldo, ¿verdad, Cabirolle? —dijo el jefe de posta al hijo de uno de sus conductores, que permanecía de pie junto a los caballos—. Porque es de esperar que no gastarás muchas herraduras con un hombre de ochenta y cuatro años de edad. ¿Cuánto han costado los caballos?

—Cuatro mil francos. La calesa, aunque de ocasión, ha costado dos mil francos; pero es muy bonita, las ruedas son *a patente* (de patente).

—¿Cómo dices, Cabirolle? —interrogó la señora Crémière.

—Ha dicho *à ma tante* (de mi tía) —respondió Goupil—. Es una idea de los ingleses, que han inventado este tipo de ruedas. ¡Mirad, fijaos bien! No se ve nada, está encajado perfectamente, ¡qué bonito! No va enganchado, sólo este sencillo clavo que atraviesa el eje.

—¿Quién es esa *ma tante*?

—¡Cómo! —dijo Goupil—. ¿A vos no os *tente* (seduce)?

—¡Ah!, comprendo.

—Bueno, sois una ingenua mujer —dijo Goupil— y no os quiero engañar. La auténtica expresión es *à patte entre* (de pata entrada), porque el clavo está disimulado.

—Eso es, señora —dijo Cabirolle, que se creyó la explicación de Goupil, tan seriamente la había dado.

—Es un coche muy bonito —exclamó Crémière—, hay que ser muy rico para tener uno.

—Esa pequeña sabe lo que se hace —dijo Goupil—. Os enseña a vivir, a gozar de la vida. ¿Por qué no tenéis hermosos caballos y calesas, papá Minoret? ¿Os dejáis humillar? ¡Yo, en vuestro lugar, tendría un coche de príncipe!

—Veamos, Cabirolle —dijo Massin—, ¿es la pequeña quien embarca a nuestro tío en tales lujos?

—No lo sé —respondió Cabirolle—, pero es casi la dueña de la casa. Ahora llegan de París un maestro tras otro. Dicen que va a aprender a pintar.

—Aprovecharé la ocasión para hacerme *tirar* un retrato —dijo la señora Crémère.

En provincias se dice aún *tirar*, en vez de *hacer* un retrato.

—Sin embargo, el viejo alemán no ha sido despedido aún —dijo la señora Massin.

—Hoy está allí todavía —respondió Cabirolle.

—«Perros nunca los hay en exceso» —dijo la señora Crémère, haciendo reír a todo el mundo.

—Ahora —exclamó Goupil— no debéis contar con la herencia. Úrsula cumplirá pronto diecisiete años, está más bella que nunca; los viajes forman a la juventud, y la pequeña farsante sabe cómo manejar a vuestro tío. Cada semana hay en los coches cinco o seis paquetes para ella, y las modistas vienen a probarle aquí sus vestidos. Por ello mi patrona está que arde. Aguardad a que salga Úrsula de misa, mirad su pequeño chal, auténtica cachemira de seiscientos francos.

Si un rayo hubiera caído en medio del grupo que formaban los herederos, no habría producido mayor efecto que las últimas palabras de Goupil, que se frotaba las manos.

El viejo salón verde del doctor fue renovado por un tapicero de París. Juzgado por el lujo que derrochaba, el anciano era acusado ora de haber disimulado su fortuna y poseer sesenta mil libras de renta, ora de gastar su capital por complacer a Úrsula. Hacían de él sucesivamente un ricachón y un libertino. Estas palabras: «¡Es un viejo loco!» resumieron la opinión de la comarca. Tan falsa orientación en los juicios de la pequeña ciudad tuvo la ventaja de despistar a los herederos, quienes no sospecharon el amor de Sabiniano por Úrsula, verdadera causa de los dispendios del doctor, encantado de acostumbrar a su pupila a su papel de vizcondesa, y que, rica en más de cincuenta mil francos de renta complacía en ornarla.

En febrero de 1832, el día en que Úrsula cumplía diecisiete años, aquella misma mañana, al levantarse, vio a Sabiniano, con uniforme de alférez de navio, en su ventana.

«¿Cómo lo he sabido?», preguntó la joven.

Desde la toma de Argel, en la que Sabiniano se destacó por su valor, que le valió la cruz, habiendo permanecido varios meses en alta mar la corbeta en la que prestaba sus servicios, le había resultado totalmente imposible escribir al doctor, y no quería abandonar el servicio sin antes haberle consultado. Celoso por conservar en la Marina un apellido ilustre, el nuevo gobierno había aprovechado los cambios realizados en julio para conferir el grado de alférez de navio a Sabiniano. Después de haber obtenido licencia para quince días, el nuevo alférez de navio llegaba a Toulon el día de la fiesta de Úrsula, y para pedir al mismo tiempo consejo al doctor.

—¡Ha llegado! —gritó la ahijada, precipitándose en la habitación de su padrino.

—Muy bien —respondió éste—; adivino el motivo que le induce a abandonar el servicio, ahora puede quedarse en Nemours.

—¡Ah!, he ahí mi fiesta: toda ella está contenida en esas palabras —dijo la joven besando al doctor.

A una seña que Úrsula corrió a hacer al joven, Sabiniano acudió en seguida; la joven quería contemplarle, porque le parecía más apuesto que antes. En efecto, el servicio militar imprime en los gestos, en el andar, en el aspecto de los hombres una decisión mezclada con gravedad, un no sé qué de rectitud que permite al observador más superficial reconocer a un militar vestido de paisano: nada demuestra mejor que el hombre ha sido hecho para mandar. Úrsula amó aún más a Sabiniano, y experimentó una alegría infantil al pasear por el pequeño jardín dándole el brazo y haciéndole contar la parte que él había tenido, *en su calidad de guardia marina*, en la toma de Argel. Evidentemente, Sabiniano había tomado Argel. La joven decía que todo lo veía rojo al mirar la condecoración de Sabiniano. El doctor, que les observaba desde su habitación, mientras se vestía, fue a su encuentro. Sin abrirse enteramente al vizconde, le dijo entonces que en el caso en que la señora de Portenduère consintiera en su boda con Úrsula, la fortuna de su ahijada hacía superflua la paga de las graduaciones que él pudiera adquirir.

—¡Ay! —dijo Sabiniano—. Hará falta mucho tiempo para vencer la oposición de mi madre. Antes de partir, colocada en la alternativa de verme permanecer a su lado si consentía en mi boda con Úrsula o no volver a verme más que de tarde en tarde y saberme expuesto a los peligros de mi carrera, me dejó partir...

—Pero, Sabiniano, estaremos juntos —dijo Úrsula cogiéndole la mano y sacudiéndosela con una especie de impaciencia.

Verse y no volver a separarse, era para ella todo el amor; no veía nada más allá de esto; y su lindo gesto, el encanto de su acento reflejaron tanta inocencia, que Sabiniano y el doctor sintiéronse enternecidos. La dimisión fue enviada, y la fiesta de Úrsula cobró con la presencia de su prometido el mayor esplendor. Unos meses más tarde, hacia el mes de mayo, la vida interior recobró en casa del doctor Minoret su antigua calma, pero con un asiduo más. Las asiduidades del joven vizconde fueron tanto más rápidamente interpretadas como las de un futuro esposo, cuanto que, sea en la iglesia, sea en el paseo, sus maneras y las de Úrsula, aunque reservadas, traicionaban la armonía de sus corazones. Dionis hizo observar a los herederos que el doctor no pedía sus intereses a la señora de Portenduère, y que la anciana le debía ya tres años.

—Se verá obligada a ceder, a consentir en la mala alianza de su hijo —dijo el notario—. Si llega a producirse tal desgracia, es probable que gran parte de la fortuna de vuestro tío servirá, según Basilio, de argumento irresistible.

La irritación de los herederos, al adivinar que su tío prefería demasiado a Úrsula para no asegurar su bienestar a sus expensas, se tomó entonces tan sorda como profunda. Reunidos todas las noches en casa de Dionis desde la revolución de julio,

maldecían de los dos amantes, y casi nunca terminaba la velada sin que hubieran buscado, aunque en vano, el modo de contrarrestar las intenciones de su tío. Celia, que sin duda había aprovechado, como el doctor, la baja de las rentas para invertir ventajosamente sus enormes capitales, era la más encarnizada enemiga de Úrsula y de los Portenduère. Una noche, en la que Goupil, que, sin embargo, se guardaba muy bien de irse a aburrir a aquellas veladas, había acudido para mantenerse al corriente de los asuntos de la ciudad que allí se discutían, Celia vivió una recrudescencia de su odio: por la mañana había visto al doctor, a Úrsula y a Sabiniano que volvían en calesa de un paseo por los alrededores, en una intimidad que decía todo.

—Daría gustosa treinta mil francos para que Dios se llevase a nuestro tío antes de que se efectuase la boda de ese Portenduère y de la *melindrosa* —dijo.

Goupil acompañó al señor y la señora Minoret hasta el centro del gran patio, y les dijo mirando a su alrededor para cerciorarse de que estaban completamente solos:

—¿Queréis facilitarme los medios de comprar el despacho de Dionis y haré que se rompa el compromiso matrimonial del señor de Portenduère con Úrsula?

—¿Cómo? —inquirió el coloso.

—¿Creéis que soy tan tonto para deciros mi proyecto? —respondió el primer pasante.

—Bien, muchacho, haz que se peleen, y ya veremos —dijo Celia.

—Yo no me embarco en tales lances por un «ya veremos». Este joven es audaz, me podría matar, debo estar prevenido y adquirir su destreza con la espada y la pistola. Situadme primero, y cumpliré mi palabra.

—Impide esa boda y te situaré —respondió el maestro de posta.

—Hace nueve meses que estoy esperando que me prestéis quince mil cochinos francos para comprar el despacho del escribano Lecoeur, ¿y queréis que confíe en vuestra palabra? ¡Hala!, perderéis la herencia de vuestro tío, y os estará bien empleado.

—Si se trata sólo de quince mil francos y del despacho de Lecoeur, no digo que no —repuso Celia—; ¡pero salir fiadores por vos por cincuenta mil escudos!...

—Yo pagaré —dijo Goupil, lanzando a Celia una mirada fascinadora que chocó con la mirada imperiosa del jefe de posta.

Fue como veneno sobre el acero.

—Vamos a esperar —dijo Celia.

«¡Id al diablo! —pensó Goupil—. Si alguna vez llegáis a estar en mis manos —dijose a sí mismo al salir—, os exprimiré como un par de limones.»

Al cultivar la sociedad del doctor, del juez de paz y del cura, Sabiniano les demostró la excelencia de su carácter. El amor de aquel joven por Úrsula, tan desprovisto de todo interés, tan persistente, interesó tan profundamente a los tres amigos, que ya nunca más los separarían en sus pensamientos. Pronto la monotonía de aquella vida patriarcal y la confianza que los amantes tenían en su porvenir, finalizaron en dar a sus sentimientos apariencia de fraternidad. A menudo el doctor

dejaba solos a Úrsula y Sabiniano. Había juzgado bien a aquel joven tan simpático, que besaba la mano de Úrsula al llegar y no se la habría pedido si hubiera estado a solas con ella, tan penetrado estaba de respeto hacia su inocencia, hacia el candor de aquella niña, cuya extraordinaria sensibilidad, frecuentemente demostrada, le había hecho comprender que una expresión dura, un gesto frío o las alternativas de dulzura y brusquedad podían causarle la muerte. Las grandes audacias de los dos amantes cometíanse por la noche en presencia de los ancianos. Dos años, colmados de secretas alegrías, transcurrieron de este modo, sin otro acontecimiento más que las inútiles tentativas del joven para obtener el consentimiento de su madre a su boda con Úrsula. A veces se pasaba mañanas enteras hablando, su madre le escuchaba sin responder a sus razones y a sus ruegos más que con un silencio de bretona o con categóricas negativas. A los diecinueve años, Úrsula, elegante, excelente música y bien educada, ya no tenía nada por adquirir: era perfecta. Así se extendió la fama de su belleza, su gracia y de instrucción. Un día, el doctor tuvo que rechazar la proposición de la marquesa de Aiglemont, que pensaba en Úrsula para su hijo mayor. Seis meses más tarde, a pesar del profundo secreto guardado por Úrsula, por el doctor y por la señora de Aiglemont, Sabiniano se enteró casualmente de esta circunstancia. Conmovido por tanta delicadeza, arguyó este hecho para vencer la obstinación de su madre, quien le respondió:

—Si los Aiglemont quieren concertar una mala alianza, ¿es razón para que lo hagamos nosotros?

En el mes de diciembre de 1834, el piadoso y buen anciano declinó visiblemente. Al verle salir de la iglesia, con la cara amarilla, los ojos mortecinos, toda la ciudad habló de la muerte próxima del buen hombre, que a la sazón contaba ochenta y ocho años de edad.

—Ya veréis lo que pasa —decían a los herederos.

En efecto, el fallecimiento del anciano tenía el atractivo de un problema. Pero el doctor ignorábase enfermo, tenía sus ilusiones, y ni la pobre Úrsula, ni Sabiniano, ni el juez de paz, ni el cura, querían, por delicadeza, ilustrarle acerca de la situación en que se encontraba; el médico de Nemours, que iba a verle todas las tardes, no se atrevía a recetarle nada. El viejo Minoret no sentía ningún dolor, se extinguía lentamente. Su inteligencia seguía siendo firme y poderosa. En los ancianos de tal constitución, el alma domina al cuerpo y le da fuerzas para morir en pie. El cura, para no adelantar el fatal desenlace, dispensó a su feligrés de ir a oír misa a la iglesia, y le permitió leer los oficios en su casa; porque el doctor cumplía minuciosamente con sus deberes de religión; cuanto más se acercaba a la tumba, más amaba a Dios. Las luces divinas le explicaban cada vez más las dificultades de todo género. Al comenzar el año nuevo, Úrsula obtuvo de él que vendiera los caballos, el coche y que despidiese a Cabirolle.

El juez de paz, cuyas inquietudes sobre el futuro de Úrsula no habían colmado las semi confidencias que le hacía el anciano, abordó la cuestión delicada de la herencia,

indicando una noche a su viejo amigo la necesidad de emancipar a Úrsula. Así la pupila sería hábil para recibir una asignación por tutela y para poseer; lo cual permitiría mejorarla. A pesar de estos preámbulos, el anciano, que entretanto había consultado ya al juez de paz, no le confió el secreto de sus disposiciones para con Úrsula; pero optó por la emancipación. Cuanto más insistía el juez de paz en querer conocer los medios elegidos por su viejo amigo para enriquecer a Úrsula, tanto más desconfiado se volvía el doctor. Y al fin Minoret temió positivamente confiar al juez de paz sus treinta y seis mil francos de renta al portador.

—¿Por qué —le digo Bongrand— poner contra vos el azar?

—Entre dos azares —respondió el doctor—, uno evita el menos fortuito.

Bongrand llevó el asunto de la emancipación de suerte que estuviera concluido el día en que la señorita Mirouet tuviera veintiún años. Este aniversario debía ser la última fiesta del anciano doctor, quien, presintiendo sin duda su próximo fin, celebró suntuosamente aquel día dando un pequeño baile al que invitó a los jóvenes y a las jóvenes de las cuatro familias Dionis, Crémière, Minoret y Massin. Sabiniano, Bongrand, el cura, sus dos vicarios, el médico de Nemours y las señoras Celia Minoret, Massin y Crémière, así como Schmucke, fueron los comensales del gran banquete que precedió al baile.

—Comprendo que me voy —dijo el anciano al notario al fin de la velada—. Os ruego, pues, que vengáis mañana para extender las relaciones económicas de mi tutela que debo transferir a Úrsula, con objeto de no complicar mi sucesión. ¡Gracias a Dios no he perjudicado en un solo céntimo a mis herederos y no he dispuesto más que de mis rentas! Los señores Crémière, Massin y Minoret, mi sobrino, son miembros del consejo de familia instituido para Úrsula, y ellos asistirán a este acto de rendición de cuentas.

Estas palabras, oídas por Massin y difundidas durante el baile, alegraron a las tres familias, que desde hacía cuatro años vivían en continua zozobra, creyéndose tan pronto ricas como desheredadas.

Cuando, hacia las dos de la madrugada, no quedaron en el salón más que Sabiniano, Bongrand y el padre Chaperon, el anciano doctor les dijo señalando a Úrsula, encantadora con su vestido de baile, que acababa de despedirse de las señoritas Crémière y Massin:

—A vosotros la confío, amigos míos. Dentro de unos días no estaré aquí para protegerla: interponeos todos entre ella y el mundo, hasta que esté casada... Temo por ella.

Estas palabras causaron dolorosa impresión.

De la rendición de cuentas, efectuada unos días después en consejo de familia, resultó que el doctor Minoret era deudor de un saldo de diez mil seiscientos francos, tanto por los devengos atrasados de aquella inversión de mil cuatrocientos francos de la renta —adquisición justificada con el empleo del legado del capitán Jordy—, como por un pequeño capital de cinco mil francos procedentes de las donaciones

concedidas, desde hacía quince años, por el doctor a su pupila, en los días de su onomástica o en los aniversarios de su nacimiento.

Esta auténtica rendición de cuentas había sido recomendada por el juez de paz, quien temía las consecuencias que podía reportar la muerte del doctor Minoret..., y que, desgraciadamente, tenía razón. Al día siguiente de realizada la transacción, que confería a Úrsula la suma de diez mil seiscientos francos y de mil cuatrocientos francos de renta, el anciano viose afectado de una debilidad que le obligó a guardar cama. A pesar de la discreción que envolvía la casa del doctor, el rumor de su muerte esparcióse por la ciudad, por cuyas calles corrieron los herederos como las cuentas de un rosario del cual se ha roto el hilo. Massin, que fue a obtener noticias, supo por la propia Úrsula que el anciano estaba en cama. Desgraciadamente, el médico de Nemours había afirmado que el momento en que Minoret hubiera de permanecer en cama sería el de su muerte. A partir de entonces, a pesar del frío, los herederos se estacionaron en las calles, en la plaza o junto a las puertas de sus casas, ocupados en hablar de aquel acontecimiento tanto tiempo esperado y a espiar el instante en que el cura llevase al viejo doctor los Sacramentos con la ostentación con que se hace en las ciudades de provincias.

Cuando, dos días más tarde, el padre Chaperon, acompañado de su vicario y de los monaguillos, precedido del sacristán con la cruz, atravesó la calle Mayor, los herederos se unieron a él para ocupar la casa, impedir toda sustracción y arrojar sus manos ávidas sobre los supuestos tesoros. Cuando el doctor advirtió, a través del clero, a sus herederos arrodillados, que, lejos de rezar, le observaban con miradas tan vivas como la luz de los cirios, no pudo contener una sonrisa maliciosa. El cura se volvió, los vio y dijo entonces sus oraciones con bastante lentitud. El jefe de posta fue el primero en abandonar su molesta postura, y su mujer le imitó; Massin temió que Celia y su marido echasen mano de alguna bagatela, y fue a reunirse con ellos en el salón; pronto estuvieron allí juntos todos los herederos.

—Es lo suficientemente honesto para no falsear la Extremaunción —dijo Crémière—, podemos estar tranquilos.

—Sí, vamos a tener cada uno aproximadamente veinte mil francos de renta —respondió la señora Massin.

—Me parece —dijo Celia— que, desde hace tres años, no invertía ya capital; prefería atesorar...

—¿El tesoro estará sin duda en el sótano? —decía Massin a Crémière.

—Con tal que encontremos algo —dijo Minoret-Levrault.

—Pero, después de sus declaraciones hechas en el baile —exclamó la señora Massin—, no cabe de ello la menor duda.

—En todo caso —dijo Crémière—, ¿cómo lo haremos? ¿Repartiremos? ¿Subastaremos? ¿O distribuiremos por lotes? Porque, después de todo, somos todos mayores de edad.

Suscitóse, sobre el modo de proceder, una discusión que fue envenenándose

rápidamente. Al cabo de media hora, un confuso rumor de voces, del que destacaba el órgano estridente de Celia, resonaba en el patio y llegaba hasta la calle.

—Debe haber muerto —dijeron entonces los curiosos que se habían agolpado junto a la puerta de la casa.

El barullo llegó a los oídos del doctor, que oyó estas palabras:

—Pero es que la casa... ¡La casa vale treinta mil francos! ¡Yo me la quedo por treinta mil francos!

Era Crémière quien así gritaba.

—Bueno, pagaremos lo que valga —respondió agriamente Celia.

—Señor cura —dijo el anciano al padre Chaperon, que permaneció al lado de su amigo, después de haberle administrado los santos sacramentos—, procurad que me dejen tranquilo. Mis herederos, como los del cardenal Cisneros, son capaces de saquear mi casa antes de mi muerte. No tengo ninguna esperanza de restablecimiento. Id a decirles que no quiero a nadie en mi casa.

El cura y el médico bajaron la escalera, repitieron la orden del moribundo, y en un acceso de indignación añadieron algunas palabras de vivo reproche.

—Señora Bougival —dijo el médico—, cerrad la verja y no dejéis entrar a nadie; parece como si no se pudiera morir tranquilo. Prepararéis una cataplasma de harina de mostaza para aplicar unos sinapismos a los pies del señor.

—Su tío aún no está muerto, y aún puede vivir mucho tiempo —decía el padre Chaperon al despedir a los herederos, que habían venido con sus hijos—, reclama el más profundo silencio y no quiere a su lado más que a su pupila. Qué diferencia entre la conducta de esa joven y la de ustedes.

—¡Vieja cucaracha! —exclamó Crémière—. Voy a hacer de centinela. Es muy posible que se maquine algo contra nuestros intereses.

El jefe de posta había desaparecido ya en el jardín, con la intención de velar a su tío en compañía de Úrsula y de hacerse admitir en la casa para ayudar. Llegó sigilosamente, sin que sus botas hicieran el menor ruido, porque el pasillo y los peldaños de la escalera estaban alfombrados. Pudo así llegar sin ser oído hasta la puerta de la habitación de su tío. El cura y el médico se habían ido, y la Bougival estaba preparando el sinapismo.

—¿Estamos completamente solos? —dijo el anciano a su pupila.

Úrsula se levantó de puntillas para mirar al patio.

—Sí —dijo—, el señor cura ha cerrado la verja al marcharse.

—Querida hija —dijo el moribundo—, mis horas, incluso mis minutos, están contados. No he sido médico en balde: el sinapismo del doctor no me hará pasar más allá de esta noche. No llores, Úrsula —dijo, al verse interrumpido por el llanto de su ahijada, pero escúchame bien: se trata de que te cases con Sabiniano. Tan pronto como la Bougival haya subido con el sinapismo, baja al pabellón chino, aquí tienes la llave; levanta el mármol del bufete de Boulle, y debajo encontrarás una carta sellada dirigida a ti: cógela, vuelve a mostrármela, porque no moriré tranquilo hasta que te la

vea en las manos. Cuando yo haya fallecido, no lo dirás en seguida; harás que venga el señor de Portenduère, leeréis juntos la carta, y me jurarás en su nombre y en el tuyo que ejecutaréis mi última voluntad. Cuando él me haya obedecido, anunciaréis mi muerte, y entonces comenzará la comedia de los herederos. Quiera Dios que esos monstruos no te maltraten.

—Sí, padrino.

El jefe de posta no escuchó el resto de la escena; se alejó de puntillas, recordando que la cerradura del gabinete se hallaba al lado de la biblioteca. En su día, había asistido a la discusión entre el arquitecto y el cerrajero, que pretendía que, por si alguien intentase penetrar en la casa por la ventana que daba al río, era preciso, por prudencia, poner la cerradura por el lado de la biblioteca, debiendo ser el gabinete una de las piezas de recreo, para el verano. Cegado por el interés y con las orejas rojas de sangre, Minoret destornilló la cerradura con una navaja, con la presteza de un ladrón. Entró en el gabinete, cogió el paquete de papeles sin entretenerse en quitar el sello, volvió a atornillar la cerradura, dejó las cosas tal como las había encontrado, y fue a sentarse en el comedor, en espera de que la Bougival subiera el sinapismo para poder abandonar él la casa. Pudo realizar su fuga con tanta mayor facilidad cuanto que la pobre Úrsula halló más urgente ver aplicar el sinapismo que obedecer las recomendaciones de su padrino.

—¡La carta, la carta! —gritó con voz agonizante el anciano—. ¡Obedéceme, aquí tienes la llave! ¡Quiero ver la carta en tus manos!

Estas palabras fueron proferidas con miradas tan extraviadas, que la Bougival dijo a Úrsula:

—¡Vamos!, haced lo que quiere vuestro padrino, de lo contrario, vais a ocasionarle la muerte.

La joven le besó en la frente, cogió la llave y bajó la escalera; pero, llamada pronto por los gritos penetrantes de la Bougival, acudió en seguida. El anciano la abarcó con una mirada, vio que tenía vacías las manos, incorporóse en la cama, quiso hablar, y expiró con un horrible postrer suspiro, con los ojos extraviados de terror. La pobre niña, que veía la muerte por primera vez, cayó de rodillas y rompió a llorar. La Bougival cerró los ojos del anciano y le dispuso en su cama. Cuando, según su expresión, hubo aseado al muerto, la vieja nodriza corrió a avisar a Sabiniano; pero los herederos, que se hallaban apostados en el extremo de la calle, rodeados de curiosos, y absolutamente como cuervos que aguardan a que un caballo sea enterrado para arañar la tierra y hurgarla con patas y pico, acudieron como aves de rapiña.

XV  
EL TESTAMENTO DEL DOCTOR

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, el jefe de posta había ido a su casa para saber lo que contenía el misterioso paquete.

He aquí lo que encontró:

«A MI QUERIDA Úrsula MIROUET, HIJA DE MI CUÑADO NATURAL JOSE MIROUET Y DE DINAH GROLLMAN.

»Nemours, 15 de enero de 1830.

»Angel mío, mi afecto paternal, que tú has justificado de un modo tan excelente, ha tenido por principio no solamente el juramento que hice a tu pobre padre de sustituirle, sino también tu parecido con Úrsula Mirouet, mi mujer, de quien has evocado sin cesar las gracias, la inteligencia, el candor y el encanto. Tu calidad de hija del hijo natural de mi suegro podría hacer que las disposiciones testamentarias dictadas en tu favor quedaran sujetas a discusión...»

—¡El viejo piojoso! —exclamó el jefe de posta.

«Tu adopción habría sido objeto de un proceso. En fin, yo siempre he retrocedido ante la idea de casarme contigo para poder transmitirte mi fortuna; porque habría podido vivir mucho tiempo y estropear el risueño futuro de tu felicidad, que solamente ha venido retrasado por la vida de la señora de Portenduère. Estas dificultades, bien consideradas, y queriendo dejarte la fortuna necesaria para una existencia holgada...»

—¡El malvado! ¡Ha pensado en todo!

«Sin perjudicar en nada a mis herederos...»

—¡El jesuíta! ¡Como si no nos debiera toda su fortuna!

«Te he destinado el fruto de las economías que he hecho durante dieciocho años y que constantemente he hecho valer, por la solicitud de mi notario, con el fin de hacerte tan dichosa como puede serlo una persona por medio de la riqueza. Sin dinero, tu educación y tus ideas elevadas labrarían tu desgracia. Por otra parte, debes una buena dote al simpático joven que te ama. Encontrarás, pues, en medio del tercer volumen de las Pandectas, in-folio, encuadernadas en tafílete rojo, y que es el último volumen de la primera fila, encima de la mesilla de la biblioteca, en el último cuerpo, al lado del salón, tres inscripciones de rentas al tres por ciento, al portador, de doce

mil francos cada una...»

—¡Qué abismo de maldad! —exclamó el jefe de posta—. ¡Ah! No permitiré Dios que me vea así burlado.

«Cógelas en seguida, así como los pocos atrasos economizados en el momento de mi muerte, y que estarán en el volumen precedente. Piensa, hija mía adorada, que debes obedecer ciegamente a un pensamiento que ha hecho la felicidad de toda mi vida, y que me obligaría a pedir el auxilio de Dios si me desobedecieras. Pero, en previsión de un escrúpulo de tu conciencia, que sé lo ingeniosa que es para atormentarte, encontrarás adjunto un testamento en toda regla de estas inscripciones, en beneficio del señor Sabiniano de Portenduère. Así, sea que las poseas tú misma, sea que te procedan de aquel a quien amas, serán legítima propiedad tuya.

»Tu padrino,

»DIONISIO MINORET.»

Adjunto a esta carta se hallaba, en papel sellado, el documento siguiente:

### ÉSTE ES MI TESTAMENTO

«Yo, Dionisio Minoret, doctor en Medicina, domiciliado en Nemours, sano de mente y de cuerpo, así como lo demuestra la fecha de este testamento, lego mi alma a Dios, rogándole me perdone mis largos extravíos en favor de mi sincero arrepentimiento. Además, habiendo reconocido en el señor vizconde Sabiniano de Portenduère un verdadero afecto hacia mí, le lego treinta y seis mil francos de renta perpetua al tres por ciento a recibir en mi sucesión, con preferencia a todos mi herederos.

»Hecho y escrito enteramente de mi puño y letra, en Nemours, el 11 de enero de 1831.

»DIONISIO MINORET.»

Sin vacilar, el jefe de posta, que, para estar completamente solo, había encerrado en la habitación de su mujer, buscó en ella el encendedor fosfórico, y recibió dos avisos del cielo al apagarse sucesivamente dos cerillas que no quisieron prender fuego. La tercera obedeció. Quemó en la chimenea tanto la carta como el testamento. Con superflua precaución, enterró los vestigios del papel y de la cera en las cenizas. Luego, impulsado por la idea de poseer los treinta mil francos de renta sin que lo supiera su mujer, volvió a la casa de su tío, aguijoneado por la única idea, idea simple y precisa, que podía cruzar por su dura cabeza. Al ver la casa de su tío invadida por las tres familias, que por fin habían conquistado la plaza, temió no poder cumplir un proyecto sobre el cual no se concedía el tiempo de reflexionar, no

pensando más que en los obstáculos.

—¿Qué estáis haciendo ahí? —dijo a Massin y a Crémère—. ¿Pensáis que vamos a dejar la casa y los valores sometidos al pillaje? ¡Somos tres herederos, no podemos permanecer ahí quietos! Vos, Crémère, corred, pues, a casa de Dionis y decidle que venga a comprobar el fallecimiento. Yo no puedo, aunque teniente de alcalde, levantar el acta de fallecimiento de mi tío... Vos, Massin, ir a pedir a Bongrand que venga a poner los sellos. Y vosotras, haced compañía a Úrsula, señoras —dijo a su mujer y a las señoras Massin y Crémère—. Así, nada se perderá. ¡Sobre todo, cerrad la verja, que no salga nadie!

Las mujeres, que comprendieron lo acertado de esta observación, corrieron a la habitación de Úrsula y encontraron a aquella noble criatura, objeto ya de tan crueles sospechas, arrodillada y rezando a Dios, con el rostro bañado en lágrimas. Minoret, adivinando que las tres herederas no permanecerían mucho rato con Úrsula, y temiendo la desconfianza de sus coherederos, fue a la biblioteca, vio allí el volumen, lo abrió, cogió las tres inscripciones y encontró en el otro unos treinta billetes de banco. A pesar de su naturaleza brutal, el coloso creyó oír un carillón en cada oído, la sangre le silbaba en las sienes al cometer el robo. Pese a lo riguroso de la estación, su camisa estaba empapada de sudor sobre su espalda; las piernas se le doblaban, hasta el punto de que tuvo que dejarse caer sobre una butaca, como si hubiera recibido un mazazo en la cabeza.

—¡Ah, cómo le desata la lengua a Minoret esta herencia! —decía Massin corriendo por la ciudad—. ¿Le habéis oído? —decía a Crémère—. «¡Id aquí, id allá!» ¡Qué bien se conoce la maniobra!

—Sí, para lo animal que es, parecía como si...

—¡Toma —dijo Massin alarmado—, su mujer también está allí! ¡Dos son demasiados! ¡Haced los recados, que yo vuelvo allá!

En el momento en que el jefe de posta se sentaba, vio junto a la verja la cara del escribano, que volvía, con celeridad de garduña, a la casa mortuoria.

—Bien, ¿qué hay? —preguntó el jefe de posta, yendo a abrir a su coheredero.

—Nada; he vuelto para los sellos —respondióle Massin lanzándole una mirada de gato montés.

—Ya quisiera que estuviesen puestos, y pudiéramos todos regresar a nuestras casas —repuso Minoret.

—A fe mía que hemos de poner un guardián de los sellos —dijo el escribano—. La Bougival es capaz de todo en beneficio de la melindrosa. Dejaremos aquí a Goupil.

—¿A ése? —dijo el jefe de posta—. Se llevaría la carne y nos dejaría los huesos.

—Veamos —dijo Massin—, esta noche velarán al muerto, nosotros habremos terminado de poner los sellos dentro de una hora; por lo que nuestras mismas mujeres los guardarán. Mañana, a mediodía, tendremos el entierro. No se puede proceder al inventario hasta dentro de ocho días.

—Hagamos que esa melindrosa se largue —dijo sonriendo el coloso— y nosotros nos encargaremos de que el alguacil de la alcaldía guarde sellos y casa.

—¡Bien! —exclamó el escribano—. Encargaos de este asunto, vos sois el jefe de los Minoret.

—Señoras, señoras —dijo Minoret—, tened la bondad de permanecer todas en el salón; no se trata de ir a comer, sino de proceder a la colocación de los sellos para la conservación de todos los intereses.

Luego llevó aparte a su mujer para comunicarle las ideas de Massin con respecto a Úrsula. En seguida, las mujeres, cuyo corazón estaba repleto de venganza y deseaban tomarse un desquite sobre la melindrosa, acogieron con entusiasmo el proyecto de echarla de la casa.

Apareció Bongrand y se indignó de la proposición que Celia y la señora Massin le hicieron de rogar, en calidad de amigo del difunto, a Úrsula que abandonase la casa.

—¡Id vosotras mismas a expulsarla de la casa de su padre, de casa de su padrino, de su bienhechor, de su tutor! ¡Id vosotras mismas, que no debéis esta herencia más que a la nobleza de su alma, cogedla por los hombros y echadla a la calle, delante de toda la ciudad! ¿La creéis capaz de robaros? Bien, constituíd un guardián de los sellos; estaréis en vuestro derecho. Sabed ante todo que yo no colocaré ni un sello en su habitación; ella está en su casa, todo lo que en ella se encuentra es propiedad suya; la voy a instruir sobre sus derechos y recomendarle que recoja todo cuanto le pertenezca... ¡Oh!, en presencia vuestra —añadió, creyendo oír un gruñido de los herederos.

—¿Qué os parece? —dijo el recaudador al jefe de posta y a las mujeres, estupefactas ante la colérica alocución de Bongrand.

—¡Vaya magistrado! —exclamó el jefe de posta.

Sentada en un pequeño confidente, medio desvanecida, con las trenzas deshechas, Úrsula dejaba escapar un sollozo de vez en cuando. Sus ojos estaban turbios, los párpados hinchados, en fin, se hallaba presa de una postración moral y física que habría conmovido a los seres más feroces, excepto a los herederos.

—¡Ah, señor Bongrand, después de mi santo, la muerte y el luto! —dijo con aquella poesía natural a las almas hermosas—. ¡Ya sabéis cómo era: en veinte años, ni una sola palabra de impaciencia conmigo! ¡Creía que viviría cien años! ¡Ha sido una madre para mí! —exclamó—. ¡Una buena madre!

Estas pocas ideas hicieron que acudieran a sus ojos torrentes de lágrimas entrecortadas por sollozos, después dejóse caer de nuevo sobre el respaldo de su asiento.

—Hija mía —dijo el juez de paz al oír a los herederos en la escalera—, tenéis toda la vida para llorar, pero sólo un instante para vuestros asuntos: reunid en vuestra habitación todo lo que en la casa os pertenezca. Los herederos me obligan a colocar los sellos...

—¡Ah!, sus herederos pueden cogerlo todo —exclamó Úrsula irguiéndose en un

acceso de indignación salvaje—. Aquí tengo todo lo que hay de precioso —dijo golpeándose el pecho.

—¿Y qué es? —preguntó el jefe de posta, que, al igual que Massin, mostró su más terrible aspecto.

—La memoria de sus virtudes, de su vida, de todas sus palabras, la imagen de su alma celestial —dijo, con los ojos y la cara resplandecientes, levantando una mano con soberbio y majestuoso movimiento.

—¡Y también tenéis ahí una llave! —exclamó Massin, deslizándose como un gato y yendo a coger una llave que cayó, escondida, de los pliegues del busto, por el movimiento de Úrsula.

—Es —dijo la joven sonrojándose— la llave de su gabinete. Me enviaba allá en el momento de expirar.

Después de haber cambiado entre sí espantosas sonrisas, los dos herederos miraron al juez de paz manifestando una humillante sospecha. Úrsula, que sorprendió y adivinó esta mirada, calculada en el jefe de posta, involuntaria en Massin, irguióse y púsose pálida como si su sangre huyera de su cuerpo; sus ojos despidieron aquel rayo que no brota más que a expensas de la vida, y con voz ahogada dijo:

—¡Ah, señor Bongrand! —dijo—. Todo lo que hay en esta habitación lo debo a la bondad de mi padrino, pueden quitármelo todo, no me llevaré más que la ropa que llevo puesta, voy a salir, y no volveré más a esta casa.

Fue a la habitación de su tutor, de la que no pudo arrancarla ninguna súplica, porque los herederos tuvieron un poco de vergüenza de su conducta.

Úrsula dijo a la Bougival que le reservara dos habitaciones en la fonda de la Vieja Posta, hasta que hubiera encontrado algún alojamiento en la ciudad, donde pudieran vivir las dos. Volvió a su habitación para buscar su libro de oraciones y permaneció casi toda la noche con el cura, el vicario y Sabiniano, rezando y llorando. El gentilhomme acudió después de que su madre estuvo acostada, y se arrodilló sin decir palabra al lado de Úrsula, quien le dirigió la más triste sonrisa, dándole las gracias por haber venido fielmente a tomar parte en sus dolores.

—Hija mía —dijo el señor Bongrand trayendo a Úrsula un paquete voluminoso—, una de las herederas de vuestro tío ha cogido de vuestra cómoda todo lo que os era necesario, porque no se quitarán los sellos hasta dentro de algunos días, y habréis de recobrar entonces lo que os pertenece. En vuestro propio interés, he colocado los sellos en vuestra habitación.

—Gracias, señor —respondió la joven dirigiéndose hacia él y estrechándole la mano—. Miradle otra vez: ¿no se diría que duerme?

El anciano ofrecía en aquellos momentos aquella flor de pasajera belleza que irradia del rostro de los que han muerto sin dolor; estaba radiante...

—¿No os encomendó nada en secreto antes de morir? —dijo el juez de paz al oído de Úrsula.

—Nada —respondió la joven—; solamente me habló de una carta...

—Bien, ya se encontrará —repuso Bongrand—. Ha sido mejor, entonces, para vos que ellos hayan exigido los sellos.

Al amanecer, Úrsula dijo adiós a aquella casa en la que había transcurrido su infancia venturosa, sobre todo a la modesta habitación en la que había nacido su amor, y que le era tan querido, que aun en medio de su negra pena tuvo lágrimas de nostalgia por aquella estancia tan dulce y apacible. Después de haber contemplado por última vez sucesivamente sus ventanas y haber mirado a Sabiniano, salió para dirigirse a la fonda, acompañada de la Bougival, que llevaba su paquete, del juez de paz, que le daba el brazo, y de Sabiniano, su dulce protector. Así, a pesar de las más prudentes precauciones, resultaba que el desconfiado jurisconsulto había tenido razón: iba a ver a Úrsula sin fortuna y luchando con los herederos.

Al día siguiente por la tarde, toda la ciudad estaba en los funerales del doctor Minoret. Cuando se supo la conducta de los herederos para con su hija adoptiva, la inmensa mayoría la juzgó natural y necesaria: se trataba de una herencia; el buen hombre chocheaba; Úrsula podía creerse con derechos, pero los herederos defendían lo que era suyo, y, por otra parte, ella les había humillado bastante en vida de su tío, quien les recibía como a perros en una partida de petanca. Deseado Minoret, qué en su cargo «no hacía maravillas», según decían los envidiosos del jefe de posta, llegó para los funerales. Úrsula, lejos de poder asistir al entierro, guardaba cama, presa de una fiebre nerviosa causada tanto por el insulto que le habían infligido los herederos como por su profunda aflicción.

—¡Mirad a ese hipócrita cómo llora! —decían algunos de los herederos señalándose unos a otros a Sabiniano, vivamente afligido por la muerte del doctor.

—Se trata de saber si tiene razón en llorar —observó Goupil—. No os apresuréis a reír, todavía no han sido desprecintados los sellos.

—¡Bah! —dijo Minoret, que sabía a qué atenerse—. Siempre nos habéis asustado por nada.

En el momento en que la comitiva salió de la iglesia para dirigirse al cementerio, Goupil tuvo un amargo disgusto: quiso coger del brazo a Deseado, pero éste, al rechazarlo, renegó de su camarada en presencia de todo Nemours.

«No nos enfademos —pensó el primer pasante, cuyo corazón reseco se hinchó como una esponja dentro de su pecho—, de lo contrario, ya no podría vengarme.»

## XVI LOS DOS ADVERSARIOS

Antes de levantar los sellos y proceder al inventario, fue preciso que transcurriera el tiempo requerido para que el procurador del rey, tutor legal de los huérfanos, encargara a Bongrand que le representase. La sucesión Minoret, de la que se habló durante diez días, abrióse entonces y fue comprobada con el rigor de las formalidades judiciales. Dionis podía pescar en río revuelto, Goupil disfrutaba haciendo el mal, y como el asunto era bueno, fue explotado a fondo. Casi siempre se almorzaba después de la primera sesión. Notario, pasante, herederos y testigos bebían los más preciados vinos de la bodega.

En provincias, sobre todo en las pequeñas ciudades, donde cada cual posee su casa, es bastante difícil alojarse. Así, cuando se compra un establecimiento cualquiera, la casa forma parte casi siempre de la venta. El juez de paz, a quien el procurador del rey confió los intereses de la huérfana, no halló otro medio, para retirarla de la fonda, que hacerle adquirir en la calle Mayor, en la esquina del puente sobre el Loing, una casita con un postigo que daba a un pasadizo sin otras estancias en la planta baja más que una sala con dos ventanas que daban a la calle y detrás de la cual una cocina, cuya puerta-ventana daba a un patio interior de unos treinta pies cuadrados. Una pequeña escalera, alumbrada en la parte del río por luces de medianería, conducía al primer piso, compuesto de tres habitaciones y encima del cual se encontraban dos desvanes. El juez de paz tomó de la Bougival dos mil francos de ahorros para pagar la primera porción del precio de aquella casa, que valía seis mil francos, y obtuvo que se le concedieran plazos para el resto.

Para poder colocar los libros que Úrsula quería conservar, Bongrand mandó derribar el tabique interior de dos piezas en el primer piso, después de haber observado que las dimensiones de la casa coincidían con la medida del cuerpo de biblioteca. Sabiniano y el juez de paz dieron tanta prisa a los obreros que limpiaban aquella casita, la pintaban y la arreglaban, que a fines del mes de marzo la huérfana pudo abandonar la fonda, para volver a encontrar en aquella triste casa una habitación tan encantadora como de la que los herederos la habían arrojado, porque fue amueblada con sus muebles, que el juez de paz había sacado cuando fueron desprecintados los sellos. La Bougival, que se alojaba en el piso de arriba, podía descender a la llamada de una campanilla colocada junto a la cabecera del lecho de su joven señora. La estancia destinada a la biblioteca, la sala de la planta baja y la cocina, aún vacías, solamente pintadas, empapeladas, aguardaban las adquisiciones que la joven haría cuando hubiera vendido el mobiliario de su padrino.

Aunque conocieran el carácter de Úrsula, el juez de paz y el cura temieron por ella de aquel paso tan brusco a una vida desprovista de comodidades y el lujo a que el difunto doctor la quiso acostumbrar. En cuanto a Sabiniano, sufría mucho a causa de

todo esto. Por lo cual había dado secretamente a los obreros y al tapicero algún dinero para que Úrsula no encontrase ninguna diferencia, por lo menos en el interior, entre la antigua habitación y la nueva. Pero la joven, que hallaba toda su felicidad en los ojos de Sabiniano, manifestó la más dulce resignación. En esta circunstancia fascinó a sus dos viejos amigos y les demostró por milésima vez que sólo las penas del corazón eran capaces de hacerle sufrir. El dolor que le causaba la pérdida de su padrino era demasiado profunda para permitirle sentir la amargura de aquel cambio de fortuna, que, sin embargo, presentaba nuevos obstáculos a su boda. La tristeza de Sabiniano, al verla en aquellas condiciones, le hizo tanto daño que viose obligada a decirle al oído, al salir de misa, la mañana en que entró en su nueva casa:

—El amor debe ir acompañado de paciencia. ¡Esperaremos!

Tan pronto como fue redactado el intitulado del inventario, Massin, aconsejado por Goupil, que se volvió hacia él por odio secreto contra Minoret, esperando más de la habilidad de este usurero que de la prudencia de Celia, decidió ordenar un requerimiento a la señora y al señor de Portenduère, porque había vencido el plazo del reembolso. La anciana señora quedóse perpleja ante la intimación de pagar ciento veintinueve mil quinientos diecisiete francos con cincuenta y cinco céntimos a los herederos en el plazo de veinticuatro horas, y los intereses a contar desde el día de la demanda, so pena de embargo inmobiliario. Pedir dinero prestado para poder pagar era imposible. Sabiniano fue a consultar a un procurador a Fontainebleau.

—Tenéis que habéros las con mala gente, que no transigirá: quieren perseguiros a ultranza para conseguir la finca de Bordières —díjole el procurador—. Lo mejor sería dejar convertir la venta en venta voluntaria, con objeto de evitar los gastos.

Esta triste noticia abatió a la anciana bretona, a quien su hijo hizo observar suavemente que si ella hubiera querido consentir en su boda, mientras todavía vivía Minoret, el doctor habría dado sus bienes al marido de Úrsula. Actualmente, su casa estaría en la opulencia en lugar de encontrarse en la miseria. Aunque ello fue dicho sin tono de reproche, esta argumentación hirió a la anciana señora tanto como la idea de una próxima y violenta expropiación. Al conocer este desastre, Úrsula, que apenas se había repuesto de la fiebre y del golpe que los herederos le habían asestado, quedó estupefacta, abrumada. Amar y encontrarse impotente para socorrer a quien se ama es uno de los más espantosos sufrimientos que puedan causar estragos en el alma de las mujeres nobles y delicadas.

—Quería comprar la casa de mi tío, en vez de ello, compraré la de vuestra madre —le dijo.

—¿Sería posible? —dijo Sabiniano—. Sois menor de edad, y no podéis vender vuestra inscripción de renta sin formalidades a las que no se prestaría el procurador del rey. Por otra parte, nosotros no intentaremos resistir. Toda la ciudad ve con complacencia la ruina de una casa noble. Estos burgueses son como perros en pos de la carnaza. Afortunadamente me quedan diez mil francos con los cuales podré hacer vivir a mi madre hasta el fin de estos deplorables asuntos. En fin, el inventario de

vuestro padrino aún no ha tocado a su fin: el señor Bongrand espera todavía encontrar algo para vos. Se ha quedado tan asombrado como yo al saberos sin fortuna. El doctor se había explayado tan a menudo, sea con él, sea conmigo, sobre el hermoso porvenir que os había dispuesto, que no entendemos nada de este desenlace.

—¡Bah! —dijo Úrsula—. Con tal de que pueda comprar la biblioteca y los muebles de mi padrino para evitar que se dispersen o caigan en manos extrañas, estoy contenta de mi suerte.

—Pero ¿quién sabe el precio que pondrán esos infames herederos a lo que vos queréis poseer?

De Montargis a Fontainebleau no se hablaba más que de los herederos Minoret y del millón que andaban buscando; pero las pesquisas más minuciosas, realizadas en la casa desde que fueron levantados los sellos, no arrojaron ningún descubrimiento. Los ciento veintinueve mil francos del crédito Portenduère, los quince mil francos de renta al tres por ciento, entonces a setenta y seis, y que rendían un capital de trescientos ochenta mil francos, la casa valorada en cuarenta mil francos y su rico mobiliario, producían un total de unos seiscientos mil francos que parecían a los ojos de todos una hermosa entrega de consolación bastante considerable. Minoret sintió entonces una profunda inquietud. La Bougival y Sabiniano, que se empeñaban en creer, así como el juez de paz, en la existencia de algún testamento, llegaban al final de cada sesión y preguntaban a Bongrand el resultado de las pesquisas. El amigo del anciano, en el momento en que los funcionarios y los herederos salían, exclamaba algunas veces: «¡No entiendo nada de todo esto!» Comoquiera que para muchas personas superficiales doscientos mil francos constituían para cada heredero una hermosa fortuna provinciana, nadie pensó en investigar cómo el doctor había podido llevar su tren de vida con sólo quince mil francos, puesto que dejaba intactos los intereses del crédito Portenduère. Bongrand, Sabiniano y el cura eran los únicos que se formulaban esta pregunta en interés de Úrsula, y al expresarla, hicieron palidecer más de una vez al jefe de posta.

—Sin embargo, lo han escudriñado todo, ellos para encontrar dinero, yo para encontrar un testamento que debía de estar en favor del señor de Portenduère —dijo el juez de paz el día en que se cerró el inventario—. Se han removido las cenizas, levantado los mármoles, descosido las zapatillas, horadado la madera de la cama, vaciado los colchones, aventado las mantas, examinado los papeles habitación por habitación, los cajones, se ha removido el suelo de la bodega, y yo los impulsaba a este devastamiento.

—¿Qué pensáis de ello? —dijo el cura.

—El testamento ha sido suprimido por un heredero.

—¿Y los valores?

—¡Corred tras ellos! ¡Adivinad algo en la conducta de personas tan ladinas, tan astutas, tan avaras como los Massin, como los Crémère! ¿Sacáis algo en claro de una fortuna como la de Minoret, que percibe doscientos mil francos de herencia, que,

según dicen, va a vender su negocio, su casa y sus intereses en las mensajerías? ¡Trescientos cincuenta mil francos!... ¡Qué cifras! Sin contar sus economías de treinta mil y pico de libras de renta en bienes raíces... ¡Pobre doctor!

—¿Estará el testamento escondido en la biblioteca? —dijo Sabiniano.

—¡Por ello no he disuadido a la pequeña de su compra! Si no fuera por esto, ¿no sería una locura permitirle gastar su poco dinero en la compra de libros que nunca abrirá?

La población entera creía a la ahijada del doctor poseedora de capitales inencontrables; pero cuando se supo positivamente que sus mil cuatrocientos francos de renta constituían toda su fortuna, la casa del doctor y su mobiliario suscitaron entonces curiosidad general. Unos pensaron que se encontrarían sumas de dinero en billetes de banco escondidas en los muebles; otros, que el anciano los había metido dentro de los libros. Así, la venta ofreció el espectáculo de las extrañas precauciones tomadas por los herederos. Dionis, que realizaba las funciones de tasador, declaraba a cada objeto anunciado que los herederos sólo vendían el mueble y lo que éste pudiera contener de valores; luego, antes de entregarlo, todos lo sometían a minuciosas investigaciones, lo sacudían y exploraban; los trataban, en suma, con los mismos cuidados que pone un padre en su hijo único al verle partir a las Indias.

—¡Ah! Señorita —dijo consternada la Bougival, al volver de la primera sesión—, no iré nunca más. Y además, el señor Bongrand tiene razón, no aguantaríais semejante espectáculo. Todo está dispersado. ¡Se va y se viene por todas partes, como por la calle, los mejores muebles son buenos para cualquiera, se suben encima, y es un desconcierto en el que una gallina no reencontraría sus polluelos! Parece un incendio. ¡Hay cosas en el patio, los armarios están abiertos, con nada dentro! ¡Oh! El pobre señor hizo bien en morir; esta venta lo habría matado.

Bongrand, que ganaba para Úrsula los muebles predilectos del difunto y adecuados para adornar la casita, no compareció a la venta de la biblioteca. Más astuto que los herederos, cuya avidez podía hacerle pagar los libros demasiado caros, había dado comisión a un librero de ocasión de Melun, que había acudido expresamente a Nemours, y que ya se había hecho adjudicar varios lotes. Como consecuencia de la desconfianza de los herederos, la biblioteca se vendió obra por obra. Tres mil volúmenes fueron examinados uno tras otro, sostenidos por las dos tapas levantadas y agitados para hacer permitir salir los papeles que hubieran podido ser escondidos; finalmente fueron inspeccionadas las pastas, y las sobrecubiertas examinadas. El total de las adjudicaciones se elevó, para Úrsula, a seis mil quinientos francos aproximadamente, la mitad de sus pretensiones a la sucesión. El cuerpo de biblioteca no fue entregado hasta después de haber sido cuidadosamente examinado por un ebanista famoso en muebles *secretos*, que mandaron buscar a París. Cuando el juez de paz dio la orden de transportar el cuerpo de biblioteca y los libros a casa de la señorita Minoret, nacieron entre los herederos vagos temores, que más tarde se disiparon cuando se la vio tan pobre como antes.

Minoret compró la casa de su tío, que sus coherederos pujaron a cincuenta mil francos, imaginando que el jefe de posta esperaba encontrar un tesoro en sus paredes. Quince días después de la liquidación de la herencia, Minoret, que vendió su posta y sus establecimientos al hijo de un rico colono, se instaló en la casa de su tío, donde gastó sumas considerables en muebles y restauraciones. De este modo Minoret se condenaba a sí mismo a vivir a algunos pasos de distancia de Úrsula.

—¡Espero —había dicho en casa de Dionis el día en que se hizo el requerimiento a Sabiniano y a su madre— que nos veremos libres de esos señorones! Después expulsaremos a los otros.

—La vieja —respondióle Goupil— no querrá ser testigo de su desastre; irá a morir a Bretaña, donde sin duda encontrará una mujer para su hijo.

—No creo —respondió el notario, quien por la mañana había redactado el contrato de la compra realizada por Bongrand—. Úrsula acaba de comprar la casa de la viuda Ricard.

—¡Esa maldita pécora no sabe qué inventar para fastidiamos! —exclamó con gran imprudencia el jefe de posta.

—¿Y a vos en qué os perjudica que se quede a vivir en Nemours? —preguntó Goupil, sorprendido por el movimiento de contrariedad que se le escapó al coloso imbécil.

—No sabéis —respondió Minoret, poniéndose rojo como un pimiento— que mi hijo ha cometido la tontería de enamorarse de ella. Por ello daría de muy buena gana cien escudos para que Úrsula se marchase de Nemours.

Después de este primer movimiento, cualquiera comprenderá hasta qué punto Úrsula, pobre y resignada, iba a molestar al rico Minoret. El ajeteo de la resolución de una herencia, la venta de sus posesiones y los pasos que fue preciso efectuar por insólitos conceptos, las discusiones con su mujer a propósito de los más nimios detalles y de la adquisición de la casa del doctor, en la que Celia quería, vivir burguesamente en interés de su hijo; aquel tumulto, que contrastaba con la tranquilidad de su vida ordinaria, impidió a Minoret pensar en su víctima. Pero, algunos días después de haberse instalado en la calle de los Burgueses, a mediados del mes de mayo, al volver de un paseo, oyó el sonido del piano, vio a la Bougival sentada frente a la ventana como un dragón custodiando un tesoro, y oyó de pronto dentro de sí mismo una voz importuna.

Explicar por qué, en un hombre del temple del ex jefe de posta, la vista de Úrsula, que ni siquiera sospechaba el robo cometido en perjuicio suyo, hízose en seguida insoportable; cómo el espectáculo de aquella grandeza en el infortunio le inspiró el deseo de alejar de la ciudad a aquella joven, y cómo este deseo asumió los caracteres del odio y de la pasión, constituiría quizás efectuar todo un tratado de moral. Tal vez no se creía legítimo poseedor de las treinta y seis mil libras de renta, mientras aquella a quien pertenecían estuviera a dos pasos de él. Quizá creía vagamente en alguna contingencia que descubriera su robo, en tanto estuvieran allí aquellos a quienes

había despojado. Quizás, en aquella naturaleza en cierto modo primitiva, casi grosera, y que hasta entonces no había hecho nada que no fuese legal, la presencia de Úrsula despertaba remordimientos. Quizás estos remordimientos le resultaban tanto más punzantes cuanto que poseía muchos bienes lícitamente adquiridos. Atribuyó sin duda estos movimientos de su conciencia a la sola presencia de Úrsula, imaginando que, una vez hubiera desaparecido la joven, aquellos trastornos tan molestos desaparecerían también. En fin, quizás el crimen tenga también su doctrina de perfección. Un comienzo de mal quiere su fin, una primera herida llama el golpe que mata. Quizás el robo conduzca fatalmente al asesinato. Minoret había cometido la expoliación sin la menor reflexión, tan rápidamente se habían producido los acontecimientos: la reflexión vino después. Ahora bien, si os habéis fijado bien en la fisonomía y el aspecto de aquel hombre, comprenderéis el prodigioso efecto que en él debía producir un pensamiento. Los remordimientos son algo más que un pensamiento, provienen de un sentimiento que no se puede ocultar más que el amor, y que ejerce su tiranía. Pero, de la misma manera que Minoret no había reflexionado lo más mínimo al apoderarse de la fortuna destinada a Úrsula, así también quiso maquinalmente expulsarla de Nemours cuando se sintió herido por el espectáculo de aquella inocencia burlada. En su calidad de imbécil, no pensó en las consecuencias, fue de peligro en peligro, impulsado por su instinto codicioso, como una fiera que no prevé ninguna astucia del cazador, y que confía en su velocidad, en su fuerza. Pronto los ricos burgueses que se reunían en casa del notario Dionis observaron un cambio en las maneras, en la actitud de aquel hombre, antes tan despreocupado.

—¡No sé qué tiene Minoret, ha cambiado del todo! —decía su mujer, a quien él había decidido ocultar su golpe audaz.

Todo el mundo explicó el aburrimiento de Minoret, porque parecía tratarse realmente de aburrimiento, por haber cesado absolutamente de todas sus ocupaciones, por el súbito paso de una vida activa a la vida burguesa. Mientras Minoret pensaba en cómo entorpecer la vida de Úrsula, la Bougival no pasaba día sin que hiciera a la joven alguna alusión a la fortuna que habría debido tener, o sin comparar su suerte miserable con aquella que el difunto señor le reservaba y de la que le había hablado a ella, a la Bougival.

—En fin —decía—, no es por interés, pero es lo que yo digo: ¿cómo es posible que el señor, que en paz descansa, tan bueno como era, no me dejara alguna cosilla?

...

—¿Acaso no estoy aquí? —respondíale Úrsula, prohibiendo a la Bougival que le hablara de estas cosas.

Úrsula no quería manchar con sentimientos interesados los recuerdos afectuosos, tristes y agradables que acompañaban la noble figura del anciano doctor, cuyo croquis hecho por su profesor de dibujo en lápiz negro y blanco adornaba su salita. Para su hermosa y fresca imaginación, la vista de aquel croquis bastaba para ver siempre de nuevo a su padrino, en quien pensaba constantemente, sobre todo rodeada

por objetos que él quería: su gran poltrona, los muebles de su gabinete y el juego de chaquete, así como el piano que le había regalado. Los dos viejos amigos que le quedaban, el padre Chaperon y el señor Bongrand, las únicas personas a quienes quería recibir, eran, en medio de aquellas cosas casi animadas por sus nostalgias, como dos recuerdos vivientes de su vida pasada, a la cual unió su presente por el amor que su padrino había bendecido. Pronto, la melancolía de sus pensamientos, insensiblemente mitigada, tiñó en cierto modo sus horas y trabó todas estas cosas por medio de una indescriptible armonía: fue una exquisita pulcritud, la más exacta simetría en la disposición de los muebles, algunas flores que todos los días le entregaba Sabiniano, detalles insignificantes pero elegantes, una paz que las costumbres de la joven comunicaban a las cosas y que hizo amable el vivir en su casa. Después del almuerzo y después de la misa, continuaba estudiando y cantando; luego bordaba, sentada junto a la ventana que daba a la calle. A las cuatro, Sabiniano, al volver de un paseo que daba siempre, encontraba la ventana entreabierta, y se sentaba sobre el borde exterior de ésta para charlar media hora con la joven. Por la noche, el cura y el juez de paz iban a verla, pero ella no quiso jamás que Sabiniano les acompañase. Finalmente, no aceptó la proposición de la señora de Portenduère, a la que su hijo había convencido para que tomara a Úrsula a vivir en su casa. Por otra parte, la joven y la Bougival vivieron en la más sórdida economía. No gastaban, en total, más de sesenta francos al mes. La vieja nodriza era infatigable: lavaba y planchaba, no cocinaba más que dos veces a la semana, guardaba las comidas cocidas, que la dueña y la criada tomaban frías; porque Úrsula quería ahorrar setecientos francos al año para pagar el resto del pago de su casa. Esta severidad de conducta, esta modestia y su resignación a una vida pobre y sencilla, después de haber gozado de una existencia de lujo en la que sus menores caprichos eran adorados, tuvieron éxito cerca de algunas personas. Úrsula fue respetada y bien considerada. Una vez satisfechos, los herederos, por otra parte, le hicieron justicia. Sabiniano admiraba esta fortaleza de carácter en una persona tan joven. De vez en cuando, al salir de misa, la señora de Portenduère dirigió algunas palabras benévolas a Úrsula, la invitó dos veces a comer y ella misma fue a buscarla. Si todavía no era la felicidad, fue por lo menos la tranquilidad. Pero un suceso, en el que el juez de paz mostró su antigua experiencia de procurador, hizo estallar la persecución todavía sorda y latente que Minoret alentaba contra Úrsula.

Cuando todos los asuntos de la herencia tocaron a su fin, el juez de paz, a ruegos de Úrsula, encargóse de la causa de los Portenduère y le prometió que los sacaría de apuros; pero al dirigirse a la casa de la anciana señora, cuya resistencia a la felicidad de Úrsula le ponía furioso, no le dejó ignorar que se consagraba a sus intereses únicamente para complacer a la señorita Mirouet. Eligió a uno de sus antiguos pasantes por procurador de los Portenduère, en Fontainebleau, y él mismo dirigió la demanda por nulidad de procedimiento. Quería aprovechar el intervalo que transcurriría entre la anulación de la demanda y la nueva instancia de Massin, para

renovar el arrendamiento de la finca en seis mil francos, conseguir de los colonos un alboroque y el pago anticipado del último año. A partir de entonces, la partida de *whist* se reorganizó, en casa de la señora de Portenduère, entre él, el cura, Sabiniano y Úrsula, a quien Bongrand y el padre Chaperon iban a recoger y llevaban luego a su casa todas las noches. En junio, Bongrand hizo pronunciar la nulidad del procedimiento seguido por Massin contra los Portenduère. En seguida firmó el nuevo arrendamiento, obtuvo treinta y dos mil francos del colono y un arriendo de seis mil francos para dieciocho años; luego, por la noche, antes de que corriera el rumor de estas operaciones, fue a casa de Celia, a la que sabía preocupada acerca de la inversión de sus fondos, y le propuso la adquisición de la finca de Bordières por doscientos veinte mil francos.

—Haría en seguida el negocio —dijo Minoret— si supiera que los Portenduère habían de ir a vivir a cualquier parte que no fuese Nemours.

—Pero —dijo el juez de paz—, ¿por qué?

—Queremos prescindir de nobles en Nemours.

—Creo haber oído decir a la anciana señora que, si sus asuntos se le arreglasen, apenas podría vivir más que en Bretaña con lo que le quedara. Habla de vender su casa.

—Bien, vendédmela a mí —dijo Minoret.

—Pero hablas como si fueses el amo —dijo Celia—. ¿Qué quieres hacer de dos casas?

—Si no termino esta noche con vosotros en le referente a Bordières —dijo el juez de paz—, nuestro *arrendamiento* se conocerá, nos veremos de nuevo embargadas dentro de tres días, y no podré efectuar esta liquidación, que me interesa mucho. Así, voy a Melun, donde unos colonos que allí conozco me comprarán las Bordières con los ojos cerrados. Vosotros perderéis la ocasión de invertir en tierras al tres por ciento en el terruño de Rouvre.

—Bueno, ¿por qué vinisteis a encontramos? —dijo Celia.

—Porque tenéis dinero, mientras que mis antiguos clientes necesitarán varios días antes de escupir ciento veintinueve mil francos. No quiero dificultades.

—Que *ella* abandone Nemours, ¡y yo os los doy! —dijo todavía Minoret.

—Comprenderéis que no puedo comprometer en eso la voluntad de los Portenduère —repuso Bongrand—; pero estoy seguro de que no se quedarán en Nemours.

Con esta garantía, Minoret, a quien, por otra parte, Celia tocó con el codo, prometió el dinero para saldar la deuda de los Portenduère para con la sucesión del doctor. El contrato de venta pasó entonces a casa de Dionis, y el juez de paz hizo aceptar allí las condiciones del nuevo arrendamiento a Minoret, que se dio cuenta algo tarde, lo mismo que Celia, de la pérdida del último año pagado por adelantado. A fines del mes de junio, Bongrand llevó el finiquito de su fortuna a la señora de Portenduère, ciento veintinueve mil francos, invitándola a colocarlos en bienes del

Estado, lo cual le reportaría seis mil francos de renta al cinco por ciento añadiendo los diez mil francos de Sabiniano. Así, lejos de perder en sus ingresos, la anciana ganaba dos mil francos de renta en la liquidación. La familia de Portenduère quedóse, pues, en Nemours.

Minoret creyó que se habían burlado de él, como si el juez de paz tuviera que saber que la presencia de Úrsula le era insoportable, y por ello concibió un vivo resentimiento que aumentó su odio contra su víctima. Entonces comenzó el drama secreto, pero terrible en sus efectos, de la lucha de dos sentimientos, el que impulsaba a Minoret a alejar a Úrsula de Nemours, y el que daba a Úrsula la fuerza para soportar persecuciones cuya causa fue durante algún tiempo impenetrable: situación extraña, hacia la cual todos los acontecimientos anteriores habían concurrido, los cuales la habían preparado y a la que sirvieron de prefacio.

XVII  
ODIO Y MALICIA DE LAS GENTES DE PROVINCIAS

La señora Minoret, a la que su marido regaló una vajilla completa y un servicio completo de mesa por valor aproximado de veinte mil francos, daba un soberbio banquete todos los domingos, día en que su hijo el sustituto traía algunos amigos de Fontainebleau. Para esos ágapes suntuosos, Celia mandaba traer algunas rarezas de París, obligando así a Dionis a imitar su fasto. Goupil, a quien los Minoret se esforzaban por desterrar de su sociedad como una persona inmunda que manchase su esplendor, no fue invitado hasta a fines del mes de julio, un mes después de la inauguración de la vida burguesa que llevaban los antiguos jefes de posta. El primer pasante, ya sensible a este olvido calculado, fue obligado a llamar de vos a Deseado, el cual, desde que había entrado en el ejercicio de sus funciones, había adoptado aires graves y altivos en su familia.

—¿Es que ya no os acordáis de Ester, para amar de tal modo a la señorita Mirouet? —dijo Goupil al sustituto.

—Primeramente, Ester ha muerto, caballero. Además, yo no he pensado jamás en Úrsula —respondió el magistrado.

—Bueno, ¿qué decís vos a eso, tío Minoret? —exclamó con gran insolencia Goupil.

Minoret, cogido en flagrante delito de mentira por un hombre tan temible, habría perdido la serenidad, de no haber sido por el proyecto para el cual había invitado a Goupil a comer, acordándose de la proposición hecha en otro tiempo por el primer pasante de impedir la boda de Úrsula y del joven Portenduère. Por toda respuesta llevóse bruscamente al pasante a su jardín.

—Pronto cumpliréis veintiocho años, amigo mío, y todavía no os veo en el camino de la fortuna —le dijo—. Quiero vuestro bien, porque, después de todo, habéis sido el camarada de mi hijo. Escuchadme, si convencéis a la pequeña Mirouet, la cual, por otra parte, posee cuarenta mil francos, para que se convierta en vuestra mujer, tan cierto como que me llamo Minoret, os daré los medios para que podáis comprar un cargo de notario en Orleáns.

—No —dijo Goupil—, no es suficientemente importante; tiene que ser en Montargis...

—No —replicó Minoret—, en Sens...

—¡Vaya por Sens! —exclamó el repugnante primer pasante—. Allí hay arzobispo; no odio una región devota: con un poco de hipocresía es más fácil hacer fortuna. Por otra parte, la pequeña es devota, y allí tendrá éxito.

—Quede bien entendido —dijo Minoret— que no daré los cien mil francos hasta el momento de la boda de nuestra parienta, a la que quiero proteger por consideración hacia mi difunto tío.

—¿Y por qué no también un poco por mí? —dijo maliciosamente Goupil, sospechando algún secreto en la conducta de Minoret—. ¿No es acaso debido a mis informaciones que habéis podido reunir veinticuatro mil francos de renta, de una sola propiedad, sin enclaves, en derredor del castillo de Rouvre? ¡Con vuestros prados y vuestro molino, que se encuentran al otro lado del Loing, añadiríais mil seiscientos francos! Vamos, viejo amigo, ¿queréis ser franco conmigo?

—Sí.

—Pues bien, con objeto de hacer notar mis colmillos, iba preparando para Massin la adquisición del Rouvre, de sus parques, sus jardines, sus cotos y su bosque.

—¡Fíjate bien en esto! —dijo Celia, interviniendo.

—Bueno —dijo Goupil lanzándole una mirada de víbora—, si yo quiero, mañana tendrá Massin todo esto por doscientos mil francos.

—Déjanos, mujer —dijo entonces el coloso cogiendo a Celia del brazo y llevándosela de allí—, yo ya me entiendo con él... Tenemos tantos asuntos —repuso Minoret volviendo al lado de Goupil— que no hemos podido pensar en vos; pero cuento con vuestra amistad para que nos consigáis el Rouvre.

—Un antiguo marquesado —dijo maliciosamente Goupil—, y que valdría pronto en vuestras manos cincuenta mil libras de renta, más de dos millones al precio a que están los bienes.

—Y nuestro sustituto se casaría entonces con la hija de un mariscal de Francia o con la heredera de una vieja familia, quien le empujaría a la Magistratura en París —dijo el ex jefe de posta abriendo su ancha petaca y ofreciendo a Goupil una pulgarada de rapé.

—Bueno, ¿jugamos limpio? —exclamó Goupil sacudiendo los dedos.

Minoret estrechó las manos de Goupil respondiendo:

—¡Palabra de honor!

Como todas las personas astutas, el primer pasante creyó, afortunadamente para Minoret, que su boda con Úrsula era un pretexto para arreglarse con él, puesto que él los oponía a Massin.

«No es él —se dijo— quien ha dado con esa trola. Reconozco en ello a mi Celia, ella ha sido quien le ha dictado su papel. ¡Bah! Dejemos a Massin. ¡Antes de tres años, llegaré a diputado de Sens!», pensó.

Al ver entonces que Bongrand iba a jugar su partida de *whist* en la casa de enfrente, se precipitó hacia la calle.

—Vos os interesáis mucho por Úrsula Mirouet, querido señor Bongrand —le dijo —, no podéis ser indiferente a su porvenir. He aquí el programa: se casaría con un notario cuyo despacho estaría en una cabeza de partido. Este notario, que forzosamente será diputado dentro de tres años, le reconocería cien mil francos de dote.

—Hay algo mejor para ella —dijo secamente Bongrand—. La señora de Portenduère, después de sus desgracias, no está muy bien de salud; ayer mismo,

estaba completamente acabada, el dolor la consume; a Sabiniano le quedan seis mil francos de renta, Úrsula tiene cuarenta mil francos, yo les haré valer sus capitales a la Massin, pero honradamente, y dentro de diez años tendrán una pequeña fortuna.

—Sabiniano haría una tontería; puede casarse cuando quiera con la señorita de Rouvre, hija única a quien su tío y su tía quieren dejar dos soberbias heredades.

—Cuando el amor se adueña de nosotros, adiós prudencia, ha dicho La Fontaine. Pero ¿quién es vuestro notario? Porque, después de todo... —repuso Bongrand por curiosidad.

—Yo —respondió Goupil, que hizo estremecer al juez de paz.

—¿Vos? —repuso Bongrand sin disimular su disgusto.

—Bueno, vuestro servidor, caballero —replicó Goupil, lanzándole una mirada llena de hiel, de odio y de desafío.

—¿Queréis ser la mujer de un notario que os reconocería cien mil francos de dote? —exclamó Bongrand al entrar en la salita y dirigiéndose a Úrsula, que se hallaba sentada al lado de la señora de Portenduère.

Úrsula y Sabiniano se estremecieron por un mismo movimiento y se miraron: ella sonriendo, él sin atreverse a mostrarse inquieto.

—Yo no soy dueña de mis acciones —respondió Úrsula tendiendo la mano a Sabiniano sin que la anciana madre pudiera ver este gesto.

—Por ello yo he rehusado sin consultaros siquiera.

—¿Y por qué? —dijo la señora de Portenduère—. Me parece, pequeña, que es una buena condición la de notario, ¿no?

—Prefiero mi dulce miseria —respondió la joven—, porque en comparación con lo que debía esperar de la vida, constituye para mí la opulencia. Mi vieja nodriza, por otra parte, me ahorra muchas preocupaciones, y no voy a cambiar el presente, que me agrada, por un futuro que desconozco.

Al día siguiente, el correo vertió en dos corazones el veneno de dos cartas anónimas: una para la señora de Portenduère y la otra para Úrsula. He aquí la que recibió la anciana:

«Vos amáis a vuestro hijo, vos queréis colocarlo como lo requiere el apellido que lleva, y fomentáis su capricho hacia una pequeña ambiciosa sin fortuna, recibiendo en vuestra casa a una tal Úrsula, hija de un músico de regimiento; siendo así que podríais casarlo con la señorita de Rouvre, cuyos dos tíos, el señor marqués de Ronquerolles y el caballero del Rouvre, ricos cada uno en treinta mil libras de renta, para no dejar su fortuna a ese viejo loco de señor del Rouvre, que todo lo devora, tienen la intención de favorecer a su sobrina en el contrato. La señora de Sérizy, tía de Clementina del Rouvre, que acaba de perder a su hijo en la campaña de Argel, adoptará sin duda también a su nieta. Alguien que os quiere bien cree saber que Sabiniano sería aceptado.»

He aquí la carta escrita a Úrsula:

«Querida Úrsula, hay en Nemours un joven que os idolatra, no puede veros trabajar en vuestra ventana sin que la emoción que siente le demuestre que su amor es para toda la vida. Ese joven está dotado de una voluntad de hierro y de una perseverancia inalterable: acoged, pues, favorablemente su amor, porque sólo abriga intenciones puras y os pide humildemente vuestra mano, con el deseo de haceros dichosa. Su fortuna, aunque ya considerable, no es nada comparada con la que os labrará cuando seáis su mujer. Seréis recibida un día en la corte como la esposa de un ministro y entre las primeras damas del país. Como os ve todos los días sin que vos podáis verle a él, poned en vuestra ventana una de las macetas de claveles de la Bougival, y de este modo le habréis comunicado que ya puede presentarse.»

Úrsula quemó esta carta sin hablar de ella a Sabiniano. Dos días más tarde, recibió otra carta concebida en los siguientes términos:

«Habéis hecho mal, querida Úrsula, en no responder a quien os ama más que a su vida. Queréis casaros con Sabiniano, pero os equivocáis lamentablemente. Esa boda no tendrá lugar. La señora de Portenduère esta mañana va al Rouvre, a pie, a pesar del precario estado de su salud, a pedir para Sabiniano la mano de la señorita del Rouvre. Sabiniano terminará por ceder. ¿Qué puede objetar? Los tíos de la señorita aseguran por medio del contrato su fortuna a su sobrina. Esta fortuna consiste en sesenta mil libras de renta.»

Esta carta causó horribles estragos en el corazón de Úrsula, haciéndole conocer las torturas de los celos, sufrimiento hasta entonces desconocido que, en aquel organismo tan rico, tan fácil al dolor, cubrió de duelo el presente, el futuro e incluso el pasado. Desde el momento en que tuvo aquel papel fatal, permaneció sentada en la poltrona del doctor, con la mirada perdida en el espacio, sumida en un sueño doloroso. En un instante sintió que los ardores de una vida hermosa eran sustituidos por el frío de la muerte. ¡Ay! Fue algo peor: fue, en realidad, el atroz despertar de los muertos dándose cuenta de que no hay Dios, la obra maestra de ese extraño genio llamado Juan Pablo. Cuatro veces intentó la Bougival que Úrsula desayunase, vio cómo tomaba y dejaba su pedazo de pan, sin fuerzas para llevárselo a la boca. Cuando se atrevía a reprenderla, Úrsula le respondía con un gesto y una terrible palabra: «¡Calla!», tan despóticamente proferida como dulce había sido hasta entonces su palabra. La Bougival, que espiaba a su señora a través de los cristales de la puerta de comunicación, la vio alternativamente encendida cual si la devorase la fiebre, y lívida como si los escalofríos sucedieran a aquélla. Este estado empeoró hacia las cuatro, momento en que Úrsula se levantó para ver si Sabiniano venía, y éste no vino. Los celos y la duda arrebatában al amor todo su pudor. Úrsula, que hasta

entonces no se había permitido un gesto que traicionara su pasión, se puso el sombrero y el pequeño chal y se precipitó por el pasillo para acudir al encuentro de Sabiniano, pero un resto de pudor la hizo entrar nuevamente en su salita. Una vez allí, rompió a llorar. Cuando el cura se presentó por la noche, la pobre nodriza le detuvo en el umbral.

—¡Ah! Señor cura, no sé qué es lo que tiene la señorita...

—Yo lo sé —respondió con acento triste el sacerdote, cerrando de este modo la boca a la asustada nodriza.

El padre Chaperon dijo entonces a Úrsula lo que ésta no se había atrevido a comprobar: la señora de Portenduère había ido a comer al Rouvre.

—¿Y Sabiniano?

—También.

Úrsula tuvo un pequeño temblor que hizo estremecer al padre Chaperon como si hubiera recibido la descarga de una botella de Leyde, y experimentó además una persistente conmoción en el corazón.

—Así, esta noche no iremos a su casa —dijo el cura—; pero, hija mía, será prudente por vuestra parte que no volváis más allá. La anciana señora os recibiría de una forma que heriría vuestro orgullo. Nosotros, que la habíamos preparado para querer saber de vuestra boda, ignoramos de dónde sopla el viento que de tal modo la ha cambiado en un instante.

—Todo lo espero, y nada puede ya extrañarme —dijo Úrsula en tono profundo—. En estas cosas, se experimenta un gran consuelo al pensar que uno no ha ofendido a Dios.

—Someteos, hija mía, sin querer jamás sondear los designios de la Providencia —dijo el cura.

—No quisiera sospechar injustamente del carácter del señor de Portenduère...

—¿Por qué ya no decís Sabiniano? —preguntó el cura, que advirtió cierta ligera acritud en el acento de Úrsula.

—De mi querido Sabiniano —repuso la joven llorando—. Sí, mi buen amigo —añadió sollozando—, una voz me grita que él es aún tan noble de corazón como de estirpe. No solamente me ha confesado que me amaba, sino que por medio de infinitas delicadezas me lo ha demostrado, conteniendo con heroísmo su ardiente pasión. Ultimamente, cuando cogió la mano que yo le tendía, cuando el señor Bongrand me proponía a ese notario por marido, os juro que se la daba por primera vez. Si empezó con una broma, mandándome un beso a través de la calle, después, este afecto no ha rebasado, como vos sabéis, los límites más estrictos; pero puedo decíroslo, a vos que leéis en mi alma, salvo en ese rincón cuya vista permanece reservada a los ángeles, pues bien, este sentimiento es en mí principio de muchos méritos: él me ha hecho aceptar mis miserias, quizás ha suavizado la amargura de la pérdida irreparable cuyo luto no ensombrece más mis vestidos que mi alma. ¡Oh! Hice mal. Sí, el amor era en mí más fuerte que el agradecimiento hacia mi padrino, y

Dios lo ha vengado. ¡Qué queréis! Yo respetaba en mí a la esposa de Sabiniano; era demasiado orgullosa, y quizás es este orgullo lo que Dios ha castigado. Dios solo, como vos habéis dicho, debe ser el principio y el fin de nuestras acciones.

Enternecióse el cura al ver las lágrimas que rodaban por aquel rostro que había ya palidecido. Cuanta mayor era la seguridad de la pobre joven, más bajo ésta caía.

—Pero —prosiguió diciendo—, habiendo vuelto a mi condición de huérfana, sabré tener de nuevo los sentimientos que a ella corresponden. Después de todo, ¿puedo resultar una piedra al cuello de aquel a quien amo? ¿Qué hace aquí? ¿Quién soy yo para pretenderle? Por otra parte, ¿no le amo con una amistad tan divina que llega incluso al sacrificio de mi felicidad, de mis esperanzas?... Y sabéis que a menudo me he reprochado de basar mi amor en una tumba, saberle aplazado hasta el siguiente día a la muerte de esa anciana. Si Sabiniano es rico y feliz merced a otra, yo poseo el dinero suficiente para pagarme mi dote en el convento, donde ingresaré en seguida. En el corazón de una mujer no debe haber dos amores, de la misma manera que no hay dos señores en el cielo. La vida religiosa tendrá aliciente para mí.

—Él no podía dejar ir sola a su madre al Rouvre —dijo dulcemente el buen cura.

—No hablemos más de ello, querido padre Chaperon; esta noche le escribiré notificándole su libertad. Estoy encantada de tener que cerrar las ventanas de esta sala.

Y le puso al corriente de las cartas anónimas, diciéndole que no quería dar pie a las persecuciones de su desconocido amante.

—¡Ah! Fue una carta anónima dirigida a la señora de Portenduère lo que la ha hecho ir al Rouvre —exclamó el cura—. Sin duda sois víctima de la persecución de malas personas.

—¿Y por qué? Ni Sabiniano ni yo hemos hecho mal a nadie, ni lesionamos aquí interés alguno.

—En fin, pequeña, aprovecharemos esta borrasca, que dispersa nuestra sociedad para arreglar la biblioteca de nuestro pobre amigo. Los libros están amontonados; Bongrand y yo los pondremos en orden, porque buscaremos en ellos. Poned vuestra confianza en Dios; pero pensad también que en el buen juez de paz y en mí tenéis dos abnegados amigos.

—Eso ya es mucho —dijo acompañando al cura hasta el umbral, extendiendo el cuello como un pájaro que mira fuera de su nido, todavía con la esperanza de ver a Sabiniano.

En aquel momento, Minoret y Goupil, que volvían de un paseo por los prados, se detuvieron al pasar y el heredero del doctor le dijo a Úrsula:

—¿Qué os ocurre, primita? Porque seguimos siendo primos, ¿verdad? Os veo cambiada.

Goupil lanzó a Úrsula tan ardientes miradas, que la joven se asustó: volvió a entrar sin responder.

—Es muy antipática —dijo Minoret al cura.

—La señorita Mirouet tiene razón al no conversar junto a la puerta con extraños; es demasiado joven...

—¡Oh! —dijo Goupil—. Habéis de saber que no le faltan pretendientes.

El cura saludó precipitadamente y se dirigió con paso rápido hacia la calle de los Burgueses.

—Bueno —dijo el primer pasante a Minoret—. ¡Esto pita! Ya está pálida como una muerta; pero antes de quince días habrá abandonado la ciudad. Ya veréis.

—Es mejor teneros como amigo que como enemigo —exclamó Minoret, asustado por la horrible sonrisa que daba al rostro de Goupil la expresión diabólica prestada por José Bridau al Mefistófeles de Goethe.

—Así lo creo —respondió Goupil—. Si no se casa conmigo, la haré consumir de pena.

—Hazlo, pequeño, y te daré el dinero suficiente para hacerte notario en París. Entonces podrás casarte con una mujer rica...

—¡Pobre joven! ¿Qué os ha hecho? —preguntó, sorprendido, el pasante.

—¡Me fastidia! —dijo groseramente Minoret.

—Esperad hasta el lunes, y veréis cómo me las arreglo con ella —dijo Goupil estudiando la fisonomía del ex jefe de posta.

Al día siguiente, la vieja Bougival fue a la casa de Sabiniano y le dijo entregándole una carta:

—No sé lo que os escribe la niña, pero esta mañana parecía una muerta.

Al leer la carta escrita a Sabiniano, ¿quién no imaginaría los sufrimientos que habían asaltado a Úrsula durante la noche?

«Querido Sabiniano, se me ha dicho que vuestra madre quiere casaros con la señorita del Rouvre, y quizá tenga razón. Os encontráis entre una vida casi miserable y una vida opulenta, entre la prometida de vuestro corazón y una mujer según el mundo, entre obedecer a vuestra madre y aquella a quien habéis elegido, porque todavía sigo creyendo que me habéis elegido. Sabiniano, si tenéis que tomar una determinación, quiero que ésta sea tomada con toda libertad: os devuelvo la palabra que os disteis a vos mismo y no a mí en un momento que no se borrará jamás de mi memoria, y que fue, como todos los días que se sucedieron después, de una pureza, de una dulzura angelicales. Este recuerdo abasta mi vida entera. Si persistierais en vuestro juramento, en adelante una idea terrible y negra perturbaría mi dicha. En medio de vuestras privaciones, tan gozosamente aceptadas hoy, podríais pensar más tarde que, si hubieseis obedecido a las leyes del mundo, habría resultado algo muy distinto para vos. Si fueseis hombre capaz de expresar este sentimiento, éste constituiría para mí la sentencia de una muerte dolorosa; y si no lo manifestaseis, yo sospecharía de las más pequeñas nubes que oscurecieran vuestra frente. Querido Sabiniano, siempre os he preferido a cualquiera otra persona de este mundo. Podía hacerlo, porque mi padrino, aunque celoso, me decía: “Amale, hija mía, porque es

seguro que un día seréis el uno para el otro”. Cuando fui a París, yo os amaba sin esperanza, y este sentimiento me satisfacía. No sé si podré volver, pero lo intentaré. Por otra parte, ¿qué somos en este momento? Un hermano y una hermana. Sigamos siéndolo. Casaos con esa joven afortunada, que tendrá la alegría de devolver a vuestro nombre el esplendor que debe tener, y que, según vuestra madre, yo disminuiría. Jamás oiréis hablar de mí. El mundo os aprobará. Yo no os censuraré jamás, y siempre os seguiré amando. Adiós, pues.»

—¡Esperad! —exclamó el hidalgo.

Hizo una seña a la Bougival para que se sentase, y garabateó estas palabras:

«Querida Úrsula, vuestra carta me rompe el corazón porque os causáis a vos misma mucho daño y porque por primera vez nuestros corazones han cesado de entenderse. Si no sois mi mujer, es porque no puedo aún casarme sin el consentimiento de mi madre. En fin, ¿no son la fortuna ocho mil libras de renta en una casita de campo, a orillas del Loing? Hemos calculado que con la Bougival ahorraríamos cinco mil francos al año. Me habéis permitido, una noche, en el jardín de vuestro tío, que os considerase como a mi prometida, y vos sola no podéis romper los vínculos que nos son comunes. ¿Tengo necesidad de deciros que ayer le dije claramente al señor del Rouvre que, si yo fuera libre, no quisiera recibir mi fortuna de una joven que me fuera desconocida? Mi madre no quiere volver a veros, yo pierdo la felicidad de nuestras veladas, pero no me privéis del breve momento durante el cual os hablo en vuestra ventana... Hasta la noche. Nada puede separarnos.»

—Id, buena mujer. Úrsula no debe pasar un instante más de inquietud...

Por la tarde, a las cuatro, al regresar del paseo que hacía todos los días adrede para poder pasar por delante de la casa de Úrsula, Sabiniano encontró a su amante algo pálida por los trastornos sufridos.

—Me parece que hasta ahora no he sabido el placer que representa el veros —díjole la joven.

—Me dijisteis —respondió sonriendo Sabiniano—, porque me acuerdo de todas vuestras palabras: «El amor no debe dejar de ir acompañado de paciencia. ¡Esperaré!» Entonces, querida niña, ¿es que habéis separado el amor de la fe?... ¡Ah! He aquí lo que pone fin a nuestras querellas. Vos pretendíais amarme a mí más de lo que yo os amo a vos. ¿Acaso he dudado nunca de vos? —preguntó ofreciéndole un ramillete de flores silvestres cuya realidad expresaba sus pensamientos.

—No tenéis ningún motivo para dudar de mí —respondió Úrsula—. Y por otra parte, aún no lo sabéis todo añadió con voz trémula.

Habíase negado a recibir todas las cartas que le llegaban por el correo. Pero, sin que pudiera adivinar por qué sortilegio se produjera este hecho, unos instantes después de que Sabiniano se hubiera ido, y tras haberle seguido con la mirada mientras volvía la esquina de la calle de los Burgueses, hacia la calle Mayor, encontró

en su poltrona un papel en el que estaban escritas estas palabras: *¡Temblad! ¡El amante desdeñado devendrá peor que un tigre!* A pesar de las súplicas de Sabiniano, Úrsula no quiso, por prudencia, confiarle el terrible secreto de su miedo. El placer inefable de volver a ver a Sabiniano después de haberle perdido era lo único que podía hacerle olvidar el frío mortal que se había apoderado de ella. Para todo el mundo, esperar una desgracia indefinida constituye un suplicio horrible. El sufrimiento asume entonces las proporciones de lo desconocido, que ciertamente es el infinito del alma. Pero para Úrsula fue el mayor de los dolores. Experimentaba en sí misma horribles sobresaltos al menor ruido, desconfiaba del silencio, sospechaba muros de complicidad. En fin, su sueño feliz fue perturbado. Goupil, sin saber nada de aquella constitución delicada como la de una flor, había encontrado, con el instinto del malvado, el veneno que había de herirla, de matarla.

Sin embargo, al cabo de dos días, la jornada se desarrolló sin ninguna sorpresa. Úrsula tocó el piano muy tarde, se acostó casi tranquilizada y abrumada por el sueño. Alrededor de medianoche fue despertada por un concierto compuesto de un clarinete, de un oboe, de una flauta, de un cornetín de pistón, de un trombón, de un contrabajo, de una fístula y de un triángulo. Todos los vecinos estaban asomados a las ventanas. La pobre niña, asustada ya al ver a tanta gente en la calle, recibió un terrible golpe al oír una voz de hombre, ronca, innoble, que le gritaba:

—¡Para la bella Úrsula Mirouet, de parte de su amante!

Al día siguiente, domingo, toda la ciudad estaba alborotada, y tanto al entrar como al salir de la iglesia, Úrsula vio en la plaza a grupos numerosos ocupados de ella y manifestando una horrible curiosidad. La serenata movilizaba todas las lenguas, porque todo el mundo se perdía en conjeturas. Úrsula volvió a su casa más muerta que viva, y ya no volvió a salir, el cura le había aconsejado que rezase las vísperas en su casa. Al entrar, vio en el pasillo de suelo enladrillado, que llevaba de la calle al patio, una carta que había sido deslizada por debajo de la puerta; la recogió, la leyó, impulsada por el deseo de encontrar en ella una explicación. Los seres menos sensibles pueden adivinar lo que debió de experimentar la leer estas terribles líneas:

«Resignaos a convertiros en mi mujer, rica y adorada. Os quiero. Si no os tengo viva, os tendré muerta. Atribuid a vuestras negativas las desgracias que sólo a vos alcanzarán.

»*Aquel que os ama y a quien perteneceréis un día.*»

¡Cosa extraña! En el momento en que la dulce y tierna víctima de esta maquinación se hallaba abatida como una flor cortada, las señoritas Massin, Dionis y Crémère envidiaban su suerte.

—Tiene mucha suerte —decían—. ¡La gente se ocupa de ella, halagan sus gustos, se la disputan! Según parece, ¡la serenata era estupenda! ¡Había un cornetín de pistón!

—¿Qué es un cornetín de pistón?

—¡Un nuevo instrumento de música! Mira, ¡así de grande! —decía Angelina Crémière a Pamela Massin.

Desde aquella mañana, Sabiniano había ido a Fontainebleau para tratar de averiguar quién había pedido músicos del regimiento de la guarnición; pero como había dos hombres para cada instrumento, fue imposible saber quiénes eran los que habían ido a Nemours. El coronel prohibió a los músicos que tocaran sin permiso en casa de particulares. El hidalgo tuvo una entrevista con el procurador del rey, tutor de Úrsula, y le explicó la gravedad de esta clase de escenas sobre el ánimo de una joven tan frágil y delicada, rogándole que investigase quién había sido el autor de aquella serenata con los medios de que dispone el ministerio fiscal. Tres días más tarde, en medio de la noche, tres violines, una flauta, una guitarra y un oboe dieron una segunda serenata. Esta vez, los músicos huyeron hacia Montargis, donde se hallaba a la sazón una compañía de comediantes. Una voz estridente y como de borracho había gritado entre dos piezas:

—¡A la hija del capitán de música Mirouet!

Todo Nemours se enteró así de la profesión del padre de Úrsula, aquel secreto tan cuidadosamente guardado por el anciano doctor Minoret.

Sabiniano no fue esta vez a Montargis; recibió durante el día una carta anónima llegada de París, en la que leyó esta terrible profecía:

«No te casarás con Úrsula. Si quieres que viva, apresúrate a cederla al que la ama más que tú; porque se ha hecho músico y artista para complacerla, y prefiere verla muerta antes que convertida en tu mujer.»

El médico de Nemours iba entonces tres veces al día a ver a Úrsula, a quien estas ocultas persecuciones habían puesto en peligro de muerte. Al sentirse sumergida por una mano infernal en un cenagal, aquella dulce criatura mantenía una actitud de mártir: permanecía sumida en un profundo silencio, levantaba los ojos al cielo y ya no lloraba, esperaba los golpes rezando con fervor e implorando a aquel que le daría la muerte.

—Estoy contenta de no poder bajar a la sala —decía a los señores Bongrand y Chaperon, quienes la dejaban lo menos posible—; *él* iría allá, y me siento indigna de las miradas con que acostumbra bendecirme. ¿Creéis que me tiene en mal concepto?

—Si Sabiniano no encuentra al autor de estas infamias, piensa ir a requerir la intervención de la policía de París —dijo Bongrand.

—Los desconocidos deben saber que me han herido de muerte —repuso la joven—; van a mantenerse tranquilos.

El cura, Bongrand y Sabiniano se perdían en conjeturas y suposiciones. Sabiniano, Tiennette, la Bougival y dos personas adictas al cura, convirtiéronse en espías y estuvieron vigilando durante una semana; pero ninguna indiscreción podía

traicionar a Goupil, que maquinaba solo por su cuenta. El juez de paz fue el primero en pensar que el autor del mal estaba asustado de su propia obra. Úrsula llegaba a la palidez, a la debilidad de las jóvenes inglesas tuberculosas. Ya no hubo serenatas ni cartas. Sabiniano atribuyó el abandono de estos medios a las investigaciones secretas del ministerio fiscal, al que él había enviado las cartas recibidas por Úrsula, la recibida por su madre y la suya. Este armisticio no duró mucho. Cuando el médico hubo atajado la fiebre nerviosa de Úrsula, en el momento en que ésta había recobrado fuerzas, una mañana, a mediados del mes de julio, encontróse una escala de cuerda atada a su ventana. El postillón, que, durante la noche, había conducido la mala, declaró que un hombre bajito estaba descendiendo por ella en el momento en que él pasó por allí; y a pesar de su deseo de detenerse, sus caballos, lanzados por la pendiente del puente, en cuya esquina se encontraba la casa de Úrsula, lo habían hecho pasar de largo.

Una opinión que partió del salón Dionis, atribuía estas maniobras al marqués del Rouvre, a la sazón sumamente apurado, contra el cual tenía Massin unas letras de cambio, y que, mediante un rápido casamiento de su hija con Sabiniano debía, según se decía, substraer el castillo del Rouvre a sus acreedores. La señora de Portenduère veía también con placer, decían, todo lo que pudiera desprestigiar y deshonar a Úrsula, pero, en presencia de aquella joven, la anciana dama se encontraba casi vencida. El padre Chaperon fue tan vivamente afectado por esta última maldad, que cayó enfermo de bastante gravedad y tuvo que permanecer en su casa varios días. La pobre Úrsula, a quien este odioso ataque había ocasionado una recaída, recibió por correo una carta del cura, que no rehusó al reconocer la letra:

«Hija mía, abandonad Nemours, y eludid de este modo la maldad de vuestros enemigos desconocidos. Quizá traten de poner en peligro la vida de Sabiniano. Os hablaré más extensamente sobre todo ello cuando pueda ir a veros.»

Esta carta llevaba la firma de: «*Vuestro sincero amigo Chaperon*».

Cuando Sabiniano, que casi se volvió loco, fue a ver al cura, el pobre sacerdote leyó varias veces la carta, tanto le asustó la perfección con la que su escritura y su firma habían sido imitadas; porque él no había escrito nada, y si hubiera escrito algo, no se habría valido del correo para enviar su carta a casa de Úrsula. El estado mortal en que esta última atrocidad sumió a Úrsula obligó a Sabiniano a recurrir de nuevo al procurador del rey, llevándole la carta falsificada del cura.

—Se está cometiendo un asesinato por ciertos medios que la ley no tiene previstos, y sobre una huérfana que el Código os da como pupila —dijo el hidalgo al magistrado.

—Si halláis algunos medios de represión —respondióle el procurador del rey—, los adoptaré; ¡pero los ignoro! El infame anónimo ha dado el mejor aviso. Es preciso enviar aquí a la señorita Mirouet a las damas de la Adoración del Santo Sacramento.

Entretanto, el comisario de policía de Fontainebleau, a petición mía, os autorizará a llevar armas para vuestra defensa. Yo mismo he ido al Rouvre y el señor del Rouvre se ha indignado justificadamente por las sospechas que se ciernen sobre él. Minoret, el padre de mi sustituto, está en tratos para adquirir su castillo. La señorita del Rouvre se casa con un rico conde polaco. En fin, el señor del Rouvre abandonaba el campo el día en que yo fui allá, para evitar los efectos de una reclusión por deudas.

Deseado, a quien su jefe interrogó, no se atrevió a decirle lo que pensaba: sospechaba de Goupil. Goupil era el único capaz de efectuar una obra que bordease el Código penal sin caer en el precipicio de ninguno de sus artículos. La impunidad, el secreto, el éxito, aumentaron la audacia de Goupil. El terrible pasante hacía que Massin, convertido en su víctima, persiguiera judicialmente al marqués del Rouvre, con objeto de obligar al aristócrata a vender los restos de sus tierras a Minoret. Después de haber iniciado negociaciones con un notario de Sens, decidió intentar un último golpe para llegar a poseer a Úrsula. Quería imitar a algunos jóvenes de París que debían su mujer y su fortuna a un rapto. Los favores prestados a Minoret, a Massin y a Crémière, la protección de Dionis, alcalde de Nemours, le permitían echar tierra al asunto. Decidió en seguida quitarse la máscara, creyendo que Úrsula, en el estado de debilidad en que él mismo la había sumido, sería incapaz de ofrecerle resistencia.

Sin embargo, antes de arriesgar la última baza de su innoble partida, juzgó necesario tener una explicación en el Rouvre, donde acompañó a Minoret, quien se dirigía allá por primera vez desde la firma del contrato. Minoret acababa de recibir una carta confidencial en la que su hijo le pedía información acerca de lo que sucedía con Úrsula, antes de ir por sí mismo a buscarla, con el procurador del rey, para llevarla a un convento, al abrigo de cualquier nueva infamia. El sustituto invitaba a su padre a que, en el caso de que esta persecución fuese obra de uno de sus amigos, le transmitiera los más prudentes consejos. Si la justicia no podía siempre castigarlo todo, terminaría por averiguarlo todo y guardar buena cuenta de ello.

Minoret había alcanzado un gran objetivo. Propietario ya del castillo del Rouvre, uno de los más hermosos del Gâtinais, reunía más de cuarenta mil francos de renta en bellos y ricos terrenos alrededor del parque. El coloso podía burlarse de Goupil. En fin, pensaba vivir en el campo, donde el recuerdo de Úrsula no le importaría más.

—Pequeño —dijo a Goupil, paseando por la terraza—, deja en paz a mi prima.

—¡Bah!... —dijo el pasante, no pudiendo adivinar nada de aquella extraña conducta, porque la estupidez tiene también su profundidad.

—¡Oh!, no soy desagradecido: tú has hecho que yo tuviese por doscientos ochenta mil francos este hermoso castillo de ladrillo y piedra que actualmente no se construiría por doscientos mil escudos, la granja del castillo, las reservas, el parque, los jardines y los bosques... Bien, ¡a fe mía!, te doy el diez por ciento, veinte mil duros, con los cuales puedes comprar un despacho de escribano en Nemours. Te garantizo tu casamiento con una de las pequeñas Crémière, con la mayor.

—¿La de la voz de trompeta? —exclamó Goupil.

—Pero mi prima le da treinta mil francos —repuso Minoret—. Como ves, pequeño, tú naciste para escribano, como yo estaba hecho para ser jefe de posta, y hay que seguir siempre la vocación.

—Bien —dijo Goupil, caído de la torre de sus esperanzas—, aquí tenéis unos timbres, firmadme veinte mil francos de aceptaciones, para tocar dinero contante y sonante.

Minoret tenía por cobrar dieciocho mil francos para el semestre de las inscripciones que su mujer ignoraba; creyó desembarazarse de este modo de Goupil, y firmó. El primer pasante, viendo al imbécil y colosal Maquiavelo de la calle de los Burgueses en un acceso de fiebre señorial, le lanzó por despedida un «¡hasta la vista!» y una mirada que habrían hecho temblar a cualquiera que no fuese un necio advenedizo, mirando desde lo alto de una terraza los jardines y los magníficos tejados de un castillo construido en el estilo de moda bajo Luis XIII.

—¿No me esperas? —gritó al ver que Goupil se alejaba a pie.

—¡Ya me encontraréis por el camino, papá! —respondióle el futuro escribano, sediento de venganza y queriendo saber la solución del enigma que le presentaba la tortuosa conducta del colosal Minoret.

## XVIII

### LAS DOS VENGANZAS

Desde el día en que la más infame calumnia había manchado su vida, Úrsula, presa de una de esas dolencias inexplicables, cuyo asiento se encuentra en el alma, caminaba rápidamente hacia la muerte. De palidez extremada, profiriendo a raros intervalos palabras débiles y lentas, lanzando miradas de tibia suavidad, todo en ella, incluso la frente, revelaba un pensamiento que la consumía. Se imaginaba caída, arrastrada por el fango aquella corona ideal de flores castas que en todos los tiempos los pueblos han querido ver sobre la frente de las vírgenes. Úrsula escuchaba, en el vacío y en el silencio, las frases deshonorosas, los comentarios maliciosos, las risas de la pequeña ciudad. Aquella carga era demasiado pesada para ella, y su inocencia tenía demasiada delicadeza para sobrevivir a semejante herida. No se quejaba, conservaba una dolorosa sonrisa en los labios y sus ojos se alzaban a menudo al cielo como para apelar contra la injusticia de los hombres al Soberano de los ángeles.

Cuando Goupil regresó a Nemours, Úrsula había sido bajada de su habitación a la planta baja en brazos de la Bougival y del médico de la ciudad. Se trataba de un gran acontecimiento. Después de haberse enterado de que aquella joven se moría como un armiño, aunque su honra fuera menos afectada que la de Clarisa Harlowe, la señora de Portenduère iba a verla y consolarla. El espectáculo de su hijo, que durante toda la noche anterior había hablado de suicidarse, doblegó a la anciana bretona. Por otra parte, la señora de Portenduère halló con su dignidad el medio de devolver el valor a una joven tan pura, y vio en su visita un contrapeso a todo el mal causado por la pequeña ciudad. Su opinión, sin duda más poderosa que la de la multitud, consagraría el poder de la nobleza. Esta diligencia, anunciada por el padre Chaperon, había operado en Úrsula una revolución y devuelto la esperanza al desesperado médico, que hablaba de una consulta con los más afamados médicos de París. Habían sentado a Úrsula en la poltrona de su tío, y era tal el carácter de su belleza, que, en su duelo y en su sufrimiento, pareció más hermosa que en ningún momento de su vida feliz. Cuando Sabiniano, dando el brazo a su madre, apareció, la joven enferma recobró sus bellos colores.

—No os levantéis, hijita —dijo la anciana con voz imperativa—; aunque yo también esté enferma y débil, he querido venir para comunicaros lo que ocurre: os considero como la más pura, la más santa y la más encantadora joven del Gâtinais, y os hallo digna de hacer la felicidad de un noble.

De momento, Úrsula no pudo responder; cogió las manos resacas de la madre de Sabiniano, las besó, dejándolas mojadas con sus lágrimas.

—¡Ah!, señora —respondió con voz debilitada—, yo jamás habría tenido el atrevimiento de pensar en elevarme por encima de mi condición si no hubiera sido alentada por ciertas promesas, y mi único título era un afecto sin límites; pero han

encontrado los medios de separarme de aquel a quien amo: me han hecho indigna de él... Nunca —dijo con un tono de voz fuerte, que sorprendió dolorosamente a los espectadores—, nunca consentiré en dar a quienquiera que fuese, una mano envilecida, una reputación, mancillada. Yo amaba demasiado..., puedo decirlo en el estado en que me encuentro: amo a una criatura casi tanto como a Dios. Por ello, Dios...

—Vamos, vamos, pequeña, ¡no calumniéis a Dios! Vamos, *hija mía* —dijo la anciana haciendo un esfuerzo—, no exageréis a vuestros propios ojos el alcance de una broma infame en la que nadie cree. Os prometo que viviréis y seréis dichosa.

—¡Serás dichosa! —dijo Sabiniano arrodillándose delante de Úrsula y besándole las manos—. Mi madre te ha llamado *hija*.

—Basta —dijo el médico, que se acercó para tomar el pulso a la enferma—, no la matéis de placer.

En aquel momento, Goupil, que encontró entreabierta la puerta del pasillo, empujó la del saloncito y mostró su horrible cara animada por las ideas de venganza que habían florecido en su corazón durante el camino.

—¡Señor de Portenduère! —dijo con una voz que parecía el silbido de una víbora acosada en su agujero.

—¿Qué queréis? —respondió Sabiniano levantándose de su asiento.

—Tengo que hablar con vos unas palabras.

Sabiniano salió al pasillo y Goupil lo llevó al pequeño patio.

—Juradme, por la vida de Úrsula, a quien amáis, y por vuestro honor de gentilhombre al que tanta importancia concedéis, que haréis como si entre nosotros no se hubiera dicho nada de lo que voy a deciros, y voy a ilustraros acerca de la causa de las persecuciones dirigidas contra la señorita Mirouet.

—¿Podré hacerlas cesar?

—Sí.

—¿Podré vengarme?

—Contra el autor sí; pero no contra el instrumento.

—¿Por qué?

—Porque... el instrumento soy yo...

Sabiniano palideció.

—Acabo de entrever a Úrsula... —dijo el pasante.

—¿A Úrsula? —dijo el gentilhombre mirando a Goupil.

—A la señorita Miroeut —repuso Goupil, a quien el acento de Sabiniano volvió respetuoso—, y quisiera rescatar con toda mi sangre lo que se ha hecho. Me arrepiento... Aun cuando me mataseis en duelo o de otro modo, ¿de qué os serviría mi sangre? ¿Acaso la beberíais? En estos momentos, os envenenaría.

La fría razón de aquel hombre y la curiosidad contuvieron el hervor de la sangre de Sabiniano; le miraba fijamente con un aire que hizo bajar los ojos a aquel jorobado frustrado.

—¿Quién ha sido, pues, el que te hizo actuar? —dijo el joven noble.

—¿Juráis?

—¿Quieres que no te pase nada?

—Quiero que tanto vos como la señorita Mirouet me perdonéis.

—Ella te perdonará, pero yo jamás.

—Pero, ¿olvidaréis?

¡Qué terrible poder posee el razonamiento basado en el interés! Dos hombres, uno de los cuales quería despedazar al otro, estaban allí, en un pequeño patio, a dos dedos de distancia uno de otro, obligados a hablarse, unidos por un mismo sentimiento.

—Te perdonaré, pero no olvidaré.

—Entonces, no hay nada a hacer —repuso fríamente Goupil.

Sabiniano perdió la paciencia. Dio a aquella cara una bofetada que resonó en todo el patio, que estuvo a punto de hacer caer a Goupil, y después de la cual el propio Sabiniano se tambaleó.

—No tengo más que lo que merezco —dijo Goupil—, he cometido una estupidez. Os creía más noble. Habéis abusado de la ventaja que yo os había dado... ¡Pero ahora estáis en mi poder! —dijo lanzando a Sabiniano una mirada llena de odio.

—¡Sois un asesino! —dijo el noble.

—No más que el cuchillo que es manejado por el homicida —repuso Goupil.

—Os pido perdón —dijo Sabiniano.

—¿Os habéis vengado bastante? —dijo Goupil con feroz ironía—. ¿No querréis proceder más allá?

—¿Vuestra mano? —dijo el pasante tendiendo la suya al hidalgo.

—Ahí está —respondió Sabiniano devorando aquella vergüenza por amor a Úrsula—. Pero, decidme, ¿quién os impulsaba?

Goupil miraba, por así decir, los dos platillos de la balanza, en uno de los cuales había la bofetada de Sabiniano, en el otro su odio contra Minoret. Permaneció dos segundos indeciso, pero al fin una voz le gritó: «¡Serás notario!» Y él respondió:

—¿Perdón y olvido? Sí, uno y otro, caballero —dijo estrechando la mano del gentilhomme.

—¿Quién persigue a Úrsula? —interrogó Sabiniano.

—¡Minoret! Hubiera querido verla enterrada... ¿Por qué? Lo ignoro; pero buscaremos la razón de ello. No me mezcléis en esto, no podría hacer nada si se desconfiara de mí. En lugar de atacar a Úrsula, la defenderé; en lugar de servir a Minoret, trataré de frustrar sus planes. Sólo vivo para arruinarle, para destruirle. Y lo pisotearé, danzaré sobre su cadáver, ¡con sus huesos me haré un juego de dominó! Mañana, en todos los muros de Nemours, de Fontainebleau, del Rouvre, se leerá en letras rojas: *Minoret es un ladrón*. ¡Oh! ¡Lo haré estallar como una bomba! Ahora somos aliados por una indiscreción; pues bien, queréis; voy a postrarme de rodillas ante la señorita Mirouet, voy a declararle que maldigo de la pasión insensata que me impulsaba a matarla, le suplicaré que me perdone. ¡Esto le hará bien! El juez de paz y

el cura están allí, esos dos testimonios son suficiente; pero el señor Bongrand me dará palabra de honor de que no perjudicará a mi carrera. Porque ahora tengo una carrera.

—Aguardad un momento —respondió Sabiniano, aturdido ante esta revelación—. Úrsula, hija mía —dijo entrando en el salón—, el autor de vuestros males tiene horror a su obra, se arrepiente y quiere pedir os perdón en presencia de estos caballeros, con la condición de que todo quede olvidado.

—¡Cómo! ¿Goupil? —dijeron a la vez el cura, el juez de paz y el médico.

—Guardadle el secreto —dijo Úrsula colocando un dedo ante sus labios.

Goupil oyó estas palabras, vio el movimiento de Úrsula y sintióse conmovido.

—Señorita —dijo en tono emocionado—, ahora quisiera que todo Nemours pudiera oírme al confesaros que una fatal pasión trastornó mi mente y me sugirió crímenes censurables a ojos de las personas honradas. Lo que digo, lo repetiré en todas partes, deplorando el mal producido por bromas malignas, pero que quizás habrán servido para apresurar vuestra felicidad —dijo con un poco de malicia al levantarse—, puesto que aquí veo a la señora de Portenduère.

—Está bien, Goupil —dijo el cura—; la señorita os ha perdonado, pero no debéis olvidar que habéis estado a punto de convertir os en un asesino.

—Señor Bongrand —repuso Goupil dirigiéndose al juez de paz—, esta noche voy a tratar con Lecoeur sobre su despacho, espero que esta reparación no me perjudicará en vuestro ánimo, y que vos apoyaréis mi demanda ante el ejercicio fiscal y el Ministerio.

El juez de paz hizo una inclinación de cabeza y Goupil salió para labrar sagazmente su prosperidad. Todos permanecieron en casa de Úrsula y procuraron, durante aquella velada, hacer renacer la calma y la tranquilidad en su alma, en la que la satisfacción que el pasante había infundido, estaba ya operando sus cambios.

—Todo Nemours sabrá esto —decía Bongrand.

—Ya veis, hija mía, que Dios no os guardaba rencor —decía el cura.

Minoret regresó bastante tarde del Rouvre y comió tarde también. Hacia las nueve, al atardecer, hallábase en el pabellón chino, digiriendo su comida al lado de su mujer, con la cual hacía proyectos para el porvenir de Deseado. Deseado se había situado muy bien desde que formaba parte de la magistratura; trabajaba, había oportunidad de que se le viera suceder al procurador del rey en Fontainebleau, quien, según se decía, pasaba a Melun. Era preciso buscarle una mujer, una joven pobre, aunque perteneciente a una familia antigua y noble; podría, de este modo, llegar a formar parte de la magistratura de París. Quizá pudiera llegar a hacerle elegir diputado por Fontainebleau, después de haber habitado el Rouvre durante la primavera. Al felicitarse interiormente por haber arreglado del mejor modo todas las cosas, Minoret ya no pensaba en Úrsula, en el preciso instante en el que el drama tan neciamente iniciado por él se estaba embrollando de un modo horrible.

—Ahí está el señor de Portenduère, que quiere hablar con vos —vino a decirle Cabirolle.

—Hacedle entrar —respondió Celia.

Las sombras del crepúsculo impidieron a la señora Minoret advertir la súbita palidez de su marido, que se estremeció al oír las botas de Sabiniando crujiendo sobre el parquet de la galería en la que en otro, tiempo estuvo la biblioteca del doctor. Un vago presentimiento de desgracia corría por las venas del expoliador. Sabiniando hizo su aparición, permaneció de pie, sin descubrirse, con el bastón en la mano, las manos cruzadas sobre el pecho, inmóvil delante de los dos esposos.

—Acabo de enterarme, señor y señora Minoret, de las razones que habéis tenido para atormentar de manera infame a una joven que toda la ciudad de Nemours sabe que es mi futura esposa. ¿Por qué habéis tratado de mancillar su honra? ¿por qué queríais su muerte? y ¿por qué la habéis entregado a los insultos de un Goupil...? ¡Responded!

—¡Nos sorprende muchísimo, señor Sabiniano —dijo Celia—, que vengáis a preguntarnos las razones de algo que nos parece inexplicable! Yo me preocupo tanto por Úrsula como por el año cuarenta. ¡Desde la muerte del tío Minoret, he vuelto a pensar tanto en ella como en mi primera camisa! No he dicho ni una palabra sobre ella a Goupil, que es un tipo a quien no confiaría ni los intereses de mi perro. Bueno, ¿vas a responder, Minoret? ¿Vas a dejar que el señor te acuse de infamias que están por debajo de ti? ¡Como si un hombre que tiene cuarenta mil libras de renta en bienes raíces alrededor de un castillo descendiera a semejantes tonterías! Levántate. ¡Qué haces ahí como un pasmarote!

—No sé lo que quiere decir el señor —respondió al fin Minoret con voz trémula—. ¿Qué motivo podría tener para perseguir a esa pequeña? Quizá he dicho a Goupil cuán contrariado estaba por tenerla en Nemours; mi hijo Deseado se estaba encaprichando con ella, y yo no la quería para mujer de él, esto es todo.

—Goupil me lo ha confesado todo, señor Minoret.

Hubo un momento de silencio, pero terrible, durante el cual los tres personajes se examinaron. Celia había percibido en el rostro de su coloso un movimiento nervioso.

—Aunque no seáis más que unas inmundas cucarachas, quiero vengarme personalmente de vosotros y lo haré —prosiguió el gentilhombre—. No es a vos, hombre de sesenta y siete años a quién pediré cuentas de los insultos hechos a la señorita Mirouet, sino a vuestro hijo. La primera vez que el señor Minoret pondrá los pies en Nemours, nos veremos las caras; será preciso que se bata conmigo; ¡y se batirá! o quedará tan deshonorado, que jamás podrá presentarse en ninguna parte; ¡si él no viene a Nemours, yo iré a Fontainebleau! Tendré gran satisfacción en ello. No podrá decirse impunemente que hayáis tratado cobardemente de deshonar a una pobre joven indefensa.

—Pero las calumnias de un Goupil... no... no... —dijo Minoret.

—¿Queréis —exclamó Sabiniano interrumpiéndole— veros cara a cara con él? Creedme: no divulgéis este asunto; es algo entre vos, Goupil y yo; dejadlo tal como está y Dios decidirá en el duelo que yo tendré el honor de proponer a vuestro hijo.

—¡No será así! —exclamó Celia—. ¡Ah!, ¿creéis vos que voy a permitir que Deseado se bata con vos, que sois, un antiguo marino hábil en el manejo de la espada y la pistola? Si tenéis algo de qué quejaros contra Minoret, ahí tenéis a Minoret, quedaos con Minoret. ¿Acaso mi chico, que, según habéis confesado, es inocente de todo ello, habría de cargar con la culpa?... ¡Antes tendríais a un perro de mi perra entre las piernas caballerete! ¡Vamos, Minoret, no te quedes ahí como un pasmarote! ¡Tú estás en tu casa y dejas que ese señor se halle sin quitarse el sombrero delante de tu mujer! ¡No sé lo que pretendéis, pero ya podéis largaros en seguida, y si tocáis un sólo pelo a mi Deseado, tendréis que habéroslo conmigo, vos y vuestra mala pécora de Úrsula!

Y tiró fuertemente del cordón de la campanilla llamando a sus criados.

—¡Pensad bien en lo que os he dicho! —repitió Sabiniano, que, sin preocuparse de la llamada de Celia, salió dejando la espada de Damocles suspendida sobre las cabezas de la pareja.

—Vamos, Minoret —dijo Celia a su marido—, ya me explicarás lo que todo eso significa, ¿no? Un joven no viene sin motivo a una casa burguesa a armar alboroto y a pedir la sangre de un hijo de familia.

—Esto es una mala pasada de ese puerco de Goupil, al que yo había prometido llegar a notario si me procuraba a buen precio lo del Rouvre. Yo le he dado el diez por ciento, veinte mil francos en letras de cambio, y sin duda aún no está contento.

—Sí; ¿pero qué motivo habría tenido antes para maquinar serenatas e infamias contra Úrsula?

—Quería casarse con ella.

—¿Una muchacha sin un real? Vamos, Minoret, que me cargas con tus estupideces. ¡Y eres demasiado estúpido para hacer que me las trague! Aquí hay gato encerrado y vas a decirme de qué se trata.

—No hay nada.

—¿No hay nada? ¡Y yo te digo que mientes! ¡Ya lo veremos!

—¿Quieres dejarme en paz?

—Daré vueltas al grifo de esa fuente de veneno que tú sabes, que es Goupil, y ya verás lo que ocurre.

—Como quieras.

—¡Claro que será cómo yo quiera! Y lo que quiero, sobre todo, es que no me toquen a mi Deseado; si le ocurriera alguna desgracia, ¿sabes?, haría algo que me llevaría al cadalso. ¡Deseado!... Pero... ¿es que no te mueves?

Una disputa así iniciada entre Minoret y su mujer, no debía terminar sin los más internos pesares. Así, el estúpido expoliador se daba cuenta de que su lucha consigo mismo y con Úrsula quedaba agrandada por su falta, y complicada por un nuevo y terrible adversario. Al día siguiente, cuando salió para ir al encuentro de Goupil, pensando apaciguarlo a base de dinero, leyó en las paredes; ¡*Minoret es un ladrón!* Todos aquellos a quienes encontró le compadecieron, preguntándole quién era el

autor de aquella publicación anónima, y todos le perdonaron lo embrollado de sus respuestas pensando en su nulidad. Los tontos obtienen más ventajas de su debilidad que las personas inteligentes de su fuerza. La gente que mira sin ayudar a un gran hombre que lucha contra su suerte ayuda a un droguero en apuros. ¿Sabéis por qué? Porque uno se cree superior protegiendo a un imbécil, y le enoja no ser más igual a un hombre de talento. Un hombre inteligente pereciera donde Minoret sólo había balbuceado absurdas respuestas, con aire azorado. Celia y sus criados borraron la palabra venganza do quiera suscitada; en tanto que permaneció en la conciencia de Minoret. Aunque Goupil hubiera hecho tratos con el escribano, negóse desvergonzadamente a seguir adelante en el negocio.

—Querido Lecoeur, he podido, como veis, comprar el cargo de Mr. Dionis y estoy en condiciones de haceros vender otros. Quedaos con vuestro contrato, no más que dos pedazos de papel sellado que se han perdido. Aquí tenéis setenta céntimos.

Lecoeur temía demasiado a Goupil para quejarse. Todo Nemours supo en seguida que Minoret saliera garante a Dionis para facilitar a Goupil la adquisición de su cargo. El futuro notario escribió a Sabiniano una carta, para desmentir sus confesiones con relación a Minoret, diciendo al joven noble que su nueva posición, la legislación adoptada por el tribunal supremo y su respeto por la justicia le impedían batirse.

Por otra parte, le admonizaba que, en lo sucesivo, se portara bien con él, porque si luchaba bien a patadas, y a la primera agresión se prometía romperle una pierna.

Los muros de Nemours dejaron de hablar. Pero la querrela entre Minoret y su mujer subsistía, y Sabiniano guardaba un hosco silencio. La boda de la señorita Massin, la mayor, con el futuro notario, era del dominio público. Diez días después de estos acontecimientos la señorita ponía sus ochenta mil francos, y su fealdad; Goupil aportaba sus deformidades y su cargo: esta unión pareció, pues, tan probable como conveniente.

Dos desconocidos ocultos cogieron a Goupil en la calle, a medianoche, en el momento en que salía de la casa de Massin, le dieron de palos y desaparecieron. Goupil guardó el más profundo silencio sobre esta escena nocturna, y desmintió a una vieja que creía haberle reconocido mirando por la ventana.

Estos pequeños grandes acontecimientos fueron estudiados por el juez de paz, quien reconoció en Goupil un misterioso poder sobre Minoret y prometióse a sí mismo adivinar su causa.

## XIX LAS APARICIONES

Aunque la opinión pública de la pequeña ciudad hubiera reconocido la completa inocencia de Úrsula, ésta se restablecía lentamente. En su estado de postración corporal, que dejaba libres alma y espíritu, convirtiéndose en sujeto fiel de fenómenos cuyos efectos fueron por otra parte terribles, y como para ocupar a la ciencia si a la ciencia hubieran sido revelados. Diez días después de la visita de la señora de Portenduère, Úrsula tuvo un sueño que presentó las características de una visión sobrenatural, tanto por los hechos morales como por las circunstancias, por así decirlo, «físicas».

El difunto Minoret, su padrino, se le apareció y le hizo señas de que fuera con él; la joven se vistió, le siguió en medio de las tinieblas hasta la casa de la calle de los Burgueses, donde volvió a encontrar las más mínimas cosas tal como estaban el día de la muerte de su padrino. El anciano llevaba los mismos vestidos que la víspera de su muerte, su cara estaba pálida, sus movimientos no producían sonido alguno; sin embargo, Úrsula oyó perfectamente su voz, aunque débil, y como repetida por un eco lejano. El doctor llevó a su pupila hasta el gabinete del pabellón chino, donde le hizo levantar el mármol del pequeño mueble de Boule, como lo había levantado el día de su muerte; pero, en lugar de no encontrar nada allí, vio la carta que su padrino le recomendaba que fuese a buscar; la joven la abrió y la leyó, así como el testamento en favor de Sabiniano.

—Los caracteres de la escritura —dijo Úrsula al cura—, brillaban como si hubieran sido trazados con los rayos del sol, me quemaban los ojos.

Cuando miró a su tío para darle las gracias, vio en sus labios descoloridos una sonrisa benévola. Luego, con su voz débil, y sin embargo clara, el espectro le mostró a Minoret escuchando la confidencia en el pasillo, yendo a desatornillar la cerradura y apoderándose del paquete de papeles. Luego, con la mano derecha, cogió a su ahijada y la obligó a caminar al paso de los muertos con objeto de seguir a Minoret hasta la posta. Úrsula atravesó la ciudad, entró en la posta, en la antigua habitación de Celia, donde el espectro le hizo ver al expoliador abriendo las cartas, leyéndolas y quemándolas.

—Para quemar los papeles —dijo Úrsula—, tuvo que intentar dos veces encender las cerillas, y lo logró a la tercera, luego ocultó entre las cenizas los vestigios del papel quemado. Después, mi padrino me llevó a nuestra casa y vi al señor Minoret-Levrault deslizándose en el interior de la biblioteca, donde cogió, en el tercer volumen de las *Pandectas*, las tres inscripciones de doce mil libras de renta cada una, así como el dinero de los atrasos en billetes de banco. «Éste es el autor, dijo entonces mi padrino, de los tormentos que te han llevado al borde de la tumba; pero Dios quiere que seas feliz. Todavía no morirás, ¡te casarás con Sabiniano! Si me amas, si

amas a Sabiniano, reclamarás tu fortuna a mi sobrino. ¿Me lo juras?»

Resplandeciendo como el Salvador durante la transfiguración, el espectro de Minoret había producido entonces en el estado de opresión en que se encontraba Úrsula tal violencia en su alma, que la joven prometió todo lo que quería su padrino por hacer así cesar la pesadilla. Al despertar, encontróse de pie, en medio de su habitación, con el rostro vuelto hacia el retrato de su padrino, que había colocado en ella desde su enfermedad. Volvió a acostarse, volvióse a dormir, después una viva agitación, y, al despertar, se acordó de esta singular visión; pero no se atrevió a hablar de ella. Su juicio exquisito y su delicadeza se resistían a revelar un sueño cuyo fin y cuya causa eran sus intereses pecuniarios; lo atribuyó naturalmente a la charla con la cual la Bougival la había dormido, y en la que se trató de las liberalidades de su padrino para con ella y de la certeza que su nodriza conservaba a este respecto. Pero este sueño volvió, con agravantes que lo hicieron sumamente temible. La segunda vez, la mano helada de su padrino se posó en su hombro, y le causó el dolor más cruel, una sensación indefinible. «¡Hay que obedecer a los muertos!», le decía con voz sepulcral.

—Y de sus ojos blancos y vacíos —dijo la joven— caían lágrimas.

La tercera vez, el muerto la cogió por sus largas trenzas y le hizo ver a Minoret conversando con Goupil y prometiéndible dinero si llevaba a Úrsula a Sens. Úrsula decidió entonces confesar sus tres sueños al padre Chaperon.

—Señor cura —díjole una noche—, ¿creéis que los muertos puedan aparecerse?

—Hija mía, la historia sagrada, la historia profana, la historia moderna ofrecen varios testimonios a este respecto; pero la Iglesia no ha hecho nunca de ello un artículo de fe; y, por cuanto a la ciencia se refiere, en Francia, se burla de ello.

—Y vos, ¿qué creéis?

—El poder de Dios, hija mía, es infinito.

—¿Mi padrino os había hablado de esta clase de cosas?

—Sí, a menudo. Había cambiado completamente de opinión acerca de estas cosas. Su conversión data del día, según me dijo veinte veces, en que, en París, una mujer os oyó rezando por él, y vio el punto rojo con que vos marcasteis el día de San Sabiniano en vuestro almanaque.

Úrsula profirió un grito penetrante que hizo que el sacerdote se estremeciese: se acordaba de la escena en que, al regresar a Nemours, su padrino había leído en su alma y se había apoderado de su almanaque.

—Si ello es así —dijo—, entonces mis visiones son posibles. Mi padrino se estremeció, como Jesús a sus discípulos. ¡Se encuentra en un aura de luz amarilla, habla! Yo quería rogaros que dijeseis una misa para el reposo de su alma e implorar el auxilio de Dios con objeto de hacer cesar estas apariciones, que me dejan abrumada.

Refirió con toda clase de detalles sus tres sueños, insistiendo en la profunda veracidad de los hechos, en la libertad de sus movimientos, en el sonambulismo de un ser interior, que, según ella, se desplazaba bajo la dirección del espectro de su tío con

extraordinaria facilidad. Lo que sorprendió extrañadamente al sacerdote, de quien era conocida la veracidad de Úrsula, fue la descripción exacta de la habitación en otro tiempo ocupada por Celia Minoret en su establecimiento de la posta, donde Úrsula jamás había entrado, y de la que, en realidad, nunca había oído hablar.

—¿Por qué medios pueden realizarse estas extrañas apariciones? —dijo Úrsula—. ¿Qué pensaba mi padrino?

—Vuestro padrino, hija mía, procedía por hipótesis. Había reconocido la posibilidad de la existencia de un mundo espiritual, de un mundo de las ideas. Si las ideas son una creación propia del hombre, si subsisten viviendo con vida propia, deben tener formas inaprehensibles a nuestros sentidos externos, pero perceptibles con nuestros sentidos internos en determinadas condiciones. Así, las ideas de vuestro padrino pueden rodearos, y quizá vos las hayáis revestido con su apariencia. Además, si Minoret cometió esas acciones, ellas a su vez se resuelven en ideas; porque toda acción es el resultado de varias ideas. Ahora bien, si las ideas se mueven en el mundo espiritual, vuestro espíritu ha podido verlas penetrando en él. Estos fenómenos no son más extraños que los de la memoria, y los de la memoria son tan sorprendentes e inexplicables como los del perfume de las plantas, que quizá sean las ideas de la planta.

—¡Dios mío!, ¡de qué modo estáis engrandeciendo el mundo! Pero oír hablar a un muerto, verle caminar, actuar, ¿es, entonces, posible?...

—En Suecia, Swedenborg —respondió el padre Chaperon— demostró hasta la evidencia que se comunicaba con los muertos. Pero, por otra parte, venid a la biblioteca, y leeréis en la vida del famoso duque de Montmorency, decapitado en Toulouse, y que ciertamente no era hombre dado a imaginaciones, una aventura semejante a la vuestra, y que cien años antes le había sucedido a Cardan.

Úrsula y el cura subieron al primer piso, y el buen hombre buscó para ella una pequeña edición in 12º, impresa en París en 1666, de la *Histoire de Henri de Montmorency*, escrita por un clérigo contemporáneo y que había conocido al príncipe.

—Leed —dijo el cura dándole el volumen en las páginas 175 y 176—. Vuestro padrino ha leído a menudo este pasaje, y fijaos, todavía se encuentra un poco de su tabaco.

—¡Y él, en cambio, ya no existe! —dijo Úrsula cogiendo el libro para leer el pasaje siguiente:

«El sitio de Privas fue notable por la pérdida de algunas personas de mando: dos mariscales de campo murieron allí, a saber: el marqués de *Uxelles*, de una herida que recibió durante el ataque, y el marqués de *Portes*, de un mosquetazo en la cabeza. El día que fue muerto iba a ser nombrado mariscal de Francia. Aproximadamente en el momento en que murió el marqués, el duque de *Montmorency*, que dormía en su tienda, fue despertado por una voz parecida a la del marqués, que le decía adiós. El

amor que sentía por una persona que le era tan próxima hizo que atribuyese la ilusión de este sueño a la fuerza de su imaginación; y el trabajo de la noche, que había pasado, según su costumbre, en la trinchera, fue causa de que se durmiese sin ningún temor. Pero la misma voz le interrumpió otra vez, y el fantasma, al que no había visto más que durmiendo, le obligó a despertar de nuevo y oír claramente las mismas palabras que él había pronunciado antes de desaparecer. El duque se acordó entonces de que un día en que oyeron al filósofo *Pitart* hablar acerca de la separación de alma y cuerpo, habíanse prometido decirse adiós el uno al otro si el primero que muriese obtuviera permiso para ello. Entonces, temiendo la verdad de esta advertencia, envió prontamente a uno de sus criados al campamento del marqués, que estaba alejado del suyo. Pero antes de que el hombre regresara, vinieron preguntando por él, de parte del rey, el cual le hizo decir, por personas aptas a consolarle, el infortunio del que acababa de enterarse.

»Dejo que los doctores discutan la razón de este acontecimiento, que yo he oído varias veces referir al duque de *Montmorency*, y cuya maravilla y verdad yo he creído dignas de referirse.»

—Entonces —dijo Úrsula—, ¿qué debo hacer?

—Hija mía —repuso el cura—, se trata de cosas tan graves y que os resultan tan beneficiosas, que debéis guardar silencio absoluto. Ahora que me habéis confiado los secretos de esta aparición, probablemente ya no volverá a repetirse. Por otra parte, estáis lo suficientemente fuerte como para ir a la Iglesia; pues bien, mañana vos iréis a ella a dar gracias a Dios y a rogarle que conceda su descanso a vuestro padrino. Por otra parte, estad segura de que habéis depositado vuestro secreto en manos prudentes.

—¡Si supierais con qué terrores me duermo!, ¡qué miradas me dirige mi padrino! La última vez se agarraba a mi vestido para verme durante más rato. Me desperté con el rostro bañado en lágrimas.

—Sosegaos, que ya no volverá —le dijo el cura.

Sin perder un instante, el padre Chaperon fue a casa de Minoret y le rogó que le concediese un momento de audiencia en el pabellón chino, exigiéndole que estuvieran solos.

—¿No puede oírnos nadie? —dijo el padre Chaperon a Minoret.

—Nadie —respondió Minoret.

—Caballero, ya debéis conocer mi carácter —dijo el sacerdote clavando en el rostro de Minoret una mirada suave pero atenta—. Debo hablaros de cosas graves, extraordinarias, que sólo a vos incumben, y sobre las cuales debéis creer que guardaré el más profundo secreto, pero me es imposible no instruiros acerca de ellas. Cuando vivía vuestro tío, había allí —dijo el padre Chaperon señalando el lugar del mueble, un pequeño bufete de Boule con tablero de mármol (Minoret se puso lívido), y debajo de ese mármol vuestro tío había puesto una carta para su pupila.

El cura contó, sin omitir el más mínimo detalle, la conducta que había seguido un

Minoret con el otro Minoret. El ex jefe de posta, al oír el detalle de las dos cerillas que se habían apagado antes de inflamarse, sintió que los pelos se le ponían de punta sobre su cuero cabelludo.

—¿Quién ha podido forjar tales patrañas? —dijo al cura con voz ahogada, cuando éste hubo dado fin a su relato.

—El propio muerto.

Esta respuesta causó un ligero estremecimiento a Minoret, que también veía al doctor en sueños.

—Veo, señor cura, que Dios debe ser muy bueno, ya que hace milagros conmigo —dijo Minoret, a quien el peligro le inspiró el único chiste de su vida.

—Todo lo que hace Dios es natural —respondió el cura.

—Vuestra fantasmagoría no me asusta —dijo el coloso recobrando un poco su sangre fría.

—No vengo a asustaros, señor mío, porque nunca hablaré de esto a nadie —dijo el cura—. Sólo vos sabéis la verdad. Es un asunto entre vos y Dios.

—Veamos, señor cura, ¿me creéis capaz de un abuso de confianza tan horrible?

—No creo más que en los crímenes que me confiesan y de los cuales uno se arrepiente —dijo el sacerdote en tono apostólico.

—¿Un crimen? —exclamó Minoret.

—Un crimen espantoso en sus consecuencias.

—¿En qué?

—En lo que escapa a la justicia humana. Los crímenes que no se expían aquí abajo, lo serán en la otra vida. Dios mismo venga la inocencia.

—¿Creéis que Dios se ocupa de tales miserias?

—Si él no viera el mundo en todos sus detalles y con una sola mirada, de la misma manera que vos abarcáis todo un paisaje con los ojos, no sería Dios.

—Señor cura, ¿me dais palabra de que no habéis recibido estos detalles más que de parte de mi tío?

—Vuestro tío se ha aparecido tres veces a Úrsula para, repetírselos. Fatigada por sus sueños, la joven me ha confiado estas revelaciones bajo secreto, y las encuentra tan desprovistas de razón, que no hablará nunca de ellas. Por lo tanto, podéis estar tranquilo a este respecto.

—Pero es que yo estoy tranquilo de todas maneras, padre.

—Así lo deseo —repuso el anciano sacerdote—. Aun cuando yo tildase de absurdas estas advertencias dadas en sueños, me parecería necesario comunicároslas a causa de la singularidad de sus detalles. Vos sois un hombre honrado, y habéis ganado demasiado legalmente vuestra hermosa fortuna para querer añadir algo a ella por medio del robo. Por otra parte, sois un hombre casi primitivo, estaríais demasiado atormentado por los remordimientos. Tenemos en nosotros un sentimiento de lo justo, tanto en el hombre más civilizado como en el más salvaje, que no nos permite gozar en paz, del bien mal adquirido según las leyes de la sociedad en que vivimos, porque

las sociedades bien constituidas están modeladas sobre el orden mismo impuesto por Dios al mundo. Las sociedades son en esto de origen divino. El hombre no encuentra ideas, no inventa formas, sino que imita las relaciones eternas que le envuelven por todas partes. Así, ved lo que sucede: ningún criminal, al dirigirse al cadalso y pudiendo llevarse el secreto de sus crímenes, se deja cortar la cabeza sin hacer confesiones a las que se ve impulsado por un poder misterioso. Por lo tanto, mi querido señor Minoret, si estáis tranquilo, yo me alegro mucho.

Minoret quedóse tan estupefacto, que al marcharse el cura no le acompañó hasta la puerta. Cuando se creyó solo, tuvo un acceso de cólera propia de su temperamento sanguíneo: profería las más extrañas blasfemias, y daba a Úrsula los nombres más odiosos.

—Bpeno, ¿qué es lo que ha hecho esa chica? —le dijo su mujer, que se había acercado a él de puntillas, después de haber acompañado al cura hasta la puerta.

Por primera y única vez en su vida, Minoret, borracho de ira y fuera de sí por las reiteradas preguntas que le hizo su mujer, la golpeó tan fuertemente, que, cuando ella cayó al suelo magullada, viose obligado a cogerla en brazos, y avergonzado, llevarla a la cama. Minoret estuvo algo enfermo y el médico tuvo que hacerle dos sangrías. Cuando se hubo restablecido, todo el mundo observó que en él se habían operado ciertos cambios. Minoret se paseaba solo, y a menudo iba por las calles como un hombre inquieto. Parecía distraído y como si escuchase, él que nunca había tenido dos ideas en su cabeza. Finalmente, una noche, abordó en la Calle Mayor al juez de paz, quien, sin duda, iba a buscar a Úrsula para llevarla a casa de la señora de Portenduère, donde las partidas de *whist* se habían reanudado.

—Señor Bongrand, tengo algo muy importante que decirle a mi prima —dijo cogiendo por el brazo al juez—, y me alegro mucho de que vos estéis presente, porque podréis aconsejarla.

Encontraron a Úrsula estudiando; la joven se levantó con ademán solemne y frío al ver a Minoret.

—Hija mía, el señor Minoret quiere hablaros de negocios —dijo el juez de paz—. Entre paréntesis, no olvidéis darme vuestra inscripción de renta; voy a París, cobraré vuestro semestre y el de la Bougival.

—Querida prima —dijo Minoret—, nuestro tío os había acostumbrado a una vida de comodidad mayor que la que lleváis.

—Una persona puede ser muy feliz con poco dinero —dijo Úrsula.

—Yo creía que el dinero facilitaría vuestra felicidad —repuso Minoret—, y venía a ofrecéroslo, por respeto a la memoria de mi tío.

—Tenéis un modo natural de respetarla —dijo severamente Úrsula—. Podíais haber dejado su casa tal como estaba y vendérmela, porque no la habéis puesto tan alto precio más que en la esperanza de encontrar tesoros en ella...

—En fin —dijo Minoret evidentemente cohibido—, si tuvierais doce mil libras de renta os podríais casar más ventajosamente.

—Pero no las tengo.

—¿Pero si yo os las diese, a condición de comprar unas tierras en Bretaña, en la región de la señora de Portenduère, que entonces consentiría en que os casaseis con su hijo?...

—Señor Minoret —dijo Úrsula—, no tengo derecho a una suma tan considerable, y no podría aceptarla de vos.

Somos muy poco parientes y todavía menos amigos. Ya he sufrido demasiado las desgracias de la calumnia para querer dar pie a la maledicencia. ¿Qué he hecho yo para merecer ese dinero? ¿En qué os basaríais para hacerme tal regalo? Estas preguntas, que tengo derecho a dirigiros, y que cada cual contestaría a su manera, podían parecer la reparación de algún perjuicio, y yo no creo haber recibido ninguno. Vuestro tío no me educó en sentimientos innobles. Sólo debe aceptarse algo de los amigos: yo no podría sentir afecto por vos, y sería forzosamente ingrata, y no quiero exponerme a serlo.

—¿Rehusáis? —exclamó el coloso, al que jamás se le habría pasado por las mientes la idea de que alguien pudiera rechazar una fortuna.

—Rehúso —repitió Úrsula.

—Pero, ¿a título de que ibais a ofrecer semejante fortuna a la señorita? —preguntó el antiguo procurador, que miró fijamente a Minoret—. Vos tenéis una idea; ¿es cierto que tenéis una idea?

—Bien, la idea es hacer que se marche de Nemours, para que mi hijo me deje tranquilo, porque está enamorado de ella y quiere que sea su mujer.

—Bueno, ya veremos —respondió el juez de paz sujetándose bien las jafas—, dejadnos tiempo para reflexionar.

Acompañó a Minoret hasta su casa, aprobando la solicitud que le inspiraba el porvenir de Deseado, censurando un poco la precipitación de Úrsula y prometiéndole que trataría de convencerla. Tan pronto como Minoret estuvo en su casa, Bongrand fue a la del jefe de posta, le pidió prestado el cabriolé y el caballo, corrió a Fontainebleau, preguntó por el substituto y se enteró de que pasaba la velada en casa del subprefecto. El juez de paz, sumamente complacido, fue allá. Deseado estaba jugando una partida de *whist* con la mujer del procurador del rey, con la mujer del subprefecto y con el coronel del regimiento de guarnición.

—Vengo a traeros una buena noticia —dijo el señor Bongrand a Deseado—. Si amáis a vuestra prima Úrsula Mirouet, habéis de saber que vuestro padre no se opone a la boda.

—¿Que yo amo a Úrsula Mirouet? —exclamó Deseado riendo—. ¿De dónde me sacáis ahora a Úrsula Mirouet? Me acuerdo que vi algunas veces en casa del difunto Minoret, mi architío-abuelo, a esa niña, que ciertamente es una gran beldad; pero es de una devoción exagerada; y si, como todo el mundo, he hecho justicia a sus encantos, jamás he tenido trastornada mi cabeza por esa rubia un poco sosa —dijo sonriendo a la subprefecta (la subprefecta era una morena picante, según la vieja

expresión del pasado siglo)—. ¿De dónde venís, querido señor Bongrand? Todo el mundo sabe que mi padre es un señor feudal con cuarenta y ocho mil libras de renta en tierras agrupadas alrededor de su castillo del Rouvre, y todo el mundo me reconoce cuarenta y ocho mil razones perpetuas y radicales para no amar a la pupila del Ministerio fiscal. Si me casara, con una doñanadie, estas damas me tomarían por un solemne tonto.

—Entonces, ¿no habéis atormentado nunca a vuestro padre sobre este asunto?

—Nunca.

—¿Le oís, señor procurador del rey? —dijo el juez de paz al magistrado, que les había oído y al que llevó junto a una ventana, donde permanecieron cerca de un cuarto de hora charlando.

Una hora más tarde, el juez de paz, de regreso a Nemours, en casa de Úrsula, enviaba a la Bougival a buscar a Minoret, el cual acudió en seguida.

—La señorita... —dijo Bongrand a Minoret al verle entrar.

—¿Acepta? —dijo Minoret interrumpiéndole.

—No, todavía no —dijo el juez, tocándose sus gafas—, abriga escrúpulos acerca de vuestro hijo; porque la joven ha sido muy maltratada a propósito de una pasión parecida y conoce el precio de la tranquilidad. ¿Podéis jurarle que vuestro hijo está loco de amor y que no tenéis otra intención más que la de preservar a nuestra querida Úrsula de algunas nuevas *goupillerías*?

—¡Oh! sí, lo juro —dijo Minoret.

—¡Alto ahí, señor Minoret! —dijo el juez de paz sacando una de sus manos del bolsillo del pantalón para dar un golpecito en el hombro de Minoret, que se estremeció—. No hagáis tan a la ligera un juramento en falso.

—¿Un juramento en falso?

—Un juramento en falso existe entre vos y vuestro hijo, que acaba de jurar en Fontainebleau, en casa del subprefecto, en presencia de cuatro personas y del procurador del rey, que jamás había pensado en su prima Úrsula Mirouet. ¿Tenéis, pues, otras razones para ofrecerle tan enorme capital? Yo vi que vos habíais adelantado unos hechos venturosos, y por ello' fui yo mismo a Fontainebleu.

Minoret quedó estupefacto de su propia necesidad.

—Pero, no hay nada malo, señor Bongrand, en el hecho de ofrecer a una parienta la posibilidad de celebrar una boda que parece ha de labrar su felicidad y buscar pretextos para vencer su modestia.

Minoret, a quien el peligro acababa de aconsejar una excusa casi admisible, se secó la frente, en la que se veían grandes gotas de sudor.

—Ya conocéis las razones por las que he rehusado —repuso Úrsula—; y os ruego que no volváis por aquí. Sin que el señor de Pontenduère me haya confiado sus razones, tiene hacia vos sentimientos de desprecio, incluso de odio, que me prohíben recibiros. Mi felicidad constituye toda mi fortuna, no siento vergüenza al confesarlo; no quiero, pues, comprometer esta felicidad, porque el señor de Pontenduère no

aguarda más que la época de mi mayoría de edad para casarse conmigo.

—El proverbio de que *el dinero todo lo consigue* es muy embustero —dijo el colosal Minoret mirando al juez de paz, cuyos ojos escrutadores le tenían cohibido.

Se levantó, salió, pero fuera encontró la atmósfera tan pesada como en la salita.

—Sin embargo, es preciso que esto termine —dijose al volver a su casa.

—¿Y vuestra inscripción, pequeña? —dijo el juez de paz, algo asombrado de la tranquilidad de Úrsula después de un acontecimiento tan extraño.

Al llevar su inscripción y la de la Bougival, Úrsula encontró al juez de paz paseando a grandes zancadas.

—¿No tenéis idea acerca de los motivos que guían la conducta de ese gran zopenco? —dijo el juez de paz.

—Ninguna que yo pueda decir —respondió la joven.

El señor Bongrand se la quedó mirando con aire de sorpresa.

—Entonces tenemos la misma idea —respondió—. Tomad, guardad los números de estas dos inscripciones en caso de que yo las pierda: siempre hay que tomar estas precauciones.

Bongrand escribió entonces él mismo en una cartulina el número de la inscripción de Úrsula y el de la nodriza.

—Adiós, hija mía; estaré ausente dos días, pero llegaré al tercero para mi audiencia.

Aquella misma noche tuvo Úrsula una aparición que se efectuó de un modo extraño. Parecióle que su cama estaba en el cementerio de Nemours, y que la fosa de su tío se encontraba en la parte inferior de su cama. La piedra blanca en la que leyó la inscripción funeraria le ocasionó el más violento deslumbramiento al abrirse como la tapa rectangular de un álbum. Profirió gritos penetrantes, pero el espectro del doctor fue subiendo lentamente. Primero vio la cabeza amarilla y los blancos cabellos que brillaban envueltos por una especie de aureola. Bajo la frente desnuda, los ojos eran como dos ascuas, y el fantasma se elevaba como atraído por una fuerza superior. Úrsula temblaba horriblemente en su envoltura corporal, su carne era como un vestido ardiente, y había, según dijo ella más tarde, como otro yo que se agitaba allí dentro.

—¡Piedad —dijo—, padrino!

—¿Piedad? Ya no hay tiempo para ello —dijo el doctor con voz de muerto, según la inexplicable expresión de la joven al contar este nuevo sueño al padre Chaperon—. Él ha sido advertido, y no ha hecho caso de las advertencias. Los días de su hijo están contados. Si, dentro de algún tiempo, no lo ha confesado todo, llorará la muerte de su hijo, que va a perecer de una muerte horrible y violenta. ¡Que lo sepa bien!

El espectro mostró una hilera de cifras que brillaban sobre la pared, como si hubieran sido trazadas con fuego, y dijo:

—¡He ahí su sentencia!

Cuando su tío volvió a acostarse en su tumba, Úrsula oyó el ruido de la piedra que

volvía a caer, luego, a lo lejos, un extraño ruido de caballos y gritos de hombre.

Al día siguiente, Úrsula se encontró sin fuerzas. No pudo levantarse, tan agotada la había dejado este sueño. Rogó a su nodriza que fuese en seguida a buscar al padre Chaperon. El cura acudió después de haber dicho su misa; pero no se sorprendió por el relato de Úrsula: él tenía por cierta la expoliación, y no intentaba ya explicarse la vida anormal de su querida *pequeña soñadora*. Dejó en seguida a Úrsula y corrió a la casa de Minoret.

—Dios mío, señor cura —dijo Celia al sacerdote—, el carácter de mi marido se ha agriado, no sé lo que tiene. Hasta ahora, era como un niño; pero, desde hace dos meses, no es él mismo. ¡Fijaos que incluso ha llegado a pegarme, yo que soy tan dócil! Es evidente que ese hombre ha cambiado de forma radical. Le encontraréis en las rocas. Allí se pasa todo el día. ¿Qué hace allí?

A pesar del calor, pues era entonces el mes de septiembre de 1836, el sacerdote cruzó el canal y continuó por un sendero al ver a Minoret debajo de una de las rocas.

—Estáis muy atormentado, señor Minoret —dijo el sacerdote manifestándose al culpable—. Vos me pertenecéis, porque estáis sufriendo. Desgraciadamente, vengo, sin duda, a aumentar vuestros temores. Úrsula ha tenido esta noche un sueño terrible. Vuestro tío ha levantado la piedra de su tumba para profetizar desgracias en el seno de vuestra familia. Ciertamente, no vengo para infundiros miedo, pero debéis saber si lo que ha dicho...

—En realidad, señor cura, yo no estoy tranquilo en ninguna parte, ni siquiera en estas rocas... No quiero saber nada de lo que ocurre en el otro mundo.

—Entonces, me retiro; no he emprendido por gusto esta caminata bajo el calor —dijo el sacerdote secándose la frente.

—Bueno, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó Minoret.

—Estáis amenazado de perder a vuestro hijo. Si ha contado cosas que solamente vos sabíais, hemos de temer aquellas cosas que nosotros no sabemos. ¡Restituid, amigo mío, restituid! No os condenéis por un puñado de oro.

—Pero ¿qué es lo que he de restituir?

—La fortuna que el doctor destinaba a Úrsula. Vos cogisteis aquellas tres inscripciones, yo lo sé ahora. Habéis empezado por perseguir a la pobre muchacha, y termináis por ofrecerle una fortuna; caéis en la mentira, os perdéis en su laberinto y cometéis torpezas a cada instante. Sois poco hábil, habéis sido mal servido por vuestro cómplice Goupil, que se ríe de vos. Apresuraos, porque sois observado por personas inteligentes y perspicaces, por los amigos de Úrsula. ¡Restituid! Y si no salváis a vuestro hijo, que tal vez no esté amenazado, salvaréis vuestra alma, salvaréis vuestro honor. ¿Será en una sociedad constituida como la nuestra, será en una pequeña ciudad en la que tenéis todos vosotros puestos los ojos los unos sobre los otros, y donde todo se adivina, cuando no se sabe todo, donde podréis ocultar una fortuna mal adquirida? Vamos, hijo mío, un hombre inocente no me dejaría hablar así tanto tiempo.

—¡Id al diablo! —exclamó Minoret—. Yo no sé lo que *todos* vosotros venís buscando detrás de mí. Prefiero estas piedras, porque ellas me dejan en paz.

—Adiós, habéis sido avisado por mí, amigo mío, sin que ni aquella pobre niña ni yo hayamos dicho una palabra a nadie. Pero ¡tened cuidado!... Hay un hombre que tiene sus ojos clavados en vos. ¡Que Dios tenga piedad de vos!

El cura se alejó; luego, a unos pasos de distancia, volvióse para mirar otra vez a Minoret. Minoret sostenía su cabeza con las manos, porque su cabeza le molestaba. Minoret estaba un poco loco. Ante todo, había guardado las tres inscripciones, no sabía que hacer con ellas, no se atrevía a tocarlas él mismo, tenía miedo de que le viesan; no quería venderlas, y buscaba el medio de transferirlas. Hacía verdaderas novelas de negocios en las que el desenlace era siempre la transmisión de las malditas inscripciones. Sin embargo, en esta horrible situación, pensó en confesarlo todo a su mujer, con objeto de recibir consejo de ella. Celia, que tan bien había gobernado la barca, sabría sacarle de aquella situación apurada. Las rentas al tres por ciento estaban entonces a ochenta francos; se trataba, pues, con los atrasos, de una restitución cercana al millón. ¡Devolver un millón, sin que exista contra nosotros prueba alguna que diga, que lo hemos robado!... No era cosa fácil. Así, Minoret permaneció durante el mes de septiembre y una pequeña parte del de octubre presa de sus remordimientos, de su irresolución. Con gran asombro por parte de toda la ciudad, fue enflaqueciendo visiblemente.

## XX EL DUELO

Una circunstancia horrible precipitó la confidencia que Minoret pensaba hacer a Celia: la espada de Damocles se movió sobre sus cabezas. A mediados del mes de octubre, el señor y la señora Minoret recibieron de su hijo Deseado la carta siguiente:

«Querida madre, si no he ido a veros desde las vacaciones, es que ante todo me hallaba de servicio en ausencia del señor procurador del rey, además sabía que el señor de Portenduère aguardaba a que yo volviese a Nemours para buscarme querella. Cansado quizá de ver constantemente aplazada una venganza que él quiere tomarse en nuestra familia, el vizconde ha venido a Fontainebleau, donde había dado cita a uno de sus amigos de París, y después de haberse asegurado la colaboración del vizconde de Soulanges, jefe de escuadra de los húsares, que nosotros tenemos en guarnición, se ha presentado muy cortésmente a mi casa, acompañado de estos dos caballeros, y me ha dicho que mi padre era indudablemente el autor de las persecuciones infames ejercidas sobre Úrsula Mirouet, su futura: me ha dado pruebas de ello explicándome las confesiones de Goupil ante testigos, y la conducta de mi padre, quien al principio habíase negado a ejecutar las promesas hechas a Goupil para recompensarle por sus pérfidas invenciones, y que, después de haberle procurado el dinero para negociar el cargo de escribano en Nemours, había ofrecido, por miedo, su garantía al señor Dionis por el precio de su despacho, y que finalmente ha establecido a Goupil. El vizconde, no pudiendo batirse con un hombre de setenta años, y queriendo de todas formas vengar las injurias hechas a Úrsula, me pidió formalmente una reparación. Su decisión, tomada y meditada en silencio, era inquebrantable. Si yo me negaba al duelo, él había decidido encontrarme en un salón, delante de las personas de cuyo aprecio yo más dependía, e insultarme tan gravemente, que entonces yo me vería obligado a batirme o, de lo contrario, mi carrera se vería truncada. En Francia, un cobarde es rechazado de todas partes. Por otra parte, sus motivos para exigir una reparación serían explicados por hombres honorables. Ha dicho que lamentaba mucho tener que recurrir a tales extremos. Según sus testigos, lo más prudente por mi parte sería arreglar un encuentro como tienen por costumbre hacer las personas de honor, con objeto de que la querella no tuviera a Úrsula Mirouet por motivo. En fin, para evitar todo escándalo en Francia, podríamos efectuar con nuestros testigos un viaje al otro lado de la frontera más cercana. De esta forma, las cosas se arreglarían del mejor modo posible. Su apellido, ha dicho, vale diez veces mi fortuna, y su felicidad futura le hace arriesgar más que yo en el combate, que sería a muerte. Me ha invitado a escoger mis testigos y a decidir sobre estas cuestiones. Mis testigos elegidos se reunieron ayer con los suyos y han decidido por unanimidad que yo debía una reparación. Así, pues, dentro de ocho días, partiré para Ginebra con dos

de mis amigos. El señor de Portenduère, el señor de Soulanges y el señor de Trailles también van allá por su parte. Nos batiremos a pistola; se han determinado todas las condiciones del duelo: dispararemos tres veces cada uno, y después, suceda lo que suceda, todo habrá terminado. Para que no se sepa un asunto tan turbio, porque me encuentro en la imposibilidad de justificar la conducta de mi padre, os escribo en el último momento. No quiero ir a veros, a causa de las violencias a las que podríais entregaros y que no serían en modo alguno convenientes. Para hacer mi camino en el mundo, debo seguir sus leyes; y allí donde el hijo de un vizconde tiene diez razones para batirse, tiene ciento el hijo de un jefe de posta. Durante la noche pasaré por Nemours y os diré adiós.»

Una vez leída esta carta, hubo entre Celia y Minoret una escena que terminó con la confesión del robo, de todas las circunstancias que se relacionaban con él y de las extrañas escenas a las que daba lugar por todas partes, incluso en el mundo de los sueños. El millón fascinó a Celia tanto como había fascinado a Minoret.

—Quédate aquí tranquilo —dijo Celia a su marido, sin hacerle el más mínimo reproche por sus tonterías—; yo me encargo de todo. Nos quedaremos con el dinero, y Deseado no se batirá.

La señora Minoret cogió el chal y el sombrero, corrió con la carta de su hijo a la casa de Úrsula y la encontró sola, pues era mediodía.

A pesar de su aplomo, Celia Minoret sintióse algo desconcertada bajo la fría mirada que le dirigió la huérfana; pero se reprendió a sí misma, por así decirlo, su cobardía y asumió un tono despreocupado.

—Tomad, señorita Mirouet, hacedme el favor de leer esta carta, y decidme qué opináis de ella —exclamó, tendiendo a Úrsula la carta del sustituto.

Úrsula experimentó mil sentimientos contrarios al leer aquella carta, que le indicaba hasta qué extremo era amada, cuáles eran los cuidados de Sabiniano por el honor de aquella a la que tomaba por esposa; pero la joven era a la vez demasiado religiosa y demasiado caritativa para querer ser la causa de la muerte o de los sufrimientos de su más cruel enemigo.

—Os prometo, señora, impedir ese duelo, y podéis estar tranquila; pero os suplico me dejéis esta carta.

—Veamos, ángel mío, ¿no podemos hacer algo mejor? Escuchadme bien. Hemos reunido cuarenta y ocho mil libras de renta alrededor del Rouvre, un verdadero castillo real; además, podemos dar a Deseado veinticuatro mil libras de renta sobre el Libro de la deuda pública, en total, setenta mil francos anuales. Reconoceréis que no hay muchos partidos que puedan competir con él. Vos sois una pequeña ambiciosa y tenéis razón —dijo Celia al advertir el gesto de viva negación que hizo Úrsula—. Vengo a pedir os vuestra mano para Deseado; llevaréis el apellido de vuestro padrino, y esto será honrarle. Deseado, como habéis podido observar, es un guapo mozo; está muy bien visto en Fontainebleau, y pronto será procurador del rey. Vos, con vuestros

mimos y coqueterías, haréis que vaya a París. En París os regalaremos un hermoso hotel, allí brillaréis, desempeñaréis un papel, porque con setenta y dos mil francos de renta y los honorarios de un cargo, vos y Deseado seréis de la más alta sociedad. Consultad a vuestros amigos, y veréis lo que os dicen.

—No tengo necesidad de consultar más que a mi corazón, señora.

—¡Ta, ta, ta! ¿Vais a hablarme de ese pequeño conquistador de Sabiniano? ¡Diantre! Compraréis bien caro su apellido, sus bigotitos retorcidos como dos colmillos y sus negros cabellos. Llegaréis lejos en un hogar con siete mil francos de renta, y un hombre que en dos años contrajo en París cien mil francos de deudas. Ante todo, todavía no sabéis una cosa, hija mía, y es que todos los hombres se parecen, y sin alabarme, puedo deciros que mi Deseado vale tanto como el hijo de un rey.

—Olvidáis, señora, el peligro que en este momento corre vuestro hijo, y que no puede ser eludido más que por el deseo que el señor de Portenduère tiene de serme agradable. Este peligro no tendría remedio si él se enterase de que vos me estáis haciendo proposiciones deshonorosas... Sabed, señora, que me encontraré más feliz en la mediocre fortuna a la que hacéis alusión que en la opulencia con que queréis deslumbrarme. Por razones aún desconocidas, porque todo se sabrá, señora, el señor Minoret ha revelado, al perseguirme odiosamente, el afecto que me une al señor de Portenduère, y que puede confesarse, porque su madre sin duda habrá de bendecirlo: debo, pues, confesaros que este afecto, permitido y legítimo, constituye mi vida entera. Ningún destino, por brillante y elevado que pudiera ser, me hará cambiar. Yo amo sin que sea posible abandonar semblante de la antigua jefa de posta impulsó naturalmente al sacerdote a observar sucesivamente a las dos mujeres.

—¿Creéis en los aparecidos? —dijo Celia al cura.

—Y vos, ¿creéis en los desaparecidos? —respondió el sacerdote sonriendo.

Toda esa gente es muy ladina —pensó Celia—, y quieren engañarnos con sus argucias y sutilezas. Ese viejo sacerdote, ese viejo juez de paz y ese ridículo Sabiniano se entienden. Hay tantos sueños como pelos tengo yo en la palma de la mano.

Celia se marchó después de hacer un par de reverencias secas y breves.

—Ya sé por qué Sabiniano fue a Fontainebleau —dijo Úrsula al padre Chaperon, poniéndole al corriente sobre el duelo y rogándole que empleara su influencia para impedirlo.

—¿Y la señora Minoret ha venido a ofreceros la mano de su hijo? —dijo el anciano sacerdote.

—Sí.

—Probablemente Minoret ha confesado su crimen a su mujer —añadió el cura.

El juez de paz, que llegó en aquel momento, se enteró de la gestión y de la oferta que acababa de efectuar Celia, cuyo odio a Úrsula le era conocido, y miró al cura como diciéndole: «Salgamos, pues quiero hablaros de Úrsula sin que ella nos oiga».

—¡Sabiniano sabrá que habéis rehusado ochenta mil francos de renta y el gallo de Nemours! —dijo.

—¿Es, pues, un sacrificio? —respondió la joven—. ¿Hay verdaderos sacrificios cuando se ama realmente? En fin, ¿tengo algún mérito por rechazar al hijo de un hombre al que despreciamos? Que otras conviertan en virtudes sus repugnancias, pero no debe ser ésta la moral de una joven educada por personas como el señor Jordy, el padre Chaperon y nuestro querido doctor —dijo Úrsula mirando al retrato.

Bongrand cogió la mano de Úrsula y la besó.

—¿Sabéis —dijo el juez de paz al cura cuando estuvieron en la calle— lo que vino a intentar la señora Minoret? esta situación. Por tanto, sería un crimen por el que sería castigada si me casase con un hombre al que entregase un alma que por entero pertenece a Sabiniano. Ahora, señora, puesto que vos me obligáis a ello, aún os diré más: aunque no amase al señor de Portenduère, no podría decidirme a compartir las penas y las alegrías de la vida con vuestro señor hijo. Si el señor Sabiniano ha contraído deudas, vos habéis pagado a menudo las del señor Deseado. Nuestros caracteres no presentan ni aquellas semejanzas ni aquellas diferencias que permiten vivir juntos sin amargura oculta. Quizá yo tuviera con él la tolerancia que las mujeres deben a un esposo, y pronto resultaría una carga para él. Cesad, pues, de pensar en una alianza de la que soy indigna y a la que puedo negarme sin causaros la más leve pena, porque, con tales ventajas, no dejaréis de encontrar muchachas más bellas que yo, de una condición superior a la mía y más ricas.

—¿Me juráis, pequeña —dijo Celia—, que impediréis que esos dos jóvenes emprendan el viaje y se batan?

—Será, lo presiento, el mayor sacrificio que pueda hacerme el señor de Portenduère; pero mi corona de novia no debe ser tomada por unas manos ensangrentadas.

—Muchas gracias, prima, y deseo que seáis feliz.

—Y yo, señora —dijo Úrsula—, deseo que podáis ver realizado el hermoso porvenir de vuestro hijo.

Esta respuesta llegó al corazón de la madre del sustituto, a cuya memoria acudieron las predicciones del último sueño de Úrsula; permaneció de pie, con sus ojillos clavados en el rostro de Úrsula, tan blanca, tan pura y tan hermosa con su vestido de medio luto. La joven se había levantado para que su pretendida prima se decidiera a marcharse.

—Entonces, ¿creéis en los sueños? —preguntó Celia.

—Sufro demasiado sus consecuencias para no creer en ellos.

—Entonces... —dijo Celia.

—Adiós, señora —dijo Úrsula, despidiendo a la señora Minoret, al oír los pasos del cura.

El padre Chaperon se sorprendió de ver a la señora Minoret en casa de Úrsula. La quietud que reflejaba el

—¿Qué? —dijo el sacerdote mirando al juez con un aire que parecía simplemente curioso.

—Quería negociar un asunto de restitución.

—¿Entonces creéis...? —repuso el padre Chaperon.

—Yo no creo, tengo la certeza, y fijaos en eso.

El juez de paz señaló a Minoret, que se acercaba a ellos, al volver de su casa, pues, al salir de la de Úrsula, los dos amigos habían subido por la calle Mayor de Nemours.

—Obligado a actuar en lo criminal, he estudiado, naturalmente, muchos remordimientos, ¡pero nunca había visto algo como eso! ¿Quién ha podido dar esa flaqueza, esa palidez a unas mejillas cuya piel tensa como la de un tambor parecía estar a punto de reventar de salud? ¿Quién ha dado ojeras a esos ojos y amortiguado su vivacidad de campesino? ¿Hubierais creído nunca que tuviese arrugas esa frente, y que ese coloso pudiera ver jamás turbado su cerebro? ¡Por fin siente latir su corazón! Yo sé lo que es el remordimiento, como vos sabéis lo que es el arrepentimiento, querido señor cura: aquellos que hasta ahora he observado aguardaban su castigo o iban a sufrirlo para cumplir con el mundo, estaban resignados o respiraban venganza; pero he aquí el remordimiento sin expiación, el remordimiento puro, ávido de su presa y desgarrándola.

—¿Todavía no sabéis —dijo el juez de paz deteniendo a Minoret— que la señorita Mirouet acaba de rehusar la mano de vuestro hijo?

—Pero —dijo el cura—, descuidad, ella impedirá su duelo con el señor de Portenduère.

—¡Ah! ¿Mi mujer lo ha conseguido? —dijo Minoret—. Me alegro mucho, porque esta idea no me dejaba vivir.

—Estáis, en efecto, tan cambiado, que no parecéis el mismo —dijo el juez.

Minoret miraba alternativamente a Bongrand y al cura para saber si el sacerdote había cometido una indiscreción; pero el padre Chaperon conservaba una inmovilidad de rostro, una serenidad triste que tranquilizó al culpable.

—Y resulta mucho más sorprendente —seguía diciendo el juez de paz—, puesto que sólo deberíais experimentar satisfacción. Después de todo, vos sois el señor del Rouvre, habéis reunido allí las Bordières, todas vuestras tierras, vuestros molinos, vuestros prados... Tenéis cien mil libras de renta con vuestras inscripciones en el libro de la Deuda pública.

—Yo no tengo nada en el libro de la Deuda pública —apresuróse a decir Minoret.

—¡Bah! —dijo el juez de paz—. Mirad, eso es lo mismo que el amor de vuestro hijo para con Úrsula, tan pronto hace ascos de ella como la pide en matrimonio. ¡Después dé haber tratado de hacer morir de pena a Úrsula, vos la queréis por nuera! Señor mío, vos guardáis algo en vuestro saco...

Minoret trató de responder, buscó las palabras, pero sólo acertó a decir:

—Estáis de broma, señor juez de paz. Adiós, caballeros.

Y con paso lento entró en la calle de los Burgueses.

—¡Ha robado la fortuna de nuestra pobre Úrsula! Pero ¿dónde encontrar pruebas de ello?

—¡Dios lo quiera!... —dijo el cura.

—Dios ha puesto en nosotros un sentimiento que ya está hablando en ese hombre —repuso el juez de paz—; pero nosotros damos a eso el nombre de *suposiciones*, y la justicia humana exige algo más.

El padre Chaperon guardó el silencio propio de un sacerdote.

Como sucede en tales circunstancias, pensaba con mayor frecuencia de lo que él quería en la expoliación casi confesada por Minoret, y en la felicidad de Sabiniano evidentemente retardada por la escasez de fortuna de Úrsula; porque la anciana señora reconoció en secreto con su confesor cuán mal había obrado al no consentir en la boda de su hijo mientras el doctor aún vivía. Al día siguiente, al bajar del altar, después de la misa, el sacerdote viose asaltado por una idea que en su mente tuvo la fuerza de una voz; hizo una seña a Úrsula indicándole que le esperase, y fue a casa de ella sin haber desayunado.

—Hija mía —le dijo el cura—, quiero ver los dos volúmenes en los cuales el padrino de vuestros sueños pretende haber puesto sus inscripciones y sus billetes de banco.

Úrsula y el cura subieron a la biblioteca y cogieron el tercer volumen de las *Pandectas*. Al abrirlo, el anciano observó, con asombro, la marca dejada en las hojas por unos papeles, que, ofreciendo menos resistencia que la tapa, guardaban aún la huella de las inscripciones. Luego, en el otro volumen, reconoció una especie de concavidad producida por la prolongada permanencia de un paquete y su huella en medio de las dos páginas en folio.

—¡Subid, señor Bongrand! —gritó la Bougival al juez de paz, que pasaba en aquel momento.

Bongrand llegó precisamente en el instante en que el cura se colocaba las gafas para leer los tres números escritos por el propio doctor Minoret en las guardas del libro, en papel vitela de color, pegadas por el encuadernador en el interior de las tapas. Era Úrsula quien acababa de descubrir estos números.

—¿Qué significa eso? Nuestro querido doctor era demasiado bibliófilo para echar a perder las guardas de las tapas de un libro —decía el padre Chaperon—; he aquí tres números inscritos entre un primer número precedido de una M y otro número precedido de una U.

—¿Qué decís? —preguntó Bongrand—. Dejadme verlo. ¡Dios mío! —exclamó el juez de paz—. ¿No sería esto capaz de abrir los ojos a un incrédulo, demostrándole que existe la Providencia? Creo que la justicia humana es el desarrollo de un pensamiento divino que planea sobre el mundo.

Cogió a Úrsula y la besó en la frente.

—¡Oh, hija mía! ¡Seréis dichosa y rica gracias a mí!

—¿Qué os ocurre? —dijo el cura.

—¡Señor, señor! —exclamó la Bougival tomando al juez por su levita azul—. ¡Oh! Dejadme que os dé un beso por lo que acabáis de decir.

—¡Explicaos, a fin de no damos una falsa alegría! —dijo el cura.

—Si para llegar a ser rica, he de causar la desgracia de alguien —dijo Úrsula vislumbrando un proceso judicial—, yo...

—Vamos —dijo el juez de paz interrumpiendo a Úrsula—, pensad en la alegría que daréis a nuestro querido Sabiniano.

—¡Pero vos estáis loco! —dijo el cura.

—No, señor cura —dijo el juez de paz—; escuchad: las inscripciones en el libro de la Deuda Pública tienen tantas series como letras hay en el alfabeto, y cada número lleva la letra de su serie; pero las inscripciones de renta al portador no pueden tener letras, porque no van a nombre de nadie: así, pues, lo que veis demuestra que el día en que doctor invirtió sus fondos en valores del Estado, tomó nota del número de su inscripción por valor de quince mil libras de renta que lleva la letra M (Minoret), y de los números sin letras de tres inscripciones al portador y de la de Úrsula Mirouet, cuyo número es 23.534, que sigue, como veis, inmediatamente al de la inscripción de quince mil francos. Esta coincidencia demuestra que estos números son los de cinco inscripciones adquiridas el mismo día, y anotadas por el doctor en caso de pérdida. Yo le había aconsejado que invirtiera la fortuna de Úrsula en inscripciones al portador, y él ha tenido que emplear sus capitales, el que destinaba a Úrsula y el que pertenecía a su pupila, el mismo día. Voy a casa de Dionis a consultar el inventario; y si el número de la inscripción que él ha dejado a su nombre es 23.533, letra M, podemos tener la seguridad de que asentó, por medio del mismo agente de cambio, y el mismo día, *primo*, sus fondos en una sola inscripción; *secundo*, sus ahorros en tres inscripciones al portador, numeradas sin letra de serie; *tertio*, los fondos de su pupila: el libro de las transferencias ofrecerá pruebas irrefutables sobre ello. ¡Ah, astuto, Minoret, ya os he cogido! ¡Chitón, hijos míos!

El juez de paz dejó al cura, a la Bougival y a Úrsula en medio de una profunda admiración de los caminos por los que Dios dirige la inocencia hacia su triunfo.

—El dedo de Dios se ve en esto —exclamó el padre Chaperon.

—¿Sabéis si le harán daño? —preguntó Úrsula.

—¡Ah! Señorita —exclamó la Bougival—, yo regalaría una cuerda para que le ahorcasen.

El juez de paz se hallaba ya en casa de Goupil, el designado como sucesor de Dionis, y entraba en el despacho con un aire bastante indiferente.

—Debo tomar una pequeña información sobre la herencia Minoret —dijo a Goupil.

—¿De qué se trata? —le respondió Goupil.

—¿El doctor dejó una o varias inscripciones de renta al tres por ciento?

—Dejó quince mil libras de renta al tres por ciento —dijo Goupil— en una sola inscripción: yo mismo la copié.

—Consultad, pues, el inventario —repuso el juez.

Goupil cogió una carpeta, rebuscó en ella la minuta, la encontró y leyó: «*Item*, una inscripción...» ¡Tomad, leed!... «Bajo el número 23.533, letra M».

—Haced el favor de entregarme un extracto de este artículo del inventario dentro de una hora; lo aguardo.

—¿De qué puede servir? —preguntó Goupil.

—¿Queréis ser notario? —dijo el juez de paz mirando con severidad al designado sucesor de Dionis.

—¡Ya lo creo! —exclamó Goupil—. Bastantes culebras he tenido que tragar para poder llegar a mi ambicionada meta. Os ruego que me creáis, señor juez de paz, aquel miserable primer pasante llamado Goupil nada tiene en común con el señor Juan Sebastián María Goupil, notario de Nemburs, esposo de la señorita Massin. ¡Esos dos seres no se conocen, ni siquiera se parecen ya! ¿Es que no me veis?

El señor Bongrand se fijó entonces en el atuendo de Goupil, que llevaba una corbata blanca, una resplandeciente camisa adornada con botones de rubíes, un chaleco de terciopelo encamado, y un traje de elegante paño negro confeccionado en París. Calzaba unas hermosas botas. Sus cabellos, peinados con esmero, olían bien. En fin, parecía metamorfoseado.

—La verdad es que parecéis otro hombre —dijo Bongrand.

—¡Tanto en lo moral como en lo físico! Todo esto es obra de la fortuna...

—Tanto en lo moral como en lo físico —respondió el juez poniéndose bien las gafas.

—¡Eh!, caballero, ¿un hombre de cien mil escudos de renta, es quizás un demócrata? Tomadme, pues, por un hombre honrado que conoce la finura —añadió al ver entrar a la señora Goupil—. Estoy tan cambiado —dijo— que hasta encuentro inteligente a mi prima Crémère. Como veis, soy un hombre completamente distinto, dispuesto a impedir que un cliente haga una *suciedad*.

—Apresuraos, pues —dijo entonces Bongrand—. Haced que tenga lo que os he pedido dentro de una hora, y el notario Goupil habrá reparado algunas de las equivocaciones del primer pasante.

Después de haber rogado al médico de Nemours que le prestase su caballo y su cabriolé, el juez de paz fue a buscar los dos volúmenes acusadores, la inscripción de Úrsula, y provisto de un extracto del inventario, corrió a Fontainebleau, a casa del procurador del rey. Bongrand demostró fácilmente la sustracción de las tres inscripciones efectuada por un heredero, y por consiguiente, la culpabilidad de Minoret.

—Su conducta se explica —dijo al procurador del rey.

En seguida, como medida de prudencia, el magistrado redactó para el Tesoro una oposición a la transferencia de las tres inscripciones, encargó al juez de paz que fuese a buscar la cuota de renta de las tres inscripciones y averiguase si habían sido vendidas.

Mientras el juez de paz estaba actuando en París, el procurador del rey escribió cortésmente a la señora Minoret rogándole que pasara por su despacho. Celia, inquieta por el duelo de su hijo, se vistió, hizo enganchar los caballos y fue *in fiocchi*

a Fontainebleau. El plan del procurador del rey era sencillo y formidable. Al separar a la mujer del marido, iba, como consecuencia del terror que ocasiona la justicia, a enterarse de la verdad. Celia halló al magistrado en su gabinete y quedó completamente aterrada por estas palabras dichas sin ambages:

—Señora, yo no os creo cómplice de una sustracción efectuada en la herencia Minoret, y tras la cual anda en estos momentos la justicia; pero podéis evitar la Audiencia de lo Criminal para vuestro marido si confesáis todo lo que sabéis. Por otra parte, el castigo en que incurrirá vuestro marido no es lo único que hay que temer: hay que evitar la destitución de vuestro hijo. Dentro de unos instantes, ya no habrá tiempo, los gendarmes están a punto de salir y pronto partirán para Nemours con el auto de prisión.

Celia se sintió mal. Cuando se hubo recobrado un poco, confesó abiertamente. Después de haber demostrado fácilmente a aquella mujer que ella era cómplice, el magistrado le dijo que, para no perder a su hijo ni a su marido, hacía falta proceder con cautela.

—Habéis tenido que habéroselas con el hombre y no con el magistrado —le dijo—. No hay ni demanda por parte de la víctima ni publicidad del robo; pero vuestro marido ha cometido horribles delitos, señora, que son de la jurisdicción de un tribunal menos indulgente que yo. En el estado en que se encuentra este asunto, os veréis obligada a quedar detenida... ¡Oh! En mi casa, y bajo palabra —dijo al ver que Celia estaba a punto de desvanecerse—. Pensad que en rigor yo debería requerir un auto de prisión y ordenar el inicio de una instrucción; pero en estos momentos actúo como tutor de la señorita Úrsula Mirouet, y sus intereses bien entendidos exigen que sea transigente.

—¡Ah! —dijo Celia.

—Escribid a vuestro marido estas palabras:

Y dictó a Celia la siguiente carta, después de haberla hecho sentar en su mesa escritorio:

*Hamigo miyo, hestoi detenida i lo e dicho todo. De buelve las inscripciones que nuestro tiyo abia degado al señor de Portenduère en birtu del testa mentó qe tu qemaste, por qe el señor procurador del rei hacava de acer oposición al tesoro.*

—De este modo le vais a evitar denegaciones que le perderían —dijo el magistrado, sonriendo ante aquella ortografía—. Vamos a procurar que la restitución se efectúe de un modo conveniente. Mi mujer hará vuestra estancia en mi casa lo menos desagradable posible, y os invito a que no digáis una palabra ni parezcáis afligida.

Una vez que la madre del sustituto hubo confesado y fue encerrada, el magistrado mandó llamar a Deseado, le contó con detalle el robo cometido por su padre ocultamente en perjuicio de Úrsula, y abiertamente en perjuicio de sus coherederos, y

le mostró la carta escrita por Celia. Deseado fue el primero en solicitar permiso para trasladarse a Nemours a fin de hacer que su padre efectuara la restitución.

—Todo es grave —dijo el magistrado—. Habiendo sido destruido el testamento, si la cosa se divulga, los herederos Massin y Crémère, vuestros parientes, pueden intervenir. Yo tengo ahora pruebas suficientes contra vuestro padre. Os devuelvo a vuestra madre, a quien esta pequeña ceremonia ha edificado suficientemente en lo que concierne a sus deberes. A los ojos de ella, parecerá como si yo hubiera accedido a vuestras súplicas devolviéndole la libertad. Id a Nemours con ella y arreglad todas estas dificultades. No temáis nada de nadie. El señor Bongrand ama demasiado a la señorita Mirouet para cometer una indiscreción.

Celia y Deseado partieron en seguida para Nemours. Tres horas después de la partida de su sustituto, el procurador del rey recibió de mano de un propio la siguiente carta, cuya ortografía ha sido restablecida, para que el lector no se ría de un hombre afectado por la desgracia:

«AL SEÑOR PROCURADOR DEL REY CERCA DEL TRIBUNAL DE FONTAINEBLEAU

»Señor:

»Dios no ha sido tan indulgente como vos para con nosotros, y nosotros hemos sido alcanzados por una desgracia irreparable. Al llegar al puente de Nemours, se desprendió una pieza del coche. Mi mujer se hallaba en la parte trasera, sin ningún criado; los caballos olían la cuadra; mi hijo, temiendo su impaciencia, no quiso que el cochero bajase y se apeó él mismo para volver a colocar la pieza en su sitio. En el momento en que volvía a subir al lado de su madre, los caballos se desbocaron, Deseado no tuvo tiempo de arrimarse contra el parapeto, el estribo le ha cortado las piernas, ha caído y la rueda trasera ha pasado por encima de su cuerpo. El propio que corre a París en busca de los primeros cirujanos os entregará esta carta, que mi hijo, en medio de sus dolores, me ha dicho que os escribiese, para haceros saber nuestra entera sumisión a vuestras decisiones sobre el asunto que él iba a arreglar en su familia.

»Hasta que yo muera os agradeceré el modo cómo estáis procediendo y haré que vuestra confianza sea justificada.

»FRANCISCO MINORET.»

Este cruel acontecimiento trastornó a la ciudad de Nemours. La multitud emocionada, junto a la verja de la casa de los Minoret, hizo comprender a Sabiniano que su venganza había sido ejecutada por alguien más poderoso que él. El gentilhomme fue rápidamente a casa de Úrsula, donde el cura, así como la joven, experimentaban más terror que sorpresa.

Al día siguiente, después de los primeros vendajes, cuando los médicos y los

cirujanos hubieron dado su parecer que fue unánime sobre la necesidad de amputar ambas piernas, Minoret acudió abatido, pálido, deshecho, acompañado del cura, a la casa de Úrsula, donde se encontraban Bongrand y Sabiniano.

—Señorita —le dijo—, soy muy culpable para con vos; pero, si todas mis faltas no son completamente reparables, hay algunas que puedo expiar. Mi mujer y yo hemos prometido daros en completa propiedad nuestras tierras del Rouvre en el caso en que conservásemos a nuestro hijo y también si tuviéramos la horrible desgracia de perderlo.

Aquel hombre rompió a llorar al terminar esta frase.

—Puedo aseguraros, querida Úrsula —dijo el cura—, que podéis y debéis aceptar una parte de esta donación.

—¿Nos perdonáis? —dijo humildemente el coloso arrodillándose ante la joven, asombrada—. Dentro de unas horas, la operación será efectuada por el primer cirujano del Hospital; pero yo no confío en la ciencia humana, ¡creo en la omnipotencia de Dios! Si me perdonáis, si vais a pedir a Dios que salve la vida de nuestro hijo, él tendrá fuerzas para soportar este suplicio, y estoy seguro de que tendremos la dicha de conservarlo.

—¡Vamos todos a la iglesia! —dijo Úrsula levantándose.

Una vez de pie, profirió un grito penetrante, volvió a caer en su butaca y se desmayó. Cuando hubo recobrado el sentido, vio a sus amigos, menos Minoret, que se había precipitado a la calle para ir en busca de un médico; y todos, con los ojos clavados en ella, inquietos, aguardaban a que la joven hablase. Las palabras que dijo dejó helados sus corazones.

—He visto a mi padrino junto a la puerta —dijo— y con una seña me ha indicado que no hay esperanza.

Efectivamente, Deseado murió al día siguiente de la operación, a consecuencia de la fiebre y de la revulsión en los humores que sucede a esta clase de operaciones. La señora Minoret, en cuyo corazón no había más sentimiento que el de la maternidad, volvióse loca después del entierro de su hijo, y fue llevada por su marido a la clínica del doctor Blanche, donde falleció en 1841.

Tres meses después de estos acontecimientos, en enero de 1837, Úrsula se casó con Sabiniano, con el consentimiento de la señora de Portenduère. Minoret intervino en el contrato para dar a la señorita Mirouet sus tierras del Rouvre y veinticuatro mil francos de renta sobre el libro de la Deuda Pública, no conservando de su fortuna más que la casa de su tío y seis mil francos de renta. Se convirtió en el hombre más caritativo, más devoto de Nemours; es mayordomo de la parroquia y ha llegado a ser la providencia de los desgraciados.

—Los pobres han sustituido a mi hijo —dice.

Si habéis observado al borde de los caminos, en las regiones en las que se desmochan las encinas, algún viejo árbol blanqueado y como herido por el rayo, que aún echa brotes, con los flancos abiertos e implorando la obra del hacha, tendréis una

idea del anciano jefe de posta, de blancos cabellos, enflaquecido, en el cual los viejos de la comarca no encuentran nada del feliz imbécil que el lector ha encontrado mientras esperaba a su hijo, al principio de esta historia; ya no toma su rapé de la misma manera, lleva algo más que su cuerpo. En fin, todo demuestra que el dedo de Dios se ha posado sobre ese hombre para hacer de él un ejemplo terrible. Después de haber odiado tanto a la pupila de su tío, este anciano, lo mismo que el doctor Minoret, ha concentrado hasta tal punto su afecto en Úrsula, que se ha constituido en administrador de sus bienes en Nemours.

El señor y la señora de Portenduère pasan cinco meses del año en París, donde han comprado en el Faubourg Saint-Germain un magnífico hotel. Después de haber donado su casa de Nemours a las Hermanas de la Caridad para establecer en ella una escuela gratuita, la señora de Portenduère madre ha ido a vivir al Rouvre, cuya ama de llaves es la Bougival. El padre de Cabirolle, antiguo conductor de *la Ducler*, hombre de sesenta años, se ha casado con la Bougival, que posee mil doscientos francos de renta, además del buen sueldo de su cargo. Cabirolle hijo es el cochero del señor de Portenduère.

Cuando, al ver pasar por los Campos Elíseos uno de esos encantadores coches pequeños y bajos, llamados *caracoles*, forrados de seda gris lino, con adornos azules, admiráis en ella a una linda mujer rubia, con el rostro envuelto por miles de rizos, con unos ojos luminosos y llenos de amor, ligeramente apoyada en un joven apuesto, sintierais la punzada de un deseo envidioso, pensad que esa hermosa pareja amada de Dios ya pagó de antemano su parte en las desgracias de la vida. Estos dos jóvenes casados, enamorados, serán probablemente el vizconde de Portenduère y su esposa. No hay dos matrimonios parecidos en París.

—Es la pareja más feliz que he visto en mi vida —decía refiriéndose a ellos últimamente la señora condesa de l’Estorade.

Benedicid, pues, a esas dos criaturas felices en lugar de tener celos de ellas, y pensad que la joven es Úrsula Mirouet, que fue educada por tres ancianos y por la mejor de las madres, que es la adversidad.

Goupil, que hace favores a todo el mundo, y al que justificadamente se considera como el hombre más ingenioso de Nemours, goza del aprecio de su pequeña ciudad; pero ha sido castigado en sus hijos, que son horribles, raquíticos, hidrocefalos. Dionis, su predecesor, brilla en la Cámara de los Diputados, de la cual es uno de los más bellos ornatos, con gran satisfacción por parte del rey de los franceses, que ve a la señora Dionis en todos sus bailes. La señora Dionis cuenta a toda la ciudad de Nemours los detalles de sus recepciones en las Tullerías y las magnificencias de la corte del rey de los franceses; ella reina en Nemours en virtud de un trono que entonces llega a ser realmente popular.

Bongrand es presidente del Tribunal de Melun; su hijo se halla en camino de convertirse en un procurador general muy honorable.

La señora Crémère sigue diciendo las más lindas sandeces del mundo. La víspera

de la boda de su hija, le dijo, al terminar sus instrucciones, que *una mujer debe ser la oruga obrera* del hogar, y debe vigilarlo todo con *ojos de esfinge*. Por otra parte, Goupil está reuniendo todas estas graciosas expresiones de su prima en su *Cremierana*.

—Hemos tenido la desgracia de perder al buen padre Chaperon —ha dicho este invierno la señora vizcondesa de Portenduère, que lo había cuidado durante su enfermedad.

Todo el cantón estuvo presente en el entierro del padre Chaperon. Nemours ha tenido suerte, porque el sucesor de este santo varón es el venerable párroco de Saint-Lange.

París, junio-julio de 1841.

## APÉNDICE

### LOS HEREDEROS BOIROUGE Fragmento de «Historia General»

#### PREFACIO

Antes de iniciar el relato de esta historia, es preciso sumergirse en el aburrido cuadro sinóptico del cual ningún historiador ha tenido jamás idea, pero sin él resultaría imposible comprender nada de este asunto.

Se trata de un árbol genealógico tan complicado como el de la familia principesca alemana más fértil en líneas de descendencia que jamás haya sido exhibida en el *Almanaque de Gotha*, aunque en realidad no se trate más que de un linaje burgués y desconocido.

Por otra parte, este trabajo tiene un mérito. En cualquier ciudad adonde vayáis, cambiad los nombres y hallaréis las mismas cosas. Por todas partes, en el continente, en las islas, en Europa, en las más pequeñas aldeas, bajo los doseles imperiales, encontraréis los mismos intereses, el mismo hecho.

Esto, para emplear una expresión de nuestra época, es normal.

#### I

Sancerre es una de las ciudades de Francia donde el protestantismo ha perdurado. Allí el protestante forma un pueblo bastante parecido al pueblo judío; el protestante de aquel lugar es generalmente artesano, comerciante, prestamista, avaro, permanece fiel a las profesiones de sus padres, como consecuencia de su obediencia a las viejas leyes que le prohibían el acceso a los cargos públicos; y aunque, después de la Revolución, hayan sido abrogadas las órdenes prohibitivas, el liberalismo y la aristocracia, esas dos opiniones enemigas, han hecho revivir moralmente, bajo la Restauración, los antiguos prejuicios.

Existe la rica burguesía protestante y los simples artesanos industrioses, dos matices dentro del pueblo. Ahora bien, la burguesía protestante sólo se componía de tres familias, o más bien de tres apellidos, los Chandier, los Bianchon y los Popinot. Los artesanos se concentraban en los Boirouge, los Mirouet y los Bongrand.

Toda familia que no era más o menos Chandier-Popinot, Popinot-Chandier, Bianchon-Popinot, Popinot-Bianchon, Chandier-Chandier, Bianchon-Chandier, Bianchon-Grandbrar, Chandier-Grossequille, Popinot *primus*, o Boirouge-Mirouet, Mirouet-Bongrand, Bongrand-Boirouge, etc. —porque cada cual puede inventar los entrecruzamientos y las mil variedades de este calidoscopio generativo—, ese hombre o esa mujer era algún pobre obrero, viñador, criado sin importancia en la ciudad.

Después de estas dos grandes fracciones, en las que las tres razas primitivas se empenachaban a sí mismas, se encontraba un tercer clan, como diría Walter Scott, engendrado por las alianzas entre la burguesía y los artesanos. Así, el protestantismo

sancerrense tenía sus Chandier-Boirouge, sus Popinot-Mirouet, y sus Bianchon-Bongrand, de donde brotaban otras familias en las que los apellidos se triplicaban o se sextuplicaban.

De esta constante red de familias resultaba un hecho singular: el Mirouet pobre era casi un extraño para el Mirouet rico; los parientes más unidos no eran los más próximos; una Chandier a secas, simple jornalera, iba por unos céntimos a trabajar en casa de una señora Chandier-Popinot, la esposa del más encopetado notario.

Las seis lanzaderas sancerrerenses tejían perpetuamente una tela humana, cada pedazo de la cual tenía su destino, toalla o vestido, tela espléndida o forro; era la misma sangre que se encontraba en aquel cuerpo, cerebro, linfa, sangre venosa o arterial, en los pies, en el corazón, en los pulmones, en las manos o en otras partes.

Estos tres clanes exportaban a París sus hijos aventureros. Allí los unos eran simples comerciantes de vino, en las esquinas, bajo la protección de la *Ciudad de Sancerre*. Los otros abrazaban la cirugía, la medicina, estudiaban derecho o comerciaban.

En el momento en que el historiador escribe esta página de sus anales, existe en París un Bianchon, ilustre doctor, cuya gloria médica sostiene la de la Escuela de París. ¿Qué parisiense no ha leído en los muros de su *cité* los grandes anuncios de la casa Popinot y compañía, perfumista, en la calle de los Lombardos? No hay un juez de instrucción en el Tribunal del Sena que lleva el apellido Popinot, tío del Popinot perfumista, y que se había casado con una tal señorita Bianchon, porque los sancerrerenses parisienses se alían entre ellos, impulsados por la fuerza de la costumbre y se esparcen en la burguesía con la tenacidad que confiere el espíritu de familia.

Dirijamos las miradas un poco más arriba. Examinemos la humanidad. La ojeada sobre la unión del protestantismo sancerrerense demuestra un hecho singular del que damos la fórmula a continuación. Todas las familias nobles del siglo XIII cooperaron en el nacimiento de un Rohan de hoy. Dicho con otros términos, todo burgués es primo de un burgués, todo noble es primo de un noble. Como indica la sublime página de las genealogías bíblicas, en mil años tres familias pueden cubrir con sus hijos la superficie del globo. Basta para probarlo, aplicar a la investigación de los antepasados y a su acumulación —que aumenta con el tiempo por medio de una progresión geométrica multiplicada por ella misma— el cálculo de aquel sabio que, pidiendo al rey de Persia como recompensa por haber inventado el juego de ajedrez, un grano de trigo para la primera casilla del tablero, doblando la suma hasta la última casilla, hizo ver al monarca que no habría en su reino riquezas suficientes para poder pagarle.

Se trata, pues, aquí de establecer, fuera de la ley general que regía los tres principales linajes protestantes de Sancerre, el árbol genealógico de una sola rama de los Boirouge.

En 1832, existía en Sancerre un anciano de unos noventa años de edad, al que respetuosamente llamaban el tío Boirouge.

Sólo él, en Sancerre, se llamaba Boirouge a secas. Nacido en 1742, era sin duda hijo de algún artesano, que escapó a los efectos de la revocación del Edicto de Nantes, a causa de su pobreza, porque la historia nos enseña que los ministros de Luis XIV se ocuparon entonces exclusivamente de los religionarios en posesión de grandes bienes territoriales y fueron indulgentes con los proletarios. ¡Que vuestra atención no se fatigue!

En 1760, a la edad de dieciocho años, Esperanza Boirouge, habiendo perdido a su padre y a su madre, abandonó a su hermana, María Boirouge, a la buena de Dios, dejó a su hermano, Pedro Boirouge, viñador en la aldea de Saint-Satur, y fue a París, a la casa de un Chandier, comerciante en vinos establecido en Saint-Martin, *au Fort-Samson*, enseña protestante que cualquiera podía ver todavía en 1820 encima de los barrotes de hierro de la tienda, siempre regentada por un sancerrense, y donde se bebía el vino del tío Boirouge.

Esperanza Boirouge era un hombre bajito y robusto, como el fuerte Sansón. Fue segundo dependiente, más tarde primer dependiente, del señor Chandier, célibe algo taciturno, de cuarenta y cinco años de edad, comerciante de vinos desde hacía veinte años, y que, cansado de su comercio, vendió el negocio a Boirouge, para poder volver a su querida Sancerre. Allí compró la vieja casa que forma la esquina de la Grande-Rue con la calle de Saint-Pères, frente a la plaza de la Panneterie.

Este acontecimiento tuvo efecto a fines del año 1765.

Vender su establecimiento de París a Esperanza Boirouge no era nada, lo importante era cobrar, tocar dinero.

El señor Chandier, una vez adquirida su casa, no poseía más que seis jornadas de viñas y las diez mil libras, valor de su fondo, que quería invertir en viñas, con objeto de vender las cosechas al *Fort Samson* y poder ir vegetando en paz.

Quiso casar al joven Boirouge con una Congrand, hija de un comerciante en paños, que tenía doce mil libras de dote, pero, pensándolo bien, la guardó para sí, no tuvo hijos, murió al cabo de tres años de matrimonio sin haber recibido un ochavo de aquel *pillo* de Boirouge, según decía.

Aquel *pillo* de Boirouge fue a Sancerre para entenderse con la viuda, y se entendieron tan bien, que se casó con ella.

Su hermana, María Boirouge, habíase casado con un Mirouet, el mejor panadero de Sancerre, y su hermano, el viñador, había muerto sin hijos.

A los treinta y un años, en 1771, Esperanza Boirouge encontróse, pues, aliado con Bongrand, consiguió, sin ningún desembolso, el *Fort Samson*, y su mujer le aportó doce mil libras, invertidas en viñas, las viñas del viejo Chandier, y la casa situada a la esquina izquierda de la calle de Saint-Pères, en la Grande-Rue. Aquella casa la alquiló; dio el gobierno de las viñas al señor Bongrand, su suegro, prometiéndose vender él mismo sus productos, y volvió a París, para que su mujer reinase tras el mostrador de estaño del *Fort Samson*.

Hubo una circunstancia que contribuyó a la fortuna de Boirouge. La Ópera ardió.

Fue reconstruida en la Puerta de San Martín, y como el *Fort Samson* tenía fama de servir un excelente vino y no adulterado, todos los criados de las casas ricas iban a beber allí, mientras esperaban la salida de sus amos.

La mujer de Boirouge era una buena ama de casa, buena administradora y limpia; tuvo tres hijos, varones los tres; el mayor, José, el segundo, Jaime y el tercero, María. Crió muy bien a los tres y murió después de haberlos establecido y casado en Sancerre, de la siguiente manera:

José aprendió en París el comercio de la pañería y sucedió naturalmente a su tío-abuelo materno Bongrand; se casó con una Bianchon y fue el tallo de los Boirouge-Bianchon.

El segundo, colocado en casa de un boticario de París, fue a Sancerre a casarse con la hija de un Chandier, boticario en la Halle, a quien sucedió en el establecimiento y fue el tronco de los Boirouge-Chandier.

El tercero, el más amado de Boirouge y su mujer, fue colocado en casa de un procurador en el Châtelet, y fue juez de Sancerre, donde se casó con una Popinot. Hubo, pues, una tercera línea de Boirouge-Popinot.

En 1800, Boirouge padre había liquidado sus cuentas con sus tres hijos, quienes habían también heredado todos ellos de sus abuelos maternos, y el buen hombre había ido de nuevo a vivir a su casa de Sancerre, después de haber vendido los enseres de la tienda del *Fort Samson* al hijo de su hermana, Celestino Mirouet, que se hallaba sin un centavo.

Este Celestino Mirouet era, desde hacía diez años, el dependiente de su tío, y también desde hacía diez años llevaba una vida disipada, en compañía de una mujer de mala vida, de Sancerre, a la cual había encontrado en París. Murió en 1814, provocando una quiebra en la que el tío Boirouge perdió unos diez mil francos —el precio de dos cosechas enviadas al *Fort Samson*— y su sobrino le encomendaba una niña de diez años, la cual se encontraba reducida a la mendicidad.

La señora Mirouet, madre de Úrsula Mirouet, había abandonado a su marido para convertirse en la amante de un coronel. Fue comparsa en el teatro Montausier y tuvo un fin desdichado en el hospital.

Así, la rama colateral femenina del tío Boirouge se hallaba representada por una pobre niña de seis años, sin pan, sin lumbre y sin hogar. En memoria de su hermana, el viejo Boirouge recogió, pues, a su sobrina en su casa de Sancerre, en el año 1810.

A fines del año 1821, época en que empiezan los acontecimientos de esta historia, el tío Boirouge encabezaba una inmensa familia.

Boirouge-Bongrand, su hijo mayor, había muerto dejando dos hijos y dos hijas, casados los cuatro y teniendo hijos todos ellos, lo cual hacía, por ese lado, cuatro herederos del tío Boirouge, teniendo hijos cada uno de ellos. Ahora bien, a cuatro por familia, esta rama ofrecía veinticuatro cabezas, y se componía de Boirouge-Bongrand, llamado Ledaim, de Boirouge-Bongrand, llamado Gorsse-Tête, de Mirouet-Boirouge-Bongrand, llamado Luciot, de Popinot, Boirouge-Bongrand,

llamado Souverain, porque cada uno de los jefes, de común acuerdo, había adoptado apodos para distinguirse, y en la ciudad eran más conocidos bajo los nombres de Ledaim, de Grosse-Tête, de Luciot y de Souverain que bajo sus dobles apellidos. Ledaim era pañero, Grosse-Tête era comerciante de duelas para toneles, Luciot vendía hierros y aceros, Souverain regentaba la oficina de las diligencias y era director de seguros.

La segunda línea, la de los Boirouge-Chandier, el boticario, habíase dividido en cinco familias, y Boirouge-Chandier había perecido en accidente realizando un experimento químico. Su hijo mayor le había sucedido y conservaba el apellido de Boirouge-Chandier. Todavía era soltero, pero tenía dos hermanos y dos hermanas. Uno de los hermanos era escribano en París; el otro regentaba la fonda del *Escudo de Francia*; una de sus hermanas se había casado con un granjero, y la otra con el jefe de posta. Esta segunda línea presentaba un total de treinta personas, y por sus alianzas estaba emparentada con toda la población protestante.

La tercera rama salida del tío Boirouge era la del juez Boirouge-Popinot. El señor Boirouge-Popinot vivía aún, tenía seis hijos, todos ellos destinados al estrado, al notariado y a la magistratura. El mayor era sustituto del procurador del Rey en Nevers, el segundo era notario en Sancerre; el tercero procurador en París; el cuarto estudiaba leyes, el quinto, de diez años de edad, se hallaba en el colegio de Vendôme. El primer vástago del juez era una hija, casada con un médico de Sancerre, el señor Bianchon, padre del famoso doctor Bianchon de París, el cual se había casado en segundas nupcias con la señorita Boirouge-Popinot. Esta línea sumaba nueve cabezas, pero el juez era el único heredero directo del tío Boirouge. Así, el hijo más amado de los tres, quedaba el último.

A menos de que hubiera un nuevo fallecimiento, en 1821, la sucesión del tío Boirouge se repartía entre nueve padres de familia. El juez tomaba un tercio; el segundo tercio pertenecía a los cuatro Boirouge de la primera rama y el último a los cinco Boirouge de la segunda rama. El buen hombre había llenado Sancerre con sus tres líneas, que se componían de trece familias y de setenta y tres personas, sin contar a los parientes por alianza. Por ello no debe sorprender la popularidad de que gozaba la vieja casa situada en la Grande-Rue, a la que daban el nombre de *Casa de los Boirouge*. Por encima de esa *gens* formidable, el tío Boirouge se elevaba patriarcalmente; unido por su mujer a la gran familia de los Bongrand que, cual río humano, había invadido también la región sancerrense, y abundaba en París en el comercio de la calle Saint-Denis.

Todas estas tribus protestantes, ¿no evocaban acaso las tribus de Israel? Eran una especie de inervación en el país; su influencia llegaba a todos los puntos. Si hubieran tenido su egoísmo de raza, de la misma manera que tenían un vínculo religioso, hubieran sido peligrosas; pero allí, como en otras partes, al no existir ya la persecución que estrecha los lazos entre las familias, aquel pequeño mundo había sido dividido por los intereses, peleando y litigando por insignificancias, y sólo se

entendía bien en las elecciones. El juez, el señor Boirouge-Popinot era ministerial; esperaba ser nombrado presidente del tribunal, ascenso ganado legítimamente por veinte años de servicio en la magistratura.

Los miembros de esta familia estaban, pues, situados en un nivel más o menos alto de la escala social. Aunque parientes, las relaciones seguían la ley de *cada cual a cada cual* de la trigonometría; eran íntimas según las posiciones.

En fin, aunque la sucesión del tío Boirouge interesase a trece familias y a un centenar de personas en Sancerre, el buen hombre vivía allí oscuramente; no veía a nadie; su hijo, el juez, le visitaba a veces; pero, si gozaba del mayor reposo, por la noche, hacía que muchas lenguas se pusieran en movimiento, porque eran pocos los herederos que a propósito de un ahorro o de un gasto, no dijese: «*Cuando el tío Boirouge haya cerrado los ojos, yo compraré, estableceré, haré, repararé, construiré*», etc. Desde hacía diez años, aquel ataúd era lo que apostaban veinticinco personas en su partida con el azar, y desde hacía diez años, el azar ganaba siempre. Cualquiera que bajase por la Grande-Rue de Sancerre, yendo de la Porte-César a la Porte-Vieille, decía al llegar a la plaza de, la Panneterie y señalando la vieja casa de los Boirouge: «¡Ése sí que tiene escudos!»

Como en todas las ciudades de provincia y en todos los países, cada cual había trazado un plan aproximado de la sucesión Boirouge.

Establecidos sus hijos, muerta su mujer, pasadas sus cuentas, el buen hombre poseía la casa que le había legado su mujer, treinta jornadas de viñas, una alquería de setecientas libras de renta, y según se decía, una suma de veinte mil francos en escudos, la cual habría frustrado a sus hijos quedándosela toda para él, en lugar de hacer que fuese añadida al activo de la comunidad cuando se efectuó el inventario. Comoquiera que, durante mucho tiempo, el hombre había prestado al diez por ciento, y vendía ventajosamente sus cosechas al *Fort Samson*, sus ingresos se calculaban entre diez y doce mil libras que debía de guardar cada año, incrementando continuamente el capital con la adición de los intereses.

El anciano había alquilado siempre, por doscientos francos, el primer piso de su casa, y su modo de vivir permitía suponer que añadiendo mil francos a esta suma, sus gastos quedaban cubiertos.

Ahora bien, veintidós años de economías producían un capital de unos trescientos mil francos, del cual no existía rastro alguno en Sancerre. A excepción de cien arapendes de bosque que el tío Boirouge había comprado en 1812, y de una segunda alquería, que producía cerca de novecientos francos, lindante con la suya y que adquirió en 1819, nadie sabía dónde colocaba sus economías. Su fortuna visible era calculada en doscientos cincuenta mil francos por los unos, en cien mil escudos por los otros. Pero generalmente, los capitales misteriosos y los bienes territoriales representaban seiscientos mil francos en la mente de cada cual. Desde hacía dos años, aquel capital, fruto de la longevidad, debía incrementarse, pues, en diez mil escudos al año.

¡Cuál sería aquella fortuna si, como pretendían algunos maliciosos sancerrenses, el buen hombre tuviera el capricho de llegar a cien años!

—¡Enterrará a sus nietos! —decía, al comenzar el invierno, en 1821, el hijo mayor de Boirouge-Soldet, que servía como dependiente de su padre y que había ido a hablar con su prima, la mujer de Boirouge-Chandier hijo mayor, el boticario.

La reina de los comerciantes de la Halle era una Bongrand célebre por su belleza. Se hallaba de pie en el umbral de su puerta, y miraba, al igual que su primo, al tío Boirouge, que estaba regateando un saco de trigo a uno de sus colonos.

—Sí, prima, sí, serán sus tataranietos los que se repartirán sus bienes.

—¡Quién sabe! —respondió la joven—. Aunque dejase un millón, ¿qué quedará de él, una vez distribuido entre cien herederos? Mientras que hoy, su hijo, el juez, tendría por lo menos el placer de disfrutar de una hermosa herencia, y mi marido, que tendría la cuarta parte del tercio, podría hacer con ese dinero alguna cosa.

—Sus herederos tendrán nueces cuando ya no tengan dientes —dijo el jefe de posta, que acababa de comprar avena, y que se acercó a la tienda.

—Es verdad —repuso la señora Boirouge-Chandier, hijo mayor—; está fresco como una lechuga. Fijaos, él mismo compra y vende, va sin bastón, tiene los ojos claros como los de los lagartos cuyo aceite vende Chandier.

—Es que, vecina mía, el buen hombre tiene razón al opinar que el morir es algo malsano.

—¿Qué hace de sus escudos? ¿Por qué no da a aquellos de sus herederos que los necesitan? —dijo el joven soldado.

—Querido primo —dijo la mujer del farmacéutico—, lo que hiciese por uno, tendría que hacerlo por otro; y entonces iba a tener demasiado trabajo.

—Lo que ocurre —dijo sonriendo el maestro de posta—, es que el buen hombre tiene a su lado una urraca a la que le gusta picotear el grano.

Y saludó a la mujer del boticario y al joven soldado, después de señalar con el dedo a una joven que sin duda venía a buscar al tío Boirouge. Le buscaba en medio de la multitud, encontróle, le habló, y en compañía de él tomó el camino de su casa. Pero el anciano fue parado precisamente a unos pasos de la farmacia por uno de sus viñadores.

—¿Creéis, prima, lo que se dice acerca de esa joven? —preguntó Soldet señalando a Úrsula Mirouet.

—Muy bien podría desmochar la herencia; en todo caso, tendría su dinero muy bien ganado, porque el buen hombre no es ningún Adonis, que digamos.

Esta frase maligna habría herido ciertamente el alma de uno de esos jóvenes que los novelistas no hacen salir a escena sin darles previamente una provisión de hermosos sentimientos; pero hizo sonreír a Agustín Soldet, porque pensó que Úrsula Mirouet sería entonces un buen partido.

—Adiós, prima —dijo.

Quiso ir a saludar a la joven, pero en aquel momento el tío Boirouge había

ultimado sus recomendaciones al viñador y tomaba la Grande-Rue para bajar a su casa, porque la Grande-Rue de Sancerre es una calle en cuesta, que lleva al punto más elevado de la ciudad, una especie de paseo público, situado en la Porte-César, dominado por esta famosa torre, es divisada por los viajeros a seis leguas a la redonda, la única que queda de las siete torres del castillo de Sancerre, cuyas ruinas pertenecen al señor Roy.

Soldet miró la falda plisada que llevaba Úrsula, y complacióse en adivinar la redondez de formas que ocultaba, su consistencia virginal, pensando que la mujer y la dote eran dos buenos negocios que no dejaría escapar. En efecto, al pasar por delante de la ventana de la sala en que se hallaba Úrsula, nunca había dejado de detenerse y de conversar un poco con ella, dándole el nombre de prima.

## II ÚRSULA MIROUET

Jamás hubo nombre que mejor describiera a la persona a la que pertenecía: Úrsula Mirouet no suscita acaso en la mente una...



**EUGENIA GRANDET**



## EUGENIA GRANDET

A María,

*Que vuestro nombre, María, cuyo retrato es el más bello de esta obra, esté aquí como una rama de boj bendito, tomada no se sabe de qué árbol, pero ciertamente santificada por la región, y renovada, siempre verde, por manos piadosas, para protección de la casa.*

DE BALZAC.

Encuéntrense en ciertas ciudades de provincias algunas casas cuyo aspecto inspira una melancolía igual a la que provocan los claustros más sombríos, las landas más grises o las ruinas más tristes. Quizás hay a la vez en esas casas tanto el silencio del claustro como la aridez de las landas y las osamentas de las ruinas: la vida y el movimiento son en ellas tan tranquilos, que un forastero las creería inhabitadas si de pronto no encontrase la mirada pálida y fría de una persona inmóvil, cuyo rostro medio monástico se asoma a la ventana al percibir el rumor de pasos desconocidos. Estos principios de melancolía existen en la fisonomía de una vivienda situada en Saumur, en el extremo de la empinada calle que conduce al castillo, por la parte alta de la ciudad. Esa calle, ahora poco frecuentada, caliente en verano, fría en invierno, oscura en algunos lugares, es notable por la sonoridad de su empedrado, siempre limpio y seco, por la angostura de su vía tortuosa y por la paz de sus casas que pertenecen a la ciudad vieja y desde las cuales se dominan las murallas. Allí se encuentran viviendas tres veces seculares, todavía sólidas, aunque construidas de madera, y sus varios aspectos contribuyen a la originalidad que recomienda esta pequeña parte de Saumur a la atención de los anticuarios y de los artistas. Es difícil pasar por delante de esas casas, sin admirar los enormes maderos cuyos extremos están tallados con figuras extrañas y que coronan con un bajo relieve negro la planta baja de la mayoría de ellas. Aquí, piezas de madera transversales están cubiertas de pizarras y dibujan líneas azules sobre los frágiles muros de una casa terminada por un techo de armazón que los años han hecho que se doblegara, y cuyas tablas se encuentran podridas y alabeadas por la acción alternativa de la lluvia y del sol. Allí, se ven unos alféizares de ventana gastados, ennegrecidos, cuyas delicadas esculturas apenas se distinguen, y que parecen demasiado ligeros para la maceta de arcilla parda de la que salen los claveles o los rosales de una pobre obrera. Más lejos, hay unas puertas guarnecidas con clavos enormes, en las que el genio de nuestros antepasados ha trazado jeroglíficos domésticos cuyo significado jamás volverá a encontrarse. Tan pronto firmó en ellas su profesión de fe un protestante, como un partidario de la Liga maldijo a Enrique IV. Algún burgués grabó las insignias de su *nobleza de campanas*, la gloria de su concejalía olvidada. La Historia de Francia se encuentra allí toda entera. Al lado de la trémula casa tabicada toscamente con ripio y cascote, en la que el artesano deificó su garlopa, se levanta la mansión de un hidalgo sobre cuya puerta de medio punto de piedra se ven todavía algunos vestigios de sus armas, rotas por las

diversas revoluciones que desde el año 1789 han agitado el país. En esta calle, las plantas bajas no son ni tiendas ni almacenes; los amigos de la edad media encontrarían en ellas los talleres de nuestros padres en toda su ingenua sencillez. Estas salas bajas, que carecen de aparador y cristales, son profundas, oscuras y sin ornatos exteriores o interiores. Su puerta está dividida en dos partes, toscamente herradas, de las cuales la superior se repliega interiormente, y la inferior, armada de una campanilla de resorte, va y viene constantemente. El aire y la luz llegan a esta especie de antro húmedo, bien desde la parte alta de la puerta, o bien por el espacio que se encuentra entre la bóveda, el suelo y la pequeña pared, a la altura del apoyo en que se empotran sólidos postigos, quitados por la mañana, vueltos a poner y mantenidos por la tarde con bandas de hierro sujetas con pernos. Esta pared sirve para exponer las mercancías del comerciante. Allí, nada de charlatanismo. Conforme a la naturaleza del comercio, las muestras consisten en dos o tres artesillas llenas de sal y de bacalao, algunos paquetes de lona, cuerdas, latón colgado de las vigas del techo, cercos a lo largo de las paredes, o algunas piezas de tela en las estanterías. ¿Entráis? Una muchacha limpia, rebosante de juventud, deja su labor de punto, llama a su padre o a su madre, que viene y os vende según vuestros deseos, flemática, complaciente o arrogantemente, con arreglo a su carácter, ya sea por dos centavos, o por veinte mil francos de género. Veréis a un comerciante de duelas para toneles, sentado a su puerta, y dando vueltas a sus pulgares mientras charla con un vecino; en apariencia no posee más que algunas malas planchas para botellas y dos o tres paquetes de listones, pero en el puerto, su taller de carpintería abastece a todos los toneleros de Anjou; sabe, con una plancha aproximadamente de diferencia, el número de toneles que puede hacer si la cosecha es buena; un día de sol le enriquece, un tiempo de lluvia le arruina; en una sola mañana, los toneles valen once francos o bajan a seis libras. En esa región, como en la Turena, las vicisitudes de la atmósfera dominan la vida comercial. Viñadores, propietarios, comerciantes de madera, toneleros, posaderos, marineros, todos están al acecho de un rayo de sol; al acostarse, temen enterarse a la mañana siguiente de que haya helado durante la noche; temen la lluvia, el viento, la sequía, y quieren agua, calor, nubes, a su antojo. Existe un constante duelo entre el cielo y los intereses terrestres. EL barómetro entristece, desarruga y alegra sucesivamente las caras. De un extremo a otro de esta calle, la antigua Calle Mayor de Saumur, la frase: «¡He ahí un tiempo de oro!» se oye de puerta en puerta. Así, cada cual responde al vecino: «¡llueven luises!», sabiendo lo que representa un rayo de sol o una lluvia caída oportunamente. El sábado, hacia el mediodía, cuando hace buen tiempo, no obtendréis ni un solo centavo de género de estos buenos industriales. Cada cual tiene su viña, su huerto, y va a pasar un par de días al campo. Allí, estando todo previsto, la compra, la venta y los beneficios, los comerciantes pasan diez horas de cada doce en alegres partidas, en observaciones, comentarios y espionajes continuos. Un ama de casa no compra una perdiz sin que los vecinos le pregunten al marido si se la guisó bien. Una joven no se asoma a la ventana sin que

todos los grupos de ociosos la vean en ella. Allí, pues, las conciencias están a la clara luz del día, de la misma manera que aquellas casas impenetrables, negras y silenciosas carecen de misterios. La vida se desarrolla casi siempre al aire libre: cada matrimonio se sienta a la puerta de su casa y allí almuerza y cena, y también se pelea. No pasa por la calle nadie que no sea estudiado de arriba abajo. Por ello, en otros tiempos, cuando un forastero llegaba a una ciudad de provincia, recibía burlas de puerta en puerta. De ahí las buenas anécdotas y el sobrenombre de *chistosos* que se daba a los habitantes de Angers que sobresalían en estas burlas callejeras. Los antiguos palacios de la vieja ciudad están situados en la parte alta de esa calle antaño habitada por los hidalgos de la región. La casa llena de melancolía en la que sucedieron los acontecimientos de esta historia, era precisamente una de esas viviendas, restos venerables de un siglo en el que las cosas y los hombres poseían aquel carácter de sencillez que las costumbres francesas van perdiendo día tras día. Después de haber seguido los recodos de este camino pintoresco, cuyos menores accidentes despiertan recuerdos, y cuyo efecto general tiende a sumir a uno en una maquinal ensoñación, advertís una concavidad bastante oscura, en el centro de la cual está oculta la casa del señor Grandet. Resulta imposible comprender el valor de esta expresión provinciana sin ofrecer la biografía del señor Grandet.

El señor Grandet gozaba en Saumur de una reputación cuyas causas y efectos no serán comprendidos por entero por las personas que no hayan vivido, poco o mucho, en provincias. El señor Grandet, todavía llamado por ciertas personas el tío Grandet, aunque el número de estos ancianos disminuía sensiblemente, era en 1789 un maestro tonelero acomodado, que sabía leer, escribir y contar. Cuando la República francesa puso en venta, en el distrito de Saumur, los bienes del clero, el tonelero, que a la sazón contaba cuarenta años de edad, acababa de casarse con la hija de un rico comerciante en madera. Grandet, provisto de su fortuna líquida y de la dote de su mujer, unos dos mil luises en oro, fue al distrito, donde, por medio de doscientos luises dobes ofrecidos por su suegro al hosco republicano que vigilaba la venta de los dominios nacionales, obtuvo por un bocado de pan, legalmente, si no legítimamente, las viñas más hermosas de la comarca, una vieja abadía y algunas alquerías. Los habitantes de Saumur eran poco revolucionarios, por lo cual el tío Grandet pasó por ser un hombre audaz, un republicano, un patriota; por un espíritu dado a las nuevas ideas, cuando lo cierto es que el tonelero se daba simplemente a las viñas. Fue nombrado miembro de la administración de distrito de Saumur, y su influencia pacífica se hizo sentir allí política y comercialmente. Políticamente, protegió a los ex nobles e impidió con todo su poder la venta de los bienes de los emigrados; comercialmente, suministró a los ejércitos republicanos uno o dos millares de toneles de vino blanco, que se hizo pagar en soberbios prados dependientes de una comunidad de religiosas que había sido reservada para un último lote. Bajo el Consulado, Grandet llegó a ser alcalde, administró con prudencia e hizo mejor aún su vendimia; bajo el Imperio, fue el señor Grandet. A Napoleón no le agradaban los

republicanos: substituyó al señor Grandet, que pasaba por haber llevado el gorro rojo, por un gran propietario, un futuro barón del Imperio. Grandet abandonó los honores municipales sin nostalgia. En interés de la ciudad, había mandado construir excelentes caminos que pasaban por sus propiedades. Su casa y sus bienes, inscritos muy ventajosamente en el catastro, pagaban impuestos moderados. Desde la clasificación de sus diferentes huertos, sus viñas, gracias a constantes cuidados, habíanse convertido en la cabeza de la región, expresión técnica en uso para indicar los viñedos que producen la mejor calidad de vino. Habría podido solicitar la cruz de la Legión de Honor. Este acontecimiento tuvo lugar en 1806. El señor Grandet contaba entonces cincuenta y siete años y su mujer alrededor de treinta y seis. Una hija única, fruto de sus legítimos amores, tenía diez años.

El señor Grandet, a quien la Providencia quiso sin duda consolar por su desgracia administrativa, heredó sucesivamente durante aquel año de la señora de La Gaudinière, de soltera, de La Bertellière, madre de la señora Grandet; luego, del anciano señor La Bertellière, padre de la difunta; y también de la señora Gentillet, abuela por parte materna: tres herencias cuya importancia nadie conoció. La avaricia de estos tres ancianos era tan apasionada, que desde hacía mucho tiempo acumulaban su dinero para poder contemplarlo en secreto. El anciano señor La Bertellière consideraba que una inversión de capital era una prodigalidad, hallando más enjundiosos intereses en la vista del oro que en los beneficios de la usura. Por consiguiente, la ciudad de Saumur calculó el valor de las economías según las rentas de los bienes visibles. El señor Grandet obtuvo entonces el nuevo título de nobleza que jamás podrá ser borrado por nuestra manía de igualdad, convirtiéndose en *el mayor contribuyente* del distrito. Explotaba cien arapendes de prados en los que crecían y engrosaban tres mil chopos plantados en 1793. En fin, la casa en que vivía, era suya. De esta forma se establecía su fortuna visible. En cuanto a su capital, solamente dos personas podían vagamente presumir su cuantía: una de estas personas era el señor Cruchot, notario encargado de las inversiones usuarias del señor Grandet; la otra era el señor Des Grassins, el banquero más rico de Saumur, en cuyos beneficios el viñador participaba a su conveniencia y secretamente. Aunque el viejo Cruchot y el señor Des Grassins poseyeran aquella profunda discreción que en provincias engendra la confianza y la fortuna, testimoniaban públicamente al señor Grandet un respeto tan grande, que los observadores podían medir la extensión del capital del ex alcalde según el alcance de la obsequiosa consideración de que era objeto.

No había en Saumur nadie que no estuviera persuadido de que el señor Grandet poseía un tesoro particular, un escondrijo lleno de luses, y de que se daba por la noche el inefable placer que procura la vista de un gran montón de oro. Los avarientos tenían de ello una especie de certeza al ver los ojos del buen hombre, a los que el amarillo metal parecía haber comunicado su color. La mirada de un hombre acostumbrado a sacar de sus capitales un interés enorme, contrae necesariamente, como la del voluptuoso, del jugador o del cortesano, ciertas costumbres indefinibles,

movimientos furtivos, ávidos, misteriosos, que no escapan a la observación de sus correligionarios. Este lenguaje secreto forma en cierto modo la francmasonería de las pasiones.

El señor Grandet inspiraba, pues, el aprecio respetuoso al que tenía derecho un hombre que no debía nunca nada a nadie, que, viejo tonelero, viejo viñador, adivinaba con la precisión de un astrónomo cuando hacía falta fabricar para su cosecha mil toneles o solamente quinientos; que no fallaba ni una sola especulación, tenía siempre toneles para vender cuando el tonel valía más que el producto a cosechar, podía poner su vendimia en las cavas y aguardar el momento de entregar su tonel a doscientos francos, cuando los pequeños propietarios daban el suyo a cinco luises. Su famosa cosecha de 1811, sabiamente guardada y lentamente vendida, le había reportado más de doscientas cuarenta mil libras. Financieramente hablando, el señor Grandet participaba del tigre y de la boa: sabía agazaparse, contemplar largo rato la presa y abalanzarse encima de ella; luego abría las fauces de su bolsa, engullía una carga de escudos y se acostaba tranquilamente, como la serpiente que digiere, impasible, fría, metódica.

Nadie le veía pasar sin experimentar un sentimiento de admiración con una mezcla de respeto y terror. ¿Es que en Saumur no había sentido todo el mundo el suave desgarrón de sus garras de acero? A éste, el señor Cruchot le había procurado el dinero necesario para comprar una finca, pero al once por ciento; a aquél, el señor Des Grassins había negociado una letra de cambio, pero con enormes intereses. Apenas transcurría día sin que el nombre del señor Grandet fuera pronunciado, bien en el mercado o durante las veladas en las conversaciones de la ciudad. Para algunas personas, la fortuna del viejo viñador era objeto de orgullo patriótico. Así, más de un negociante y más de un posadero, decían a los forasteros con cierto aire de satisfacción:

—Caballero, aquí tenemos dos o tres casas millonarias, pero, en cuanto al señor Grandet, ¡él mismo desconoce a cuánto asciende su fortuna!

En 1816, los más hábiles calculadores de Saumur consideraban que los bienes territoriales del buen hombre ascendían a cerca de cuatro millones; pero, como término medio, había debido sacar, anualmente, desde 1793 a 1817, cien mil francos de sus propiedades, por lo que cabía suponer que poseía en dinero una suma casi igual a la de sus bienes raíces. Así, cuando, después de una partida de boston, o de alguna conversación sobre las viñas, se sacaba a colación al señor Grandet, las personas entendidas decían:

—El tío Grandet, el tío Grandet debe tener de cinco a seis millones.

—Sois más hábil que yo, que jamás he podido saber el total —respondía el señor Cruchot o el señor Des Grassins, si oían la frase.

Cuando algún parisiense hablaba de los Rotschild o del señor Lafitte, la gente de Saumur preguntaba si eran tan ricos como el señor Grandet. Si el parisiense les lanzaba sonriendo una desdeñosa afirmación, ellos se miraban unos a otros moviendo

la cabeza con aire de incredulidad. Una fortuna tan grande cubría con un manto de oro todas las acciones de aquel hombre. Si al principio algunas particularidades de su vida dieron pábulo al ridículo y a las burlas, las burlas y el ridículo terminaron por gastarse. En sus menores actos, el señor Grandet tenía en su favor la autoridad de la cosa juzgada. Sus palabras, su indumentaria, sus gestos, el guiño de sus ojos, hacían ley en la comarca, donde cada cual, después de haberlo estudiado como un naturalista estudia los efectos del instinto en los animales, había podido reconocer la profunda y muda sabiduría de sus más ligeros movimientos.

—El invierno será crudo —decían—, el tío Grandet se ha puesto los guantes de piel: hay que vendimiar. El tío Grandet compra gran cantidad de duelas para toneles, este año habrá vino.

El señor Grandet no compraba nunca carne ni pan. Sus colonos le traían semanalmente una provisión suficiente de capones, pollos, huevos, mantequilla y trigo. Poseía un molino cuyo arrendatario, conforme al contrato, tenía que ir a buscar cierta cantidad de trigo y volver a traer el salvado y la harina. Nanón, su única sirvienta, aunque ya no fuera joven, hacía el pan de la casa todos los sábados. El señor Grandet se había arreglado con los hortelanos, sus inquilinos, para que le abastecieran de legumbres. En cuanto a los frutos, recogía tal cantidad, que una gran parte la mandaba vender al mercado. Su leña era cortada en sus cercados y sus colonos se la llevaban en carro a la ciudad gratuitamente: él, les daba las gracias. Sus únicos gastos conocidos eran el pan bendito, el arreglo personal de su mujer y de su hija, el pago de sus sillas en la iglesia, la luz, el sueldo de Nanón, la estañadura de sus cacerolas, el pago de los impuestos, las reparaciones de sus edificios y los gastos de sus explotaciones. Tenía seiscientos arapendes de bosque que había comprado recientemente y hacía vigilar por el guarda de un vecino, al cual prometía una gratificación. Sólo después de esta adquisición empezó a comer algo de caza. Las maneras de este hombre eran muy simples. Hablaba poco. Generalmente expresaba sus ideas con pequeñas frases sentenciosas, dichas con voz suave. Desde la Revolución, el buen hombre tartamudeaba de un modo penoso tan pronto como tenía que discurrir mucho y sostenerse una discusión. Esta forma atropellada de hablar, la incoherencia de sus palabras, el flujo de vocablos en que quedaban anegadas sus ideas, su falta aparente de lógica, atribuidos a una deficiencia de educación, eran afectados y quedarán suficientemente explicados por algunos acontecimientos de esta historia. Por otra parte, cuatro frases exactas, cual fórmulas algebraicas, le servían de ordinario para abarcar, para resolver todas las dificultades de la vida y del comercio: «No sé, no puedo, no quiero, ya veremos». Nunca decía ni *sí* ni *no*, y jamás escribía. Cuando le hablaban, escuchaba fríamente, se cogía la barbilla con la mano diestra, apoyando el codo derecho en el dorso de la mano izquierda, y en todo asunto se formaba opiniones de las que no se volvía nunca atrás. Meditaba largamente los menores negocios. Cuando, después de una sabia conversación, su adversario le había revelado el secreto de sus pretensiones creyendo haberle cogido, él respondía:

—No puedo decir nada, sin antes haber consultado con mi mujer.

Su mujer, a la que tenía reducida a un completo estado de sumisión, era para los negocios su biombo más cómodo. Jamás iba a la casa de nadie, no quería recibir a nadie ni invitar a nadie a comer; nunca hacía ruido, y parecía economizarlo todo, incluso el movimiento. No perjudicaba en nada a los demás, por un respeto constante de la propiedad. Sin embargo, a pesar de la dulzura de su voz y de su aire lleno de circunspección, el modo de hablar y las maneras del tonelero eran hirientes, sobre todo cuando se hallaba en casa, que era donde se contenía menos que en cualquier otra parte. En lo físico, Grandet era un hombre de unos cinco pies de estatura, fornido, con pantorrillas de doce pulgadas de circunferencia, rótulas nudosas y anchas espaldas; su cara era redonda, curtida, con huellas de varicela; su barbilla, recta, sus labios no ofrecían sinuosidad alguna, y sus dientes eran blancos; los ojos tenían la expresión tranquila y devoradora que el vulgo atribuye al basilisco; su frente, llena de arrugas transversales, no carecía de protuberancias significativas, sus cabellos amarillentos y grisáceos eran plata y oro, según decían algunos jóvenes, que ignoraban la gravedad de una broma hecha a expensas del señor Grandet. Su nariz, gruesa en su extremo, soportaba una lupia venosa que el pueblo decía, no sin razón, que estaba llena de malicia. Esta cara anunciaba una astucia peligrosa, una probidad sin calor, el egoísmo de un hombre acostumbrado a concentrar sus sentimientos en el goce de la avaricia y en la única criatura que significaba realmente algo para él: su hija Eugenia, única heredera. La actitud, las maneras, el modo de andar, todo en él, por otra parte, daba fe de aquella seguridad en sí mismo que confiere la costumbre de haber triunfado siempre en sus empresas. Así, aunque de costumbres fáciles y cómodas en apariencia, el señor Grandet poseía un carácter de bronce. Vestido siempre de la misma manera, el que le veía hoy, le veía tal como era desde el año 1791. Sus fuertes zapatos se abrochaban con cordones de cuero; llevaba en todo tiempo medias de lana, un pantalón corto de grueso paño marrón con hebillas de plata, un chaleco de terciopelo de rayas alternativamente amarillas y pardo oscuro, una ancha chaqueta, una corbata negra y un sombrero de cuáquero. Sus guantes, tan sólidos como los de los gendarmes, le duraban veinte meses, y para mantenerlos limpios, los colocaba sobre el ala del sombrero en el mismo sitio, con gesto metódico. Saumur no sabía ya nada más acarea de este personaje.

Solamente seis habitantes tenían derecho a ir a aquella casa. El más conspicuo de los tres primeros era el sobrino del señor Cruchot. Desde su nombramiento de presidente del Tribunal de primera instancia de Saumur, aquel joven había unido al apellido de Cruchot el de Bonfons, y trabajaba para hacer prevalecer el Bonfons sobre el Cruchot. Firmaba, pues, C. de Bonfons. El litigante lo suficientemente tonto como para llamarle señor Cruchot, se daba pronto cuenta de su tontería en la audiencia. El magistrado protegía a los que le llamaban señor presidente, pero favorecía con sus más graciosas sonrisas a los aduladores que le llamaban señor de Bonfons. El señor presidente contaba treinta y tres años de edad, poseía las tierras de

Bonfons (*Boni Fontis*), que valían siete mil libras de renta; aguardaba la herencia de su tío el notario y la de su tío el padre Cruchot, dignatario del cabildo de Saint-Martin de Tours, quienes pasaban por ser bastante ricos. Estos tres Cruchot, sostenidos por buen número de primos, aliados a veinte casas de la ciudad, formaban un partido, como en otro tiempo en Florencia los Médicis, y como los Médicis, los Cruchot tenían también sus Pazzi; la señora Des Grassins, madre de un joven de veintitrés años, iba asiduamente a visitar a la señora Grandet, con la esperanza de casar a su querido Adolfo con la señorita Eugenia. El señor Des Grassins, el banquero, favorecía vigorosamente las maniobras de su mujer con constantes servicios prestados secretamente al viejo avaro, y llegando siempre a tiempo al campo de batalla. Estos tres Des Grassins tenían igualmente sus partidarios, sus primos, sus aliados fieles. Del lado de los Cruchot, el abate, el Talleyrand de la familia, con el apoyo de su hermano el notario, disputaba vivamente el terreno a la financiera, y trataba de reservar la rica heredera a su sobrino el presidente. Este combate secreto entre los Cruchot y los Des Grassins, cuyo precio era la mano de Eugenia Grandet, ocupaba apasionadamente a las diversas sociedades de Saumur. ¿Se casará la señorita Grandet con el señor presidente o con el señor Adolfo des Grassins? Ante este problema, los unos respondían que el señor Grandet no daría su hija ni al uno ni al otro. El antiguo tonelero, roído por la ambición, buscaba por yerno, decían, a algún par de Francia, al que trescientas mil libras de renta harían aceptar tolos los toneles pasados, presentes y futuros de los Grandet. Otros replicaban que el señor y la señora Des Grassins eran nobles, poderosamente ricos, que Adolfo era un caballero muy gentil, y que a menos de tener un sobrino del Papa en la manga, una alianza tan conveniente había de satisfacer a unas personas de nada, a un hombre al que todo Saumur había visto con la doladera en la mano y que, por otra parte, había llevado en la cabeza el gorro colorado. Los más sensatos hacían observar que el señor Cruchot de Bonfons tenía acceso a todas horas en la casa, en tanto que su rival sólo era recibido en ella los domingos. Éstos sostenían que la señora Des Grassins, mejor relacionada con las mujeres de la casa Grandet que los Cruchot, podía inculcarles ciertas ideas que, tarde o temprano, harían que tuviera éxito en su empresa. Aquéllos replicaban que el padre Cruchot era el hombre más insinuante del mundo, y que, entre mujer y cura, la partida se encontraba igualada.

—Es una partida entre faldas —decía un gracioso de Saumur.

Mejor informados, los antiguos de la región pretendían que los Grandet eran demasiado listos para dejar salir los bienes de su familia, y que la señorita Eugenia Grandet de Saumur sería casada con el hijo del señor Grandet de París, rico comerciante de vino al por mayor. A esto, los cruchotinos y los grassinistas respondían:

—Ante todo, los dos hermanos no se han visto dos veces en treinta años. Además, el señor Grandet de París tiene altas pretensiones para su hijo. Es alcalde de distrito, diputado, coronel de la guardia nacional y juez del Tribunal de comercio; reniega de

los Grandet de Saumur, y pretende aliarse con alguna familia ducal por la gracia de Napoleón.

¿Qué no se diría de una heredera de la que se hablaba a veinte leguas a la redonda y hasta en los coches públicos, de Angers a Blois inclusive? A principios del año 1818, los cruchotinos obtuvieron una marcada ventaja sobre los grassinistas. La tierra de Froidfond, notable por su parque, su admirable castillo, sus granjas, sus ríos, estanques y bosques, y que valía tres millones, fue puesta en venta por el joven marqués de Froidfond, obligado a invertir sus capitales. El señor Cruchot, el presidente Cruchot y el abate Cruchot, apoyados por sus adeptos, supieron impedir la venta en pequeñas parcelas. El notario concertó con el joven marqués un negocio de redondo, persuadiéndole de que habría un sinfín de procesos contra los adjudicatarios antes de ponerse de acuerdo sobre el precio de las parcelas; era mejor vender al señor Grandet, hombre solvente, y por otra parte, capaz de pagar las tierras en dinero contante y sonante. El hermoso marquesado de Froidfond fue entonces conducido hasta el esófago del señor Grandet, quien, con gran asombro de parte de Saumur, lo pagó, con descuento, después de las formalidades de rigor. Este negocio tuvo eco en Nantes y en Orleáns. El señor Grandet fue a ver su castillo aprovechando el viaje de un carro que iba hacia allá. Después de lanzar a su propiedad una mirada de dueño, volvió a Saumur, convencido de que había invertido sus fondos al cinco, y con la magnífica idea de redondear el marquesado de Froidfond uniendo a él todos sus bienes. Luego, para llenar de nuevo su tesoro casi exhausto, decidió talar sus bosques y explotar los chopos de sus prados.

Ahora es fácil comprender todo el valor de esta expresión: la casa del señor Grandet, aquella casa pálida, fría, silenciosa, situada en la parte alta de la ciudad y resguardada por las ruinas de las murallas. Los dos pilares y la bóveda que formaban el vano de la puerta habían sido construidos, como la casa, de creta micácea, piedra blanca propia del litoral del Loira, y tan blanda que su duración media apenas es de doscientos años. Los agujeros desiguales y numerosos que las inclemencias del tiempo habían practicado en ella en forma extraña, daban al arco de bóveda y a los jambajes del vano todo el aspecto de las piedras labradas con líneas sinuosas de la arquitectura francesa y cierto parecido con el porche de una cárcel. Encima del arco de bóveda había un largo bajo relieve de piedra dura esculpida, que representaba las cuatro Estaciones, figuras ya roídas y completamente negras. Este bajo relieve estaba coronado por un plinto saliente, sobre el cual se elevaban varias de aquellas vegetaciones debidas al azar: parietanas amarillas, corregüelas, clemátides, llantén, y un pequeño cerezo ya bastante crecido. La puerta, de roble macizo, de color marrón, reseca, agrietada por todas partes, estaba sostenida por un sistema de pernos que representaban simétricos dibujos. Una verja pequeña, pero de barrotes apretados y rojos de herrumbre, ocupaba el centro del postigo y servía, por decirlo así, de motivo para un picaporte unido a él por medio de un anillo, y golpeaba una cabeza cuyo rostro estaba contraído por una mueca. Este picaporte, de forma oblonga, y de la clase

que nuestros antepasados llamaban *Jacquemart*, parecía un gran signo de admiración; al examinarlo con atención, un anticuario habría encontrado en él ciertos indicios de la cara cómica que representaba en otro tiempo, y que un largo uso había borrado. Por la rejilla, destinada a reconocer a los amigos en tiempos de las guerras civiles, los curiosos podían advertir, al fondo de una bóveda oscura y verdosa, algunos peldaños por los que se subía a un jardín que estaba pintorescamente rodeado de unas paredes gruesas, húmedas y llenas de arbustos enclenques. Estas paredes eran las de la muralla sobre la cual se elevaban los jardines de algunas casas vecinas. En la planta baja de la casa, la pieza más importante era una *sala*, cuya entrada se encontraba bajo el arco de la puerta cochera. Pocas personas conocen la importancia de una sala en las pequeñas ciudades del Anjou, de Turena y de Berry. La sala es a la vez la antesala, el salón, el gabinete, el saloncito, el comedor; es el teatro de la vida doméstica, el hogar común; en ella, el peluquero del barrio iba dos veces al año a cortar el pelo al señor Grandet; allí entraban los colonos, el subprefecto y el mozo del molino. Esta pieza, cuyas dos ventanas daban a la calle, estaba entarimada; la cubrían de arriba abajo unos entrepaños grises; el techo se componía de vigas simuladas igualmente pintadas de gris, cuyo huecos estaban rellenos de yeso blanco que se había vuelto amarillento. Un viejo reloj de cobre, incrustado de arabescos de concha, adornaba la repisa de la chimenea, de piedra blanca mal esculpida, sobre la cual se hallaba un espejo verdoso, cuyos lados cortados en bisel para mostrar el grosor, reflejaban un hilo de luz a lo largo de un espejo gótico de acero damasquinado. Los dos candeleros de cobre dorado que decoraban cada uno de los rincones de la chimenea servían para dos fines, pues quitándoles las rosas que les servían de arandelas, el brazo principal se adaptaba a un pedestal de mármol azulado con aplicaciones de cobre viejo y este pie formaba entonces un candelero para los días corrientes. Los asientos de forma clásica estaban guarnecidos de tapicerías cuyo estampado presentaba las fábulas de La Fontaine; pero hacía falta saberlo, para reconocer los temas, tan descoloridas estaban las figuras. En los cuatro ángulos de esta sala se encontraban unas rinconeras, especie de bufetes con grasientos anaqueles. Una vieja mesa de juego, de marquetería, cuya parte superior formaba un tablero de ajedrez, estaba colocada en el cuadro que separaba las dos ventanas. Encima de esta mesa había un barómetro de forma ovalada, de borde negro, adornado con franjas de madera dorada, en la que las moscas habían retozado tan desvergonzadamente, que el dorado constituía un problema. En la pared opuesta a la chimenea, dos retratos al pastel suponíanse que representaban al abuelo de la señora Grandet, el anciano señor de La Bertellière, en uniforme de teniente de la guardia francesa, y a la difunta señora Gentillet, vestida de pastora. En las dos ventanas había unas cortinas de damasco rojo de Tours, sostenidas por unos cordones de seda que terminaban en gruesas bolas. Esta lujosa decoración, tan poco en consonancia con las costumbres de Grandet, había sido incluida en el precio de la casa, así como el espejo, el reloj, el mueble tapizado y las rinconeras. En la ventana más cercana a la puerta había una silla de paja, cuyos pies habían sido

realizados para elevar a la señora Grandet a una altura que le permitiese ver los transeúntes. Una mesita de costura, de madera de cerezo silvestre, llenaba el alféizar y junto a ella estaba colocado el pequeño sofá de Eugenia Grandet. Desde hacía quince años, todas las jornadas de la madre y de la hija habían transcurrido apaciblemente en aquel lugar, en un trabajo constante, desde el mes de abril hasta el de noviembre. El día primero de aquel último mes, inauguraban su estación de invierno trasladándose junto a la chimenea. Solamente aquel día permitía Grandet que se encendiera la lumbre en la sala, y lo mandaba apagar el último día de marzo, sin tener en consideración los primeros fríos de la primavera ni los del otoño. Una estufilla, alimentada con las brasas procedentes del fuego de la cocina, que Nanón les reservaba usando de gran habilidad, ayudaba a la señora y a la señorita Grandet a pasar las mañanas o las veladas más frescas de los meses de abril y de octubre. La madre y la hija cuidaban de toda la ropa blanca de la casa, y empleaban tan concienzudamente sus jornadas en esta verdadera labor de obreras, que si Eugenia quería bordar un cuello para su madre, veíase obligada a robar horas a su sueño engañando a su padre para poder tener luz. Desde hacía mucho tiempo, el avaro distribuía las velas a su hija y a Nanón, de la misma manera que por la mañana distribuía el pan y los artículos necesarios para consumo diario.

Nanón era quizá la única criatura capaz de aceptar el despotismo de su dueño. Toda la ciudad envidiaba esta mujer al señor y a la señora Grandet. Nanón, mujer de cinco pies y ocho pulgadas de estatura, pertenecía a Grandet desde hacía treinta y cinco años. Aunque no tuviera más que sesenta libras de sueldo, pasaba por ser una de las sirvientas más ricas de Saumur. Estas sesenta libras, acumuladas desde hacía treinta y cinco años, le habían permitido colocar recientemente cuatro mil libras en una renta vitalicia en casa del señor Cruchot. El resultado de las largas y persistentes economías de Nanón pareció gigantesco. Todas las criadas, al ver a la pobre sexagenaria que tenía asegurado su pan para la vejez, sentían envidia de ella, sin pensar en la dura esclavitud a la que estaba sometida para adquirirlo. A la edad de veintidós años, la pobre joven no había podido colocarse en ninguna casa, tan repulsiva parecía su cara; y ciertamente, este sentimiento era muy injusto: su cara habría sido muy admirada, de haber estado sobre los hombros de un granadero de la guardia; pero, como dicen, cada cosa en su sitio. Obligada a abandonar una granja incendiada, en la que ella guardaba las vacas, vino a Saumur, donde trató de colocarse como sirvienta, animada de aquel valor que ante nada retrocede. El tío Grandet tenía intención de casarse por aquel entonces, y quería ya formar su hogar. Vio a aquella muchacha rechazada de puerta en puerta. Juez de la fuerza corporal en calidad de tonelero, adivinó el partido que podía obtenerse de una criatura hembra tallada en forma de Hércules, plantada sobre sus pies como un roble de sesenta años sobre sus raíces, fuerte de caderas, cuadrada de espalda, con manos de carretero y con una probidad tan rigurosa como su virtud intacta. Ni las verrugas que adornaban aquel rostro marcial, ni el color de ladrillo, ni los brazos nervudos, ni los andrajos de

Nanón asustaron al tonelero, que aún se encontraba en la edad en que el corazón puede emocionarse. Entonces vistió, calzó y alimentó a la pobre muchacha, le dio un suelo y la empleó sin tratarla con demasiada dureza. Al verse de tal suerte acogida, Nanón lloró de alegría secretamente, y cobró un sincero afecto al tonelero, el cual, por otra parte, la explotó de un modo feudal. Nanón lo hacía todo: cocinaba, hacía la colada, iba a lavar la ropa blanca a las aguas del Loira y volvía a traerla sobre sus hombros; se levantaba al amanecer y se acostaba tarde; hacía la comida para todos los vendimiadores durante las cosechas; vigilaba a los pisadores y defendía, como un perro fiel, los bienes de su dueño; en fin, llena de una ciega confianza en él, le obedecía sin murmurar ante sus caprichos más absurdos. Cuando el famoso año de 1811, cuya cosecha dio trabajos inauditos, después de veinte años de servicio, Grandet decidió regalar a Nanón su viejo reloj de bolsillo, único presente que ella obtuvo jamás de él. Aunque le cediese sus viejos zapatos (Nanón podía ponérselos perfectamente), es imposible considerar como un regalo el provecho trimestral de los zapatos de Grandet, tan usados estaban. La necesidad volvió a esa pobre muchacha tan avara, que Grandet terminó por amarla como se ama a un perro, y Nanón se dejó poner al cuello un collar de pinchos cuyo efecto ella no sentía. Si Grandet cortaba el pan con excesiva parsimonia, Nanón no se quejaba; participaba alegremente de los beneficios higiénicos que este régimen severo proporcionaba a la casa, en la que nadie estaba nunca enfermo.

Además, Nanón formaba parte de la familia: reía cuando reía Grandet, se entristecía, pasaba frío, se calentaba y trabajaba con él. ¡Cuán dulces compensaciones había en esta igualdad! Nunca el amo regañó a la criada por las ciruelas o los melocotones comidos bajo el árbol.

—Vamos, Nanón, come cuanto te venga en gana —decíale en los años en que las ramas se doblaban bajo el peso de los frutos que los colonos se veían obligados a dar a los cerdos.

Para una hija del campo que en su juventud sólo había recibido malos tratos, para una pobre recogida por caridad, la risa equívoca del tío Grandet era un verdadero rayo de sol. Por otra parte, el corazón simple, la cabeza estrecha de Nanón sólo podía contener un sentimiento y una idea. Desde hacía treinta y cinco años, se veía continuamente a sí misma en el momento en que llegó ante el tío Grandet, descalza, andrajosa, y oía siempre como le decía el tonelero: «¿Qué queréis, hija mía?» Y su agradecimiento era perenne. Algunas veces, Grandet, pensando que aquella pobre criatura no había oído nunca la menor palabra halagadora, que ignoraba todos los dulces sentimientos que inspira la mujer, y que podía comparecer ante Dios más casta que la Virgen María misma, Grandet, compadecido, decía mirándola:

—¡Pobre Nanón!

Su exclamación iba seguida siempre de una mirada indefinible que le lanzaba la anciana sirvienta. Estas palabras, dichas de vez en cuando, formaban desde hacía tiempo una cadena de amistad no interrumpida, y a la cual cada exclamación añadía

un eslabón. Esta piedad, asentada en el corazón de Grandet y tomada de buena fe por la solterona, tenía algo de horrible. Esta atroz piedad de avaro, que despertaba mil placeres en el corazón del viejo tonelero, constituía para Nanón el colmo de la felicidad. ¡Quién no dirá también: «Pobre Nanón»! Dios reconocerá a sus ángeles por las inflexiones de su voz y por sus misteriosas nostalgias.

Había en Saumur un gran número de hogares en los que los criados eran mejor tratados, pero en los que los dueños no por ello recibían mayores satisfacciones. De ahí esta frase: «¿Qué es lo que le dan los Grandet a su Nanón, para que les sea tan adicta? ¡Sería capaz de dar la vida por ellos!» Su cocina, cuyas enrejadas ventanas daban al patio, estaba siempre limpia, aseada y fría; una verdadera cocina de avaro en la que nada debía perderse. Cuando Nanón había lavado la vajilla, guardado los restos de la comida y apagado el fuego, abandonaba la cocina, separada de la sala por un pasillo, y se iba a hilar cáñamo al lado de sus amos. Una sola bujía era suficiente para toda la familia durante la velada. La sirvienta dormía al fondo de este pasillo, en un cuartucho que recibía la luz a través de un ventanillo practicado en la pared medianera. Su robusta salud le permitía habitar impunemente en aquella especie de agujero, desde donde podía oír el menor ruido por el silencio profundo que reinaba día y noche en la casa. Al igual que un dogo guardián, sólo debía dormir con el oído alerta y descansar mientras vigilaba.

La descripción de las otras partes de la vivienda se encontrará relacionada con los acontecimientos de esta historia; pero, por otra parte, el croquis de la sala en la que resplandecía todo el lujo del hogar puede hacer sospechar de antemano la desnudez de los pisos superiores.

En 1819, hacia el comienzo de la velada, a mediados de noviembre, Nanón encendió fuego por vez primera. Había hecho un otoño muy bueno. Aquel día era un día de fiesta bien conocido de los cruchotinos y de los grassinistas. Así, los seis antagonistas se disponían a acudir, armados hasta los dientes, para encontrarse unos con otros en la sala y eclipsarse mutuamente en pruebas de amistad. Por la mañana, todo Saumur había visto a la señora y a la señorita Grandet, acompañadas de Nanón, dirigirse a la iglesia parroquial a oír misa, y cada cual se acordó de que aquel día era el aniversario del nacimiento de la señorita Eugenia. Así, calculando la hora en que había de terminar la comida, el señor Cruchot, el padre Cruchot y el señor C. de Bonfonds se apresuraban a llegar antes que los Des Grassins para felicitar a la señorita Grandet. Los tres eran portadores de enormes ramos de flores cogidas en sus pequeños invernaderos. Las flores que el presidente quería ofrecer estaban ingeniosamente envueltas en una cinta de raso blanco, adornada de franjas de oro.

Por la mañana, el señor Grandet, siguiendo su costumbre de los días memorables del cumpleaños y del santo de Eugenia, había ido a sorprenderla en la cama, y le había ofrecido solemnemente su presente paternal, consistente, desde hacía trece años, en una curiosa moneda de oro. La señora Grandet regalaba generalmente a su hija un vestido de invierno o de verano, según las circunstancias. Estos dos vestidos,

las monedas de oro que la joven recogía el primer día del año y el del santo de su padre, formaban una pequeña renta de unos cien escudos, que Grandet le veía acumular con gran satisfacción por su parte. ¿No era esto cambiar el dinero de una caja a otra, y para decirlo así, mimar en realidad la avaricia de su hija, a la que él pedía a veces cuenta de su tesoro, aumentado en otro tiempo por los regalos de La Bertellière, diciéndole: «Esto será tu *docena* de boda?»

La *docena* es una antigua costumbre todavía en rigor y santamente conservada en algunas comarcas situadas en el centro de Francia. En Berry o en Anjou, cuando una joven se casa, su familia o la del esposo debe darle una bolsa en la que se encuentran, según las fortunas, doce piezas, doce docenas de piezas o doce centenares de monedas de plata o de oro. La más pobre de las pastoras no se casaría sin su *docena* aunque no estuviera compuesta más que de ochavos. Todavía se habla en Issoudun de no sé qué *docena* ofrecida a una rica heredera, y que contenía ciento cuarenta y cuatro monedas portuguesas de oro. El papa Clemente VII, tío de Catalina de Médicis, le regaló, al casarla con Enrique II, una docena de medallas de oro antiguas del más alto valor.

Mientras comían, el padre, feliz al ver a su Eugenia más bella que nunca con su vestido nuevo, había exclamado:

—¡Puesto que es el cumpleaños de Eugenia, encendamos fuego!, esto será un buen augurio.

—La señorita se casará este mismo año, es seguro —dijo Nanón, llevándose los restos de un ganso, que es el faisán de los toneleros.

—Yo no veo ningún partido para ella en Saumur —respondió la señora Grandet, mirando a su marido con aire tímido, que, teniendo en cuenta su edad, revelaba la completa servidumbre conyugal bajo la cual gemía la pobre mujer.

Grandet contempló a su hija, y exclamó alegremente:

—La niña cumple hoy veintitrés años, será preciso que nos ocupemos de ella.

Eugenia y su madre cambiaron en silencio una mirada de inteligencia.

La señora Grandet era una mujer seca, amarilla como un membrillo, torpe y lenta; una de esas mujeres que parecen hechas para ser esclavizadas. Tenía grandes huesos y la nariz, y grandes eran también su frente y sus ojos; ofrecía a simple vista un vago parecido con esos frutos que ya no tienen sabor ni zumo. Sus dientes eran negros y raros, su boca arrugada y su barbilla afectaba la forma que llaman barbilla de vieja. Era una mujer excelente, una verdadera La Bertellière. El padre Cruchot sabía encontrar ocasiones para decirle que no había estado demasiado mal de aspecto, y ella se lo creía. Una dulzura angelical, una resignación de insecto atormentado por los niños, una rara piedad, una inalterable igualdad de ánimo, y un buen corazón, hacían que universalmente se la compadeciese y respetase. Su marido no le daba nunca más de seis francos a la vez para sus pequeños gastos. Aunque ridícula en apariencia, esta mujer, que, por su dote y sus herencias, había aportado al tío Grandet más de trescientos mil francos, se había sentido siempre tan profundamente humillada por

una dependencia y una esclavitud contra las que la dulzura de su alma le vedaban rebelarse, que jamás había pedido un centavo, ni hecho una observación acerca de los documentos que le presentaba para que los firmase. Este orgullo tonto y secreto, esta nobleza de alma constantemente ignorada y herida por Grandet, dominaba la conducta de aquella mujer. La señora Grandet se ponía constantemente un vestido de seda lisa verdosa, que se había acostumbrado a hacer que le durase cerca de un año; llevaba una gran pañoleta de cotonada blanca, un sombrero de paja cosida, y casi siempre llevaba puesto un delantal de tafetán negro. Como salía poco de la casa, apenas gastaba zapatos. En fin, nunca quería nada para ella misma. Así, Grandet, presa a veces de remordimientos al acordarse de que había transcurrido mucho tiempo desde el día en que dio los últimos seis francos a su mujer, estipulaba siempre una cantidad para los pequeños gastos de ella al vender las cosechas del año. Los cuatro o cinco luises ofrecidos por el holandés o el belga que había adquirido la vendimia de Grandet, constituían lo más saneado de las rentas anuales de la señora Grandet. Pero, cuando ella había cobrado sus cinco luises, su marido le decía a menudo, como si su bolsa fuera común:

—¿Puedes prestarme algún dinero?

Y la pobre mujer, feliz al poder hacer algo por un hombre que su confesor le presentaba como su dueño y señor, le devolvía, en el transcurso del invierno, algunos escudos del dinero que tenía para sus pequeños gastos. Cuando Grandet sacaba de su bolsillo la moneda de cien sueldos destinada mensualmente para los gastos menores, como el hilo, las agujas y el arreglo de su hija, nunca dejaba de decir a su mujer, después de abrocharse la faltriquera:

—Y tú, mamá, ¿quieres algo?

—Amigo mío —respondía la señora Grandet, animada por un sentimiento de dignidad maternal—, ya veremos.

¡Sublimidad perdida! Grandet se creía muy generoso para con su mujer. Los filósofos que encuentran en el mundo a Nanones, a señoras Grandet, a Eugénias, ¿no tienen acaso derecho a encontrar que la ironía constituye el fondo del carácter de la Providencia? Después de aquella comida, en la que por primera vez se habló de casar a Eugenia, Nanón fue a la habitación del señor Grandet a buscar una botella de casis, y al bajar la escalera estuvo a punto de caer.

—¡Animal! —le dijo el amo—, ¿es que serías capaz de caerte como cualquier otra?

—Señor, es que ese peldaño de vuestra escalera hace tropezar.

—Tiene razón —dijo la señora Grandet—. Hace tiempo que deberíais haber mandado que la arreglasen. Ayer, Eugenia estuvo a punto de dislocarse el pie.

—Bueno —dijo Grandet a Nanón, al verla muy pálida—, puesto que es el cumpleaños de Eugenia, y que has estado a punto de caerte, toma un vasito de casis para que te repongas.

—A fe mía, que bien me lo he ganado —dijo Nanón—. En mi lugar, muchas

personas habrían roto la botella; pero yo antes me habría roto el codo para sostenerla en alto.

—¡Pobre Nanón! —dijo Grandet poniéndole el licor en el vaso.

—¿Te has hecho daño? —preguntóle Eugenia, mirándola con interés.

—No, porque he podido sostenerme bien.

—Bueno, puesto que es el cumpleaños de Eugenia —dijo Grandet—, voy a arreglaros el peldaño. Todavía no habéis aprendido a poner el pie en el rincón, en el lugar donde el peldaño aún está sólido.

Grandet cogió la bujía, dejó a su mujer, a su hija y a su criada sin otra luz que la del hogar que arrojaba vivas llamaradas, y fue a buscar tablas, clavos y herramientas.

—¿Queréis que os ayude? —le gritó Nanón al oír que daba golpes en la escalera.

—¡No!, ¡no!, yo me las arreglaré —respondió el antiguo tonelero—, ya conozco el oficio.

En el momento en que Grandet arreglaba él mismo su carcomida escalera, y silbaba recordando sus años mozos los tres Cruchot llamaron a la puerta.

—¿Sois vos, señor Cruchot? —preguntó Nanón mirando por la rejilla.

—Sí —respondió el presidente.

Nanón abrió la puerta, y la luz de la chimenea, que se reflejaba bajo la bóveda, permitió a los tres Cruchot ver la entrada de la sala.

—¡Ah!, venís a felicitar a la señorita —les dijo Nanón, percibiendo el olor de las flores.

—¡Dispensad, caballeros —gritó Grandet reconociendo la voz de sus amigos—, pronto estoy con vosotros! No soy orgulloso, y por ello yo mismo arreglo un peldaño de mi escalera.

—Continuad, continuad, señor Grandet, *el carbonero es alcalde en su casa* —dijo sentenciosamente el presidente, riendo él solo de su alusión que nadie comprendió.

La señora y la señorita Grandet se pusieron en pie. El presidente, aprovechando la oscuridad, dijo entonces a Eugenia:

—¿Me permitís, señorita, que os desee, con motivo de vuestro cumpleaños, muchas felicidades y que os manifieste mis deseos de que celebréis muchos con la salud que ahora disfrutáis?

Le ofreció un gran ramo de flores, raras en Saumur; luego, apretando a la heredera por los codos, la besó a ambos lados del cuello, con una complacencia que hizo sentirse a Eugenia avergonzada. El presidente, que parecía un gran clavo herrumbroso, creía que de este modo hacía la corte a la joven.

—¡Qué elegante estáis los días de fiesta, señor presidente! —dijo Grandet al volver a la sala.

—Es que con la señorita —respondió el padre Cruchot armado de su ramo de flores—, todos los días serían días de fiesta para mi sobrino.

El abate besó la mano de Eugenia. En cuanto al señor Cruchot, besó a la joven campechanamente en ambas mejillas, y exclamó:

—¡Cómo vamos creciendo! Ya se sabe. Cada año doce meses.

Al volver a dejar la luz delante del reloj, Grandet, que no abandonaba jamás una broma y la repetía hasta la saciedad cuando le parecía graciosa, dijo:

—Puesto que es el cumpleaños de Eugenia, ¡encendamos las antorchas!

Quitó cuidadosamente los brazos de los candelabros, puso la arandela en cada pedestal, cogió de manos de Nanón una vela nueva, la puso en el agujero, la encendió y fue a sentarse al lado de su mujer, mirando alternativamente a sus amigos, a su hija y a las dos velas. El padre Cruchot, hombrecito rollizo, regordete, de peluca rojiza y aplanada, de cara de vieja alegre, dijo avanzando sus pies bien calzados con fuertes zapatos de hebillas de plata:

—¿No han venido los Des Grassins?

—Aún no —respondió Grandet.

—Pero, ¿tienen que venir? —preguntó el viejo notario, haciendo una mueca, con su cara agujereada como una espumadera.

—Creo que sí —dijo la señora Grandet.

—¿Han terminado vuestras vendimias? —preguntó a Grandet el presidente de Bonfons.

—En todas partes —le dijo el viejo viñador, levantándose para ir a pasear de un lado a otro de la sala y alzando el tórax con un movimiento de orgullo, como sus palabras de «en todas partes». Por la puerta del pasillo que llevaba a la cocina vio entonces a Nanón, sentada junto a su lumbre, con una luz encendida, y preparándose para hilar allí, a fin de no tomar parte en la fiesta.

—Nanón —le dijo, dirigiéndose hacia el pasillo—, ¿quieres apagar tu fuego y tu luz, y venir aquí con nosotros? ¡Diantre!, la sala es bastante grande para todos.

—Pero señor, que vais a tener gente distinguida.

—¿Es que no vales tú como ellos?, han salido de la costilla de Adán igual que tú.

Grandet volvió al lado del presidente y le dijo:

—¿Habéis vendido vuestra cosecha?

—No, a fe mía, que la estoy guardando. Si ahora es bueno el vino, dentro de dos años será mejor. Los propietarios, vos lo sabéis muy bien, han jurado atenerse a los precios convenidos, y este año los belgas no nos llevarán la delantera. Si se van, ya volverán.

—Sí, pero tengamos cuidado —dijo Grandet, en un tono que hizo que el presidente se estremeciera.

—¿Estará preparando algún negocio? —pensó Cruchot.

En aquel momento, un aldabonazo anunció a la familia Des Grassins, y su llegada interrumpió una conversación iniciada entre la señora Grandet y el abate.

La señora Des Grassins era una de esas mujeres bajitas y regordetas, blancas y sonrosadas, que, gracias al régimen claustral de las provincias y a las costumbres de una vida virtuosa, se han conservado jóvenes aún a los cuarenta años de edad. Son como esas últimas rosas de otoño, cuya vista causa deleite, pero cuyos pétalos tienen

cierta frialdad, y cuyo perfume se debilita. Vestía con bastante elegancia; mandaba traer sus trajes de París, marcaba el tono en la ciudad de Saumur, y celebraba veladas en su casa. Su marido, ex contraamaestre de la guardia imperial, gravemente herido en Austerlitz y retirado, conservaba, a pesar de su consideración para con Grandet, la aparente franqueza de los militares.

—Buenos días, Grandet —dijo al viñador, reteniéndole la mano y afectando una especie de superioridad bajo la cual abrumaba siempre a los Cruchot—. Señorita —dijo a Eugenia, después de haber saludado a la señora Grandet—, vos siempre tan hermosa y discreta, no sé en verdad lo que uno puede desearos.

Luego presentó una cajita, que llevaba su criado, y que contenía un brezo del Cabo, flor recientemente traída a Europa y muy rara.

La señora Des Grassins besó muy afectuosamente a Eugenia, le estrechó la mano y le dijo:

—Adolfo ha recibido el encargo de ofreceros mi pequeño recuerdo.

Un joven alto y rubio, pálido y delgado, de bastante buenas maneras, tímido en apariencia, pero que en París, donde había ido a estudiar leyes, acababa de gastar ocho o diez mil francos además de su pensión, se adelantó hacia Eugenia, la besó en ambas mejillas, y le ofreció una caja de labores cuyos utensilios eran todos de plata sobredorada, verdadera mercancía de pacotilla, a pesar del escudo sobre el cual unas iniciales E. G. góticas, bastante bien grabadas, podían hacer que se trataba de una obra de mejor calidad. Al abrir la caja, Eugenia tuvo una de aquellas alegrías inesperadas y completas que hacen sonrojarse, estremecerse y temblar de placer a las jóvenes. Volvió los ojos hacia su padre, como para saber si le estaba permitido aceptar, y el señor Grandet dijo un «¡Tómala, hija mía!» cuyo acento habría sido una lección para un actor. Los tres Cruchot se quedaron estupefactos al ver la mirada alegre y animada lanzada a Adolfo des Grassins por la heredera, a quien semejantes riquezas parecieron algo inaudito. El señor Des Grassins ofreció a Grandet una pulgarada de rapé, tomó él también una, sacudió los granos caídos sobre la cinta de la Legión de Honor, sujeta al ojal de su chaqueta azul, luego miró a los Cruchot con un aire que parecía decirles: «Paradme ahora este golpe». La señora Des Grassins miró hacia las vasijas azules donde estaban los ramos de flores de los Cruchot, buscando los regalos con la buena fe fingida de una mujer burlona. En tan delicada conyuntura, el padre Cruchot dejó que las personas fueran a sentarse formando semicírculo delante del fuego, y se dedicó él a pasear a lo largo de la sala con Grandet. Cuando los dos ancianos estuvieron junto a la ventana más alejada de los Des Grassins:

—Esa gente —dijo el sacerdote al oído del avaro—, tiran el dinero por la ventana.

—¿Qué importa, si vuelve a caer en mi cueva? —repuso el viñador.

—Si quisierais darle a vuestra hija tijeras de oro, podríais hacerlo —dijo el abate.

—Le doy algo mejor que tijeras —respondió Grandet.

—Mi sobrino es un estúpido —pensó el abate, mirando al presidente, cuyo pelo enmarañado aumentaba aún la fealdad de su cara morena—, ¿no podía haber

inventado alguna tontería de valor?

—Vamos a jugar una partida con vos, señora Grandet —dijo la señora Des Grassins.

—Podemos formar dos mesas...

—Puesto que es el cumpleaños de Eugenia, haced todos una lotería general —dijo el tío Grandet—, esos dos jóvenes también jugarán.

El ex tonelero, que nunca jugaba a ningún juego, mostró a su hija y a Adolfo.

—Vamos, Nanón, pon las mesas.

—Vamos a ayudaros, señorita Nanón —dijo alegremente la señora Des Grassins, contenta por la alegría que había ocasionado a Eugenia.

—Nunca en mi vida había estado tan contenta —le dijo la heredera—. No había visto en ninguna parte nada tan lindo.

—Es Adolfo quien lo trajo de París y lo ha escogido —le dijo al oído la señora Des Grassins.

—¡Continúa, continúa, condenada intrigante! —decíase el presidente— si alguna vez tú o tu marido os encontráis en un proceso, ya os arreglaré yo las cuentas.

El notario, sentado en su rincón, miraba al abate con aire tranquilo, diciéndose:

—Por más que hagan los Des Grassins, mi fortuna, la de mi hermano y la de mi sobrino ascienden a un millón cien mil francos. Los Des Grassins poseen a lo sumo la mitad, y tienen una hija: ¡pueden ofrecer lo que quieran! heredera y regalos, todo será para nosotros algún día.

A las ocho y media de la noche, dos mesas habían sido dispuestas en la sala. La bella señora Des Grassins había conseguido colocar a su hijo al lado de Eugenia. Los actores de esta escena llena de interés, aunque vulgar en apariencia, provistos de cartones de colores, cifrados, y de fichas de vidrio azul, parecían escuchar las chanzas del viejo notario, que no sacaba un número sin hacer una observación; pero todos pensaban en los millones del señor Grandet. El viejo tonelero contemplaba vanidosamente las plumas rosadas, el vestido de la señora Des Grassins, la cabeza marcial del banquero, la de Adolfo, al presidente, al abate, al notario, y decíase interiormente:

—Están ahí por mis escudos. Vienen a aburrirse aquí a causa de mi hija. ¡Ah!, mi hija no será ni para los unos ni para los otros, y toda esa gente me sirve de arpón para pescar.

Esta alegría de familia, en aquel viejo salón gris, mal alumbrado por dos velas; aquellas risas, acompañadas por el ruido del torno de Nanón, y que sólo eran sinceras en los labios de Eugenia o de su madre; aquella pequeñez unida a tan grandes intereses; aquella joven que, semejante a esos pájaros víctimas de un elevado precio al que se les somete y que ellos ignoran, se encontraba acorralada, estrechada por unas pruebas de amistad de las que ella era la víctima; todo contribuía a hacer esta escena tristemente cómica. Por otra parte, ¿no se trata de una escena de todos los tiempos y de todos los lugares, pero reducida a su más simple expresión? La figura de

Grandet, explotando la falsa adhesión de las dos familias, sacando de ella enormes beneficios, dominaba este drama y lo iluminaba. ¿Acaso no era el único dios moderno en el que se tiene fe, el dinero en todo su poder, expresado por una sola fisonomía? Los dulces sentimientos de la vida no ocupaban allí más que un lugar secundario, animaban tres corazones puros, los de Nanón, de Eugenia y de su madre. Sin embargo, ¡cuánta ignorancia en su ingenuidad! Eugenia y su madre no sabían nada de la fortuna de Grandet, no apreciaban las cosas de la vida más que a la luz de sus pálidas ideas, y no apreciaban ni despreciaban el dinero, acostumbradas como estaban a prescindir de él. Sus sentimientos, heridos sin ellas saberlo, pero vivaces, el secreto de su existencia, hacía de ellas curiosas excepciones en aquella reunión de personas cuya vida era completamente material. ¡Horrible condición del ser humano! No hay ninguna de sus felicidades que no proceda de alguna ignorancia. En el momento en que la señora Grandet ganaba un tanto de dieciséis sueldos, el más considerable que jamás hubiera sido apuntado en aquella sala, y en que Nanón reía de buena gana al ver como la señora se embolsaba aquella buena suma, un aldabonazo resonó en la puerta de la casa, y produjo tanto ruido que las mujeres dieron un salto en sus sillas.

—No es un hombre de Saumur el que llama de esta manera —dijo el notario.

—¡Qué modo de llamar! —dijo Nanón—. ¿Es que quieren echar abajo la puerta?

—¿Quién demonios será? —exclamó Grandet.

Nanón cogió una de las dos velas y fue a abrir, acompañada de Grandet.

—¡Grandet!, ¡Grandet! —exclamó su mujer que, impulsada por un vago sentimiento de miedo lanzóse hacia la puerta de la sala.

Todos los jugadores se miraron unos a otros.

—¿Y si fuésemos? —dijo el señor Des Grassins—. Ese aldabonazo me parece de mal agüero.

Apenas le fue permitido al señor Des Grassins advertir la cara de un joven acompañado del mozo de las mensajerías, que llevaba dos maletas enormes y arrastraba unos sacos de noche. Grandet se volvió bruscamente hacia su mujer y le dijo:

—Señora Grandet, id a vuestro juego. Dejádme que me las entienda con el señor.

Luego cerró vivamente la puerta de la sala, donde los jugadores, agitados, volvieron a sus asientos, pero sin continuar el juego.

—¿Es alguien de Saumur, señor Des Grassins? —le preguntó su mujer.

—No, es un viajero.

—No puede venir más que de París. En efecto —dijo el notario, sacando su viejo reloj del grosor de dos dedos y que parecía un barco holandés—. Son las nueve. ¡Diablo! La diligencia del Grand Bureau nunca llega con retraso.

—¿Y ese señor es joven? —inquirió el padre Cruchot.

—Sí —respondió el señor Des Grassins—. Trae unos paquetes que deben pesar por lo menos trescientos kilos.

—Nanón no vuelve —dijo Eugenia.

—No puede ser más que alguno de vuestros parientes —dijo el presidente.

—Continuemos jugando —exclamó dulcemente la señora Grandet—. Por su voz he conocido que el señor Grandet estaba contrariado, quizá no le agradaría ver que estamos hablando de sus asuntos.

—Señorita —dijo Adolfo a su vecina—, será sin duda vuestro primo Grandet, un apuesto joven a quien vi en el baile del señor de Nucingen.

Adolfo no prosiguió, su madre le pisó el pie; luego, pidiéndole en voz alta dos sueldos por su puesta, le dijo al oído:

—¿Quieres callarte, solemne tonto?

En aquel momento, Grandet volvió a entrar sin Nanón, cuyos pasos y los del mozo de las mensajerías resonaron en la escalera; iba seguido del viajero que, desde hacía unos instantes, suscitaba tanta curiosidad y preocupaba tan vivamente la imaginación de las personas allí reunidas, que su llegada a aquella casa y su caída en medio de aquella gente puede compararse a la de un caracol en una colmena o a la introducción de un pavo en algún corral de aldea.

—Sentaos junto al fuego —le dijo Grandet.

Antes de sentarse, el joven forastero saludó muy graciosamente a la concurrencia. Los hombres se levantaron para responder con una inclinación cortés, y las mujeres hicieron una ceremoniosa reverencia.

—Sin duda tenéis frío, caballero —le dijo la señora Grandet—; quizá llegáis de...

—¡Vaya con las mujeres! —dijo el viejo viñador, abandonando la lectura de una carta que tenía en la mano—. Dejad que el señor descanse un poco.

—Pero, papá —dijo Eugenia—, quizá tenga necesidad de algo.

—Ya tiene lengua para hablar, si quiere alguna cosa.

El desconocido era el único sorprendido ante esta escena, pues las otras personas estaban acostumbradas a las maneras despóticas de aquel hombre. Sin embargo, después de aquellas dos preguntas y de aquellas dos respuestas, el desconocido se levantó, púsose de espaldas al fuego, levantó uno de sus pies para calentar la suela de sus botas, y dijo a Eugenia:

—Querida prima, os lo agradezco mucho, pero he comido en Tours. Y —añadió mirando a Grandet— no tengo necesidad de nada, ni siquiera estoy cansado.

—¿El señor viene de la capital? —preguntó la señora Des Grassins.

El señor Carlos, así se llamaba el hijo del señor Grandet, de París, al oírse interpelar, cogió un pequeño monóculo suspendido por una cadena de su cuello, lo aplicó a su ojo derecho para examinar tanto lo que había encima de la mesa como las personas que estaban sentadas a ella, miró con mucha impertinencia a la señora Des Grassins y le dijo, después de haberlo visto todo:

—Sí, señora. Estáis jugando a la lotería, tía —añadió—; os lo suplico, continuad vuestro juego, es demasiado divertido para abandonarlo...

«Estaba segura de que era el primo», pensaba la señora Des Grassins, lanzándole

furtivas miradas.

—Cuarenta y siete —gritó el viejo abate—. Marcad, pues, señora Des Grassins, ¿no es vuestro número?

El señor Des Grassins puso una ficha sobre el cartón de su mujer que, asaltada por tristes presentimientos, observaba sucesivamente al primo de París y a Eugenia, sin pensar en el juego. De vez en cuando, la joven heredera lanzaba furtivas miradas a su primo, y la mujer del banquero pudo fácilmente descubrir en ellas un *crescendo* de asombro o de curiosidad.

El señor Carlos Grandet, guapo mozo de veintidós años, producía en aquel momento un singular contraste con los buenos provincianos a quienes ya sus maneras aristocráticas escandalizaban un poco, y al que todos estudiaban para burlarse de él. Esto requiere una explicación.

A los veintidós años de edad, los jóvenes se encuentran todavía bastante cerca de la infancia para entregarse a puerilidades. Así, quizás, entre un centenar de ellos podrían encontrarse noventa y nueve que se habrían conducido como se conducía Carlos Grandet. Algunos días antes de aquella velada, su padre le había dicho que fuese por unos meses a la casa de su hermano de Saumur. Quizás el señor Grandet de París pensase en Eugenia. Carlos, que caía en la provincia por primera vez, tuvo la ocurrencia de aparecer en ella con la superioridad de un joven de moda, de sumir en la desesperación al distrito por su lujo, de hacer época en él, y de importar allí las invenciones de la vida parisiense. En fin, para explicar todo con una palabra, quería pasar en Saumur más tiempo que en París cepillándose las uñas, afectar el excesivo rebuscamiento en el vestir que a veces un joven elegante abandona por una negligencia que no carece de gracia.

Carlos se llevó, pues, el más bonito traje de caza, la mejor escopeta, el cuchillo más hermoso y la más linda vaina de París. Llevó, de su colección de chalecos, los más ingeniosos: los había grises, blancos, negros, de color de escarabajo, con reflejos de oro, con lentejuelas, chinos, dobles, abrochados hasta arriba y con botones de oro. Se trajo todas las variedades de cuellos y de corbatas que estaban de moda en aquella época, dos chaquetas de Buisson y su ropa blanca más fina, así como su estuche de tocador, de oro, regalo de su madre. No olvidó sus perifollos de dandy, ni tampoco una encantadora escribanía, regalo de la más amable de las mujeres, para él al menos, una gran dama llamada Anita, que viajaba maritalmente, llena de aburrimiento, por Escocia, víctima de ciertas sospechas a las cuales era preciso sacrificar momentáneamente su felicidad; además, una gran provisión de precioso papel para escribirle una carta cada quince días. Fue, en fin, un cargamento de futilidades parisienses lo más completa posible, y en el que, desde el látigo de montar, que sirve para iniciar un duelo, hasta las hermosas pistolas que ponen fin al mismo, se encontraban todos los instrumentos de labor de que se sirve un joven ocioso para labrar la vida.

Habiéndole dicho su padre que viajara solo y modestamente, llegó en el cupé de

la diligencia reservado para él solo, satisfecho de no echar a perder un delicioso coche encargado para ir al encuentro de su Anita, la gran dama que... etc., y con la que debía reunirse en jimio próximo en las Aguas de Baden. Carlos pensaba encontrar cien personas en casa de su tía, cazar a caballo en sus bosques, vivir allí, en fin, la vida de castillo; como no sabía que habría de encontrarle en Saumur, lo primero que hizo al llegar fue preguntar por el camino de Froidfond; pero, al enterarse de que estaba en la ciudad, creyó que viviría en un gran palacio. Con objeto de presentarse convenientemente en la casa de su tío, sea en Saumur o en Froidfond, se había puesto el traje de viaje más coquetón, el más sencillamente rebuscado, el más adorable, para emplear la palabra que en aquella época resumía las perfecciones especiales de una cosa o de una persona. En Tours, un peluquero acababa de rizar de nuevo sus hermosos cabellos castaños; habíase mudado la camisa, y puesto una corbata de raso negro, combinada con un cuello redondo de modo que enmarcase agradablemente su blanco y risueño semblante. Una levita de viaje medio abrochada, muy ceñida, dejaba ver un chaleco de cachemira, bajo el cual había un segundo chaleco blanco. Su reloj, negligentemente abandonado al azar en un bolsillo, estaba unido por una corta cadena de oro a uno de sus ojales. Su pantalón gris se abrochaba a los lados, donde unos dibujos bordados en seda negra adornaban las costuras. Manejaba con desenvoltura un bastón cuyo puño de oro esculpido no alteraba la tersura de sus guantes grises. En fin, su gorra era de un gusto excelente. Un parisiense, un parisiense de la esfera más elevada, podía únicamente, no sólo arreglarse de aquel modo sin parecer ridículo, sino también conferir una armonía de fatuidad a todas aquellas bobadas, sostenidas, por otra parte, por un aire bravo, el aire de un joven que tiene hermosas pistolas, seguridad en sí mismo y a Anita.

Ahora, si queréis comprender bien la sorpresa respectiva de los saumurenses y del joven parisiense, ver perfectamente el vivo resplandor que la elegancia del viajero encendía en medio de las sombras grises de la sala y de las figuras que componían el cuadro de familia, tratad de representaros a los Cruchot. Los tres tomaban rapé, y desde hacía mucho tiempo ya no pensaban en evitar ni las mosquitas, ni las pequeñas manchas negras que salpicaban la pechera de sus amarillentas camisas de cuellos abarquillados. Sus corbatas, blandas, se enrollaban como una cuerda tan pronto como se las habían puesto alrededor del cuello. La enorme cantidad de ropa blanca que les permitía no hacer la colada más que cada seis meses, y guardarla en el fondo de sus armarios, hacía que el tiempo imprimiese en ella sus matices grises y viejos. Había en ellos un perfecto acuerdo de desgarbo y senilidad. Sus caras, tan marchitas como sus raídos trajes, tan arrugadas como sus pantalones, parecían gastadas, apergaminadas. La negligencia general de los otros trajes, todos ellos incompletos, anticuados, como suelen serlo en provincias, en donde se llega insensiblemente al mayor abandono en el vestir y a encontrar excesivo el precio de un par de guantes, armonizaba con el desaliño de los Cruchot. El horror a la moda era el único punto en el cual los grassinistas y los cruchotinos se entendían perfectamente.

Cuando el parisiense cogía el monóculo para examinar los singulares accesorios de la sala, las vigas del techo, el tono de las partes de madera o los puntos que habían impreso las moscas y cuyo número habría bastado para puntuar la *Enciclopedia metódica* y el *Monitor*, los jugadores de quina levantaban la nariz y le observaban con tanta curiosidad como habrían podido manifestar por una jirafa. El señor Des Grassins y su hijo, para quienes la figura de un hombre de moda no era algo desconocido, se asociaron, sin embargo, el asombro de sus vecinos, sea que experimentasen la indefinible influencia de un sentimiento general, sea que lo aprobasen, diciendo a sus compatriotas con miradas llenas de ironía: «He ahí como son en París».

Por otra parte, todos podían observar a Carlos tanto como quisieran, sin temor a desgradar al dueño de la casa. Grandet se había enfrascado en la lectura de la larga carta que tenía en la mano, sin preocuparse de sus huéspedes ni de su distracción. Eugenia, para quien era enteramente desconocido el tipo de semejante perfección, tanto por el atuendo, como en lo relativo a la persona, creía ver en su primo a una criatura descendida de alguna región seráfica. Respiraba con deleite los perfumes exhalados por aquella cabellera tan brillante, tan graciosamente rizada y habría querido poder tocar la piel blanca de aquellos lindos guantes tan finos. Envidiaba las pequeñas manos de Carlos, su tez, el frescor y la delicadeza de sus rasgos.

En fin, si esta imagen puede resumir las impresiones que el joven elegante produjo en una muchacha ignorante ocupada sin cesar en remendar medias, en arreglar la ropa de su padre, y cuya vida había transcurrido bajo aquellos grasientos techos, sin ver en aquella calle silenciosa a más de un transeúnte por hora, la vista de su primo hizo surgir en su corazón las emociones de delicado placer que ocasionan en un joven las fantásticas figuras de mujeres dibujadas por Westall en los Keepsake ingleses, y grabadas por los Finden con un buril tan hábil que uno teme, al soplar sobre la vitela, hacer volar aquellas celestiales apariciones.

Carlos sacó del bolsillo un pañuelo bordado por la gran dama que viajaba por Escocia. Al ver aquella linda obra realizada con amor durante las horas perdidas para el amor, Eugenia miró a su primo para ver si realmente iba a servirse de él. Las maneras de Carlos, sus gestos, el modo que tenía de coger el monóculo, su impertinencia afectada, su desprecio por el cofrecillo que tanta alegría acababa de causar a la rica heredera y que él evidentemente encontraba sin valor o ridículo; en fin, todo lo que extrañaba a los Cruchot y a los Des Grassins le agradaba tanto a ella, que Eugenia, antes de dormirse, debió de soñar largo rato con aquel fénix de los primos.

Los números iban saliendo muy lentamente, pero pronto el juego de lotería fue interrumpido. Nanón entró y dijo en voz alta:

—Señora, tendrá que darme sábanas para hacer la cama a ese señor.

La señora Grandet siguió a Nanón. La señora Des Grassins dijo entonces en voz baja:

—Guardemos nuestros sueldos y dejemos el juego.

Cada cual volvió a coger los dos sueldos del viejo platillo desportillado bajo el cual los habían puesto. Luego, la concurrencia se movió en masa y fue a colocarse junto al fuego.

—¿Habéis terminado? —dijo Grandet sin abandonar la carta.

—Sí, sí —respondió la señora Des Grassins, yendo a tomar asiento cerca de Carlos.

Eugenia, movida por uno de estos pensamientos que nacen en el corazón de las jóvenes cuando un sentimiento se aloja en él por primera vez, abandonó la sala para ir a ayudar a su madre y a Nanón. Si hubiera sido interrogada por un hábil confesor, sin duda la joven le habría confesado que no pensaba ni en su madre ni en Nanón, sino que estaba atormentada por el acuciante deseo de inspeccionar la habitación de su primo, para ocuparse de lo que pudiera necesitar, colocar en ella lo que fuese, subsanar un olvido, para preverlo, en fin, todo, con objeto de hacer que aquel aposento fuera lo más elegante y aseado posible. Eugenia se creía ya la única persona capaz de comprender las aficiones y las ideas de su primo. En efecto, llegó muy oportunamente para demostrar a su madre y a Nanón, que volvían, creyendo haberlo hecho todo, que aún quedaba bastante por hacer. Ella fue quien dio a Nanón la idea de calentar las sábanas con las ascuas de la lumbre, ella misma cubrió la vieja cama con un pequeño mantel y recomendó con insistencia a Nanón que cambiase aquel mantel todas las mañanas. Convenció a su madre de la necesidad de encender un buen fuego en la chimenea, y determinó a Nanón a subir, sin decir de ello nada a su padre, un buen montón de leña al pasillo. Corrió a buscar en una de las rinconeras de la sala, una bandeja de vieja laca que procedía de la herencia del difunto señor de La Bertellière; cogió igualmente de allí una copa de cristal, una cucharilla desdorada, un frasco antiguo en el que estaban grabados unos amorcillos, y puso triunfalmente todo ello sobre un rincón de la chimenea. En un cuarto de hora, habían surgido en su mente más ideas que las que había concebido desde que vino al mundo.

—Mamá —dijo—, mi primo no soportará jamás el olor de una vela de sebo. ¿Y si fuésemos a comprar una bujía de cera?...

Dicho esto, ligera como un pajarillo, fue a buscar en su bolsa el escudo de cien sueldos que había recibido para sus gastos del mes.

—Toma, Nanón —dijo—, ve a comprarla en seguida.

—Pero, ¿qué dirá tu padre?

Esta objeción terrible fue hecha por la señora Grandet al ver a su hija armada de un azucarero de vieja porcelana de Sèvres, traído por Grandet del castillo de Froidfond.

—¿Y de dónde vas a sacar el azúcar? ¿Es que te has vuelto loca? —añadió la madre.

—Mamá, Nanón comprará tanto el azúcar como la bujía.

—Pero, ¿y tu padre?

—¿Estaría bien que su sobrino no pudiese beber un vaso de agua azucarada? Por otra parte, no se fijará en esto.

—Tu padre lo ve todo —dijo la señora Grandet meneando la cabeza.

Nanón dudaba, conocía a su dueño.

—¡Ve, pues, Nanón, que hoy es mi cumpleaños!

Nanón soltó una carcajada al oír la primera broma que su joven dueña había hecho jamás, y la obedeció. Mientras Eugenia y su madre esforzábanse en embellecer la habitación destinada por el señor Grandet a su sobrino, Carlos era objeto de las atenciones de la señora Des Grassins, que le hacía arrumacos.

—Sois muy valiente, caballero —le dijo—, al abandonar los placeres de la capital durante el invierno, para venir a vivir a Saumur. Pero, si nosotros no os damos demasiado miedo, veréis que uno puede aún divertirse aquí.

Le lanzó una verdadera mirada de provincia, en la que, por hábito, las mujeres ponen tanta reserva y prudencia en sus ojos que les comunican la golosa concupiscencia característica de las miradas de los eclesiásticos, para quienes todo placer les parece un robo o una faltá. Carlos se encontraba tan desplazado en aquella sala, tan lejos del vasto castillo y de la fastuosa existencia que suponía en su tío, que al mirar con atención a la señora Des Grassins, advirtió al fin una imagen medio borrada de las figuras parisienses. Respondió con gracia a la especie de invitación que se le hacía, y embarcóse naturalmente en una conversación en la que la señora Des Grassins bajó poco a poco la voz para ponerla en armonía con la naturaleza de sus confidencias. Había en ella y en Carlos una misma necesidad de confianza. Así, tras unos instantes de conversación coqueta y de bromas dudosas, la hábil provinciana pudo decirle sin creer ser oída de las otras personas, que hablaban de la venta de los vinos, tema del que se ocupaban en aquellos momentos todos los saumurenses:

—Caballero, si queréis hacemos el honor de venir a vernos, nos causaréis un gran placer, tanto a mi marido como a mí. Nuestro salón es el único de Saumur en el que encontraréis el alto comercio y la nobleza; pertenecemos a las dos sociedades, que no quieren encontrarse más que allí, porque es donde únicamente se divierten. Mi marido, lo digo con orgullo, es igualmente bien considerado por los unos como por los otros. De este modo, procuraremos que vuestra estancia aquí resulte lo menos aburrida posible. Si os quedaseis en casa del señor Grandet, ¡qué sería de vos, Dios mío! Vuestro tío es un roñoso que no piensa más que en su dinero, vuestra tía es una beata que no sabe hilvanar dos ideas, y en cuanto vuestra prima, es una tontuela, sin educación, vulgar, sin dote, y que se pasa la vida zurciendo trapos.

—Es muy simpática esta señora —pensó Carlos Grandet, mientras respondía a las frases de la señora Des Grassins.

—Me parece, querida, que quieres acaparar al caballero —dijo riendo el grueso y alto banquero.

A esta observación, el notario y el presidente dijeron unas palabras más o menos

maliciosas; pero el abate los miró con aire irónico, y resumió sus pensamientos tomando una pulgarada de tabaco y ofreciendo la tabaquera a su alrededor, al tiempo que decía:

—¿Quién mejor que la señora Des Grassins para hacer al caballero los honores de Saumur?

—¡Vaya! ¿Qué queréis decir con eso, señor abate? —preguntó el señor Des Grassins.

—Lo digo en el sentido más favorable para vos, para la señora, para la ciudad de Saumur y para el caballero —añadió el astuto anciano volviéndose hacia Carlos.

Sin que pareciera que prestase la menor atención a ello, el padre Cruchot había sabido adivinar la conversación de Carlos y de la señora Des Grassins.

—Caballero —dijo finalmente Adolfo a Carlos, con un aire que él habría querido que le resultase desenvuelto—, no sé si habréis conservado algún recuerdo de mí, pero yo tuve el placer de hallarme frente a vos en un baile dado por el señor barón de Nucingen, y...

—Exacto, señor, exacto —respondió Carlos, sorprendido al verse objeto de las atenciones de todo el mundo.

—¿El caballero es hijo vuestro? —preguntó a la señora Des Grassins.

El abate miró maliciosamente a la madre.

—Sí, señor —respondió la señora Des Grassins.

—Érais, pues, muy joven, cuando estuvisteis en París —dijo Carlos, dirigiéndose a Adolfo.

—¡Qué queréis, caballero! —dijo el abate—, los enviamos a Babilonia, tan pronto como han sido destetados.

La señora Des Grassins interrogó al abate con una mirada de profundo asombro.

—Hay que venir a la provincia —prosiguió el sacerdote—, para encontrar mujeres de treinta años y pico, tan frescas como la señora, después de haber tenido hijos que pronto serán licenciados en Derecho. Todavía me parece encontrarme en el día en que los jóvenes y las damas se subían a las sillas para veros danzar en el baile, señora —añadió el abate, volviéndose hacia su adversario femenino—. Para mí, vuestros éxitos son de ayer...

«¡Oh, el viejo malvado! —dijo para sus adentros la señora Des Grassins—. ¿Estará adivinando, mis intenciones?»

«Parece que voy a tener mucho éxito en Saumur», pensaba Carlos, desabrochándose la levita para meter la mano en su chaleco, y lanzando su mirada a través de los espacios, a fin de imitar la actitud dada a lord Byron por Chantrey.

La falta de atención del tío Grandet, o por mejor decir, la preocupación en la que le sumía la lectura de su carta, no pasó inadvertida ni al notario ni al presidente, que trataban de conjeturar su contenido por medio de los imperceptibles movimientos de la cara del buen hombre, entonces muy iluminada por la vela de sebo. El viñador mantenía con dificultad la tranquilidad habitual de su semblante. Por otra parte, cada

cual podrá imaginar el dominio de sí mismo que adoptaría aquel hombre al leer la siguiente carta fatal:

«Querido hermano, he aquí que pronto hará veintitrés años que no nos hemos visto. Mi boda fue el objeto de nuestra última entrevista, tras la cual nos separamos contentos tanto el uno como el otro. Ciertamente, apenas podía prever que un día serías el único sostén de la familia, de cuya prosperidad tú te alegrabas entonces.

»Cuando tengas esta carta en tus manos, yo no existiré ya. En la posición en que me encontraba, no he querido sobrevivir a la vergüenza de una quiebra. Me he mantenido al borde del abismo hasta el último momento, esperando siempre poder salir a flote. Es preciso que me hunda. Las bancarrotas reunidas de mi agente de cambio y de Roguin, mi notario, se llevan mis últimos recursos y no me dejan nada. Tengo el dolor de deber más de cuatro millones sin poder ofrecer más del veinticinco por ciento de activo. Mis vinos almacenados experimentan en este momento la baja ruinosa que ocasionan la abundancia y la calidad de vuestras cosechas. Dentro de tres días, París dirá: “¡El señor Grandet era un bribón!” Yo, que soy honrado, me acostaré sobre una sábana de infamia. Arrebato a mi hijo tanto su apellido, que he mancillado, como la fortuna de su madre.

»Ese pobre hijo, al que idolatro, no sabe nada de todo ello. Nos hemos despedido cariñosamente. Él ignoraba, por fortuna, que mi último hálito de vida se derramaba en esta despedida. ¿No me maldecirá un día? ¡Hermano mío, la maldición de nuestros hijos es espantosa! Ellos pueden hacer apelación de la nuestra, pero la suya es irrevocable. Grandet, tú eres mi hermano mayor, me debes protección: ¡haz que Carlos no profiera ninguna palabra amarga sobre mi tumba!

»Hermano, si te escribiese con mi sangre y con mis lágrimas, no habría tanto dolor como el que pongo en esta carta; porque lloraría, sangraría, estaría muerto, no sufriría ya; pero sufro y veo la muerte con los ojos secos. ¡Ya eres, pues, el padre de Carlos! No tiene parientes por el lado materno, ya sabes el motivo. ¿Por qué no he obedecido a los prejuicios sociales? ¿Por qué cedí al amor? ¿Por qué me casé con la hija natural de un gran señor? Carlos ya no tiene familia. ¡Oh, desdichado hijo mío!

...

»Escucha, Grandet; yo no imploro nada para mí; por otra parte, tus bienes no son quizá lo bastante considerables para soportar una hipoteca de tres millones; ¡pero sí te imploro para mi hijo! Sábelo bien, hermano, mis manos suplicantes se han juntado pensando en ti. Grandet, te confío a Carlos al morir. En fin, miro sin dolor mis pistolas pensando que tú harás de padre. Carlos me quería mucho; yo era muy bueno para con él, nunca le contrariaba: no me maldecirá. Por otra parte, es de carácter muy dulce, se parece a su madre y jamás te dará ningún disgusto. ¡Pobre hijo! Acostumbrado a los placeres del lujo, no conoce ninguna de las privaciones a las que nos condenó a ti y a mí nuestra primera miseria... ¡Y he aquí que está arruinado, solo! Sí, todos sus amigos le abandonarán, y yo seré la causa de sus humillaciones.

¡Ah!, quisiera tener bastante fuerte el brazo para enviarlo de un solo golpe a los cielos, al lado de su madre. ¡Locura!, vuelvo a mi desgracia, a la desgracia de Carlos. Te lo he enviado, pues, para que le informes convenientemente de mi muerte y de su porvenir. Sé para él un padre, pero un buen padre. No le arranques de golpe a su vida ociosa, le matarías si lo hicieses. Yo le pido de rodillas que renuncie a los créditos que en calidad de heredero de su madre podría ejercer contra mí. Pero es un ruego superfluo; tiene honor, y comprenderá muy bien que no debe unirse a mis acreedores. Haz que renuncie a mi herencia en tiempo oportuno. Revélale las duras condiciones de la vida que yo le deparo; y si conserva afecto hacia mí, dile en mi nombre que no todo se ha perdido para él. Sí, el trabajo, que nos ha salvado a los dos, puede devolverle la fortuna que yo le arrebató; y si quiere escuchar la voz de su padre, que para él querría salir un momento de la tumba, que se vaya, ¡que vaya a las Indias!

»Hermano, Carlos es un joven honrado y valiente; tú harás algo por él, y él se moriría antes de dejar de devolverte el primer dinero que le prestases; ¡por tú se lo prestarás, Grandet!, de lo contrario, te crearías remordimientos. ¡Ah!, si mi hijo no encontrase auxilio ni cariño en ti, yo pediría eternamente venganza a Dios por tu crueldad. Si yo hubiera podido salvar algunos valores, estaría obligado a entregarle una suma a cuenta de los bienes de su madre; pero los pagos de fin de mes han absorbido todos mis recursos. Yo no hubiera querido morir con la duda acerca de la suerte de mi hijo; querría sentir santas promesas en el calor de tu mano, que me hubieran reconfortado; pero me falta tiempo para ello.

»Mientras Carlos está de viaje, me veo obligado a hacer mi balance. Intento demostrar con la buena fe que preside mis asuntos, que no hay en mis desastres ni culpa ni falta de honradez. ¿No significa esto ocuparme de Carlos?

»Adiós, hermano mío. Que todas las bendiciones de Dios te sean merecidas por la generosa tutela que te confío, y que tú aceptas, no lo pongo en duda. Habrá sin cesar una voz que rogará por ti en el mundo adonde todos debemos ir un día, y en el que yo ya me encuentro.

»VÍCTOR ÁNGEL GUILLERMO GRANDET.»

—¿Estáis charlando? —dijo el tío Grandet doblando con exactitud la carta por los mismos pliegues y guardándola en el bolsillo de su chaleco.

Miró luego a su sobrino con aire humilde y temeroso bajo el cual ocultó sus emociones y sus cálculos y añadió:

—¿Os habéis calentado bien?

—Muy bien, querido tío.

—Bueno, ¿dónde están nuestras mujeres? —dijo el tío, olvidando ya que su sobrino iba a dormir en su casa.

En aquel momento, Eugenia y la señora Grandet volvieron a entrar en la sala.

—¿Todo está arreglado allá arriba? —preguntóles el buen hombre recobrando su calma.

—Sí, papá.

—Bien, sobrino, si estáis fatigado, Nanón va a conducirnos a vuestra habitación. Bueno, no será nada del otro mundo, pero disculparéis a unos pobres viñadores que jamás han tenido un real. Los impuestos se lo llevan todo.

—No queremos ser indiscretos, Grandet —dijo el banquero—. Quizá tendréis mucho de que hablar con vuestro sobrino. Que paséis muy buena noche. Hasta mañana.

Dichas estas palabras, la concurrencia se levantó, y cada cual hizo la reverencia que correspondía a su carácter. El viejo notario fue a buscar bajo la puerta su linterna y vino a encenderla ofreciendo a los Des Grassins acompañarles. La señora Des Grassins no había previsto el incidente que debía poner un final prematuro a la velada, y su criado aún no había llegado.

—¿Queréis concederme el honor de aceptar mi brazo, señora? —dijo el padre Cruchot a la señora Des Grassins.

—Gracias, señor abate. Ya tengo a mi hijo —respondió ella secamente.

—Las damas no podrían comprometerse conmigo —dijo el abate.

—Dale el brazo al padre Cruchot —le dijo su marido.

El abate se llevó a la linda dama con la suficiente presteza para encontrarse a algunos pasos delante de la caravana.

—Está muy bien ese joven, señora —le dijo apretándole el brazo—. ¡Adiós, canastas, ya pasó la vendimia! Tenéis que decir adiós a la señorita Grandet, Eugenia será para el parisiense. A menos que ese primo esté enamorado de una parisiense, vuestro hijo Adolfo va a encontrar en él el rival más...

—Basta, señor abate. Ese joven no tardará en darse cuenta de que Eugenia es una boba, una muchacha sin gracia alguna. ¿La habéis examinado bien? Esta noche estaba amarilla como un membrillo.

—Quizás ya se lo habréis hecho notar al primo, ¿no?

—No he tenido ningún inconveniente en hacerlo...

—Poneos siempre al lado de Eugenia, señora, y no tendréis gran cosa que decirle a ese joven contra su prima, él mismo hará una comparación que...

—De momento, ya me ha prometido que vendría a comer a mi casa pasado mañana.

—¡Ah!, si vos quisierais, señora... —dijo el abate.

—¿Y qué es lo que queréis que yo quiera, señor abate? ¿Es que tenéis la intención de darme malos consejos? Yo no he llegado a la edad de treinta y nueve años, con una reputación sin tacha, gracias a Dios, para comprometerla, aunque se tratase del imperio del Gran Mogol. Estamos en una edad, el uno y el otro, en la que sabemos a qué atenemos. Para un eclesiástico, tenéis realmente unas ideas bien incongruentes. ¡Caramba, eso es digno de *Faublas*!

—¿Es que habéis leído a *Faublas*?

—No, señor abate, quería decir las *Relaciones peligrosas*.

—¡Ah! Ese libro es muchísimo más moral —dijo riendo el abate—. ¡Pero vos me hacéis tan perverso como un joven de hoy! Quería sencillamente deciros...

—¿Os atrevéis a decirme que no pensabais aconsejarme cosas malas? ¿No está bien claro? Si ese joven, que está muy bien, lo reconozco, me hiciera la corte, no pensaría en su prima. En París, ya lo sé, algunas buenas madres se sacrifican de ese modo por la felicidad y la fortuna de sus hijos; pero nosotros vivimos en una provincia, señor abate.

—Sí, señora.

—Y además —prosiguió la señora Des Grassins—, yo no quisiera, ni Adolfo lo quisiera tampoco, cien millones comprados a ese precio...

—Señora, yo no he hablado de cien millones. La tentación habría estado quizá por encima de nuestras fuerzas, tanto del uno como del otro. Únicamente creo que una mujer honrada puede permitirse, salvando el honor, pequeñas coqueterías sin trascendencia, que forman parte de sus deberes en sociedad, y que...

—¿Vos creéis?

—¿Es que no debemos, señora, tratar de ser agradables los unos para con los otros?... Permittedme que me suene la nariz. Os aseguro, señora —añadió—, que él os miraba con su monóculo con un aire algo más lisonjero que cuando me miraba a mí; sin embargo, le perdono que honre la belleza con preferencia a la vejez...

—Es evidente —decía el presidente con su gruesa voz— que el señor Grandet, de París, envía a su hijo a Saumur con intenciones claramente matrimoniales...

—Pero, si fuera como decís, el primo no habría caído como una bomba —respondía el notario.

—No importa —dijo el señor Des Grassins—, el buen hombre suele hacer las cosas con mucho misterio.

—Des Grassins, amigo mío, yo he invitado a ese joven a comer a mi casa. Será preciso que vayas a invitar al señor y a la señora de Larsonnière, y a los Du Hautoy, con la bella señorita Du Hautoy, claro está; siempre y cuando ese día se arregle bien, porque su madre, por celos, ¡la viste tan mal! Espero, señores, que nos concederéis el honor de venir —añadió la señora Des Grassins deteniendo el cortejo para volverse hacia los dos Cruchot.

—Ya habéis llegado a vuestra casa —dijo el notario.

Después de haber saludado a los tres Des Grassins, los tres Cruchot regresaron a su casa, poniendo en juego ese talento analítico que poseen los provincianos para estudiar bajo todos sus aspectos el gran acontecimiento de aquella velada, que cambiaba las posiciones respectivas de los cruchotinos y de los grassinistas. El admirable buen sentido que dirigía las acciones de aquellos grandes calculadores les hizo sentir a los unos y a los otros la necesidad de una alianza momentánea contra el enemigo común. ¿Acaso no debían impedir mancomunadamente que Eugenia amase a su primo, y que Carlos pensara en su prima? ¿Podría resistir el parisiense a las insinuaciones pérfidas, a las calumnias solapadas, a las murmuraciones llenas de

elogios, a las denegaciones ingenuas que constantemente habían de girar a su alrededor, para engañarle?

Cuando los cuatro parientes se encontraron a solas en la sala, el señor Grandet le dijo a su sobrino:

—Es preciso ir a la cama. Es demasiado tarde para hablar de los asuntos que os traen acá; mañana buscaremos un momento propicio para ello. Aquí desayunamos a las ocho. A mediodía comemos fruta, un poquitín de pan, y bebemos un vaso de vino claro; luego almorzamos, como los parisienses, a las cinco. Éstas son nuestras costumbres. Si queréis ver la ciudad o los alrededores, seréis libre como el aire. Me dispensaréis si mis asuntos no me permiten acompañaros siempre. Tal vez oigáis decir por ahí que soy rico: «¡Que si el señor Grandet por aquí, que si el señor Grandet por allá!» Yo les dejo que hablen, sus charlas no perjudican en modo alguno mi crédito. Pero no tengo un real, y a mi edad trabajo como un joven que no posea más que sus brazos y una mala garlopa. Quizá pronto veréis por vos mismo lo que cuesta un escudo cuando hay que sudarlo. ¡Vamos, Nanón, las velas!

—Espero, querido sobrino, que encontraréis todo lo necesario —dijo la señora Grandet—; pero si os faltase algo, podéis llamar a Nanón.

—Querida tía, me parece que será difícil, porque creo que me he traído todas mis cosas. Permitidme que os desee muy buenas noches, así como a mi querida primita.

Carlos tomó de manos de Nanón una bujía encendida, una bujía de cera, de Anjou, muy amarillenta, envejecida en la tienda, y tan parecida a la vela de sebo, que el señor Grandet, incapaz de sospechar su existencia en la casa, no se dio cuenta de aquel despilfarro.

—Voy a indicaros el camino —dijo Grandet.

En lugar de salir por la puerta de la sala que daba a la bóveda, Grandet tuvo la atención de pasar por el corredor que separaba la sala de la cocina. Una puerta provista de un gran vidrio oval cerraba este pasillo por el lado de la escalera, con objeto de atemperar el frío que penetraba por ella. Pero en invierno el viento no dejaba por ello de silbar con violencia, y a pesar de los burletes colocados en las puertas de la sala, apenas se mantenía en ella el calor a un grado conveniente. Nanón fue a echar el cerrojo a la puerta grande, cerró la sala, y soltó en el establo a un perro lobo cuya voz era cascada como si tuviera laringitis. Este animal, de notable ferocidad, sólo conocía a Nanón. Aquellas dos criaturas campestres se entendían. Cuando Carlos vio las paredes amarillentas y ahumadas de la caja en la que la escalera de carcomida barandilla temblaba bajo los pesados pasos de su tío, su desencanto fue *rinforzando*. Creía encontrarse en un gallinero. Su tía y su sobrina, hacia las cuales se volvió para interrogar sus rostros, estaban tan acostumbradas a aquella escalera, que, no adivinando la causa de su asombro, creyeron que se trataba de una expresión amistosa, y respondieron a ella con una simpática sonrisa que le desesperó.

«¿Qué demonios me manda mi padre a hacer aquí?», pensaba.

Una vez llegado al primer rellano, vio tres puertas pintadas de rojo etrusco y sin guarnición, unas puertas perdidas en la pared polvorienta y provistas de franjas de hierro con pernos simulados, terminadas en forma de llamas como cada extremo de la larga entrada de la cerradura. De estas puertas, la que se encontraba en lo alto de la escalera y daba acceso a la pieza situada encima de la cocina, había sido evidentemente tapiada. Efectivamente, se penetraba en ella sólo a través de la habitación de Grandet, a quien esta pieza servía de gabinete. La única ventana de la que recibía su luz estaba separada del patio por enormes barrotes de hierro. Nadie, ni siquiera la señora Grandet, tenía permiso para entrar en ella; aquel hombre quería estar solo en aquella habitación, como un alquimista en su horno. Allí sin duda había sido practicado hábilmente algún escondrijo; allí se almacenaban los títulos de propiedad y pendían las balanzas para pesar los luises; allí se hacían de noche y en secreto los recibos, los cálculos, de modo que la gente de negocios, al ver a Grandet siempre dispuesto a todo, podía imaginar que tenía a sus órdenes un hada o un demonio. Allí sin duda, cuando Nanón roncaba hasta hacer estremecer las paredes, cuando el perro lobo velaba y bostezaba en el patio, cuando la señora y la señorita Grandet estaban durmiendo profundamente, venía el viejo tonelero a mimar, a acariciar, a incubar el oro que poseía. Las paredes eran gruesas y las contraventanas muy sólidas. Sólo él poseía la llave de aquel laboratorio, donde, según decían, consultaba unos planos en los que estaban dibujados sus árboles frutales, y en los que calculaba sus productos con pasmosa exactitud. La entrada de la habitación de Eugenia estaba frente a esta puerta tapiada. Luego, en el extremo del rellano, se encontraba el apartamento de los dos esposos que ocupaba toda la parte delantera de la casa. La señora Grandet tenía una habitación contigua a la de Eugenia, a la que se entraba por una puerta con vidriera. La habitación del amo estaba separada de la de su mujer por un tabique, y del misterioso gabinete por una gruesa pared. El tío Grandet había instalado a su sobrino en el segundo piso, en el alto desván situado encima de su aposento, de suerte que pudiera oírle si se le antojara ir y venir. Cuando Eugenia y su madre llegaron al centro del rellano, diéronse el beso usual de antes de acostarse; luego, después de decir a Carlos unas palabras de despedida, frías en los labios, pero cálidas en el corazón de la joven, las dos mujeres entraron en sus habitaciones.

—Ya estáis en vuestra casa, sobrino —díjole el tío Grandet al abrirle la puerta—. Si tuvieseis necesidad de salir, llamad a Nanón. Sin ella, el perro os devoraría sin deciros una palabra. Que durmáis bien. Buenas noches. ¡Ah, ah! Esas señoras os han hecho fuego —añadió.

En aquel momento, apareció Nanón, armada de un calentador de cama.

—¡Otra tenemos! —dijo el señor Grandet—. ¿Es que tomáis a mi sobrino por una parturienta? Vamos, llévate eso, Nanón.

—Pero, señor, las sábanas están húmedas, y ese caballero es realmente delicado como una mujer.

—Bueno, haz lo que quieras, puesto que se te ha metido en la cabeza —dijo Grandet empujándola por los hombros—, pero cuidado con pegar fuego.

Luego el avaro descendió barbotando algo entre dientes.

Carlos quedó estupefacto en medio de sus baúles. Después de mirar hacia las paredes de un desván cubierto con ese papel amarillo con ramilletes de flores que tapiza los ventorrillos, una chimenea de piedra calcárea dura acanalada, cuya sola vista daba frío, unas sillas de madera amarilla, una mesilla de noche abierta en la que habría cabido un pequeño sargento de cazadores, la mísera alfombra de vendo, colocada al pie de una cama con dosel, cuyas doseleras de paño temblaban cual si hubieran de caerse, destruidas por la polilla, miró muy serio a Nanón y le dijo:

—¡Ay!, hija mía, ¿es verdad que estoy en casa del señor Grandet, el antiguo alcalde Saumur, hermano del señor Grandet de París?

—Sí, señor, en casa de un señor muy amable, muy bueno. ¿Queréis que os ayude a deshacer las maletas?

—¡Ya lo creo, mi viejo soldado! ¿No habéis servido entre los marinos de la guardia imperial?

—¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!, ¡oh! —dijo Nanón—. ¿Qué es eso de los marinos de la guardia? ¿Es aquello salado? ¿Va sobre el agua?

—Mirad, buscad mi bata, que está en esa maleta. Ahí tenéis la llave.

Nanón quedóse maravillada al ver una bata de seda verde con flores de oro y dibujos clásicos.

—¿Vais a poneros esto para dormir? —dijo Nanón.

—Sí.

—¡Virgen santa! ¡Con lo bonito que haría esto como frontal para la parroquia! Vamos, señor, regalad esto a la iglesia, y salvaréis vuestra alma, mientras que si lo lleváis, os la hará perder. ¡Oh, qué guapo estáis! Voy a llamar a la señorita para que os vea.

—Vamos, Nanón, puesto que Nanón tenemos, ¿queréis callaros? Dejad que me acueste, mañana arreglaré mis cosas; y si tanto os agrada mi bata, salvaréis vuestra alma. Soy demasiado cristiano para negárosla cuando me vaya, y podréis hacer con ella lo que quisieréis.

Nanón quedóse estupefacta, mirando a Carlos, sin poder dar crédito a sus palabras.

—¡Darme una cosa tan bonita! —dijo al marcharse—. El señor está soñando. Buenas noches.

—Buenas noches, Nanón.

«¿Qué es lo que he venido a hacer aquí? —dijo Carlos para sus adentros, al dormirse—. Mi padre no es ningún tonto y este viaje debe tener alguna finalidad. ¡Bah! Para mañana los asuntos serios, como decía no sé qué imbécil griego.»

«¡Virgen santa, qué guapo es mi primo!», se decía Eugenia, interrumpiendo sus oraciones, que aquella noche no fueron terminadas.

La señora Grandet no tuvo ningún pensamiento al acostarse. Oía, por la puerta de comunicación que se encontraba en medio del tabique, al avaro que se paseaba de arriba abajo por su habitación. Como todas las mujeres tímidas, había estudiado el carácter de su señor. Al igual que la gaviota que prevé la tempestad, ella, por señales imperceptibles, había presentido la tormenta que se fraguaba en el interior de Grandet, y para emplear la expresión de que ella se servía, hacía entonces la muerta. Grandet miraba la puerta interiormente revestida de chapa, que había mandado poner en su gabinete, y decía a sí mismo:

«¡Qué idea tan peregrina ha tenido mi hermano al dejarme a su hijo en herencia! ¡Vaya legado! No tengo ni veinte escudos para dar. Pero ¿qué son veinte escudos para ese barbilindo que con su monóculo miraba mi barómetro como si quisiera echarlo al fuego?»

Al pensar en las consecuencias de aquel testamento de dolor, Grandet estaba quizá más agitado que su hermano en el momento de redactarlo.

«¿Será algún día para mí esa bata de oro?...», decía Nanón, que se durmió vestida con su frontal de altar, soñando con flores, tapices y damascos, por primera vez en su vida, como Eugenia, tuvo sueños de amor.

En la pura y monótona vida de las jóvenes, llega una hora deliciosa en la que el sol ilumina con sus rayos su alma, en que la flor les manifiesta sus pensamientos, en que los latidos del corazón comunican al cerebro su cálida fecundidad, y funden las ideas en un vago deseo; ¡día de inocente melancolía y de goces suaves! Cuando los niños empiezan a ver, sonrían; cuando una joven vislumbra el sentimiento en la naturaleza, sonrío como cuando era una niña. Si la luz es el primer amor de la vida, ¿acaso el amor no es la luz del corazón? El momento de ver claro en las cosas de aquí abajo había llegado para Eugenia. Madrugadora como todas las muchachas de provincias, se levantó temprano, rezó sus oraciones e inició la obra de su arreglo personal, ocupación que en lo sucesivo había de tener un sentido. Primero alisó sus cabellos castaños, dispuso con gran esmero sus gruesas trenzas encima de su cabeza, e introdujo en su peinado una simetría que realzó el tímido candor de su semblante, concediendo a la ingenuidad de las líneas la sencillez de los accesorios. Al lavarse varias veces las manos en el agua pura que le endurecía y enrojecía la piel, miró la redondez de sus hermosos brazos, y se preguntó lo que haría su primo para tener las manos tan suavemente blancas y las uñas tan bien formadas. Púsose medias nuevas y sus más lindos zapatos. Deseando, por primera vez en su vida, aparecer atractiva, conoció la dicha de poseer un vestido bonito, bien hecho, y que realzaba sus encantos. Cuando hubo terminado de arreglarse, oyó el reloj de la parroquia, y se maravilló al ver que no daban más que las siete. El deseo de disponer de todo el tiempo necesario para vestirse adecuadamente, había hecho que se levantase demasiado temprano. Ignorando el arte de arreglar diez veces un bucle de cabellos y de estudiar sus efectos, Eugenia se cruzó inocentemente de brazos, se sentó junto a la ventana, contempló el patio, el jardín estrecho y las altas terrazas que lo dominaban;

vista melancólica, limitada, pero que no estaba exenta de misteriosas bellezas peculiares de los lugares solitarios o de la naturaleza inculta. Junto a la cocina se encontraba un pozo rodeado de un brocal, y con una polea sostenida por una rama de hierro curvada, que estaba abrazada por una vid de pámpanos marchitos, enrojecidos y quemados por el sol. De allí, el tortuoso sarmiento llegaba hasta la pared, se adhería a ella, corría a lo largo de la casa y terminaba en un montón de leña cuyos troncos estaban dispuestos con tanta exactitud como los libros de un bibliófilo. El pavimento del patio ofrecía aquellos matices negruzcos producidos con el tiempo por los musgos y las hierbas, por la falta de movimiento. Los espesos muros presentaban su camisa verde, con largas manchas pardas. En fin, los ocho peldaños que había en el fondo del patio y que conducían a la puerta del jardín estaban desunidos y sepultados bajo altas plantas como la tumba de un caballero enterrado por su viuda en la época de las Cruzadas. Encima de una hilada de piedras todas ellas roídas, se elevaba una verja de madera podrida, medio caída por lo vieja, pero cubierta de plantas trepadoras. A cada lado de la puerta calada se adelantaban las ramas tortuosas de dos manzanos achaparrados. Tres avenidas paralelas, enarenadas y separadas por cuadros cuya tierra estaba sostenida por medio de un bordillo de madera, componían aquel jardín que, en la parte inferior de la terraza, terminaba en un grupo de tilos. En un extremo, unos frambuesos, en el otro, un inmenso nogal que inclinaba sus ramas hasta encima del gabinete del tonelero. Un día puro y el hermoso sol de los otoños, propio de las riberas del Loira, empezaban a disipar la capa de escarcha que la noche había dejado sobre las paredes, las plantas que adornaban aquel jardín y el patio.

Eugenia encontró nuevos encantos en todas estas cosas, antes tan vulgares para ella. Mil pensamientos confusos nacían en su alma, y crecían en ella a medida que en el exterior crecían los rayos del sol. Tuvo en fin aquel movimiento de placer vago, inexplicable, que envuelve al ser moral, como una nube envolvería el ser físico. Sus reflexiones armonizaban con los detalles de aquel singular paisaje, y las armonías de su corazón formaron alianza con las armonías de la naturaleza. Cuando el sol llegó a un lienzo de pared de donde descendían unos cabellos de Venus de tupidas hojas de colores cambiantes como el cuello de las palomas, un celeste rayo de esperanza iluminó el porvenir para Eugenia, que en adelante se complació en mirar aquel lienzo de pared, sus flores pálidas, sus campanillas azules y sus hierbas marchitas, a las cuales se mezcló un recuerdo gracioso como los de la infancia. El ruido que cada hoja producía en aquel patio sonoro al desprenderse de su rama, daba una respuesta a las secretas interrogaciones de la joven, que habría permanecido allí, durante el día entero, sin darse cuenta del paso de las horas. Luego vinieron tumultuosos movimientos del alma. Se levantó a menudo, se colocó delante del espejo y se miró en él como un autor de buena fe contempla su obra para criticarse y proferir injurias contra sí mismo.

«¡No soy lo suficientemente hermosa para él!» Tal era el pensamiento de Eugenia, pensamiento humilde y fértil en sufrimientos. La pobre muchacha no se

hacía justicia a sí misma; pero la modestia o, mejor dicho, el temor, es una de las primeras virtudes del amor. Eugenia pertenecía a ese tipo de criaturas vigorosamente constituidas, como lo son en la pequeña burguesía, y cuyas bellezas parecen vulgares; pero aunque se pareciese a la Venus de Milo, sus formas se hallaban ennoblecidas por aquella suavidad del sentimiento cristiano que purifica a la mujer y le confiere una distinción desconocida para los escultores antiguos. Tenía una cabeza enorme, la frente masculina pero delicada del Júpiter de Fidias, y unos ojos grises a los cuales su casta vida, al derramarse en ellos toda entera, imprimía una luz resplandeciente. Los rasgos de su cara redonda, en otro tiempo fresca y sonrosada, se habían vuelto toscos a causa de una varicela lo bastante clemente para no dejar huellas, pero que había destruido lo aterciopelado de su piel, sin embargo, tan suave y fina todavía que el puro beso de su madre dejaba en ella pasajeramente una marca roja. Su nariz era algo excesivamente grande, pero armonizaba con una boca de rojo de minio, cuyos labios aparecían llenos de amor y de bondad. El cuello poseía una redondez perfecta. El seno abultado, cuidadosamente velado, atraía las miradas y hacía soñar; carecía sin duda un poco de la gracia debida al arreglo personal; pero, para los buenos conocedores, la no flexibilidad de aquella joven de alta estatura debía constituir un encanto. Eugenia, alta y gruesa, no tenía, pues, nada de la belleza que agrada a las masas; pero era hermosa con aquella hermosura tan fácil de reconocer y de la que solamente se enamoran los artistas. El pintor que aquí abajo busca un tipo de la celestial pureza de María, que pide a toda la naturaleza femenina aquellos ojos modestamente orgullosos adivinados por Rafael, aquellas líneas vírgenes a menudo debidas a los azares de la concepción pero que sólo una vida cristiana y púdica puede conservar o hacer adquirir; aquel pintor, enamorado de tan raro modelo, habría encontrado de pronto en el semblante de Eugenia la nobleza innata que se ignora; habría visto bajo una frente serena un mundo de amor; y en sus ojos, en sus párpados, un no sé qué de divino. Sus rasgos, los contornos de su cabeza, que la expresión del placer no había alterado ni fatigado jamás, semejaban las líneas del horizonte tan suavemente trazadas en la lejanía de los lagos tranquilos. Aquella fisonomía serena, sonrosada, bordeada de luz como una bella flor recién abierta, daba descanso al alma, comunicaba el encanto de la conciencia que en ella se reflejaba, y dominaba la mirada. Eugenia se encontraba aún en la orilla de la vida en la que florecen las ilusiones infantiles, donde se cogen las margaritas con delicias más tarde desconocidas. Por eso se decía al mirarse en el espejo, sin saber aún lo que era el amor:

—Soy demasiado fea, no se fijará en mí.

Luego abrió la puerta de su habitación que daba a la escalera, y estiró el cuello para escuchar los ruidos de la casa.

«No se levanta», pensó, oyendo la tos matinal de Nanón, y a la pobre criada yendo y viniendo, barriendo la sala, encendiendo su lumbre, encadenando al perro y hablando a sus animales en el establo.

Eugenia bajó en seguida y corrió al encuentro de Nanón, que estaba ordeñando la vaca.

—Nanón, mi buena Nanón, haz la nata para el café de mi primo.

—Pero, señorita, era preciso hacerla ayer —dijo Nanón soltando una carcajada—. Yo no puedo hacer nata. Vuestro primo es muy guapo, realmente guapo. No le habéis visto con su bata de seda y de oro. Yo sí le he visto. Lleva ropa blanca de lino tan fina como la de la sobrepelliz del señor cura.

—Vamos, Nanón, haznos, pues, unos bizcochos.

—¿Y quién me dará leña para el horno, y harina, y mantequilla? —dijo Nanón, que en su calidad de primer ministro de Grandet asumía a veces una importancia enorme a los ojos de Eugenia y de su madre—. ¿Es que hay que robar a ese hombre, para festejar a vuestro primo? Pedidle mantequilla, harina y leña, es vuestro padre, él puede dároslo. Mirad, ahí lo tenéis; ahora baja para ver las provisiones...

Eugenia huyó al jardín, asustada al oír temblar la escalera bajo los pasos de su padre. Experimentaba ya los efectos de aquel profundo pudor y de aquella conciencia peculiar de nuestra felicidad que nos hace creer, no sin razón quizá, que nuestros pensamientos están grabados en nuestra frente y saltan a los ojos de los demás. Al advertir, en fin, la fría desnudez de la casa paterna, la pobre muchacha concebía una especie de despecho al no poder ponerla en armonía con la elegancia de su primo. Sintió una necesidad apasionada de hacer algo por él: ¿qué? No lo sabía. Ingenua y sincera, se dejaba arrastrar por su naturaleza angélica sin desconfiar ni de sus impresiones ni de sus sentimientos. La sola vista de su primo había despertado en ella las inclinaciones naturales de la mujer, y debieron desplegarse tanto más vivamente cuanto que, habiendo alcanzado la edad de veintitrés años, se encontraba en la plenitud de su inteligencia y de sus deseos. Por primera vez sintió terror en su corazón al ver a su padre, vio en él al dueño de su destino, y se creyó, culpable de una falta al no confiarle algunos pensamientos. Se puso a andar con paso precipitado, asombrándose de respirar un aire más puro, de sentir los rayos del sol más vivificantes y de extraer de ellos un calor moral, una vida nueva. Mientras ella buscaba un artificio para obtener los bizcochos, originábase entre Nanón y Grandet una de aquellas querellas tan raras entre ellos como raras son las golondrinas en invierno. Provisto de sus llaves, Grandet había venido a facilitar los víveres necesarios para el consumo de la jornada.

—¿Queda pan de ayer? —dijo a Nanón.

—Ni una sola miga, señor.

Grandet cogió un gran pan redondo, bien enharinado, que tenía la forma de una de esas cestas planas que sirven para hacer el pan en Anjou, y se disponía a cortarlo, cuando Nanón le dijo:

—Hoy somos cinco, señor.

—Es verdad —respondió Grandet—, pero este pan pesa seis libras, y todavía quedará. Por otra parte, ya verás como esos jóvenes de París apenas comen pan.

—Entonces comerá *frippe* —dijo Nanón.

En Anjou, *frippe*, vocablo del léxico popular, significa lo que acompaña al pan, desde la mantequilla extendida sobre él, que es la *frippe* más vulgar, hasta la confitura de albérchigo, que es la más distinguida; y todos aquellos que en su infancia lamieron *frippe* y dejaron el pan, comprenderán el alcance de esta expresión.

—No —respondió Grandet—, éstos no comen ni *frippe* ni pan. Son como señoritas casaderas.

Finalmente, después de haber ordenado con mucha parsimonia la minuta cotidiana, Grandet se dirigía hacia el cuarto de las frutas y a cerrar la despensa, cuando Nanón le detuvo para decirle:

—Señor, dadme un poco de harina y mantequilla y haré bizcochos para los chicos.

—¿Es que vas a echar la casa por la ventana a causa de mi sobrino?

—No pensaba más en vuestro sobrino que en vuestro perro, más de lo que pensáis vos mismo... Pero es que no me habéis dado más que seis terrones de azúcar, y necesito ocho.

—Vamos, Nanón, nunca te había visto así. ¿Qué es lo que pasa hoy por tu cabeza? ¿Eres aquí la dueña? No tendrás más que seis terrones de azúcar.

—Bueno, y vuestro sobrino, ¿con qué endulzará su café?

—Con dos terrones; yo prescindiré del azúcar.

—¡Que vos prescindiréis del azúcar, a vuestra edad! Preferiría comprároslo de mi bolsillo.

—Métete en lo que te importa.

A pesar de que había bajado el precio, el azúcar seguía siendo, a los ojos del tonelero, el más precioso de los artículos coloniales; para él, seguía valiendo seis francos la libra. La obligación de ahorrarlo, adoptada bajo el Imperio, habíase convertido en la más inveterada de sus costumbres. Todas las mujeres, incluso la más necia, saben usar de astucia para alcanzar sus fines; Nanón abandonó la cuestión del azúcar para obtener los bizcochos.

—Señorita —gritó por la ventana—, ¿no es verdad que queréis bizcochos?

—No, no —respondió Eugenia.

—Vamos, Nanón —dijo Grandet al oír la voz de su hija—, toma.

Abrió el saco de la harina, le dio una medida de ella y añadió algunas onzas de mantequilla al pedazo que ya había cortado.

—Hará falta leña para calentar el homo —dijo la implacable Nanón.

—Bueno, tomarás la que te haga falta —respondió melancólicamente el hombre—, pero entonces nos harás una tarta de fruta, y nos cocerás toda la comida en el homo; de este modo no será necesario encender dos fuegos.

—¡Caramba! —exclamó Nanón—. No teníais necesidad de decírmelo.

Grandet lanzó a su fiel ministro una mirada casi paternal.

—Señorita —gritó la cocinera—, tendremos bizcocho.

El tío Grandet regresó cargado con sus frutos, y dejó una buena cantidad de ellos encima de la mesa de la cocina.

—Mirad, señor, qué lindas botas tiene vuestro sobrino —dijo—. ¡Qué cuero, y qué bien huele! ¿Con qué se limpiará? ¿Hay que ponerle vuestro betún de huevo?

—Nanón, yo creo que el huevo echaría a perder ése cuero. Por otra parte, dile que no conoces el modo de dar lustre al tafilete, pues esto es tafilete, y así él mismo comprará en Saumur lo que necesite para dar lustre a sus botas. He oído decir que ponen azúcar en la pasta para que saque buen brillo.

—Entonces será bueno para comer —dijo la criada llevándose las botas a la nariz—. Fijaos, huelen como el agua de Colonia de la señora. ¡Qué divertido!

—¡Divertido! —dijo el amo—. ¿Encuentras divertido poner en unas botas más dinero de lo que vale el que las lleva?

—Señor —dijo Nanón, al segundo viaje de su amo, que había cerrado el cuarto de la fruta—, ¿es que no vais a darnos carne para el cocido una o dos veces a la semana, por estar aquí vuestro...?

—Sí.

—Tendré que ir a la carnicería.

—En modo alguno; nos harás caldo de ave, los colonos te traerán las que necesites. Además, voy a decirle a Cornoiller que me mate unos cuervos. Esa clase de caza hace el mejor caldo del mundo.

—¿Es verdad, señor, que esos pájaros se comen a los muertos?

—¡Qué animal eres, Nanón! Comen, como todo el mundo, lo que encuentran. ¿Es que nosotros no vivimos también de los muertos? ¿Qué son, entonces, las herencias?

El tío Grandet, no teniendo ya otras órdenes que dar, sacó el reloj, y al ver que aún podía disponer de una media hora antes del desayuno, cogió el sombrero, fue a dar un beso a su hija, y le dijo:

—¿Quieres dar un paseo por la orilla del Loira, en mis prados? Tengo algo que hacer allí.

Eugenia fue a ponerse su sombrero de paja cosida, forrado de tafetán rosa; luego, padre e hija descendieron por la calle tortuosa hasta la plaza.

—¿Adonde vais, tan temprano? —dijo el notario Cruchot, al ver a Grandet.

—A ver algo —respondió el tío Grandet, sin dejarse engañar por el paseo matinal de su amigo.

Cuando el tío Grandet iba a ver algo, el notario sabía por experiencia que siempre había algo a ganar con él. Así, pues, le acompañó.

—¿Venís, Cruchot? —dijo al notario—. Vos sois amigo mío, y voy a demostraros cómo es una tontería plantar chopos en tierras buenas...

—¿Es que consideráis que no son nada los sesenta mil francos que habéis cobrado por los que había en vuestros prados del Loira? —dijo el señor Cruchot abriendo desorbitadamente los ojos—. ¡Habéis tenido suerte!... ¡Cortar árboles en el momento

en que se carecía de madera blanca en Nantes, y venderlos a treinta francos!

Eugenia escuchaba sin saber que se encontraba en el momento más solemne de su vida, y que el notario iba a hacer pronunciar sobre ella una sentencia paternal y soberana. Grandet había llegado a los magníficos prados que poseía a orillas del Loira, y en donde treinta obreros estaban ocupados en nivelar el terreno ocupado en otro tiempo por los chopos.

—Señor Cruchot, fijaos cuánto terreno ocupa un chopo —dijo al notario—. ¡Juan! —añadió llamando a un obrero—. Mi... mi... mide en to... todo... dos los sentidos.

—Cuatro veces ocho pies —respondió el obrero, cuando hubo terminado.

—Treinta y dos pies de pérdida —dijo Grandet a Cruchot—. Yo tenía en esta línea trescientos chopos, ¿verdad? Ahora... bien... tre... tre... trescientas veces treinta y do... do... dos pies, me... me, me comían qui... qui... quinientos de heno; añadid dos veces otro tanto por los lados, mil quinientos; las hileras del medio otro tanto. Entonces, po... po... pongamos mil gavillas de heno.

—Bien —dijo Cruchot para ayudar a su amigo—, mil gavillas de ese heno valen alrededor de seiscientos francos.

—De... de... decid mi... mi... mil doscientos a causa de los tres a cuatrocientos francos de la hierba que brota después de segado el campo, po... po... por año, durante cuarenta años, da... da... dará co... co... co... con los intereses co... co... compuestos que voos saabéis.

—Resultan sesenta mil francos —dijo el notario.

—¡Está bien! Esto no hará más que... que... que sesenta mil francos. Bueno —repuso el viñador sin tartamudear—, dos mil chopos de cuarenta años no me darían cincuenta mil francos. Hay pérdida. Yo he descubierto esto —dijo Grandet, galleando—. Juan —añadió—, llenarás todos los hoyos, excepto por la parte del Loira, donde plantarás los chopos que he comprado. Al ponerlos en el río —dijo volviéndose hacia Cruchot e imprimiendo a la lupia de su nariz un ligero movimiento que equivalía a la más irónica de las sonrisas—, se alimentarán a expensas del Gobierno.

—Esto es evidente, los chopos deben plantarse en esa clase de tierras —dijo Cruchot, estupefacto por los cálculos de Grandet.

—Sí, señor —respondió irónicamente el tonelero.

Eugenia, que miraba el sublime paisaje del Loira sin escuchar los cálculos de su padre, pronto prestó atención a las palabras de Cruchot al oír que le decía a su cliente:

—Bueno, vos habéis hecho venir de París un yerno; en todo Saumur no se habla más que de vuestro sobrino. ¿Tendré que redactar pronto un contrato, tío Grandet?

—Ha... ha... habéis salido ta... ta... tan temprano para decirme eso —repuso Grandet, acompañando esta reflexión de un movimiento de su lupia—. ¡Eh! Bueno, mi viejo amigo, os seré franco, y os diré lo que queréis sa... sa... saber. Preferiría, sa... sa... sabéis, a... a... arrojar a mi hija al Loira, antes que darla a... a... a su primo; po... po... podéis anunciar esto. Pero, no, de... de... dejad que hable la gente.

Esta respuesta ocasionó una especie de vértigo en Eugenia. Las lejanas esperanzas que comenzaban a brotar para ella en su corazón florecieron de repente, se realizaron y formaron un haz de flores que vio cortadas y arrojadas al suelo. Desde la víspera, sentíase unida a Carlos por todos los vínculos de felicidad que unen a las almas; en lo sucesivo, el sufrimiento iba, pues, a consolidar aquellos lazos. ¿No forma parte del noble destino de la mujer el verse más afectada por las pompas de la miseria que por los esplendores de la fortuna? ¿Cómo había podido el sentimiento paternal extinguirse en el fondo del corazón de su padre? ¿De qué crimen era, pues, Carlos culpable? ¡Misteriosas preguntas! Su amor naciente, misterio tan profundo, se envolvía ya en misterios. Eugenia regresó temblando, y al llegar a la vieja calle sombría, tan alegre para ella, la encontró de triste aspecto y respiró en ella la melancolía que el tiempo y las cosas habían impreso en aquel lugar. No le faltaba ninguna de las enseñanzas del amor. A pocos pasos de la casa, se adelantó a su padre y le aguardó junto a la puerta, después de haber llamado a ella. Pero Grandet, que veía en la mano del notario un periódico todavía con su faja, le dijo:

—¿A cómo están los terrenos?

—Vos no queréis escucharme, Grandet —respondióle Cruchot—. Comprad de prisa, todavía es posible ganar el veinte por ciento en dos años, además de los intereses a un tanto por ciento excelente; cinco mil libras de renta por ochenta mil francos. Los terrenos son a ochenta francos con cincuenta céntimos.

—Ya veremos —respondió Grandet, frotándose la barbilla.

—¡Dios mío! —exclamó el notario.

—¿Qué pasa? —exclamó Grandet en el momento en que Cruchot le ponía el periódico ante los ojos, diciéndole:

—Leed este artículo.

*El señor Grandet, uno de los negociantes más apreciados de París, se levantó la tapa de los sesos ayer, después de efectuar su acostumbrada aparición en la Bolsa. Había enviado su dimisión al presidente de la Cámara de los Diputados, y también se había dado de baja de sus funciones como juez del Tribunal de Comercio. Las quiebras de los señores Roguin y Souchet, su agente de cambio y notario, respectivamente, le arruinaron. Sin embargo, la consideración de que gozaba el señor Grandet y su crédito eran tales, que sin duda habría encontrado apoyo en la plaza de París. Es de lamentar que ese hombre honrado haya cedido a un primer impulso de desesperación, etc.*

—Ya lo sabía —dijo el viejo viñador al notario.

Estas palabras dejaron helado al señor Cruchot, que, a pesar de su impasibilidad de notario, sintió frío en la espalda pensando que el Grandet de París quizás hubiera implorado en vano los millones del Grandet de Saumur.

—¿Y su hijo, ayer tan contento?...

—Todavía no sabe nada —respondió Grandet con la misma tranquilidad.

—Adiós, señor Grandet —dijo Cruchot, que lo comprendió todo y se fue a tranquilizar al presidente de Bonfons.

Al entrar, Grandet encontró preparado el desayuno. La señora Grandet, a cuyo cuello se arrojó Eugenia para besarla con aquella viva efusión del corazón que nos causa una secreta pena, estaba ya sentada haciendo calceta.

—Podéis comer —dijo Nanón, que bajó los peldaños de cuatro en cuatro—; aquella criatura duerme como un querubín. ¡Qué guapo está con los ojos cerrados! He entrado y le he llamado. Pero no ha dicho esta boca es mía.

—Dejadle que duerma —dijo Grandet—; hoy siempre estará a tiempo para enterarse de malas noticias.

—¿Qué ocurre, pues? —preguntó Eugenia echando en su café los dos trocitos de azúcar que pesaban no se sabe cuántos gramos. Y que su padre se entretenía en cortar él mismo a ratos perdidos.

La señora Grandet, que no se había atrevido a hacer esta pregunta, miró a su marido.

—Su padre se ha levantado la tapa de los sesos.

—¿Mi tío?... —dijo Eugenia.

—¡Pobre joven! —exclamó la señora Grandet.

—Sí, pobre —repuso Grandet—, no tiene un real.

—¡Ah, bueno! Pues está durmiendo como si fuera el rey de la tierra —dijo Nanón con dulce acento.

Eugenia dejó de comer. Su corazón se oprimió, como se oprime cuando, por vez primera, la compasión, excitada por la desgracia de aquel a quien se ama, se apodera por completo de su ser. La pobre joven se echó a llorar.

—Tú conocías a tu tío, ¿por qué lloras entonces? —le dijo su padre, lanzándole una de aquellas miradas de tigre hambriento que sin duda lanzaba a sus montones de oro.

—Pero, señor —dijo la sirvienta—, ¿quién no se apiadaría de ese pobre joven, que está durmiendo como un leño, sin saber cuál es su suerte?

—¡No te estoy hablando a ti, Nanón! ¡Calla la boca!

Eugenia comprendió en aquel instante que la mujer que ama debe siempre disimular sus sentimientos. No respondió.

—Espero que hasta mi regreso no le diréis nada, mamá Grandet —prosiguió diciendo el anciano—. Me veo obligado a ir a mandar que alineen la zanja de mis prados en la carretera. Estaré de vuelta a mediodía para el almuerzo y hablaré con mi sobrino de sus asuntos. En cuanto a ti, señorita Eugenia, si es por ese lechuguino por quien lloras, te advierto, niña, que quieras o no partirá para las Indias. No le verás nunca más...

Cogió los guantes del ala de su sombrero, se los puso con su calma habitual, los sujetó encajando los dedos los unos entre los otros, y salió.

—¡Ah!, mamá, me estoy ahogando —exclamó Eugenia, cuando estuvo a solas con su madre—. Jamás había padecido tanto.

La señora Grandet, al ver palidecer a su hija, abrió la ventana para que respirase el aire libre.

—Ya estoy mejor —dijo Eugenia al cabo de un rato.

Esta emoción nerviosa en una naturaleza hasta entonces tranquila y fría en apariencia, llamó la atención a la señora Grandet, quien miró a su hija con una intuición simpática, de la que están dotadas las madres para el objeto de su cariño, y lo adivinó todo. Verdaderamente, la vida de las famosas hermanas húngaras, unidas la una a la otra por un error de la naturaleza, no había sido más íntima que la de Eugenia y su madre, siempre juntas al lado de aquella ventana, juntas en la iglesia y respirando juntas el mismo aire.

—¡Pobre hija mía! —dijo la señora Grandet, cogiendo la cabeza de Eugenia entre sus manos para apoyarla en su seno.

Al oír estas palabras, la joven levantó la cabeza, interrogó a su madre con una mirada y, escudrinando sus más secretos pensamientos, le dijo:

—¿Por qué enviarle a las Indias? Si es desdichado, ¿no debe quedarse aquí, ya que es nuestro más próximo pariente?

—Sí, hija, sí, eso sería lo más natural; pero tu padre tiene sus razones y debemos respetarlas.

Madre e hija se sentaron en silencio, la una en su silla, la otra en su silloncito y ambas continuaron con su labor. Abrumada de agradecimiento por la admirable comprensión que le había testimoniado su madre, Eugenia le besó la mano, diciéndole:

—¡Qué buena eres, mamá!

Estas palabras tuvieron la virtud de hacer resplandecer aquel viejo semblante maternal, marchitado a causa de los prolongados sufrimientos.

—¿Te gusta Carlos? —preguntó Eugenia.

La señora Grandet no respondió más que con una sonrisa; luego, tras un instante de silencio, dijo en voz baja:

—¿Es que ya lo amas? Mala cosa sería.

—¿Mala? —repuso Eugenia—. ¿Y por qué? Te gusta a ti, le gusta a Nanón, ¿por qué no habría de gustarme a mí? Vamos, mamá, preparemos la mesa para su desayuno.

Arrojó la labor que estaba haciendo y su madre hizo otro tanto, diciendo:

—¡Estás loca!

Pero complacióse en justificar la locura de su hija compartiéndola. Eugenia llamó a Nanón.

—¿Qué otra cosa queréis, señorita?

—Nanón, quiero que para mediodía hayas hecho la nata.

—¡Ah, sí!, para mediodía —respondió la vieja sirvienta.

—Bien, dale café bien cargado. He oído decir al señor Des Grassins que el café se hacía muy cargado en París. Ponle mucho.

—¿Y de dónde queréis que lo saque?

—Cómpralo.

—¿Y si el señor me encuentra?

—Ha ido a sus prados.

—Allá voy. Pero el señor Fessard ya me preguntó ayer al comprarle la bujía si teníamos a los tres reyes magos en nuestra casa. Toda la ciudad va a enterarse de nuestros excesos.

—Si tu padre nota algo —dijo la señora Grandet—, es capaz de pegarnos.

—Bien, que nos pegue, recibiremos sus golpes de rodillas.

La señora Grandet, por toda respuesta, levantó los ojos al cielo. Nanón cogió su cofia y salió. Eugenia fue en busca de algunos de los racimos de uva que se había entretenido en colgar sobre unas cuerdas en el desván; caminó de puntillas a lo largo del corredor para no despertar a su primo, y no pudo por menos de pararse ante su puerta para escuchar la respiración que se escapaba acompasadamente de sus labios.

—La desgracia está velando, mientras él duerme —dijose la joven.

Luego cogió los pámpanos más verdes, dispuso sus uvas con tanta gracia como hubiera podido hacerlo un viejo jefe de cocina, y las llevó triunfalmente a la mesa. En la cocina tomó varias de las peras contadas por su padre y las dispuso en pirámide en medio de las hojas. Iba, venía, trotaba, saltaba. Habría querido entrar a saco en la casa de su padre, pero éste tenía las llaves de todo. Nanón volvió con huevos frescos. Al ver los huevos, Eugenia sintió deseos de saltarle al cuello.

—El colono de la Landa tenía huevos en su cesto y se los he pedido. El buen muchacho me los ha dado para complacerme.

Tras dos horas de cuidados, durante los cuales Eugenia dejó veinte veces su labor para ir a ver cómo hervía el café y escuchar el ruido que hacía su primo al levantarse, consiguió preparar un desayuno muy sencillo, poco costoso, pero que se apartaba terriblemente de las costumbres inveteradas de la casa. El almuerzo de mediodía se tomaba de pie. Cada cual tomaba un poco de pan, una fruta o mantequilla y un vaso de vino. Al contemplar la mesa colocada junto al fuego y uno de los sillones puesto delante del cubierto de su primo, al ver los dos platos llenos de fruta, la huevera, la botella de vino blanco, el pan y el azúcar amontonado en un platillo, Eugenia tembló de pies a cabeza al pensar solamente en las miradas que le dirigiría su padre si llegase a entrar en aquel momento. Así es que miraba a menudo el reloj, con objeto de calcular si su primo podría almorzar antes de que el tío Grandet regresara.

—Tranquilízate, Eugenia; si viene tu padre, yo asumiré la responsabilidad de todo —le dijo su madre.

Eugenia no pudo evitar unas lágrimas.

—¡Oh, querida madre! —exclamó la joven—, ¡yo no te he amado como merecías!

Carlos, después de haber dado mil vueltas por su habitación, canturreando, bajó al fin. Afortunadamente, aún no eran más que las once. El presumido parisiense había puesto tanta coquetería en su tocado como si se hubiera encontrado en el castillo de la noble dama que viajaba por Escocia. Entró con aquel aire afable y risueño que tan bien sienta en la juventud, y que causó una triste alegría en el ánimo de Eugenia. Habíase tomado a broma el desastre de sus castillos en Anjou, y abordó a su tía en forma jovial.

—¿Habéis pasado bien la noche, querida tía? ¿Y vos, primita?

—Bien, señor, ¿y vos? —dijo a su vez la señora Grandet.

—Yo, perfectamente.

—Debéis tener apetito, primo —díjole Eugenia—; sentaos a la mesa.

—Es que nunca almuerzo antes del mediodía, que es el momento en que me levanto. Sin embargo, me trataron tan mal durante el viaje, que haré lo que queráis. Por otra parte... —añadió, al tiempo que sacaba el reloj de bolsillo más precioso que jamás haya salido de las manos de Bréguet— veo que son las once: he sido muy madrugador.

—¿Madrugador?... —dijo la señora Grandet.

—Sí, pero es que quería arreglar mis cosas. Bueno, voy a comer alguna cosa, una insignificancia, algo de pollo, un perdigón.

—¡Virgen santa! —exclamó Nanón al oír estas palabras.

«¡Un perdigón!», decía para sus adentros Eugenia, que en aquel momento habría dado por él todo su dinero.

—Venid a sentaros —le dijo su tía.

El dandy dejóse caer sobre el sillón como una linda dama que se acomoda en su diván. Eugenia y su madre tomaron sendas sillas y se colocaron cerca de él, delante del fuego.

—¿Siempre vivís aquí? —les dijo Carlos, encontrando la sala aún más fea con la luz del día que con las luces encendidas por la noche.

—Siempre —respondió Eugenia mirándole—, salvo en el tiempo de la vendimia. Entonces vamos a ayudar a Nanón, y nos alojamos en la abadía de Noyers.

—¿No paseáis nunca?

—Algunas veces el domingo después de vísperas, cuando hace buen tiempo —dijo la señora Grandet—, vamos al puente, a ver como siegan el heno.

—¿Tenéis teatro?

—¡Ir a los espectáculos! —exclamó la señora Grandet—. ¡A ver a los comediantes! Pero, señor, ¿no sabéis que es un pecado mortal?

—Tomad, señor —dijo Nanón, trayendo los huevos—; os daremos los polluelos con su cáscara.

—¡Oh, huevos frescos! —dijo Carlos que, semejante a las personas acostumbradas al lujo, ya no pensaba en su perdigón—. ¡Esto es delicioso! ¿Y si tuvieseis mantequilla, querida niña?

—¡Ah, mantequilla! Entonces os quedaréis sin bizcochos —dijo la sirvienta.

—¡Vamos, dale mantequilla, Nanón! —exclamó Eugenia.

La joven examinaba a su primo, mientras éste cortaba el pan para tomarse los huevos, y se complacía en ello, tal como la más sensible griseta de París se complace en el melodrama en el que triunfa la inocencia. Es verdad que Carlos, educado por una madre distinguida, perfeccionado por una mujer de moda, tenía movimientos coquetones, elegantes y delicados como los de una damisela. Por ello, Carlos, al verse objeto de las atenciones de su prima y de su tía, no pudo sustraerse a la influencia de los sentimientos que se dirigían hacia él inundándole por así decir. Lanzó a Eugenia una de aquellas miradas de bondad y de caricias, una mirada que parecía sonreír. Se dio cuenta, al contemplar a Eugenia, de la exquisita armonía de rasgos de aquel rostro puro, de su inocente actitud, de la mágica claridad de sus ojos, en los que centelleaban juveniles pensamientos de amor, y en los que el deseo ignoraba la voluptuosidad.

—A fe mía, querida prima, que si estuviésteis en un palco de la Ópera, con vuestro hermoso vestido de noche, os garantizo que mi tía tendría mucha razón, porque haríais pecar de deseo a los hombres y de celos a las mujeres.

Este cumplido oprimió el corazón de Eugenia, y le hizo palpar de alegría, a pesar de que no llegó a comprender nada del mismo.

—¡Oh, querido primo, vos queréis burlaros de una pobre provinciana!

—Si me conocierais, prima, sabríais que aborrezco las burlas, porque marchitan el corazón, hieren todos los sentimientos...

Y diciendo esto, llevóse a la boca con fruición su pan untado con mantequilla.

—No —añadió—, probablemente no poseo suficiente ingenio para burlarme de los demás, y este defecto me perjudica mucho. En París, la gente halla el medio de asesinar a una persona diciendo: «Tiene buen corazón». Esta frase quiere decir: «El pobre chico es estúpido como un rinoceronte». Pero como soy rico y conocido por la habilidad de abatir un muñeco al primer disparo de cualquier clase de pistola, a treinta pasos de distancia y en pleno campo, las burlas me respetan.

—Lo que decís, sobrino, revela un buen corazón.

—Lleváis una sortija muy bonita —dijo Eugenia—. ¿Me dejáis que la vea?

Carlos tendió la mano mientras se quitaba el anillo, y Eugenia se sonrojó al rozar con la punta de sus dedos las rosadas uñas de su primo.

—Mirad, madre, que trabajo tan bello.

—¡Oh, tiene mucho oro! —dijo Nanón trayendo el café.

—¿Qué es eso? —preguntó Carlos riendo.

Y mostraba una vasija rectangular, de tierra parda, barnizada, vidriada en su interior, bordeada de una franja de ceniza, y en el fondo del cual caía el café que volvía a la superficie burbujeando.

—Es café —dijo Nanón.

—¡Ah!, querida tía, por lo menos voy a dejaros alguna huella bienhechora de mi

paso por esta casa. ¡Estáis muy atrasados! Os enseñaré a hacer buen café con una cafetera Chaptal.

Y trató de explicar el sistema de la cafetera Chaptal.

—¡Bien! —dijo Nanón—; si eso es tan complicado, habría que pasar la vida en ello. Nunca haré café de este modo. ¡Ah, bien, sí! ¿Y quién traería hierba para nuestra vaca mientras yo estuviese preparando el café?

—Yo lo haré —aseguró Eugenia.

—¡Hija! —dijo la señora Grandet mirando a la joven.

Al oír estas palabras, que recordaban la pena que estaba a punto de abatirse sobre aquel joven desdichado, las tres mujeres se callaron y le contemplaron con un aire de conmiseración que sorprendió a Carlos.

—¿Qué os ocurre, prima?

—¡Chitón! —dijo la señora Grandet a Eugenia, que se disponía a hablar—. Ya sabes, hija, que tu padre es el que está encargado a hablar al señor...

—Decid Carlos —dijo el joven Grandet.

—¡Ah! ¿Os llamáis Carlos? ¡Es un nombre muy bonito! —exclamó Eugenia.

Las desgracias presentidas llegan casi siempre. En aquel momento, Nanón, la señora Grandet y Eugenia, que no pensaban sin estremecerse en el regreso del viejo tonelero, oyeron un aldabonazo cuyo modo de resonar les era bien conocido.

—Ahí está papá —dijo Eugenia.

La joven quitó de la mesa el platillo con el azúcar, dejando algunos trozos de él encima del mantel. Nanón se llevó el plato con los huevos. La señora Grandet se irguió como una cierva asustada. Fue un momento de pánico del que Carlos se extrañó, sin poder explicárselo.

—Bueno, ¿qué os sucede? —les preguntó.

—Ha llegado mi padre —dijo Eugenia.

—Bueno, ¿y qué?...

El señor Grandet entró, lanzó su clara mirada sobre la mesa y sobre Carlos; lo vio todo.

—¡Ah, ah! ¿Así que habéis agasajado a vuestro sobrino? ¡Está bien, muy bien! —dijo sin tartamudear—. Cuando el gato corre por los tejados, los ratones bailan.

«¿Agasajar?...», dijo Carlos para sus adentros, incapaz de sospechar el régimen de vida y las costumbres de aquella casa.

—¿Me das mi vaso, Nanón? —dijo Grandet.

Eugenia trajo el vaso. Grandet sacó de su faltriquera un cuchillo de hoja grande, cortó un pedazo de pan, lo untó con un poco de mantequilla y se puso a comer de pie. En aquel momento, Carlos estaba poniendo azúcar a su taza de café. El tío Grandet advirtió los terrones de azúcar, examinó a su mujer, que palideció, y dio tres pasos; inclinóse hacia el oído de la pobre vieja, y le dijo:

—¿De dónde habéis sacado todo este azúcar?

—Nanón ha ido a buscarlo a casa de Fessard, porque no teníamos.

Es imposible imaginar el profundo interés que esta muda escena tenía para aquellas tres mujeres: Nanón había abandonado la cocina y miraba hacia la sala para ver cómo irían las cosas. Carlos, después de probar el café, lo encontró demasiado amargo, y buscó el azúcar que Grandet había ya guardado.

—¿Qué queréis, sobrino? —le dijo el viejo.

—El azúcar.

—Ponedle leche —respondió el dueño de la casa—; vuestro café quedará endulzado.

Eugenia volvió a coger el platillo del azúcar que Grandet había guardado y lo puso encima de la mesa con aire tranquilo. Realmente, la parisiense que, para facilitar la huida de su amante, sostiene con sus débiles brazos una escala de seda, no muestra más valor que Eugenia al volver a poner el azúcar encima de la mesa. El amante recompensará a su parisiense, que le mostrará con orgullo un hermoso brazo lastimado, cada vena del cual será bañada en lágrimas, llenada de besos, y curada por el placer; mientras que Carlos no llegaría jamás a conocer el secreto de las profundas agitaciones que rompían el corazón de su prima, entonces fulminada por la mirada del viejo tonelero.

—¿No comes, mujer?

La pobre esclava avanzó unos pasos, cortó melancólicamente un pedazo de pan y cogió una pera. Eugenia ofreció audazmente a su padre unas uvas, diciéndole:

—¡Prueba mi conserva, papá! Primo, también comeréis, ¿verdad? He ido a buscar estas hermosas uvas para vos.

—¡Oh!, si no las detienen van a entrar a saco en Saumur por vos, sobrino. Cuando hayáis terminado, iremos juntos al jardín. Tengo que deciros unas cosas que no son precisamente muy dulces.

Eugenia y su madre lanzaron una mirada a Carlos, y la expresión de esta mirada no pudo engañar al joven.

—¿Qué significan esas palabras, tío? Desde la muerte de mi pobre madre... (al decir estas palabras su voz tuvo un tono de emoción) no hay desgracia posible para mí...

—Sobrino, ¿quién puede conocer las aflicciones por medio de las cuales quiere Dios probarnos? —le dijo su tía.

—¡Ta, ta, ta, ta! —dijo Grandet—. Ya empiezan las tonterías. Veo con pena, sobrino, vuestras lindas manos tan blancas.

Dicho esto, le mostró la especie de lomos de camero que la naturaleza había puesto a él en el extremo de sus brazos.

—¡Éstas sí que son manos hechas para recoger escudos! Vos habéis sido criado para poner los pies en la piel con la que se fabrican las carteras en las que nosotros guardamos las letras de cambio. ¡Malo, malo!

—¿Qué queréis decir, tío? Que me ahorquen si comprendo una sola palabra.

—Venid —dijo Grandet.

El avaro hizo sonar la hoja de su navaja al cerrarla, apuró el resto de su vino blanco y abrió la puerta.

—¡Primo, tened valor!

El acento de la joven heló la sangre en las venas de Carlos, que siguió a su terrible pariente, presa de mortal inquietud. Eugenia, su madre y Nanón fueron a la cocina, excitados por una invencible curiosidad, para espiar a los dos actores de la escena que iba a desarrollarse en el húmedo jardincillo adonde se dirigió el tío con el sobrino silenciosamente. Grandet no se sentía preocupado por tener que notificar a Carlos la muerte de su padre, pero experimentaba una especie de compasión al saber que estaba sin un céntimo, y buscaba fórmulas para suavizar la expresión de esta cruel verdad. «¡Habéis perdido a vuestro padre!» no era decir nada. Los padres mueren antes que los hijos. Pero: «¡Estáis completamente arruinado!», todas las desgracias de la tierra hallábanse compendidas en estas palabras. Y el tío Grandet tuvo que dar por tercera vez una vuelta por la avenida cuya arena crujía bajo sus pies. En las grandes circunstancias de la vida, nuestra alma se adhiere fuertemente a los lugares donde los placeres y las penas caen sobre nosotros. Así, Carlos examinaba con atención particular los bojés de aquel jardincillo, las hojas pálidas que caían, el deterioro de las paredes, las formas caprichosas de los árboles frutales, detalles pintorescos que debían quedar grabados en su recuerdo, eternamente mezclados a aquella hora suprema, por una mnemotécnica particular de las pasiones.

—Hace mucho calor —dijo Grandet aspirando el aire.

—Sí, tío, pero por qué...

—Bueno, muchacho —repuso el tío—, tengo malas noticias que darte. Tu padre está muy malo...

—¿Y por qué estoy aquí? —dijo Carlos—. ¡Nanón —gritó—: unos caballos de posta! Ya encontraré un coche —añadió, volviéndose hacia su tío, que permanecía inmóvil.

—De nada servirán los caballos y el coche —respondió Grandet mirando a Carlos, que permaneció mudo, y cuyos ojos quedaron fijos—; sí, pobre muchacho, lo adivinas. Está muerto. Pero no es nada, hay algo más grave; se ha levantado la tapa de los sesos...

—¿Mi padre?...

—Sí. Pero eso no es todo. Los periódicos hablan de ello como si tuvieran derecho a hacerlo. Toma, lee.

Grandet, que había pedido prestado el diario a Cruchot, puso el fatal artículo bajo los ojos de Carlos. En aquel momento, el pobre hombre, todavía niño y en la edad en que los sentimientos se expresan con ingenuidad, rompió a llorar.

—Vamos bien —se dijo Grandet—. Sus ojos me daban miedo, pero si llora ya está salvado. Todavía hay algo más grave, pobre sobrino mío —prosiguió Grandet en voz alta sin saber si Carlos le escuchaba—; no es nada, te consolarás, pero...

—¡Jamás, jamás! ¡Padre mío, padre mío!

—Te ha arruinado, no te ha dejado un ochavo.

—¿Y eso qué me importa? ¿Dónde está mi padre, mi padre?

Los lloros y los sollozos resonaban entre aquellas paredes de un modo horrible, y repercutían multiplicados por el eco. Las tres mujeres, enternecidas, también lloraban: las lágrimas son tan contagiosas como puede serlo la risa. Carlos, sin escuchar a su tío, huyó al patio, encontró la escalera, subió a su habitación y se arrojó sobre la cama, ocultando el rostro entre las sábanas para desahogarse llorando lejos de sus parientes.

—Hay que dejar pasar el primer chaparrón —dijo Grandet volviendo a entrar en la sala en la que Eugenia y su madre habían vuelto a ocupar rápidamente sus sitios, y trabajaban con mano trémula, después de haberse secado los ojos—. Ese joven no sirve para nada; se ocupa más de los muertos que del dinero.

Eugenia se estremeció al oír a su padre expresarse así sobre el más santo de los dolores. A partir de aquel momento comenzó a juzgar a su padre. Aunque ensordecidos, los sollozos de Carlos resonaban en aquella sonora casa, y su dolorido llanto, que parecía salir de lo más profundo de la tierra, no cesó hasta la noche, después de haberse atenuado gradualmente.

—¡Pobre joven! —dijo la señora Grandet.

¡Fatal exclamación! El tío Grandet miró a su mujer, a Eugenia y al azucarero; se acordó del desayuno extraordinario preparado para el pariente desgraciado, y se plantó en medio de la sala.

—Bueno, espero —dijo con su tranquilidad habitual—, que no iréis a continuar con vuestras prodigalidades, señora Grandet. No os doy MI dinero para atiborrar de azúcar a ese joven.

—Mi madre no tiene ninguna culpa —dijo Eugenia—, he sido yo la que...

—¿Es porque eres mayor de edad —repuso Grandet interrumpiendo a su hija—, por lo que quisieras contrariarme? Piensa, Eugenia...

—Padre, al hijo de vuestro hermano no debiera faltarle en vuestra casa de...

—¡Ta, ta, ta, ta! —dijo el tonelero en cuatro tonos cromáticos—. El hijo de mi hermano por aquí, el hijo de mi hermano por allá. ¡Carlos no es nada para nosotros, no tiene un ochavo; su padre ha quebrado! y cuando ese lechuguino haya llorado lo suficiente, tendrá que largarse; no quiero que revolucione mi casa.

—¿Qué quiere decir, padre, quebrar? —preguntó Eugenia.

—Quebrar —repuso el padre—, es cometer la acción más deshonrosa entre aquellas que pueden deshonar al hombre.

—Debe ser un pecado muy grande —dijo la señora Grandet—, y nuestro hermano sería condenado por ello.

—Vamos, allá con tus letanías —dijo Grandet a su mujer encogiéndose de hombros—. Quebrar, Eugenia —añadió—, es un robo que la ley acoge desgraciadamente bajo su protección. Algunas personas dieron sus cosas a Guillermo Grandet, confiadas en su reputación de hombre honrado y probo. Luego él se lo ha

quedado todo, y no les deja más que ojos para llorar. El ladrón de camino real es preferible al hombre que hace bancarrota: aquél os ataca, podéis defenderos, arriesga su cabeza; pero el otro... En fin, Carlos está deshonrado.

Estas palabras resonaron en el corazón de la pobre joven y gravitaron en él con todo su peso. Honrada como delicada es una flor nacida en el fondo de un bosque, no conocía ni las máximas del mundo, ni sus razonamientos capciosos, ni sus sofismas; aceptó, pues, la atroz explicación que su padre le daba a propósito de la quiebra, sin darle a conocer la distinción que existe entre una quiebra involuntaria y una quiebra fraudulenta.

—Bien, padre, entonces, ¿es que vos no habéis podido impedir esa desgracia?

—Mi hermano no me consultó; por otra parte, debe cuatro millones.

—¿Y cuánto es un millón, padre? —preguntó con la ingenuidad de un niño que cree poder encontrar rápidamente lo que desea.

—¿Un millón? —dijo Grandet—. Pues, es un millón de piezas de veinte sueldos, y se necesitan cinco piezas de veinte sueldos para hacer cinco francos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Eugenia—. ¿Cómo podía mi tío tener cuatro millones? ¿Hay alguna otra persona en Francia que pueda tener tantos millones?

El tío Grandet se acariciaba la barbilla, sonreía, y su lupia parecía dilatarse.

—Pero ¿qué va a ser de mi primo Carlos?

—Va a partir para las Indias, donde, según el deseo de su padre, intentará hacer fortuna.

—¿Y tiene dinero para ir allá?

—Le pagaré el viaje... hasta... sí, hasta Nantes.

Eugenia se lanzó de un salto al cuello de su padre.

—¡Ah, padre mío! ¡Vos sois bueno, sí, sois muy bueno!

Le besaba de un modo que casi avergonzaba a Grandet, cuya conciencia vacilaba un tanto.

—¿Hace falta mucho tiempo para reunir un millón? —preguntó Eugenia.

—¡Diantre! —exclamó el tonelero—. ¿Tú sabes lo que es un napoleón? Pues se necesitan cincuenta mil para hacer un millón.

—Mamá, diremos novenas por él.

—Es lo que pensaba hacer —respondió la madre.

—¡Vamos, siempre gastando dinero! —exclamó el padre—. ¿Creéis que aquí hay cientos y miles?

En aquel momento, una queja sorda, más lúgubre que todas las otras, resonó en el desván y dejó heladas de terror a Eugenia y a su madre.

—Nanón, sube a ver, no sea que se mate —dijo Grandet—. Y vosotras dos —añadió volviéndose hacia su mujer y su hija, a las que sus palabras habían hecho palidecer—, nada de tonterías. Os dejo. Voy a ver a nuestros holandeses, que hoy se marchan. Luego iré a ver a Cruchot y hablaré con él de todo esto.

Se fue. Cuando Grandet hubo cerrado la puerta tras sí, Eugenia y su madre

respiraron con alivio. Hasta aquella mañana, la hija no se había sentido nunca cohibida en presencia de su padre; pero, desde hacía unas horas, había cambiado por completo de ideas y sentimientos.

—Mamá, ¿cuánto vale un tonel de vino?

—Tu padre vende los suyos entre ciento y ciento cincuenta francos y a veces a doscientos, según he oído decir.

—¿Cuando cosecha mil cuatrocientos toneles de vino?...

—A fe mía, que no sé a cuánto asciende todo ello; tu padre no me habla nunca de sus asuntos.

—Papá debe ser rico, entonces.

—Tal vez. Pero el señor Cruchot me ha dicho que compró Froidfond hace dos años. Esto le habrá ocasionado un trastorno.

Eugenia, no comprendiendo ya nada de la fortuna de su padre, no pasó de aquí en sus cálculos.

—Ni siquiera me ha visto, ¡pobre muchacho! —dijo Nanón al volver—. Está tumbado en su cama como un ternero, y llora como una Magdalena, que es una verdadera bendición. ¡Qué pena debe de tener ese pobre joven!

—Vamos a consolarle en seguida, madre; y si alguien llama a la puerta, bajaremos.

La señora Grandet quedóse indefensa ante la armoniosa voz de su hija. Eugenia era sublime, era mujer. Las dos, con el corazón palpitante, subieron a la habitación de Carlos. La puerta estaba abierta. El joven no veía ni oía nada. Sumido en un mar de lágrimas, profería quejas inarticuladas.

—¡Cómo quiere a su padre! —dijo Eugenia en voz baja.

Era imposible no reconocer en el acento de estas palabras las esperanzas de un corazón que, sin saberlo, era apasionado. Así es que la señora Grandet lanzó a su hija una mirada impregnada de maternidad, y le dijo en voz baja al oído:

—¡Cuidado, no vaya a resultar que estés enamorada de él!

—¡Estar enamorada de él! —respondió Eugenia—. ¡Ah, si supieras lo que ha dicho mi padre!

Carlos se volvió y vio a su tía y a su prima.

—¡He perdido a mi padre, a mi pobre padre! Si me hubiese confiado el secreto de su desgracia, los dos habríamos trabajado para repararla. ¡Dios mío, mi buen padre! Reconozco que le besé muy fríamente, porque contaba con volverle a ver.

Los sollozos le cortaron la palabra.

—Rezaremos por él —dijo la señora Grandet—. Resignaos a la voluntad de Dios.

—Primo —dijo Eugenia—, ¡tened valor! Vuestra pérdida es irreparable: así, pensad ahora en salvar vuestro honor...

Con aquel instinto, con aquella agudeza de mujer que posee inteligencia para todo, incluso cuando consuela, Eugenia quería engañar el dolor de su primo haciendo que se ocupase de sí mismo.

—¿Mi honor?... —exclamó el joven, apartando los cabellos de su frente con gesto brusco y sentándose en la cama cruzado de brazos—. ¡Ah!, es verdad. Mi padre, según decía mi tío, ha quebrado.

Dicho esto, profirió un grito desgarrador y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Dejadme, prima, dejadme! ¡Dios mío! ¡Dios mío!, perdonad a mi padre, debió de sufrir mucho.

Había algo horriblemente atractivo en aquella expresión de dolor vivo, verdadero, sin cálculo, sin segundas intenciones. Era un dolor púdico que los corazones sencillos de Eugenia y de su madre comprendieron cuando Carlos hizo un gesto para rogarles que le dejaran solo. Descendieron, volvieron a sus respectivos asientos al lado de la ventana, y estuvieron trabajando por espacio de una hora sin decir palabra. Eugenia había visto, con la mirada furtiva que lanzó a la habitación del joven, la mirada de las jóvenes que todo lo ven de una ojeada, las lindas bagatelas de su tocador, sus tijeras y su navaja con aplicaciones de oro. Este rasgo de lujo vislumbrado a través del dolor, hizo que Carlos fuera a sus ojos aún más interesante, quizá por contraste. Nunca un acontecimiento tan grave ni un espectáculo tan dramático había herido la imaginación de aquellas dos criaturas, incesantemente sumidas en la calma y la soledad.

—Mamá —dijo Eugenia—, llevaremos luto por mi tío.

—Tu padre es quien ha de decirlo —respondió la señora Grandet.

Volvieron a quedarse silenciosas. Eugenia trabajaba con una regularidad de movimientos, que hubiera revelado a un observador los fecundos pensamientos de su meditación. El primer deseo de aquella joven adorable era compartir el duelo de su primo. Hacia las cuatro, un brusco aldabonazo resonó en el corazón de la señora Grandet.

—¿Qué le ocurre a tu padre? —dijo a su hija.

El viñador entró contento. Después de haberse quitado los guantes, se frotó las manos hasta llevarse la piel, si la epidermis no hubiera estado tan curtida como cuero de Rusia, aunque desde luego no tenía el olor de los alerces y del incienso. Se paseaba, miraba la hora. Finalmente, se le escapó el secreto.

—Mujer —dijo sin tartamudear—, los he atrapado a todos. ¡Nuestro vino ya está vendido! Los holandeses y los belgas partían esta mañana; yo fui a pasear por la plaza, delante de su posada, disimulando. Chose, a quien ya conoces, ha venido a mi encuentro. Los propietarios de todos los buenos viñedos guardan su cosecha y quieren esperar, yo no se lo he impedido. Nuestro belga estaba desesperado. Me he dado cuenta de ello. Asunto concluido: se queda con nuestra cosecha por doscientos francos el tonel, pagando la mitad al contado. He cobrado en oro. Los billetes ya están hechos. Ahí tienes seis lises para ti. Dentro de tres meses, los vinos bajarán de precio.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en un tono tranquilo, pero tan profundamente irónico, que las personas de Saumur, agrupadas en aquel momento en la plaza y anonadadas por la noticia de la venta que acababa de realizar Grandet, se

habrían estremecido si las hubiesen oído. El pánico habría hecho bajar sus vinos un cincuenta por ciento.

—Tenéis mil toneles este año, ¿verdad, padre? —dijo Eugenia.

—Sí, *hihija*.

Esta palabra era la expresión superlativa de la alegría del viejo tonelero.

—Entonces, son doscientas mil monedas de veinte sueldos.

—Sí, señorita Grandet.

—Pues entonces, padre, podéis socorrer fácilmente a Carlos.

El asombro, la cólera, la estupefacción de Baltasar al ver en la pared el *Mane, Tekel, Fares*, no podría compararse con la fría cólera de Grandet, que, no pensando ya en su sobrino, volvía a encontrarle instalado en el corazón y en los cálculos de su hija.

—¡Ah!, desde que ese pisaverde ha puesto los pies en *mi casa*, todo en ella anda revuelto. Parece como si quisierais celebrar aquí bodas y banquetes, y a mí no me gustan esas cosas. Yo ya sé, a mi edad, cómo debo comportarme, ¡creo yo! Por otra parte, no he de tomar lecciones de mi hija ni de nadie. Haré por mi sobrino lo que sea conveniente que haga, y no tenéis por qué meter las narices en ello. En cuanto a ti, Eugenia —añadió volviéndose hacia la joven—, no me hables más de ello si no quieres que te mande a la abadía de Noyers con Nanón, para que veas quien soy yo; y mañana, a más tardar, si refunfuñas. ¿Dónde está ese chico? ¿Ha bajado ya?

—No, amigo mío —respondió la señora Grandet.

—Bueno, ¿y qué es lo que está haciendo?

—Llora a su padre —repuso Eugenia.

Grandet miró a su hija, sin hallar palabras para contestar. También él era padre. Después de haber dado una o dos vueltas por la sala, subió rápidamente a su gabinete para meditar una inversión en los fondos públicos. Sus dos mil arapendes de bosque talado le habían reportado seiscientos mil francos; al añadir a esta suma el dinero de sus chopos, sus rentas del año pasado y del año corriente, además de los doscientos mil francos del negocio que acababa de concluir, sumaban novecientos mil francos. El veinte por ciento a ganar en poco tiempo sobre las rentas, que era de setenta francos, le tentaban. Hizo los cálculos de su especulación en el periódico en que venía anunciada la muerte de su hermano, oyendo, sin escucharlos, los gemidos de su sobrino. Nanón fue a dar unos golpes a la pared para invitar a su amo a que bajase, porque la comida estaba servida. Bajo el arco de bóveda, y en el último peldaño de la escalera, Grandet decía a sí mismo:

«Puesto que percibiré mis intereses a ocho, haré este negocio. Dentro de dos años, tendré un millón quinientos mil francos que retiraré de París en buen oro.»

—¡Y bien! ¿Dónde está mi sobrino? —dijo en voz alta. —Dice que no quiere comer —respondió Nanón—. Eso no es bueno.

—Todo esto ahorraremos —repuso el amo.

—Es verdad.

—¡Bah!, no siempre estará llorando. El hambre hace salir al lobo del bosque.

La comida fue extrañamente silenciosa.

—Amigo mío —dijo la señora Grandet, cuando fue retirado el mantel—, es preciso que nos vistamos de luto.

—En verdad, señora Grandet, que no sabéis hacer otra cosa más que inventar cosas para gastar dinero. El luto está en el corazón y no en la ropa.

—Pero el luto por un hermano es indispensable, y la Iglesia nos ordena que...

—Comprad vuestro duelo con vuestros seis luises. A mí me ponéis un crespón, con esto tendré suficiente.

Eugenia levantó los ojos al cielo sin decir una palabra. Por primera vez en su vida, sus generosas tendencias latentes, reprimidas, pero súbitamente despertadas, veíanse continuamente contrariadas y ofendidas. Aquella velada fue semejante en apariencia a mil veladas de su existencia monótona, pero fue ciertamente la más horrible. Eugenia trabajó sin levantar la cabeza y no se sirvió del neceser que Carlos había desdeñado el día antes. La señora Grandet continuó haciendo calceta. Grandet estuvo dándole vuelta a sus pulgares por espacio de cuatro horas, sumido en unos cálculos cuyos resultados, al día siguiente, habían de llenar de asombro a la ciudad de Saumur. Aquella noche, nadie fue a visitar a la familia. En aquellos momentos, en la ciudad entera no se hablaba de otra cosa más que de la habilidad de Grandet, de la quiebra de su hermano y de la llegada de su sobrino. Para obedecer a la necesidad de charlar sobre sus intereses comunes, todos los propietarios de viñedos de las sociedades altas y medias de Saumur se encontraban en casa del señor Des Grassins, donde se fulminaron terribles imprecaciones contra el ex alcalde. Nanón estaba hilando, y el ruido de su tomo fue la única voz que se dejó oír bajo el techo grisáceo de la sala.

—Observo que ya no hacemos servir nuestra lengua —dijo, mostrando sus dientes blancos y grandes como almendras peladas.

—No hay que gastar nada —respondió Grandet, saliendo de sus meditaciones.

Ya veía en perspectiva ocho millones dentro de tres años, y navegaba por aquel largo mantel de oro.

—Vamos a acostarnos —añadió al cabo de un momento—. Iré a decirle buenas noches a mi sobrino en nombre de todos, y veré si quiere algo.

La señora Grandet quedóse en el rellano del primer piso para escuchar la conversación que iba a tener lugar entre Carlos y su tío. Eugenia, más atrevida que su madre, subió dos peldaños.

—Bueno, sobrino, estáis pasando un disgusto. Sí, llorad, es natural. Un padre es un padre. Pero debemos soportar nuestros males con paciencia. Yo me ocupo de vos, mientras vos estáis llorando. Soy un buen pariente, ¿sabéis? ¡Vamos, valor! ¿Queréis tomar un vasito de vino? El vino no cuesta nada en Saumur, aquí se ofrece vino como en las Indias se ofrece una taza de té. Pero —continuó diciendo Grandet—, ¡veo que estáis sin luz! ¡Malo, malo!, hay que ver claramente lo que se hace.

Grandet se dirigió hacia la chimenea.

—¡Hola! —exclamó—, aquí hay una bujía de cera. ¿De dónde diablos habrán sacado esta bujía? Ésas mujeres serían capaces de echar la casa por la ventana por este muchacho.

Al oír estas palabras, la madre y la hija volvieron a sus habitaciones y se metieron en la cama con la rapidez de ratones asustados que regresan a sus agujeros.

—Señora Grandet, ¿es que tenéis un tesoro? —dijo el hombre entrando en el aposento de su mujer.

—Amigo mío, estoy rezando mis oraciones, aguardad un momento —respondió con voz alterada la pobre madre.

—¡Que el diablo se lleve a tu Dios! —respondió refunfuñando Grandet.

Los avaros no creen en una vida futura, el presente lo es todo para ellos. Esta reflexión arroja una horrible claridad sobre la época actual, en la que, más que en ninguna otra época, el dinero domina las leyes, la política y las costumbres. Instituciones, libros, hombres y doctrinas, todo conspira a minar la creencia en una vida futura sobre la cual se apoya el edificio social desde hace mil ochocientos años. Actualmente, el ataúd es una transición poco temida. El futuro, que nos aguardaba más allá del *réquiem*, ha sido trasladado al presente. Llegar *per fas et nefas* al paraíso terrenal del lujo y de los goces vanidosos, petrificar el corazón y macerar el cuerpo pensando en las posesiones pasajeras, de la misma manera que antaño se padecía el martirio de la vida teniendo presente los bienes eternos, tal es el pensamiento general, pensamiento, por otra parte, escrito por doquier, hasta en las leyes, que le preguntan al legislador: «¿Qué pagas?»; en lugar de decirle: «¿Qué piensas?» Cuando esta doctrina haya pasado de la burguesía al pueblo, ¿qué será del país?

—Señora Grandet, ¿has terminado? —dijo el viejo tonelero.

—Amigo mío, rezo por ti.

—Muy bien, buenas noches. Mañana por la mañana hablaremos.

La pobre mujer se durmió como el escolar que, no habiendo aprendido sus lecciones, teme encontrarse, al despertar, con la cara irritada de su maestro. En el momento en que, asustada, se tapaba la cara con las sábanas para no oír nada, Eugenia se deslizó a su lado, en camisa, descalza, y fue a darle un beso en la frente.

—¡Oh!, mamá —dijo—, mañana le diré que he sido yo.

—No, porque te enviaría a Noyers. Déjame a mí, que no me comerá.

—¿Oyes, mamá?

—¿Qué?

—Que aún está llorando.

—Anda a acostarte, hija mía, que los pies se te enfriarán. El piso está muy húmedo.

Así transcurrió el día solemne que había de pesar sobre toda la vida de la rica y pobre heredera cuyo sueño no fue ni tan completo ni tan puro como había sido hasta entonces. Ocurre con cierta frecuencia que algunas acciones de la vida humana

parezcan, literalmente hablando, inverosímiles, aunque verdaderas. Pero, ¿no sería que casi siempre se omite el proyectar sobre nuestras determinaciones espontáneas una especie de luz psicológica, al no explicar las razones misteriosamente concebidas que les han sido necesarias? Quizá la profunda pasión de Eugenia debería ser analizada en sus fibrillas más delicadas, pues se convirtió, dirían algunos burlones, en una enfermedad, e influyó en toda su existencia. Muchas personas prefieren negar los desenlaces a medir la fuerza de los lazos, de los nudos, de las ataduras que unen secretamente un secreto con otro en el orden moral. Aquí, pues, el pasado de Eugenia servirá, para los observadores de la naturaleza humana, de garantía a la ingenuidad de su irreflexión y a la espontaneidad de las efusiones de su alma. Cuanto más tranquila había sido su vida, tanto más vivamente se desplegó en su alma la piedad femenina, el más ingenioso de los sentimientos. Así, turbada por los acontecimientos de la jornada, se despertó varias veces, para escuchar a su primo, creyendo haber oído los suspiros que desde la víspera resonaban en su corazón: tan pronto le veía expirar de pena, como soñaba que el joven estaba muriendo de hambre. Hacia el amanecer, oyó ciertamente una terrible exclamación. La joven corrió a vestirse y acudió con pies ligeros al lado de su primo, que había dejado abierta la puerta. La bujía había ardido en la arandela del candelero. Carlos, vencido por la naturaleza, dormía vestido, sentado en un sillón, con la cabeza apoyada sobre la cama; soñaba como sueñan las personas que tienen el estómago vacío. Eugenia pudo llorar cuanto le vino en gana; pudo admirar aquel rostro joven y hermoso, al que el dolor confería una blancura de mármol y aquellos ojos hinchados por las lágrimas que, incluso dormidos, parecían llorar. Carlos adivinó simpáticamente la presencia de Eugenia, abrió los ojos y la vio enternecida.

—Perdón, querida prima —dijo.

Era evidente que ignoraba la hora que era y el lugar en que se encontraba.

—Aquí hay corazones que os están oyendo, primo, y hemos creído que teníais necesidad de algo. Deberíais acostaros, os fatigáis permaneciendo así.

—Es verdad.

—Pues bien; adiós.

La joven se marchó, avergonzada y feliz por haber venido. Sólo la inocencia se atreve a tales audacias. Instruida, la virtud resulta tan calculadora como el vicio. Eugenia, que al lado de su primo no había temblado, apenas pudo tenerse sobre sus piernas cuando estuvo en su habitación. Su vida ignorante cesó de pronto, razonó se hizo mil reproches. «¿Qué idea va a tener de mí? Creerá que le amo.» Y esto era precisamente lo que ella deseaba hacerle observar. El amor franco tiene su presciencia y sabe que el amor hace nacer el amor. ¡Qué acontecimiento para aquella joven solitaria, el haber entrado de aquel modo furtivamente en la habitación de un hombre joven! ¿No hay, acaso, pensamientos y acciones que, en amor, equivalen para ciertas almas a santos esponsales? Una hora más tarde, entró en la habitación de su madre, y la vistió según tenía por costumbre. Luego fueron a sentarse delante de la

ventana, y aguardaron a Grandet con aquella ansiedad que hiela el corazón o lo calienta, lo oprime o lo dilata según los caracteres, cuando se teme una escena, un castigo; sentimiento, por otra parte, tan natural, que los animales domésticos lo experimentan hasta el punto de gritar por el pequeño mal de una corrección, ellos que guardan silencio cuando se lastiman por inadvertencia. Poco después bajó nuestro buen hombre, pero habló con aire distraído a su mujer, dio un beso a Eugenia y se sentó a la mesa sin que, al parecer, pensase en las amenazas del día anterior.

—¿Qué hace mi sobrino? El pobre muchacho no molesta mucho.

—El señorito duerme —respondió Nanón.

—Tanto mejor, así no necesita bujía —dijo Grandet.

Esta clemencia insólita, esta amarga alegría sorprendieron a la señora Grandet, que miró a su marido con gran atención. El buen hombre... (quizá sea conveniente indicar aquí que en Turena, Ajou, Poitu y, Bretaña, las palabras «buen hombre» empleadas a veces para designar a Grandet, se aplican tanto a los hombres más crueles como a los más bondadosos cuando han llegado a cierta edad. Este título, por tanto, no prejuzga en nada la mayor o menor mansedumbre individual); el buen hombre, repito, cogió el sombrero y los guantes y dijo:

—Voy a darme una vuelta por la plaza, para encontrar a nuestro Cruchot.

—Eugenia, decididamente, tu padre tiene algo.

En efecto, poco dormidor, Grandet pasaba la mitad de sus noches entregado a los cálculos preliminares que daban a sus puntos de vista, a sus observaciones y a sus planes, una asombrosa precisión y les aseguraban aquel éxito constante del que se maravillaban los saumurenses. Todo poder humano es un compuesto de paciencia y tiempo. Las personas poderosas quieren y velan. La vida del avaro es un constante ejercicio del poder humano al servicio de la personalidad. No se apoya más que en dos sentimientos: el amor propio y el interés; pero siendo en cierto modo el interés el amor propio sólido y bien entendido, el testimonio continuo de una superioridad real, el amor propio y el interés son dos partes de un mismo todo, que es el egoísmo. De ahí procede quizá la enorme curiosidad que despiertan los avaros hábilmente puestos en escena. Cada uno se relaciona por medio de un hilo con esas personas que participan de todos los sentimientos humanos, resumiéndolos todos. ¿Dónde está el hombre sin deseos, y qué deseo social se podrá satisfacer sin dinero? Realmente, como decía su mujer, Grandet tenía algo. Se encontraba en él, como en todos los avaros, una persistente necesidad de jugar una partida con los otros hombres, de ganarles legalmente sus escudos. Vencer a otro, ¿no es ejercer un acto de poder, darse perpetuamente el derecho de despreciar a aquellos que, demasiado débiles, se dejan devorar aquí abajo? ¡Oh! ¿quién ha comprendido bien el cordero apaciblemente acostado a los pies de Dios, el más conmovedor emblema de todas las víctimas terrestres, el de su futuro, en fin, el sufrimiento y la debilidad glorificados? A este cordero, el avaro lo deja engordar, lo guarda, lo mata, lo cuece, lo come y lo desprecia. El pasto de los avaros se compone de dinero y desdén. Durante la noche,

las ideas de aquel hombre habían tomado otro derrotero: de ahí, su clemencia. Había urdido una trama para burlarse de los parisienses, para retorcerlos, arrollarlos, amasarlos, hacerles ir y venir, sudar, esperar, palidecer; para divertirse con ellos, él, antiguo tonelero en el fondo de su sala gris, subiendo la escalera carcomida de su casa de Saumur. Su sobrino había ocupado su mente. Quería salvar el honor de su hermano muerto sin que ello costase un centavo ni a su sobrino ni a él. Sus fondos iban a ser colocados por tres años, sólo tenía que administrar sus bienes, era preciso, pues, un alimento a su actividad maliciosa, y lo había encontrado en la quiebra de su hermano. No sintiendo bajo sus pies nada que pudiera aplastar, quería estrujar a los parisienses en provecho de Carlos, y mostrarse excelente hermano de un modo barato. El honor de la familia entraba en tan escasa medida en su proyecto, que su buena voluntad debe compararse a la necesidad que experimentan los jugadores cuando ven jugar una buena partida en la que ellos no apuestan nada. Los Cruchot le eran necesarios, y no quería ir a buscarles, había decidido que fueran ellos quienes acudieran a él, y poder iniciar aquella misma noche la comedia cuyo plan acababa de ser concebido, con objeto de llegar a ser mañana, sin que le costase un céntimo, objeto de la admiración de su ciudad. En ausencia de su padre, Eugenia tuvo la dicha de poder ocuparse abiertamente de su amado primo, de derramar sobre él sin temor los tesoros de su piedad, una de las sublimes superioridades de la mujer, la única que ella quiere hacer sentir, la única que ella perdona que el hombre le deje cargar sobre sí. Tres o cuatro veces, Eugenia fue a escuchar la respiración de su primo; fue a escuchar si dormía, si se despertaba; luego, cuando él se levantó, la nata, el café, los huevos, la fruta, los platos, el vaso, todo lo que formaba parte del desayuno, fue para ella objeto de algún cuidado. Subió ágilmente por la vieja escalera para escuchar el ruido que hacía su primo. ¿Se vestía? ¿Lloraba aún? Eugenia llegó hasta la puerta.

—¡Primo!

—¿Qué hay, prima?

—¿Queréis desayunar en la sala o en vuestra habitación?

—Donde queráis.

—¿Cómo os encontráis?

—Querida prima, estoy avergonzado de tener apetito.

Esta conversación a través de la puerta era para Eugenia todo un episodio de novela.

—Pues, bien, os llevaremos el desayuno a vuestra habitación, para no contrariar a mi padre.

Dicho esto, bajó a la cocina ligera como un pajarillo.

—Nanón, ve a arreglarle la habitación —dijo.

Aquella escalera tantas veces subida, bajada, en la que resonaba el menor ruido, parecía a Eugenia haber perdido su carácter de vetustez; la joven la veía luminosa, hablaba, era joven como ella, joven como su amor, al cual ella servía. Finalmente, su madre, su buena e indulgente madre, quiso prestarse a los caprichos de su amor, y

cuando la habitación de Carlos estuvo arreglada, las dos fueron a hacer compañía al desgraciado joven: ¿acaso la caridad cristiana no ordenaba que le consolasen? Aquellas dos mujeres extrajeron de la religión un buen número de pequeños sofismas para justificar sus excesos. Carlos Grandet se vio, pues, objeto de los cuidados más afectuosos y tiernos. Su corazón dolorido sintió intensamente la dulzura de aquella amistad aterciopelada, de aquella exquisita simpatía, que aquellas almas siempre cohibidas supieron desplegar al encontrarse libres un momento en la región de los sufrimientos, su esfera natural. Autorizada por el parentesco, Eugenia se puso a poner en buen orden la ropa blanca, los objetos de tocador que su primo había traído, y pudo maravillarse cómodamente de cada lujosa chuchería, de los perifollos de plata, de oro labrado, que encontraba, y que retenía un buen rato en la mano con el pretexto de examinarlos. Carlos no vio sin profundo enternecimiento el interés generoso que le demostraban su tía y su prima, conocía lo suficiente la sociedad de París para saber que en su situación no habría encontrado allí más que corazones indiferentes o fríos. Eugenia se le apareció entonces en todo el esplendor de su belleza especial, y el joven admiró a partir de aquel momento la inocencia de aquellas costumbres de las cuales se burlaba el día antes. Así, cuando Eugenia tomó de manos de Nanón la taza de loza llena de café con leche para servirla a su primo con toda la ingenuidad del sentimiento, lanzándole una bondadosa mirada, los ojos del parisiense se llenaron de lágrimas. Carlos le cogió la mano y se la besó.

—¡Eh!, ¿qué os ocurre todavía? —preguntóle Eugenia.

—¡Oh!, son lágrimas de gratitud —respondió su primo.

Eugenia se volvió bruscamente hacia la chimenea para coger el candelera.

—Tomad, Nanón, lleváoslo —dijo.

Cuando Eugenia miró a su primo, todavía estaba colorada, pero al menos sus miradas pudieron mentir y no reflejar extraordinaria alegría que inundaba su corazón; sin embargo los ojos de ambos expresaron un mismo sentimiento, tal como sus alas se fundieron en un mismo pensamiento: el porvenir les pertenecía. Aquella dulce emoción fue tanto más deliciosa para Carlos en medio de su inmensa tristeza, cuanto que era menos esperada. Un aldabonazo hizo que las dos mujeres volvieran a sus respectivos sitios. Afortunadamente, pudieron bajar la escalera con la suficiente rapidez para hallarse trabajando en el momento en que Grandet entró. Si las hubiese encontrado bajo la bóveda, no habría tenido necesidad de más para despertar sus sospechas. Después del almuerzo, que el buen hombre tomó sin sentarse a la mesa, el guarda, a quien todavía no le había sido entregada la cantidad que se le había prometido, llegó de Froidfond, de donde traía una liebre, perdigones cazados en el parque y anguilas y lucios que le habían dado los molineros.

—¡Vaya, el pobre Cornoillier viene en un momento muy oportuno! ¿Es bueno para comer, todo eso?

—Sí, mi generoso señor, ha sido matado hace menos de dos días.

—Vamos, Nanón —dijo el tío Grandet—, será para la comida de hoy, tengo

invitados a dos Cruchot.

Nanón abrió los ojos y miró con estúpida expresión a todos los que allí estaban.

—Bien —dijo—, pero ¿dónde encontraré manteca de cerdo y especias?

—Mujer —dijo Grandet a su esposa—, dale seis francos a Nanón y recuérdame que tengo que ir a la bodega a buscar buen vino.

—Y bien, señor Grandet —repuso el guarda, que había preparado su discurso con objeto de que se decidiera la cuestión de su salario—, señor Grandet...

—Ta, ta, ta, ta —dijo Grandet—, sé lo que quieres decir; eres un buen diablo; ya veremos eso mañana, que hoy tengo demasiada prisa. Mujer, dale cien lises —dijo a la señora Grandet.

Se marchó. La pobre mujer sintióse demasiado feliz de poder comprar la paz por once francos. Sabía que Grandet guardaba silencio durante quince días, después de cobrarse de este modo, moneda tras moneda, el dinero que le había dado.

—Mira, Cornoiller —dijo la señora Grandet entregándole diez francos—, algún día recompensaremos tus servicios.

Cornoiller no tuvo nada que decir, y se fue.

—Señora —dijo Nanón, que se había puesto la cofia negra y cogido su cesta—, sólo necesito tres francos, guardad el resto. Con esto me arreglaré.

—Prepara una buena comida, Nanón, mi primo va a bajar —dijo Eugenia.

—Evidentemente, aquí ocurre algo extraordinario —dijo la señora Grandet—. Ya es la tercera vez que, desde que nos casamos, tu padre invita a alguien a comer.

Hacía las cuatro, en el momento en que Eugenia y su madre habían terminado de poner en la mesa cubierto para seis personas, y en que el dueño de la casa había subido algunas botellas de aquellos vinos exquisitos que con tanto amor conservan los provincianos. Carlos entró en la sala. El joven estaba pálido. Sus gestos, su actitud, sus miradas y el sonido de su voz expresaban una pena llena de belleza. Su dolor no era fingido, sufría realmente, y el velo extendido sobre sus rasgos por el dolor le confería ese aire interesante que tanto agrada a las mujeres. Eugenia le amó aún más por ello. Quizá también la desgracia había hecho que el joven estuviera más cerca de su corazón. Carlos ya no era aquel joven rico y de buen aspecto situado en una esfera inabordable para ella, sino un pariente sumido en una espantosa miseria. La miseria es madre de la igualdad. La mujer tiene de común con el ángel, que los seres que sufren le pertenecen. Carlos y Eugenia se comprendieron y se hablaron solamente con los ojos, pues el pobre dandy fracasado, el huérfano, se puso en un rincón, permaneció allí silencioso, tranquilo y orgulloso; sin embargo, de vez en cuando, la mirada dulce y acariciadora de su prima le dirigía su fulgor, le obligaba a abandonar sus tristes pensamientos, y lanzarse con ella por los campos de la Esperanza y del Porvenir. En aquellos momentos, la ciudad de Saumur estaba más emocionada por la comida ofrecida por Grandet a los Cruchot, que el día antes por la venta de su cosecha, que constituía un crimen de alta traición hacia la viticultura. Si el diplomático viñador hubiera ofrecido su comida con la misma idea que costó la

cola al perro de Alcibíades, quizás habría sido un gran hombre; pero, demasiado superior a una ciudad de la que sin cesar se burlaba, no hacía ningún caso de Saumur. Los Des Grassins se enteraron pronto de la muerte violenta y de la probable quiebra del padre de Carlos; decidieron ir aquella misma tarde a la casa de su cliente, con objeto de tomar parte en su desgracia y darle muestras de amistad, informándose al mismo tiempo de los motivos que podían haberle decidido a invitar, en semejante coyuntura, a los Cruchot a comer. A las cinco en punto, el presidente C. de Bonfons y su tío el notario llegaron endomingados hasta los dientes. Los invitados se sentaron a la mesa y comenzaron a comer notablemente bien. Grandet estaba grave, Carlos silencioso, Eugenia muda, la señora Grandet no habló más que de costumbre, de suerte que aquella comida fue una verdadera comida de pésame. Cuando se levantaron de la mesa, Carlos dijo a sus tíos:

—Permitidme que me retire. Me veo obligado a ocuparme de una larga y triste correspondencia.

—Está bien, sobrino.

Cuando, después de haberse ido Carlos, el buen hombre pudo presumir que su sobrino ya no oiría nada y estaría absorto en su trabajo, miró a su mujer con aire socarrón.

—Señora Grandet, lo que tenemos que hablar, sería como latín para vos; son las siete y media, deberíais retiraros. Buenas noches, hija mía.

Besó a Eugenia, y las dos mujeres se fueron. Entonces la escena en que el tío Grandet, más que en ningún otro momento de su vida, empleó la habilidad adquirida en su trato con las personas y que a menudo le valió, de parte de aquellos a quienes mordía un poco con excesiva rudeza la piel, el mote de *perro viejo*. Si el alcalde de Saumur hubiera llevado su ambición algo más alto, si felices circunstancias, haciéndole llegar a las esferas superiores de la ciudad, le hubieran enviado a los congresos en los que se trataban los asuntos de la nación, y si se hubiera valido del talento de que le había dotado su interés personal, no hay duda de que en ello habría sido gloriosamente útil a Francia. Sin embargo, quizá sería también probable que, salido de Saumur, el tío Grandet no hubiera hecho más que un triste papel. Tal vez ocurre con la inteligencia lo que con ciertos animales, que ya no engendran nada, una vez han sido trasladados fuera de los climas en los que vinieron al mundo...

—Se... se... se... señor pre... pre... pre... presidente, de... de... decíais que la quiiiiieeeeeebra...

El tartamudeo fingido desde hacía mucho tiempo por el tío Grandet, y que pasaba por natural, lo mismo que la sordera de la que se quejaba en los tiempos de lluvia, llegó a ser, en aquellos momentos, tan fatigosa para los dos Cruchot, qué al escuchar al viñador, hacían muecas sin darse cuenta, haciendo esfuerzos como si quisieran terminar las palabras en las que el viejo se complacía en atascarse. Acaso sea necesario explicar aquí la historia del tartamudeo y de la sordera de Grandet. Nadie en Anjou sabía mejor y nadie podía pronunciar más claramente el francés angevino

que el taimado viñador. En otro tiempo, a pesar de toda su astucia, había sido víctima de un israelita que, durante la discusión aplicaba su mano a la oreja a modo de trompetilla, con el pretexto de oírle mejor y chapurreaba tan bien al buscar las palabras, que, Grandet, víctima de su humanidad, creyóse obligado a sugerir al malicioso judío las palabras y las ideas que éste parecía buscar, acabar él mismo los razonamientos del referido judío, hablar como debía hablar aquel condenado, ser, en fin, el judío y no Grandet. El tonelero salió de aquel combate peregrino habiendo concluido el único negocio de que tuvo que lamentarse a lo largo de toda su vida comercial. Sin embargo, aunque perdió pecuniariamente hablando, ganó en ello moralmente una buena lección, y más tarde recogió los frutos de tal experiencia. De forma que el buen hombre terminó por bendecir al judío que le había enseñado el arte de impacientar a su adversario comercial; y al ocuparle en expresar su pensamiento, hacer que constantemente perdiera de vista el suyo propio. Ahora bien, ningún negocio requirió más que éste del que estamos hablando, el empleo de la sordera, del tartamudeo y de los ambages incomprensibles en los cuales Grandet envolvía sus ideas. Ante todo, no quería asumir la responsabilidad de sus ideas; además, quería continuar siendo dueño de su palabra, y dejar en duda sus verdaderas intenciones.

—Señor de Bon... Bon... Bonfons... —Por segunda vez, desde hacía tres años, Grandet llamaba al sobrino de Cruchot señor de Bonfons, con lo cual el presidente pudo creerse yerno electo del astuto viñador—. De... de... decíais, pues, que las quiebras pu... pu... pueden, en ci... ci... ciertos casos, ser i... i... impedidas po... po... por...

—Por los propios Tribunales de comercio. Esto se ve todos los días —dijo el señor C. de Bonfons ensartando la idea del tío Grandet o creyendo adivinarla y queriendo afectuosamente explicársela—. ¿Me oís?

—O... ooos oigo —respondió humildemente el tío Grandet, asumiendo la maliciosa actitud del niño que interiormente se burla del profesor, fingiendo prestarle la mayor atención del mundo.

—Cuando un hombre considerable y considerado, como era, por ejemplo, vuestro señor hermano, que en paz descansa, en París...

—Mi her... hermano, sí.

—Se halla amenazado de insolvencia...

—¿A... a... a eso se lla... llama i... i... insolveencia?

—Sí. Si su quiebra se hace inminente, el Tribunal de comercio, del cual es justiciable (seguid bien lo que os digo), tiene la facultad, por medio de un juicio, de nombrar, en su casa de comercio, a unos liquidadores. Liquidar no es quebrar, ¿comprendéis? Al quebrar, un hombre queda deshonorado; pero al liquidar, sigue siendo una persona honrada.

—Es mu... mu... muy diferente, si eeeesto no cu... cu... cuesta más ca... ca... caro —dijo Grandet.

—Pero una liquidación puede hacerse incluso sin el concurso del Tribunal de

comercio. Porque —dijo el presidente tomando su pulgarada de rapé—, ¿cómo se declara una quiebra?

—Sí no lo había pe... pe... pensado nunca —respondió Grandet.

—En primer lugar —repuso el magistrado—, por medio del depósito del balance en la escribanía del Tribunal, hecho por el propio negociante o por su apoderado, debidamente registrado. En segundo lugar, en virtud de demanda formulada por acreedores. Ahora bien: si el negociante no deposita el balance, si ningún acreedor solicita del Tribunal que declare en quiebra al susodicho negociante, ¿que sucederá?

—Sí, ve... veamos.

—Entonces la familia del difunto, sus representantes, su sucesión; o el propio negociante, si no ha muerto; o sus amigos, si está escondido, liquidan. ¿Es que queréis liquidar los negocios de vuestro hermano? —preguntó el presidente.

—¡Ah, Grandet! —exclamó el notario—, eso estaría muy bien. En nuestras provincias hay gente de honor. Si salvaseis vuestro apellido, puesto que se trata de vuestro apellido, seríais un hombre...

—Sublime —dijo el presidente interrumpiendo a su tío.

—Ciertamente —repuso el viejo viñador—, mi he... he... hermano se lla... lla... llamaba Grandet, i... i... igual que yo. E... e... esto es seguro. No... no... digo que no. Y, y, y, e... e... esta li... li... liquidación po... po... podría en tooodos los ca... ca... ca... casos resultar muy ve... ve... ventajosa para los i... i... intereses de mi so... so... sobrino al que qui... qui... quiero. Pero vamos a ver. Yo no sé co... co... cómo van las cosas en París. Yo... estoy en Saumur, ¿sa... sa... sabéis? Nunca he... he... hecho letras. He re... recibido muchas, pe... pero nunca he fi... fi... firmado ninguna. Aquí se co... cobra, allá se de... de... descuenta. Es to... todo lo que sé. He... he... he oído decir que se pu... pu... pueden rescataaar las le... le... letras.

—Sí, pueden adquirirse las letras por medio de un tanto por ciento. ¿Comprendéis?

Grandet hizo una trompetilla con la mano, la aplicó a su oreja, y el presidente le repitió la frase.

—Pero —respondió el viñador—, tooodo eeesto es muy co... complicado. No sé nada, a mi eedad, de tooodos estas co... cosas. Yo debo que... quedarme aquí para vigilar el grano. El grano se amontona co... con el grano que se pa... pa... paga. Ante todo, ha... hay que vigilar las co... co... cosechas. Yo tengo en Froidfond a... a... asuntos más impo... po... portantes. No puedo abandonar mi ca... ca... casa poor embro... brollos de tooodos los diablos, de los que no e... e... entiendo nada. Deecís que yo debería, para li... li... liquidar, para detener la declaración de quiebra, estar en París. No se pu... pu... puede estar a la vez en dos lu... lu... lugares, a menos de que uno sea un pa... pa... pajarillo... Y...

—Os comprendo —exclamó el notario—. Bueno, mi viejo amigo, vos tenéis amigos, viejos amigos, capaces de sacrificarse por vos.

—Vamos, pues —pensaba el viñador—, decidid vos mismo.

—Y si alguno salía para París, buscaba al mayor acreedor de vuestro hermano Guillermo y le decía...

—Le de... de... decía —repuso el tío Grandet—, ¿qué co... co... cosa? A... a... algo así: «El señor Grandet de Saumur po... po... por aquí, el señor Grandet de Saumur por allá. Ama a su hermano, ama a su so... so... sobrino. Grandet es un buen pa... pa... pariente, tiene muy buenas intenciones. Ha venido muy bien su co... co... secha. No declaréis la qui... quiebra, re... re... reunios, no... no... nombrad liquidadores. Eeentonces Grandet ve... eeerá. Ga... ga... ganaréis mucho más liquidando que de... de... dejando que la gente de justicia me... me... meta en ellos las nari... ces». ¿No es verdad?

—Exacto —dijo el presidente.

—Porque, ¿sabéis, señor de Bon... Bon... Bonfons?, hay que ver antes de decidir. El que no pu... pu... puede, no pu... pu... ede. En todo ne... negocio onerooso, para no arruinarse, hay que conocer los recursos y las cargas, ¿no es cierto?

—Por supuesto —dijo el presidente—. Yo soy de la opinión de que con algunos meses de tiempo, se podrán rescatar los créditos por una suma determinada, y pagar íntegramente por medio de un arreglo. ¡Ah!, se lleva muy lejos a los perros, mostrándoles un trozo de manteca. Si no hay declaración de quiebra, y vos tenéis en vuestro poder los títulos de crédito, quedáis blanco como la nieve.

—¿Co... co... como la nieve? —repitió Grandet, volviendo a hacer una trompetilla con la mano—. No comprendo eso de la ni... ni... nieve.

—¡Pues escuchadme, entonces! —le gritó el presidente.

—Ya e... e... escucho.

—Un efecto es una mercancía que puede tener sus altas y sus bajas. Esto es una deducción del principio de Jeremías Bentham sobre la usura. Este publicista ha demostrado que el prejuicio que llenaba de reprobación a los usureros era una tontería.

—¡Ya! —dijo el tío Grandet.

—Dado que en principio, según Bentham, el dinero es una mercancía, y que lo que representa el dinero se convierte asimismo en una mercancía —repuso el presidente—, dado que es notorio que, sometida a las variaciones habituales que rigen las cosas comerciales, la mercancía-letra, llevando tal o cual firma, como tal o cual artículo, abunda o falta en un lugar, que está cara o baja de precio, el Tribunal ordena (¡vaya, qué estúpido soy!), digo, yo opino que vos podéis evitar la quiebra de vuestro hermano por el veinticinco por ciento.

—¿De... decís que se lla... lla... llama Je... Je... Je... Jeremías Ben...?

—Bentham, un inglés.

—Ese Jeremías nos hará evitar muchas lamentaciones en los negocios —dijo riendo el notario.

—Esos ingleses ti... ti... tienen a ve... ve... veces buen sentido —dijo Grandet—. Así, se... se... según Ben... Ben... Bentham, si los efectos de mi hermano...

va... va... valen... no valen. Sí. Di... di... digo digo bien, ¿ve... ve... verdad? Esto me parece claro... Los acreedores... no, los acreedores. Yo ya me me entiendo.

—Dejadme que os explique todo esto —dijo el presidente—. En derecho, si vos poseéis los títulos de todas las deudas de la casa Grandet, vuestro hermano o sus herederos no deben nada a nadie. Bien.

—Bien —repitió Grandet.

—En equidad, si los efectos de vuestro hermano se negocian (se negocian, ¿comprendéis este término?) en la plaza con un tanto por ciento de pérdida; si uno de vuestros amigos pasa por allí y los rescata, no habiendo sido obligados los acreedores a entregarlos bajo ninguna coacción, la sucesión del difunto Grandet de París quedaría legalmente libre de deudas.

—Es verdad, los ne... ne... negocios son los negocios —dijo el tonelero—. Teniendo en cu... cu... cuenta todo esto... Pero, sin embargo, co... comprenderéis que es di... di... difícil. Yo no te... te... tengo di... di... dinero, ni ti... ti... tiempo.

—Sí, vos no podéis molestaros: ¡Bien!, yo os ofrezco ir a París (me pagaríais el viaje, es una miseria). Veo a los acreedores, les hablo, les doy moratoria, y todo se arregla con un suplemento de pago que vos añadiréis a los valores de la liquidación, con objeto de entrar en posesión de los títulos de crédito.

—Ya ve... ve... veremos, no pu... pu... puedo comprometerme a nada sin, sin que... El que no pu... pu... puede, no pu... puede. ¿Co... comprendéis?

—Es muy natural.

—Tengo la cabeza cargada con to... todo lo que me habéis dicho. E... E...s la primera vez de mi vida que me veo o... o... obligado a pensar en...

—Claro, no sois jurisconsulto.

—Yo soy un po... po... pobre viñador, y no sé nada de lo que vos a... acabáis de decir... de... de... debo estudiar todo esto.

—Bien —dijo el presidente asumiendo una actitud como si se dispusiera a resumir la discusión.

—Sobrino... —dijo el notario en tono de reproche, interrumpiéndole.

—¿Qué pasa, tío? —respondió el presidente.

—Deja que el señor Grandet te explique sus intenciones. Se trata en estos momentos de una gestión importante. Nuestro querido amigo tiene que definirla...

Un aldabonazo que anunció la llegada de la familia Des Grassins, su entrada y sus saludos impidieron a Cruchot terminar su frase. El notario se alegró de esta interrupción; Grandet ya le estaba mirando de reojo, y su lupia indicaba una borrasca interior; pero, ante todo, al prudente notario no le parecía conveniente que un presidente del Tribunal de primera instancia fuera a París a hacer capitular a unos acreedores y a prestar su colaboración a una maniobra que ofendía las leyes de la estricta probidad; además, no habiendo oído todavía que el tío Grandet expresase la menor intención de pagar lo que fuese, temblaba instintivamente al pensar que su sobrino se estaba metiendo en aquel negocio. Aprovechó, pues, el momento en que

los Des Grassins entraban para coger del brazo al presidente y llevárselo hacia la ventana.

—Ya te has ofrecido bastante, sobrino, pero ahora, déjate ya de sacrificios. El deseo de tener a su hija, te ciega. ¡Diablo!, no hay que proceder a tontas y a locas. Déjame ahora a mí conducir la barca, tú ayúdame solamente en la maniobra. No debes comprometer tu dignidad de magistrado en semejante...

No terminó la frase; oía como el señor Des Grassins le decía al viejo tonelero tendiéndole la mano:

—Grandet, nos hemos enterado de la horrible desgracia acaecida en vuestra familia, el desastre de la casa Guillermo Grandet y la muerte de vuestro hermano; venimos a manifestaros todo el interés que tomamos en este triste acontecimiento.

—No hay más desgracia —dijo el notario interrumpiendo al banquero—, que la muerte del hermano menor del señor Grandet. Ni siquiera se habría suicidado si se le hubiera ocurrido la idea de llamar a su hermano en su auxilio. Nuestro viejo amigo, que tiene el honor hasta la punta de las uñas, piensa liquidar las deudas de la casa Grandet de París. Mi sobrino el presidente, para evitarle las molestias de un asunto totalmente judicial, le ofrece partir inmediatamente para París, con el fin de tratar con los acreedores y satisfacerles convenientemente.

Estas palabras, confirmadas por la actitud del viñador, que se acariciaba la barbilla, sorprendieron de un modo extraño a los tres Des Grassins, que durante el camino habían meditado ampliamente sobre la avaricia de Grandet, acusándole casi de fraticida.

—¡Ah, ya lo sabía! —exclamó el banquero, mirando a su mujer—. ¿Qué te decía por el camino, señora Des Grassins? ¡Grandet tiene honor hasta la punta de los cabellos, y no tolerará que su apellido reciba la más mínima mancha! El dinero sin honor es una enfermedad. ¡Y en nuestras provincias hay honor! ¡Muy bien, pero que muy bien, Grandet! Yo soy un viejo militar, y no sé disimular lo que pienso; digo lo que pienso en forma franca y ruda. Esto es, ¡por mil diablos!, sencillamente sublime.

—E... e... entonces, lo su... su... sublime cu...cu... cuesta muy ca... caro —respondió el tío Grandet mientras el banquero le estrechaba calurosamente la mano.

—Pero esto, mi buen Grandet, debo deciros, sin que se ofenda el señor presidente —repuso Des Grassins—, es un asunto puramente comercial, requiere un negociante consumado. ¿No hay que entender en resacas, desembolsos, cálculos de interés? Yo tengo que ir a París para mis asuntos, y podría encargarme de...

—Entonces de... de... deberíamos arreglamos los dos en las po... po... posibilidades relativas y sin co... co... comprometerme a na... na... nada que yo no qui... siera hacer —dijo tartamudeando Grandet—. Porque, ¿sabéis? como es natural, el señor presidente me pedía que pagase los gastos del viaje.

El tío Grandet no tartamudeó al decir estas últimas palabras.

—¡Oh! —dijo la señora Des Grassins—. ¡Pero si es un placer ir a París! Yo misma pagaría con gusto para ir.

E hizo una seña a su marido como para animarle; luego miró con mucha ironía a los dos Cruchot, que asumieron una actitud deplorable. Grandet cogió entonces al banquero por uno de los botones de su traje y se lo llevó a un rincón.

—Yo tendría más confianza en vos que en el presidente —le dijo—. Además, aquí hay gato encerrado —añadió moviendo la lupia—. Tengo algunos miles de francos de renta para hacer comprar, y sólo quiero invertir a ochenta francos. Esta mecánica baja, dicen, al final de los meses. Vos sabéis de esto, ¿no es cierto?

—¡Demonio! ¿Así, pues, tendría que gestionar para vos unos miles de libras de renta?

—No mucho para empezar. ¡Chitón! No quiero que nadie sepa nada. Vos me arreglaríais un negocio para fines del mes; pero no digáis nada de ello a los Cruchot, esto les haría rabiar. Puesto que vais a París, veremos al mismo tiempo cómo están las cosas de mi pobre sobrino.

—De acuerdo. Mañana partiré con la posta —dijo en voz alta Des Grassins—, y vendré para recibir vuestras últimas instrucciones a... ¿a qué hora?

—A las cinco, antes de comer —dijo el viñador restregándose las manos.

Los dos partidos quedaron aún algunos instantes uno frente a otro. Des Grassins dijo, tras una pausa, dando un golpecito en la espalda de Grandet.

—Es estupendo, tener parientes así...

—Sí, sí, aunque no lo parezca —respondió Grandet—, yo soy un buen pariente. Yo quería a mi hermano, y lo demostraré muy bien si es que no va a costar...

—Tenemos que dejaros, Grandet —dijo el banquero, interrumpiéndole afortunadamente antes de que terminase la frase—. Si anticipo mi partida, hay que poner en orden algunos asuntos.

—Bien, bien. Yo también, por lo que vos sa... sabéis, voy a re... retirarme a mi cámara de deliberaciones, como dice el presidente Cruchot.

—¡Diantre!, yo ya no soy el señor de Bonfons —pensó tristemente el magistrado, cuyo semblante asumió la expresión de un juez aburrido por una defensa.

Los jefes de las dos familias rivales se marcharon juntos. Ni los unos ni los otros pensaban ya en la traición de que se había hecho reo Grandet aquella mañana para con la región vitícola, y se sondearon mutuamente, pero en vano, para conocer lo que pensaban sobre las intenciones verdaderas del avaro en aquel nuevo asunto.

—¿Venís con nosotros a casa de la señora Dorsonval? —dijo Des Grassins al notario.

—Iremos más tarde —respondió el presidente—. Si mi tío lo permite, he prometido a la señorita de Gribeaucourt que iría un momento a darle las buenas noches, y primero iremos allá.

—Hasta la vista, pues, señores —dijo la señora Des Grassins.

Y cuando los Des Grassins se encontraron a unos pasos de los dos Cruchot, Adolfo dijo a su padre:

—Van que bufan, ¿verdad?

—Cállate, hijo —dijo su madre—, que todavía pueden oímos. Además, lo que dices no es de buen gusto, parece aprendido en la Facultad de Derecho.

—Bien, querido tío —exclamó el magistrado cuando vio que los Des Grassins estaban lejos—, comencé siendo el presidente de Bonfons, y he terminado por ser simplemente un Cruchot.

—Ya he visto que eso te contrariaría; pero el viento soplaba para los Des Grassins. ¡Serás imbécil, con todo tu talen...! Déjales que se embarquen en su *ya veremos* del tío Grandet, y conserva la calma, pequeño: Eugenia será tu mujer.

En el espacio de unos instantes, la nueva de la magnánima resolución de Grandet difundióse en tres casas a la vez, y en toda la ciudad no se hablaba más que de aquella fraternal abnegación. Todos le perdonaban a Grandet la venta que había efectuado con desprecio de la fe jurada entre los propietarios, admirando su honor y alabando una generosidad de la que nadie le creía capaz. El carácter francés es propenso a entusiasmarse, a apasionarse por el meteoro del momento, por todo lo que sea de actualidad. ¿Es que carecen de memoria los entes colectivos, los pueblos?

Cuando el tío Grandet hubo cerrado la puerta, llamó a Nanón.

—No sueltes al perro ni te acuestes, tenemos que trabajar juntos. A las once, Cornoiller debe encontrarse ante mi puerta con la berlina de Froidfond. Escucha bien, para que cuando llegue no tenga que llamar dando porrazos, y dile que entre. Las leyes de policía prohíben armar ruido por la noche. Por otra parte, el barrio no tiene necesidad de saber que voy a salir de viaje.

Habiendo dicho esto, Grandet volvió a subir a su laboratorio, donde Nanón le oyó moverse, buscar, ir y venir, pero con precaución. Era evidente que no quería despertar a su mujer ni a su hija, y sobre todo no llamar la atención de su sobrino, al que había empezado por maldecir al ver luz en su habitación. En medio de la noche, Eugenia, preocupada por su primo, creyó oír la queja de un moribundo, y para ella aquel moribundo era Carlos: ¡le había dejado tan pálido, tan desesperado!, quizá se había matado. De repente, se puso una especie de pelliza con capucha, y quiso salir. Al momento, una luz intensa que pasaba a través de las rendijas de su puerta, la asustó, creyendo que había un incendio en la casa; luego se tranquilizó al oír los pesados pasos de Nanón y su vez mezclada con los relinchos de varios caballos.

«¿Es que mi padre va a raptar a mi primo?», pensó la joven entreabriendo la puerta de su habitación con la suficiente precaución para impedir que chirriase, pero de modo que pudiera ver lo que se hacía en el pasillo.

De pronto, sus ojos vieron los ojos de su padre, cuya mirada, por muy vaga e inconsciente que fuese, la hizo estremecerse de terror. El tío Grandet y Nanón estaban unidos por un grueso garrote cada uno de cuyos extremos descansaba sobre sus respectivos hombros derechos y sostenía una cuerda a la que estaba atado un barrilete parecido a los que el tío Grandet se entretenía en hacer en sus ratos perdidos.

—¡Virgen santa! ¡Cuánto pesa, señor! —dijo Nanón en voz baja.

—¡Qué desgracia que no sean más que piezas de a sueldo! —dijo el tío Grandet—. Procura no derribar la vela.

Esta escena estaba iluminada por una sola vela colocada entre dos barrotes de la barandilla.

—Cornoiller —dijo Grandet a su guarda *in partibus*—, ¿has cogido las pistolas?

—No, señor. ¡Pardiez!, ¿es que hay que temer algo a causa de vuestros sueldos?

...

—¡Oh!, nada —dijo el tío Grandet.

—Por otra parte —repuso el guarda—, vuestros colonos han escogido para vos sus mejores caballos.

—Bien, bien. ¿No les habrás dicho adonde iba?

—Ni yo lo sabía.

—Bien. ¿Es sólido el coche?

—¿Que si es sólido, mi amo? ¡Ya lo creo! Llevaría tres mil como ése. ¿Cuánto pesan vuestros barriles?

—Hay cerca de mil ochocientos —dijo Nanón.

—¿Quieres callarte, Nanón? Le dirás a mi mujer que me he ido al campo. Estaré de vuelta a la hora de comer. Ve de prisa, Cornoiller, hay que estar en Angers antes de las nueve.

El coche partió. Nanón echó el cerrojo a la puerta grande, soltó el perro, se acostó con el hombro magullado, y nadie del barrio sospechó la partida de Grandet ni el objeto de su viaje. La discreción del avaro era completa. Nadie veía jamás un centavo en aquella casa llena de oro. Después de haberse enterado por la mañana a través de las conversaciones del puerto que el oro había doblado de precio como consecuencia de numerosos armamentos emprendidos en Nantes, y que habían llegado a Angers unos especuladores para comprar oro, el viejo viñador, tomando prestados unos caballos a sus colonos, estuvo en condiciones de ir a vender el suyo y traer, en valores del recaudador general sobre el Tesoro, la suma necesaria para la compra de sus rentas, después de haberla aumentado por medio del agio.

—Mi padre se va —dijo Eugenia, que, desde lo alto de la escalera lo había oído todo.

El silencio había sido restablecido en la casa, y el lejano rodar del coche, que fue cesando gradualmente, ya no resonaba en la dormida Saumur. En aquel momento, Eugenia oyó en su corazón, antes de oírlo por medio del oído, una queja que atravesó los tabiques y que procedía de la habitación de su primo. Una banda luminosa, tan fina como la hoja de un sable, pasaba por la rendija de la puerta y cortaba horizontalmente los balaustres de la vieja escalera.

—Sufre —dijo subiendo dos peldaños.

Un segundo gemido la hizo llegar al rellano de la habitación. La puerta estaba entreabierta, y la empujó. Carlos dormía con la cabeza inclinada fuera del viejo sillón, su mano había dejado caer la pluma y tocaba casi el suelo. La respiración

entrecortada, debido a la postura del joven, asustó de pronto a Eugenia, que entró rápidamente.

—Debe de estar muy cansado —pensó la joven, mirando unas diez cartas selladas, cuyas direcciones leyó: *Señores Farry, Breilman y Cía, carroceros; Señor Buisson, sastrero*, etcétera.

—Quizás ha estado arreglando todos sus asuntos para poder abandonar pronto Francia —pensó.

Sus ojos se posaron en dos cartas abiertas. Las siguientes palabras, que iniciaban una de ellas: «Querida Anita...» le ocasionaron vértigo. Su corazón palpitó, sus pies se clavaron en el suelo. «¡Su querida Anita... entonces, ama, ama y es amado! ¡Oh, esperanza desvanecida! ¿Qué le dirá?» Estas ideas cruzaron por su mente y su corazón. Leía estas palabras en todas partes, incluso en las baldosas, en rasgos llameantes. ¡Tener que renunciar tan pronto a él! No, no leeré esa carta. Tengo que irme. Sin embargo, ¿y si la leyese? Miró a Carlos, le cogió dulcemente la cabeza, la recostó contra el respaldo del sillón, y él la dejó hacer como un niño que, incluso dormido, conoce aún a su madre, y recibe, sin despertar, sus caricias y sus besos. Como una madre, Eugenia levantó la mano que pendía, y como una madre, besó dulcemente los cabellos. «¡Querida Anita!» Un demonio le gritaba estas palabras al oído.

«Sé que quizás hago mal —se dijo—, pero voy a leer la carta.»

Eugenia apartó la cabeza, porque su noble probidad la reprendía. Por primera vez en su vida, el bien y el mal se hallaba frente a frente en su corazón. Hasta entonces, no había tenido que sonrojarse por ninguna acción. La pasión, la Curiosidad la arrastraron. A cada frase, su corazón fue hinchándose más y más, y el ardor picante que animó su vida durante esta lectura hizo que le resultarán aún más apetecibles los primeros placeres del amor.

«Querida Anita, nada debía separarnos, a no ser la desgracia que me abrumba y que ninguna prudencia humana habría podido prever. Mi padre se ha suicidado, su fortuna y la mía se han perdido completamente. Soy huérfano a una edad en que por la naturaleza de mi educación puedo pasar todavía por ser un niño; y sin embargo, debo salir convertido en hombre del abismo en que he caído. Acabo de pasar parte de esta noche haciendo cálculos. Si quiero dejar Francia como hombre honrado, y no es esto una duda, no poseo cien francos para ir a probar fortuna a las Indias o a América. Sí, mi pobre Ana, iré a buscar fortuna bajo los climas más inhóspitos. Bajo tales cielos, me han dicho, la fortuna es rápida y segura. En cuanto a permanecer en París, no podría hacerlo. Ni mi alma ni mi cara están hechos para soportar las afrentas, la frialdad, el desdén que aguardan al hombre arruinado, al hijo del que ha quebrado. ¡Dios mío, deber dos millones! A la primera semana, caería muerto víctima de un duelo. Por lo tanto, no regresaré. Tu amor, el más tierno y abnegado que jamás haya ennoblecido el corazón de un hombre, no sería capaz de atraerme. ¡Ay!, amada mía,

ni siquiera tengo dinero suficiente para ir adonde estás, a darte y recibir un postrer beso, un beso en el que yo pudiera extraer la fuerza necesaria para mi empresa...»

—¡Pobre Carlos, he hecho bien en leer! Yo tengo oro, se lo daré —dijo Eugenia. Reanudó su lectura, después de haberse secado las lágrimas.

«Todavía no había pensado en las desgracias de la miseria. Si tengo los cien luises indispensables para el pasaje, no tendría un solo centavo para comprarme nada. Pero no, no tendré ni cien luises ni uno solo, sólo conoceré el dinero que me queda, cuando haya arreglado el asunto de mis deudas en París. Si no tengo nada, iré tranquilamente a Nantes, me embarcaré como simple marinero, y allá empezaré como empezaron los hombres enérgicos, que, jóvenes, no tenían un céntimo, y regresaron ricos de las Indias. Desde esta mañana, he mirado fríamente mi porvenir. Es más horrible para mí que para cualquier otro, ¡para mí, joven mimado por una madre que me adoraba, querido por el mejor de los padres, y que, desde que hice mi entrada en sociedad, he gozado del amor de mi Ana! Sólo he conocido las flores de la vida: esta felicidad no podía durar. Sin embargo, querida Anita, poseo más valentía de la que podría suponerse en un despreocupado joven, sobre todo en un joven acostumbrado a los mimos de la más deliciosa mujer de París, mecido en las alegrías de la familia, a quien en la casa todo sonreía, y cuyos deseos eran leyes para un padre... ¡Oh!, mi padre, Anita, ha muerto... Pues bien, he reflexionado acerca de mi situación, y también he reflexionado acerca de la tuya. He envejecido mucho en veinticuatro horas. Querida Ana, si para conservarme a tu lado, en París, sacrificases todos los goces de tu lujo, tu *toilette*, tu palco de la Ópera, todavía no llegaríamos a la cifra de los gastos de mi vida disipada; además, no podría aceptar tantos sacrificios. Así, pues, hoy nos separaremos para siempre.»

—La abandona, ¡Virgen santa! ¡Qué alegría!...

Eugenia saltó de gozo. Carlos hizo un movimiento, la joven sintió escalofríos de terror; pero, afortunadamente para ella, Carlos no se despertó. Eugenia siguió leyendo:

«¿Cuándo regresaré?, lo ignoro. El clima de las Indias hace envejecer rápidamente a un europeo, y sobre todo a un europeo que trabaja. Trasladémonos a diez años de aquí. Dentro de diez años, tu hija tendrá dieciocho, será tu compañera, tu espía. Para ti, el mundo será muy cruel, tu hija lo sea quizá más aún. Hemos visto ejemplos de estos juicios mundanos y de esas ingratitudes de muchachas; sepamos aprovechar tales ejemplos. Guarda en el fondo de tu alma, como lo guardaré yo mismo, el recuerdo de estos cuatro años de felicidad, y sé fiel, si puedes, a tu pobre amigo. Sin embargo, no podría exigirlo, porque, ¿sabes, querida Anita?, debo acomodarme a mi situación, ver de una forma burguesa la vida y basarme en lo más verdadero. Así, pues, debo pensar en el matrimonio, que se convierte en una de las

necesidades de mi nueva existencia; y te confesaré que he encontrado aquí, en Saumur, en casa de mi tío, una prima cuyas maneras, cuyo rostro, inteligencia y corazón te agradarían, y que además, creo que tiene...»

—Debía estar muy cansado, para haber cesado de escribir —dijose Eugenia, viendo la carta interrumpida en medio de esta frase.

¡Le justificaba! ¿No resultaba entonces imposible que aquella joven inocente se diera cuenta de la frialdad impresa en la misiva? Para las jóvenes criadas religiosamente, ignorantes y puras, todo es amor tan pronto como ponen el pie en las regiones encantadas del amor. Caminan por ellas envueltas en la luz celestial que proyecta su alma, y que vuelve a caer sobre su amante; tiñen esa luz con el fuego de su propio sentimiento y le prestan sus hermosos pensamientos. Los errores de la mujer proceden casi siempre de su creencia en el bien, o de la confianza en la verdad. Para Eugenia, estas palabras: «Querida Anita, amada mía», resonaban en su corazón como el más bello lenguaje del amor, y le acariciaban el alma como, en su infancia, las notas divinas del *Venite, adoremus*, emitidas por el órgano, le acariciaban el oído. Por otra parte, las lágrimas que bañaban aún los ojos de Carlos le revelaban toda la nobleza de corazón por medio de la cual una joven debe ser seducida. ¿Podía saber Eugenia que si Carlos amaba tanto a su padre y le lloraba verdaderamente, este cariño procedía menos de la bondad de su corazón que de la bondad paterna? El señor y la señora Grandet, al satisfacer siempre los caprichos de su hijo, al darle todos los placeres de la fortuna, le habían impedido que hiciera los horribles cálculos de que son más o menos culpables, en París, la mayoría de los hijos, cuando, ante los goces parisienses, forman deseos y conciben proyectos que ven aplazados y retrasados sin cesar por la vida de sus padres. La prodigalidad del padre fue, pues, incluso al extremo de sembrar en el corazón de su hijo un amor filial verdadero, sin segundas intenciones. Sin embargo, Carlos era un hijo de París, habituado por las costumbres de París, por Anita misma, a calcularlo todo, viejo ya, bajo la máscara del joven. Había recibido la espantosa educación de este mundo, en el que, en una velada, se cometen con el pensamiento, con las palabras, más crímenes que los que castiga la justicia en las Audiencias de lo criminal, en que las frases ingeniosas asesinan las más grandes ideas, en que uno sólo es tenido por algo cuando ve las cosas claras, y ver las cosas claras es no creer en nada, ni en los sentimientos, ni en los hombres, ni siquiera en los acontecimientos: allí se realizan falsos acontecimientos. Allí, para ver claro, hace falta sopesar, cada mañana, la bolsa de un amigo, saber colocarse diplomáticamente por encima de todo lo que sucede; provisionalmente, no admirar nada, ni las obras de arte, ni las nobles acciones, y atribuir como móvil de todo el interés personal. Después de mil locuras, la gran dama, la bella Anita, obligaba a Carlos a pensar gravemente; le hablaba de su situación futura, pasando por sus cabellos una mano perfumada; mientras le arreglaba un rizo, le hacía calcular la vida: le afeminaba y le materializaba. Doble corrupción, pero corrupción elegante y fina,

corrupción de buen gusto.

—Sois muy tonto, Carlos —le decía—. Creo que va a costarme mucho trabajo enseñaros lo que es el mundo. Habéis quedado muy mal con el señor De Lupeaulx. Ya sé que es hombre poco honorable, pero aguardad a que esté sin poder, entonces podréis despreciarle tanto como queráis. ¿Sabéis lo que nos decía la señora Campan? «Hijas mías, mientras un hombre esté en el Ministerio, adoradle; cuando caiga, ayudad a que sea llevado al muladar. Poderoso, es una especie de dios; destruido, está por debajo de Marat en su bañera, porque él vive, mientras que Marat estaba muerto. La vida es una sucesión de combinaciones, y hay que estudiarlas, seguirlas, para llegar a mantenerse siempre en buena posición.»

Carlos era un hombre demasiado de moda, había sido constantemente feliz a causa de sus padres, demasiado adulado por el mundo, para que tuviera grandes sentimientos. El grano de oro que su madre le había puesto en el corazón habíase extendido en la terraja parisiense, lo había empleado en superficie y debía gastarlo por el frotamiento. Pero Carlos no tenía más que veintiún años. A esa edad, el frescor de la vida parece inseparable del candor del alma. La voz, la mirada, el rostro, parecen hallarse en armonía con los sentimientos. Así, el juez más duro, el abogado más incrédulo, el usurero menos fácil dudan todavía en creer en la vejez del corazón, en la corrupción de los cálculos, cuando los ojos nadan aún en un fluido puro y todavía no tiene arrugas la frente. Carlos no había tenido nunca ocasión de aplicar las máximas de la moral parisiense, y hasta aquel día era grande su inexperiencia. Pero, sin saberlo, habíale sido inoculado el egoísmo. Los gérmenes de la economía política para uso del parisiense, latentes en su corazón, no habían de tardar en florecer, tan pronto como de espectador ocioso se convirtiera en actor en el drama de la vida real. Casi todas las jóvenes se abandonan a las dulces promesas de estos aspectos externos; pero, aun cuando Eugenia hubiera sido prudente y observadora como ciertas jóvenes de provincias, ¿habría podido desconfiar de su primo, cuando en él las maneras, las palabras y las acciones armonizaban aún con las inspiraciones del corazón? Un azar, fatal para ella, le hizo recibir las últimas efusiones de sensibilidad verdadera que podía haber en aquel joven corazón, y escuchar, por así decir, los últimos suspiros de la conciencia. Dejó, pues, aquella carta, que para ella estaba llena de amor, y se puso a mirar con complacencia a su primo dormido: las frescas ilusiones de la vida jugaban aún para ella en aquel rostro, y se juró ante todo a sí misma amarle siempre. Luego dirigió los ojos hacia la otra carta, sin conceder demasiada importancia a esta indiscreción; y si empezó a leerla, fue para obtener nuevas pruebas de las nobles cualidades que, parecida a todas las mujeres, atribuía al hombre que elegía.

«Querido Alfonso: en el momento en que leas esta carta, ya no tendré amigos; pero te confieso que al dudar de esas personas del mundo acostumbradas a prodigar esta palabra, no he dudado de tu amistad. Te encargo, pues, que arregles mis asuntos, y cuento que sabrás sacar buen partido de todo lo que poseo. Ahora debes conocer mi

situación. Ya no tengo nada, y quiero partir para las Indias. Acabo de escribir a todas las personas a las cuales creo deber algún dinero, y encontrarás adjunto la lista lo más exacta que me es posible darte de memoria. Mi biblioteca, mis muebles, mis coches, mis caballos, etc., bastarán, me parece, para pagar mis deudas. No quiero reservarme más que los objetos de escaso valor que me puedan ayudar a iniciar una vida sencilla. Querido Alfonso, desde aquí te enviaré, para esa venta, un poder en toda regla para caso de litigio. Me remitirás todas mis armas. Además, puedes quedarte con *Briton*, pues nadie querría pagar lo que vale ese admirable animal y prefiero ofrecértelo a ti, como la sortija que lega un moribundo a su albacea. Farry, Breilman y Cía., me han hecho un coche de viaje muy *confortable*, pero no me lo han entregado aún; procura que se lo queden, sin que me pidan una indemnización, pero si se negasen a este arreglo, evita todo lo que pudiera menoscabar mi lealtad, en las circunstancias en que me encuentro. Debo seis luses al isleño, perdidos en el juego, no dejes de...»

—Pobre primo —dijo Eugenia, dejando la carta y saliendo de la habitación sigilosamente, con una de las bujías encendidas.

Ya en su propio cuarto, no sin viva emoción, abrió el cajón de un viejo mueble de roble, una de las más bellas obras de la época llamada *Renacimiento* y en el cual se veía todavía, medio borrada, la famosa Salamandra real. Cogió una gran bolsa de terciopelo rojo y adornos de oro y con borde de canutillo, procedente de la herencia de su abuela. Sopesó con orgullo esta bolsa, y complacióse en verificar la olvidada cuenta de su pequeño peculio. Separó ante todo veinte portuguesas todavía nuevas, acuñadas durante el reinado de Juan V, en 1725, que valían realmente al cambio cinco lisboninas o sesenta y ocho francos con sesenta y cuatro céntimos cada una, según decía su padre, pero cuyo valor convencional era de ciento ochenta francos, por lo raras y bellas que eran dichas monedas, que relucían como soles. ITEM, cinco genovinas o piezas de cien libras de Génova, otra moneda rara y que valía ochenta y siete francos al cambio, pero cien francos para los aficionados al oro. Procedían del viejo señor La Bertellière. ITEM, tres cuádruplos de oro españoles de Felipe V, acuñados en 1729, dados por la señora Gentillet, que, al regalárselos, le decía siempre la misma frase: «¡Este pequeño canario vale noventa y ocho libras! Guardadlo bien, querida, porque será la flor de vuestros tesoros». ITEM, lo que su padre más apreciaba (el oro de estas monedas era de veintitrés quilates y una fracción), cien ducados de Holanda, fabricados en el año 1756, y que valían cerca de trece francos. ITEM, ¡una gran curiosidad!..., una especie de medallas preciosas para los avaros, tres rupias con el signo de Libra y cinco más con el signo de Virgo, todas de oro puro de veinticuatro quilates, la magnífica moneda del Gran Mogol, y de las cuales cada una valía treinta y siete francos con cuarenta céntimos al peso; pero por lo menos cincuenta francos para los expertos que gustan de manejar oro. ITEM, el napoleón de cuarenta francos recibido dos días antes, y que ella había puesto negligentemente en su bolsa roja. Este tesoro contenía monedas nuevas y vírgenes, verdaderas piezas de arte de las cuales el tío Grandet se informaba a veces y quería volver a ver, con el fin de detallar a su hija las virtudes intrínsecas de las mismas, tales como la belleza del cordón, la claridad de lo llano, la riqueza de las letras, cuyas vivas aristas aún no estaban gastadas. Pero ella no pensaba ni en estas rarezas, ni en la manía de su padre, ni en el peligro que había para ella en despojarse de un tesoro tan caro al autor de sus días; no, ella pensaba en su primo, y finalmente llegó a comprender, después de algunas faltas de cálculo, que poseía alrededor de cinco mil ochocientos francos en valores reales, que, convencionalmente, podían venderse por unos dos mil escudos. A la vista de sus riquezas, se puso a aplaudir dando palmadas, como un niño, que se ve obligado a desprenderse de su excesiva alegría por medio de los ingenuos movimientos de su cuerpo. De este modo, el padre y la hija habían contado cada cual su fortuna: él, para ir a vender su oro; Eugenia, para arrojar el suyo en un océano de afecto. Puso de nuevo las monedas en la vieja bolsa, la cogió y volvió a subir sin vacilar. La miseria secreta de su primo le hacía olvidar la noche y las conveniencias; además, estaba segura de su conciencia, de su abnegación, de su felicidad. En el momento en que apareció en el umbral de la puerta, teniendo con una mano la bujía y con la otra la

bolsa, Carlos se despertó, vio a su prima y quedóse boquiabierto de sorpresa. Eugenia dio unos pasos hacia adelante, y dejando la bujía encima de la mesa, dijo con voz llena de emoción:

—Primo, tengo que pedir os perdón por una falta grave que he cometido para con vos; pero Dios me lo perdonará, si vos queréis borrar este pecado.

—¿Qué ocurre? —dijo Carlos restregándose los ojos.

—He leído esas dos cartas.

Carlos se sonrojó.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —añadió la joven—. ¿Por qué he subido? Realmente, ahora ya no lo sé. Pero estoy tentada a no arrepentirme ya de haber leído esas cartas, puesto que ellas me han dado a conocer vuestro corazón, vuestra alma, y...

—¿Y qué? —preguntó Carlos.

—Y vuestros proyectos, la necesidad en que os encontráis de tener una suma...

—Querida prima...

—Chitón, chitón, querido primo, no habléis tan alto, no despertemos a nadie. Aquí tenéis —dijo abriendo la bolsa— los ahorros de una pobre muchacha que no tiene necesidad de nada. Carlos, aceptadlos. Esta mañana, ignoraba lo que era el dinero, vos me lo habéis enseñado, no es más que un medio, esto es todo. Un primo es casi un hermano, vos podéis muy bien tomar prestada la bolsa de vuestra hermana.

Eugenia, mujer y niña al mismo tiempo, no había previsto el caso de que su primo pudiera rechazar su ofrecimiento, y Carlos permanecía silencioso.

—Y bien, ¿es que rehusaríais? —inquirió Eugenia, mientras los latidos de su corazón resonaban en medio del profundo silencio.

La vacilación de su primo la humilló; pero la necesidad en la que el joven se encontraba acudió vivamente a su mente, y Eugenia hincóse entonces de rodillas.

—No me levantaré hasta que hayáis aceptado este oro —dijo—. Querido primo, por favor, responded algo..., que yo sepa si vos me honráis, si sois generoso, si...

Al oír el grito de una noble desesperación, Carlos dejó caer unas lágrimas sobre las manos de su prima, al cogérselas para impedir que se arrodillase. Al recibir estas lágrimas calientes, Eugenia cogió la bolsa y derramó su contenido sobre la mesa.

—Sí, ¿verdad que sí? —dijo llorando de alegría—. No temáis, primo, seréis rico. Este oro os traerá suerte; un día me lo devolveréis; por otra parte, nos asociaremos; en fin, pasaré por todas las condiciones que queráis imponerme. Pero no deberíais conceder tanta importancia a este ofrecimiento mío.

Carlos pudo al fin expresar sus sentimientos.

—Sí, Eugenia, sería muy mezquino si no aceptase. Sin embargo, nada por nada, confianza por confianza.

—¿Qué queréis? —dijo Eugenia asustada.

—Escuchad, querida prima, ahí tengo... —interrumpióse para mostrar sobre la cómoda una caja cuadrada envuelta en una funda de cuero— ahí tengo algo que me

es tan precioso como la vida. Esa caja es un regalo de mi madre. Esta mañana pensaba que si pudiera salir de la tumba, ella misma vendería el oro que su ternura le hizo prodigar en este neceser; pero, realizada por mí, esta acción me parecería un sacrilegio.

Eugenia apretó convulsivamente la mano de su primo al oír estas últimas palabras.

—No —añadió Carlos tras una ligera pausa, durante la cual los dos se lanzaron una mirada humedecida por las lágrimas—, no, no quiero destruirlo, ni exponerme a que se pierda en los viajes. Eugenia, vos seréis depositarla de este neceser. Jamás hubo amigo que confiase algo más sagrado a otro amigo. Sed juez de ello.

Dicho esto, Carlos fue a coger la caja, la sacó de la funda, la abrió y mostró tristemente a su prima, maravillada, un neceser cuyo trabajo daba al oro un precio muy superior al de su peso.

—Lo que veis, no es nada —dijo pulsando un resorte que hizo salir un doble fondo—. Ved lo que para mí vale el mundo entero.

Sacó dos retratos, dos obras maestras de la señora de Mirbel, ricamente adornados con perlas.

—¡Oh, qué mujer tan hermosa! ¿No será la dama a la que vos escri...?

—No —dijo Carlos sonriendo—. Esa mujer es mi madre, y éste es mi padre, que son vuestra tía y vuestro tío. Eugenia, debería suplicaros de rodillas que me guardaseis este tesoro. Si muriera perdiendo vuestra pequeña fortuna, este oro os indemnizaría; y sólo a vos puedo dejar los dos retratos, vos sois digna de conservarlos; pero destruidlos antes de que vayan a parar a otras manos...

Eugenia guardaba silencio.

—Sí, ¿verdad? ¿Verdad que sí? —añadió Carlos con una sonrisa.

Al oír las palabras que acababa de decir su primo, Eugenia le dirigió su primera mirada de mujer enamorada, una de esas miradas en las que hay casi tanta coquetería como profundidad; el joven le cogió la mano y se la besó.

—¡Ángel de pureza! Entre nosotros, ¿verdad?... el dinero no será nunca nada. El sentimiento, que hace que el dinero sea algo, lo será todo desde este momento.

—Os parecéis a vuestra madre. ¿Tenía la voz tan dulce como la vuestra?

—¡Oh! Mucho más dulce...

—Sí, para vos —dijo la joven bajando los ojos—. Vamos, Carlos, id a acostaros, quiero que lo hagáis. Estáis fatigado. Hasta mañana.

Eugenia desprendió suavemente su mano de entre las de su primo, que la acompañó hasta la puerta haciéndole luz con la bujía. Cuando los dos estuvieron en el umbral:

—¡Ah! ¿Por qué habré de estar arruinado? —dijo Carlos.

—¡Bah! Mi padre es rico, creo yo —respondió Eugenia.

—Pobre niña —repuso Carlos avanzando un pie hacia la habitación y apoyando la espalda contra la pared—, de ser rico vuestro padre, no habría dejado morir al mío,

no os dejaría vivir con tanta estrechez; en fin, él mismo viviría de otro modo.

—Pero posee Froidfond.

—¿Y qué vale Froidfond?

—No lo sé; pero tiene Noyers.

—¡Será alguna granja de mala muerte!

—Tiene viñas y prados...

—Miserias —dijo Carlos con aire desdeñoso—. Si vuestro padre tuviera solamente veinticuatro mil libras de renta, ¿habitaríais esta estancia fría y desnuda? —añadió adelantando el pie izquierdo—. Allí estarán, pues, mis tesoros —dijo mostrando un viejo baúl para encubrir su pensamiento.

—Id a dormir —dijo Eugenia, impidiéndole que entrara en una habitación en desorden.

Carlos se retiró, y ambos se despidieron con una sonrisa.

Los dos jóvenes se durmieron en un mismo sueño, y Carlos comenzó desde entonces a arrojar algunas rosas a su luto. A la mañana siguiente, la señora Grandet encontró a su hija paseando, antes de desayunar, en compañía de Carlos. El joven estaba aún triste como debía estarlo un desgraciado que ha descendido, por así decir, al fondo de sus penas, y que al medir la profundidad del abismo en que había caído, sintió todo el peso de su vida futura.

—Mi padre no volverá hasta la hora de comer —dijo Eugenia, viendo la inquietud reflejada en el rostro de su madre.

Era fácil ver en las maneras, en el rostro de Eugenia y en la singular dulzura que adquirió su voz, una conformidad de pensamiento entre ella y su primo. Sus almas se habían unido ardientemente antes, tal vez, de haber experimentado la fuerza de los sentimientos por los cuales se unían el uno al otro. Carlos permaneció en la sala y su melancolía fue respetada. Cada una de las tres mujeres tuvo algo en que ocuparse. Al olvidar Grandet sus asuntos aquel día, llegó un gran número de personas: el plomero, el albañil, los desmontistas, el carpintero, unos colonos; los unos para cerrar tratos referentes a reparaciones, los otros para pagar arriendos o cobrar dinero. La señora Grandet y Eugenia viéronse, pues, obligadas a ir y venir, a contestar a los interminables discursos de los obreros y de los campesinos. Nanón efectuaba los cobros en la cocina. Aguardaba siempre las órdenes de su amo para saber lo que había de ser guardado para la casa o ser vendido en el mercado. La costumbre del buen hombre, como la de un gran número de hidalgos rurales, era beber su vino malo y comer su fruta echada a perder. Hacia las cinco de la tarde, Grandet volvió de Angers habiendo recibido por su oro catorce mil francos y llevando en su cartera bonos reales que le reportaban interés hasta el día en que tuviera que pagar sus rentas. Había dejado a Cornoiller en Angers, para cuidar de los caballos medio reventados, y traerlos lentamente después de haberles hecho descansar.

—Vuelvo de Angers —dijo a su mujer—. Tengo apetito.

Nanón le gritó desde la cocina:

—¿Es que no habéis comido nada desde ayer?

—Nada —respondió el tío Grandet.

Nanón trajo la sopa. Des Grassins llegó para recibir las órdenes de su cliente en el momento en que la familia se hallaba sentada a la mesa. El tío Grandet ni siquiera había visto a su sobrino.

—Comed tranquilamente, Grandet —dijo el banquero—. Charlaremos. ¿Sabéis lo que vale el oro en Angers, adonde han ido a buscarlo para llevarlo a Nantes? Yo voy a enviar del mío.

—No mandéis —respondió el tío Grandet—, ya hay suficiente. Somos demasiado buenos amigos para que no os evite una pérdida de tiempo.

—Pero el oro vale allí trece francos con cincuenta céntimos.

—Mejor diréis que valía.

—¿De dónde demonios lo habrán llevado?

—Esta noche he ido a Angers —respondióle Grandet en voz baja.

El banquero se estremeció de sorpresa. Luego entablóse una conversación entre ellos de oído a oído, durante la cual Des Grassins y Grandet miraron a Carlos varias veces. En el momento en que sin duda el antiguo tonelero dijo al banquero que le comprase cien mil libras de renta, Des Grassins dejó escapar un gesto de asombro.

—Señor Grandet —dijo a Carlos—, parto para París; si tuvierais algún encargo que darme...

—Ninguno, caballero. Os lo agradezco —respondió Carlos.

—Dadle las gracias de un modo mejor, sobrino. El señor va a París para arreglar los asuntos de la casa Guillermo Grandet.

—¿Es que existe alguna esperanza? —inquirió Carlos.

—Pero —exclamó el tonelero con bien fingido orgullo— ¿es que no sois mi sobrino? Vuestro honor es el nuestro. ¿No os llamáis también Grandet?

Carlos se levantó para abrazar al tío Grandet y darle un beso. Después, muy pálido, abandonó la sala. Eugenia contemplaba a su padre con admiración.

—Vamos, adiós, amigo Des Grassins, manejadme bien aquella gente.

Los dos diplomáticos se estrecharon la mano, el antiguo tonelero acompañó al banquero hasta la puerta; luego, una vez cerrada, regresó y dijo a Nanón, acomodándose en su sillón:

—Dame un poco de casis.

Pero demasiado emocionado para permanecer sentado, se levantó, miró el retrato del señor de La Bertellière y se puso a cantar, ejecutando lo que Nanón llamaba pasos de danza:

*En la guardia francesa  
yo tenía un buen papá.*

Nanón, la señora Grandet y Eugenia se miraron mutuamente en silencio. La

alegría del viñador las asustaba siempre cuando llegaba a su apogeo. Pronto llegó la velada a su fin. Primero, el tío Grandet quiso acostarse temprano; y cuando él se acostaba, en su casa todos habían de dormir; de la misma manera que cuando Augusto bebía, Polonia estaba borracha. Además, Nanón, Carlos y Eugenia no estaban menos cansados que el dueño de la casa. En cuanto a la señora Grandet, dormía, comía, bebía y andaba según los deseos de su marido. Sin embargo, durante las dos horas concedidas a la digestión, el tonelero, más jocosos que nunca, dijo muchos de sus apotegmas particulares, uno solo de los cuales será suficiente para dar la medida de su ingenio. Cuando hubo apurado el casis, miró la copa.

—¡Apenas ha puesto uno los labios en una copa, cuando ésta ya está casi vacía! He aquí nuestra historia. No es posible ser y haber sido. Los escudos no pueden circular y permanecer en nuestra bolsa, pues de otro modo, la vida sería demasiado hermosa.

Estuvo jovial y clemente. Cuando Nanón vino con su torno:

—Debes de estar cansada —le dijo Grandet—. Deja tu cáñamo.

—¡Bah, me aburriría! —respondió la criada.

—¡Pobre Nanón! ¿Quieres un poco de casis?

—¡Ah! En cuanto al casis, no diré que no. La señora lo hace mucho mejor que los boticarios. El que venden no es más que una droga.

—Ponen demasiado azúcar y no sabe a nada —dijo el tío Grandet.

Al día siguiente, la familia, reunida a las ocho para el desayuno, ofreció el cuadro de la primera escena de una intimidad muy verdadera. La desgracia había puesto rápidamente en relación a la señora Grandet, a Eugenia y a Carlos; la propia Nanón simpatizaba con ellos sin saberlo. Los cuatro comenzaron a formar una misma familia. En cuanto al viejo viñador, satisfecha su avaricia, y con la seguridad de ver pronto partir al lechuguino sin tener que pagarle más que el viaje a Nantes, hizo que la presencia de éste en la casa se le hiciera casi indiferente. Dejó los dos niños, como llamaba a Carlos y a Eugenia, libres de comportarse como mejor les pareciera bajo la mirada de la señora Grandet, en quien, por otra parte, tenía una completa confianza en lo concerniente a la moral pública y religiosa. El alineamiento de sus prados y de sus fosos que lindaban con la carretera, sus plantaciones de chopos en el Loira y los trabajos de invierno en sus campos y en Froidfond, le tuvieron ocupado de un modo exclusivo. Entonces comenzó para Eugenia la primavera del amor. Desde la escena nocturna durante la cual la prima dio su tesoro al primo, su corazón había seguido el mismo camino que el tesoro. Cómplices los dos del mismo secreto, se miraban expresándose una mutua inteligencia que profundizaba sus sentimientos y los hacía más comunes, más íntimos, poniéndolos, por decirlo así, al margen de la vida ordinaria. ¿Acaso el parentesco no autorizaba cierta dulzura en el acento, y alguna ternura en las miradas? Así, Eugenia se complació en adormecer los sufrimientos de su primo en las alegrías infantiles de un naciente amor. ¿No existen por ventura graciosas semejanzas entre los comienzos del amor y los de la vida? ¿No se acuna al

niño con dulces cantos y amables miradas? ¿No se le cuentan historias maravillosas que doran su porvenir? La esperanza, ¿no despliega para él incesantemente sus radiantes alas? ¿No derrama sucesivamente el niño lágrimas de alegría y de dolor? ¿No se queja por insignificancias, por guijarros con los que trata de construirse un endeble palacio, por ramilletes de flores olvidadas apenas han sido cortadas? ¿No siente avidez por apoderarse del tiempo, por adelantarse a él en la vida? El amor es nuestra segunda transformación. La infancia y el amor fueron lo mismo entre Eugenia y Carlos: fue la primera pasión con todas sus puerilidades, tanto más acariciadoras para sus corazones cuanto que estaban envueltas en melancolía. Por otra parte, al debatirse en su nacimiento bajo los crespones del luto, este amor aún armonizaba mejor con la sencillez provinciana de aquella casa en ruinas. Al cambiar algunas palabras con su prima junto al pozo, en aquel patio silencioso; al permanecer en aquel jardincillo, sentados en un banco cubierto de musgo hasta la hora en que el sol se ponía, diciéndose grandes naderías o recogidos en la tranquilidad que reinaba entre el muro y la casa, como cuando se encuentra uno bajo las arcadas de una iglesia, Carlos comprendió la santidad del amor; porque su gran dama, su querida Anita, sólo le había dado a conocer del amor las borrascosas preocupaciones y angustias. Abandonaba en aquel momento la pasión parisiense, coquetona, vanidosa, resplandeciente, por el amor puro y verdadero. Amaba aquella casa, cuyas costumbres ya no le parecieron ridículas. Bajaba por la mañana temprano para poder conversar con Eugenia unos momentos antes de que Grandet fuera a dar las provisiones; y cuando los pasos del dueño de la casa resonaban en las escaleras, él huía al jardín. La pequeña criminalidad de esta cita matutina, secreta incluso para la madre de Eugenia, y que Nanón fingía no advertir, imprimía al amor más inocente del mundo la vivacidad de los placeres prohibidos. Luego, cuando, después del almuerzo, el tío Grandet había ido a ver sus propiedades y sus explotaciones, Carlos permanecía entre la madre y la hija, experimentando deleites desconocidos al prestarles las manos para ovillar el hilo, al verlas trabajar, al oír cómo charlaban. La sencillez de esta vida casi monástica, que le reveló la belleza de aquellas almas para las cuales el mundo era desconocido, le conmovió profundamente. Había creído que tales costumbres eran imposibles en Francia, y sólo había admitido su existencia en Alemania, y aun de un modo fabuloso y en las novelas de Augusto Lafontaine. Pronto fue Eugenia para Carlos el ideal de la Margarita de Goethe, salvo la falta. En fin, día tras día, sus miradas, sus palabras, fascinaron a la pobre joven, que se abandonó deliciosamente a la corriente del amor; se asía a su felicidad como un nadador a la rama de sauce para salir del río y descansar en la orilla. La preocupación de una próxima ausencia, ¿no entristecía ya las horas más gozosas de estas fugaces jornadas? Cada día, un pequeño acontecimiento les recordaba la inminente separación. Así, tres días después de la partida de Des Grassins, Carlos fue llevado por Grandet al Tribunal de Primera Instancia con la solemnidad que la gente provinciana pone en tales actos, para firmar una renuncia a la herencia de su padre. ¡Terrible repudio!, especie de apostasía

doméstica. Fue a casa del señor Cruchot para otorgar dos poderes: uno para Des Grassins y otro para el amigo encargado de venderle su mobiliario. Luego fue preciso llenar las formalidades necesarias para obtener un pasaporte para el extranjero. En fin, cuando llegaron las sencillas, vestiduras de luto que Carlos había pedido a París, mandó venir un sastre de Saumur y le vendió su inútil guardarropa. Este acto agradó singularmente al tío Grandet.

—¡Oh! Ahora ya sois como un hombre que debe embarcarse y quiere hacer fortuna —le dijo al verle vestido con una levita de basto paño negro—. Bien, muy bien.

—Os suplico que creáis, señor —respondióle Carlos—, que seré capaz de tener el espíritu que corresponde a mi situación.

—¿Qué es eso? —dijo el buen hombre, cuyos ojos se animaron a la vista de un puñado de oro que le mostró Carlos.

—Caballero, he reunido mis botones, mis anillos, todas las superfluidades que poseo y que podían tener algún valor; pero, no conociendo a nadie en Saumur, quería rogaros esta mañana que...

—¿Que os comprase eso? —dijo Grandet interrumpiéndole.

—No, tío, que me indicaseis una persona honrada que...

—Dádmelo, sobrino; subiré a tasaros eso, y volveré para deciros lo que vale, con la aproximación de un centavo. Oro de joya —dijo examinando una larga cadena—, dieciocho o diecinueve quilates.

El tío Grandet extendió su manaza y se llevó aquella masa de oro.

—Prima —dijo Carlos—, permitidme que os ofrezca estos dos botones que podrán servir para atar cintas a vuestras muñecas. Esto forma un brazalete que en la actualidad está muy de moda.

—Acepto sin vacilar, primo —respondió Eugenia lanzándole una mirada de inteligencia.

—Tía, aquí tenéis el dedal de mi madre; lo guardaba religiosamente en mi neceser de viaje —dijo Carlos ofreciendo un lindo dedal de oro a la señora Grandet, que, desde hacía diez años, deseaba tener uno.

—No sé cómo daros las gracias, sobrino —dijo la anciana madre, cuyos ojos se llenaron de lágrimas—. Por la noche y por la mañana, añadiré a mis oraciones la más apremiante para vos, al rezar la de los viajeros. Si muriese, Eugenia os guardaría esta joya.

—Esto vale novecientos ochenta y nueve francos con setenta y cinco céntimos, sobrino —dijo Grandet abriendo la puerta—; sin embargo, a fin de ahorraros la molestia de tener que vender todo esto, yo os lo pagaré... en libras.

La expresión «en libras» significa en el litoral del Loira que los escudos de seis libras deben ser aceptados por seis francos sin deducción.

—No me atrevía a proponéroslo —respondió Carlos—; pero me repugnaba revender mis joyas en la ciudad donde vos vivís. Hay que lavar la ropa sucia en

familia, decía Napoleón. Os agradezco, pues, vuestra amabilidad.

Grandet se rascó la oreja, y hubo un instante de silencio.

—Querido tío —repuso Carlos mirándole con aire inquieto, cual si hubiera temido herir su susceptibilidad—, mi prima y mi tía han tenido a bien aceptar un pequeño recuerdo mío; os ruego que aceptéis vos también unos gemelos que ya no me sirven: os recordarán a un pobre muchacho que, lejos de vos, pensará ciertamente en aquellos que en lo sucesivo van a constituir toda su familia.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¿Vas a desprenderte de eso? ¿Qué te ha regalado, mujer? —dijo volviéndose con avidez hacia su esposa—. ¡Ah! Un dedal de oro. ¿Y a ti, hijita? Unas hebillas de diamantes. Vamos, acepto tus gemelos, muchacho —añadió estrechando a Carlos la mano—. Pero... me permitirás que... que te pague... tu, sí..., tu pasaje a las Indias. Sí, quiero pagarte el pasaje. Tanto más, ¿sabes, muchacho?, que al tasar tus joyas, no he contado más que el oro bruto, y quizás haya algo que ganar sobre las formas. Ya está dicho. Te daré mil quinientos francos... en libras, que Cruchot me prestará; porque no tengo aquí un ochavo, a menos que me pague Perrottet, que ya se está retrasando con su arriendo. Mira, iré a verle.

Cogió el sombrero, se puso los guantes y se fue.

—¿Así, pues, vais a marcharos? —dijo Eugenia, lanzándole una mirada de tristeza mezclada de admiración.

—Es preciso —respondió Carlos bajando la cabeza.

Desde hacía algunos días, la actitud, las maneras, las palabras de Carlos habíanse convertido en las de un hombre profundamente afligido, pero que, sintiendo pesar sobre sí inmensas obligaciones, extrae de su desgracia nuevo valor y energía. Ya no suspiraba, habíase convertido en un hombre. Así es que jamás Eugenia juzgó mejor el carácter de su primo que al verle bajar con su traje de basto paño negro, que tan bien sentaba a su cara pálida y a su grave continente. Aquel día, las dos mujeres se pusieron prendas de luto y asistieron con Carlos a un *Réquiem* celebrado en la parroquia por el alma del difunto Guillermo Grandet.

A la hora del almuerzo, Carlos recibió unas cartas de París, y las leyó.

—Y bien, primo, ¿estáis satisfechos de vuestros asuntos? —díjole Eugenia en voz baja.

—No hagas nunca esas preguntas, hija —reprendióla Grandet—. ¡Qué diablo! Yo no te cuento mis asuntos, ¿por qué, entonces, quieres meter las narices en los de tu primo? Deja, pues, a ese muchacho.

—¡Oh! Yo no tengo secretos —dijo. Carlos.

—¡Ta, ta, ta! Sobrino, ya aprenderás a tener la lengua bien sujeta en los asuntos de comercio.

Cuando los dos amantes se encontraron a solas en el jardín, Carlos le dijo a Eugenia, atrayéndola hacia el viejo banco que había bajo el nogal, en el que se sentaron:

—Hice bien en depositar mi confianza en Alfonso, se ha portado admirablemente.

Arregló mis asuntos con prudencia y lealtad. Ya no debo nada en París, todos mis muebles han sido vendidos bien, y me anuncia que, siguiendo los consejos de un capitán, ha empleado tres mil francos que le quedaban en comprar algunas curiosidades europeas de las cuales se saca excelente partido en las Indias. Ha enviado mis bultos a Nantes, donde se encuentra anclado un barco mercante con rumbo a Java. Dentro de cinco días, Eugenia, será preciso que nos digamos adiós quizá para siempre, o, cuando menos, por mucho tiempo. Mi mercancía y diez mil francos que me mandan dos de mis amigos no está mal para empezar. No puedo pensar en mi regreso antes de varios años. Querida prima, no pongáis en una misma balanza mi vida y la vuestra, yo puedo perecer, quizá se os presente un buen partido...

—¿Vos me queréis?... —preguntó la joven.

—¡Oh, sí mucho! —respondió Carlos con una profundidad de acento que revelaba igual profundidad en el sentimiento.

—Esperaré, Carlos. ¡Dios mío, mi padre se halla en su ventana! —dijo rechazando a su primo, que se acercaba para besarla.

La joven entró corriendo en la casa, Carlos la siguió; al verle, Eugenia se retiró al pie de la escalera y abrió la puerta; luego, sin saber casi adonde iba, la joven se encontró cerca del cuartucho de Nanón, en el lugar más oscuro del pasillo; allí, Carlos, que la había acompañado, le cogió la mano, la atrajo hacia su corazón y, tomándola por el talle, la apoyó suavemente contra su pecho. Eugenia no ofreció ya resistencia; recibió y dio el beso más puro, más suave y también el más entero de todos los besos.

—Querida Eugenia, un primo es mejor que un hermano, puede casarse contigo —le dijo Carlos.

—¡Así sea! —exclamó Nanón abriendo la puerta de su cuchitril.

Los dos amantes, asustados, huyeron a la sala, donde Eugenia reanudó su labor, y donde Carlos se puso a leer las letanías de la Virgen en el devocionario de la señora Grandet.

—¡Vaya! —dijo Nanón—, todos estamos rezando nuestra oraciones.

Desde que Carlos hubo anunciado su partida, Grandet se puso en movimiento para hacer creer que le profesaba mucho interés; mostróse liberal con todo lo que no le costaba nada, preocupóse por encontrarle un embalador, y dijo que aquel hombre pretendía vender sus cajas demasiado caras; quiso entonces hacérselas él mismo, y empleó para ello viejas tablas. Se levantó temprano para acepillar, ajustar, igualar, clavar sus ripias y confeccionar con ellas unas cajas muy hermosas, en las cuales embolsó todos los efectos de Carlos; encargóse de que fueran transportadas en barca por las aguas del Loira, aseguradas y expedidas en tiempo oportuno a Nantes.

Desde el beso robado en el pasillo, las horas volaban para Eugenia con terrible rapidez. A veces tenía la idea de seguir a su primo. El que haya conocido la más impetuosa de las pasiones, aquella cuya duración es abreviada cada día por la edad,

por el tiempo, por una mortal enfermedad, por alguna de las fatalidades humanas, ése comprenderá los tormentos de Eugenia. Lloraba a menudo paseando por el jardín, ahora demasiado estrecho para ella, así como el patio, la casa, la ciudad; lanzábase de antemano por la vasta extensión de los mares. Al fin llegó la víspera de la partida. Por la mañana, en ausencia de Grandet y de Nanón, el precioso cofrecillo en el que se encontraban los dos retratos fue solemnemente instalado en el baúl que se cerraba con llave y en el que se hallaba la bolsa ahora vacía. El acto de depositar aquel tesoro no se realizó sin un buen número de besos y de lágrimas. Cuando Eugenia guardó la llave en su seno, no tuvo valor para prohibir a Carlos que besara este lugar.

—No saldrá de ahí, amigo mío.

—Bien, mi corazón estará ahí también.

—¡Ah! Carlos, eso no está bien —dijo la joven con acento de reproche.

—¿Acaso no estamos casados? —respondió Carlos—. Yo tengo tu palabra, toma tú también la mía.

—¡Te pertenezco, para siempre! —repitieron ambos enamorados.

Ninguna promesa hecha en este mundo fue más pura: el candor de Eugenia había santificado en un instante el amor de Carlos. Al día siguiente, por la mañana, el desayuno fue triste. A pesar de la bata con flores doradas y de una crucecita de oro que le dio Carlos, la propia Nanón, libre para expresar sus sentimientos, tuvo los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ese pobre muchacho, Señor, que va a embarcar! ¡Que Dios le guíe!

A las diez y media, la familia se puso en marcha para acompañar a Carlos a la diligencia de Nantes. Nanón había soltado el perro, cerrado la puerta, y quiso llevar el saco de noche de Carlos. Todos los comerciantes de la vieja calle se hallaban en el umbral de sus tiendas para ver pasar aquel cortejo, al que se unió también el señor Cruchot.

—No llores, Eugenia —díjole su madre.

—Sobrino —dijo Grandet, junto a la puerta de la fonda, besando a Carlos en ambas mejillas—, partís pobre, pero volved rico; encontraréis a salvo el honor de vuestro padre. Yo, Grandet, os respondo de ello; porque entonces sólo de vos dependerá el que...

—¡Ah! Tío, vos suavizáis la amargura de mi partida. ¿No es éste el mejor regalo que pudierais hacerme?

No comprendiendo las palabras del viejo tonelero, al que había interrumpido, Carlos vertió sobre el curtido rostro de su tío lágrimas de gratitud, mientras que Eugenia estrechaba con todas sus fuerzas la mano de su primo y la de su padre. Sólo el notario sonreía al admirar la astucia de Grandet, porque solamente él había comprendido bien las intenciones del avaro. Los cuatro saumurenses, rodeados de varias personas, permanecieron ante el coche hasta que éste partió; luego, cuando desapareció por el puente y ya no resonaba más que a lo lejos:

—¡Buen viaje! —dijo el viñador.

Afortunadamente, sólo el señor Cruchot oyó esta exclamación. Eugenia y su madre habían ido a un lugar del muelle desde donde podían ver aún la diligencia, y agitaban sus blancos pañuelos, seña a la que respondió Carlos desplegando el suyo.

—Madre, quisiera tener ahora el poder de Dios —dijo Eugenia en el momento en que dejó de ver el pañuelo de Carlos.

Para no interrumpir el curso de los acontecimientos que se sucedieron en el seno de la familia Grandet, es preciso dirigir por anticipado una mirada sobre las operaciones que el viñador efectuó en París por mediación de Des Grassins. Un mes después de la partida del banquero, Grandet poseía una inscripción de cien mil libras de renta comprada a ochenta francos netos. Los informes encontrados a su muerte en el inventario no han suministrado el menor indicio acerca de los medios que su desconfianza le sugirió para cambiar el precio de la inscripción por la inscripción misma. El señor Cruchot pensó que Nanón, sin ella saberlo, fue el instrumento fiel de la transferencia de los fondos. Hacia esa época, la sirvienta estuvo ausente cinco días, con el pretexto de ir a arreglar unos asuntos a Froidfond, como si el buen hombre fuera capaz de dejar algún cabo suelto en sus cosas. En lo que se refiere a los asuntos de la casa Guillermo Grandet, todas las previsiones del tonelero se realizaron.

En el Banco de Francia se encuentra, como es sabido, los informes más precisos acerca de las grandes fortunas de París y de los departamentos. Los nombres de Des Grassins y de Félix Grandet, de Saumur, eran allí conocidos y gozaban de la estima concedida a las celebridades financieras que se basan en inmensas propiedades territoriales libres de hipotecas. La llegada del banquero de Saumur, encargado, según se decía, de liquidar por honor la casa Grandet, de París, bastó, pues, para evitar a la sombra del negociante la vergüenza de los protestos. El acto de quitar los sellos se efectuó en presencia de los acreedores, y el notario de la familia comenzó a proceder regularmente al inventario de la herencia. Pronto Des Grassins hubo reunido a los acreedores, los cuales, con voz unánime, eligieron como liquidadores al banquero de Saumur, juntamente con Francisco Keller, jefe de una casa rica, uno de los principales interesados, y les confiaron todos los poderes necesarios para salvar a la vez el honor de la familia y los créditos. El crédito del Grandet de Saumur y la esperanza que difundió en el corazón de los acreedores por medio de Des Grassins, facilitaron las transacciones; no se halló ni un solo recalcitrante entre los acreedores. Nadie pensaba en pasar su crédito a la cuenta de Pérdidas y Ganancias, pues cada cual se decía:

—¡Grandet, de Saumur, pagará!

Transcurrieron seis meses. Los parisienses habían reembolsado los efectos en circulación y los guardaban en el fondo de sus carteras. Primer resultado que quería obtener el tonelero. Hueve meses después de la primera asamblea, los dos liquidadores distribuyeron el cuarenta y siete por ciento a cada acreedor. Esta suma fue producida por la venta de los valores, posesiones, bienes y objetos en general que pertenecían al difunto Guillermo Grandet, y que se realizó con escrupulosa fidelidad. La más exacta probidad presidía esta liquidación. Los acreedores se complacieron en

reconocer el admirable e indiscutible honor de los Grandet. Cuando estas alabanzas hubieron tenido suficiente circulación, los acreedores pidieron el resto de su dinero. Les fue preciso escribir una carta colectiva a Grandet.

—Ya hemos llegado a este punto —dijo el viejo tonelero arrojando la carta al fuego—; paciencia, amiguitos.

Como respuesta a las proposiciones contenidas en esta carta, Grandet, de Saumur, solicitó el depósito en casa de un notario de todos los títulos de crédito existentes contra la sucesión de su hermano, acompañándolos de un recibo de los pagos ya efectuados, con el pretexto de apurar las cuentas y de establecer correctamente el estado de la sucesión. Este depósito suscitó mil dificultades. Generalmente, el acreedor es una especie de maniático. Hoy, dispuesto a concluir cualquier negocio, mañana, quiere pasarlo todo a sangre y fuego; más tarde, se volverá archibondadoso. Hoy, su mujer está de buen humor, su hijo más pequeño está en el período de la dentición, todo va bien en la casa y él no quiere perder un céntimo; mañana llueve, él no puede salir, está melancólico y dice que sí a todas las proposiciones que pueden poner fin a un negocio; a los dos días, exige garantías, y a fines de mes, pretende ejecutarlos, ¡el verdugo! El acreedor se parece a ese gorrión a cuya cola se invita a los niños que pongan un grano de sal; pero el acreedor vuelve esta imagen contra su crédito, del que no puede sacar nada. Grandet había observado las variaciones atmosféricas de los acreedores, y los de su hermano obedecieron a todos sus cálculos. Algunos se enfadaron, negándose lisa y llanamente a efectuar el depósito.

«¡Bien, esto va bien!», decía consigo mismo Grandet, frotándose las manos ante la lectura de las cartas que a este respecto le escribía Des Grassins.

Otros sólo accedieron al referido depósito con la condición de que se hicieran constatar bien sus derechos, de no renunciar a ninguno de ellos e incluso reservarse el de hacer declarar la quiebra. Nueva correspondencia, después de la cual Grandet de Saumur accedió a todas las reservas exigidas. Mediante esta concesión, los acreedores benignos convencieron a los acreedores reacios. El depósito tuvo lugar, no sin algunas quejas.

—Ese hombre —dijéronle a Des Grassins— se está burlando de vos y de nosotros.

A los veintitrés meses de la muerte de Guillermo Grandet, muchos comerciantes, arrastrados por el movimiento de los negocios de París, habían olvidado sus créditos contra Grandet, o sólo pensaban en ellos para decirse:

«Empiezo a creer que el cuarenta y siete por ciento es todo lo que voy a sacar de esto.»

El tonelero había calculado a base del poder del tiempo, que, decía él, es un buen diablo. Al final del tercer año, Des Grassins escribió a Grandet que, mediante el diez por ciento de los dos millones cuatrocientos mil francos restantes debidos por la casa Grandet, había convencido a los acreedores para que le entregasen sus títulos. Grandet respondió que el notario y el agente de cambio cuyas espantosas quiebras

habían ocasionado la muerte de su hermano *todavía* vivían, podían haber llegado a ser buenos de nuevo, y era preciso accionarles para sacar algo y disminuir la cifra del déficit. Al fin del cuarto año, el déficit quedó fijado en la suma de un millón doscientos mil francos. Hubo negociaciones que duraron seis meses entre los liquidadores y los acreedores, y entre Grandet y los liquidadores. En suma, ante la forma en que le acosaban, Grandet, de Saumur, respondió a los dos liquidadores, hacia el noveno mes de este año, que su sobrino, que había hecho fortuna en las Indias, le había manifestado la intención de pagar íntegramente las deudas de su padre; él no podía asumir la responsabilidad de saldarlas fraudulentamente sin haberle consultado antes; aguardaba una respuesta. Los acreedores, hacia la mitad del quinto año, eran todavía tenidos en jaque con la palabra *íntegramente*, soltada de vez en cuando por el sublime tonelero, que se reía socarronamente, y no decía jamás, sin dejar escapar una burlona sonrisa y un juramento: «¡Esos PARISIENSES!» Pero a los acreedores les estaba reservada una suerte inaudita en los fastos del comercio. Se encontrarán en la misma situación en que les había mantenido Grandet en el momento en que los acontecimientos de esta historia les obliguen a reaparecer. Cuando las rentas llegaron a ciento quince, el tío Grandet vendió, retiró de París alrededor de dos millones cuatrocientos francos en oro, que fueron a reunirse en sus barriletes con los seiscientos mil francos de intereses compuestos que le habían proporcionado sus inscripciones. Des Grassins vivía en París. He aquí por qué: Primero fue nombrado diputado; luego, aunque era padre de familia, cansado como estaba de la aburrida vida saumurensis, se enamoró de Florina, una de las más lindas actrices del teatro de *Madame*, y hubo recrudescencia del contraamaestre en el banquero. Es inútil hablar de su conducta: fue juzgada en Saumur como profundamente inmoral. Su mujer se consideró muy dichosa por estar separada de bienes y tener suficiente cabeza para regentar la casa de Saumur, cuyos negocios continuaron bajo su nombre, a fin de reparar las brechas causadas en su fortuna por las locuras del señor Des Grassins. Los cruchotinos empeoraban de tal modo la falsa situación de la cuasi-viuda, que ésta casó muy mal a su hija y tuvo que renunciar al matrimonio de su hijo con Eugenia Grandet. Adolfo fue a reunirse con Des Grassins en París, y convirtiéndose, según dicen, en un mal sujeto. Los Cruchot triunfaron.

—Vuestro marido carece de sentido común —decía Grandet en cierta ocasión que prestaba una cantidad a la señora Des Grassins, mediante garantías—. Os compadezco mucho, sois una buena mujercita.

—¡Ah, señor! —respondió la pobre señora—. ¡Quién podía creer que el día que salió de vuestra casa para ir a París corría hacia la ruina!

—El cielo es testigo, señora, de que hasta el último momento hice todo lo posible por impedir que fuera. El señor presidente se empeñaba en sustituirle; pero si él insistía tanto en querer ir, ahora sabemos por qué.

De este modo, Grandet no se veía obligado a nada para con Des Grassins.

En cualquier situación, las mujeres tiene mayor número de causas de sufrimiento

que los hombres, y padecen más que ellos. El hombre tiene su fuerza, y el ejercicio de su poder: actúa, va, viene, se ocupa, piensa, abraza el porvenir, y en ello encuentra consuelos. Esto es lo que hacía Carlos. Pero la mujer permanece, queda frente a frente con la pena de la que nada le distrae, descende hasta el fondo del abismo que la pena ha abierto, lo mide, y a menudo lo colma con sus votos y sus lágrimas. Esto es lo que hacía Eugenia. La joven se iniciaba en su destino. Sentir, amar, sufrir, sacrificarse, será siempre el texto de la vida de las mujeres. Eugenia debía ser la mujer entera, menos aquello que la consuela. Su felicidad, amasada como los clavos sembrados sobre la muralla, según la sublime expresión de Bossuet, no había de llenar un día el hueco de su mano. Las penas nunca se hacen esperar, y pronto llegaron para ella. Al día siguiente de la partida de Carlos, la casa Grandet asumió de nuevo su fisonomía para todo el mundo, salvo para Eugenia, que de pronto la encontró muy vacía. Sin que su padre supiera nada de todo ello, quiso que la habitación de Carlos permaneciese en el estado en que él la había dejado. La señora Grandet y Nanón fueron gustosamente cómplices de este *statu quo*.

—¿Quién sabe si regresará antes de lo que pensamos? —dijo.

—¡Ah, ya quisiera verle aquí! —respondió Nanón—. ¡Estaba tan acostumbrada a tenerle con nosotros! Era un señor tan guapo y tan simpático, con el pelo rizado como una muchacha.

Eugenia miró a Nanón.

—¡Virgen santa! ¡Señorita, tenéis en los ojos la perdición de vuestra alma! No miréis a nadie de esa manera.

A partir de aquel día, la belleza de la señorita Grandet adquirió un nuevo carácter. Los graves pensamientos de amor por los cuales su alma era invadida lentamente, la dignidad de la mujer amada, dieron a sus rasgos esa especie de fulgor que los pintores representan por medio de la aureola. Con anterioridad a la llegada de su primo, Eugenia podía ser comparada a la Virgen antes de la concepción; cuando él hubo partido, la joven parecía la Virgen madre: había concebido el amor. Estas dos Marías, tan diferentes y tan bien representadas por algunos pintores españoles, constituyen una de las más brillantes figuras que abundan en el cristianismo. Al volver de la iglesia, adonde fue el día siguiente de la partida de Carlos, y en donde había hecho voto de ir todos los días, Eugenia compró en la librería de la ciudad un mapamundi, que clavó cerca de su espejo, con el fin de seguir a su primo en su viaje hacia las Indias, con objeto de poder trasladarse con la imaginación, de noche y de día, al barco que lo llevaba, verle, dirigirle mil preguntas, decirle:

«¿Estás bien? ¿No sufres? ¿Te acuerdas de mí al ver esa estrella de la que tú me enseñaste a conocer su belleza y su utilidad?»

Luego, por la mañana, permanecía pensativa bajo el nogal, sentada en el banco de madera carcomida y cubierta de musgo gris, en el que se habían dicho tantas cosas hermosas, tonterías, y donde habían levantado castillos de ilusiones acerca de su futuro hogar. Eugenia pensaba en el porvenir al mirar el cielo a través del pequeño

espacio que las paredes le permitían abarcar; luego, el viejo lienzo de muro y el tejado bajo el cual se hallaba la habitación de Carlos. En fin, fue el amor solitario, el amor verdadero que persiste, que se desliza en todos los pensamientos, y se convierte en la sustancia o, como habrían dicho nuestros poetas, la esencia de la vida. Cuando los que se decían amigos del tío Grandet llegaban para jugar la partida de la noche, ella se mostraba alegre, disimulaba; pero, durante toda la mañana, hablaba de Carlos con su madre y con Nanón. Nanón había comprendido que podía compartir los sufrimientos de su joven señora sin faltar a los deberes para con su viejo patrón, y le decía a Eugenia:

—Si yo hubiera tenido un hombre que me quisiera, le habría... seguido al infierno. Le habría..., bueno, me habría dejado exterminar por él; pero... nada. Moriré sin saber lo que es la vida. ¿Creéis, señorita, que ese viejo Cornoiller, que a pesar de todo es un buen hombre, anda alrededor de mis faldas, por mis rentas, de la misma manera que aquellos que vienen aquí, al oler el dinero del señor, mientras os hacen la corte? Yo veo todo esto, porque todavía soy lista, aunque esté gorda como una torre. Pues bien, señorita, todo esto me causa placer, aunque no sea amor.

Dos meses transcurrieron de este modo. Aquella vida doméstica, en otro tiempo tan monótona, habíase animado por el inmenso interés del secreto que ataba más íntimamente entre sí a aquellas tres mujeres. Para ellas, bajo el techo gris de aquella sala, Carlos vivía, iba y venía aún. De día y de noche, Eugenia abría el neceser y contemplaba el retrato de su tía. Un domingo por la mañana, fue sorprendida por su madre en el momento en que estaba ocupada buscando los rasgos de Carlos en los del retrato. La señora Grandet fue entonces iniciada en el terrible secreto del cambio efectuado por el viajero contra el tesoro de Eugenia.

—¡Se lo has dado todo! —dijo la madre, aterrada—. ¿Qué le dirás a tu padre, el día de año nuevo, cuando quiera ver el oro que tienes?

Los ojos de Eugenia se quedaron fijos, y aquellas dos mujeres permanecieron en un estado de mortal angustia durante la mitad de la mañana. Se sintieron demasiado turbadas para ir a la misa mayor y no fueron más que a la misa militar. Faltaban sólo tres días para que el año 1819 finalizase. Dentro de tres días, debía comenzar una terrible acción, una tragedia burguesa sin veneno, sin puñal, sin sangre derramada; pero, con relación a los actores, más cruel que todos los dramas acaecidos en la ilustre familia de los Atridas.

—¿Qué va ser de nosotras? —dijo la señora Grandet a su hija, dejando sobre sus rodillas la labor de calceta que estaba haciendo.

La pobre madre sufría tales trastornos desde hacía dos meses, que las mangas de lana de las que tenía necesidad para el invierno aún no estaban terminadas. Aquel hecho doméstico, mínimo en apariencia, tuvo fatales consecuencias para ella. Por falta de mangas, sufrió un enfriamiento grave cuando estaba sudando a causa de un espantoso estallido de cólera de su marido.

—Estaba pensando, pobre hija mía, que si tú me hubieses confiado tu secreto,

habríamos tenido tiempo de escribir a París al señor Des Grassins, el cual habría podido enviarnos monedas de oro parecidas a las tuyas; y aunque Grandet las conoce bien, tal vez...

—¿Y de dónde íbamos a sacar tanto dinero?

—Yo hubiera empeñado mis bienes. Por otra parte, el señor Des Grassins nos hubiese...

—Ya no hay tiempo para ello —respondió Eugenia con voz sorda y alterada, interrumpiendo a su madre—. Mañana por la mañana, ¿no debemos ir a desearle un feliz año nuevo en su habitación?

—Pero, hija mía, ¿por qué no he de ir yo a ver a los Cruchot?

—No, no, eso sería entregarme a ellos y colocarnos bajo su dependencia. Por otra parte, ya he tomado mi decisión. He obrado bien, y no me arrepiento de nada. Dios me protegerá. Que se haga su santa voluntad. ¡Ah!, si hubierais leído su carta, no habríais pensado más que en él, madre mía.

A la mañana siguiente, día primero de enero de 1820, el terror que se había apoderado de la madre y de la hija les sugirió la más natural de las excusas para no ir solemnemente a la habitación de Grandet. El invierno de 1819 a 1820 fue uno de los más rigurosos de la época. La nieve llenaba los tejados.

La señora Grandet dijo a su marido, tan pronto como le oyó que andaba por su habitación:

—Grandet, dile a Nanón que encienda un poco de fuego en mi habitación; el frío es tan intenso, que estoy helada bajo mis mantas. He llegado a una edad en que necesito cuidarme. Por otra parte —añadió tras una ligera pausa—, Eugenia vendrá a vestirse aquí. Esta pobre niña podría caer enferma si se arreglara en su habitación con un tiempo como éste. Luego iremos a felicitarte cerca del fuego, en la sala.

—¡Ta, ta, ta, ta, qué lengua! ¡Cómo empiezas el año, señora Grandet! ¡Nunca habías hablado tanto! Sin embargo, creo que no has comido pan mojado con vino.

Hubo un instante de silencio.

—Bien —añadió el viejo viñador, a quien sin duda no desagradaba la proposición hecha por su mujer—, voy a hacer lo que queréis, señora Grandet. Eres realmente una buena mujer, y no quiero que te suceda ninguna desgracia a tu edad, aunque por lo general los La Bertellière están hechos con buenos cimientos. ¡Qué! ¿No es verdad? gritó al fin, tras una pausa—. Después de todo, ya que les hemos heredado, habrá que perdonarles...

—Estáis muy contento esta mañana, señor mío dijo la pobre mujer.

—Yo siempre estoy contento...

*¡Alegre, alegre, alegre el tonelero,*

*compone vuestro puchero!*

Añadió, entrando en la habitación de su mujer, ya vestido.

—¡Vaya, pues sí que hace frío! Hoy almorzaremos bien. Des Grassins me ha enviado un pastel de *foie gras* con trufas. Voy a recogerlo a la diligencia, pues debe llegar juntamente con un doble napoleón para Eugenia —fue a decirle el tonelero al oído—. A mí se me ha terminado el oro. Aún me quedan algunas monedas antiguas, y a ti se te puede decir, pero tuve que gastarlas en los negocios.

Y para celebrar la entrada de año, dio un beso en la frente a su mujer.

—¡Eugenia! —gritó la buena madre—. No sé de qué lado habrá dormido tu padre para levantarse de tan buen humor.

—¡Bah! Ya saldremos del apuro.

—¿Qué tiene hoy nuestro amo? —dijo Nanón, entrando en la habitación de la señora Grandet para encender el fuego—. Primero me ha dicho: «¡Buenos días y feliz año nuevo, grandísimo animal! Corre a encender fuego en la habitación de mi mujer, que tiene frío». Y me he quedado como tonta al ver que me alargaba; la mano para darme un escudo de seis francos, que casi no está roñoso. ¡Fijaos, señora, miradlo! ¡Oh, es una buena persona, un hombre digno, digan lo que quieran! Los hay que cuanto más viejos, peor humor se les pone; pero él está ahora más dulce que el casis que vos hacéis. Es un buen hombre...

El secreto de aquella alegría consistía en el éxito completo de la especulación de Grandet. El señor Des Grassins, una vez deducida la suma que le debía el tonelero por el descuento de los ciento cincuenta mil francos de efectos holandeses y por el plus que le había adelantado a fin de completar el dinero necesario para la compra de las cien mil libras de renta, le enviaba, por la diligencia, treinta mil francos en escudos, restante del semestre de sus intereses, y había anunciado el alza de los fondos públicos. Éstos estaban entonces a ochenta y nueve, y los más célebres capitalistas los compraban, a fines de enero, a noventa y dos. Grandet ganaba, desde hacía dos meses, el doce por ciento sobre sus capitales, había apurado sus cuentas, y en lo sucesivo iba a cobrar cincuenta mil francos cada seis meses sin tener que pagar ni impuestos ni reparaciones. Concebía, en fin, la renta, inversión para la cual la gente de provincias manifiesta una invencible repugnancia, y se veía, antes de cinco años, dueño de un capital, de seis millones engrosado sin grandes preocupaciones, y que, unido al valor territorial de sus propiedades, habría de constituir una fortuna colosal. Los seis francos dados a Nanón eran quizás el pago de un inmenso favor que la sirvienta había hecho a su dueño sin saberlo.

—¡Oh, oh! ¿Adonde irá el tío Grandet, que desde esta mañana corre como si fuera a apagar un incendio?— dijéronse los comerciantes, ocupados en abrir sus tiendas.

Luego, cuando le vieron que volvía del muelle seguido de un mozo de las mensajerías, transportando en una carretilla sacos llenos:

—El agua siempre va al río, el buen hombre iba a sus escudos —decía uno.

—Le llega dinero de París, de Froidfond, de Holanda —decía otro.

—Terminará por comprar todo Saumur —exclamaba un tercero.

—Se burla del frío, siempre anda tras sus negocios —decía una mujer a su marido.

—¡Eh, eh, señor Grandet! Si esto os molesta —le dijo un comerciante de paños, su vecino más próximo—, yo podría ayudaros a desprenderos de ello.

—¡Bah! No son más que sueldos —respondió el viñador.

—De plata —dijo el mozo en voz baja.

—¿Queréis hacerme el favor de dominar a la sin hueso? —dijo el tío Grandet al mozo abriendo la puerta.

«¡Vaya, el viejo zorro! Y yo que le creía sordo —pensó el mozo de la mensajería—. Al parecer, cuando hace frío, oye.»

—Ahí tienes veinte sueldos de aguinaldo, y ¡chitón! —le dijo Grandet—. Toma el portante en seguida. Nanón te llevará la carretilla. Nanón, aquellos dos chorlitos, ¿están en la iglesia?

—Sí, señor.

—¡Vamos, manos a la obra! —gritó cargándola de sacos.

En un momento los escudos fueron transportados a su habitación, donde en cerró.

—Cuando el desayuno esté a punto, me llamas dando unos golpes en la pared. Lleva la carretilla a las Mensajerías.

La familia no desayunó hasta las diez.

—Aquí tu padre no pedirá ver el oro que tienes —dijo a su hija la señora Grandet al volver de misa—. Por otra parte, te harás la friolera. Luego, tendremos tiempo de reponer tu tesoro para el día de tu cumpleaños...

Grandet bajaba la escalera pensando en metamorfosear rápidamente sus escudos parisienses en buen oro, y en su admirable especulación de las rentas sobre el Estado. Había decidido invertir así su dinero hasta que la renta alcanzase el tipo de interés de cien francos. Meditación funesta para Eugenia. Tan pronto como entró, las dos mujeres le desearon un feliz año nuevo, su hija saltándole al cuello y acariciándole, la señora Grandet gravemente y con dignidad.

—¡Ah, ah! Hija mía, —dijo besando a su hija en ambas mejillas—, yo trabajo para ti, ¿sabes?... Quiero tu felicidad. Hace falta dinero para poder ser feliz. Sin dinero no se hace nada. Mira, ahí tienes un napoleón enteramente nuevo; lo he mandado traer de París. ¡Demonio! Aquí no hay un grano de oro. Sólo tú tienes oro verdadero. Muéstrame tu oro, hijita.

—¡Bah! Hace demasiado frío; vamos a desayunar —respondió Eugenia.

—Bueno, después, ¿eh? Eso nos ayudará a todos a hacer la digestión. Veo que, a pesar de todo. Des Grassins nos ha enviado esto —añadió—. Así, pues, hijos míos, comed, que esto no nos cuesta dinero. El merluzo ese hace un favor a Carlos, y además gratis. Está arreglando muy bien los asuntos de ese pobre difunto Grandet.

—¡Uuuh, uuuh! —exclamó con la boca llena, después de una pausa—. ¡Qué rico está esto! ¡Come, mujer! Esto alimenta por lo menos para dos días.

—No tengo apetito; ya sabes que no me encuentro muy bien.

—Vamos, puedes atiborrarte de comida sin miedo de hacer reventar tu cofre; eres una La Bertellière, una mujer robusta. Estás un poco amarilla, pero me gusta el amarillo.

La espera de una muerte ignominiosa y pública es menos horrible quizá para un condenado que para la señora Grandet y su hija era la espera de los acontecimientos que habían de poner fin a aquel desayuno en familia. Cuanto más alegremente hablaba y comía el viejo viñador, tanto más se oprimía el corazón de aquellas dos mujeres. La hija tenía por lo menos un apoyo en tal coyuntura: extraía fuerzas de su amor.

«Para él, para él —decíase a sí misma—, sufriría mil muertes.»

Al pensar esto, dirigía a su madre miradas llameantes de valor.

—Retira todo esto —dijo Grandet a Nanón cuando, hacia las once, el desayuno hubo terminado—; pero déjanos la mesa Estaremos más cómodos para ver tu pequeño tesoro —dijo mirando a Eugenia—. Aunque pequeño, que digamos, no es. Posees, en valor intrínseco, cinco mil novecientos cincuenta y nueve francos, y cuarenta de esta mañana, hacen un total de seis mil francos menos uno. Bueno, yo te daré este franco para completar la suma, porque, ¿sabes, hijita...? ¡Eh! ¿Por qué estás ahí escuchando? Lárgate, Nanón, y ve a tu trabajo —dijo el tío Grandet.

Nanón desapareció.

—Escucha, Eugenia, es preciso que me des tu oro. No irás a negárselo a tu padre, ¿verdad que no, hijita?

Las dos mujeres estaban como mudas.

—Yo ya no tengo oro. Tenía, pero ya no tengo. Te entregaré seis mil francos en libras, y las colocarás en la forma que yo te diré. Ya no hay que pensar en la *docena*. Cuando te case, que será pronto, encontraré para ti un novio que podrá ofrecerte la *docena* más hermosa de que jamás se haya hablado en la provincia. Escucha, pues, hihija. Se presenta una buena ocasión: puedes invertir tus seis mil francos en el gobierno, y cada seis meses tendrás cerca de doscientos francos de intereses, sin impuestos, ni reparaciones, ni escarcha, ni heladas, ni mareas, ni nada que puede perturbar la corriente de los ingresos. Te repugna tal vez separarte de tu oro, ¿verdad, hihija? Es igual, tráelo. Yo reuniré para ti monedas de oro, holandesas, portuguesas, rupias del Mogol y genovinas; y con las que te daré en los días de tus fiestas, dentro de tres años habrás restablecido la mitad de tu lindo pequeño tesoro de oro. ¿Qué me dices, hihija? Vamos, levanta la nariz. Ve a buscarlo. Deberías besarme los ojos por revelarte tales secretos y misterios de vida o muerte para los escudos. Realmente, los escudos tienen vida como las personas: van y vienen, sudan, producen.

Eugenia se levantó; pero, después de haber dado unos pasos hacia la puerta, volvióse bruscamente y, mirando a su padre, le dijo:

—Ya no tengo *mi* oro.

—¡Que ya no tienes tu oro! —exclamó Grandet, irguiéndose como un caballo que

oye disparar el cañón a diez pasos de donde él se encuentra.

—No, ya no lo tengo.

—Te equivocas, Eugenia.

—No.

—¡Por las barbas de mi padre!

Cuando el tonelero juraba así, las paredes se estremecían.

—¡Santo Dios del cielo! ¡La señora se pone pálida como una muerta! —gritó Nanón.

—Grandet, tu cólera me hará morir —dijo la pobre mujer.

—¡Ta, ta, ta, ta, vosotros no morís nunca en vuestra familia! Eugenia, ¿qué has hecho de tus monedas? —gritó arrojándose hacia ella.

—Señor —dijo la hija, de rodillas ante la señora Grandet—, mi madre sufre mucho. No seáis causa de que muera.

Grandet se asustó al ver la palidez que cubría el semblante de su mujer, tan amarillo hacía un instante.

—Nanón, venid a ayudarme a ir a la cama —dijo la madre con voz débil—. Me estoy muriendo.

En seguida Nanón dio el brazo a su dueña; lo mismo hizo Eugenia y, sólo con ímprobo trabajo pudieron subir a su habitación, porque desfallecía a cada peldaño. Grandet permaneció solo. Sin embargo, al cabo de algunos instantes, subió siete u ocho peldaños y gritó:

—Eugenia, cuando vuestra madre esté acostada, bajad.

—Sí, padre.

No tardó en volver, después de haber tranquilizado a su madre.

—Hija, vais a decirme ahora mismo dónde está vuestro tesoro —dijo Grandet.

—Padre, si me hacéis regalos de los cuales yo no soy dueña por completo, podéis volver a quedaros con ellos —respondió Eugenia buscando el napoleón encima de la chimenea y entregándoselo.

Grandet cogió rápidamente el napoleón y se lo guardó en el bolsillo del chaleco.

—Te advierto que ya no te daré nada más. ¡Ni siquiera esto! —dijo haciendo chasquear la uña de su pulgar bajo uno de sus dientes—. ¿De modo que despreciáis a vuestro padre? ¿No tenéis confianza en él? ¿No sabéis, entonces, lo que es un padre? Si no lo es todo para vos, no es nada. ¿Dónde tenéis el oro?

—Padre mío, os amo y os respeto, a pesar de vuestra cólera; pero con toda mi humildad debo recordaros que tengo veintidós años. Vos me habéis dicho a menudo que ya soy mayor de edad, para que lo sepa. He hecho de mi dinero lo que mejor me ha parecido, y estad seguro de que lo he invertido bien...

—¿Dónde?

—Es un secreto inviolable —respondió la joven—. ¿No tenéis vos vuestros secretos?

—Yo soy el jefe de la familia. ¿No puedo tener mis asuntos?

—Yo tengo los míos también.

—Debe de ser un mal asunto, si no podéis decírselo a vuestro padre, señorita Grandet.

—Es un asunto excelente, y no puedo decírselo a mi padre.

—Al menos decidme, ¿cuándo disteis vuestro oro?

Eugenia hizo con la cabeza un signo negativo.

—Lo teníais todavía el día de vuestra fiesta, ¿verdad?

Eugenia, a quien el amor había vuelto tan astuta como a su padre la avaricia, reiteró el mismo gesto.

—Jamás había visto semejante obstinación, ni semejante robo —dijo Grandet con una voz que fue *crescendo* e hizo retumbar la sala—. ¡Cómo! ¡Aquí, en mi propia casa, alguien se ha llevado tu oro! ¡El único oro que había en ella! ¿Y yo no voy a saber quién ha sido? El oro es una cosa que vale demasiado. Las jóvenes más honradas pueden cometer faltas, entregar no sé qué, esto se ve entre los grandes señores e incluso entre los burgueses; pero ¡dar oro!, porque vos se lo habéis dado a alguien, ¿no?

Eugenia permaneció impasible.

—¡Habrás visto semejante hija! ¿Soy vuestro padre? Si lo habéis colocado, tendréis un recibo...

—¿Era libre o no de hacer con él lo que se me antojase? ¿Era mío o no?

—Pero eres una niña.

—Mayor de edad.

Aplastado por la lógica de su hija, Grandet palideció, pataleó; luego, encontrando al fin palabras, gritó:

—¡Maldita serpiente de hija! ¡Ah, mala semilla, bien sabes que te amo, y abusas de ello! ¡La hija degollando a su padre! ¡Demonio!, habrás arrojado nuestra fortuna a los pies de ese golfo que lleva botas de tafilete. ¡Por las barbas de mi padre! ¡No puedo desheredarte, pero te maldigo, a ti, a tu primo y a tus hijos! No verás llegar nada bueno de todo esto, ¿me oyes? Si fue Carlos el que... Pero no, no es posible. ¿Habrá sido capaz ese malvado petimetre de desvalijarme?...

Miró a su hija, que permaneció muda y fría.

—¡No se moverá, no pestañeará, es más Grandet que yo! Tú no habrás dado tu oro por nada, por lo menos. ¡Vamos, di!

Eugenia miró a su padre, con una mirada irónica que le ofendió.

—Eugenia, estáis en mi casa, en la casa de vuestro padre. Debéis, para permanecer en ella, someteros a sus órdenes. Los sacerdotes os ordenan que me obedezcáis.

Eugenia bajó la cabeza.

—Me ofendéis en lo que para mí es querido —repuso—. Yo solamente deseo veros sumisa. Id a vuestra habitación. Permaneceréis en ella hasta que os dé permiso para salir. Nanón irá a llevaros pan y agua. ¿Me habéis oído? ¡Id!

Eugenia rompió a llorar y corrió al lado de su madre. Después de haber dado algunas vueltas por el jardín cubierto de nieve, sin darse cuenta del frío, Grandet sospechó que su hija estaba en la habitación de su mujer, y contento de sorprenderla contraviniendo sus órdenes, subió las escaleras con la agilidad de un gato, y apareció en la habitación de la señora Grandet en el momento en que ésta acariciaba los cabellos de Eugenia, cuyo rostro estaba escondido en el seno maternal.

—Tranquilízate, pobre hija mía, tu padre ya se calmará.

—Ya no tiene padre —dijo el tonelero—. ¿Sois vos y yo, señora Grandet, quienes hemos hecho una hija desobediente como ésa? ¡Bonita educación, y sobre todo religiosa! ¡Y bien! ¿Cómo es que no estáis en vuestra habitación? ¡Vamos, a la cárcel, a la cárcel, señorita!

—¿Queréis privarme de mi hija, señor? —dijo la señora Grandet, mostrando un semblante enrojecido por la fiebre.

—Si queréis conservarla, llévaosla, abandonad las dos esta casa. ¡Rayos y truenos! ¿Dónde está el oro? ¿Qué se ha hecho del oro?

Eugenia se levantó, lanzó una mirada de orgullo a su padre y se marchó a su habitación, que el tío Grandet cerró con llave.

—Nanón —gritó—, apaga el fuego de la sala.

Luego fue a sentarse en un sillón, en el rincón de la chimenea de su mujer, diciéndole:

—Sin duda se lo dio a ese miserable seductor de Carlos, que sólo quería nuestro dinero.

La señora Grandet, en medio del peligro que amenazaba a su hija y en su amor por ella, supo encontrar fuerzas suficientes para permanecer en apariencia fría, muda y sorda.

—Yo no sabía nada de todo esto —respondió, volviéndose hacia el lado de la pared cercana a la cama, para no soportar las miradas penetrantes que le dirigía su marido—. Sufro tanto a causa de vuestra violencia, que si he de creer en mis presentimientos, no saldré viva de esta estancia. Debierais haber tenido consideración para conmigo en este momento, yo que jamás os he dado un motivo de disgusto, al menos, que yo sepa. Vuestra hija os ama, la creo tan inocente como un recién nacido; por lo tanto, no le causéis esta pena, volveos atrás en vuestra decisión. El frío es muy intenso, podéis originarle una grave enfermedad.

—No la veré ni hablaré con ella. Se quedará en su habitación a pan y agua hasta que haya dado satisfacción a su padre. ¡Qué diablos! Un jefe de familia debe saber adonde va a parar el oro de su casa. Poseía las únicas rupias que quizá haya en Francia; además, había genovinas, ducados de Holanda...

—Señor, Eugenia es nuestra única hija, y aun cuando las hubiera arrojado al río...

—¡Al río! —gritó el avaro—. ¡Al río! Vos estáis loca, señora Grandet. Lo que he dicho, dicho está, vos lo sabéis. Si queréis que haya paz en la casa, confesad a vuestra hija, tiradle de la lengua. Las mujeres se entienden entre sí mejor que nosotros. Haya

hecho lo que haya hecho, no voy a comérmela. ¿Tiene miedo de mí? Aunque hubiese dorado a su primo de los pies a la cabeza, está en alta mar, y no podemos correr tras...

—Y bien, señor...

Excitada por la crisis nerviosa en que se encontraba, o por la desgracia de su hija que desarrollaba en ella su cariño y su inteligencia, la perspicacia le hizo advertir un movimiento terrible en la lupia de su marido, en el momento en que se disponía a contestar. La señora Grandet cambió entonces de idea sin cambiar de tono y prosiguió:

—Y bien, señor, ¿acaso tengo sobre ella más imperio que vos? Nada me ha dicho. Se parece a vos.

—¡Pardiez! ¡Qué suelta tenéis la lengua esta mañana! ¡Ta, ta, ta, ta!, creo que os estáis burlando de mí. Las dos os entendéis muy bien.

Diciendo esto, miró fijamente a su mujer.

—Realmente, señor Grandet, si es que queréis matarme, no tenéis más que continuar así. Os lo digo, señor, y aunque me costase la vida, os lo repetiría otra vez: estáis equivocado respecto a vuestra hija, es más razonable que vos. Este dinero le pertenecía, habrá hecho de él un buen uso, y sólo Dios tiene derecho a conocer nuestras buenas obras. Señor, os lo suplico, perdonad a Eugenia... De este modo atenuaréis el efecto del golpe asestado por vuestra cólera, y quizá me salvaréis la vida. ¡Mi hija, señor, devolvedme mi hija!

—Me marchó —dijo el viñador—. En esta casa no se puede estar. La madre y la hija razonan y hablan como si... ¡Brrrrr! ¡Puah! ¡Buen aguinaldo me habéis dado, Eugenia! —gritó—. ¡Sí, sí, llorad! Lo que hacéis os causará remordimientos, ¿me oís? ¿De qué os sirve comer el buen Dios seis veces cada tres meses, si dais a escondidas el oro de vuestro padre a un holgazán que os devorará el corazón cuando ya no os quede nada más que prestarle? Ya veréis lo que vale vuestro Carlos con sus botas de tafilete y su aire de mírame y no me toques. No tiene corazón ni entrañas, puesto que se atreve a llevarse el tesoro de una pobre muchacha sin el consentimiento de sus padres.

Cuando la puerta de la calle estuvo cerrada, Eugenia salió de su habitación y fue al lado de su madre.

—Habéis tenido mucho valor para defender a vuestra hija —le dijo.

—¡Lo ves, hija mía, adonde nos llevan las cosas ilícitas!... Has hecho que dijera una mentira.

—¡Oh!, pediré a Dios que me castigue a mí sola.

—¿Es verdad —dijo Nanón, entrando azorada—, que tenemos a la señorita condenada a pan y agua para el resto de sus días?

—¿Y eso qué importa, Nanón? —dijo tranquilamente Eugenia.

—¡Ah! ¿Cómo voy yo a comer nada, cuando la hija de la casa come pan solo? No, no.

—Ni una palabra de todo esto, Nanón —dijo Eugenia.

—¡Seré como una tumba, pero ya veréis!

Grandet comió solo por primera vez desde hacía veinticuatro años.

—He ahí que estáis viudo, señor —le dijo Nanón—. Es muy desagradable ser viudo con dos mujeres en la casa.

—A ti no te he dicho nada. Calla la boca o te hecho de casa. ¿Qué tienes en la cacerola, que estoy oyendo ruido en la cocina?

—Estoy derritiendo unas grasas...

—Esta noche vendrá gente, enciende el fuego.

Los Cruchot, la señora Des Grassins y su hijo llegaron a las ocho, y se sorprendieron al no ver ni a la señora Grandet ni a su hija.

—Mi mujer se halla un poco indispuesta. Eugenia está a su lado —respondió el viejo viñador, cuyo rostro no reveló emoción alguna.

Al cabo de una hora empleada en conversaciones insignificantes, la señora Des Grassins, que había subido a hacer una visita a la señora Grandet, bajó, y todos preguntaron:

—¿Cómo se encuentra la señora Grandet?

—Pues, no muy bien, no muy bien —dijo—. Su estado de salud me parece en verdad inquietante. A su edad, hay que tomar las mayores precauciones, señor Grandet.

—Ya veremos —respondió el viñador con aire distraído.

Todos le desearon las buenas noches. Cuando los Cruchot estuvieron en la calle, la señora Des Grassins les dijo:

—Algo nuevo ocurre en casa de los Grandet. La madre está muy mal, sin que ella misma se dé cuenta. La hija tiene los ojos enrojecidos como una persona que ha llorado mucho. ¿Acaso quieren casarla contra su voluntad?

Cuando el viñador estuvo acostado, Nanón fue de puntillas a la habitación de Eugenia y le mostró un pastel de carne a la cacerola.

—Tomad, señorita —dijo la buena sirvienta—, Cornoiller me ha dado una liebre. Coméis tan poco, que este pastel os durará muy bien ocho días; y como hace tanto frío, no hay nada que temer que vaya a echarse a perder. Por lo menos, no estaréis sólo a pan y agua. Esa no es una vida muy sana, que digamos.

—¡Pobre Nanón! —dijo Eugenia estrechándole la mano.

—Me ha salido muy rico, y *él* no se ha dado cuenta. He comprado la manteca y el laurel con mis seis francos; soy muy dueña de ellos.

Luego, la criada se fue rápidamente, creyendo haber oído a Grandet.

Durante algunos meses, el viñador fue a ver constantemente a su mujer a diferentes horas del día, sin pronunciar el nombre de su hija, sin verla, sin hacer sobre ella la menor alusión. La señora Grandet no abandonó su aposento, y día tras día su estado fue empeorando. Nada hizo doblegar al viejo tonelero. Permanecía inmovible, áspero y frío como piedra berroqueña. Continuó con sus idas y

venidas, conforme a sus hábitos; pero ya no tartamudeó más, habló menos, y en sus negocios mostróse más duro que nunca. A menudo se le escapaba algún error en sus cálculos.

—Algo ha ocurrido en casa de los Grandet —decían los cruchotinos y los grassinistas.

—¿Qué es lo que ha sucedido en casa de los Grandet? —fue una pregunta convenida que generalmente se hacía la gente en todas las veladas en Saumur.

Eugenia iba a misa acompañada de Nanón. Al salir de la iglesia, si la señora Des Grassins le dirigía algunas palabras, respondía con evasivas, sin satisfacer su curiosidad. Sin embargo, al cabo de dos meses, fue imposible, ya sea a los tres Cruchot, o a la señora Des Grassins, ocultar el secreto de la reclusión de Eugenia. Hubo un momento en que faltaron los pretextos para justificar su perpetua ausencia. Luego, sin que fuese posible saber quién había revelado el secreto, toda la ciudad supo que, desde el día primero del año, la señorita Grandet, por orden de su padre, estaba encerrada en su habitación, condenada a pan y agua, y sin fuego; que Nanón le preparaba platos escogidos y se los llevaba durante la noche; y también se sabía que la joven no podía ir a ver y a cuidar a su madre más que en los momentos en que su padre estaba fuera de casa. La conducta de Grandet fue juzgada entonces con gran severidad. La ciudad entera le puso, por así decir, fuera de la ley, se acordó de sus traiciones, de sus crueldades, y le excomulgó. Cuando pasaba, todos lo señalaban cuchicheando. Cuando su hija bajaba por la calle tortuosa para ir a misa o a vísperas, acompañada de Nanón, todos los habitantes se asomaban a las ventanas para examinar con curiosidad el aspecto de la rica heredera y su semblante, en el que se reflejaba una melancolía y una dulzura angelicales. Su reclusión, la desgracia en que había caído la joven cerca de su padre, no significaban nada para ella. ¿Acaso no veía Eugenia el mapamundi, el pequeño banco, el jardín, el lienzo de pared, y no encontraba siempre en sus labios la miel que en ellos habían dejado los besos del amor? Durante algún tiempo, ignoró las conversaciones de que era objeto en la ciudad, de la misma manera que las ignoraba su padre. Religiosa y pura a los ojos de Dios, su conciencia y el amor la ayudaban a soportar pacientemente la cólera y la venganza paternas. Pero un dolor profundo hacía acallar todos los otros dolores. Cada día, su madre, dulce y tierna criatura, que iba embelleciéndose con la luz que arrojaba su alma a medida que iba aproximándose a la tumba, empeoraba día tras día. A menudo reprochábase Eugenia haber sido la causa inocente de la cruel y lenta enfermedad que la consumía. Estos remordimientos, aunque calmados por su madre, le unían aún más estrechamente a su amor. Todas las mañanas, tan pronto como su padre había salido, iba a la cabecera de la cama de su madre, y allí Nanón le llevaba el desayuno. Pero la pobre Eugenia, triste y doliente a causa de los padecimientos de su madre, mostraba el semblante de ésta a Nanón con un gesto mudo, lloraba y no se atrevía a hablar de su primo. La señora Grandet era la primera que se veía obligada a decirle:

—¿Dónde está? ¿Por qué no te escribe?

La madre y la hija ignoraban completamente las distancias.

—Pensemos en él, madre, pero no le nombremos —respondía Eugenia—. Vos sufrís, y antes que todo sois vos.

Aquel *todo* era él.

—Hijos míos —decía la señora Grandet—, yo no siento nostalgia por la vida. Dios me ha protegido haciendo que me enfrentase con alegría al término de mis miserias.

Las palabras de esta mujer eran constantemente santas y cristianas. Cuando, en el momento de desayunar junto a ella, su marido iba a pasearse por su habitación, le dijo, durante los primeros meses del año, los mismos discursos, repetidos con una dulzura angelical, pero con la firmeza de una mujer a la que una muerte inminente confiere el valor del que había carecido durante su vida.

—Señor, os agradezco el interés que os tomáis por mi salud —le respondía cuando él le había hecho la más banal de las preguntas—; pero si queréis hacer que mis últimos momentos sean menos amargos y aliviar mis dolores, devolved vuestra confianza a nuestra hija; mostraos cristiano, esposo y padre.

Al oír estas palabras, Grandet se sentaba junto a la cama y hacía como un hombre que, al ver acercarse un chaparrón, se pone tranquilamente al abrigo de una puerta cochera: escuchaba silenciosamente a su mujer y no respondía nada. Cuando le habían sido dirigidas las súplicas más conmovedoras, tiernas y religiosas, decía:

—Hoy estás un poco paliducha, mujercita mía.

El olvido más completo de su hija parecía estar grabado en su frente de barro, en sus apretados labios. Tampoco le conmovían las lágrimas que sus vagas respuestas, cuyos términos apenas variaban, hacían rodar por las pálidas mejillas de su esposa.

—¡Qué Dios os perdone —le decía—, como yo os perdono! Algún día tendréis necesidad de indulgencia.

Desde la enfermedad de su mujer, no había vuelto a servirse de su terrible: ¡ta, ta, ta, ta! Pero su despotismo tampoco era desarmado por aquel ángel de dulzura, cuya fealdad desaparecía de día en día, ahuyentada por la expresión de las cualidades morales que venían a florecer en su cara. Era toda alma. El genio de la oración parecía purificar, disminuir los rasgos más toscos de su rostro, y le hacía resplandecer. ¿Quién no ha observado el fenómeno de esta transfiguración en rostros santos, en los que los hábitos del alma terminan por triunfar de los rasgos más rudamente perfilados, imprimiéndoles la animación peculiar debida a la nobleza y a la pureza de los pensamientos elevados? El espectáculo de esta transformación, realizada por los sufrimientos que consumían los jirones del ser humano en aquella mujer, actuaba, aunque débilmente, sobre el viejo tonelero, cuyo carácter continuó siendo de bronce. Si su palabra ya no fue desdeñosa, un imperturbable silencio, que salvaba su superioridad de padre de familia, dominó su conducta. Cuando su fiel Nanón hacía su aparición en el mercado, algunas cuchufletas y quejas relativas a su

amo le silbaban en los oídos; pero, aunque la opinión pública condenase en voz alta al tío Grandet, la sirvienta le defendía por orgullo hacia la casa.

—¡Y bien! —les decía a los detractores del viñador—. ¿Acaso no nos volvemos todos nosotros más duros al envejecer? ¿Por qué no queréis que ese hombre se endurezca también un poco? Callaos, pues. La señorita vive como una reina. Esta sola, pero es porque quiere. Por otra parte, mis señores tienen razones de peso.

En fin, una tarde, hacia el fin de la primavera, la señora Grandet, consumida por la pena, aún más que por la enfermedad, no habiendo conseguido, a pesar de sus oraciones, reconciliar a Eugenia con su padre, confió sus secretas penas a los Cruchot.

—¡Condenar a una hija de veintitrés años a pan y agua!... —exclamó el presidente de Bonfons—. ¡Y sin motivo! Eso constituye un caso de *sevicia inicua; ella puede protestar contra, y en tanto que en...*

—Vamos, sobrino —le dijo el notario—, dejad vuestra jerga del Palacio de Justicia. Descuidad, señora, mañana haré que se ponga fin a esta reclusión.

Al oír que hablaban de ella, Eugenia salió de su habitación.

—Caballeros —dijo avanzando con un movimiento lleno de dignidad—, os ruego que no os ocupéis de este asunto. Mi padre es el dueño en su casa. Mientras yo habite en su casa, debo obedecerle. Su conducta no puede ser sometida a la aprobación o desaprobación de los hombres; sólo hay que dar cuenta de ella ante Dios. Reclamo de vuestra amistad el más profundo silencio a este respecto. Censurar a mi padre sería atacar nuestra propia consideración. Os agradezco, caballeros, el interés que me demostráis; pero aún os quedaría más reconocida si hicierais cesar los rumores ofensivos que circulan por la ciudad y de los que he sido informada casualmente.

—Tiene razón —dijo la señora Grande.

—Señorita, el mejor modo de impedir que la gente murmure es hacer que se os devuelva la libertad —respondióle respetuosamente el viejo notario, sorprendido ante la belleza que la vida retirada, la melancolía y el amor habían dejado impresa en Eugenia.

—Bueno, hija mía, deja que el señor Cruchot arregle este asunto, puesto que responde del éxito del mismo. Él conoce a tu padre y sabe cómo debe tratarle. Si quieres verme feliz durante el poco tiempo que me resta de vida, es preciso, a toda costa, que tú y tu padre os reconciliéis.

Al día siguiente, conforme a una costumbre contraída por Grandet desde la reclusión de Eugenia, fue a dar algunas vueltas por su pequeño jardín. Había escogido para este paseo el momento en que Eugenia se estaba peinando. Cuando el buen hombre llegaba al viejo nogal, se escondía detrás del tronco de un árbol, permanecía unos instantes contemplando la larga cabellera de su hija, y fluctuaba sin duda entre los pensamientos que le sugería la tenacidad de su carácter y el deseo de besar a su Eugenia. A menudo permanecía sentado en el pequeño banco de madera carcomida en la que Carlos y su prima se habían jurado amor eterno, mientras que ella miraba

también a su padre disimuladamente o a través del espejo. Si él se levantaba o reanudaba su paseo, ella se sentaba complaciente a la ventana y se ponía a examinar el lienzo de pared en el que pendían las más lindas ñores, de donde salían, de entre las grietas, cabelleras de Venus, campanillas y una planta carnosa, amarilla o blanca, un *sedum* muy abundante en las viñas de Saumur y de Tours. El señor Cruchot llegó temprano y encontró al viejo viñador, en un hermoso día del mes de junio, sentado en el pequeño banco, con la espalda apoyada en la pared medianera, ocupado en mirar a su hija.

—¿Qué se os ofrece, señor Cruchot? —dijo al ver al notario.

—Vengo a hablaros de negocios.

—¡Ah, ah! ¿Tenéis un poco de oro para darme a cambio de escudos?

—No, no; no se trata de dinero, sino de vuestra hija Eugenia. Todo el mundo habla de ella y de vos.

—¿Por qué se inmiscuyen en nuestros asuntos? Cada cual es dueño en su casa.

—De acuerdo, cada cual es dueño de suicidarse incluso, o lo que es peor, de arrojar el dinero por la ventana.

—¿Qué queréis decir?

—Vuestra mujer está muy enferma, amigo mío. Incluso deberíais consultar al señor Bergerin. Se halla en peligro de muerte. Si muriese sin haber sido atendida como es debido, creo que vos no estaríais tranquilo.

—¡Ta, ta, ta, ta! ¡Vos sabéis lo que le ocurre a mi mujer! Esos médicos, tan pronto como han puesto los pies en vuestra casa, vienen de cinco a seis veces al día.

—En fin, Grandet, obrad como creáis conveniente. Somos viejos amigos; no hay en todo Saumur, una persona que se tome más interés que yo por todo lo que a vos se refiere; tenía, pues, la obligación de deciros esto. Ahora, suceda lo que sucediere, vos ya sois mayor de edad, sabéis como comportaros. Por otra parte, no es éste el asunto que me ha traído a vuestra casa. Se trata de algo más grave para vos, quizá. Después de todo, no tenéis deseos de matar a vuestra mujer, os es demasiado útil. Pensad, pues, en la situación en que os encontraríais, con respecto a vuestra hija, si la señora Grandet muriera. Deberíais rendir cuentas a Eugenia, puesto que tenéis comunidad de bienes con vuestra mujer. Vuestra hija tendrá derecho a reclamar la partición de la fortuna, de hacer que se venda Froidfond. En fin, ella hereda a su madre, de la cual vos no podéis heredar.

Estas palabras cayeron como un rayo sobre el viejo viñador, que no era tan ducho en legislación como pudiera serlo en comercio. Nunca había pensado en un reparto de bienes.

—Por lo tanto, os invito a que la tratéis con dulzura —dijo Cruchot al terminar.

—Pero, ¿sabéis lo que ha hecho, Cruchot?

—¿Qué? —dijo el notario, curioso por recibir una confidencia del tío Grandet y conocer la causa de la querrela.

—Ha dado el oro que tenía.

—Bueno, ¿no era de ella? —preguntó el notario.

—¡Todos me dicen lo mismo! —dijo el avaro, dejando caer sus brazos con movimiento trágico.

—¿Acaso por una miseria —repuso Cruchot— vais a poner obstáculos a las concesiones que vos le pediréis que os haga a la muerte de su madre?

—¡Vaya! ¿Llamáis miseria a seis mil francos de oro?

—¡Eh!, mi viejo amigo, ¿sabéis lo que costará el inventario y la división de la herencia de vuestra mujer si Eugenia lo exige?

—¿Qué?

—¡Dos, tres o cuatrocientos mil francos, quizá! ¿No será preciso licitar o vender para conocer el verdadero valor? En cambio, si os pusierais de acuerdo...

—¡Por las barbas de mi padre! —exclamó el viñador que se sentó palideciendo—, ya veremos eso, Cruchot.

Después de un momento de silencio o de agonía, el tío Grandet miró al notario, diciéndole:

—¡La vida es muy dura! En ella se encuentran muchos dolores Cruchot —añadió solemnemente—. Vos no queréis engañarme. Juradme por vuestro honor que lo que me decís está basado en el Derecho. Mostradme el Código, ¡quiero ver el Código!

—Pobre amigo mío —respondió el notario—, ¿acaso no sé yo mi oficio?

—Entonces, es verdad. Quedaré despojado, traicionado, matado, devorado por mi hija.

—Ella hereda de su madre.

—¡De qué sirven, entonces, los hijos! ¡Ah!, mi mujer la quiero mucho. Afortunadamente es muy fuerte. Es una Bertelière.

—No le queda un mes de vida.

El tonelero se golpeó la frente, se fue, volvió, y lanzando una terrible mirada a Cruchot:

—¿Qué hacer? —le dijo.

—Eugenia podrá renunciar lisa y llanamente a la herencia de su madre. No queréis desheredarla, ¿verdad? Sin embargo, para obtener una partición de este género, no la tratéis con rudeza. Lo que os digo va contra mi interés. ¿Qué es lo que yo tengo que hacer?... Liquidaciones, inventarios, ventas, particiones...

—Ya veremos, ya veremos. No hablemos más de ello, Cruchot. Me revolvéis las entrañas. ¿Habéis recibido oro?

—No, pero tengo algunos viejos luises, unos diez; os los daré. Mi buen amigo, haced las paces con Eugenia. Fijaos, todo Saumur os arroja la piedra.

—¡Qué gente!

—Vamos, las rentas se hallan a noventa y nueve. Estad, pues, contento una vez en la vida.

—¿A noventa y nueve, Cruchot?

—Sí.

—¡Eh, eh! ¡A noventa y nueve! —dijo el avaro, acompañando al viejo notario hasta la puerta de la calle.

Luego, demasiado agitado para quedarse en casa, subió a la habitación de su mujer y le dijo:

—Vamos, madre, puedes pasar el día con tu hija, yo me voy a Froidfond. Portaos bien las dos. Es el aniversario de nuestra boda, mujercita mía: mira, ahí tienes diez escudos para tu altar en la carrera de la procesión del Corpus. Hace mucho tiempo que lo deseas. Divertios, alegraos, no os preocupéis por nada. ¡Viva la alegría!

Arrojó diez escudos de seis francos sobre la cama de su mujer y le cogió la cabeza para darle un beso en la frente.

—Ya estás mejor, ¿verdad, mujercita mía?

—¿Cómo podéis pensar en recibir en vuestra casa al Dios que perdona, teniendo a vuestra hija desterrada de vuestro corazón? —dijo con emoción la señora Grandet.

—¡Ta, ta, ta, ta! —dijo el viñador con voz acariciadora—. Ya veremos eso.

—¡Bondad del cielo! ¡Eugenia —gritó la madre enrojando de alegría—, ven a dar un beso a tu padre! ¡Te perdona!

Pero el tío Grandet había desaparecido. Corría hacia sus posesiones, tratando de poner en orden sus ideas. Grandet entraba entonces en el año setenta y seis de su vida. Desde hacía sobre todo dos años, su avaricia había aumentado, como aumentan todas las pasiones persistentes del ser humano. Conforme a una observación realizada sobre los avaros, los ambiciosos y sobre todas las personas cuya vida ha sido consagrada a una idea dominante, su sentimiento se había encariñado de un modo particular con un símbolo de su pasión. La vista del oro, la posesión del oro, habíase convertido en su monomanía. Su espíritu despótico había aumentado en proporción a su avaricia, y abandonar la gestión de la más mínima parte de sus bienes a la muerte de su mujer, parecíale algo *contra natura*. ¿Declarar su fortuna a su hija, inventariar la universalidad de sus bienes muebles e inmuebles para licitarlos?...

—Esto será cortarse el pescuezo —dijo en voz alta, en medio de un huerto, mientras examinaba las cepas.

En fin, tomó su decisión y volvió a Saumur a la hora de comer, resuelto a doblegarse ante Eugenia, a mirarla, a lisonjearla con objeto de poder morir regiamente, conservando hasta el último suspiro las riendas de sus millones. En el momento en que el buen hombre, que por casualidad había cogido su llave maestra, subía la escalera sigilosamente para entrar en la habitación de su mujer, Eugenia había llevado a la cama de su madre el hermoso neceser. Las dos, en ausencia de Grandet, se recreaban en la contemplación del retrato de Carlos, al examinar el de su madre.

—¡Es completamente su frente y su boca! —decía Eugenia cuando el viñador abrió la puerta.

Al ver la mirada que su marido lanzó sobre el oro, la señora Grandet gritó:

—¡Dios mío, tened piedad de nosotras!

El avaro se arrojó sobre el neceser como un tigre se abalanza sobre un niño dormido.

—¿Qué es esto? —dijo llevándose el tesoro y colocándose junto a la ventana—. ¡Oro bueno!, ¡oro! —exclamó—. ¡Mucho oro! Lo menos pesa dos libras. ¡Ah, ah! Carlos te ha dado esto a cambio de tus hermosas monedas. ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Es un buen negocio, hijita!

Eugenia temblaba de pies a cabeza.

—¿Esto es de Carlos, verdad? —preguntó el viejo viñador.

—Sí, padre, no me pertenece. Este neceser es un depósito sagrado.

—¡Ta, ta, ta! Él se llevó tu fortuna. Es preciso que tu pequeño tesoro te sea restablecido.

—¡Padre!...

Grandet quiso coger su cuchillo para hacer saltar una chapa de oro, y viose obligado a colocar el neceser encima de una silla. Eugenia se precipitó hacia el estuche para volver a cogerlo; pero el tonelero, que tenía a la vez puesta la vista en su hija y en el cofrecillo, la rechazó tan violentamente al extender el brazo, que la joven fue a caer sobre la cama de su madre.

—¡Señor, señor! —gritó la madre, incorporándose en su lecho.

—¡Padre mío —gritó Eugenia, hincándose de rodillas y caminando así para llegar más cerca del viñador y levantar las manos hacia él—, padre mío, en nombre de todos los Santos y de la Virgen, en nombre de Cristo, que murió en la cruz; en nombre de vuestra salvación eterna, padre, en nombre de mi vida, no toquéis eso! Ese estuche no pertenece ni a vos ni a mí; es de un desventurado pariente que me lo confió, y he de devolvérselo intacto.

—¿Por qué lo mirabas, si es un depósito? Ver es peor que tocar.

—¡Padre, no lo destruyáis, de lo contrario, me deshonráis! Padre, ¿me oís?

—¡Señor, clemencia! —dijo la madre.

—¡Padre! —gritó Eugenia con voz tan fuerte, que Nanón, asustada, subió a la habitación.

Eugenia cogió rápidamente un cuchillo que estaba a su alcance.

—¿Y bien? —díjole Grandet con una fría sonrisa.

—¡Señor, señor, vos me estáis asesinando! —dijo la madre.

—Padre, si vuestro cuchillo arranca solamente una pequeña parte de ese oro, yo me clavo en el pecho éste que tengo en la mano. Habéis hecho que mi madre cayese mortalmente enferma, y ahora vais a matar a vuestra hija. ¡Adelante, pues, herida por herida!

Grandet apoyó el cuchillo en el neceser y miró a su hija, vacilando.

—¿Serías capaz de ello, Eugenia? —le dijo.

—Sí, señor —dijo la madre.

—Lo haría tal como lo ha dicho —gritó Nanón—. Sed, pues, razonable, señor, una vez en vuestra vida.

El tonelero miró alternativamente al oro y a su hija durante un instante. La señora Grandet se desvaneció.

—¿Lo veis, señor? ¡La señora se muere! —exclamó Nanón.

—¡Toma, hija!, no nos peleemos por un estuche. ¡Cógelo! —gritó el tonelero arrojando el cofrecillo encima de la cama—. Tú, Nanón, ve a buscar al señor Bergerin. Vamos, madre —dijo besando la mano de su mujer—, vamos, no es nada: ya hemos hecho las paces. ¿No es verdad, hihija? Basta de pan seco, comerás todo lo que quieras. ¡Ah, ya abre los ojos! ¡Bien, madre, mamadre, vamos, pues! Mira, ¿ves?, doy un beso a Eugenia. Ella ama a su primo, se casará con él si quiere y le conservará el cofrecillo. Pero has de vivir mucho tiempo, mi pobre mujercita. ¡Vamos, muévete! Escucha, tendrás el altar de Corpus más bonito que jamás se haya visto en Saumur.

—¡Dios mío! ¡Cómo es posible que tratéis de ese modo a vuestra mujer y a vuestra hija! —dijo con un hilo de voz la señora Grandet.

—Ya no lo haré más, nunca más —gritó el tonelero—. Ya verás, mujercita mía.

Fue a su gabinete y volvió con un puñado de luises que esparció por encima de la cama.

—Toma, Eugenia; toma, mujercita; todo es para vosotras —dijo, manoseando los luises—. Vamos, alégrate, mujer; procura ponerte buena; ni tú ni Eugenia careceréis de nada. He ahí cien luises de oro para ella. Esos no los darás, ¿verdad que no?

La señora Grandet y su hija se miraron asombradas.

—Volved a coger esas monedas, padre; no tenemos necesidad más que de vuestro cariño.

—¡Sea, está bien! —dijo embolsillándose los luises—. Vivamos como buenos amigos. Bajemos todos a la sala a comer, a jugar a la lotería todas las noches. ¿Qué os parece, mujercita?

—¡Ay!, yo bien lo quisiera, puesto que ello puede seros agradable —dijo la moribunda—; pero no podré levantarme de esta cama.

—¡Pobre madre —dijo el tonelero—, no sabes cuánto te quiero! ¡Y a ti, hija mía! —añadió, al tiempo que la abrazaba—. ¡Oh, qué gusto da besar a una hija después de haberse peleado con ella! ¡Hihija mía! ¿Lo ves, mamadre? Ahora no formamos más que una sola cosa. Ve, pues, a guardar eso —dijo a Eugenia, indicándole el cofrecillo—. Ve, no temas nada. No volveré a hablarte nunca más de ello.

Pronto llegó el señor Bergerin, el médico de más fama, de Saumur. Celebrada la consulta, declaró con franqueza a Grandet que su mujer estaba muy grave; pero que una gran tranquilidad, un régimen suave y cuidados minuciosos, podrían retrasar el momento de su muerte hacia el fin del otoño.

—¿Costará muy caro? —dijo el avaro—. ¿Harán falta medicinas?

—Pocas medicinas, pero muchos cuidados —respondió el médico, que no pudo reprimir una sonrisa.

—En fin, señor Bergerin —respondió Grandet—, vos sois hombre de honor, ¿verdad? Confío en vos, venid a ver a mi mujer todas y cuantas veces lo juzguéis

conveniente. Conservadme a mi buena mujer; la quiero mucho, ¿sabéis? aunque no lo parezca, porque en mí todo sucede interiormente, y me trastorna el alma. Tengo una gran pena. Esta pena entró dentro de mí con la muerte de mi hermano, para el que estoy gastando en París sumas enormes..., me está costando los ojos de la cara. Y esto parece que no haya de acabarse nunca. Adiós, señor, si se puede salvar a mi mujer, salvadla, aunque fuera preciso gastar para ello cien o doscientos francos.

A pesar de los deseos fervientes que Grandet manifestaba por la salud de su mujer, cuya sucesión abierta constituía una primera muerte para él; a pesar de la complacencia que expresaba en toda ocasión por los menores deseos de la madre y de la hija, asombradas, y a pesar de los cuidados más tiernos prodigados por Eugenia, la señora Grandet caminaba rápidamente hacia la muerte. Cada día iba debilitándose más y más y se iba consumiendo como se consume a esa edad las mujeres aquejadas por una dolencia. Era endeble como las hojas de los árboles en otoño. Los rayos del cielo la hacían resplandecer como esas hojas que él atraviesa y dora. Fue una muerte digna de su vida, una muerte enteramente cristiana. ¿No equivale a decir sublime? En el mes de octubre de 1822 se manifestaron de una manera especial sus virtudes, su paciencia de ángel y su amor para con su hija; expiró sin haber proferido la menor queja. Cordero sin tacha, iba derecha al cielo, no echando de menos aquí abajo más que la dulce compañera de su triste vida, a quien sus últimas miradas parecían predecir mil males y desventuras. Temblaba ante la idea de dejar a esta oveja, blanca como ella, sola en medio de un mundo egoísta que quería arrebatarse su vellocino, su tesoro.

—Hija mía —le dijo antes de expirar—, no hay felicidad más que en el cielo. Algún día lo sabrás.

Al día siguiente de esta muerte, Eugenia halló nuevos motivos para aferrarse a aquella casa en la que había nacido, donde tanto había padecido y en la que su madre acababa de morir. No podía contemplar la ventana y la silla de su madre sin romper en amargó llanto. Creyó haber interpretado mal el alma de su anciano padre al verse objeto de sus cuidados más tiernos: su padre iba a darle el brazo para bajar a desayunar; la miraba con ojos casi bondadosos durante horas enteras; en fin, con ojos tan tiernos y cariñosos, cual si la joven hubiera sido de oro. El viejo tonelero se parecía tan poco a sí mismo, temblaba tanto delante de su hija, que Nanón y los cruchotinos, testigos de su debilidad, lo atribuyeron a la edad avanzada, y temieron por ello alguna debilitación de sus facultades; pero el día en que la familia se puso de luto, después de la comida a la que fue invitado el señor Cruchot, el único que conocía el secreto de su cliente, la conducta del avaro se explicó.

—Querida hija —dijo a Eugenia cuando fue quitada la mesa y las puertas estuvieron cuidadosamente cerradas—, he aquí que eres heredera de tu madre. Tenemos algunos pequeños asuntos que arreglar entre los dos. ¿No es verdad, Cruchot?

—Sí.

—Entonces, ¿es necesario que nos ocupemos de ello hoy mismo, padre?

—Sí, sí, hihija. Yo no podría seguir con la incertidumbre en que me encuentro. No creo que quieras darme una pena.

—¡Oh, padre!

—Bien, hay que arreglarlo todo esta noche.

—¿Qué queréis que haga?

—Hihija, esto a mí no me incumbe. Decídselo, Cruchot. —Señorita, vuestro señor padre no quisiera partir ni vender sus bienes, ni pagar derechos enormes por el dinero contante que pueda poseer. Mas para ello sería preciso poder evitar hacer el inventario de toda la fortuna que hoy se encuentra indivisa entre vos y vuestro señor padre...

—Cruchot, ¿estáis bien seguro de ello, para hablar así delante de una niña?

—Dejadme hablar, Grandet.

—Sí, sí, amigo mío. Ni vos ni mi hija queréis despojarme, ¿verdad, hihija?

—Pero, señor Cruchot, ¿qué tengo que hacer yo? —preguntó impaciente Eugenia.

—Bien —prosiguió el notario—, sería preciso que firmaseis este documento en virtud del cual vos renunciaríais a la herencia de vuestra señora madre, y dejaríais a vuestro padre al usufructo de todos los bienes indivisos entre vosotros, y de los cuales él os asegura la nuda propiedad...

—No comprendo nada de lo que me decís —respondió Eugenia—; dadme el documento, e indicadme el lugar donde debo firmar.

El tío Grandet miraba alternativamente el documento y a su hija, a su hija y el documento, experimentando tan violentas emociones, que tuvo que secarse algunas gotas de sudor que habían brotado en su frente.

—Hihija —murmuró—, en lugar de firmar esa acta, que costará mucho dinero para hacerla registrar, si quisieras simplemente renunciar a la herencia de tu pobre madre difunta, y depender de mí para el futuro, yo lo preferiría así. Te pasaría entonces una buena renta de cien francos todos los meses. ¿Ves?, así podrías pagar tantas misas como quisieras a aquellos para los cuales mandas decir... ¿Qué te parece?, ¿cien francos al mes, en libras?

—Haré todo lo que queráis, padre.

—Señorita —dijo el notario—, es mi obligación advertiros qué os despojáis a vos misma...

—¡Dios mío!, ¿y eso qué me importa?

—Cállate, Cruchot. ¡Ya está, ya está! —exclamó Grandet cogiendo la mano de su hija y dando en ella golpecitos con la suya—. Eugenia, no te volverás atrás, ¿verdad, que no?, eres una muchacha honrada.

—¡Oh, papá!...

Grandet besó a su hija con efusión, la estrechó en sus brazos hasta casi asfixiarla.

—Vamos, hija mía, le das la vida a tu padre; le devuelves lo que él te ha dado: de modo que estamos en paz. Así es como deben hacerse los negocios. La vida es un

negocio. ¡Yo te bendigo! Eres una hija virtuosa que ama mucho a su papá. Ahora, haz lo que quieras. Hasta mañana, pues, Cruchot —dijo mirando al notario, asustado—. Podéis ir preparando el acta de renuncia en la escribanía del tribunal.

Al día siguiente, hacia el mediodía, fue firmada la declaración por medio de la cual Eugenia realizaba ella misma su propia expoliación. Sin embargo, a pesar de su palabra, al final del primer año, el viejo tonelero aún no había dado un centavo de los cien francos mensuales tan solemnemente prometidos a su hija. Así, cuando Eugenia le habló de ello en tono de broma, él no pudo por menos de sonrojarse; subió rápidamente a su gabinete, volvió, y le presentó aproximadamente la tercera parte de las joyas que había recibido de su sobrino.

—Toma, pequeña —dijo con un acento lleno de ironía—, ¿quieres esto a cambio de tus mil doscientos francos?

—¡Oh, padre!, ¿de veras me lo dais?

—El año que viene, te daré otro tanto —dijo echándole las joyas en el delantal—. De este modo, dentro de poco tiempo tendrás todos *sus* perifollos —añadió frotándose las manos, satisfecho de poder especular con los sentimientos de su hija.

Sin embargo, el anciano, aunque robusto todavía, sintió la necesidad de iniciar a su hija en los secretos del hogar. Durante dos años consecutivos le hizo ordenar en su presencia la minuta de la casa y cobrar lo que se les debía. Le enseñó lenta y sucesivamente los nombres, lo que había en sus huertos y en sus granjas. Hacia el tercer año, la había acostumbrado de un modo tan cabal a todas sus formas de avaricia, las había convertido en ella en hábitos de una manera tan verdadera, que le dejó sin temor las llaves de la despensa y la instituyó dueña de la casa.

Cinco años transcurrieron sin que ningún acontecimiento se destacase en la existencia monótona de Eugenia y de su padre. Fueron los mismos actos constantemente realizados con la regularidad cronométrica de los movimientos del viejo reloj. La profunda melancolía de la señorita Grandet no era ningún secreto para nadie; pero si cada cual pudo presentir la causa de ello, jamás una palabra pronunciada por ella justificó las sospechas que todas las sociedades de Saumur abrigaban acerca del estado del corazón de la rica heredera. Su única compañía se componía de los tres Cruchot y de algunos de sus amigos que aquéllos habían ido introduciendo insensiblemente en la casa. Les habían enseñado a jugar al *whist*, y todas las noches iban a hacer una partida. En el año 1827, su padre, sintiendo el peso de sus achaques, viose obligado a iniciarla en los secretos de su fortuna territorial, y le decía, en caso de dificultades, que consultase con Cruchot el notario, cuya probidez le era conocida. Luego, hacia el final de este año, el viejo viñador, a la edad de noventa y dos años, viose aquejado de una parálisis que realizó rápidos progresos. Grandet fue desahuciado por el señor Bergerin. Al pensar que pronto se encontraría sola en el mundo, Eugenia se mantuvo, por así decir, más cerca de su padre, y estrechó fuertemente este último lazo de afecto. En su pensamiento, como en el de todas las mujeres que aman, él amor era el mundo entero, y Carlos no estaba allí.

Mostróse sublime en las atenciones y cuidados que prodigó a su anciano padre, cuyas facultades comenzaban a decaer, pero cuya avaricia se mantenía instintivamente. Así, la muerte de este hombre no ofreció contraste alguno con su vida. Por la mañana, se hacía trasladar en su sillón de ruedas a un rincón entre la chimenea de su habitación y la puerta de su gabinete, sin duda lleno de oro. Permanecía allí sin movimiento, pero miraba alternativamente con ansiedad a aquellos que iban a verle y la puerta guarnecida de hierro. Preguntaba qué eran los menores ruidos que oía; y con gran asombro por parte del notario, oía el bostezar de su perro en el patio. Salía de su aparente estupor en el día y a la hora en que era preciso recibir arrendamientos, saldar cuentas con los hortelanos, o dar recibos. Agitaba entonces su sillón de ruedas hasta que se encontraba frente a la puerta de su gabinete. Hacía que su hija lo abriese, y vigilaba mientras ella misma depositaba en secreto los sacos de dinero unos encima de los otros y cerraba luego la puerta. Entonces él volvía silenciosamente a su sitio tan pronto como la joven le había devuelto la preciosa llave, siempre colocada en el bolsillo de su chaleco, y que palpaba de vez en cuando. Por otra parte, su viejo amigo el notario, comprendiendo que la rica heredera se casaría necesariamente con su sobrino el presidente, si Carlos Grandet no regresaba, redobló sus cuidados y atenciones; acudía todos los días a ponerse a las órdenes de Grandet, iba por encargo suyo a Froidfond, a las tierras, a los prados y a las viñas; vendía las cosechas y transmutaba todo en oro y en plata, que iba a reunirse secretamente a los sacos apilados en el gabinete. Finalmente llegaron los días de agonía, durante los cuales la sólida contextura del viejo viñador luchó con la muerte. Quiso permanecer sentado en el rincón de su chimenea, delante de la puerta de su gabinete. Atraía hacia sí y enrollaba todas las mantas que le ponían encima, y decía a Nanón:

—Guarda, guarda esto, para que no me lo roben.

Cuando podía abrir los ojos, en los que se había refugiado su vida entera, los volvía en seguida hacia la puerta del gabinete, donde yacían sus tesoros, preguntando a su hija:

—¿Están ahí?, ¿están ahí? —con un tono de voz que denotaba una especie de terror.

—Sí, padre.

—Vigila el oro, pon oro delante de mí.

Eugenia le extendía luisas encima de la mesa, y él permanecía horas enteras con los ojos clavados en los luisas, como un niño que, en el momento en que empieza a ver, contempla estúpidamente el mismo objeto; y, como un niño, se le escapaba una sonrisa penosa.

—¡Esto me reconforta! —decía a veces, dejando que en su cara apareciese una expresión de beatitud.

Cuando el cura de la parroquia fue a administrarle los santos sacramentos, sus ojos, muertos en apariencia desde hacía algunas horas, se reanimaron a la vista de la cruz, de los candeleros, del acetre de plata, que miró fijamente, y su pupila se movió

por última vez. Cuando el sacerdote le acercó a los labios el crucifijo de plata sobredorada para hacer que besase al Cristo, hizo un espantoso gesto para cogerlo, y este último esfuerzo le costó la vida. Llamó a Eugenia, a la que no veía, aunque la joven estuviera arrodillada delante de él y bañase con sus lágrimas una mano ya fría.

—Padre mío, bendecidme... —le pidió.

—¡Ten mucho cuidado de todo! Me rendirás cuentas allá abajo —dijo, demostrando con estas últimas palabras que el cristianismo debe ser la religión de los avaros.

Eugenia Grandet se encontró, pues, sola en el mundo en aquella casa, no teniendo más que a Nanón a quien pudiera dirigir una mirada con la certeza de ser comprendida; Nanón, el único ser que la amara por ella misma y con quien ella pudiera conversar acerca de sus penas. Nanón era una providencia para Eugenia. Así, ya no fue una sirvienta, sino una amiga. A la muerte de su padre, Eugenia se enteró por el señor Cruchot que poseía trescientas mil libras de renta en bienes raíces en el distrito de Saumur, y valía entonces setenta y siete francos; además, dos millones en oro y cien mil francos en escudos, sin contar los atrasos por cobrar. La estimación total de sus bienes era de diecisiete millones.

—¿Dónde estará mi primo? —preguntábase a sí misma.

El día en que el señor Cruchot entregó a su cliente el inventario de la herencia, Eugenia quedóse a solas con Nanón, sentadas la una y la otra a ambos lados de la chimenea de aquella sala tan vacía, en la que todo eran recuerdos, desde la silla en que solía sentarse su madre, hasta el vaso en el que su primo había bebido.

—Nanón, estamos solas...

—Sí, señorita; y si yo supiera donde está ese muchacho, yo misma iría a buscarle.

—El mar se halla entre él y nosotras —dijo Eugenia.

Mientras la pobre heredera lloraba así en compañía de su vieja sirvienta, en aquella fría y oscura casa, que para ella representaba el universo entero, de Nantes a Orleáns no se hablaba más de los diecisiete millones de la señorita Grandet. Uno de sus primeros actos fue dar mil doscientos francos de renta vitalicia a Nanón, que, poseyendo ya otros seiscientos francos, convirtiéndose en un buen partido. En menos de un mes, pasó del estado de soltera al estado de casada, bajo la protección de Antonio Cornoiller, que fue nombrado guarda general de las tierras y propiedades de la señorita Grandet. La señora Cornoiller tuvo sobre sus contemporáneas una enorme ventaja. Aunque tuviera cincuenta y nueve años, no parecía tener más de cuarenta. Sus toscos rasgos habían resistido el paso del tiempo. Gracias al régimen de su vida monástica, disimulaba su vejez por una tez colorada, por una salud de hierro. Quizá nunca había estado tan bien como en el día de su boda. Tuvo los beneficios de su fealdad, y apareció gruesa, gorda y fuerte, mostrando en su cara indestructible tal aire de felicidad que hizo que algunas personas envidiasen la suerte de Cornoiller.

—Tiene muy buenos colores —decía el pañero.

—Es capaz de hacer hijos —dijo el comerciante de sal—; se ha conservado como

en salmuera, dicho sea con todo respeto.

—Es rica, y Cornoiller ha tenido mucha suerte —decía otro vecino.

Al salir de la vieja casa, Nanón, que era amada de todo el vecindario, no recibió más que cumplidos al descender la calle tortuosa para dirigirse a la parroquia. Como regalo de boda, Eugenia le dio tres docenas de cubiertos. Cornoiller, sorprendido ante tal magnificencia, hablaba de su dueña con lágrimas en los ojos: se habría dejado cortar a pedazos por ella. Convertida en la mujer de confianza de Eugenia, la señora Cornoiller tuvo en lo sucesivo una felicidad igual a la de poseer un marido. Al fin tenía una despensa que abrir y que cerrar, provisiones que dar por la mañana, como hacía su difunto amo. Además tuvo que gobernar a dos domésticas, una cocinera y una doncella encargada de la ropa blanca de la casa y de hacer los vestidos de la señorita. Cornoiller acumuló las funciones de guarda y de administrador. Ni que decir tiene que la cocinera y la doncella escogidas por Nanón era verdaderas *perlas*. De este modo la señorita Grandet tuvo cuatro servidores cuya abnegación no conocía límites. Los colonos no se dieron cuenta, pues, de la muerte del viejo viñador; con tanta severidad había establecido los usos y costumbres de su administración, que fue cuidadosamente continuada por el señor y la señora Cornoiller.

A los treinta años de edad, Eugenia no conocía todavía ninguno de los placeres de la vida. Su pálida y triste infancia había transcurrido al lado de una madre cuyo corazón incomprendido, herido, había sufrido siempre. Al abandonar con alegría la existencia, aquella madre compadeció a su hija por tener que vivir, y le dejó en el alma ligeros remordimientos y eternas nostalgias. El primero y único amor de Eugenia era para ella un principio de melancolía. Después de haber vislumbrado a su amante durante algunos días, le había dado su corazón entre dos besos furtivamente aceptados y recibidos; luego, él había partido, poniendo un mundo entre ambos. Este amor, maldecido por su padre, casi le había costado la vida de su madre, y no le ocasionaba más que dolores mezclados con leves esperanzas. Así, hasta entonces habíase lanzado hacia la esperanza, perdiendo sus fuerzas sin cambiarlas. En la vida moral como en la vida física, existe una aspiración y una respiración: el alma tiene necesidad de absorber los sentimientos de otra alma, de asimilárselos para restituirlos más ricos. Sin este hermoso fenómeno humano, el corazón carece de vida; el aire le falta entonces, sufre, y va languideciendo. Eugenia empezaba a sufrir. Para ella, la fortuna no era ni un poder ni un consuelo, no podía existir más que por medio del amor, de la religión, de su fe en el porvenir. El amor le hacía comprender la eternidad. Su corazón y el Evangelio le indicaban dos mundos que podía esperar. Noche y día se sumía en el seno de dos pensamientos infinitos, que para ella quizá no constituían más que uno solo. Recogíase en sí misma, amando y creyéndose amada. Desde hacía siete años, su pasión lo había invadido todo. Sus tesoros no eran los millones cuyas rentas iban acumulándose, sino el cofrecillo de Carlos, los dos retratos suspendidos en su cama, las joyas rescatadas a su padre, exhibidas orgullosamente sobre una capa de guata en el baúl, el dedal de su tía, del que su madre se había servido, y que ella

todos los días cogía religiosamente para trabajar en un bordado, obra de Penélope, emprendida únicamente para poder poner en su dedo aquel oro henchido de recuerdos. No parecía verosímil que la señorita Grandet quisiera casarse en su período de luto. Su piedad verdadera era notoria. Por ello, la familia Cruchot, cuya política estaba sabiamente dirigida por el anciano abate, se contentó con mantenerse cerca de la heredera, rodeándola de las atenciones más afectuosas. En casa de la señorita Grandet, todas las noches, la sala se llenaba de una sociedad compuesta de los más fervientes y abnegados cruchotinos de la comarca, que se esforzaban en entonar las alabanzas de la dueña de la casa en todos los tonos. Tenía el médico de cámara, su limosnero mayor, su chambelán, su azafata, su primer ministro y, principalmente, su canciller, un canciller que quería decírsele todo. Si la heredera hubiese deseado un paje para llevarle la cola, se lo hubieran proporcionado también. Era una reina, y la más hábilmente adulada de todas las reinas. La adulación no procede jamás de las grandes almas, es patrimonio de los espíritus pequeños que consiguen empequeñecerse aún más para poder entrar mejor en la esfera vital de la persona en tomo a la cual gravitan. La adulación presupone un interés. Así, las personas que iban a amueblar todas las noches la sala de la señorita Grandet, llamada por ellas señorita de Froidfond, lograban a las mil maravillas colmarla de elogios. Este concierto de alabanzas, nuevas para ella, al principio le hacían sonrojarse; pero insensiblemente, y por burdos que fuesen los cumplidos, su oído fue acostumbrándose tanto a oír alabar su belleza, que si algún recién llegado la hubiera encontrado fea, este reproche le había resultado entonces mucho más sensible que ocho años atrás. Además, terminó por complacerse en unas dulzuras que ella en secreto depositaba a los pies de su ídolo. Fue acostumbrándose, pues, gradualmente a dejarse tratar como una soberano y a ver su corte llena todas las noches. El señor presidente de Bonfonds era el héroe de este pequeño círculo, en el que su inteligencia, su persona, su instrucción, su amabilidad eran incesantemente encomiados. El uno hacía observar que, desde hacía siete años, había aumentado considerablemente su fortuna; que Bonfonds valía por lo menos diez mil francos de renta y se encontraba enclavado, como todos los bienes de los Cruchot, en los vastos dominios de la heredera.

—¿Sabéis, señorita —decía un contertulio—, que los Cruchot tienen cuarenta mil libras de renta?

—Y sus ahorros —añadía una vieja cruchotina, la señorita de Gribeacourt—. Un señor de París ha venido últimamente a ofrecer al señor Cruchot doscientos mil francos por su despacho. Debe venderlo, si es que puede ser nombrado juez de paz.

—Quiere suceder al señor de Bonfonds en la presidencia del Tribunal, y está tomando sus precauciones —respondió la señora de Orsonval—; porque el señor presidente llegará a ser consejero y luego presidente en la Corte, tiene demasiados medios, para que no lo consiga.

—Sí, es un hombre muy distinguido —decía otro—. ¿No os parece, señorita?

El señor presidente había procurado ponerse a tono con el papel que quería representar. A pesar de sus cuarenta años, y de su cara morena y avinagrada, como casi todas las fisonomías judiciales, vestía como un joven, jugueteaba con un bastón, no tomaba rapé en casa de la señorita de Froidfond, y llegaba siempre con corbata blanca, y con una camisa cuya pechera de grandes pliegues le daba cierto parecido con los individuos del género pavo. Hablaba familiarmente a la bella heredera, y le decía: «¡Nuestra querida Eugenia!» En fin, salvo el número de los personajes, sustituyendo la lotería por el *whist*, y suprimiendo las figuras del señor y de la señora Grandet, la escena con que se inicia esta historia era aproximadamente la misma que en el pasado. La jauría seguía persiguiendo a Eugenia y sus millones; pero la jauría más numerosa ladraba mejor y acosaba la presa con esfuerzos bien combinados. Así, pues, si Carlos hubiera regresado del último rincón de las Indias, habría encontrado los mismos personajes y los mismos intereses. La señora Des Grassins, para quien Eugenia era la perfección de la belleza y de la bondad, persistía en atormentar a los Cruchot. Pero entonces, como antaño, la figura de Eugenia habría dominado el cuadro; como en otro tiempo, Carlos habría sido allí todavía el soberano. Sin embargo, habíase realizado un progreso. El ramo de flores antes ofrecido a Eugenia en los días de su fiesta por el presidente, habíase hecho periódico. Todas las noches traía a la rica heredera un grande y magnífico ramo que la señora Cornoiller ponía ostensiblemente en un jarrón, y arrojaba secretamente a un rincón del patio, tan pronto como los visitantes se habían ido. A principios de la primavera, la señora Des Grassins trató de turbar la dicha de los cruchotinos hablando a Eugenia del marqués de Froidfond, cuya casa arruinada podía restablecerse si la heredera quisiera devolverle sus tierras por medio de un contrato de matrimonio. La señora Des Grassins hacía sonar alto la dignidad de par, el título de marquesa, e interpretando la sonrisa desdeñosa de Eugenia como una aprobación, andaba diciendo que la boda del señor presidente Cruchot no estaba tan adelantada como creía la gente.

—Aunque el señor de Froidfond tenga cincuenta años —decía—, no parece mayor que el señor Cruchot; es viudo, tiene hijos, es cierto; pero es marqués, será par de Francia, y en los tiempos que corren, no es fácil encontrar partidos de esta clase. Sé a ciencia cierta que el tío Grandet, reuniendo todos sus bienes a las tierras de Froidfond, tenía la intención de emparentar con los Froidfond. Me lo dijo con frecuencia. El buen hombre era muy astuto.

—¿Cómo es posible, Nanón —dijo una noche Eugenia, al acostarse—, que no me haya escrito ni una sola vez en siete años?...

Mientras ocurrían estas cosas en Saumur, Carlos hacía fortuna en las Indias. Primeramente, la mercancía que llevaba se vendió muy bien. Pronto tuvo una suma de seis mil dólares. El bautismo del Ecuador le hizo perder muchos prejuicios; diose cuenta que el mejor medio para llegar a la fortuna era, tanto en las regiones intertropicales como en Europa, comprar y vender seres humanos. Llegó, pues, a las costas de África y se dedicó a la trata de negros, uniendo a su comercio de hombre el

de las mercancías que con mayores ventajas podían cambiarse en los diversos mercados a los que le llevaban sus intereses. Imprimió a sus negocios una actitud que no le dejaba un momento libre. Estaba dominado por la idea de reaparecer en París con todo el esplendor de una gran fortuna, y de recuperar una situación aún más brillante que aquella de la que había caído. De tanto rodar a través de las personas y de los países, de observar sus costumbres contrarias, sus ideas fueron modificándose y se volvió escéptico. Ya no tuvo nociones fijas sobre lo justo y lo injusto, viendo tachar de delito en un país lo que era virtud en otro. En el perpetuo contacto de los intereses, su corazón se enfrió, se contrajo, se secó. La sangre de los Grandet cumplió bien su destino. Carlos se hizo duro, tenaz, en la persecución de la carnaza. Vendió chinos, negros, nidos de golondrinas, niños y artistas; hizo la usura en grande. La costumbre de defraudar los derechos de aduanas le volvió menos escrupuloso en cuanto a los derechos del hombre. Iba entonces a Santo Tomás, a comprar a vil precio las mercancías robadas por los piratas, y las llevaba a los lugares que carecían de ellas. Si la noble y pura figura de Eugenia le acompañó en su primer viaje como aquella imagen de Virgen que en su barco colocan los marinos españoles, y si atribuyó sus primeros éxitos a la mágica influencia de los votos y de las oraciones de aquella dulce joven, más tarde, las negras, las mulatas, las blancas, las javanesas, las almeas, sus orgías de todos los colores, y las aventuras que tuvo en diversos países, borraron por completo el recuerdo de su prima, de Saumur, de la casa, del banco y de aquel beso robado en el pasillo. Se acordaba solamente del pequeño jardín encuadrado por viejas paredes, porque allí había comenzado su vida de peripecias; pero renegaba de su familia: su tío era un viejo perro que le había escamoteado sus joyas; Eugenia no ocupaba ni su corazón ni sus pensamientos, ocupaba un lugar en sus negocios como acreedora de una suma de seis mil francos. Esta conducta y estas ideas explican el silencio de Carlos Grandet. En las Indias, en Santo Tomás, en la costa de África, en Lisboa y en los Estados Unidos, el especulador había tomado, para no comprometer su apellido, el seudónimo de Sepherd. Carl Sepherd podía sin peligro mostrarse por doquier infatigable, audaz, ávido, como un hombre que, decidido a hacer fortuna *quibuscumque viis*, se apresura a terminar con la infamia para seguir siendo hombre honrado durante el resto de sus días. Con este sistema, su fortuna fue rápida y brillante. En 1827 regresaba a Burdeos, a bordo del *María Carolina*, lindo bergantín perteneciente a una casa de comercio monárquica. Poseía un millón novecientos mil francos en tres toneles de oro en polvo, de los que contaba sacar el siete o el ocho por ciento acuñándolos en París. En este bergantín se encontraba también un noble de la cámara de S. M. el rey Carlos X, señor de Aubrion, buen anciano que había cometido la locura de casarse con una mujer de moda, y cuya fortuna se hallaba en las islas. Para reparar las prodigalidades de la señora de Aubrion, había ido a vender sus propiedades. El señor y la señora de Aubrion, de la casa de Aubrion de Buch, cuyo último jefe murió antes del año 1789, reducidos a una veintena de miles de libras de renta, tenían una hija bastante fea, a

quien la madre quería casar sin dote, bastándole apenas su fortuna para vivir en París. Era una empresa cuyo éxito habría parecido problemático a todas las personas del mundo a pesar de la habilidad que atribuyen a las mujeres de moda. Así, la señora de Aubrion misma casi desesperada, al ver a su hija, de que llegara a cargar con ella dondequiera que fuese, aunque se tratase de un hombre sediento de títulos de nobleza. La señorita de Aubrion era larga como una percha, seca, endeble, de boca desdeñosa, sobre la cual descendía una nariz demasiado larga, gruesa en la punta, amarilla en estado normal, pero completamente roja después de las comidas, especie de fenómeno vegetal más desagradable en medio de una cara pálida y aburrida que en otra cara cualquiera. En fin, era tal cual pudiera desearla una madre de treinta y ocho años, que, bella aún, tenía todavía sus pretensiones. Sin embargo, para compensar tales inconvenientes, la marquesa de Aubrion había dado a su hija un aire muy distinguido, la había sometido a una higiene que mantenía transitoriamente la nariz en un tono de carne razonable, le había acostumbrado a vestir con gusto y dotado de buenas maneras, le había enseñado esas miradas melancólicas que interesan a un hombre y le hacen creer que va a encontrar el ángel tan vanamente buscado; le había mostrado la maniobra del pie, para avanzarlo oportunamente y hacer admirar su pequeñez, en el momento en que la nariz tenía la impertinencia de enrojecer; en fin, había sacado de su hija un partido muy satisfactorio. Por medio de mangas holgadas, bustos engañosos, vestidos huecos cuidadosamente guarnecidos y de un corsé a alta presión, había obtenido unos productos femeninos tan curiosos, que para instrucción de las madres, habría debido depositarlos en un museo. Carlos trabó amistad con la señora de Aubrion, que precisamente quería relacionarse con él. Varias personas pretenden incluso que, durante la travesía, la bella señora de Aubrion no descuidó medio alguno de capturar un yerno tan rico. Al desembarcar en Burdeos, en el mes de junio de 1827, el señor, la señora, la señorita de Aubrion y Carlos, se alojaron en el mismo hotel y partieron juntos para París. La mansión de los Aubrion estaba acribillada de hipotecas, Carlos había de liberarla. La madre había hablado ya de lo dichosa que se consideraría de poder ceder la planta baja a su yerno y a su hija. La señora de Aubrion, que no compartía los prejuicios de su marido con respecto a la nobleza, había prometido a Carlos Grandet alcanzar del buen Carlos X una real orden que le autorizase a él, a Grandet, a llevar el apellido de Aubrion, a tomar sus armas y a suceder, mediante la constitución de un mayorazgo de treinta y seis mil libras de renta, a Aubrion, en el título de capitán de Buch y marqués de Aubrion. Reuniendo sus fortunas, viviendo en buena armonía, y por medio de sine curas, podrían reunirse más cien mil libras de renta en el palacio de Aubrion.

—Y cuando se tienen cien mil libras de renta, un apellido, una familia, y se va a la corte, porque haré que se os nombre gentilhombre de cámara, uno llega a ser todo lo que quiere ser —decíale a Carlos—. De este modo seréis, según lo que elijáis, relator del Consejo de Estado, prefecto, secretario de embajada, embajador. Carlos X ama mucho a De Aubrion, se cohocen desde la infancia.

Ebrio de ambición a causa de esta mujer, Carlos había acariciado, durante la travesía, todas estas esperanzas que le fueron presentadas por una mano hábil, y bajo la forma de confidencias transmitidas de corazón a corazón. Creyendo que los asuntos de su padre habían sido arreglados por su tío, ya se veía anclado de pronto en el *Faubourg Saint-Germain*, donde todo el mundo quería entonces entrar, y donde, a la sombra de la nariz azul de la señorita Matilde, reaparecía convertido en conde de Aubrion, como los Dreux reaparecieron un día en Brézé. Deslumbrado por la prosperidad de la Restauración que había dejado vacilante, dominado por el brillo de las ideas aristocráticas, su embriaguez iniciada en el barco se mantuvo en París, donde decidió hacer cuanto estuviera en su mano para llegar a la elevada posición que su egoísta suegra le había hecho entrever. Su prima no era, pues, para él más que un punto en el espacio de aquella brillante perspectiva. Volvió a ver a Anita. Como mujer de mundo, Anita aconsejó vivamente a su antiguo amigo que contrajera aquella alianza, y le prometió su apoyo en todas sus ambiciosas empresas. Anita estaba encantada de hacer casar a una señorita fea y sosa con Carlos, al que la permanencia en las Indias había convertido en un hombre muy atractivo: su tez estaba morena, sus maneras habíanse vuelto decididas, atrevidas, como las de los hombres acostumbrados a dominar, a triunfar. Carlos respiró más libremente en París, viendo que allí podía desempeñar un papel. Des Grassins, al enterarse de su regreso, de su próxima boda y de su fortuna, fue a verle para hablarle de los trescientos mil francos mediante los cuales podía saldar las deudas de su padre. Encontró a Carlos hablando con el joyero al que había encargado unas joyas para la señorita de Aubrion, y cuyos diseños le estaba mostrando. A pesar de los magníficos diamantes que Carlos había traído de las Indias, los adornos de los vestidos, la vajilla de plata, las joyas, ascendían todavía a más de doscientos mil francos. Carlos recibió a Des Grassins, a quien no reconoció, con la impertinencia de un joven de moda que, en las Indias, había dado muerte a cuatro hombres en diferentes duelos. El señor Des Grassins había venido ya tres veces, Carlos le escuchó fríamente; luego, le respondió, sin haberle entendido bien:

—Los asuntos de mi padre no son los míos. Os agradezco, caballero, unos cuidados que vos habéis querido tomaros, y de lo que yo no podría aprovecharme. No he recogido casi dos millones con el sudor de mi frente para ir a ofrecerlos a los acreedores de mi padre.

—¿Y si vuestro señor padre, dentro de unos días, fuese declarado en quiebra?

—Caballero, dentro de unos días me llamaré conde de Aubrion. Comprenderéis que eso me resultará completamente indiferente. Por otra parte, vos sabéis mejor que yo que cuando un hombre tiene cien mil libras de renta, su padre no ha quebrado jamás —añadió empujando cortésmente al señor Des Grassins hacia la puerta.

A principios del mes de agosto de aquel año, Eugenia se hallaba sentada en el pequeño banco de madera en el que su primo le había jurado amor atemo, y adonde iba a desayunar la joven cuando hacía buen tiempo. Eugenia complacíase en aquellos

momentos, en una mañana fresca y hermosa, en repasar en su memoria los grandes y pequeños acontecimientos de su amor, y las catástrofes que le habían seguido. El sol iluminaba el lindo lienzo de pared completamente resquebrajado, casi en ruinas, que la caprichosa heredera había prohibido que demolieran, aunque Cornoiller repitiera a menudo a su mujer que un día aquella pared aplastaría a alguien al desplomarse. En aquel momento, el cartero llamó, para entregar una carta a la señora Cornoiller, que acudió al jardín gritando:

—¡Señorita, una carta!

Se la entregó a su señora, diciéndole:

—¿Es la que estáis esperando?

Estas palabras resonaron tan fuertemente en el corazón de Eugenia como realmente resonaron entre los muros del patio y del jardín.

—¡París! Es de él. Ha vuelto.

Eugenia palideció y guardó la carta durante un instante. Su corazón palpitaba con demasiada violencia para que le permitiera abrirla y leerla. Nanón permaneció de pie, con las manos en las caderas, y la alegría parecía escaparse como humo por los poros de su cara morena.

—Vamos, leed, señorita...

—¡Ah!, Nanón, ¿por qué regresa por París, cuando se fue por Saumur?

—Leed y lo sabréis.

Eugenia abrió la carta temblando. Cayó de ella una orden de pago para la casa *Señora Des Gassins y Corret* de Saumur, que Nanón recogió del suelo.

«Querida prima...»

—Ya no soy Eugenia —pensó la joven. Y su corazón se oprimió.

«Vos...»

—¡Y me decía de *tú*!

Eugenia se cruzó de brazos, ya no se atrevió a leer la carta, y gruesos lagrimones acudieron a sus ojos.

—¿Ha muerto? —inquirió Nanón.

—No escribiría —respondió Eugenia.

Entonces leyó por entero la carta, cuyo texto era el siguiente:

«Querida prima, vos conoceríais con satisfacción, creo yo, el éxito de mis empresas. Me trajisteis suerte, me he enriquecido, y he seguido los consejos de mi tío, de cuya muerte, así como de la de mi tía, acabo de enterarme por el señor Des Grassins. La muerte de nuestros padres forma parte de la naturaleza, y nosotros debemos sucederles. Espero que hoy estéis ya resignada. Nada resiste al tiempo, yo mismo lo estoy experimentando. Sí, querida prima, desgraciadamente para mí, el momento de las ilusiones ha pasado. ¡Qué queréis! Al viajar a través de numerosos países, he reflexionado sobre la vida. De niño que era al partir, me he convertido en hombre a mi regreso. Actualmente pienso en muchas cosas en las que antes no

pensaba. Vos sois libre, prima, y yo soy libre aún; nada impide, en apariencia, la realización de nuestros pequeños proyectos; pero hay demasiada lealtad en mi carácter para ocultaros el estado de mis asuntos. No he olvidado que no me pertenezco; siempre me he acordado en mis largas travesías del pequeño banco de madera...»

Eugenia se levantó como si hubiera estado sentada sobre carbones encendidos, y fue a sentarse en uno de los peldaños del patio.

«... del pequeño banco de piedra en el que ambos nos juramos amarnos siempre, del pasillo, de la sala gris, de mi habitación en el desván, y de la noche en que, por vuestra delicada amabilidad, hicisteis más fácil mi futuro. Sí, estos recuerdos han sostenido mi valor, y yo me dije que vos pensabais siempre en mí como yo pensaba a menudo en vos, a la hora convenida entre nosotros. ¿Mirabais las nubes, a las nueve? ¿Verdad que sí? Por lo tanto, no debo traicionar una amistad sagrada para mí, no, no debo engañaros. Se trata, en estos momentos, para mí de una alianza que satisface todas las ideas que me he forjado sobre el matrimonio. El amor, en el matrimonio, es una quimera. Actualmente me dice la experiencia que es preciso obedecer a todas las leyes sociales y reunir todas las conveniencias queridas por el mundo, casándose. Ahora bien, ya se encuentra entre nosotros una diferencia de edad que, tal vez, influiría más sobre vuestro porvenir, querida prima, que sobre el mío. No os hablaré, ni de vuestras costumbres, ni de vuestra educación, ni de vuestros hábitos, que en modo alguno guardan relación con la vida de París, y sin duda no encajarían con mis ulteriores proyectos. Entra en mis planes el tener una gran casa, recibir en ella a mucha gente, y creo recordar que a vos os agrada una vida dulce y tranquila. No, os seré más franco, y quiero haceros árbitro de mi situación, tenéis que conocerla, y poseéis el derecho de juzgarla. Hoy poseo ochenta mil libras de renta. Esta fortuna me permite unirme a la familia de Aubrion, cuya heredera, joven de diecinueve años, me aporta con el matrimonio su apellido, un título, el cargo de gentilhombre honorario de cámara de Su Majestad, y una posición de las más brillantes. Os confieso, querida prima, que no amo en modo alguno a la señorita de Aubrion; pero, por su alianza, aseguro a mis hijos una situación social cuyas ventajas serán un día incalculables; de día en día, las ideas monárquicas van ganando favor. Así, pues, dentro de unos años, mi hijo, convertido en marqués de Aubrion, teniendo un mayorazgo de cuarenta mil libras de renta, podrá asumir en el Estado el puesto que le convenga elegir. Ya veis, querida prima, con qué buena fe os expongo el estado de mi corazón, de mis esperanzas y de mi fortuna. Es posible que por vuestra parte hayáis olvidado nuestras cosas de niños al cabo de siete años de ausencia; pero, por lo que a mí respecta, no he olvidado ni vuestra indulgencia, ni mis palabras; me acuerdo de todas, incluso de las que con mayor ligereza fueron dadas, y en las que un joven de menos conciencia que yo, con un corazón menos joven y menos probo, ni siquiera

pensaría. Al decirnos que no pienso más que en hacer un matrimonio de conveniencia, y que me acuerdo todavía de nuestros amores de niños, ¿no es ponerme enteramente a vuestra discreción, no es haceros dueña de mi suerte, y decirnos que, si el preciso renunciar a mis ambiciones sociales, me contentaré de buena gana con esa sencilla y pura felicidad de la cual me habéis ofrecido tan conmovedoras imágenes?...»

Tan, ta, ta. Tan ta, ta. ¡Tun! Tun, ta, ti. Tin, ta, ta..., etcétera, había cantado Carlos Grandet sobre la tonada *Non più andrai*, al firmar:

»Vuestro primo,

»CARLOS.»

—¡Esto es hacer bien las cosas! —dijo.

Luego buscó la orden de pago, y añadió la siguiente posdata:

«P. D. Adjunto a mi carta una orden de pago sobre la casa Des Grassins, por valor de ocho mil francos, a vuestro nombre, y pagadera en oro, comprendiendo el interés y el capital de la suma que tuvisteis la bondad de prestarme. Espero la llegada a Burdeos una caja en la que se encuentran algunos objetos que me permito ofreceros en testimonio de mi eterna gratitud. Podéis mandarme por la diligencia mi estuche de tocador al palacio de Aubrion, en la calle Hillerin-Bertin.»

—¡Por la diligencia! —dijo Eugenia—. ¡Una cosa por la que yo habría dado mil veces la vida!

Espantoso y completo desastre. La nave zozobraba sin dejar ni un cordaje, ni una plancha en el vasto océano de las esperanzas. Al verse abandonadas, algunas mujeres corren a arrancar a su amante de los brazos de una rival, matan a ésta y huyen al otro extremo del mundo, el cadalso o a la tumba. Esto, sin duda, es algo hermoso: el móvil de este crimen es una sublime pasión que infunde respeto a la Justicia humana. Otras mujeres bajan la cabeza y sufren en silencio; andan moribundas y resignadas, llorando y perdonando, rezando y recordando hasta el último suspiro. Esto es amor, amor verdadero, el amor de los ángeles, el amor digno que vive de su dolor y que muere a causa de él. Éste fue el sentimiento de Eugenia después de haber leído esta horrible carta. Dirigió sus miradas al cielo, acordándose de las últimas palabras de su madre, que, semejante a algunos moribundos, había proyectado sobre el porvenir una ojeada penetrante, lúcida; luego, Eugenia, acordándose de aquella muerte y de aquella vida profética, midió de una sola mirada todo su destino. No tenía ya más que desplegar sus alas, volar hacia el cielo, y vivir orando hasta el día de su liberación.

—Mi madre tenía razón —dijo llorando—. Sufrir y morir.

Fue con paso lento desde su jardín a la sala. Contra su costumbre, no pasó por el corredor; pero volvió a encontrar el recuerdo de su primo en aquel viejo salón gris, en cuya chimenea había siempre cierto platillo del que ella se servía todos los días

durante el desayuno, así como del azucarero de vieja porcelana de Sèvres. Aquella mañana había de ser solemne y estar preñada de acontecimientos para Eugenia. Nanón le anunció el cura de la parroquia. Este cura, pariente de los Cruchot, favorecía los intereses del presidente de Bonfons. Desde hacía algunos días, el anciano abate le había persuadido para que hablara a la señorita Grandet, en un sentido puramente religioso, de la obligación en que se hallaba de contraer matrimonio. Al ver a su pastor de almas, Eugenia creyó que iba a buscar los mil francos que daba mensualmente a los pobres, y dijo a Nanón que fuese a buscarlos; pero el cura sonrió.

—Hoy, señorita, vengo a hablaros de una pobre joven por la cual toda la ciudad de Saumur se interesa, y que, por falta de caridad para consigo misma, no vive cristianamente.

—¡Dios mío!, señor cura, me encontráis en un momento en el que me es imposible pensar en mi prójimo, tan ocupada estoy de mí misma. Soy muy desdichada, no tengo otro refugio más que la Iglesia; ésta tiene un seno suficientemente vasto para contener todos nuestros dolores, y sentimientos bastante fecundos para que podamos sacar de ellos sin temor de agotarlos.

—Bien, señorita, al ocuparnos de esa joven, nos ocuparemos de vos. Escuchad. Si queréis labrar vuestra salvación, no tenéis más que dos caminos, o abandonáis el mundo, o seguís las leyes de éste. Obedecer a vuestro destino terrestre o a vuestro destino celestial.

—¡Ah!, me habláis en el momento en que yo quería oír una voz que me iluminara. Sí, Dios ha encaminado vuestros pasos hacia mi casa, señor. Voy a decir adiós al mundo y vivir sólo para Dios en el silencio y el retiro.

—Es necesario, hija mía, reflexionar mucho tiempo antes de tomar tan grave decisión. El matrimonio es una vida, el velo es una muerte.

—¡Pues bien! ¡La muerte, la muerte en seguida, señor cura! —dijo la joven con estremeceadora vivacidad.

—¡La muerte! Vos tenéis grandes obligaciones para cumplir con la sociedad, señorita. ¿Acaso no sois la madre de los pobres a los que dais vestidos, leña en invierno y trabajo en verano? Vuestra gran fortuna es un préstamo que hay que devolver, y vos lo habéis aceptado santamente de ese modo. Ir a sepultaros en un convento, sería un acto de egoísmo; en cuanto a quedaros soltera, no debéis hacerlo. Ante todo, ¿podrías administrar vos sola vuestra inmensa fortuna?, tal vez la perderíais. Pronto tendríais mil procesos, y os veríais enzarzada en inextricables dificultades. Creed a vuestro pastor: un esposo os es útil, debéis conservar lo que Dios os ha dado. Os hablo como a una oveja querida. Amáis demasiado sinceramente a Dios para no labrar vuestra salvación en medio del mundo, del cual sois vos uno de sus más bellos ornatos, y al cual dais santos ejemplos.

En aquel momento, hízose anunciar la señora Des Grassins. Venía empujada por la venganza, y presa de una gran desesperación.

—Señorita —dijo—. ¡Ah!, está aquí el señor cura. Me callo. Venía para hablaros de negocios, pero veo que estáis en una conversación importante.

—Señora —dijo el cura—, os dejo el campo libre.

—¡Oh!, señor cura —dijo Eugenia—, volved dentro de un rato, vuestro apoyo me es en estos momentos muy necesario.

—Sí, pobre hija mía —dijo la señora Des Grassins.

—¿Qué queréis decir? —preguntaron la señorita Grandet y el cura.

—¿No acabo de enterarme del regreso de vuestro primo y de su boda con la señorita de Aubrion?... Una mujer jamás tiene su espíritu en el bolsillo.

Eugenia se sonrojó y permaneció silenciosa; pero decidió en lo sucesivo afectar la actitud impasible que había Sabido asumir su padre.

—Bien, señora —respondió con ironía—, tengo sin duda el espíritu en el bolsillo, porque no comprendo nada. Hablad, hablad delante del señor cura, ya sabéis que es mi director espiritual.

—Señorita, fijaos en lo que me escribe Des Grassins. Leed.

Eugenia leyó la carta siguiente:

«Querida esposa, Carlos Grandet, ha llegado de las Indias, se encuentra en París desde hace un mes...»

—¡Un mes! —pensó Eugenia, dejando caer la mano.

Tras una pausa, prosiguió la lectura de la carta.

«... He tenido que hacer antesala dos veces antes de poder hablar con ese futuro vizconde de Aubrion. Aunque todo París hable de su boda; y se hayan publicado todas las amonestaciones...»

—Entonces, me escribía en el momento en que... —dijo Eugenia para sus adentros.

No terminó la frase, no exclamó como una parisiense: «¡El muy granuja!», pero aunque no fuera expresado, no por ello fue menos completo su desprecio.

«... Ese matrimonio está lejos de realizarse; el marqués de Aubrion no dará su hija al hijo de un hombre declarado en quiebra. He ido a comunicarle los cuidados que su tío y yo nos tomamos con respecto a los asuntos de su padre, y de las hábiles maniobras por las cuales supimos mantener a los acreedores tranquilos hasta hoy. A mí, que durante cinco años me he sacrificado de día y de noche por sus intereses y por su honor, ese pequeño impertinente ha tenido la desvergüenza de responderme que *los asuntos de su padre no eran los suyos*. Yo tendría derecho a exigirle de treinta a cuarenta mil francos de honorarios por mis gestiones, el uno por ciento sobre la suma de sus créditos. Pero, paciencia, debe legítimamente un millón doscientos mil francos a los acreedores, y voy a hacer que su padre sea declarado en quiebra. Me

embarqué en este negocio fiando en la palabra de ese viejo caimán de Grandet, e hice promesas en nombre de la familia. Si el señor vizconde de Aubrion se preocupa poco de su honor, el mío me interesa mucho. Así, pues, voy a explicar mi situación a los acreedores. Sin embargo, siento demasiado respeto por la señorita Eugenia, en cuya alianza, en tiempos más fáciles, habíamos pensado, para actuar sin que tú le hayas hablado de este asunto...»

Eugenia devolvió fríamente la carta sin terminar de leerla.

—Os doy las gracias —dijo a la señora Des Grassins—, *ya veremos*.

—En este momento, tenéis toda la voz de vuestro difunto padre —dijo la señora Des Grassins.

—Señora, tenéis que entregamos ocho mil cien francos de oro —le dijo Nanón.

—Es cierto; tened la bondad de venir conmigo, señora Cornoiller.

—Señor cura —dijo Eugenia con una noble sangre fría procedente del pensamiento que iba a expresar—, ¿sería pecado permanecer en estado de virginidad en el matrimonio?

—Ése es un caso de conciencia cuya solución desconozco. Si queréis saber lo que opina sobre ello en su *Suma de Matrimonio* el célebre Sánchez, mañana podré decíroslo.

El cura se fue, la señorita Grandet subió al gabinete de su padre, y pasó en él el día entero, sin querer bajar a la hora de comer, a pesar de las instancias de Nanón. Apareció por la noche, a la hora en que llegaron los asiduos contertulios. Nunca el salón de los Grandet se había visto tan concurrido como durante aquella velada. La nueva del regreso y de la necia traición de Carlos habíase difundido por toda la ciudad. Pero por muy viva y despierta que fuera la curiosidad de los visitantes, no fue en modo alguno satisfecha. Eugenia, que estaba preparada, no dejó asomar a su sereno semblante ninguna de las crueles emociones que la agitaban. Supo adoptar un aire risueño para responder a los que quisieron testimoniarle interés por medio de miradas o palabras melancólicas. Supo, en fin, cubrir su desgracia con los velos de la cortesía. Hacia las nueve, terminaban las partidas, y los jugadores abandonaban las mesas, se pagaban y discutían las últimas jugadas de *whist*, yendo a reunirse con los que conversaban. En el momento en que la reunión se levantó en masa para abandonar el salón, hubo un golpe de teatro que resonó en Saumur, de allí en el distrito y en las cuatro prefecturas circundantes.

—Quedaos, señor presidente —dijo Eugenia al señor de Bonfons, al ver que éste se disponía a coger el bastón.

Al oír estas palabras, no hubo nadie de la numerosa concurrencia que no se sintiera conmovido. El presidente palideció y viose obligado a sentarse.

—Para el presidente los millones —dijo la señorita de Gribeaucourt.

—Es evidente, el presidente de Bonfons se casará con la señorita Grandet —exclamó la señora de Orsonval:

—He ahí la mejor jugada de esta noche —dijo el abate.

—Es un buen *schleem* —dijo el notario.

Cada cual dijo lo suyo e hizo su retruécano, todos veían a la heredera montada sobre sus millones, como es un pedestal. El drama iniciado hacía nueve años, se hallaba próximo a su desenlace. Decir, ante todo Saumur, al presidente que se quedara, ¿no era anunciar que quería hacer de él su marido? En las pequeñas ciudades, las conveniencias son tan severamente observadas, que una infracción de este género constituye la más solemne de las promesas.

—Señor presidente —le dijo Eugenia con voz emocionada cuando se hallaron solos—, sé lo que os agrada de mí. Jurad que me dejaréis libre durante toda mi vida, que no me recordaréis ninguno de los derechos que el matrimonio os da sobre mí, y mi mano es vuestra. ¡Oh! —añadió, al ver que el presidente se colocaba de rodillas ante ella—, aún no lo he dicho todo. No voy a engañaros, señor. Tengo en el corazón un sentimiento inextinguible. La amistad será el único sentimiento que yo pueda conceder a mi marido; no quiero ni ofenderle, ni contravenir las leyes de mi corazón. Pero no poseeréis mi mano y mi fortuna más que al precio de un inmenso servicio.

—Ya veis que estoy dispuesto a todo —dijo el presidente.

—Aquí tenéis un millón quinientos mil francos, señor presidente —dijo sacando de su seno un recibo de cien acciones del Banco de Francia—, partid para París, no mañana, sino esta misma noche, en seguida. Id a casa del señor Des Grassins, averiguad el apellido de todos los acreedores de mi tío, reunidlos, pagad todo lo que su sucesión pueda deber, capital e intereses al cinco por ciento desde el día de la deuda hasta el día del reembolso, en fin, procurad que se haga una liquidación general y ante notario, en toda regla. Sois magistrado, sólo en vos confío en semejante asunto. Sois hombre leal, yo me embarcaré en la fe de vuestra palabra para cruzar los peligros de la vida al abrigo de vuestro nombre. Tendremos el uno para con el otro una mutua indulgencia. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, somos casi parientes y vos no querríais sin duda hacerme desgraciada.

El presidente cayó a los pies de la rica heredera, palpitando de alegría y de angustia.

—¡Seré vuestro esclavo! —dijo.

—Cuando tengáis la carta de pago, caballero —repuso la joven, lanzándole una fría mirada—, la llevaréis con todos los títulos a mí primo Grandet y le entregaréis esta carta. A vuestro regreso, yo cumpliré mi palabra.

El presidente comprendió que debía la mano de la señorita Grandet a un despecho amoroso; por ello se apresuró a ejecutar sus órdenes con la mayor prontitud, para que no se produjese ninguna reconciliación entre los dos amantes.

Cuando el señor de Bonfons se hubo marchado, Eugenia cayó en su sillón y rompió en amargo llanto. Todo estaba consumado. El presidente salió con la posta y al día siguiente por la tarde se encontraba en París. En la mañana del día que siguió a su llegada, fue a casa de Des Grassins. El magistrado convocó a los acreedores al

despacho del notario, donde estaban depositados los títulos, y ni uno solo dejó de acudir. Aunque fuesen acreedores, hay que hacerles justicia: fueron puntuales. Allí, el presidente de Bonfons, en nombre de la señorita Grandet, les pagó el capital y los intereses debidos. El pago de los intereses fue para el comercio parisiense uno de los acontecimientos más asombrosos de la época. Cuando la carta de pago estuvo registrada y Des Grassins hubo sido recompensado por sus molestias con la suma de cincuenta mil francos que le asignó Eugenia, el presidente dirigióse al palacio de Aubrion, y encontró en él a Carlos en el momento en que entraba en su apartamento, abrumado por lo que le había dicho su suegro. El viejo marqués acababa de declararle que su hija no le pertenecería hasta que se hubiera pagado a todos los acreedores de Guillermo Grandet.

El presidente le entregó primero la carta siguiente:

«PRIMO: El señor presidente de Bonfons se ha encargado de entregaros el acta de liquidación de todas las sumas debidas por mi tío y aquella por la cual yo reconozco haberlas recibido de vos. Me han hablado de quiebra... Pensé que el hijo de un hombre declarado en quiebra no podría quizá casarse con la señorita de Aubrion. Sí, primo, habéis juzgado muy bien mi espíritu y mis maneras: sin duda no sé nada del mundo, no conozco de él ni los cálculos ni las costumbres, y no podría daros en él los placeres que vos de él esperáis. Que seáis feliz, conforme a las conveniencias sociales a las cuales vos sacrificáis nuestros primeros amores. Para hacer que vuestra felicidad sea completa, sólo puedo, por consiguiente, ofrecer el honor de vuestro padre. Adiós, tendréis siempre una amiga fiel en vuestra prima.

»Eugenia.»

El presidente sonrió ante la exclamación que no pudo reprimir aquel ambicioso en el instante en que recibió el documento auténtico.

—Nos anunciaremos recíprocamente nuestras bodas —dijo el señor de Bonfons.

—¡Ah! ¿Os casáis con Eugenia? Muy bien, me alegro, es una buena chica. Pero —añadió, herido de pronto por una reflexión luminosa—, ¿es rica, entonces?

—Tenía —respondió el presidente en tono irónico— cerca de diecinueve millones, hace cuatro días; pero ahora no tiene más que diecisiete.

Carlos miró al presidente con aire estúpido.

—Diecisiete mi...

—Diecisiete millones, sí, señor. Reuniremos, la señorita Grandet y yo, al casarnos, setecientas cincuenta mil libras de renta.

—Querido primo —dijo Carlos recobrando un poco su aplomo—, podremos ayudarnos un poco el uno al otro.

—De acuerdo —dijo el presidente—. Aquí tenéis, además, una cajita que debo entregar a vos personalmente —añadió, dejando encima de la mesa el cofrecillo con los objetos de tocador.

—Bien, querido amigo —dijo la señora marquesa de Aubrion, entrando sin prestar atención a Cruchot—, no os preocupéis por lo que acaba de deciros ese pobre señor de Aubrion, a quien la duquesa de Chaulieu ha metido ideas raras en la cabeza. Os lo repito, nada podrá impedir vuestra boda.

—Nada, señora —respondió Carlos—. Los tres millones que en otro tiempo debía mi padre, fueron pagados ayer.

—¿En dinero? —dijo.

—Integramente, interés y capital, y voy a hacer rehabilitar su memoria.

—¡Vaya tontería! —exclamó la suegra—. ¿Quién es ese señor? —dijo al oído de su yerno, al ver a Cruchot.

—Mi administrador —respondióle en voz baja.

La marquesa saludó desdeñosamente al señor de Bonfons y salió.

—Ya nos estamos ayudando —dijo el presidente cogiendo su sombrero—. Adiós, primo.

—Se está burlando de mí, el fantoche ese de Saumur. Tengo ganas de meterle en la barriga seis pulgadas de hierro.

El presidente había partido. Tres días después, el señor de Bonfons, de regreso a Saumur, publicó su boda con Eugenia. Seis meses más tarde, era nombrado consejero en el Tribunal real de Angers. Antes de abandonar Saumur, Eugenia mandó fundir el oro de las joyas que durante tanto tiempo fueron preciosas para su corazón, así como los ocho mil francos de su primo, para construir una custodia de oro, e hizo donación de ella a la parroquia en la que tanto había rogado a Dios por *él*. Por otra parte, distribuyó su tiempo entre Angers y Saumur. Su marido, que dio muestras de abnegación en una coyuntura política, llegó a ser presidente de Sala, y finalmente presidente de la Audiencia al cabo de algunos años. Aguardó con impaciencia la reelección general para poder tener un asiento en la Cámara. Codiciaba ya la dignidad de par de Francia, y entonces...

—Entonces, el rey será su primo —decía Nanón, señora Cornoiller, burguesa de Saumur, a quien su dueña anunciaba las grandezas a las cuales estaba llamada.

Sin embargo, el señor presidente de Bonfons (al fin había abolido el apellido patronímico de Cruchot) no llegó a realizar ninguna de sus ideas ambiciosas. Murió ocho días después de haber sido nombrado diputado de Saumur. Dios, que lo ve todo y jamás hiere en falso, le castigaba sin duda por sus cálculos y por la habilidad jurídica con que había minutado, *accurante Cruchot*, su contrato de matrimonio, en el que los dos futuros cónyuges se daban recíprocamente, *en el caso de que no tuvieran hijos, la universalidad de sus bienes, muebles e inmuebles, sin exceptuar ni reservar nada, en toda propiedad, dispensándose incluso de la formalidad del inventario, sin que la omisión del susodicho inventario pudiera ser opuesta a sus herederos o causahabientes, entendiéndose que la susodicha donación sea, etc.* Esta cláusula puede explicar el profundo respeto que el presidente tuvo constantemente por la voluntad, por la soledad de la señora de Bonfons. Las mujeres citaban al señor primer

presidente como uno de los hombres más delicados, le compadecían e incluso llegaban a censurar el dolor, la pasión de Eugenia, pero en la forma en que ellas saben censurar a una mujer, con los más crueles miramientos.

—Es preciso que la señora presidente de Bonfons sufra mucho, para dejar solo a su marido. ¡Pobrecilla! ¿Curará pronto? ¿Qué tiene, una gastritis o un cáncer? ¿Por qué no consulta a los médicos? Cada día está más amarilla, desde hace algún tiempo; debería consultar a las celebridades de París. ¿Cómo es posible que no desee un hijo? Ama mucho a su marido, según dicen, ¿cómo no darle un heredero, en su posición? Esto es horrible, ¿sabéis? y si fuera por efecto de un capricho, sería muy condenable. ¡Pobre presidente!

Dotada del tacto que el solitario ejercita con sus perpetuas meditaciones y de la perspicacia con que capta las cosas que caen dentro de su esfera, Eugenia, acostumbrada por la desgracia y por su educación a adivinarlo todo, sabía que el presidente deseaba su muerte para encontrarse en posesión de aquella inmensa fortuna, todavía aumentada por las herencias de su tío el notario, y de su tío el abate, a quienes tuvo Dios el capricho de llamar junto a sí. La pobre reclusa tenía piedad del presidente. La Providencia la vengó de los cálculos y de la infame indiferencia de un esposo que respetaba, como la más fuerte de las garantías, la pasión sin esperanza de que se alimentaba Eugenia. Dar la vida a un hijo, ¿no era matar las esperanzas del egoísmo, las alegrías de la ambición acariciadas por el primer presidente? Dios arrojó, pues, grandes cantidades de oro a su prisionera, para quien el oro era indiferente, y que aspiraba al cielo, que vivía, piadosa y buena, en medio de santos pensamientos y que en secreto socorría incesantemente a los desgraciados. La señora de Bonfons quedó viuda a los treinta y tres años de edad, con una renta de ochocientas mil libras, aún bella, pero con la belleza de una mujer que frisa los cuarenta años. Su cara es blanca, serena, tranquila. Su voz es dulce y recogida, sus maneras son sencillas. Posee toda la nobleza del dolor, la santidad de una persona que no ha manchado su alma con el contacto del mundo, pero también la rigidez de la solterona y los hábitos mezquinos que da la existencia estrecha de la provincia. A pesar de sus ochocientas mil libras de renta, vive como había vivido la pobre Eugenia Grandet, no enciende el fuego de su habitación más que en los días en que su padre le permitía antaño encender la chimenea de la sala, y lo apaga conforme al programa en vigor en los años de su adolescencia. Sigue vistiendo como vestía su madre. La casa de Saumur, casa sin sol, sin calor, envuelta sin cesar en la sombra, melancólica, es la imagen de su vida. Acumula cuidadosamente sus rentas, y quizá parecería avara, si no desmintiera la maledicencia con un noble empleo de su fortuna. Piadosas y caritativas fundaciones, un hospicio para la vejez y escuelas cristianas para los niños, una biblioteca pública ricamente dotada, atestiguan todos los años contra la avaricia que le reprochan ciertas personas. Las iglesias de Saumur le deben algunas restauraciones. La señora de Bonfons, a la que, por burla, llaman *señorita*, inspira generalmente un respeto religioso. Aquel noble corazón, que sólo latía para los

sentimientos más tiernos, debía, pues, verse sometido a los cálculos del interés humano. El dinero debía comunicar su frialdad a aquella vida celestial, e inspirar desconfianza para con los sentimientos a una mujer que era todo sentimiento.

—Sólo tú me amas en el mundo —decía a Nanón.

La mano de esta mujer es como un bálsamo para las llagas secretas de todas las familias. Eugenia camina hacia el cielo acompañada de un cortejo de buenas obras. La grandeza de su alma atenúa las pequeñeces de su educación y las costumbres de la primera parte de su vida. Tal es la historia de esta mujer que no es del mundo en medio del mundo, que, hecha para ser magníficamente esposa y madre, no tiene ni marido, ni hijos, ni familia. Desde hace algunos días, vuelve a hablarse de una nueva boda para ella. La gente de Saumur se ocupa de ella y del señor marqués de Froidfond, cuya familia empieza a cercar a la rica viuda, como antes habían hecho los Cruchot. Nanón y Cornoiller, según dicen, favorecen los intereses del marqués, pero nada hay menos cierto. Ni Nanón, ni Corneiller tienen bastante inteligencia para comprender las corrupciones del mundo.

París, septiembre 1833.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.